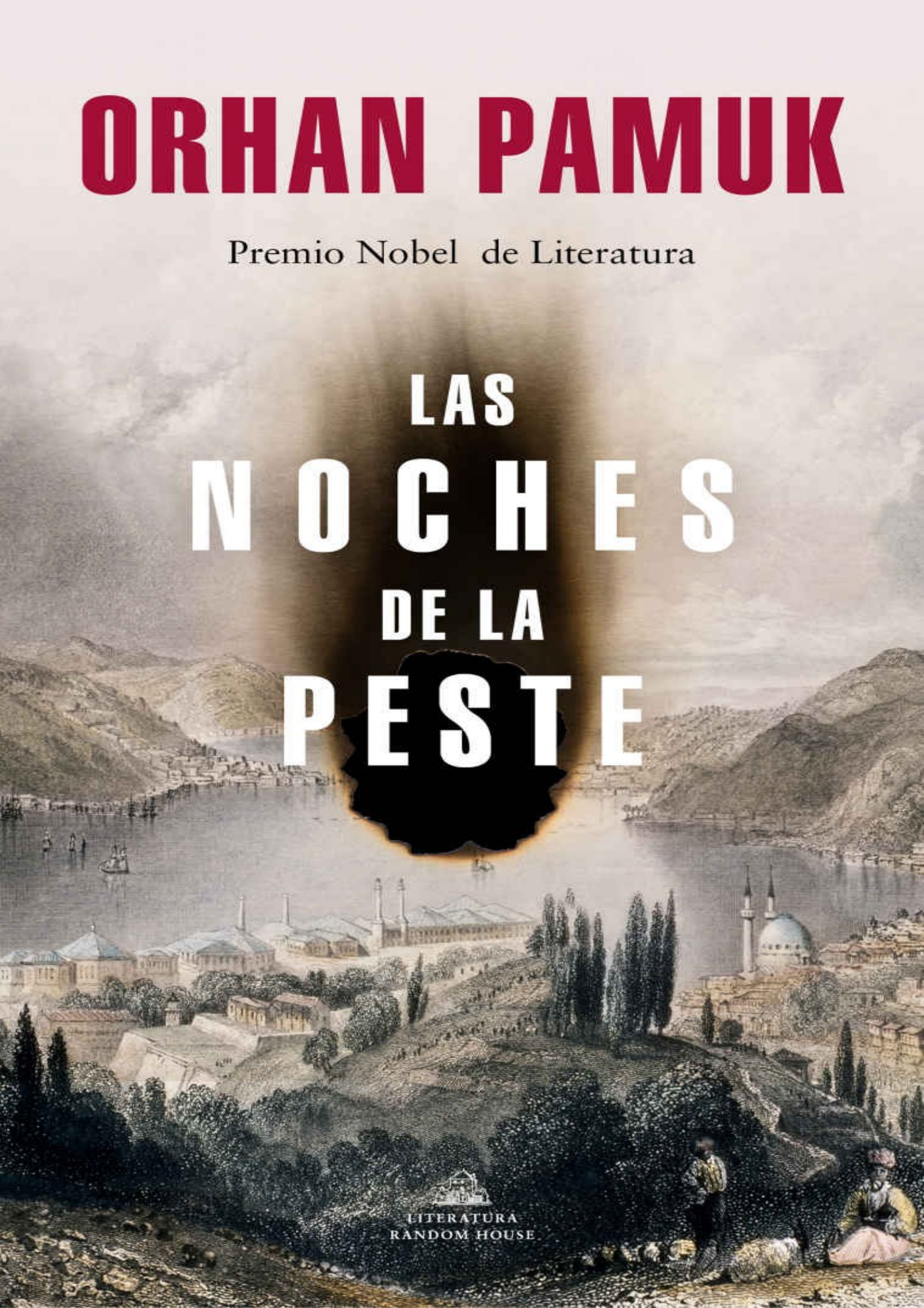
ORHAN PAMUK

Premio Nobel de Literatura

LAS NOCHES DE LA PESTE



LITERATURA
RANDOM HOUSE

Las noches de la peste

ORHAN PAMUK

Traducción de
Xavier Gaillard y Miguel Ángel Romero

LITERATURA RANDOM HOUSE

Quiero dar las gracias a mi amigo historiador
Edhem Eldem, que me hizo sugerencias y
correcciones al borrador final de este libro.

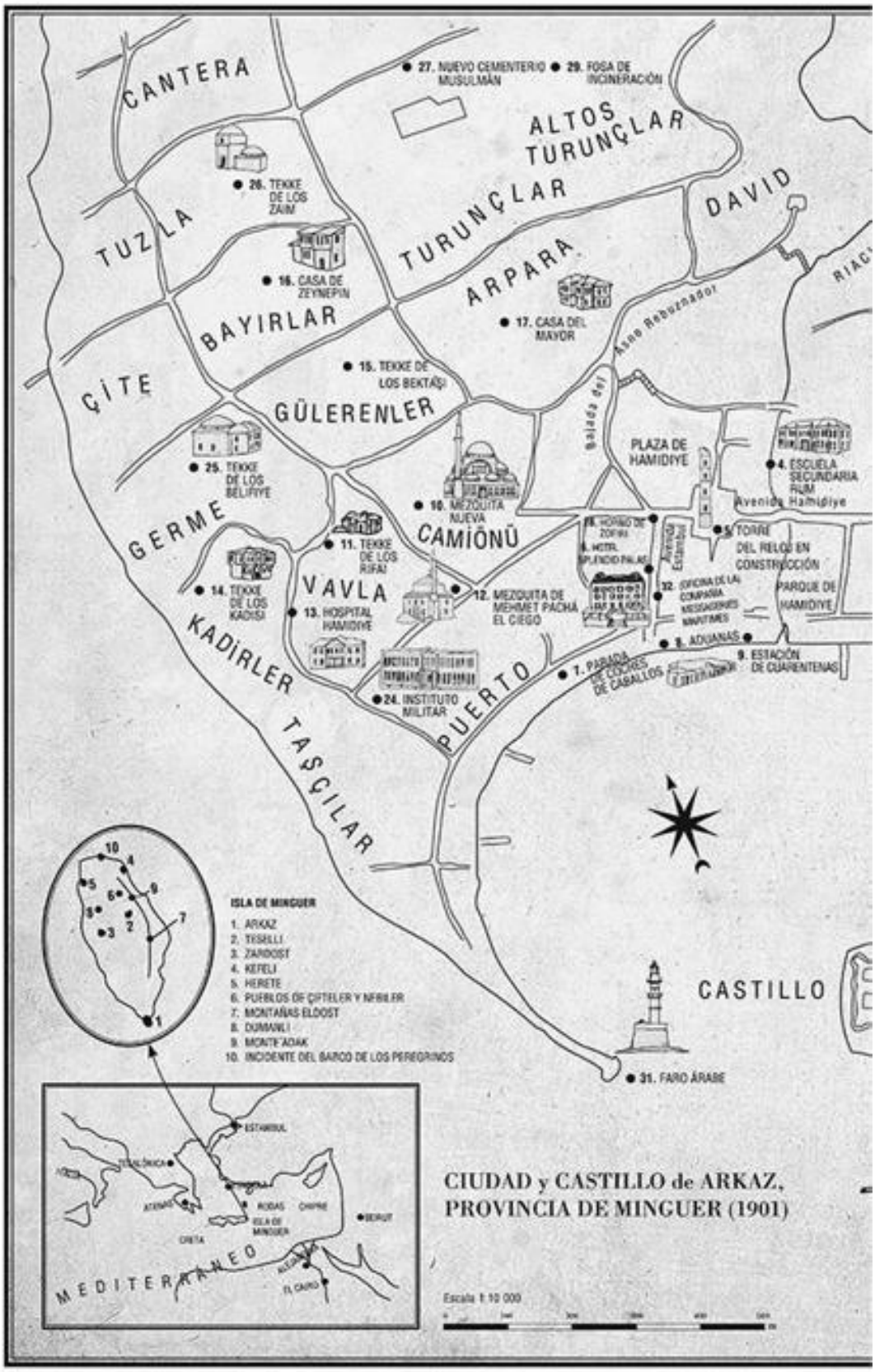
O. PAMUK

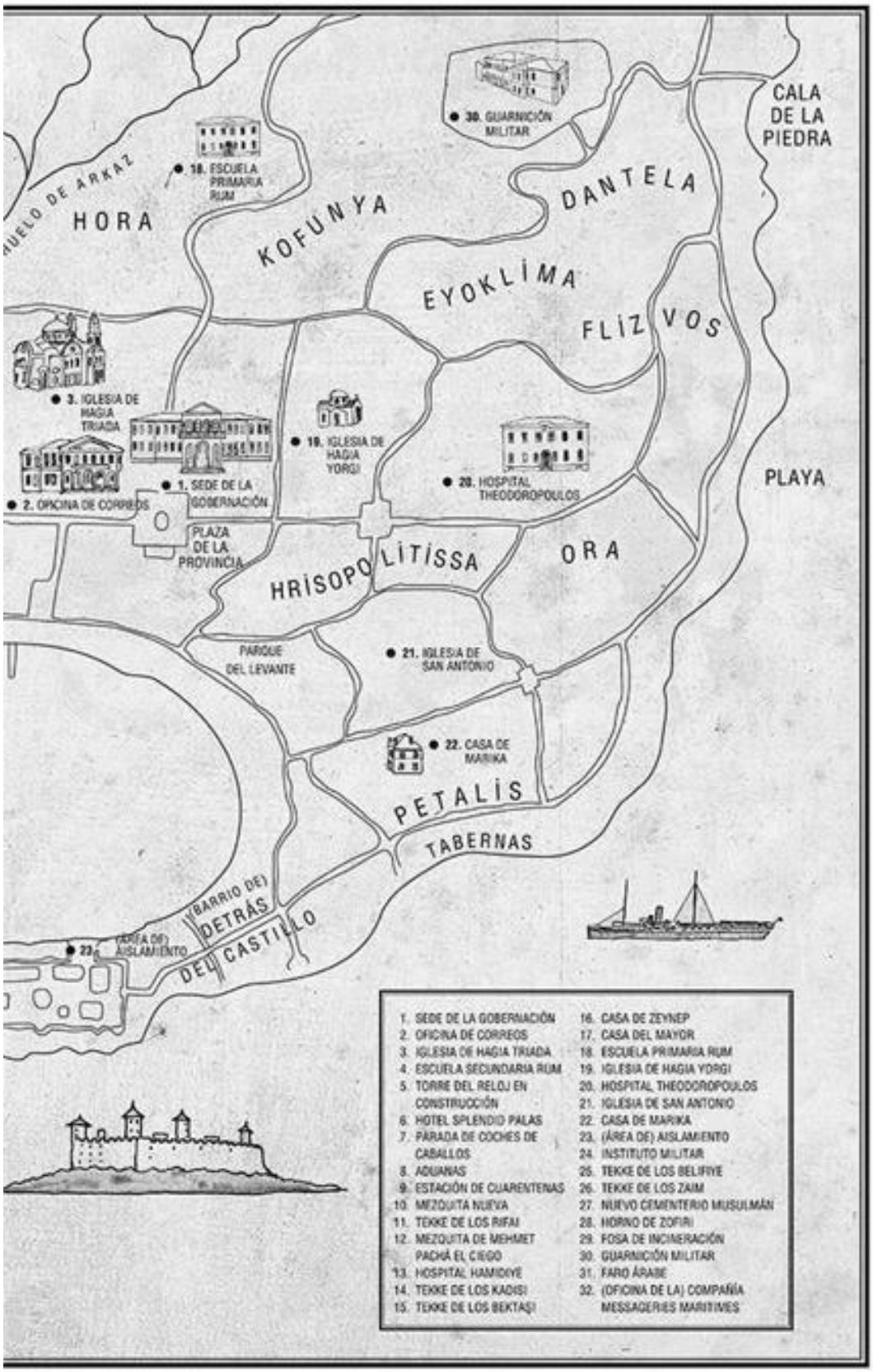
Ante un peligro que se avecina, dos voces hablan a la vez con fuerza en el alma del hombre: una dice con mucha razón que debe valorar la naturaleza del peligro y la manera de librarse de él; la otra dice con aún mayor razón que es demasiado duro y difícil pensar en el peligro y que además, dado que prever y salvarse del curso de los acontecimientos no está en la mano del hombre, lo mejor es olvidarse del peligro hasta que no se presenta y pensar en las cosas agradables.

LEV TOLSTÓI , *Guerra y paz* [*]

Hasta hoy, ningún escritor ha intentado analizar y comparar estas narrativas para escribir la verdadera historia de la calamidad de la plaga.

ALESSANDRO MANZONI , *Los novios*


CANTERA
27. NUEVO CEMENTERIO MUSULMÁN
29. FOSA DE INCINERACIÓN
ALTOS TURUNÇLAR
26. TEKKE DE LOS ZAIM
TUZLA
TURUNÇLAR
DAVID
16. CASA DE ZEYNEPIN
ARPARA
17. CASA DEL MAYOR
BAYIRLAR
Asna Rebuzador
15. TEKKE DE LOS BEKTÁŞI
ÇİTE
GÜLERENLER
Balada del
PLAZA DE HAMIDIYE
4. ESCUELA SECUNDARIA RUM
25. TEKKE DE LOS BELIYYE
10. MEZQUITA NUEVA
Avenida Hamidiye
GERME
11. TEKKE DE LOS RIFAI
CAMIÖNÜ
5. TORRE DEL RELOJ EN CONSTRUCCIÓN
14. TEKKE DE LOS KADISI
VAVLA
12. MEZQUITA DE MEHMET PACHA EL CIEGO
13. HOSPITAL HAMIDIYE
32. OFICINA DE LA COMPAÑÍA MESSAGERIES MARITIMES
PARQUE DE HAMIDIYE
8. ADUANAS
9. ESTACIÓN DE CUARENTENAS
KADIRLER
7. PARADA DE COCHES DE CABALLOS
PUERTO
24. INSTITUTO MILITAR
TAŞÇILAR
CASTILLO
31. FARO ÁRABE
ISLA DE MINGUER
1. ARKAZ
2. TESILLI
3. ZARDOST
4. KEFELI
5. HERETE
6. PUEBLOS DE ÇIFTELER Y NIRBILER
7. MONTAÑAS ELDOST
8. DUMANLI
9. MONTE ADAK
10. INCIDENTE DEL BARCO DE LOS PEREGRINOS
ESTAMBUL
TESALÓNICA
ATENAS
RODAS
CHIPRE
BEIRUT
ISLA DE MINGUER
CRETA
MEDITERRÁNEO
ALEJANDRÍA
EL CAIRO
CIUDAD y CASTILLO de ARKAZ,
PROVINCIA DE MINGUER (1901)
Escala 1:10 000


CALA DE LA PIEDRA
30. GUARNICIÓN MILITAR
18. ESCUELA PRIMARIA RUM
HORA
KOFUNYA
DANTELA
EYOKLİMA
FLİZVOS
3. IGLESIA DE HAGIA TRIADA
19. IGLESIA DE HAGIA YORGI
20. HOSPITAL THEODOROPOULOS
1. SEDE DE LA GOBERNACIÓN
2. OFICINA DE CORREOS
PLAZA DE LA PROVINCIA
PLAYA
HRİSOPOLİTİSSA
ORA
PARQUE DEL LEVANTE
21. IGLESIA DE SAN ANTONIO
22. CASA DE MARIKA
PETALİS
TABERNAS
(BARRIO DE) DETRÁS DEL CASTILLO
23. (ÁREA DE) AISLAMIENTO
1. SEDE DE LA GOBERNACIÓN
2. OFICINA DE CORREOS
3. IGLESIA DE HAGIA TRIADA
4. ESCUELA SECUNDARIA RUM
5. TORRE DEL RELOJ EN CONSTRUCCIÓN
6. HOTEL SPLENDID PALAS
7. PARADA DE COCHES DE CABALLOS
8. ADUANAS
9. ESTACIÓN DE CUARENTENAS
10. MEZQUITA NUEVA
11. TEKKE DE LOS RIFAI
12. MEZQUITA DE MEHMET PACHÁ EL CIEGO
13. HOSPITAL HAMIDIYE
14. TEKKE DE LOS KADISI
15. TEKKE DE LOS BEKTAŞI
16. CASA DE ZEYNEP
17. CASA DEL MAYOR
18. ESCUELA PRIMARIA RUM
19. IGLESIA DE HAGIA YORGI
20. HOSPITAL THEODOROPOULOS
21. IGLESIA DE SAN ANTONIO
22. CASA DE MARIKA
23. (ÁREA DE) AISLAMIENTO
24. INSTITUTO MILITAR
25. TEKKE DE LOS BELIFIYE
26. TEKKE DE LOS ZAIM
27. NUEVO CEMENTERIO MUSULMÁN
28. HORNO DE ZOFIRI
29. FOSA DE INCINERACIÓN
30. GUARNICIÓN MILITAR
31. FARO ÁRABE
32. (OFICINA DE LA) COMPAÑÍA MESSAGERIES MARITIMES

INTRODUCCIÓN

Esta es tanto una novela histórica como una historia escrita en forma de novela. Cuando trataba de narrar los seis meses más intensos y agitados de la vida de la isla de Minguer, la perla del Mediterráneo oriental, añadí a mi relato numerosos acontecimientos de la historia de este país al que tanto amo.

Estaba investigando los hechos que se sucedieron en la isla tras la epidemia de peste de 1901 cuando sentí que la ciencia histórica no bastaría para explicar la subjetiva determinación de los héroes de este breve y dramático periodo y que mejoraría su comprensión con la ayuda del arte de la novela, así que he tratado de unir estas dos disciplinas.

No crean los lectores, por favor, que mi punto de partida son estos elevados problemas literarios. Primero llegaron a mis manos unas cartas cuya riqueza he intentado plasmar en el libro. Se me pidió la anotación y edición de las ciento trece cartas que Pakize Sultan, la tercera hija del trigésimo tercer sultán otomano, Murat V, escribió a su hermana mayor, Hatice Sultan, entre 1901 y 1913. El primer capítulo del libro que se disponen a leer consiste en un «prólogo del editor».

El prólogo se hizo más largo, se enriqueció a medida que investigaba y se convirtió en el libro que tienen en sus manos. Antes que nada, debo confesar que me hechizaron la inteligencia y el encantador y en extremo sensible estilo de Pakize Sultan. Tenía poco de la avidez por la narración propia del historiador o del novelista, del interés por el detalle o del talento para la descripción. Yo soy una mujer que durante años se ha leído, en archivos ingleses y franceses, todos los informes que los embajadores redactaron en las ciudades portuarias del Imperio otomano, les dediqué mi doctorado y he publicado sesudos tratados. Ningún embajador ha llegado a

relatar los mismos acontecimientos, los días del cólera o de la peste, con esa profundidad y belleza, ninguno de ellos percibe el ambiente de las ciudades portuarias otomanas ni los colores de sus mercados y bazares, ni oye los graznidos de las gaviotas ni el traqueteo de las ruedas de los coches de caballos. Puede que fuera la narración de Pakize Sultan, plena de vida, que se me hacía presente con una intensa sensibilidad hacia las personas, las cosas y los acontecimientos, lo que me sugirió que convirtiera el prólogo del editor en novela.

Mientras leía las cartas me hice la siguiente pregunta: ¿sería su condición de «mujer» el motivo de que Pakize Sultan pudiera describir los mismos hechos con más colorido y «minuciosidad» que los historiadores y embajadores? ¡No olvidemos que, durante los días de la epidemia, la redactora de esas cartas prácticamente no salía nunca de su habitación en las dependencias de invitados de la sede de la gobernación, y que solo se enteraba de lo que ocurría en la ciudad por lo que su marido médico le contaba! Al describir en sus cartas todo este mundo de hombres políticos, burócratas y médicos, Pakize Sultan logró identificarse con ellos. Yo también he intentado, tanto como he podido, darle vida a ese mundo en mi novela-historia. Y, por supuesto, es muy difícil estar a la altura de Pakize Sultan en claridad, brillantez y ansia de vivir.

Otro motivo de mi entusiasmo por estas magníficas misivas, que ocuparán por lo menos seiscientas páginas cuando se publiquen, es que, naturalmente, yo también soy hija de la isla de Minguer. Cuando era niña me solía topar con Pakize Sultan en los libros de texto, en artículos de periódicos y, sobre todo, en revistas infantiles nacionales (*Lecciones Isleñas* , *Ciencia Histórica*) en las que con periodicidad semanal se publicaban gestas de héroes históricos y novelas ilustradas. De hecho, sentía una especial cercanía con ella. De igual modo que la isla de Minguer pudiera resultar a los demás un lugar fabuloso, como salido de un cuento, Pakize Sultan era para mí una heroína mítica. Gracias a esas cartas que en un momento dado cayeron en mis manos, me encontré con un

héroe fabuloso, el sultán, que consiguió cautivarme con sus problemas cotidianos, sus verdaderos sentimientos y, lo que es más importante, su fuerte personalidad y gran franqueza. Mis pacientes lectores también comprobarán al final del libro cómo he llegado a conocerla en persona.

He podido verificar la autenticidad del mundo descrito en estas cartas mediante mis trabajos en Estambul, en Minguer y en archivos de Inglaterra y Francia, así como con la revisión de las memorias y documentos de ese periodo. Sin embargo, mientras escribía mi novela histórica no pude evitar identificarme en parte con Pakize Sultan, como si sintiera que estaba escribiendo mi propia historia personal.

El arte de la novela se basa en la habilidad para escribir el relato de nuestras propias vivencias como si fueran las de otros y para escribir el relato de las vivencias de otros como si fueran las nuestras. Por ello no me ha costado nada creer que me comportaba como novelista al sentirme hija de un sultán o como sultán mismo. Sin embargo, me ha costado identificarme con generales y médicos, hombres que ostentaban el poder y que dirigían sus esfuerzos hacia la cuarentena y contra la peste.

Resulta más apropiado que la novela se cuente desde muy diversos puntos de vista para que, en los aspectos espiritual y formal, se parezca más a la historia de todos antes que a una historia personal. Por otro lado, estoy de acuerdo con la opinión del gran novelista Henry James, el más femenino de todos los escritores varones, según la cual para que una novela resulte convincente deberá juntar todos los detalles, todas las cosas, bajo la perspectiva de una sola persona.

Sin embargo, *al mismo tiempo* , he incumplido muchas veces la regla de la «perspectiva de una sola persona», anulándola incluso, para redactar un libro de historia. Así pues, he proporcionado al lector, en los momentos más sentimentales, datos y números, incluso le he explicado la historia de algunas instituciones. También, al describir los más

sutiles sentimientos de uno de los personajes, velozmente y sin pensármelo, he pasado a las reflexiones de otro protagonista completamente diferente y que el primero no podría conocer. O, a pesar de que sinceramente estoy convencida de que al sultán Abdülaziz lo asesinaron tras deponerlo del trono, también he escrito que, en opinión de algunos, se suicidó. Es decir, mi libro ha resultado ser un poco más histórico debido a mi intento de ver a través de los ojos de otros testigos presentes en ese colorido universo que Pakize Sultan retrata en sus cartas.

Cómo llegaron hasta mí las cartas, cuánta credibilidad le di al relato policiaco, por qué no he podido publicar antes las cartas, preguntas como estas me las llevan haciendo a menudo desde hace años y solo responderé aquí a la segunda de ellas. En realidad, los colegas académicos con los que comenté los crímenes que aparecen en las cartas y el encanto novelesco de Abdülhamit apoyaron la idea de la novela. También me estimuló el hecho de que una editorial tan prestigiosa como Cambridge University Press se interesara por una novela policiaca y valorara la historia de la pequeña isla de Minguer. Los secretos y el significado de este maravilloso mundo que durante años no me he cansado de documentar representan, por supuesto, un tema distinto y mucho más profundo que el de esclarecer quién fue el asesino. La identidad del asesino podría ser, como mucho, un indicio más. En palabras de Tolstói, el más grande autor de novela histórica y una de cuyas citas encabeza esta introducción, la curiosidad criminal hará que todo el libro se convierta en un mar de indicios.

Algunos me han criticado con el argumento de que discuto demasiado con historiadores oficiales y populares (no daré nombres). Puede que tengan razón. Así ha sido porque nos tomamos en serio los libros de historia populares.

En el prólogo de todos los libros de historia de Oriente y del Levante, o de Oriente y del Mediterráneo oriental, se tratan los problemas de transliteración y se explica cómo se han trasladado las antiguas escrituras locales al alfabeto latino. Me

alegro de no haber escrito uno más de esos aburridos libros. ¡Y es que el alfabeto y la lengua de Minguer no son compatibles con ninguna otra cosa! Los nombres locales los he mencionado, unas veces, como se escriben, y otras, como se pronuncian. En Georgia es bastante común que el nombre de una ciudad coincida con el de otra que se escribe de forma parecida. Pero en mi libro no es coincidencia que muchas cosas, como recuerdos a punto de olvidarse, le resulten familiares al lector. Se trata de algo premeditado.

MÎNA MINGUERLI,

Estambul, 2017

1

La chimenea de un barco de vapor arrojaba una columna de humo negro como el carbón cuatro días después de su partida de Estambul rumbo al sur. Sus pasajeros, tras dejar atrás la isla de Rodas y a media jornada más en dirección a Alejandría a través de las peligrosas y tempestuosas aguas meridionales, ya podían divisar las elegantes torres del castillo de Arkaz, en la isla de Minguer. Muchos de los pasajeros del barco que cubría la línea Estambul-Alejandría contemplaban desde la lejanía, con admiración y curiosidad, la silueta del castillo y su misteriosa sombra. En cuanto aparecía sobre el horizonte su imagen magnífica, a la que alude Homero en la *Ilíada* como «verde diamante de rosada piedra», algunos capitanes de espíritu refinado invitaban a los viajeros a cubierta para que disfrutaran del panorama sobre Minguer, romántico paisaje que los pintores que se dirigían a Oriente guiados por un impulso representaban con un fondo de nubes negras de tormenta.

Solo algunos de esos barcos hacían escala en la isla de Minguer, por aquellos días llegaba a la isla uno a la semana y solo tres de ellos cubrían la ruta de manera regular: de la empresa Messageries Maritimes, el Saghalien, cuya estridente sirena conocía todo el mundo en Arkaz, y el Equateur, de más grave silbido; y de la compañía cretense Pantaleon, el frágil Zeus, que solo a veces tocaba brevemente su silbato. De modo que un vapor que se acercaba de manera inesperada a la isla de Minguer un par de horas antes de la medianoche del 22 de abril de 1901, con lo que comienza nuestra historia, señalaba la existencia de alguna circunstancia extraordinaria.

Esta embarcación de proa puntiaguda y chimenea blanca y delgada que se aproximaba sigilosamente a la isla desde el norte, como un barco espía, era el Aziziye, de bandera

otomana. Transportaba una distinguida delegación otomana desde Estambul hacia China, con una misión muy especial ordenada por el sultán Abdülhamit II. Pakize Sultan, sobrina de Abdülhamit, y su flamante marido, el damat doctor Nuri Bey (que recibió el título de damat o «yerno» al casarse con la hija de un sultán), se unieron en el último momento a los diecisiete miembros de la delegación, compuesta por mulás, militares, traductores y burócratas, cada uno con su fez, turbante o sombrero. No se les desveló el motivo por el que estos felices, emocionados y quizá todavía un poco irreflexivos recién casados habían sido enrolados en la delegación de China, y hablaban mucho sobre el asunto entre ellos.

Pakize Sultan, a quien, como a sus hermanas, no le gustaba su tío el sultán, estaba segura de que Abdülhamit los había reclutado en la delegación, a ella y a su marido, por pura maldad, aunque aún no había podido descubrir el verdadero motivo. Por aquellos días, algunos chismosos de palacio aseguraban que esta perversión consistía en alejar de Estambul a los recién casados para dejarlos morir en tierras asiáticas asoladas por la fiebre amarilla o en los desiertos árabes plagados de cólera, mientras que otros recordaban que las intenciones de Abdülhamit no se solían comprender sino una vez finalizada la jugada. El damat doctor Nuri Bey, por su parte, era más optimista. A sus treinta y ocho años era un próspero y laborioso médico especialista en cuarentenas. Había representado al estado otomano en varias conferencias internacionales de salud. Sus éxitos despertaron el interés de Abdülhamit, a quien llegó a conocer, y comprobó algo que ya sabían bastantes especialistas en cuarentenas: que al sultán le interesaban tanto los avances de la medicina europea como las novelas policiacas. El monarca estaba al corriente de los adelantos sobre microbios, laboratorios y vacunas y deseaba llevar a Estambul y a todas las tierras otomanas los más recientes descubrimientos médicos. El doctor Nuri podía atestiguar que el sultán sabía que desde Asia y desde China

llegaban a Occidente nuevas enfermedades epidémicas y que esto le alarmaba.

El barco de recreo del sultán, el Aziziye, avanzaba más rápido de lo esperado pese a la falta de vientos en el Mediterráneo oriental. Poco antes había hecho escala en el puerto de Esmirna, a pesar de que no constaba en la ruta declarada. Cuando se acercaba al muelle de esa ciudad, sumido en la neblina, la mitad de los miembros de la delegación subieron por la estrecha escalerilla hasta la cabina del capitán para pedir explicaciones y allí se les hizo saber que un misterioso pasajero subiría a bordo. Relataron que ni siquiera el capitán ruso conocía su identidad.

El pasajero misterioso del Aziziye era el célebre inspector jefe de sanidad del Imperio otomano, el químico y farmacólogo Bonkowski Pachá. Este hombre de unos sesenta años, cansado pero activo, era el químico jefe del sultán y el fundador de la farmacología otomana moderna. Había sido un empresario de relativo éxito y antiguo propietario de varias compañías dedicadas a la elaboración de agua de rosas y perfumes, al embotellado de agua mineral o a la producción de fármacos. Desde hacía diez años se había consagrado en exclusiva al cargo de inspector jefe de sanidad del estado otomano; igual redactaba informes para el sultán sobre las epidemias de cólera y de peste que corría de epidemia en epidemia, de puerto en puerto, de ciudad en ciudad, para inspeccionar, en nombre del sultán, las cuarentenas y las medidas sanitarias que se tomaban.

El químico y farmacólogo Bonkowski Pachá también había representado muchas veces al Estado otomano en congresos internacionales sobre cuarentenas. Cuatro años antes ya había escrito un «memorándum» para el sultán Abdülhamit sobre las medidas que el Estado otomano debía tomar ante la enfermedad de la peste que estaba llegando desde Oriente. Se le encomendó específicamente que detuviera el brote que se estaba extendiendo por los barrios rums de Esmirna. ¡Tras toda una serie de epidemias de cólera, desde Oriente finalmente

había llegado al Estado otomano el nuevo microbio de la peste, que a veces aumentaba y a veces disminuía su capacidad para hacer enfermar, o *virulen ce* , como la calificaban los especialistas!

Después de seis semanas, Bonkowski Pachá detuvo la epidemia de peste en Esmirna, el mayor puerto otomano del Mediterráneo oriental. Lo consiguió gracias a que la población se sometió a los confinamientos domiciliarios, respetó los cordones sanitarios, cumplió de buena gana con todas las prohibiciones y colaboró con el Ayuntamiento y la policía en la caza de ratas. Los bomberos fumigaron toda la ciudad con desinfectante. No solo los periódicos de Esmirna, como *Ahenk* y *Amaltheia* , o los de Estambul, como *Tercüman-ı Hakikat* o *İ kdam* , también los periódicos franceses e ingleses, que seguían puerto a puerto la llegada de la peste desde Oriente, abrían sus columnas con el éxito de la Dirección Otomana de Cuarentenas: para los europeos, el químico de origen polaco pero nacido en Estambul, Bonkowski Pachá, era una figura conocida y respetada. Sofocó con éxito el brote de peste en Esmirna tras la muerte de diecisiete personas; se abrieron de nuevo el puerto, los muelles, las aduanas, las tiendas y los mercados, y en las escuelas se reanudó la actividad en las aulas.

Los distinguidos pasajeros del Aziziye, todos observando desde las ventanillas de sus camarotes y desde la cubierta la subida a bordo del reputado químico y su ayudante, sabían del éxito de la cuarentena y de su política sanitaria. Cinco años antes, Abdülhamit había concedido al viejo químico jefe el título de pachá. Stanislaw Bonkowski vestía una gabardina de color indefinible en la oscuridad y una chaqueta que dejaba ver su largo cuello y una ligera chepa. En la mano, un maletín grisáceo del que nunca se separaba y que sus discípulos le habían visto desde hacía treinta años. Su ayudante, el doctor İlias, lo seguía adondequiera que fuese cargando una caja que contenía un laboratorio portátil ideado para identificar los microbios del cólera o de la peste, distinguir el agua

contaminada del agua potable y, con esa excusa, testar y probar todas las aguas del Imperio. Bonkowski y su ayudante subieron a sus camarotes sin ni siquiera saludar a los intrigados pasajeros del Aziziye.

El mutismo y la actitud distante de los dos nuevos viajeros aumentaron aún más la inquietud de los miembros del Consejo Consultivo. ¿Qué objeto tenía tanto secretismo? ¿Por qué razón enviaba su majestad el sultán en el mismo barco a China a los dos expertos (el damat doctor Nuri Pachá era el otro) en peste y epidemias más importantes del Estado otomano? Poco después, sin embargo, supieron los miembros de la delegación que Bonkowski Pachá y su asistente no se dirigían a China, sino que desembarcarían en la isla de Minguer, en la ruta hacia Alejandría, con lo que todos volvieron a sus asuntos. Aún tenían por delante tres semanas para discutir cómo les explicarían el islam a los musulmanes de China.

El otro experto en cuarentenas del Aziziye, el damat doctor Nuri Pachá, se enteró por su mujer de que Bonkowski Pachá había embarcado en Esmirna y de que iba a desembarcar en Minguer. Los recién casados se congratularon porque ambos, cada uno debido a su propio pasado, conocían y apreciaban al ilustre químico. El damat doctor había participado en la última Conferencia sobre Salud de Venecia junto a Bonkowski Pachá, que era unos veintitantos años mayor que él. Además, había sido profesor de química del joven estudiante en la Escuela de Medicina del Cuartel de Demirkapı, en Sirkeci. El joven Nuri, como muchos otros estudiantes, era un incondicional de las clases de química aplicada que Bonkowski Bey, formado en París, impartía en el laboratorio, y más tarde también de sus clases de química orgánica e inorgánica. Tenía a todos los estudiantes de medicina fascinados por sus bromas, por su curiosidad por multitud de temas propia de un hombre del Renacimiento, y por su capacidad para comunicarse con fluidez en tres idiomas europeos que hablaba como si fueran sus lenguas maternas, así como en el turco vernacular de la calle. Stanislaw Bonkowski nació en Estambul, hijo de uno de

los muchos oficiales del ejército polaco que, tras su derrota ante los rusos, se exiliaron y se enrolaron en el ejército otomano.

La esposa del damat doctor, Pakize Sultan, rememoró con regocijo sus recuerdos de infancia y juventud. El verano de hacía once años, al extenderse una devastadora enfermedad por el palacio donde estaban confinadas, su tío Abdülhamit dejó encerradas a su madre y a las demás mujeres del harén consumiéndose por la fiebre y, convencido de que había un microbio que estaba causando una epidemia, les envió a su químico jefe para que tomara muestras. En otra ocasión, Abdülhamit le encargó a Bonkowski Pachá que analizara el agua que Pakize Sultan y su familia bebían a diario en el palacio Çırağan. Abdülhamit mantenía recluido allí a su hermano mayor, el anterior sultán Murat V, y controlaba cada uno de sus movimientos, pero en cuanto alguien enfermaba enviaba a los mejores médicos. En su infancia, Pakize Sultan vio muy a menudo por las estancias del palacio y del harén al griego de negra barba Marko Pachá, el médico principal del tío de su padre, el asesinado sultán Abdülaziz, así como al galeno del propio Abdülhamit, Mavroyeni Pachá.

—Años después volví a ver en cierta ocasión a Bonkowski Pachá en el palacio de Yıldız —dijo Pakize Sultan—. Estaba analizando las aguas del palacio para escribir un nuevo informe. Qué lástima que solo pudo sonreírnos a mí y a mis hermanas desde lejos y no pudo gastarnos las dulces bromas ni contarnos los cuentos que solía relatarnos en nuestra infancia.

Los recuerdos del damat doctor Nuri Pachá con el químico del sultán eran mucho más formales. En la Conferencia de Venecia, donde juntos representaron al Estado otomano, se ganó el respeto del químico por su capacidad de trabajo y su experiencia. Le explicó a su esposa Pakize Sultan que seguramente Bonkowski Pachá había sido uno de los primeros en elogiarlo como especialista en cuarentenas ante Abdülhamit, ya que sus caminos se habían cruzado con anterioridad en numerosas ocasiones, no solo tras su salida de

la escuela de medicina, sino también después de graduarse como médico. Una vez investigaron juntos por orden del alcalde, Blacque Bey, las condiciones sanitarias de los mataderos que descuartizaban animales en medio de las calles de Estambul. En otra ocasión, cuando el ilustre químico estaba elaborando un informe sobre las características topográficas y geológicas del lago Terkos, así como sobre los análisis microbiológicos de sus aguas, se unió a él junto con varios estudiantes y médicos y, de nuevo, se quedó impresionado por su inteligencia, su trabajo y su disciplina. Con la excitación de estos dulces recuerdos, ambos sentían el deseo de encontrarse de nuevo con el químico e inspector jefe.

2

El damat doctor envió una nota con un camarero a Bonkowski Pachá. El capitán les ofrecía una cena en el llamado «salón de invitados». Pakize Sultan, que nunca se presentaba ante los mulás y hacía todas sus comidas en su camarote, también se uniría a esa cena sin alcohol. Debemos recordar que por aquellos años era muy inusual que una mujer se sentase a la mesa junto a los hombres, ni siquiera tratándose de una princesa. Hoy lo sabemos todo acerca de esa histórica cena porque Pakize Sultan, sentada a un extremo de la mesa, le escribió más tarde a su hermana refiriéndole todo lo que vio y escuchó allí.

Bonkowski Pachá, con su pálido rostro y su nariz pequeña, poseía unos enormes ojos azules inolvidables para cualquiera que los viese. Abrazó a su alumno, el damat doctor, nada más verlo. A Pakize Sultan, en cambio, la saludó con una ceremoniosa reverencia como si se hallara ante una princesa en un palacio europeo, aunque evitó tocarle la mano para no hacerla sentir incómoda.

El químico jefe, quien gustaba de seguir la corrección y la etiqueta europeas, llevaba la medalla de oro del privilegio otomano de la que estaba tan orgulloso, así como la condecoración de San Estanislao que le concediera el último zar de Rusia.

—Querido maestro, querría expresarle mi admiración por su éxito en Esmirna —dijo el damat doctor.

Desde que la prensa publicara la noticia sobre la erradicación de la epidemia de peste en Esmirna, Bonkowski Pachá aceptaba las felicitaciones con una modesta sonrisa.

—¡Yo también lo felicito a usted! —contestó mirándolo fijamente a los ojos.

El doctor Nuri sonrió al comprender que esos parabienes no le llegaban por sus trabajos como estudiante para la Dirección de Cuarentenas del Hiyaz, ni por haber representado más tarde al Estado otomano, sino por haberse casado con una princesa, con un miembro de la dinastía Otomana, con la hija de un sultán. Abdülhamit lo casó con su sobrina porque era un médico brillante y de éxito, pero, tras la boda, toda la brillantez y los éxitos del doctor Nuri cayeron en el olvido y pasó a ser mucho más conocido como marido de la princesa.

Sin embargo, el damat doctor Nuri se había acostumbrado muy rápidamente a esta situación. Era tan feliz con su esposa que no ponía ningún reparo por ello. Además, le tenía un gran respeto a Bonkowski Pachá, su «disciplinado» y «metódico» maestro (nuevas palabras estas recién importadas al turco desde el francés y que tanto gustaban entre los intelectuales otomanos). Quiso corresponderle con un sincero halago:

—¡Su contención de la epidemia en Esmirna ha demostrado ante el mundo la fortaleza de la Dirección Otomana de Cuarentenas! —exclamó—. Así ha dado usted una merecida respuesta a los que señalan al Imperio otomano como el «hombre enfermo de Europa». No hemos podido acabar con el cólera, pero hace ya ochenta años que no se da en tierras otomanas una epidemia grave de peste. Antes decían: «¡La línea de civilización que durante doscientos años ha separado Europa del Imperio otomano no es el Danubio, sino que en realidad es la peste!». Pero ahora, gracias a usted, esa línea ha desaparecido en el campo de la medicina y las cuarentenas.

—Por desgracia, la peste ha vuelto a detectarse en la isla de Minguer —repuso Bonkowski Pachá—. Y con una extraordinaria virulencia.

—¿Cómo?

—La peste se ha extendido por los barrios musulmanes de Minguer, mi querido damat pachá. Es natural que usted, inmerso en los preparativos de su boda, no haya tenido noticia

de esto y que ahora le coja por sorpresa, porque lo han ocultado. No pudimos asistir a la ceremonia, pero es que teníamos motivos. ¡Me encontraba en Esmirna!

—He estado siguiendo de cerca los efectos de la epidemia en Hong Kong o en Bombay, y leyendo los últimos informes al respecto.

—La situación es mucho peor de lo que se escribe —añadió Bonkowski Pachá con aire de autoridad—. Es el mismo microbio, la misma cepa que ha matado a miles de personas en la India y China. Y la misma que llegó a Esmirna.

—La gente se está muriendo en la India…, pero usted consiguió detener la epidemia en Esmirna.

—¡Solo porque la gente y los periódicos de Esmirna contribuyeron en gran medida a lograrlo! —contestó Bonkowski Pachá, haciendo una pausa para indicar que iba a decir algo importante—. En Esmirna la enfermedad se localizó en el barrio rum, y es sabido que la población de la ciudad es muy culta y civilizada. ¡Pero en Minguer la enfermedad se concentra mucho más en los barrios musulmanes, y de momento han muerto quince personas! Allí nuestra tarea será más difícil.

El doctor Nuri sabía por experiencia que a los musulmanes les costaba más que a los cristianos respetar las condiciones de una cuarentena. Y también le exasperaban las exageradas quejas al respecto de los especialistas cristianos como Bonkowski Pachá. Decidió no discutir. El silencio se prolongaba, así que, para llenarlo, y a modo de explicación para Pakize Sultan y el capitán del barco, exclamó:

—¡Una polémica interminable, este asunto!

—¡Ya conoce la historia del pobre doctor Jean-Pierre! —dijo Bonkowski Pachá con su burlona sonrisa de profesor—. Tanto desde palacio como el gobernador Sami Pachá me han insistido en que Su Majestad cree que la declaración de epidemia de peste en Minguer es una cuestión política y, por

tanto, que es necesario que se oculte a todos el propósito de mi visita a la isla. ¡Sami Pachá, el gobernador de Minguer, es conocido mío desde los viejos tiempos en que era prefecto y jefe de otras provincias y distritos!

—¡Quince muertos es un número muy alto para esa isla tan pequeña! —exclamó el doctor Nuri.

—¡Tengo prohibido hablar de ese tema, incluso con usted, querido pachá! —respondió Bonkowski Pachá, señalando a Pakize Sultan, sentada al final de la mesa, con un irónico ademán como diciendo: «¡Tenemos un espía, por Dios!».

Luego se dirigió a ella con las maneras de un afable tío, como lo hacía cuando las occidentalizadas princesas eran todavía pequeñas y coincidía con ellas en el teatro del palacio Yıldız o, aunque fuera de lejos, en las ceremonias con motivo de la visita del káiser Guillermo.

—¡Es la primera vez en mi vida que veo que permiten salir de Estambul a una hija de un sultán, a una princesa! —proclamó exagerando su asombro—. ¡El Estado otomano se europeíza dando libertad a las mujeres!

Los lectores de las cartas que estamos publicando comprobarán que Pakize Sultan intuía que estas palabras habían sido pronunciadas con «ironía», incluso con sarcasmo. Al igual que su padre, Murat V, Pakize Sultan era una persona inteligente y sensible.

—Querido Pachá, en realidad yo no quería ir a China, sino a Venecia —le contestó al químico jefe, y la conversación derivó hacia la ciudad veneciana, que los dos hombres ya habían visitado con motivo de las citadas conferencias internacionales sobre salud—. ¿Es verdad, señor, que allí también se va en barca de orilla a orilla, como en el Bósforo, y que las barcas llegan hasta el interior de las casas? —preguntó Pakize Sultan.

Después siguieron hablando un rato sobre la velocidad y la potencia del Aziziye, así como sobre lo confortables que eran

sus camarotes. Treinta años y dos sultanes atrás, Abdülaziz (del que toma su nombre el barco) gastó mucho dinero en el fortalecimiento de la flota otomana –a diferencia de su sobrino Abdülhamit–, y, después de endeudar al Estado, se hizo construir este ostentoso barco. El camarote del sultán, una magnífica estancia con revestimientos de caoba, barniz dorado, marcos y espejos, era una réplica exacta del que había en el acorazado Mahmudiye. El capitán ruso departió sobre las excelentes prestaciones del barco: podía acoger hasta ciento cincuenta pasajeros y alcanzar las 14 millas por hora, pero, por desgracia, desde hacía años Su Majestad Imperial no disponía del tiempo necesario para dar ni siquiera un paseo por el Bósforo en el Aziziye. Lo cierto era que Abdülhamit se mantenía alejado de toda clase de embarcaciones a causa de su temor a un atentado, y aunque todos los comensales sentados a la mesa lo sabían, evitaron cautelosamente tocar el tema.

El capitán informó de que solo quedaban seis horas de travesía hasta alcanzar la isla, lo que aprovechó Bonkowski Pachá para preguntarle al damat doctor si alguna vez había visitado Minguer.

—Como nunca ha habido ningún brote de cólera, de fiebre amarilla ni nada, ¡nunca he estado allí! —respondió el doctor Nuri.

—Yo tampoco, por desgracia —prosiguió Bonkowski Pachá—. Pero en su momento estudié la isla con interés. Plinio, en su *Historia natural* , repasa al detalle la muy *sui generis* variedad de especies vegetales de la isla, sus plantas, sus árboles, sus flores, su muy escarpada montaña volcánica y las ensenadas rocosas que se encuentran al norte. El clima también es diferente. Hace años escribí un informe para Su Majestad, vuestro tío, sobre la posibilidad de cultivar rosas en esta isla, a la que nunca tuve la ocasión de ir.

—¿Y qué pasó entonces, querido Pachá? —preguntó Pakize Sultan.

Bonkowski Pachá sonrió con aire pensativo. Pakize Sultan llegó a la conclusión de que incluso el químico jefe debía de haber sufrido en algún momento las consecuencias de los temores y castigos del aprensivo sultán, así que sacó un tema sobre el que ya había hablado varias veces con su marido: ¿podía ser casualidad que los dos especialistas en cuarentenas más renombrados del Estado otomano se encontrasen en el barco privado del sultán, en plena noche, en alta mar cerca de Creta?

—¡Le aseguro que es casualidad! —respondió Bonkowski Pachá—. Porque nadie, ni siquiera el gobernador de Esmirna, Kıbrıslı Kâmil Pachá, tenía noticia alguna de que el barco más cercano que se dirigía a la isla era el Aziziye. Por supuesto que yo también desearía acompañarlos y predicar entre los musulmanes de China que es fundamental su respeto de las cuarentenas y demás obligaciones y prohibiciones modernas. Aceptar una cuarentena significa aceptar la occidentalización, algo que, cuanto más avanzamos hacia el Oriente, más complicado resulta. Pero que no se entristezca nuestra princesa. Yo le aseguro que en China existen los mismos canales que en Venecia, incluso de más anchura y longitud, y que, igual que en el Bósforo, también hay elegantes barcas que pueden penetrar hasta el interior de casas y palacios.

La admiración de los recién casados se acrecentó por toda la información que el honorable químico poseía sobre China, igual que sobre Minguer, sin haber estado allí nunca. Pero la cena no se prolongó demasiado y, una vez finalizada, el matrimonio subió a su camarote que, con sus mesitas, relojes, espejos y lámparas traídos desde Francia e Italia, hacía recordar a la estancia de un palacio.

—Me temo que algo te ha molestado —dijo Pakize Sultan —. Lo veo en tu cara.

El doctor Nuri había percibido cierto desdén cada vez que Bonkowski Pachá lo llamaba «¡Querido Pachá! ¡Querido Pachá!». Tal como dictaba la tradición, Abdülhamit le había

otorgado ese título al casarse con una princesa, aunque hasta el momento se había librado de utilizarlo. Pero ahora, cuando los verdaderos pachás, especialmente los de cierta edad, alta jerarquía y prestigio, se dirigían a él como «¡Querido Pachá! ¡Querido Pachá!», se sentía inquieto, como si no tuviera derecho a ese tratamiento. Sin embargo, ambos decidieron que Bonkowski Pachá no era el tipo de persona que utilizaría esa clase de ironía mezquina y pronto olvidaron el tema.

Llevaban treinta días de casados. Los dos habían soñado durante mucho tiempo con casarse con la persona adecuada, pero hacía ya bastante que habían abandonado la esperanza de encontrar a alguien así. Abdülhamit, con una repentina e intuitiva decisión, los presentó y los casó en un plazo de dos meses, y, tras su boda, la prueba de que serían muy felices fue cuánto disfrutaban de su amor y de su sexualidad, más de lo que ambos habían esperado. Desde que partieron de Estambul habían pasado la mayor parte del tiempo en la cama de su camarote, algo que a ambos les parecía ya de lo más natural.

Los cónyuges se despertaron de madrugada cuando el sonido del barco, semejante a un gemido, empezó a atenuarse. Fuera reinaba aún una completa oscuridad. Al aproximarse a Arkaz, la ciudad de mayor tamaño y centro administrativo de Minguer, el Aziziye avanzó en paralelo a los montes Eldost, cuyas altas y afiladas cumbres se extendían de norte a sur de la isla, y en cuanto comenzó a divisarse a simple vista la pálida luz del Faro Árabe, el timón cambió su rumbo al oeste, directamente hacia el puerto. Gracias a la intensa luz de la luna y al plateado resplandor sobre el mar, los pasajeros ya podían contemplar desde sus camarotes, como un espectro sumido en la oscuridad justo a espaldas del castillo de Arkaz, el Monte Blanco, conocido como la más misteriosa de las cumbres volcánicas que se elevan en el Mediterráneo.

Más tarde, al ver los puntiagudos conos de las torres del majestuoso castillo de Arkaz, ambos subieron a cubierta para contemplar mejor el panorama bajo la luz de la luna. Había niebla, pero era fina. Un dulce olor a yodo, algas y almendras

venía del mar. Arkaz, como muchas otras pequeñas ciudades costeras del Imperio otomano, no disponía de un puerto, ni de un muelle de grandes dimensiones, por lo que, en las aguas más profundas situadas frente al castillo, el capitán ordenó dar marcha atrás a las máquinas y se dispuso a esperar.

Se produjo un extraño y profundo silencio. La pareja se estremeció ante la magia del rico universo que tenían delante. El misterioso paisaje, las montañas bajo la luz de la luna y el silencio poseían una profundidad sobrecogedora. Era como si, además de la plateada luz de la luna, hubiera también otra fuente luminosa y ellos, atrapados por su embrujo, la buscasen. Los recién casados dedicaron bastante tiempo a contemplar el resplandor de ese maravilloso paisaje que daba la sensación de ser la verdadera razón de su felicidad. Entonces comenzaron a divisar en la oscuridad el fanal de un bote de remos, luego percibieron el pesado y rítmico movimiento de los remeros. Bonkowski Pachá y su asistente aparecieron en la cubierta inferior junto a la escalerilla. Parecían estar muy lejos, como en un sueño. El enorme bote negro enviado por el gobernador se arrimó al costado del Aziziye. Se oía hablar en rum y en la lengua de Minguer, además del ajetreo de los pasos. El bote recogió a Bonkowski Pachá y a su ayudante y se perdió de nuevo en la oscuridad.

Los recién casados, al igual que otros muchos pasajeros desde la cubierta y la cabina del capitán, continuaron admirando durante un buen rato las magníficas montañas de la isla de Minguer y el castillo de Arkaz, en una imagen de cuento que aún sigue emocionando a los escritores de viajes románticos. Si mirasen con un poco de atención hacia una ventana de una de las torres situadas al sudoeste del castillo, verían que allí ardía encendido un fanal. Algunas partes de la gran fortificación de piedra databan de la época de los cruzados, otras de los periodos de dominio veneciano, bizantino, árabe y otomano. Y, desde hacía siglos, una de esas secciones se había utilizado como mazmorras. En esos momentos, en una celda vacía dos plantas por debajo de la

habitación en la que ardía el fanal, un guardián —o, utilizando el moderno galicismo, un *gardien* — llamado Bayram Efendi, una de las figuras prominentes de esa parte del gran castillo, luchaba por su vida.

3

Bayram Efendi no había prestado atención a los primeros síntomas de la enfermedad cuando los notó, cinco días antes. Le subió la fiebre, se le aceleró el corazón y sintió como escalofríos. ¡Pero es que aquella mañana estuvo de acá para allá por los patios y las ventosas torres del castillo y cogió frío! Al día siguiente, después del mediodía, además de la fiebre se sintió cansado y perdió el apetito, y cuando caminaba por un patio de piedra se sentó un momento en el suelo y se tumbó. Al contemplar el cielo pensó que podría morirse. Como si alguien le estuviera clavando un clavo en la frente.

Desde hacía veinticinco años trabajaba de guardián en la mazmorra del célebre castillo de Arkaz de la isla de Minguer. Vigilaba a los viejos presos encadenados y olvidados en sus celdas, las filas de reclusos con grilletes en las muñecas mientras tomaban el aire en el patio, y a los presos políticos encerrados por Abdülhamit hacía quince años. Recordaba cómo eran las arcaicas y primitivas condiciones de la mazmorra en aquellos días (que en realidad aún lo eran), y su espíritu bienintencionado le llevaba a creer y a apoyar el afán modernizador y los recientes esfuerzos por convertir las mazmorras en una prisión, en un correccional incluso. Y a pesar de que a veces no llegaba el dinero desde Estambul y pasaba largas temporadas sin poder cobrar su sueldo, no descansaba si no estaba presente cada tarde en la mazmorra durante el recuento.

Al día siguiente, cuando recorría uno de los angostos pasillos de la mazmorra, sintió de nuevo aquella tremenda fatiga y decidió no volver a casa. Esta vez el corazón le latía de una manera desaforada. Se metió en una celda vacía, se echó sobre el montón de paja del rincón y comenzó a retorcerse de dolor. Además, temblaba y le dolía la cabeza de

una manera insoportable. Tenía el dolor alojado en la parte delantera de la cabeza, en la frente. Quería gritar, pero apretaba los dientes porque consideraba que si no decía nada se le pasaría aquel extraño dolor. Las prensas y las abrazaderas le oprimían la cabeza.

El guardián se quedó esa noche en el castillo. Su esposa y su hija Zeynep no se inquietaron por él, dado que a veces, o bien porque tenía guardia, o bien porque había que sofocar alguna pequeña revuelta o trifulca, no volvía a casa, que se encontraba a diez minutos en coche de caballos. En su casa había peleas y enfados todas las noches a causa de los preparativos y negociaciones para el inminente casamiento de su hija, y su mujer o Zeynep siempre acababan llorando.

Al despertarse por la mañana en la celda y examinarse el cuerpo, se vio un forúnculo de color blanco, del tamaño del dedo meñique, en la parte superior izquierda de la entrepierna, en la ingle. Tenía la forma de un pequeño pepino. Al apretarlo con el índice se aclaraba de color como si estuviera repleto de pus, y al quitar el dedo volvía de nuevo a su estado anterior. El bubón no le dolía a menos que se lo tocara. Pero, por algún extraño motivo, Bayram Efendi se sentía culpable. Conservaba la suficiente lucidez como para saber que ese forúnculo tenía que ver con el agotamiento, los temblores y los delirios que estaba experimentando.

¿Qué debía hacer? En una situación así, un cristiano, un funcionario, un soldado o un pachá acudirían a un médico o irían a un hospital, si lo hubiera. Cuando estalla un brote de diarrea o de alguna enfermedad febril en un barracón, este se pone en cuarentena. Pero en ocasiones, un jefe de barracón se rebelaba contra las medidas del confinamiento y muchos de sus compañeros presos sufrían las consecuencias. Esto no le era ajeno a Bayram Efendi, quien, en el cuarto de siglo que llevaba en el castillo, ya había visto cómo algunas viejas construcciones y patios venecianos de los que daban al mar se habían utilizado no como mazmorra o prisión, sino como aduana y dependencias para cuarentena (conocidas

antiguamente como «casas de protección»). Sin embargo, también era consciente de que ninguna medida de confinamiento podría protegerlo ahora. Consciente de que se encontraba en las garras de un poder extraño, se sintió atenazado por el miedo y durmió largo tiempo entre delirios. Pero cuando más tarde le vinieron nuevas oleadas de dolor, entendió con pesar que ese poder era mucho mayor que él mismo.

Al día siguiente se encontró un poco mejor durante un rato. Se dirigió a la mezquita de Mehmet Pachá el Ciego y cumplió con la oración de mediodía entre la multitud. Saludó y abrazó con familiaridad a dos funcionarios. Hizo un gran esfuerzo y oyó el sermón, aunque no se enteró de mucho. La cabeza le daba vueltas, sentía náuseas y a duras penas conseguía mantenerse en pie. El predicador no mencionó la enfermedad en ningún momento, solo repetía una y otra vez que todo pasaba por voluntad de Dios. Al dispersarse la muchedumbre, Bayram Efendi pensó que podría tumbarse sobre las alfombras y los kílims para descansar un poco, y entonces reparó en que estaba perdiendo la conciencia, en que se estaba desmayando. Hubo quien acudió para reanimarlo, y él, haciendo acopio de todas sus fuerzas, ocultó que se encontraba enfermo (aunque puede que algunos se dieran cuenta).

Para entonces ya intuía que se estaba muriendo, y lloraba, pues lo consideraba una injusticia, ansiaba saber por qué había sido elegido para morir. Después de salir de la mezquita, fue al barrio de Germe a buscar a un religioso que escribía papeles de oración y hacía amuletos, y de quien se decía que hablaba abiertamente de la epidemia y del momento de la muerte. Pero aquel hombre gordo cuyo nombre había olvidado no se encontraba allí. Entonces un joven con el fez ladeado y cara sonriente entregó a Bayram Efendi (y a otras dos personas que, como él, habían acudido a la mezquita) un amuleto bendecido y un papelito con una oración. Bayram Efendi trató de leerla, pero no podía. Se sintió culpable por ello y se alteró aún más, consciente de que sería el responsable de su propia muerte.

Cuando por fin llegó el jeque, Bayram Efendi recordó haberlo visto poco antes en la oración de mediodía. Era bastante gordinflón y tenía una barba tan blanca y larga como sus cabellos. Le dedicó una dulce sonrisa a Bayram Efendi y luego comenzó a explicarle cómo debían leerse las plegarias de los papelitos: de noche, en la oscuridad, cuando se manifieste el *yinn* de la epidemia, deberán repetirse treinta y tres veces cada una de las palabras «Recep», «Muktedik» y «Baki», tres de los nombres de Dios. Si se sostienen el papelito y el amuleto directamente hacia el *yinn* , incluso con solo diecinueve repeticiones se podrá ahuyentar la desgracia. El jeque se dio cuenta de que Bayram Efendi estaba gravemente enfermo y se apartó un poco de él. Este gesto no se le escapó al guardián. Le explicó que, si no tenía tiempo para recitar los nombres de Dios, también podría obtener buenos resultados colgándose del cuello el amuleto que le había dado y tocándolo con el dedo índice de la mano derecha. Si tenía el bubón en el lado izquierdo del cuerpo, debía utilizar el índice de la mano derecha, y si lo tenía en el lado derecho, el de la mano izquierda. Si comenzaba a balbucir, debía agarrar el amuleto con las dos manos, pero para entonces Bayram Efendi ya no era capaz de comprender muy bien todas esas reglas y decidió marcharse a su casa, que no quedaba muy lejos. Su bella hija Zeynep no estaba. Al ver lo enfermo que se encontraba, su esposa se echó a llorar. Sacó sábanas limpias del armario para hacer la cama y Bayram Efendi se acostó. Temblaba sin control y, cuando trató de decir algo, ni una sola palabra salió de su boca reseca.

Una tormenta estallaba dentro de su cabeza. El hombre se agitaba con movimientos bruscos y repentinos, como si alguien lo persiguiese, como si estuviera atemorizado y nervioso. Emine, su mujer, lloraba aún más fuerte al ver esas extrañas sacudidas, y Bayram Efendi, al ver el llanto de su esposa, comprendía que estaba a punto de morir.

Ya por la tarde, su hija Zeynep regresó a casa y Bayram Efendi pareció volver por un momento en sí. Dijo que el

amuleto del cuello le protegía y, entre delirios, se quedó de nuevo dormido. Tuvo sueños extravagantes y pesadillas. ¡Ahora subía y bajaba entre el oleaje de un mar agitado! ¡Había leones alados, peces que hablaban y hordas de perros que corrían a través del fuego! De repente, las llamas se infestaban de ratas, demonios ardientes que roían y destrozaban los rosales con sus dientes. La polea de un pozo, un molino, no dejan de girar, una puerta abierta no deja de batir, el mundo se encoge. Como si goteara sudor desde el sol hasta su rostro. Se ahogaba por dentro, deseaba correr y escapar, su cabeza lo mismo se aceleraba que se detenía. Más terrorífico aún, las turbas de ratas que dos semanas antes habían hecho retumbar con sus chillidos la prisión, el castillo y todo Minguer, que habían asaltado las cocinas y se habían comido las esteras, los paños y los maderos, ahora lo perseguían a él por los pasillos de la mazmorra. Bayram Efendi huía de ellas porque tenía miedo de leerles la oración equivocada. Pasó las últimas horas de su vida gritando con todas sus fuerzas para que oyesen todo lo que aparecía en su sueño, pero apenas sonó su voz. Su hija Zeynep se arrodilló ante él, observándolo mientras trataba de contener el llanto.

Más tarde, al igual que otras muchas víctimas de la plaga, volvió en sí durante un momento. Su mujer le puso en las manos una escudilla de sopa calentita que olía de maravilla. Era una sopa de tarhana con pimiento rojo, muy popular en las aldeas de Minguer. (Bayram Efendi solo había salido de la isla una vez en su vida). Se tomó la sopa a sorbos, como si fuera un elixir, mientras recitaba las oraciones que le había aconsejado el jeque gordinflón, tras lo cual se sintió mejor.

No quería que esa tarde se cometiera ningún error en el recuento de los barracones. Iría y volvería en un santiamén. Esto lo dijo como hablando para sí mismo, y salió por última vez de su casa sin despedirse de su mujer ni de su hija, como si fuera al jardín o al baño. Su mujer y su hija no creían que estuviera mejorando y lloraron al verlo marchar.

Bayram Efendi bajó en dirección a la playa a la hora de la oración de la tarde. Vio a porteros y a señores con sombreros esperando los coches de caballos a las puertas de los hoteles Splendid y Majestic. Pasó por delante de las oficinas de las compañías navieras que operaban las líneas hacia Esmirna, La Canea y Estambul, y por detrás del edificio de aduanas. Al llegar al puente Hamidiye se le agotaron las fuerzas. De repente cayó al suelo y supuso que iba a morir. A esa hora del día, la más colorida y bulliciosa, entre palmeras y plátanos, calles soleadas y gente amistosa, la vida era realmente bella. Bajo el puente fluía el arroyo de Arkaz, sus aguas de un verde salido del paraíso; por detrás, el antiguo mercado y el puente Viejo, y enfrente, el castillo, cuyos calabozos había custodiado toda su vida. Sollozó un rato en silencio, hasta que se sintió demasiado cansado para seguir llorando. La luz anaranjada del sol hacía que el castillo pareciera aún más rosado de lo que era.

Con un último esfuerzo, bajó de nuevo hacia la playa por la polvorienta calle de la antigua oficina de telégrafos, bajo las palmeras y los plátanos. Pasó por delante de los edificios que se remontaban a la época de los venecianos y por las sinuosas calles de la ciudad vieja, y entró en el castillo. Más tarde, los testigos dirían que esa noche lo vieron acudir a la puerta del Segundo Barracón para el recuento, y que luego se tomó una taza de tila en la sala de guardias.

Nadie volvió a verlo después de oscurecer. Más o menos a la hora en que el Aziziye se acercaba al puerto, un joven guardián oyó gritos y llantos que provenían de una celda de más abajo, pero en el profundo silencio que siguió los olvidó por completo.

4

Tras dejar al químico jefe de Abdülhamit, Bonkowski Pachá, y a su médico asistente en la isla de Minguer, la nave imperial Aziziye prosiguió su ruta directamente hacia Alejandría. La misión de la delegación otomana que viajaba en el barco consistía en aconsejar a la airada comunidad musulmana de China para impedir que se sumaran a las crecientes revueltas populares en contra de Occidente.

En 1894, Japón atacó China y el occidentalizado ejército nipón asestó una sorpresiva y rápida derrota al ejército chino, anclado aún en métodos de guerra tradicionales. Desesperada ante la victoria de los japoneses y sus demandas, la emperatriz china pidió ayuda a las potencias occidentales, al igual que había hecho el emperador otomano Abdülhamit II unos veinte años antes cuando, de forma muy parecida, sufrió una dura derrota a manos del más moderno ejército ruso. Ingleses, franceses y alemanes protegieron a China. Pero esta vez se dispusieron a dividir el país en zonas de influencia con grandes privilegios legales y comerciales (los franceses, en la China meridional; los británicos, en Hong Kong y el Tíbet; y los alemanes, en el norte), y a enviar misioneros para incrementar su ascendente político y espiritual.

Esto hizo que el empobrecido pueblo chino se rebelase, en particular los conservadores y los religiosos. Comenzaron los levantamientos contra el gobierno manchú y los «extranjeros», especialmente contra cristianos y europeos. Prendieron fuego a los establecimientos propiedad de occidentales, bancos, oficinas de correos, clubes, restaurantes, tiendas e iglesias. Empezaron a matar por las calles, uno por uno, a los misioneros y a los chinos conversos al cristianismo. Detrás de esta revuelta popular, que se extendía con rapidez, se encontraba una secta a la que los occidentales se referían como

los bóxers y que obtenía su fuerza mística de la magia tradicional y los rituales con espadas que practicaban. El Estado chino, dividido entre los conservadores y los liberales tolerantes, tampoco podía reprimir a los insurrectos, hasta el punto de que el ejército poco a poco fue pasándose a las filas de la sublevación. Al final, la misma emperatriz se unió a la rebelión contra los extranjeros. Ya en el año 1900, los soldados chinos sitiaron las embajadas en Pekín y muchedumbres furiosas comenzaron a atacar en las calles a los cristianos y a asesinar a los extranjeros. Las potencias occidentales organizaron un ejército aliado para combatir con todas sus fuerzas la rebelión en las calles. Fue allí donde cayó el embajador alemán Von Ketteler, partidario de una política especialmente beligerante.

El káiser Guillermo II, emperador de Alemania, reaccionó muy duramente y envió nuevos batallones a China para aplastar a los rebeldes de Pekín. Al despedir a sus soldados en Bremerhaven, les ordenó que se mostraran «duros» como «Atila, el rey de los hunos» y que no hicieran prisioneros. Los periódicos occidentales aparecían repletos de noticias que señalaban el salvajismo, el primitivismo y los crímenes que cometían los rebeldes bóxers y los musulmanes que se les habían unido.

Por esos mismos días, el káiser Guillermo II despachó varios telegramas a Estambul solicitando la ayuda de Abdülhamit, ya que los soldados que habían matado al embajador alemán en Pekín eran musulmanes provenientes de la región china de Kansu. En su opinión, el emperador otomano Abdülhamit, califa de todos los musulmanes del mundo, debía hacer algo para apaciguar a los fanáticos soldados musulmanes que atacaban ciegamente a los cristianos. Tal vez podría aportar efectivos a los ejércitos occidentales enviados para acabar con la rebelión.

A Abdülhamit no le resultaba fácil decir que no a los ingleses que lo habían apoyado frente al ejército ruso, ni a los franceses que eran los aliados de los británicos en China, ni a

los alemanes y su káiser Guillermo II, que le había rendido una visita personal en Estambul y que siempre se había comportado afectuosamente con él. Si estas grandes potencias decidieran ponerse de acuerdo entre ellas, podrían engullir fácilmente al Imperio otomano —«el hombre enfermo de Europa», en palabras del zar ruso Nicolás—, y el sultán era muy consciente de que podrían repartirse sus tierras y facilitar la formación de pequeños estados que hablaran cada uno una lengua diferente.

Abdülhamit había observado con sentimientos encontrados las insurrecciones de musulmanes contra las denominadas *Düvel-i Muazzama* , es decir, las grandes potencias occidentales. A través de lo que se contaba en los informes que recibía, seguía con interés las numerosas insurrecciones de musulmanes en China, así como la sublevación contra los ingleses liderada por Mirza Gulâm Ahmed en la India. También se mostraba complaciente con la rebelión del Mulá Loco de Somalia y con otras revueltas islamistas contra Occidente que estaban teniendo lugar en África y Asia. El sultán había enviado agregados militares especiales para que hicieran un seguimiento de algunos de estos levantamientos contra Occidente y la cristiandad, y en ocasiones había ayudado subrepticiamente a los rebeldes sin levantar siquiera sospechas en su propio gobierno ni entre sus propios cuadros burocráticos (había espías por todas partes). A medida que el Imperio otomano se desintegraba, y de ese modo perdía a las poblaciones ortodoxas de los Balcanes y de las islas del Mediterráneo, el sultán Abdülhamit empezó a acariciar la idea de que, si apoyaba abiertamente el islam (tal como sugería la nueva demografía del Imperio), podría poner de su parte a todas las naciones y comunidades musulmanas del mundo en contra de Occidente, para así, al menos, poder intimidar a las *Düvel-i Muazzama* . En otras palabras, el sultán estaba descubriendo por sí mismo lo que hoy día conocemos como «islam político».

Sin embargo, el sultán Abdülhamit, a quien le encantaban la ópera y las novelas policiacas, no era exactamente un yihadista islamista sincero y coherente. Desde el primer día comprendió que el levantamiento contra Occidente de Arabi Pachá en Egipto no solo se dirigía contra los ingleses, sino que además era una insurrección nacionalista contra todos los extranjeros, o sea, también contra los otomanos, por lo que odiaba a ese pachá islamista y deseaba en secreto que los ingleses lo aplastaran. Y, presionado por el embajador inglés en Estambul, Abdülhamit se puso del lado de los ingleses frente al movimiento del Mahdi en Sudán, que consideraba una «sublevación de la chusma», pero que combatió duramente contra los ingleses y que terminó con la muerte del general Charles Gordon, muy apreciado entre los musulmanes y al que llamaban afectuosamente Gordon Pachá.

No enfurecer a las grandes potencias occidentales y mostrarse al mundo como califa y líder de todos los musulmanes, dos deseos contrapuestos para los que Abdülhamit encontró una solución intermedia e inofensiva: no enviaría soldado otomano alguno para matar a musulmanes ni para combatir a los insurrectos. Pero sí enviaría a los musulmanes chinos, en calidad de califa del islam, una delegación con el mensaje: «¡No luchéis contra los occidentales!».

Abdülhamit eligió en persona al jefe de esta delegación, un experimentado general de brigada a quien en esos momentos le costaba conciliar el sueño en su camarote, junto a quien también puso a dos expertos a los que, como al primero, apreciaba y conocía personalmente: uno, de barba negra, un profesor de historia del islam; el otro, de barba blanca, un renombrado y perspicaz redactor de fetuas. Estos dos expertos se pasaban el día sentados frente a un enorme mapa del Imperio otomano que colgaba de la pared en la gran sala común del Aziziye, mientras discutían sobre los argumentos que deberían convencer a los musulmanes chinos. Uno de ellos, el historiador, afirmaba que su principal misión no era

apaciguar a estos musulmanes, sino darles a conocer la fuerza de Abdülhamit, califa del islam y también suyo. Por su parte, el más prudente redactor de fetuas, con su blanca barba, mantenía que la yihad solo sería «yihad» con la participación del rey o del sultán de aquel país, y alegaba que, de hecho, la emperatriz de China ya había cambiado de opinión y había renunciado a apoyar a los insurrectos. A veces se unían a sus debates otros miembros de la delegación, como intérpretes y militares.

El Aziziye proseguía su ruta hacia Alejandría en mitad de la noche, bajo la luz de la luna, cuando el damat doctor Nuri vio que estaban encendidas las luces del gran salón, así que llevó allí a su esposa y se plantaron delante del mapa que colgaba de la pared. Reflejaba la situación actual del Imperio otomano, fundado hacía seiscientos años por los tatarabuelos de Pakize Sultan. Abdülhamit mandó hacer ese mapa en el otoño de 1880 —cuatro años después de acceder al trono a la edad de treinta y cuatro años—, cuando, tras el Congreso de Berlín, recuperó, con ayuda de los ingleses, parte de los territorios que había perdido a favor de Rusia. El Estado otomano sufrió la pérdida de amplios territorios y países (Serbia, Tesalia, Montenegro, Rumanía, Bulgaria, Kars o Ardahan) en una guerra que se declaró nada más ocupar el trono. Después de tan gran quebranto, Abdülhamit estaba francamente convencido de que el Imperio otomano ya no perdería más tierras e hizo llegar por tren, coche de caballos, camello y barco a todos los rincones del estado, hasta las más remotas guarniciones, sedes gubernamentales y embajadas, ese mapa cuyo encargo realizó pleno de optimismo. Los miembros del Consejo Consultivo ya habían visto decenas de veces ese mapa por todos los rincones del Imperio, desde Damasco hasta Ioánina, de Mosul a Tesalónica y de Estambul al Hiyaz, y siempre les causó admiración y respeto la amplitud de los territorios que abarcaba el Imperio, solo para recordar que, por desgracia, el verdadero mapa seguía encogiéndose a un ritmo cada vez más rápido.

A propósito de esto, haré referencia aquí a un rumor que Pakize Sultan oyó en el palacio Yıldız respecto a este mapa, y que más tarde contó a su marido y refirió a su hermana en una carta. Según esta historia, Abdülhamit entró sin anunciarse en la habitación de su amado hijo mayor, el príncipe Selim, cuando este contaba diez u once años, y descubrió que estaba mirando una versión más pequeña del mismo mapa que había encargado por su cuenta, con lo que quedó muy complacido. Se acercó más y reparó en que algunos territorios estaban pintados de negro, como hacen los niños en los libros para colorear. Abdülhamit miró con más atención y comprobó que los territorios que su hijo había coloreado de negro eran los que había perdido estando él en el trono o que, aunque mantenían la bandera, había entregado sin luchar a los enemigos (pero que en el mapa seguían apareciendo como otomanos), y en ese momento comenzó a aborrecer a ese hijo traidor que hacía responsable a su padre del progresivo empequeñecimiento, hasta su desaparición, del Imperio otomano. Pakize Sultan, que despreciaba con la misma intensidad a su tío, añadió en su carta que, diez años más tarde, el odio que el padre sentía por el hijo se intensificó por el hecho de que una odalisca a la que Abdülhamit le había echado el ojo se hubiera enamorado de su primo Selim Efendi.

Pakize Sultan oyó a menudo hablar en su infancia de estos desastres, de todas estas pérdidas de territorios y provincias, que comenzaron en los años que siguieron al destronamiento de su padre Murat V. En los días en que, con sus uniformes verdes y azules, los soldados rusos llegaron a San Stefano, a solo cuatro horas de distancia del palacio de Abdülhamit, las plazas, jardines y descampados de Estambul se llenaron con las tiendas de campaña cedidas por el ejército para los musulmanes de los Balcanes, de tez clara y ojos azules, que lo perdieron todo de la noche a la mañana al escapar de las tropas rusas: en los Balcanes, el Estado otomano perdió en catorce meses gran parte de las tierras que le habían pertenecido desde hacía cuatrocientos años.

Más tarde, los recién casados rememoraron juntos, sin derramar una lágrima, los demás desastres de los que se hablaba durante su infancia: Chipre, situado al este de la isla de Minguer que acababan de dejar atrás, con sus fragantes huertos de naranjos, sus densos olivares y sus minas de cobre, pasó a estar bajo control inglés en 1878, antes incluso de que finalizara el Congreso de Berlín. Al contrario de lo que mostraba el mapa, hacía ya mucho que Egipto no era tierra otomana. Los ingleses, con la excusa de que los cristianos de Alejandría estaban amenazados durante el levantamiento antioccidental de Arabi Pachá, bombardearon los barrios de la ciudad desde sus buques de guerra y, en 1882, ocuparon el Egipto que aún aparecía como posesión otomana en el mapa. (En los momentos en los que las aprensiones del inteligente Abdülhamit rayaban en la paranoia, llegó a sospechar que esa revuelta la habían iniciado los ingleses como pretexto para poder apoderarse de Egipto). Los franceses, por su parte, tomaron Túnez bajo su control en 1881. Tal como había vaticinado el zar de Rusia cuarenta y siete años atrás, solo hacía falta que las grandes potencias se pusieran de acuerdo entre ellas para repartirse la herencia del «hombre enfermo».

Pero lo que más inquietaba a los miembros del Consejo Consultivo que se sentaban cada día ante el viejo mapa de Abdülhamit, era algo que ni siquiera aparecía reflejado en él: los países occidentales que apoyaban las revueltas de los nacionalistas-secesionistas cristianos de nacionalidad otomana, que se rebelaban continuamente contra la autoridad estatal, eran mucho más poderosos que ellos no solo militarmente, sino también en cuanto a su economía, administración y población. En 1901, el estado otomano contaba en toda su amplia geografía con una población de diecinueve millones de personas. De ellos, cinco millones no eran musulmanes y, aunque pagaban muchos más impuestos, seguían siendo tratados como ciudadanos de inferior categoría, lo que les llevó a reclamar «justicia», «igualdad» y «reformas» y a pedir ayuda y protección a los países occidentales. Al norte, la

población de Rusia, con la que los otomanos estaban siempre en guerra, era de setenta millones; y la de Alemania, con la que el estado otomano había establecido relaciones de amistad, rozaba los cincuenta y cinco millones. La producción económica de los países europeos, con el Imperio británico a la cabeza, era veinticinco veces mayor que la débil producción de la que eran capaces los otomanos. Es más, la población musulmana, que soportaba la carga militar y administrativa del Imperio, se debilitaba cada vez más a medida que prosperaban las clases comerciantes rum y armenia en las provincias. Los dirigentes de las provincias otomanas no podían ofrecer respuesta a las peticiones de libertad de esta nueva clase de burguesía no musulmana en ascenso. Frente a las revueltas de los cristianos griegos y armenios, que deseaban administrar sus propios territorios y pagar como mucho los mismos impuestos que los musulmanes, los gobernadores provinciales otomanos no eran capaces de reaccionar sino con devastación, asesinatos, torturas y destierro.

—¡Ya tienes otra vez ese demonio malvado dentro! —le dijo Pakize Sultan a su marido cuando regresaron a su camarote—. ¿En qué estás pensando?

—¡En que es bueno que nos vayamos a China y dejemos todo esto atrás por un tiempo! —respondió Damat Nuri.

Pero su esposa pudo leer en su rostro que estaba pensando en la epidemia de Minguer y en Bonkowski Pachá.

5

Conforme se acercaba a la orilla, la tradicional barca minguerense de madera de pino y proa puntiaguda que transportaba a Bonkowski Pachá y a su asistente, el doctor İlias, bordeó los altos muros y las escolleras del castillo. No se oía sino el crujir de los remos y el suave chapoteo de las olas contra las colosales rocas sobre las que se alzaba el castillo desde hacía casi setecientos años. No había más luz que la de los pocos fanales que ardían en algunas ventanas, pero bajo el mágico resplandor de la luna, Arkaz, la mayor ciudad y centro de la prefectura de Minguer, se mostraba como una blanca y rosada aparición. A pesar de ser un positivista que no creía en supercherías, Bonkowski Pachá experimentó una sensación siniestra ante ese panorama. Era su primera visita a la isla, aunque años antes había obtenido de Abdülhamit la concesión para el cultivo de rosas allí. Durante años había imaginado que este primer viaje sería una ocasión divertida, alegre y ceremoniosa. Nunca habría pensado que se adentraría en el puerto envuelto en la oscuridad, escondiéndose como un ladrón en mitad de la noche.

El remero aminoró la marcha cuando el bote entró en una pequeña cala. Desde la playa soplaba un viento húmedo mezclado con el olor de los tilos y las algas secas. La embarcación no se acercó al muelle aduanero donde atracaban los botes con pasajeros, sino que sobrepasó el Faro Árabe, un vestigio de los tiempos en que los árabes ocuparon la isla, para llegar hasta el viejo muelle de los Pescadores. Era un lugar más oscuro, más sombrío aún. El gobernador Sami Pachá, que había preparado esta visita secreta de Bonkowski Pachá y su ayudante a la isla por orden del sultán, eligió este muelle no solo por ser un lugar solitario, sino también por encontrarse alejado del edificio de la sede de la gobernación.

Lo primero que hizo fue entregarles sus maletas y sus pertenencias a los dos secretarios de negras chaquetas de la oficina de gobernación que los esperaban, y luego, aferrándose a los cabos que les largaron desde el embarcadero, subieron hasta el muelle. Nadie los vio montarse en el carruaje que les había enviado el gobernador. Se trataba del landó blindado especial que el gobernador Sami Pachá utilizaba en las ceremonias y cuando deseaba mantenerse alejado de la gente. Su obeso y aprensivo predecesor en el cargo se tomó muy en serio las cartas de amenaza enviadas por los románticos anarquistas griegos que perseguían separar la isla del Imperio otomano, así como la afición al lanzamiento de bombas que tenían por aquel entonces, por lo que encargó unas planchas metálicas a Kudret el Barbilampiño, el herrero más reputado de Arkaz, cuyo importe sufragó el siempre deficitario presupuesto de la gobernación.

Zekeriya, el cochero, condujo el landó blindado a lo largo del muelle, pasando por delante de los hoteles de luces apagadas y de los edificios aduaneros, para luego torcer a la izquierda y adentrarse por los callejones para evitar la avenida Estambul, la cuesta más famosa de la isla. El químico jefe y su ayudante percibían el aroma de las madreselvas y los pinos a través de las ventanillas del carruaje, por las que veían pasar viejos muros de piedra cubiertos de musgo y casas de ladrillo rosa con puertas de madera y ventanas cerradas. El carruaje subió traqueteando las cuestas hasta llegar a la plaza Hamidiye, donde vieron la torre de reloj a medio terminar porque, por desgracia, no se llegó a tiempo para el vigésimo quinto aniversario de la subida al trono de Su Majestad, el último día del pasado agosto. Advirtieron que las farolas estaban encendidas delante de la Escuela Secundaria Rum y de la oficina de correos, antiguamente llamada oficina de telégrafos, y repararon en los centinelas que el gobernador Sami Pachá había apostado en cada esquina después de que se propagaran los rumores de una epidemia de peste.

—Su excelencia el gobernador es un personaje peculiar —comentó Bonkowski Pachá a su asistente cuando se quedaron a solas en la casa de huéspedes—. Pero debo decir que no esperaba encontrarme la ciudad tan inmaculada, tan tranquila y serena. Si no se nos ha escapado algo en la oscuridad, esto también es un logro suyo.

El doctor İlias, rum de Estambul, llevaba nueve años ejerciendo de «asistente» del químico jefe del sultán. Juntos habían recorrido todos los rincones del Imperio para sofocar las epidemias y habían pernoctado en habitaciones de hotel, en casas de huéspedes de sedes municipales y hospitales, y en guarniciones militares. Cinco años atrás desinfectaron y salvaron Trebisonda del cólera rociando toda la ciudad con un producto que habían transportado por barco. En otra ocasión, en 1894, recorrieron pueblo por pueblo toda la región de Izmit y Bursa para detener el cólera que se estaba extendiendo por la zona, durmiendo por las noches en tiendas de campaña militares. Bonkowski Pachá había llegado a depositar toda su confianza en este ayudante que le proporcionaron por pura casualidad desde Estambul, y se había acostumbrado a compartir con él todo lo que le pasaba por la mente. El químico jefe y su asistente viajaban de ciudad en ciudad y de puerto en puerto por todo el territorio otomano combatiendo las epidemias, y gracias a sus éxitos y a sus amplios conocimientos en la materia eran conocidos entre los burócratas y las organizaciones sanitarias como «los científicos salvadores».

—Hace veinte años, cuando Sami Pachá era gobernador en Dedeağaç, Su Majestad me encargó la misión de acabar con la epidemia de cólera que se había declarado allí. Nos recibió con actitud desdeñosa, a mí y a los jóvenes médicos epidemiólogos que había llevado desde Estambul, y comprendió que en mi informe haría saber al sultán que su dilación en el asunto había ocasionado una pérdida aún mayor de vidas. Puede que ahora muestre un comportamiento hostil hacia nosotros.

Bonkowski Pachá dijo aquello en un turco cultivado, muy parecido al lenguaje escrito actual, y que era el que prefería utilizar al referirse a asuntos oficiales. Pero, a veces, como ambos habían estudiado en París, él Química y el doctor İlias Medicina, hablaban entre ellos en francés. Y así, mientras en la oscuridad de sus habitaciones de la casa de huéspedes trataba de distinguir qué era una sombra y qué era un mueble, o dónde estaban las ventanas, el químico sesentón exclamó en francés, como si hablara en sueños:

—¡Me llega un olor a fatalidad!

Más tarde, por la noche, se desvelaron al escuchar unos sonidos similares a los ruidillos que hacían las ratas. La lucha contra la peste en Esmirna se había convertido en una especie de lucha contra las ratas. A su llegada, se habían sorprendido de que no hubieran colocado ratoneras en la casa de huéspedes en la que estaban alojados bajo la supervisión del gobernador de la isla de Minguer. Habían telegrafiado en incontables ocasiones, tanto desde la capital como desde las provincias, para informar a las autoridades sanitarias de que la peste se transmitía por las ratas y por las picaduras de las pulgas que vivían en ellas.

Por la mañana llegaron a la conclusión de que los ruidos que habían oído en mitad de la noche habían sido causados por las gaviotas que se posaban y emprendían el vuelo desde el tejado de aquel edificio de madera medio en ruinas. Para ocultar su presencia a los entrometidos periodistas de Arkaz, a los tenderos cotillas y a los malévolos cónsules, el gobernador Sami Pachá había decidido instalarlos no en la gran hospedería del nuevo edificio de la sede de la gobernación, sino en aquel desierto palacete de madera de la Dirección de Fundaciones Piadosas, que había sido acondicionado en un solo día y donde les proporcionaron guardias y sirvientes.

Esa misma mañana, el gobernador se presentó sin anunciar en el palacete para disculparse ante sus huéspedes secretos por las condiciones del edificio. Al verlo por primera vez después

de tantos años, Bonkowski Pachá sintió por un momento que podría confiar en Sami Pachá. El gobernador daba una impresión de fuerza y resistencia que se desprendía de su imponente y robusta figura, de sus barbas aún sin blanquear, de sus espesas cejas y de su amplia nariz.

Pero poco después, Bonkowski Pachá y su asistente comprobaron consternados que Sami Pachá mostraba la misma actitud con la que reaccionaban todos los gobernadores y prefectos en cualquier parte del mundo ante el comienzo de una epidemia.

—¡Por supuesto que no hay una epidemia en nuestra ciudad! —comenzó Sami Pachá—. Y mucho menos la peste, Dios no lo quiera. Aun así, les hemos hecho traer este desayuno desde la guarnición militar. Ellos ni siquiera se comen el pan recién hecho si no se desinfecta antes el horno.

Bonkowski Pachá reparó en una bandeja dispuesta en la habitación de al lado con aceitunas, granadas, nueces, queso de cabra y pan de munición, y sonrió al gobernador.

—Aquí a todo el mundo, tanto musulmanes como rums, le gustan mucho los cotilleos —dijo el gobernador Sami Pachá mientras un sirviente con fez servía en las tazas el café que había llevado de la cocina—. Se propagan toda clase de bulos, se dice que «hay un brote» cuando no lo hay, y se asegura que «no hay un brote» cuando sí lo hay. Luego les cuentan a los periódicos que «lo ha dicho Bonkowski Pachá», solo para ponerlos a ustedes en una difícil tesitura, como ya hicieron en Esmirna. Su intención, por supuesto, es provocar conflictos entre musulmanes y cristianos, alborotar esta pacífica isla y arrebatársela a los otomanos, como ya hicieron con Creta.

Recordemos en este punto que cuatro años antes, a consecuencia de los choques entre musulmanes y cristianos en la vecina isla de Creta, las potencias internacionales arrebataron la isla al Imperio otomano con la excusa de poner fin a esas disputas.

—¡Como la gente de Minguer no es pendenciera, aquí se han inventado la historia esa de la epidemia! —afirmó el gobernador, sacando abiertamente el tema.

—Pero, querido pachá, ¡durante la epidemia de Esmirna a nadie le importaba si eras rum, ortodoxo, musulmán o cristiano! —respondió Bonkowski Pachá al gobernador, que era seis años menor que él—. Tanto el periódico rum *Amaltheia* como el periódico otomano *Ahenk* , e incluso los mercaderes que comerciaban con Grecia, todos se tomaron muy en serio las medidas preventivas y acataron la cuarentena. Y fue gracias a su buena disposición como logramos atajar la epidemia.

—Bueno —repuso el gobernador—, aunque fuera con un poco de retraso, también aquí nos llegaron la prensa y las noticias de Esmirna en el barco de Messageries. Y puedo afirmar sin excederme que no fue exactamente así, mi querido inspector jefe. Para empezar, todos los cónsules, especialmente el griego y el francés, se estuvieron quejando todos los días por las medidas que se tomaron durante la cuarentena en Esmirna, y sembraron la discordia haciendo que los periódicos publicaran sus objeciones. Yo no voy a permitir que ese tipo de noticias subversivas se difundan aquí en los periódicos de Minguer.

—Al contrario, en cuanto la gente de Esmirna entendió que la cuarentena era inevitable y beneficiosa, su colaboración con la Oficina del Gobernador y con el Comité de Cuarentena resultó impecable. Por cierto, el gobernador de Esmirna, su excelencia Kıbrıslı Kâmil Pachá, le envía sus más cordiales saludos. Por supuesto, él también está al tanto de mi presencia aquí.

—Yo fui su ministro de Fundaciones cuando era gran visir, hace quince años —dijo el gobernador Sami Pachá recordando con cierta añoranza sus extraordinarios éxitos de juventud—. Su excelencia Kâmil Pachá es un hombre hábil y distinguido, de una inteligencia superior.

—Su excelencia Kâmil Pachá permitió a los periódicos que difundieran las noticias sobre la epidemia, e hizo bien —replicó Bonkowski Pachá—. ¿Acaso no sería mejor que las noticias sobre la enfermedad se publicaran también en los periódicos de Minguer? La gente debe alarmarse, los dueños de las tiendas tienen que mostrar temor ante la muerte, así obedecerán de buen grado las prohibiciones de la cuarentena en cuanto esta comience.

—Llevo cinco años como gobernador aquí y le aseguro que puede estar tranquilo. Las gentes de Minguer, ortodoxos, católicos e incluso musulmanes, son tan civilizadas como las de Esmirna. Acatarán cualquier cosa que les exijan las autoridades. Pero declarar una epidemia de peste cuando oficialmente no la hay causaría un pánico innecesario.

—En ese caso, haga que se publiquen todas las noticias sobre la peste, la epidemia, la cuarentena y los fallecidos. Así la población hará más caso —prosiguió pacientemente Bonkowski Pachá—. Usted sabe muy bien, mi querido gobernador, que sin la ayuda de los periódicos resulta mucho más difícil gobernar el Imperio otomano.

—¡Minguer no es Esmirna! —exclamó el gobernador—. Aquí no existe la enfermedad. Por esa razón Su Majestad, nuestro sultán, ha mantenido en secreto vuestra visita aquí. Por supuesto, también manifestó su voluntad de que, si realmente se declarara la enfermedad aquí, entonces debería aplicar las medidas de cuarentena como ya hizo en Esmirna para detener la epidemia. Pero Su Majestad recela de las maquinaciones de los cónsules extranjeros y sospecha que los médicos rums que forman parte del Comité de Cuarentena, y que fueron los primeros en declarar aquí el brote epidémico, sean partidarios de Grecia, así que ha prohibido que usted se reúna con el Comité de Cuarentena de Minguer.

—Estamos informados de ello, gobernador.

—Son esos viejos médicos rums los que han lanzado los rumores sobre la epidemia, y los que se han apresurado a

transmitir las noticias a sus amigos de la prensa de Estambul. Son muchos los que, instigados por los consulados, desearían que nuestra isla acabara como la de Creta y nos la arrebataran de un día para otro. No me corresponde a mí decirlo, pero los ojos de todo el mundo están puestos sobre nosotros, así que, mi querido pachá, ¡ándese con mucho cuidado!

¿Era una amenaza lo que había en esas palabras? Por un momento, los tres funcionarios otomanos, uno musulmán, otro católico y el tercero ortodoxo, se miraron en silencio.

—En cualquier caso, tal vez sea más conveniente que no sea usted quien tome la decisión sobre quién escribirá qué en los periódicos de Minguer, inspector jefe, sino yo, que soy el gobernador de la isla —exclamó Sami Pachá, de nuevo envalentonado—. Y yo, por mi parte, no ejerceré ninguna influencia sobre los hechos que usted escriba en su informe desde un punto de vista puramente médico y químico. Antes de que zarpe esta tarde el buque Bagdad de la compañía Maritimes, podrá reconocer a tres enfermos, dos musulmanes y un ortodoxo, a fin de recoger muestras para enviarlas a Esmirna. Por cierto, anoche falleció uno de nuestros carceleros más veteranos, aunque ni siquiera nos habíamos dado cuenta de que estaba enfermo. Con su permiso, les proporcionaré a ambos unos guardias para realizar las visitas de hoy.

—¿Y para qué vamos a necesitarlos?

—Este es un lugar pequeño y, por mucho que traten de pasar inadvertidos, van a visitar a unos pacientes en calidad de médicos y su presencia despertará rumores —contestó el gobernador—. Eso desalienta a la gente, resulta desmoralizador. Nadie quiere oír que hay una epidemia. Todo el mundo sabe que una cuarentena conlleva el cierre de tiendas, soldados y médicos entrando en las casas, la paralización de las actividades comerciales. Usted sabe mejor que yo que a un médico cristiano que intenta entrar custodiado por militares en las casas del barrio musulmán no suele acompañarle la fortuna. Si insisten en afirmar que hay peste,

los comerciantes cuyos negocios se vean afectados los acusarán de difundir calumnias y no tardarán en asegurar que han sido ustedes los que han traído la enfermedad. En realidad no somos tantos en esta isla, pero aquí cada cual tiene su punto de vista sobre las cosas y no tiene miedo de expresarlo.

—¿Cuál es la población exactamente?

—Unos ochenta mil habitantes según el censo de 1897, de los que veinticinco mil residen en Arkaz. La proporción entre musulmanes y no musulmanes es aproximadamente la misma. De hecho, tras la llegada de los musulmanes procedentes de Creta en los tres últimos años, podría decirse que ahora son mayoría, aunque yo no me atrevería a dar una cifra porque enseguida saldría alguien para rebatirla.

—¿Cuántos muertos ha habido hasta ahora?

—Algunos dicen que quince, otros que más. Hay quienes ocultan a sus muertos por temor a que los oficiales de cuarentenas clausuren sus casas y sus negocios y quemen todas sus pertenencias. Y hay quienes dicen que todos los fallecidos recientemente han muerto por la peste. Aquí tenemos todos los veranos una epidemia de diarrea, y nuestro jefe de cuarentenas, un anciano llamado Nikos, insiste siempre en enviar un telegrama a Estambul diciendo que hay cólera. Yo le paro los pies y le digo que espere. Y él, con su bomba pulverizadora, desinfecta el mercado, las alcantarillas que corren por el centro de las calles, los barrios pobres y las fuentes, hasta que lo que él asegura que es cólera un buen día desaparece. Si se informa a Estambul de que tenemos muertes por cólera, entonces lo llaman una «epidemia» y los cónsules y embajadores se meten de por medio; en cambio, si se informa de que se trata de una «diarrea de verano», se olvidan enseguida y ni siquiera le prestan atención.

—La población de Esmirna es ocho veces la de Arkaz, querido pachá, pero el número de muertos aquí supera ya a los de Esmirna.

—Entonces le corresponde a usted averiguar el motivo —repuso el gobernador con aire enigmático.

—He visto ratas muertas por todas partes. Y contra ellas tuvimos que luchar en Esmirna.

—¡Nuestras ratas no son como las de Esmirna! —dijo el gobernador con un deje de orgullo patriótico—. Las ratas de las montañas de nuestra isla son mucho más salvajes. Hace dos semanas el hambre las empujó a bajar a las ciudades y a las aldeas, y asaltaron las casas y las cocinas. Y donde no había comida, acabaron con todo lo que encontraron a su paso: camas, jabón, esteras, tejidos de lana y lino, alfombras… Hasta la madera se comieron. Aterrorizaron a todos los isleños. Entonces la ira de Dios se abatió sobre ellas y fueron exterminadas. Pero las ratas no trajeron esa epidemia de la que ustedes hablan.

—¿Y quién la trajo, pachá?

—¡Oficialmente, no hay ninguna epidemia en este momento! —insistió el gobernador.

—Estimado pachá, en Esmirna las ratas también fueron las primeras en morir. Como usted sabe, se ha demostrado científica y médicamente que la peste se propaga por medio de las ratas y sus pulgas. Así que hicimos que nos trajeran trampas desde Estambul y ofrecimos un premio de una *mecidiye* de plata a todo el que trajera diez ratas muertas. Pedimos ayuda al Club de Caza de Esmirna. La gente cazaba ratas por las calles. Incluso el doctor İlias y yo nos unimos a ellos, y así fue como acabamos con la epidemia.

—Resulta que hará unos cuatro años, varios miembros de las dos familias más antiguas y adineradas de nuestra isla, los Mavroyenis y los Karkavitsas, acudieron a mí a fin de pedirme ayuda para abrir un casino en la ciudad siguiendo las últimas modas de Londres, un club privado como el que ya existe en Tesalónica. Pero este es un lugar pequeño, y simplemente no pudo ser… En cuanto a un club de caza, por supuesto que no

tenemos en nuestra modesta isla. ¡Pero tal vez ustedes puedan enseñarnos al menos a cazar esas ratas suyas y librarnos así de la peste!

La actitud displicente del gobernador alarmó a los dos epidemiólogos, pero procuraron ocultar su inquietud. Acto seguido informaron al gobernador sobre los últimos descubrimientos de la ciencia médica acerca de la peste y el microbio que la causaba: durante la epidemia de 1894, Alexandre Yersin descubrió que el microbio que mataba a las ratas era el mismo patógeno que mataba a las personas. Yersin fue uno de la serie de médicos y bacteriólogos que, a partir de los descubrimientos sobre microbiología de Louis Pasteur, consiguieron unos resultados extraordinarios en su lucha contra las enfermedades infecciosas en los hospitales de las colonias francesas y en las grandes ciudades asoladas por la miseria fuera de Occidente. Poco después, los esfuerzos del médico alemán Robert Koch y de otros investigadores europeos llevarían al descubrimiento de los microbios que provocaban otras muchas enfermedades —tifus, difteria, lepra, rabia, gonorrea, sífilis o tétanos—, así como de las vacunas para combatirlas.

Dos años atrás, Émile Rouvier, otro de los innovadores médicos que continuamente estaban logrando nuevos avances en el Instituto Pasteur, fue invitado por Abdülhamit a venir a Estambul para compartir sus conocimientos sobre la difteria y el cólera. El bacteriólogo le presentó al sultán una caja que había llevado desde París y que contenía un suero contra la difteria, y tras dejar maravillados a Abdülhamit y la gente de palacio con una breve pero fascinante conferencia sobre microbios y enfermedades contagiosas, instaló una serie de novedosos instrumentos en los laboratorios de Nişantaşı para producir el suero contra la difteria con menos costes y en mayor cantidad. Al percatarse de que toda aquella información estaba inquietando al gobernador, el químico jefe adoptó un tono algo más sombrío.

—Como usted sabe, querido pachá, se han descubierto vacunas para muchos microbios y gran parte de ellas pueden fabricarse muy rápidamente en laboratorios otomanos, pero, a pesar de ello, a día de hoy aún no disponemos de una vacuna contra la peste —prosiguió, dando así clara respuesta a la cuestión más importante—. Ni los franceses ni los chinos han conseguido la vacuna todavía. Nosotros vencimos a la peste en Esmirna recurriendo a los anticuados cordones sanitarios, aislamientos y trampas para ratas. ¡Las únicas medicinas contra la peste son la cuarentena y el aislamiento! Normalmente, los esfuerzos de los médicos en los hospitales no es salvar vidas, sino tan solo aliviar el sufrimiento de aquellos que van a morir. Pero ni siquiera de eso estamos seguros. Pachá, ¿está preparada la población de esta isla para seguir las medidas de una cuarentena? Esta es una cuestión de vida o muerte, no solo para los habitantes de Minguer, sino también para todo el Estado otomano.

—¡Si ustedes se ganan su favor y su confianza, las gentes de Minguer, tanto rums como musulmanes, se convertirán en el pueblo más dócil y colaborador del mundo! —exclamó el gobernador.

Y, mientras sostenía en la mano una taza de café que le había vuelto a llenar un sirviente, se puso en pie con un gesto ampuloso que venía a significar que había dicho su última palabra. Se acercó a la única ventana de la casa de huéspedes, que daba al castillo y a la ciudad, para contemplar las hermosas vistas y el mar, cuyo radiante azul inundaba la habitación de una felicidad extática.

—Que Dios nos proteja a todos, a nuestra isla y a su gente —dijo—. Pero antes que a los habitantes de la isla y al resto del Imperio, primero debemos protegerlos a ustedes para mantenerlos a salvo.

—¿Y de quién tendrán que protegernos? —preguntó Bonkowski Pachá.

—¡El inspector jefe Mazhar Efendi se lo explicará! —contestó el gobernador.

6

El inspector jefe Mazhar Efendi dirigía la rica y compleja red de espías, soplones y policías de paisano del gobernador. Ante la presión de las potencias occidentales, había sido enviado desde Estambul quince años atrás con una misión completamente diferente: transformar la anticuada institución de la policía militar en una gendarmería moderna con una fuerza policial organizada. Mientras aplicaba con éxito todas estas reformas (como abrir expedientes individuales ordenados alfabéticamente para cada delincuente), se casó con la hija de Hacı Fehmi Efendi, perteneciente a una de las familias musulmanas más antiguas de Minguer, y, como muchos de los que se asentaban en la isla cumplidos ya los treinta, quedó enamorado de su gente, de su clima y de todo lo demás. En los primeros años de su matrimonio organizó excursiones para recorrer la isla junto a otros apasionados del lugar, y se propuso aprender la antigua lengua de la población nativa. Más adelante, cuando el receloso gobernador que encargó el blindaje de su landó creó el servicio de inteligencia (algo que no existía en ninguna otra provincia otomana), Mazhar Efendi empezó a ampliar su ya extensa red de informadores y aprovechó las relaciones que había establecido en sus primeros años en la isla para perseguir, fichar y encarcelar a los nacionalistas separatistas.

Cuando Mazhar Efendi se presentó poco después, el químico jefe y su ayudante encontraron su porte y actitud mucho más comedidos que los del gobernador. Con su chaqueta gastada, su bigote a cepillo y su mirada afable, era la quintaesencia del burócrata. Y, con su mejor voz burocrática, les explicó sin ambages que se encargaba de seguir y controlar las actividades de los diversos grupos de la isla, religiosos, políticos, comerciales o nacionalistas, gracias a los espías que

había infiltrado en ellos. En su opinión, había diversas facciones —entre ellas, los cónsules extranjeros, los nacionalistas griegos y turcos, y algunos elementos inspirados por el hecho de que Creta hubiera sido arrebatada al dominio otomano— que deseaban que todo este embrollo de la peste y de la cuarentena se hiciera mayor y adquiriera una dimensión internacional. Además, Mazhar Efendi aseguraba que había varias sectas locales de fanáticos religiosos dispuestas a provocar incidentes para vengarse del gobernador por un antiguo acontecimiento que había llegado a conocerse como el Motín del Barco de Peregrinos.

—A causa de todos estos peligros, deberán ir a visitar a los enfermos en el landó blindado.

—¿No llamaremos más la atención así?

—Pues sí. A los niños de la isla les encanta perseguir el landó y meterse con Zekeriya, el cochero. Pero no hay otra alternativa. Aun así, no deben preocuparse: cada casa y cada edificio en los que entren estarán estrechamente vigilados por agentes municipales, espías disfrazados de vendedores y algunos de nuestros hombres. Solo les rogaría una cosa: no protesten por todos los guardias que se encontrarán. Por mucho que les fastidien, no intenten escapar de ellos… Aunque no lo conseguirían, pues nuestros avezados detectives los atraparían enseguida… Y tampoco hagan el menor caso a aquellos que los llamen diciéndoles: «¡Honorable pachá, excelencia, en nuestra casa también hay enfermos, vengan, por piedad!».

El landó blindado del gobernador recogió al inspector jefe de sanidad y a su asistente como si fueran unos curiosos viajeros europeos a los que sacar de paseo, pero los llevó en primer lugar a la mazmorra del castillo, tan famosa como la isla misma. El gobernador le había dicho al director de la prisión que los misteriosos visitantes eran los nuevos inspectores de sanidad estatales (uno de ellos también médico), para mantenerles así alejados de los doctores de

cuarentena. El director procuró ocultar a Bonkowski Pachá y al doctor İlias de las miradas de los presos, que atisbaban a través de los agujeritos horadados en los gruesos muros de la fortaleza. Recorrieron varios pasadizos y oscuros patios para luego subir a los torreones. Después bajaron por unas peligrosas escaleras de piedra que daban a los acantilados rocosos, con las gaviotas revoloteando sobre sus cabezas, y entraron en una húmeda y oscura celda.

En cuanto el numeroso grupo se apartó de la puerta y pudo entrar en ella la luz suficiente, Bonkowski Pachá y su ayudante comprendieron que el carcelero Bayram había muerto por la peste. La misma lividez extrema en la piel, esas mejillas hundidas hasta el hueso, los ojos asombrosamente abiertos y desorbitados, los dedos aferrándose al borde de la camisa, como queriendo librarse del dolor…, todo esto ya lo habían visto al menos en otros tres fallecidos en Esmirna. Al igual que las manchas de vómito y sangre, hasta el mismo extraño hedor que inundaba la estancia. El médico desabrochó con cuidado los botones de la camisa del guardián y se la quitó. No tenía bubones en el cuello ni en las axilas. Pero en cuanto retiraron la ropa del abdomen y las piernas del muerto, descubrieron el bubón de la peste en la ingle izquierda. Era tan grande y prominente que no dejaba lugar a duda. Al presionarlo suavemente con la punta de los dedos, comprobaron que había perdido su firmeza inicial, lo que significaba que llevaba muerto al menos tres días y que había expirado entre terribles sufrimientos.

Bonkowski Pachá se encargó de dispersar al grupo que obstruía la puerta mientras el doctor İlias limpiaba con un líquido desinfectante la jeringa y el escalpelo que había sacado de su maletín. Si el enfermo hubiera estado aún con vida, le habría sajado el bubón para extraerle el pus y así podría haberle aliviado un poco el dolor. El médico asistente hundió la aguja de la jeringa en el bubón y extrajo de su interior unas gotas de un líquido amarillento y gelatinoso. A continuación, extendió cuidadosamente el líquido sobre unas láminas de

cristal tintado para tomar muestras y, con igual cuidado, las introdujo en el estuche protector. Luego lo metió en su maletín, con lo que su labor en aquella gran mazmorra quedó finalizada. Estaba claro que lo que había acabado con la vida de aquel hombre era la peste, no el cólera, por lo que tenían que enviar cuanto antes las muestras a Esmirna.

Bonkowski Pachá dio orden de quemar todas las pertenencias del enfermo y, cuando nadie miraba, cortó con el escalpelo el cordón del pequeño amuleto que el carcelero llevaba colgado al cuello. Lo desinfectó y se lo guardó en el bolsillo para examinarlo más tarde; acto seguido salió de la celda a la luz del día. Después de haber visto el cadáver del guardián, comprendió que la epidemia se extendería con rapidez por la isla y que muchísimas más personas iban a morir. Esta constatación le oprimió tanto el pecho que sintió como un terrible dolor irradiaba desde la garganta hasta el estómago.

Mientras Bonkowski Pachá y su ayudante avanzaban en el landó por el tortuoso laberinto de callejuelas de la ciudad vieja, comprobaron que a esas horas de la mañana las tiendas de los caldereros ya estaban abiertas, que los herreros y los carpinteros estaban comenzando su actividad, y que la vida de la ciudad proseguía como si no pasara nada. Incluso uno de los mesones que daban servicio a los comerciantes había abierto sus puertas sin dar importancia a los rumores. Al ver que la farmacia de Kocias Efendi (que parecía mucho más una tienda de especias) también estaba abierta, el químico jefe hizo detener el carruaje. Se apeó y entró en el establecimiento.

—¿Tienen *acide arsénieux* ? —le preguntó imperturbable al dueño del negocio.

—No nos queda arsénico —contestó Kocias, propietario de la Farmacia Kocias, y se tensó al percatarse de que tenía delante a una persona importante.

Bonkowski Pachá se fijó en que el farmacéutico, además de vender todo tipo de especias, tintes, semillas, café y hierbas

para infusiones, se dedicaba a preparar emplastos, ungüentos y remedios de abuelas. Durante aquella atribulada etapa en que se dedicaba a recorrer todos los rincones del Imperio en calidad de inspector jefe de sanidad, en ningún momento había olvidado que era, ante todo, químico y farmacéutico. Observó que en las estanterías y sobre las mesas de aquella botica había también algunos preparados de las más renombradas farmacias de Estambul y Esmirna. En sus años de juventud había echado más de un discurso a los farmacéuticos de provincias que vendían remedios tradicionales, tratando de iluminarlos sobre los beneficios de la farmacopea moderna. Pero ese no era el momento.

En la pequeña ensenada del puerto, en los hoteles y tabernas de la playa, en los coloridos tenderetes y las terrazas de los restaurantes, por todos lados se veía gente feliz. Atravesando callejas que olían a tilo, el landó pasó por delante de las lujosas mansiones rums de la parte alta para subir hasta la avenida Hamidiye. Los melocotoneros estaban en flor y un singular pero agradable aroma a rosas inundaba el aire. Se cruzaron con señores con fez y con sombrero, y con lugareños con alpargatas de cuero caminando bajo los plátanos y las acacias de la amplia avenida Hamidiye. Contemplaron casi con incredulidad las casas alineadas a lo largo del arroyo en dirección al mercado, los almacenes, los hoteles, los coches de caballos y sus conductores medio adormilados, la vida, en fin, que fluía a lo largo de la avenida Estambul en su bajada hasta el puerto y la aduana. Vieron que habían comenzado las clases en la Escuela Secundaria Rum, y que las agencias de viaje habían colocado avisos y anuncios de las compañías de ferris en los escaparates de sus establecimientos. Cuando pararon delante del hotel Majestic, contemplando el paisaje de la ciudad dominado por los tonos de rosa, amarillo y naranja, a Bonkowski Pachá lo golpeó tan duramente el sentimiento de culpa por saber que toda esa bella, preciosa vida acabaría en breve, que se planteó que quizá estuviera equivocado.

Sin embargo, no tardó en comprender que no se equivocaba. Se había dispuesto que Bonkowski Pachá y el doctor İlias visitaran en primer lugar una casa de piedra rodeada de olivos en el barrio de Hagia Triada. Allí encontraron a un cochero llamado Vasili, que llevaba quince años recorriendo con su coche de caballos las calles de la ciudad, tendido en un colchón en el suelo, semiinconsciente y aturdido por el dolor, con un enorme bubón sobresaliendo de su cuello. En Esmirna, Bonkowski Pachá ya había presenciado en numerosas ocasiones cómo el microbio de la peste producía ese estado de embotamiento, de aturdimiento, de total extenuación, que en apenas unos días incapacitaba al enfermo para hablar… tan solo para emitir un ligero balbuceo. Los que alcanzaban este estado morían en un breve plazo, y eran muy pocos los que sobrevivían.

Cuando, con ojos llorosos, la mujer del enfermo le sacudió ligeramente el brazo, Vasili se despertó. Por un momento recobró el sentido y trató de decir algo. Pero su boca reseca no conseguía abrirse y, cuando lo hizo, no pudo sino balbucear.

—Pero ¿qué dice? —preguntó Bonkowski Pachá.

—Está hablando en minguerense —contestó el doctor İlias.

La esposa del cochero rompió a llorar. El doctor İlias intentó aplicarle el tratamiento que solía emplear en Esmirna con los enfermos que llegaban a esa fase. Con mucho cuidado, realizó una incisión con el escalpelo en el aún duro y reciente bubón, y pacientemente limpió con un algodón el nacarado y amarillento pus que brotaba hasta que consiguió vaciarlo. De repente, el enfermo se sacudió con un brusco movimiento y una de las placas de vidrio para recoger muestras cayó al suelo y se contaminó. Aunque ya estaban seguros de que se trataba de la peste, el doctor İlias procedió minuciosamente a recoger todas las muestras posibles para enviarlas a los laboratorios de Esmirna.

—Que beba mucha agua hervida, también agua con azúcar, y, si se ve con fuerzas para comer algo, dele yogur —dijo

Bonkowski Pachá mientras se disponía a marcharse, no sin antes abrir la pequeña ventana y la puerta del oscuro dormitorio—. Y lo más importante: mantenga ventilada la habitación y lave toda su ropa en agua hirviendo. Que no haga esfuerzos y que duerma mucho.

Mucho se temía Bonkowski Pachá que estas palabras, que tantas veces había dirigido a sus pacientes en Esmirna, comerciantes rums con más posibles que el pobre cochero, no iban a ser de mucha ayuda en este caso. Sin embargo, a pesar de todos los avances logrados en los últimos diez años en Europa en lo relativo a las bacterias infecciosas, él seguía creyendo que el aire puro, un ambiente sosegado y una disposición optimista y esperanzada proporcionaban «un poco» de ayuda para superar la enfermedad.

El landó blindado dejó atrás el Embarcadero de Piedra, tan apreciado por los pintores románticos (con las escarpadas montañas blancas y negras al fondo), se adentró en el barrio de Taşçılar y se detuvo frente a la puerta del jardín de una vivienda situada en una larga hilera de humildes casas. El guía-secretario asignado por Mazhar Efendi informó a Bonkowski Pachá y a su médico ayudante de que aquella era la zona donde se habían instalado los musulmanes jóvenes que huyeron de Creta tras los incidentes ocurridos en la isla hacía tres años. En aquella casa en concreto vivían tres muchachos que se dedicaban a trabajar en lo que podían, haciendo de porteadores y merodeando por el puerto, aunque por desgracia, según el guía, seguían causando problemas al gobernador que con tanta generosidad los había acogido.

Uno de los muchachos había fallecido tres días atrás. El último en caer enfermo se retorcía por el dolor de cabeza entre grandes sufrimientos, pero su cuerpo se resistía con repentinos y bruscos espasmos. En Esmirna morían dos de cada cinco infectados por el microbio. Y también había quienes se contagiaban, pero que no se ponían enfermos ni notaban nada. El doctor İlias pensó que podría salvar a este joven, así que entró para tratarlo.

Le puso una inyección para bajarle la fiebre. Luego, con la ayuda de un hombre al que los chicos llamaban «tío», le quitaron la ropa de un color amarillo desvaído. El doctor İlias no encontró ningún bubón en las axilas, en las ingles ni en la parte posterior de las piernas, y eso que lo examinó a conciencia. Mojándose repetidamente los dedos en agua con desinfectante, hizo una exploración palpando con fuerza, pero no descubrió ningún endurecimiento ni ninguna zona sensible en las axilas ni alrededor de los ganglios linfáticos del cuello. Un médico que no tuviera noticia de que había un brote de peste jamás habría diagnosticado la enfermedad basándose en el pulso acelerado del paciente, la piel considerablemente deshidratada por la fiebre, los ojos sanguinolentos y su discurso errático e incoherente.

Bonkowski Pachá se fijó en que los demás habitantes de la casa observaban al médico con extrema atención, y podía leer en sus rostros que, tras la muerte de su compañero, todos eran presa de un justificado miedo a morir, aunque eso no le preocupó porque sabía que ese miedo era lo único que haría que obedecieran las órdenes de los médicos de la cuarentena. Lo que no comprendía era cómo aquellos dos jóvenes, que tan desesperadamente necesitaban las atenciones de un doctor, seguían utilizando las pertenencias de su compañero muerto.

En realidad, ya solo quedaba un único mensaje que dar a los ocupantes de esa casa y a todos los habitantes de la isla. Bonkowski Pachá deseaba gritarles: «¡Huyan, aléjense de aquí!». Él ya había oído contar a algunos médicos europeos cómo en China la enfermedad había matado a decenas de miles de personas, cómo en algunos lugares había aniquilado a familias, pueblos, tribus enteras, antes de que comprendieran siquiera qué les estaba pasando. Y ahora temía que esa calamidad y ese horror destruyeran aquella tranquila y preciosa isla.

Era consciente de que el microbio se había «infiltrado» hasta lo más hondo de Arkaz, que se estaba expandiendo sin ser detectado, y que de nada serviría desinfectar con bombas

pulverizadoras una vivienda como aquella. Lo que había que hacer era evacuar las casas contaminadas por la enfermedad y, si sus residentes ofrecían resistencia, había que recurrir a medidas despiadadas como las utilizadas siglos atrás: encerrarlos en ellas con todas sus cosas y clavetear las puertas con listones de madera. En las zonas especialmente afectadas por la enfermedad y donde todo el mundo estuviera contagiado, otra vieja y efectiva solución era quemar las casas con todo lo que hubiera dentro.

Pasado el mediodía, fueron a visitar a un aprendiz de barbero de catorce años en una casa del barrio de Çite. El muchacho presentaba forúnculos en el cuello y en las ingles, y, con cada ataque de dolor de cabeza, se retorcía y gritaba de tal manera que su madre se echaba a llorar y su padre salía impotente al patio trasero, pero no podía soportarlo y volvía a entrar de inmediato. Solo mucho después se percataron de que el abuelo, echado en un diván en la habitación contigua, también estaba enfermo. Pero nadie prestaba atención al viejo.

El doctor İlias sajó el bubón, duro pero aún no hinchado, del cuello del muchacho y limpió la herida con una solución desinfectante. Mientras lo hacía, vio cómo el padre se acercaba llevando en la mano un papelito con una oración escrita y señaló con él hacia el cuerpo de su hijo. Bonkowski Pachá ya había presenciado muchas veces cómo, durante las epidemias, la gente se dejaba llevar por la desesperación y buscaba algún tipo de ayuda en esas hojitas de oración. Los cristianos también acudían a los sacerdotes, siempre dispuestos a entregarles talismanes similares con supuestos beneficios curativos. Cuando salieron de la casa, Bonkowski Pachá le preguntó al funcionario asignado por el director del servicio de inteligencia quién repartía esos papeles bendecidos.

—El religioso en cuyas plegarias y bendiciones confía toda la isla, y que tiene el poder más fuerte para sanar, es sin duda el jeque de la hermandad Halifiye, Hamdullah Efendi —respondió el secretario—. Pero él no es como esos otros jeques sin escrúpulos que escriben amuletos para todo el que llega a

su puerta ofreciéndoles dinero. Hay muchos que se dedican a intentar copiar lo que él hace. Y estas hojillas deben de ser de estos últimos.

—Eso significa que hay quien sabe del desastre de la plaga y está tomando precauciones.

—Saben que hay una epidemia, pero no son del todo conscientes de lo terrible de la situación —continuó el secretario—. Hay quien aún encarga las oraciones por cuestiones de amor, otros para que desaparezca su tartamudez o para protegerse del mal de ojo… Los informadores del gobernador vigilan a todos los jeques, desde el más eficaz hasta el más deshonesto de los religiosos que reparten amuletos, igual que a los curas que hacen algo parecido en los monasterios. Les envía a gente que se hace pasar por clientes o seguidores, incluso por místicos. Y también extrae información de sus verdaderos discípulos.

—¿Y dónde vive el jeque Hamdullah? Me gustaría visitar ese barrio.

—Si van ustedes por allí, comenzarán los rumores —objetó el secretario—. En realidad, el jeque no se prodiga mucho.

—Pues si comienzan los rumores, que comiencen, será el menor de nuestros problemas —dijo Bonkowski Pachá—. No cabe la menor duda de que la peste ha llegado a la ciudad, y todo el mundo lo tiene que saber.

Bonkowski Pachá y el doctor İlias entregaron personalmente las muestras en el barco de la compañía Messageries Maritimes que partía hacia Esmirna, el Bagdad, y enviaron también dos telegramas a las autoridades sanitarias de la ciudad. Pasado el mediodía, Bonkowski Pachá solicitó reunirse de urgencia con el gobernador Sami Pachá, pero no fue hasta la hora de la oración de la tarde cuando por fin pudo presentarse ante la puerta de su despacho.

—¡Le dimos nuestra palabra de honor a Su Majestad el sultán de que vuestra visita permanecería en secreto! —protestó el gobernador Sami Pachá con una entonación que venía a decir: «Pero desgraciadamente no ha sido así».

—Mantener el secreto habría sido importante si los rumores que corren por la vigésimo novena provincia de nuestro sultán hubieran resultado ser inciertos. En ese caso, se habría tratado de una cuestión política y habría sido necesario evitar la propagación del bulo. Pero, por desgracia, llevamos todo el día comprobando que la peste está muy extendida en la ciudad. Y podemos afirmar, sin lugar a dudas, que la plaga de peste de la isla de Minguer es la misma que se declaró en Esmirna, en China y en la India.

—Pero el Bagdad no ha hecho más que salir del puerto con las muestras que han recogido.

—Excelencia —dijo Bonkowski Pachá—, los resultados oficiales no nos llegarán desde Esmirna hasta mañana vía telegrama. Pero yo le digo a usted, como inspector jefe de sanidad de nuestro sultán y antiguo químico jefe, acompañado del más brillante de mis médicos, y respaldado por cuarenta años de experiencia trabajando con epidemias, que esto es peste. No cabe la menor duda al respecto. No sé si se acuerda de que hace veintitantos años, poco antes de la guerra del 93, nos conocimos en Dedeağaç cuando usted era gobernador del distrito. ¡Y aquello fue tan solo una diarrea de verano, o puede que un pequeño brote de cólera!

—¿Cómo podría olvidarlo? —contestó Sami Pachá—. Gracias a la intervención de Su Majestad y a la extraordinaria dedicación que usted nos mostró, actuamos sin demora y pudimos salvar la ciudad. Los habitantes de Dedeağaç aún le están profundamente agradecidos.

—Debe convocar con carácter inmediato a toda la prensa y pedirles a los periódicos que declaren que hay un brote de peste en la ciudad, y que informen de que mañana se detallarán las medidas de la cuarentena.

—Llevará su tiempo reunir al Comité de Cuarentena —repuso el gobernador.

—No espere a los resultados del laboratorio de Esmirna; anuncie que se declara la cuarentena —replicó Bonkowski Pachá.

7

Sin embargo, el Comité de Cuarentena de Minguer no pudo reunirse a la mañana siguiente. Los delegados musulmanes estaban dispuestos, pero el cónsul francés se encontraba en Creta, el presidente del comité, el doctor Nikos, no se hallaba en casa, y el cónsul inglés, a quien el pachá consideraba un amigo, pidió que lo excusaran por cierto imprevisto. El gobernador convocó a su despacho a Bonkowski Pachá, a quien seguía manteniendo alojado en aquella destartalada casa de huéspedes con centinelas en la puerta.

—He pensado que, mientras esperamos a que se reúna el Comité de Cuarentena, tal vez le gustaría ver a su amigo farmacéutico de Estambul, su antiguo socio Nikiforo —le dijo.

—¿Está aquí? No respondió a los telegramas que le envié —se sorprendió Bonkowski Pachá.

El gobernador se giró hacia un rincón del despacho, donde Mazhar Efendi —cuya presencia había pasado inadvertida hasta entonces— permanecía sentado como en una sombra difusa.

—¡Nikiforo está en la isla, y podemos confirmar que recibió los dos telegramas que usted le envió! —aseguró Mazhar Efendi. Y lo dijo sin ningún reparo, convencido de que Bonkowski Pachá consideraría normal que los espías del gobernador leyeran todos los telegramas que llegaban a la isla.

—No contestó a sus telegramas porque temía que usted sacase a colación los desacuerdos comerciales que tuvieron en el pasado, así como el asunto de las concesiones administrativas —explicó el gobernador—. Pero ahora mismo está en su farmacia, esperando que su viejo amigo lo honre con una visita. Cuando se marchó de Estambul, abrió una farmacia aquí y se ha hecho muy rico.

Bonkowski Pachá y el doctor İlias fueron caminando hasta la farmacia. Los dueños de las tiendas de las estrechas callejas que daban a la plaza Hrisopolitissa habían extendido sus toldos de rayas azules, blancas y verdes para proteger del sol de la mañana los productos expuestos en sus vitrinas —telas de todos los colores, encajes, ropa confeccionada en Tesalónica y Esmirna, bombines, sombrillas de estilo europeo y zapatos— con lo que las callejuelas parecían aún más angostas de lo que eran. El químico y el médico vieron aquí también lo que ya habían observado en otras muchas ciudades al inicio de una epidemia: la gente que caminaba por la calle no tenía ningún miedo de tocar a los demás y contraer la enfermedad. Las mujeres que salían por la mañana a la compra con sus hijos, los vendedores ambulantes de frutos secos, galletas, bollitos de rosa de Minguer o limones, el barbero que afeitaba en silencio a su distinguido cliente y el chaval que vendía los periódicos de Atenas recién llegados en el último ferri, todos, mostraban que la vida en la ciudad seguía como siempre. La relativa opulencia de ese barrio y de esas calles, y la abundante variedad que los comercios ofrecían a la burguesía rum de Arkaz, le sugerían a Bonkowski Pachá que los negocios de su viejo amigo, el farmacéutico Nikiforo, irían viento en popa.

Bonkowski Pachá conoció a Nikiforo, que había nacido en Minguer, hacía veinticinco años en Estambul, cuando regentaba una pequeña farmacia en el barrio de Karaköy. Estaba situada en un callejón que daba al Banco Otomano y en su rótulo se leía «Pharmacie Nikiforo». En la trastienda había una habitación que antes se usaba como improvisada cocina —la llamada «sala de calderos»— y que había convertido en su taller. Allí Nikiforo elaboraba crema de manos con aroma a agua de rosas y pastillas mentoladas y dulces para la tos, productos que vendía en las ciudades portuarias y en algunas de las provincias más alejadas gracias a la política ferroviaria de Abdülhamit.

En un Estambul que en 1879 aún se resentía profundamente por la nueva derrota sufrida en la guerra ruso-

otomana de 1877-1878 —la conocida como guerra del 93—, con todos los territorios perdidos y el terrible sufrimiento de los refugiados, los dos jóvenes farmacéuticos estrecharon su relación para fundar juntos la Asociación de Farmacéuticos de la Sublime Puerta. Poco después, la Société de Pharmacie de Constantinople, como también se la conocía, tenía ya más de setenta miembros, rums en su mayor parte. El éxito de la organización y sus actividades educativas llamaron la atención del joven sultán Abdülhamit, lo cual le llevó a encargar al joven Bonkowski, a cuyo padre conocía del ejército, un gran número de tareas, como, entre otras, el análisis del agua potable de Estambul o la redacción de diversos informes sobre microbiología.

Fue más o menos por aquella época cuando Abdülhamit centró su interés en la producción de agua de rosas, parte de su sueño de transformar las manufacturas tradicionales otomanas en una industria de fábricas y talleres. Desde hacía siglos, las familias de Estambul elaboraban el agua de rosas destilando de forma casera las rosas de sus propios jardines, pero la producían en pequeñas cantidades y la usaban para preparar mermeladas y dulces y para otras actividades de la vida cotidiana. ¿Acaso, con la experiencia y la tradición de los otomanos, no se podría elaborar este producto en fábricas al estilo europeo en mucha mayor cantidad y cultivar las rosas suficientes para ello? El sultán Abdülhamit II encargó un informe sobre el asunto al joven y diligente químico Bonkowski Bey.

En tan solo un mes, Bonkowski Bey ya había especificado la planificación y el presupuesto para una fábrica capaz de producir agua de rosas en grandes cantidades en Estambul, y explicó detalladamente al sultán que, además de los invernaderos de Beykoz situados a las afueras de la ciudad, el único lugar en el que se podría establecer una explotación agrícola capaz de cultivar las toneladas de rosas que una fábrica de esas características necesitaría no sería otro que la vigésimo novena provincia otomana, la isla de Minguer.

Evidentemente, durante su proceso de investigación, Bonkowski Bey sacó provecho de las ideas y los consejos de su amigo minguerense Nikiforo, que elaboraba su crema de manos con rosas procedentes de la isla. Poco después, el sultán convocó ante su presencia a Bonkowski Bey y al farmacéutico Nikiforo y les preguntó en repetidas ocasiones si la provincia de Minguer podría o no producir, como se decía en el informe, tan grandes cantidades de aquellas rosas de peculiar fragancia, oleosas y de fuerte olor profundo y almibarado. Y, tras obtener una respuesta afirmativa de los dos nerviosos y temblorosos farmacéuticos, uno católico y el otro ortodoxo, salió de la estancia.

Al poco tiempo, un emisario enviado por el gobierno de Estambul comunicaba a Bonkowski Bey que Su Majestad otorgaba una concesión a los señores Bonkowski y Nikiforo para cultivar rosas en la provincia de Minguer y vender su cosecha a la fábrica de agua de rosas que el sultán iba a establecer en Estambul. Los concesionarios no deberían pagar tasa alguna por esta actividad.

Nikiforo se tomó mucho más en serio que Bonkowski aquel privilegio concedido por el sultán, y un año más tarde había fundado una compañía para producir agua de rosas en la isla. Bonkowski, que invirtió diez liras de oro de su propio bolsillo, se encargó de gestionar las relaciones con el Ministerio de Comercio y Agricultura y de dar a conocer sus actividades empresariales. Durante aquel primer año consiguieron sistematizar la producción de rosas cultivadas en la isla. Bonkowski incluso encontró a un granjero familiarizado con los entresijos del cultivo de rosas, que había huido desde los Balcanes a Estambul tras la guerra del 93, así que lo envió junto a su familia a Minguer.

Pero todas estas iniciativas e inversiones se interrumpieron de repente cuando Bonkowski Bey perdió el favor de Abdülhamit. Al parecer, su ofensa fue contar pomposamente ante un farmacéutico y dos médicos, que estaban sentados leyendo en la sala de espera de la Farmacia Apery de

Estambul, que Su Majestad el sultán tenía un problema en el riñón izquierdo, siendo el caso que también estaban presentes dos periodistas disidentes, uno de ellos espía. (Abdülhamit moriría treinta y ocho años más tarde por una insuficiencia del riñón izquierdo). Más que porque se conociera su enfermedad, el sultán se ofendió porque Bonkowski hablara tan a la ligera sobre sus riñones.

Sin embargo, el verdadero delito de Stanislaw Bonkowski fue sin duda el inesperado éxito alcanzado por la asociación de farmacéuticos modernos que fundó. Por aquellos años, las anticuadas herboristerías que vendían remedios tradicionales, especias, hierbas, raíces, venenos, opio y otras drogas, rivalizaban con las modernas farmacias que actuaban conforme a la ciencia médica. A propuesta de Bonkowski Bey, con el apoyo inicial de Abdülhamit, se elaboró un nuevo reglamento farmacéutico por el que se prohibía la venta en herbolarios, ni siquiera con receta, de venenos, drogas y sustancias nocivas.

Los propietarios de herboristerías tradicionales, en su mayoría musulmanes, vieron cómo disminuían sus ingresos y se rebelaron contra estas medidas. Enviaron a Abdülhamit numerosas cartas, tanto firmadas como anónimas, en las que se denunciaba la persecución a los comerciantes musulmanes. ¡Solo había malas intenciones tras el deseo de los farmacéuticos rums de apropiarse de todos los venenos y narcóticos! Abdülhamit dejó de encargarle tareas al joven Bonkowski —también, probablemente, debido al enfado por su indiscreción—, pero después de cinco años, y tras las súplicas de numerosos intermediarios, sus ánimos se apaciguaron y confió de nuevo en él, así que comenzó a encomendarle la redacción de informes sobre asuntos como el análisis de las aguas del lago Terkos o las causas de la reiterada aparición de brotes de cólera todos los veranos en Adapazarı. El químico, ya perdonado, continuó escribiendo numerosos informes sobre diversos temas, desde una lista de hierbas de los jardines del palacio Yıldız con las que se

podrían elaborar venenos, hasta los más nuevos y baratos productos europeos que podrían utilizarse para la desinfección del agua del pozo de Zamzam.

Durante esos cinco años, Bonkowski perdió el contacto con su amigo el farmacéutico de Karaköy, mientras que Nikiforo cerró su negocio y regresó a su Minguer natal.

Bonkowski Pachá se alegró mucho por su viejo amigo al contemplar la abundancia de los productos de la enorme farmacia situada en la plaza Hrisopolitissa. Fuera se leía «Nikiforo Ludemis — Pharmacien», y en el lugar más destacado del escaparate había colocado su fez con el dibujo de una rosa. Era el mismo símbolo que había utilizado en su farmacia de Estambul para atraer a los clientes que no sabían leer y que necesitaban alguna receta. Junto al fez se exponían refinados envases y recipientes con el agua de rosas elaborada por el propio Nikiforo, así como frascos con aceite de pescado, alcanfor o glicerina. La gran variedad de productos —cajas de medicamentos, chocolates suizos, conservas, botellas de agua mineral Evian y Vittel traídas desde Francia, purgantes de Hunyadi Yanos, colonias inglesas Atkinsons, cajas de aspirinas importadas de Alemania y otros muchos productos enviados desde Atenas— hacía de aquel escaparate un abigarrado espectáculo.

El dueño de la tienda salió al ver a los dos distinguidos visitantes que contemplaban con admiración su escaparate. Procurando no acercarse demasiado a ellos, el farmacéutico Nikiforo les invitó a entrar y sentarse y les ofreció café. Los dos viejos amigos se dedicaron amables palabras como si no hubieran pasado décadas sin verse y compartieron algunos recuerdos.

—El gobernador Sami Pachá ha dicho que en realidad no querías verme.

—No soy del agrado del gobernador.

—Yo ya no tengo nada que ver con la concesión que Su Majestad nos otorgó hace años para incentivar nuestro trabajo —explicó Bonkowski Pachá.

—Por favor, os invito a que veáis los productos de la empresa que fundamos juntos.

Nikiforo les mostró primero las finas y delicadas botellas de agua de rosas que encargaba en Estambul. Luego examinaron las cremas de manos con fragancia de rosas, los ungüentos, los jabones de diversos colores con olor a rosa y los espráis con esencia de rosa.

—Nuestra marca de ungüentos es la más popular, solo por detrás de los productos de Edhem Pertev. Y nuestra crema de manos es muy demandada no solo en las farmacias rums de Estambul, sino también entre las señoras musulmanas.

Hoy conocemos todo lo que se habló durante ese encuentro en la farmacia de Nikiforo gracias a la transcripción, palabra por palabra, que hizo desde la sala contigua un espía del director de inteligencia. Nikiforo se dedicó a explicarles los éxitos comerciales que había cosechado en las ciudades portuarias del Mediterráneo oriental con sus productos farmacéuticos aromatizados con agua de rosas, pero luego confesó, orgulloso, lo que le había hecho ganar realmente dinero tras la concesión de Abdülhamit: más de la mitad de los agricultores de la isla de Minguer vendían sus rosas a la compañía de Nikiforo y de sus hijos. Cuando aún se encontraba en Estambul, se había casado con Mariantis, una chica rum de Minguer, con la que tuvo dos hijos. Todoris, el mayor, estaba al frente de su finca situada en el pueblo de Pergalo, al norte de la isla. El pequeño, Apostol, dirigía las ventas de la tienda que su empresa, La Rosa de Minguer, tenía en Atenas.

—*Maşallah!* Os dedicáis a exportar un producto local y luego a traer el dinero a la isla —se admiró Bonkowski Pachá —. Entonces, ¿por qué no le gustas al gobernador Sami Pachá?

—En los alrededores de Pergalo, al norte, son interminables las peleas, escaramuzas y asaltos entre bandas rums y musulmanas. Hay un bandido rum llamado Pavlo, muy querido entre las gentes de aquella zona montañosa, y cuando viene a pedir dinero para «proteger» la finca donde cultivamos nuestras rosas, mi hijo no puede negarse. Si lo hiciera, no pasarían ni tres días antes de que quemaran nuestras tierras o de que alguien resultara muerto. Todos saben que, si hacen enfurecer a ese despiadado Pavlo, no dudará en asesinar a funcionarios otomanos o a asaltar algún pueblo musulmán y raptar alguna chica (alegando que «en realidad son rums a las que se obligó a convertirse al islam»), sacando ojos y cortando orejas a diestro y siniestro.

—¿Y no puede el gobernador Sami Pachá atrapar a ese Pavlo?

—Su excelencia el gobernador considera que la mejor manera de luchar contra el malvado Pavlo es respaldar al chiflado jeque de la hermandad de los Terkapçı, del cercano pueblo musulmán de Nebiler, y a su protegido, un bandido llamado Memo —prosiguió el farmacéutico Nikiforo mientras dirigía un guiño de complicidad a sus dos invitados como para indicarles que sabía que había alguien escuchando en la habitación de al lado—. Memo es tan despiadado como Pavlo, pero además es un musulmán fanático que no dudará en dar un buen escarmiento a cualquier casa de comidas musulmana que ose abrir sus puertas en Ramadán.

—¡Dios mío! —exclamó Bonkowski Pachá dirigiendo una sonrisa cómplice al doctor İlias—. ¿Y qué es lo que hace ese tal Memo?

—En el último Ramadán hizo azotar a un hombre de la aldea de Dumanlı por servir comida durante el día en su restaurante, tanto para que le sirviera de escarmiento como para darse a conocer en la zona.

—Y los musulmanes de Minguer, los funcionarios, las viejas familias, ¿toleran todas esas fechorías?

—Y qué más daría que lo hicieran —replicó el farmacéutico con indiferencia—. Como buenos musulmanes, puede que lo reprueben… Pero ese Memo es quien los protege de Pavlo, ya que nuestro gobernador tarda mucho en enviar a los soldados desde la capital de la provincia. Lo único que puede hacer es identificar los nombres y lugares de los pueblos rums rebeldes que apoyan las atrocidades de Pavlo, y sugerir a los acorazados otomanos Mahmudiye y Orhaniye que los bombardeen en verano. Por fortuna, no suelen hacerlo.

—¡Parece que te lo ponen muy difícil! —exclamó Bonkowski Pachá—. Pero está claro que tu tienda está muy bien surtida.

—Supongo que sabrás que, hace unos treinta o cuarenta años, hubo un próspero periodo de un cuarto de siglo en el que el mármol de Minguer, conocido en el mundo entero como la piedra de Minguer, era muy demandado —explicó el farmacéutico Nikiforo—. En los embarcaderos de piedra se cargaban barcos y más barcos con el mármol rosa de Minguer que se exportaba a Alemania y América. En la década de 1880, todas las aceras de los bulevares de Chicago, Hamburgo o Berlín, ciudades con inviernos duros, se pavimentaron con piedra tallada de nuestras montañas, pues se decía que soportaban bien el frío y el hielo. En aquella época, el comercio con Europa se hacía a través de Esmirna. Pero en los últimos veinte años, con la caída de la demanda de piedra de Minguer y debido al creciente apoyo que recibimos desde Grecia, nuestros productos se dirigen cada vez más hacia Atenas. A las señoras atenienses y europeas les encanta ponerse nuestra crema con aroma de rosas en las manos, para ellas es casi como un perfume caro. Por el contrario, en Estambul el agua de rosas es algo que puede beberse a cucharadas en la mesa de cualquier pastelería, y no es especialmente cara. Pero me imagino que no es nuestra concesión de agua de rosas lo que te interesa. Así pues, debe de ser verdad lo que dicen, que habéis venido para detener la plaga de peste.

—La epidemia se ha extendido porque se ha mantenido en secreto —dijo Bonkowski Pachá.

—Y todo estallará de repente, como cuando empezaron a morir las ratas —aventuró Nikiforo.

—¿Tú no tienes miedo?

—Sé que estamos al borde de un tremendo desastre… Pero como no puedo formarme una imagen clara de lo que ocurrirá, no paro de decirme a mí mismo que debo de estar equivocado, y entonces, mi estimado amigo, no me permito continuar pensando en ello. Lo que de verdad me asusta es que el gobernador les ha dado tanta manga ancha a esas hermandades de pacotilla y sus jeques consentidos e ignorantes que ahora no le permitirán aplicar una cuarentena como es debido. Esos cabecillas de baja estofa harán todo lo que esté en su mano, con sus papelitos de oración y sus amuletos, para aguar la cuarentena.

Bonkowski Pachá se sacó el amuleto del bolsillo y se lo mostró.

—¡Esto se lo quité al carcelero que ha fallecido! —dijo—. No te preocupes, lo he desinfectado.

—¡Por favor, Stanislaw! —exclamó el farmacéutico Nikiforo—. Tú debes saberlo mejor que nadie: ¿es realmente cierto que para que una persona se contagie de peste es preciso que haya ratas y pulgas? ¿O podría transmitirse de persona a persona sin que haya ratas de por medio? ¿O es que tal vez podría pegármelo este amuleto?

—Ni siquiera los médicos y especialistas en cuarentenas más sabios y reconocidos de la conferencia de Venecia del año pasado podrían afirmar que «no se contagia por el contacto entre personas» o que «no se contagia por la saliva y las partículas del aire». Y si esto no se puede asegurar a ciencia cierta, no queda más remedio que recurrir a los métodos tradicionales del aislamiento, la cuarentena y la caza de ratas. Todavía no existe una vacuna para esta maldición. Los

ingleses y los franceses la están buscando, ya veremos si lo consiguen.

—Entonces, ¡que Nuestro Señor Jesucristo y la Virgen María nos asistan! —concluyó el farmacéutico.

Las campanas de la iglesia comenzaron a dar las doce.

—¿Tienes veneno para ratas? —preguntó Bonkowski Pachá—. ¿Qué es lo que se usa en la isla? ¿Arsénico?

—En las farmacias tenemos productos con cianuro que vienen de Esmirna, de las farmacias Gran Bretaña y Aristóteles. No son demasiado caros. Una caja puede durar hasta siete u ocho semanas. Aquí la gente, cuando tenía ratones en casa, lo que solía comprar era el arsénico que venden en las herboristerías. También puedes utilizar la solución que acaban de enviar desde Grecia a la Farmacia Pelagos con el último ferri de Pantaleon, o la que ha llegado a la tienda de Dafni procedente de Tesalónica. Esta última tiene más fósforo. Pero tú eres el químico, sabrás más de venenos que yo.

Los dos viejos amigos intercambiaron una mirada profunda y misteriosa. En ese momento, Bonkowski Pachá sintió como si se hubiera distanciado de su amigo de juventud y ahora estuviera más ligado a Abdülhamit y al Estado otomano, aunque los lectores de las cartas que tenemos entre manos comprenderán más tarde que esto no es del todo cierto. Aun así, Bonkowski no podía entender las emociones de Nikiforo; no podía aceptar que se hubiera alejado por completo de Abdülhamit y Estambul.

—Cuando las ratas empezaron a atacar y luego se murieron por sí solas —prosiguió Nikiforo—, nadie se interesó por las trampas, ni por los venenos. Pero ahora, con todo lo que está hablando sobre la peste y después de las historias que llegaron desde Esmirna sobre la caza de ratas, la nuera de los Yanboidakis, una de las familias rums más adineradas, compró dos trampas fabricadas en Tesalónica. Y el jardinero de los

Frangiskos le compró una trampa de resorte a Hristo, nuestro carpintero.

—¡Pues pídele a Hristo que fabrique tantas trampas como le sea posible! —interrumpió Bonkowski Pachá, entusiasmado —. ¿Cuánto tiempo tardarían en llegar si se piden a Creta o a Esmirna?

—Desde que empezaron a correr rumores sobre la cuarentena han disminuido los ferris regulares y han aumentado los discrecionales. Algunas familias ricas que suelen venir para el verano ya se han marchado pensando que, si se declara la cuarentena, podrían quedarse atrapadas aquí. Otras ni siquiera han venido este año. El veneno para ratas puede tardar un día en llegar desde Creta, y dos días desde Esmirna.

—Como farmacéutico, debes tener muy claro que pronto enfermará todo el mundo, que faltarán camas de hospital y que los médicos no darán abasto con los pacientes ni los enterradores con los cadáveres.

—Pero vosotros acabasteis de forma rápida y sencilla con la epidemia en Esmirna.

—Allí conseguimos reunir al dueño rum de la Farmacia Lazarides, la mayor de Esmirna, y al propietario musulmán de la Farmacia Şifa, y en vez de culparse el uno al otro por lo que estaba pasando, se pusieron manos a la obra para acabar cuanto antes con la plaga. Dime, ¿qué suministros tenéis en la isla para preparar solución desinfectante?

—Los militares fabrican su propia solución en una calera que hay en la guarnición. La oficina del gobernador importa barriles de desinfectante desde Estambul y Esmirna, mientras que algunos hoteles y restaurantes se lo compran a la farmacia de Nikolas Aghapides de Estambul. El olor a lavanda de determinados establecimientos podría dar la impresión de que han sido desinfectados, de que están limpios, pero yo no estaría seguro de que la proporción de alcohol de esas

soluciones sea suficientemente alta para matar al microbio de la peste, o de si esos productos perfumados surtirán algún efecto. Mitsos, el dueño de la Farmacia Pelagos, también forma parte del Comité de Cuarentena, y seguramente podría relajar las medidas de la cuarentena a los hoteles que le compren su solución a buen precio.

—¿Tienes sulfato de cobre?

—Aquí lo llaman vitriolo azul… En un día, mi estimado amigo, podré conseguir en las demás farmacias la cantidad suficiente para preparar la solución. Aunque, dada la naturaleza de la política de cuarentena en la isla, no creo que podamos garantizar un suministro continuo.

8

Bonkowski Pachá quedó impresionado por los amplísimos conocimientos que tenía Nikiforo sobre dónde se podía conseguir cualquier tipo de sustancias en la isla de Minguer.

—Sin duda, tú también debes formar parte del Comité de Cuarentena, y no solo el farmacéutico Mitsos —dijo.

—Me siento honrado por tu amable ofrecimiento, querido pachá —repuso Nikiforo—. Amo la isla de Minguer. Pero no puedo soportar a todos esos cónsules que solo sirven para vender pasajes de barco, practicar el contrabando y encontrar nuevas maneras de engañarse unos a otros. Y ni siquiera son cónsules, todos ellos son vicecónsules. En cualquier caso, va a ser muy difícil imponer la cuarentena mientras su excelencia el gobernador siga protegiendo a esos jeques.

—¿Cuál de ellos muestra mayor hostilidad hacia la cuarentena?

—A nosotros los rums no se nos ocurriría jamás entrometernos en las cuestiones de fe de los musulmanes. Pero hay que entender que esta isla es como un barco, y que en él estamos todos juntos. Las flechas de la plaga no van a hacer distinción entre musulmanes y cristianos. Si los musulmanes no respetan la cuarentena, no solo morirán ellos, sino también los cristianos.

Bonkowski Pachá se levantó de la silla para indicar que había llegado el momento de marcharse y comenzó a examinar las elaboraciones de agua de rosas que estaban expuestos en las vitrinas de la farmacia.

—¡Nuestros productos más demandados siguen siendo La Rose du Minguère y La Rose du Levant! —exclamó Nikiforo. Abrió la vitrina y le dio a Bonkowski Pachá una delicada

botella de uno y un tarro de vidrio de tamaño mediano del otro —. La Rose du Minguère es nuestra crema de manos con fragancia de rosas y La Rose du Levant es nuestra agua de rosas de más calidad. Una noche de hace más de veinte años, en Estambul, se nos ocurrieron juntos esos nombres, ¿te acuerdas, querido pachá?

Bonkowski Pachá recordaba aquella noche en Estambul y sonrió con nostalgia. Aquellos dos jóvenes, a los que el sultán había otorgado de forma repentina e inesperada una concesión, estaba sentados en la trastienda de la farmacia de Nikiforo en Karaköy, bebiendo *rakı* y soñando con hacerse ricos. Primero embotellarían el agua de rosas con el especial aroma de Minguer, luego fabricarían con ella crema de manos. La década de 1880 fue la edad de oro de lo que los europeos denominaban *specialités pharmaceutiques* . Las anticuadas herboristerías, con su profusión de olores y colores, cayeron en desgracia y las farmacias se adueñaron rápidamente del mercado, con sus paredes pintadas de blanco y sus vitrinas de madera; allí se podían encargar los medicamentos prescritos mediante receta. Estas farmacias no tardaron en importar productos de otros lugares: elegantes frascos que contenían ungüentos para los callos y remedios para el dolor de estómago, tintes para la barba o el cabello, pasta de dientes o bálsamos para las heridas. Algunas farmacias de Estambul y Esmirna llegaron a vender también *eaux de toilette* y purgantes fabricados en Europa. Fue en esa época cuando ciertos avispados farmacéuticos empezaron a elaborar versiones locales de esos productos. Incluso Bonkowski Bey creó una pequeña empresa para producir su propia «gaseosa purgante» y «agua carbonatada con sabor a frutas». Fue entonces cuando descubrió que las botellas, los tapones y las elegantes cajitas y etiquetas de los «productos locales» eran importados de Europa, la mayoría desde París. Además, allí también cobraban por los dibujos que aparecían en las etiquetas. Por esa razón recurrió a un amigo suyo, el pintor Osgan Kalemciyan.

—Este dibujo lo hizo tu amigo Osgan para nuestras botellas de agua de rosas, y lo hemos mantenido desde entonces. Cuando empezamos, encargamos mil copias a la única imprenta de Arkaz que se dedicaba a hacer etiquetas y tarjetas de visita, y luego las pegamos a nuestros primeros frascos.

—Osgan no solo era químico y farmacéutico, sino también el diseñador de publicidad más demandado en aquella época —dijo Bonkowski Pachá—. Pintaba carteles publicitarios para los hoteles más conocidos y algunos de los comercios más importantes, como el de Lazzaro Franco, y por supuesto también dibujaba las ilustraciones de los catálogos farmacéuticos y diseñaba los envases.

—¡Ven a ver esto! —exclamó Nikiforo, y, tras llevarse a Bonkowski Pachá a un lado, continuó en voz baja—: El enemigo más acérrimo de la cuarentena, y a quien el gobernador debería tener más vigilado, es el jeque del tekke Rifai. El jeque Hamdullah también lo apoya bajo cuerda.

—¿Y dónde está ese tekke?

—Id a los barrios de Vavla y Germe. ¿Te acuerdas de los símbolos que utilizamos para la Rosa de Levante? Un diseño más estilizado y figurativo. Se pueden ver trazas de las características torres picudas del castillo de Arkaz, el Monte Blanco y la rosa de Minguer.

—¡Sí, también me acuerdo de esto! —respondió Bonkowski Pachá.

—Voy a enviarle en el landó algunas muestras de nuestros productos a Su Excelencia el gobernador —añadió Nikiforo, señalando las dos botellas de La Rose du Levant que había metido en una cesta—. Una vez hice bordar el diseño de la etiqueta de estos frascos en una tela y la colgué en el escaparate como reclamo, pero, por desgracia, su excelencia el gobernador malinterpretó mis intenciones, mandó confiscarla y aún no me la ha devuelto. Acepto formar parte del Comité de

Cuarentena, pero con una condición: que me devuelvan esa pieza de tela. Es una parte importante de la historia de nuestra empresa.

Media hora más tarde, tras insistir en reunirse con el gobernador, Bonkowski Pachá entraba en su despacho, y le trasladó de inmediato a Sami Pachá el deseo de Nikiforo.

—Mi viejo amigo, el farmacéutico Nikiforo, ha aceptado formar parte del Comité de Cuarentena. Pero pone una única condición: ¡que le devolvamos su pancarta publicitaria!

—¡Así que ha tenido el valor de contarle aquel incidente! ¡Es un ser ingrato y repugnante, ese Nikiforo! Gracias a la concesión de Su Majestad el sultán, se enriqueció con el cultivo de rosas, las farmacias y el comercio de agua de rosas. Y en cuanto se labró su fortuna, le dio la espalda al sultán y se alió con el cónsul griego y su ministro de Comercio. Si quisiera, le enviaría a los inspectores de hacienda, lo cubriría de tasas y multas y vería cómo sus palacios de agua de rosas se derrumban sobre su cabeza.

—¡No haga eso, Excelencia! —exclamó Bonkowski Pachá con un aire de extrema humildad—. La cuarentena es una labor de unidad y colaboración. Y ya me resultó bastante difícil convencerlo de que formara parte del Comité de Cuarentena.

El gobernador entró por una puerta verde en una pequeña habitación contigua al despacho. Abrió la tapa de un cofre, sacó un trozo de tela del característico color entre rojo y rosado de Minguer, y lo desplegó como si fuera una sábana.

—¡Fíjese, muy bien podría tratarse de una bandera!

—Entiendo su preocupación, querido pachá, pero no es una bandera, se trata de la etiqueta del producto de la empresa farmacéutica que fundamos Nikiforo y yo cuando éramos jóvenes. ¡Es una especie de emblema que colocábamos en las botellas! —aclaró Bonkowski Pachá—. ¡Excelencia, pida por favor a la oficina de telégrafos que vuelva a comprobar los

mensajes! —se apresuró a añadir, no porque quisiera cambiar de tema, sino porque no podía creer que aún no hubiese llegado el telegrama de Esmirna.

Más tarde, cuando Bonkowski Pachá y su ayudante ya habían regresado caminando a la desvencijada casa de huéspedes, el doctor İlias volvió a aconsejar al impaciente Bonkowski que no fuera por su cuenta a la oficina de telégrafos.

—¿Y qué peligro hay? ¿Quién de por aquí iba a querer que se desatara una epidemia de peste? Esta isla es como cualquier otro lugar, y en cuanto la plaga empiece a azotarla, todas las facciones rivales dejarán a un lado sus hostilidades inmediatamente.

—Siempre habrá alguien que vaya a por usted solo por conseguir notoriedad, querido pachá. Estoy seguro de que recordará lo ocurrido en Edirne, donde, después de un mes de esfuerzos para acabar con la epidemia de cólera, y cuando ya se disponía a abandonar la ciudad, todavía había quienes sostenían que fue usted quien llevó allí la enfermedad.

—¡Esta es una isla verde, cálida y próspera! —repuso Bonkowski Pachá—. La gente de aquí es más agradable, como su clima.

Como seguían sin recibir respuesta de gobernación acerca del telegrama, el inspector jefe de sanidad del Estado otomano y su médico asistente decidieron finalmente salir de la casa de huéspedes sin decírselo a nadie. Para cuando los centinelas de la puerta se dieron cuenta y los alcanzaron, ya habían llegado a la plaza de la Provincia. Un cielo despejado dominaba la plaza aquella cálida tarde de primavera. Bonkowski Pachá quedó extasiado ante el bullicioso y deslumbrante panorama, con el espectacular castillo a la izquierda y los escarpados y fabulosos roquedales del Monte Blanco a la derecha. Caminaron cobijados por la sombra de los soportales que rodeaban la plaza. La oficina de correos de Minguer y la elegante tienda de tejidos de Dafni habían apostado en sus

entradas a alguien para rociar con solución desinfectante a sus visitantes. No se veía ninguna otra señal de que hubiera peste en la ciudad. Los caballos de los coches que estaban en la plaza dormitaban de pie, mientras los cocheros charlaban animadamente a la espera de clientes.

Al entrar en la oficina de correos, un empleado les roció con lisol diluido con fragancia de rosas. Bonkowski Pachá se acercó a un funcionario de cierta edad que estaba muy ocupado contando algo, mojándose de vez en cuando los dedos en agua con vinagre.

—¡Ya ha llegado el telegrama que esperaba, y también los dirigidos al Comité de Cuarentena de la provincia! —le informó el funcionario, antes de proseguir con su recuento.

Ansioso por conocer los resultados, Bonkowski Pachá había despachado también otro telegrama de carácter personal al director de cuarentenas de Esmirna. Así fue como se enteró «oficialmente» de que había una epidemia de peste en la isla, lo cual no hizo más que confirmar su pronóstico.

—¡Voy a darme una pequeña vuelta por Vavla y Germe antes de que comience la reunión de la cuarentena! —anunció Bonkowski Pachá—. Un epidemiólogo debe asegurarse de verlo todo con sus propios ojos.

El doctor İlias reparó en que justo a su derecha, detrás del mostrador de telégrafos, la puerta de la sala de entrega de paquetes se había quedado abierta. La otra puerta de esa sala, la que daba al exterior, también estaba entornada y dejaba ver el verde oscuro del jardín trasero.

Bonkowski Pachá se percató de la expresión de estupor del doctor İlias, pero no le prestó atención. Se metió detrás del mostrador que tenía a su izquierda. Deambuló por allí como si nada (Dimitris, el director de la oficina de correos, y otro funcionario le daban la espalda mientras leían algo), y se coló rápidamente en la sala desierta. Sin aminorar el paso, empujó

la puerta entreabierta que daba al jardín trasero y salió del edificio de Correos.

El doctor İlias nunca habría dejado solo a su maestro en una situación así. Pero todo ocurrió muy deprisa, así que se limitó a observarlo como en trance, pensando que el inspector jefe volvería tal como se había ido.

Una vez en el jardín, Bonkowski Pachá se deleitó ante la idea de haberse librado momentáneamente de los espías y guardaespaldas del director del servicio de inteligencia. Salió a la calle y subió la cuesta. No tardarían en enviar a sus hombres para buscarlo por todas partes, y sin duda darían con él. Pero el célebre químico sexagenario estaba disfrutando de su pequeña escapada y de haber conseguido eludir la atención de todos.

Dos horas más tarde encontraron el cuerpo ensangrentado de Bonkowski Pachá tirado en un solar situado casi enfrente de la Farmacia Pelagos de la plaza Hrisopolitissa. Hasta el día de hoy, los historiadores de Minguer siguen discutiendo, si bien con cierta desgana, sobre qué hizo durante esas dos horas el inspector jefe de sanidad del sultán y del Estado otomano (así como químico jefe y farmacéutico particular de Abdülhamit II), sobre quién, cuándo y cómo le secuestraron y asesinaron.

La angosta cuesta por la que Bonkowski Pachá subió con paso lento y despreocupado estaba flanqueada a un lado por una vieja tapia desconchada, de la que asomaba el frondoso ramaje de emparrados, sauces llorones y terebintos, y, al otro, por un descampado en el que, entre gritos y risas, unas mujeres tendían la ropa entre los árboles mientras sus hijos medio desnudos correteaban alrededor. Más adelante, Bonkowski Pachá vio unas lagartijas apareándose entre las hiedras. La Escuela Rum Femenina Marianna Theodoropoulos aún no estaba de vacaciones, pero apenas la mitad de sus alumnas acudían a clase. Mientras caminaba a lo largo de la tapia y atisbaba el jardín trasero de la escuela como si mirara a través

de los negros barrotes del patio de una cárcel, el inspector jefe —con la larga experiencia en epidemias que le daban los años — observó que allí también, pese a los rumores sobre la peste, muchos padres y madres de familias rums que no podían quedarse en casa para cuidar a sus hijos y no tenían recursos suficientes para alimentarlos aún los enviaban a la escuela para asegurarse de que al menos tomaban un tazón de sopa o comían un trozo de pan. Y mientras miraba a las cada vez más escasas alumnas que mataban el tiempo en la escuela, pudo distinguir la inquietud en sus rostros.

Bonkowski Pachá entró luego en el patio de la iglesia de Hagia Triada. Poco antes, dos cortejos fúnebres habían partido desde allí en dirección al cementerio ortodoxo situado detrás del barrio de Hora, de modo que en ese momento reinaba una relativa calma en el recinto. El inspector jefe recordó la controversia que había acompañado a la construcción de aquella nueva iglesia ortodoxa veinte años atrás, y cuyo eco había llegado hasta Estambul. El emplazamiento de la iglesia había sido anteriormente un cementerio que se había construido a toda prisa para los fallecidos durante la terrible epidemia de cólera que azotó Arkaz en 1834. Los miembros de la comunidad rum que se habían enriquecido gracias al comercio del mármol de la isla propusieron erigir una gran iglesia en aquel terreno, a fin de exorcizar el recuerdo de aquellos días espantosos. El gobernador de la época se opuso alegando que construir el nuevo edificio sobre el lugar donde yacían las víctimas del cólera causaría problemas sanitarios, hasta que un día, durante una reunión en la que se debatía sobre las provisiones de agua potable de Estambul, Abdülhamit se interesó por el parecer del joven químico, lo que desembocó finalmente en la concesión del permiso para construir la iglesia sobre el terreno del cementerio. Al igual que todas las demás iglesias otomanas erigidas en los últimos sesenta años, a la estela de la época reformista del Tanzimat que permitía incorporar cúpulas a la arquitectura religiosa cristiana, la de Hagia Triada poseía una cúpula enorme. Los

distintos gobernadores habían expresado su descontento porque, debido a sus grandes dimensiones y al campanario visible al entrar en el puerto, los visitantes podrían tener la impresión de que Minguer era una isla rum. Tal vez la cúpula de la mezquita Nueva, la construcción otomana de mayor tamaño de la isla, fuera aún más grande, pero, a causa de su emplazamiento, ¡el efecto no resultaba tan impactante!

Bonkowski Pachá era consciente de que, si entraba en la iglesia, el encargado de la bomba con desinfectante y el resto de la congregación empezarían a atosigarlo, así que se quedó fuera, caminando junto a los muros del patio. A lo largo de uno de ellos había varios tenderetes. En la esquina de enfrente había un liceo masculino, auspiciado con los fondos de beneficencia de la iglesia. Eso hizo que Bonkowski Pachá rememorase aquellos días, treinta años atrás, en que impartía clases de química como profesor en algunos institutos de Estambul; y deseó poder hacer lo mismo ahora, y dar algunas lecciones a aquellos estudiantes pasmados y ociosos sobre química, microbios y la peste.

Cuando salía del patio de la iglesia, se encontró con un anciano rum vestido elegantemente y le preguntó en francés por el barrio de Vavla. El anciano (que resultó ser pariente lejano de la adinerada familia Aldoni) le indicó de forma balbuceante el camino, y más tarde, solo dos horas después de que se encontrara el cadáver de Bonkowski Pachá, y tras informar a la policía acerca de su encuentro y de lo que el inspector jefe le preguntó, fue tratado durante bastante tiempo como sospechoso, una desagradable experiencia que relataría al cabo de diez años a un periódico ateniense.

Después de salir de la iglesia, pasó por delante de varios colmados y fruterías, algunos abiertos, otros cerrados, así como por el obrador de galletas de almendra de Zofiri, que aún sigue en funcionamiento en el momento de escribir estas líneas, en 2017. Cuando descendía por la bajada del Asno Rebuznador, Bonkowski Pachá tuvo que apartarse a un lado para dejar pasar a una pequeña procesión que subía cargando

con un enorme ataúd. De esto fue testigo el barbero Panayot, que tenía su negocio en la esquina de la cuesta con la avenida Hamidiye. La mezquita que el antiguo gran visir y célebre minguerense Ahmet Ferit Pachá hiciera construir en 1776 permanecía tranquila y solitaria después de que se hubieran marchado los dolientes de los últimos funerales, y antes de que llegaran los siguientes. Bonkowski Pachá pasó junto a la mezquita de cúpula en comparación más pequeña, cruzó la puerta del patio que daba al mar, y se encaminó hacia las callejas perfumadas con el olor de los tilos. Al ver el hospital Hamidiye, que todavía no estaba completo pero ya empezaba a recibir pacientes esa mañana, se imaginó que los hombres del director de inteligencia lo buscarían por allí, de modo que dio media vuelta y se adentró primero por las calles del barrio de Kadirler, y después por las de Germe.

Al deambular por esos barrios que ya habían entregado tantas víctimas a la epidemia, Bonkowski Pachá observó cómo fluían las aguas residuales por las alcantarillas que discurrían por el centro de las calles, cómo correteaban los chiquillos descalzos y cómo dos hermanos se pegaban por algún motivo desconocido. Pasó por delante de la puerta del jeque que había bendecido el amuleto de Bayram Efendi y que aún llevaba en el bolsillo. Esto lo sabemos gracias al informe de un policía de paisano que estaba de guardia permanentemente en esa zona.

Este agente no sabía quién era Bonkowski Pachá, pero presenció su encuentro con un joven cerca del tekke o sede de la hermandad, y explicó el inicio de su conversación, que transcurrió más o menos así:

—Doctor, tenemos un enfermo. Venga a nuestra casa, por favor.

—Yo no soy médico…

Hablaron un poco más, pero el policía ya no pudo escucharlos. Luego, de repente, los perdió de vista.

El inspector jefe de sanidad y el alterado joven caminaron un rato a paso ligero hasta que entraron en un jardín de tapias bajas y sin verja. Bonkowski Pachá se sintió como si estuviera en un sueño y empujara en vano tratando de abrir la puerta equivocada. Y seguía empujando pese a saber que, aunque consiguiera abrirla, no iba a poder hacer nada.

Por fin se abrió la puerta y entraron. El ambiente estaba cargado del olor a sudor, vómito y aliento rancio característico de las casas infectadas por la peste. Contuvo la respiración, consciente de que si alguien no abría inmediatamente las ventanas él también contraería la enfermedad. Pero nadie las abrió. ¿Dónde estaba el enfermo de peste? Pero, en vez de llevarlo hasta el paciente, todos los presentes lo miraron con una inquietante expresión acusadora, y Bonkowski Pachá se sintió tan angustiado que por un momento creyó que se asfixiaría.

Una figura de pelo castaño claro y ojos verdes dio un paso al frente.

—¡Una vez más, para nuestra desgracia, nos habéis traído la enfermedad y la cuarentena! —exclamó—. ¡Pero esta vez no lo vais a conseguir!

9

Dos días después de dejar a Bonkowski Pachá en la isla de Minguer en mitad de la noche, el Aziziye llegó a Alejandría, donde el Consejo Consultivo del sultán recibió una entusiasta acogida por parte del consulado del Imperio alemán. El cónsul alemán en Alejandría, preocupado y furioso por el asesinato del embajador de su país en China, había organizado una recepción, a la que también asistirían los demás cónsules occidentales, y una rueda de prensa. El objetivo era informar sobre la misión del Consejo Consultivo a los periódicos egipcios que se publicaban en inglés, como *Les Pyramids* o *Egyptian Gazette* , para que posteriormente se hicieran eco otros rotativos indios y chinos (particularmente los de la comunidad musulmana). El káiser Guillermo consideraba que aplastar la rebelión en China supondría una buena oportunidad para demostrar su fuerza ante el mundo, y la rueda de prensa le serviría para anunciar, antes incluso de que el comité llegara a Pekín, que el califa del islam, el sultán otomano, no apoyaba a los musulmanes sublevados en China, sino que estaba del lado de las fuerzas occidentales.

Pakize Sultan y su marido se habían pasado los días y las noches en su camarote del Aziziye. En cuanto el buque atracó junto al recién construido muelle de Alejandría, una barahúnda de porteadores beduinos, descalzos y vistiendo caftanes, ocuparon la cubierta como si la estuvieran atacando y, sin preguntar a nadie, comenzaron a descargar maletas y bultos. Ante tal espectáculo, Pakize Sultan manifestó su alivio de tener prohibido, en razón de su rango, abandonar el barco. Además, tenía conocimiento de que el mayor Kâmil, al que palacio había encargado la protección del comité, tenía orden de no separarse de su lado en los puertos y ciudades en los que hicieran escala durante el viaje.

Mientras contemplaban desde el Aziziye su primera puesta de sol en Alejandría, Pakize Sultan le habló a su marido de su padre, el anterior sultán, que ahora vivía recluido como un preso en el palacio Çırağan, en Estambul. Le contó que, aunque que el palacio era pequeño y estaba atestado de gente, en ocasiones su padre, ella y sus hermanas conseguían pasar un tiempo a solas y tocar el piano juntos; que su padre era una persona de carácter afable y sensible; que se había unido en secreto a la masonería y que, pese a sus buenas intenciones, ese hecho se había utilizado en su contra. Una vez, cuando ella y sus hermanas estaban mirando el mapa de África en un atlas, su padre entró en la habitación y les contó que veinte años atrás, siendo aún príncipe, había viajado a Egipto. Lo acompañaron el entonces sultán, su tío Abdülaziz, y su hermano menor, el príncipe Hamit Efendi, quien más tarde ocuparía el trono. (Más adelante también viajarían juntos a París, Londres y Viena). En Egipto, el sultán otomano y sus dos sucesores, Abdülaziz, Murat V y Abdülhamit II, fueron en camello a ver las pirámides y montaron en tren por primera vez en su vida. «¡Si Dios quiere, algún día también habrá ferrocarril en tierras otomanas!», exclamaron. Mientras las niñas seguían mirando el mapa de África, su padre les contó que el pueblo de Egipto había recibido con mucho cariño y afecto a los sultanes otomanos. Y diecinueve años atrás, después de enterarse de que los ingleses habían invadido Egipto, el depuesto sultán, ya encerrado en el palacio, lloró con gran consternación.

Pakize Sultan era la tercera hija de Murat V, el anterior sultán otomano. Tres meses después de llegar al trono, en 1876, algunos de los más influyentes bajás de la burocracia de la Sublime Puerta lo depusieron alegando que estaba desequilibrado, tal vez incluso loco, y pusieron en su lugar a su hermano menor, el actual sultán Abdülhamit. Tres meses antes de que Murat V fuera destronado, su tío el sultán Abdülaziz —el tío abuelo de Pakize Sultan— fue también depuesto por una trama de destacados bajás burócratas, y solo

una semana después lo asesinaron, haciéndolo pasar por un suicidio. Después de todos estos aciagos acontecimientos, Pakize Sultan consideraba muy natural que su padre Murat V tuviera algunos problemas para sobreponerse. El príncipe Abdülhamit Efendi, segundo en la línea de sucesión al trono y que no era tan conocido ni tan querido como su hermano mayor Murat V, se vio convertido de repente en sultán y, después de esta sucesión de terribles hechos, se dejó arrastrar por sus aprensiones y por el miedo a acabar como su tío o como su hermano —depuesto, encarcelado o asesinado—, así que le impuso a su hermano y predecesor Murat V una vida de estricta reclusión.

Pakize Sultan nació durante el cuarto año del cautiverio de su padre Murat V, que duró veintiocho años, así que nunca había conocido otro lugar que el palacio en el que estaba encerrada. (En cambio, su muy querida hermana mayor, Hatice, nació en un palacete de Kurbağalıdere antes de que su padre accediera al trono, y cuando este se convirtió en sultán pasó un breve tiempo en el palacio de Dolmabahçe, donde creció arropada entre los brazos de su padre y de su tío el príncipe Abdülhamit). Para evitar que Murat V intentara recuperar el trono o tuviera contacto con los grupos opositores, Abdülhamit lo aisló completamente de la vida de fuera del palacio, a él y a su familia, aunque con el trato reservado a los príncipes.

Debido a que sus tres hijas se habían pasado la vida recluidas en un pequeño palacio, la cuestión de si podrían o no casarse era un tema que preocupaba mucho a su padre, el anterior sultán Murat V. Abdülhamit impuso la condición de que, si sus tres sobrinas querían casarse, deberían abandonar a su padre y vivir con él en el palacio Yıldız; el receloso y cruel sultán no deseaba que nadie anduviera entrando y saliendo del pequeño palacio en que tenía encerrado a su hermano, ni siquiera con una excusa tan razonable como los preparativos de una boda. El padre de Pakize Sultan quedó desolado al enterarse de la condición impuesta por aquel hermano con el

que tan bien se había llevado durante su infancia. Y aunque se quejó con sus hijas de la crueldad de Abdülhamit y se lamentó de que separar a un padre de sus hijas era el pecado más grave de todos, también les insistió en que casarse y formar una familia constituía la mayor felicidad en la vida. Así que decidieron que lo mejor para las princesas sería separarse de su padre durante un tiempo, mostrar su mejor disposición para reconciliarse con su tío y encontrar en el palacio de Yıldız unos maridos a la altura de su belleza y posición.

Su hermana mayor, Hatice Sultan, ya cerca de la treintena, y la mediana solo algo más joven, Fehime Sultán, aceptaron estas condiciones, pero a sus diecinueve años Pakize Sultan no quiso separarse de su padre y de su madre. Sin embargo, dos años más tarde las aguas volvieron a su cauce cuando, con la intervención de Abdülhamit en el último momento, se encontró un marido para Pakize Sultan (aunque fuera «solo un médico»). Las tres hermanas se casaron juntas en el palacio Yıldız, y ahora Pakize Sultan, a diferencia de sus hermanas, era feliz con su repentino matrimonio (tal vez, a decir de algunos, porque no era tan bella ni tan ambiciosa como ellas).

Mientras pasaban el tiempo en el camarote charlando y conociéndose, Pakize Sultan se quedaba mirando la piel trigueña del doctor Nuri, su enorme, rechoncho y velludo cuerpo, y experimentaba un placer tan dulce como nunca antes hubiera imaginado que pudiera existir. Tal como le escribió a su hermana Hatice, observar cómo su marido sudaba al contarle algo que le entusiasmaba, o incluso el sonido del aire al entrar y salir de su nariz cuando se le agitaba la respiración, eran cosas que la inundaban de una absoluta felicidad. A veces, cuando su marido médico salía de la cama para alcanzar una jarra de agua, ella contemplaba con asombro y admiración la parte de atrás de sus gruesas piernas, sus pies tan pequeños que no creía que pudieran servirle a ningún otro hombre, y su enorme trasero.

La pareja se pasaba la mayor parte del tiempo en la cama, haciendo el amor. El resto del tiempo se contentaban con

permanecer tumbados en silencio uno junto al otro en el húmedo y caluroso camarote, a salvo momentáneamente del ataque de los mosquitos. En ocasiones, cuando surgía algún tema delicado pero que consideraban importante, ambos procuraban suavizar la tensión por temor a cómo pudiera reaccionar el otro. De vez en cuando se levantaban de la cama, se vestían debidamente y seguían charlando, pero cuando abordaban de nuevo a alguna cuestión peliaguda, la dejaban estar y guardaban silencio.

Para Pakize Sultan, las cuestiones peliagudas eran, por supuesto, el odio que sentía hacia Abdülhamit y los años transcurridos en la reclusión del palacio. Damat Nuri veía que su esposa deseaba hablar de esos temas y abrirle su corazón, pero también le preocupaba que aquello pudiera amargar su felicidad, así que pasaba por ellos como sobre ascuas y refrenaba su curiosidad. Es más, cuando su esposa le narraba alguna de aquellas desdichadas historias, sentía la necesidad de contarle sus terribles experiencias como médico de cuarentenas, los horrores que presenció en el Hiyaz, todo lo que sufrieron aquellos pobres peregrinos, aunque también temía que aquellos desgarradores hechos pudieran perturbar o sobrecoger a la princesa. Sin embargo, el doctor Nuri anhelaba compartir lo que guardaba en su interior con aquella mujer tan inteligente y segura de sí misma. Quería que su esposa supiera lo que estaba ocurriendo en aquellas remotas provincias que se estaban separando una a una del imperio gobernado por su tío, que fuera consciente de la gran cantidad de gente que estaba siendo diezmada por las epidemias.

La mañana de su tercer día en Alejandría, Damat Nuri bajó a la ciudad. Se dirigió a la tienda de un relojero rum de Estambul situada justo detrás de la plaza Mehmet Alí Pachá, en la misma calle en que se encontraba el hotel Zizinia, donde solían alojarse los médicos de cuarentenas y funcionarios ingleses (y que ahora había dispuesto a empleados en la entrada pertrechados con aerosol desinfectante). Después de preguntarle por las últimas noticias de Estambul, el relojero,

como tenía por costumbre, le habló al curioso médico otomano del día en que los barcos de guerra ingleses bombardearon la ciudad durante horas, un ataque perpetrado con la intención declarada de aplastar la rebelión nacionalista antioccidental y antiotomana de Arabi Pachá. Le describió el aterrador estruendo de las bombas y la destrucción de toda la plaza, envuelta en una nube de polvo blanca, y le contó que también algunos edificios ingleses y franceses fueron alcanzados. Rememoró cómo cristianos y musulmanes armados comenzaron a matarse entre sí por las calles, y cómo durante un tiempo los cristianos que vivían en los barrios de las afueras ni siquiera podían atreverse a salir de casa llevando sombrero. Un tiempo después de que cesaran los incendios y los saqueos, el relojero se encontró allí con Gordon Pachá. Y una vez más le contó al doctor que, cuando el ejército musulmán del Mahdi de Sudán asesinó a Gordon Pachá en Jartum, este llevaba puesto el reloj de la marca Theta que él le había reparado con sus propias manos. Finalmente, el relojero concluyó resumiendo sus ideas en los siguientes términos:

—A mi entender, ni los franceses, ni los otomanos, ni los alemanes pueden gobernar Egipto. ¡Solo pueden hacerlo los ingleses!

En sus anteriores encuentros con el relojero estambulita, Damat Nuri le habría corregido cualquier afirmación con la que no estuviera de acuerdo. Le habría dicho: «¡No, los otomanos no abandonaron Egipto! ¡Tan solo tenían problemas para gobernarlo y los ingleses lo utilizaron como excusa para arrebatárselo!». O le habría señalado educadamente que los cristianos ya golpeaban y asesinaban a musulmanes antes de que los árabes empezaran a matar cristianos. Pero después de contraer matrimonio hacía un mes con la hija del hermano mayor del hombre a quien el relojero acababa de referirse como «el sultán» o «Abdülhamit», se había prohibido a sí mismo hacer ese tipo de correcciones y pronunciarse políticamente.

En esa ocasión el doctor no disfrutó de su conversación con el relojero ni de su visita a una Alejandría sometida a cuarentena. Ahora tenía por delante una vida muy diferente, aunque aún no podía conjeturar cómo sería. Poco después, presa de la inquietud, volvió al puerto.

Tras cruzar la aduana y nada más subir a bordo del Aziziye, un camarero le informó de que habían recibido dos telegramas cifrados para él desde la compañía Thomas Cook.

Justo antes de partir en el Aziziye desde Estambul, un funcionario de palacio le hizo llegar, de parte del sultán, un libro especial de claves. Contenía el tipo de códigos que Abdülhamit entregaba a los embajadores, los líderes locales y los espías, tanto nacionales como extranjeros, cuando deseaba establecer una relación más cercana y mantener una línea de comunicación directa, fuera de los cauces burocráticos de la Sublime Puerta.

Tras abrazar a Pakize Sultan y explicarle lo que sucedía, el doctor Nuri sacó el libro de claves del fondo de la maleta y se puso a descodificar, intrigado, el primero de los telegramas, letra a letra, número a número. Después de un rato pasando adelante y atrás las páginas para localizar las letras y las palabras que se correspondían con los números, comprendió que aquello le estaba resultando más difícil de lo previsto, ya que llevaba mucho tiempo sin realizar ese tipo de tarea. Entonces le pidió ayuda a su mujer, que andaba por allí cerca. Cuando descubrieron que algunas de las palabras más usuales se correspondían con números de dos cifras, tardaron poco en descifrar el texto.

El primero procedía directamente de palacio. En él se le confiaba la misión de dirigir, tras el fallecimiento de Bonkowski Pachá, la lucha contra la peste en la provincia de Minguer y su capital Arkaz, y se le ordenaba que se dirigiera hacia allí de inmediato. También se ordenaba al capitán ruso del buque Aziziye que, sin la menor dilación, pusiera rumbo a la isla de Minguer para trasladar allí a Pakize Sultan, al damat

doctor Nuri y al mayor Kâmil. El segundo telegrama también procedía de palacio y se indicaba de manera expresa que se trataba de una orden directa del sultán. Declaraba abiertamente que la muerte de Bonkowski Pachá podría haber sido un «asesinato» y se solicitaba al damat doctor que se uniera «como detective» a las pesquisas que el gobernador Sami Pachá estaba realizando para esclarecer el asunto.

—¡Ya te dije que mi tío nos fastidiaría este viaje! —se lamentó Pakize Sultan—. Estoy segura de que ha sido él quien ha ordenado asesinar al pobre Bonkowski Pachá.

—¡No saques conclusiones precipitadas! —contestó el damat doctor—. ¡Antes de hacerlo, deja que te explique la situación en que se encuentra la Organización Internacional de Cuarentenas!

Así pues, el Aziziye zarpó de inmediato del puerto del Alejandría con sus tres pasajeros y durante toda la noche navegó en dirección norte. Después de oscurecer, un impetuoso viento del nordeste, el bóreas, hizo disminuir la velocidad de la nave. El damat doctor quería que su esposa considerase que Abdülhamit podría no ser el responsable de la muerte del pobre Bonkowski Pachá, y que existía la posibilidad de que hubiera otras potencias implicadas. De modo que, mientras estaban sentados en su camarote, procedió a explicarle la política del sistema internacional de cuarentenas.

En 1901, británicos, franceses, rusos y alemanes, que en esa época ejercían un dominio global tanto a nivel político y militar como médico y científico, creían que la peste y el cólera se propagaban a Europa y el resto del mundo desde La Meca y Medina, y que quienes llevaban esas enfermedades hacia el Oeste (al Asia occidental, el sur de Europa y el norte de África) eran los musulmanes que acudían en peregrinación al Hiyaz. En otras palabras, India y China se encontraban en el origen de las epidemias mundiales de peste y cólera, mientras que la provincia otomana del Hiyaz constituía su centro de

distribución. Los médicos y expertos en cuarentenas que trabajaban en todos y cada uno de los rincones del Imperio otomano, ya fueran cristianos, musulmanes o judíos, sabían en el fondo que, desde un punto de vista médico, esa afirmación era lamentablemente cierta. Sin embargo, algunos de ellos, en especial los médicos musulmanes jóvenes, pensaban que los occidentales exageraban esos argumentos con fines políticos, y que los utilizaban para oprimir en los planos intelectual, espiritual y militar a los pueblos y naciones de fuera de Europa. Cuando los ingleses declararon que «si ustedes no pueden proteger de las enfermedades a nuestros compatriotas hindúes que realizan la peregrinación, ¡nosotros sí que sabremos hacerlo!», todos en el lado otomano, con el sultán Abdülhamit a la cabeza, comprendieron que no solo se trataba de un desprecio hacia la medicina otomana, sino que también suponía una amenaza de tipo militar. Por ello, Abdülhamit («¡tu tío!» fue la expresión que utilizó el doctor Nuri mirando a su mujer a los ojos) había gastado tanto dinero para organizar la gestión de las cuarentenas en el Hiyaz. Había hecho construir nuevos edificios, instalaciones militares y embarcaderos en la isla de Kamaran, a la entrada del mar Rojo, y había enviado allí a los médicos más brillantes.

La estación de cuarentenas que se estableció en la isla de Kamaran, en la provincia otomana de Yemen, era la instalación de control de epidemias más grande del mundo en aquella época, tanto por el número de gente que podía acoger como por la extensión que ocupaba. El doctor Nuri no pudo ocultar sus emociones al relatar la primera vez que fue allí hacía siete años, durante la epidemia de cólera que estalló justo en mitad de la temporada de la peregrinación del *hach* . En aquella época, el lastimoso estado de los peregrinos procedentes de la India y Java, hacinados en las bodegas de unas embarcaciones herrumbrosas y desvencijadas aunque de bandera inglesa, provocaba que se le inundaran los ojos de lágrimas. Más tarde comprobaría que las condiciones de todos los barcos que llegaban desde los puertos indios eran incluso

más terribles. Las compañías de viajes inglesas de Karachi, Bombay o Calcuta imponían a los pasajeros la obligatoriedad de comprar billetes de ida y vuelta, pero por aquel entonces uno de cada cinco peregrinos indios que hacían el *hach* moría durante el viaje o no podía regresar.

A pesar del alto precio de los billetes, el doctor Nuri fue testigo de cómo en un barco de la línea Bombay-Yeda con capacidad para cuatrocientos pasajeros viajaban unos mil o mil doscientos postulantes al título de *hach* , apretujados como sardinas en lata hasta en las bodegas de carga. Algunos codiciosos capitanes de barcos de vapor metían a los peregrinos hasta en los huecos más estrechos e inconcebibles de la embarcación, como entre las barandillas de la cubierta superior o sobre el techo plano de la cabina del capitán, de manera que el que encontraba un lugar donde estar de pie no podía agacharse ni sentarse, y los que podían agacharse y sentarse, o incluso los afortunados que se podían tumbar, no se atrevían a moverse por miedo a perder el sitio. Mientras relataba su historia, el damat doctor imitaba la enrevesada postura en la que se sentaban los peregrinos en el suelo de los barcos.

Cuando la embarcación oficial en que viajaba el doctor Nuri se acercaba lentamente a aquellos herrumbrosos barcos azotados por el sol, que parecían caerse a pedazos y estar a punto de hundirse en cualquier momento, le asombraba e incluso le asustaba ver aquella multitud de cabezas de hombre que le observaban desde las cubiertas, desde los ojos de buey y desde cualquier otro agujero por el que se pudiera mirar. Y cuando, escoltado por soldados, subía a bordo del barco para realizar la inspección, se encontraba con todas las superficies visibles cubiertas por peregrinos sentados o echados, y comprendía inmediatamente que en el interior del barco debía de haber una muchedumbre tres veces mayor que la que se podía ver desde fuera, y que todos aquellos aspirantes a convertirse en *hajjis* se encontraban en un estado lamentable, exhaustos y, muchos de ellos, ya enfermos.

El doctor Nuri siguió relatando que a bordo de los barcos debía pasar por encima de aquel apocalíptico gentío de peregrinos entre los que no había ni espacio para caminar, y que a veces incluso requería de la ayuda de guardias armados para llegar hasta el capitán. En respuesta a una pregunta de su esposa, le explicó que la mayoría de aquellos barcos de vapor eran en realidad cargueros que carecían incluso de asientos para los pasajeros. Cuando bajaba a las oscuras bodegas de carga, inundadas de un hedor a putrefacción, sin ojos de buey ni ventanas, sentía la humanidad y el palpitar de cientos de peregrinos sumidos en un terror infinito, oía los gemidos y las plegarias de unos, y percibía las silenciosas e inquisitivas miradas de otros. Las bodegas eran tan oscuras que los médicos tenían prohibido bajar allí tras la puesta de sol.

—¡Y no te sigo contando para no afligirte más! —se interrumpió el doctor Nuri.

—¡Por favor, no me ocultes nada! —suplicó Pakize Sultan.

El doctor Nuri se dio cuenta de que su esposa creía que todas aquellas personas eran gente pobre y desesperada, por lo que no pudo evitar contarle la verdad al respecto: en realidad, aquellos peregrinos eran relativamente ricos en los países de los que procedían. Algunos vendían su casa o sus tierras para pagarse el viaje; otros ahorraban durante años; y también había algunos que, a pesar de saber lo ardua y costosa que era, emprendían la peregrinación por segunda vez. En los últimos veinte años, los barcos a vapor y la bajada del precio de los pasajes habían hecho que se multiplicara varias veces el número de peregrinos al Hiyaz, hasta alcanzar casi un cuarto de millón. Nunca en la historia habían llegado tantos musulmanes procedentes de todos los lugares del mundo, desde Java hasta Marruecos, congregándose y estrechando lazos en tan vastas cantidades. Damat Nuri recordó que un día del festival religioso pudo contemplar una enorme multitud de tiendas de campaña y sombrillas de los peregrinos, y pensó que aquel extraordinario panorama le habría encantado a «tu

tío» Abdülhamit, siempre deseoso de hacer ostentación del poder del islam y el califato.

—¡Me encanta que intentes que aprecie más a mi tío! —dijo Pakize Sultan—. Supongo que al menos debemos estarle agradecidos por habernos unido.

—Tu tío me envía a Minguer para resolver el asesinato. No está bien que digas que él mandó matar a Bonkowski Pachá.

—¡Está bien, no lo diré más! —replicó Pakize Sultan—. Pero sí quiero que me cuentes las historias más duras y terribles de tu experiencia con el cólera.

—Me preocupa que, si lo hago, tengas miedo de mí y dejes de amarme.

—¡Al contrario! Te amo todavía más por todos tus esfuerzos en los lugares más míseros del país. Y ahora cuéntame las peores de tus historias.

Marido y mujer subieron juntos a la cubierta, y allí él le explicó a su aristocrática esposa cómo, en los barcos de peregrinos que surcaban el mar de Arabia, colocaban apoyadas contra los costados unas letrinas construidas con materiales de desecho. Los pocos retretes disponibles para aquella ingente cantidad de personas estaban estropeados o atascados ya desde el primer día debido a la descomunal demanda o a un uso inapropiado. Los ingeniosos capitanes europeos trataban de superar esta deficiencia atando con sogas a cada lado de la cubierta unos precarios retretes, como los que hay en los embarcaderos, y dejándolos suspendidos directamente sobre el mar. En todos los barcos que navegaban entre la India y el Hiyaz se formaban largas colas para utilizar estas letrinas y surgían continuas peleas. En noches con mucho oleaje, algunos peregrinos que hacían sus necesidades en estas letrinas colgantes caían a las aguas del mar de Arabia y servían de carnaza a los feroces tiburones. Algunos experimentados y precavidos peregrinos que se quedaban en las bodegas de carga utilizaban unas bacinillas o unos cubos que se

procuraban antes de zarpar, para luego vaciar los excrementos al mar por los ojos de buey. Pero cuando las aguas estaban más agitadas no se podían abrir los ojos de buey, y los bacines y cubos poco a poco se iban balanceando hasta que acababan por derramarse. Tras describir cómo se mezclaba la fetidez de aquellas inmundicias con el hedor de los cadáveres de los peregrinos que habían fallecido silenciosamente por el cólera en la oscuridad de las bodegas, el doctor Nuri guardó silencio durante largo rato.

—¡Por favor, sigue contándome! —rogó Pakize Sultan finalmente.

Volvieron al camarote y el damat doctor, suponiendo que aquel tema resultaría menos penoso para su esposa, le habló acerca de los peregrinos del norte de África. Entre ceremonias y plegarias, estos zarpaban desde puertos como los de Trípoli o Alejandría y llegaban a través del canal de Suez, en una travesía mucho más cómoda y tranquila. Pero el doctor Nuri había comprobado que en estos barcos, a causa de sus normativas más complacientes y relajadas, también se propagaban las enfermedades. Había sido testigo de cómo, en la cubierta de estos barcos relativamente más ricos procedentes del oeste, los peregrinos árabes, junto a los sirvientes que les acompañaban, organizaban comidas a base de aceitunas, queso y pan de pita, y contó que los más sibaritas incluso instalaban una parrilla en un rincón de la abarrotada cubierta para preparar kebabs. Le comentó a su mujer que una vez, en Alejandría, presenció cómo un oficial de cuarentenas inglés, mientras inspeccionaba uno de aquellos barcos, ordenó a los soldados que le acompañaban que arrojaran por la borda una parrilla y todos sus accesorios, y le describió la trifulca que se desató a continuación.

—Y ahora dime, señora mía, a quién hay que culpar de esta situación y quién se comportó de forma inapropiada.

—¡Está claro que en un barco bajo cuarentena no debe permitirse comer fruta ni verdura! —respondió Pakize Sultan,

que rápidamente había captado el sentido de la pregunta.

—¡Pero el oficial inglés tampoco tenía derecho a arrojar al agua las posesiones de nadie! —añadió Damat Nuri, hablando en el tono que utilizaría un maestro—. La labor de un oficial de cuarentenas no es solo la de implantar prohibiciones y utilizar el apoyo militar para su cumplimiento; también debe convencer a la gente para que aplique esas medidas por su propia voluntad. El peregrino al que le tiraron la parrilla por la borda verá a aquel duro y grosero inglés como un enemigo. Y solo por puro despecho desobedecerá las prohibiciones y, poco a poco, la cuarentena irá perdiendo su utilidad. Debido a ese comportamiento duro y denigrante de los funcionarios ingleses, estalló un motín en Bombay. Apedrearon los vehículos que trasladaban a los enfermos y agredieron a los médicos. Asesinaron a funcionarios del gobierno británico en las calles. Y ahora los ingleses ya ni siquiera se atreven decir que el cólera se propaga por las aguas del Ganges, por temor a que se desaten más revueltas.

—Pues si la situación allí es tan mala como cuentas, después de Minguer nos marchamos directamente a China sin acercarnos siquiera a Bombay, por favor —repuso Pakize Sultan.

10

Durmieron abrazados. Ya por la mañana, cuando el incesante sonido de los pistones del barco empezó a disminuir, subieron a la cubierta. Los primeros rayos de sol despuntaban a la derecha de la nave y la oscura sombra de la isla de Minguer comenzó a divisarse sobre el azul marino del horizonte. Soplaba una leve brisa que les hacía lagrimear un poco. La escarpada y oscura silueta de la isla se iba perfilando cada vez más nítidamente.

El sol naciente empezaba a derramar su suave fulgor rosáceo sobre la hilera de abruptos acantilados y la cordillera de afiladas y escarpadas cumbres que, partiendo desde el Monte Blanco, delineaban la cara este de la isla, mientras que las montañas que miraban hacia el oeste parecían pintadas de un oscuro tono morado, incluso negro. A medida que el Aziziye se acercaba a la costa, este paisaje, representado por muchos pintores que visitaron la isla después de la década de 1840 y que había sido descrito en términos poéticos en los libros de viajes, adquiría un aire cada vez más mágico.

En cuanto comenzó a divisarse a simple vista el Faro Árabe, el capitán viró el timón directamente hacia el puerto y el panorama, descrito por algunos como «salido de un cuento» y por otros como «mítico, quizá incluso espectral», terminó de definirse.

Ahora el magnífico castillo, con sus particulares chapiteles rematando las torres, y el resto de los edificios y puentes que le servían de marco, todo el conjunto construido con las piedras blancas y ligeramente rosadas de Minguer, dejaban en el espectador una impresión aún más profunda y fascinante. Se fijaron también en el verde de la vegetación que crecía sobre los escarpados acantilados rocosos, en el blanco de las paredes

y en el rojo de los tejados de la ciudad, y percibieron como una extraña luz sobrenatural refulgiendo sobre toda la isla.

El mayor Kâmil, guardia personal de la princesa, también había subido a cubierta y contemplaba las vistas con ellos.

—¡Estoy muy emocionado, señor, porque yo nací y crecí en Arkaz! —dijo de repente.

—¡Qué feliz coincidencia! —repuso el doctor Nuri.

—Quizá no sea una coincidencia —dijo el mayor Kâmil, dirigiéndose solo al damat doctor por temor a que este pudiera molestarse por hablarle directamente a su esposa—. Tal vez nuestro Sublime Soberano, Su Majestad el sultán, sabía que yo era de Minguer y precisamente por eso me incluyó en esta misión.

—¡Su Majestad el sultán se interesa por muchas cosas, y cuando averigua algo ya no lo olvida! —exclamó el doctor Nuri.

—¿Qué es lo que más te gusta de la isla? —preguntó Pakize Sultan.

—Me gusta todo —fue la diplomática respuesta del mayor —. ¡Lo mejor de Minguer, señora, es que todo es tal cual yo lo conozco y tal como creo que debe ser!

Pasaron junto al costado sur de un islote rocoso en el que se alzaba una blanca y preciosa construcción de la época veneciana, que durante un tiempo se utilizó para las cuarentenas y a la que la gente llamaba la torre de la Doncella. Ya podían divisar los cerros, los tejados y los muros rosados de Arkaz, la mayor y más conocida ciudad de Minguer, e incluso distinguían algunas pinceladas de color, el verde de las palmeras, el azul de los postigos de las casas. Poco a poco aparecieron también las tres cúpulas que resumían el pasado veneciano, bizantino y otomano de la ciudad, alineadas aproximadamente a la misma altura: al este, las cúpulas de las iglesias de San Antonio (católica) y Hagia Triada (ortodoxa), y sobre el primer cerro de la parte occidental de la ciudad,

relativamente más plana que el resto, la cúpula de la Mezquita Nueva, la más grande de la isla. Al acercarse a la ciudad, los ojos de los viajeros se entretenían siguiendo las subidas y bajadas de las siluetas de estas tres cúpulas, tantas veces representadas en los últimos años por los pintores occidentales. Sin embargo, después del Monte Blanco, la estructura que dominaba por completo el paisaje de la ciudad era el gigantesco castillo construido por los cruzados. Alzándose imponente ante el paso de cualquier barco que surcara las aguas de este rincón del Levante, el castillo de tonalidades rosáceas recordaba a quienes lo contemplaban que, desde tiempos inmemoriales, tiempos incluso anteriores a los de las leyendas, en aquella isla había habido gente viviendo y trabajando, librando guerras y matándose despiadadamente unos a otros.

Ya empezaban a distinguirse los edificios más pequeños, las casas, los árboles, se sentía fluir la vida en las calles y plazas. Se veían perfectamente la balconada con columnas de la sede de la gobernación y, un poco más allá, la nueva oficina de correos, la Escuela Secundaria Rum y los muros de la nueva torre del reloj, aún en construcción. Cuando el capitán paró los motores y se hizo el silencio, los pasajeros del Aziziye pudieron percibir que el resplandor del sol, el verde de las palmeras y las higueras y el azul del mar poseían allí una cualidad diferente. Al inhalar el aroma a azahar, Pakize Sultan no tuvo la impresión de que se estuvieran acercando a una ciudad a punto de sufrir una epidemia de peste o unos sangrientos enfrentamientos políticos, sino a un pueblecito de la costa en el que nunca pasaba nada y que llevaba siglos dormitando bajo el sol.

A la luz de primera hora de la mañana, no parecía que hubiera demasiada actividad en la ciudad. Aún permanecían cerradas las ventanas y las persianas de las mansiones y las casas de piedra rosácea construidas a lo largo de los frondosos cerros que se alzaban casi directamente desde la orilla. Aparte de dos cargueros, uno francés y otro italiano, y algunos veleros

pequeños, no había en el muelle otras embarcaciones dignas de mención. El doctor Nuri no vio banderas de cuarentena en ninguno de los barcos, ni tampoco apreció señales de que en la costa se hubiera tomado medida alguna contra la epidemia. Pero en la parte oeste del puerto, a la izquierda del Aziziye, descubrió varios embarcaderos abandonados y decrépitos, construcciones derruidas, el viejo y el nuevo edificio de aduanas, barracones y casas en ruinas donde vivían los más pobres, y reconoció en todos ellos posibles focos de infección.

A su lado en la cubierta, Pakize Sultan contemplaba absorta, como si estuviera sumida en sus recuerdos, el azul turquesa del mar, fascinada con las rocas del fondo, los veloces y espinosos peces que nadaban a un palmo de la superficie, las algas verdes y azules que evocaban delicadas flores. El espejo del mar en calma reflejaba nítidamente la ciudad, sus casas en su mayoría blancas y rosadas con algunas de un color anaranjado, las diferentes tonalidades de verde de los árboles, las picudas torres del castillo y las plomizas cúpulas de iglesias y mezquitas. El damat doctor y Pakize Sultan oían también el murmullo de la afilada proa del Aziziye al cortar las aguas. Por un instante se produjo un silencio tal, que los presentes en cubierta pudieron oír el cacareo de los gallos, a los perros que ladraban al vacío, e incluso el rebuzno de un burro.

El capitán hizo sonar dos veces la sirena del barco. Semanalmente llegaban a la isla de Minguer un ferri desde Estambul y dos desde Esmirna, Alejandría y Tesalónica, por lo que aquel sonido que anunciaba la llegada de un vapor no programado llamó la atención de toda la ciudad. Como siempre ocurría, los dos cerros de la capital repitieron el eco de la sirena. El mayor Kâmil sintió la agitación de las calles en las que había pasado su infancia. Un coche de caballos avanzaba por la avenida del Muelle, donde, a lo largo de la ribera, se alineaban hoteles, agencias de viajes, restaurantes, salas de fiesta y cafeterías; y más arriba, en la avenida Hamidiye donde se encontraban la oficina de correos y la sede

de la gobernación, una bandera otomana ondeaba por detrás de una hilera de árboles. Estas dos calles paralelas al mar estaban conectadas por la corta y empinada avenida Estambul, que aparecía salpicada aquí y allá por algunos viandantes. El mayor se sintió feliz de distinguir, aunque fuera de lejos, sus sombreros y sus feces. Desde que los vio en su última visita a la isla, aún seguían allí los carteles del Banco Otomano y de la compañía Thomas Cook. Ahora, sobre el tejado del Splendid Palas, habían colocado unas letras enormes con el nombre del hotel. Desde el puerto no se veía la casa familiar en la que transcurrió toda su infancia, pero sí que podía divisar el rechoncho minarete de la pequeña mezquita de Sofu Saim Pachá, en lo alto de la cuesta que desciende hasta el mercado.

El de Arkaz era un puerto natural con una forma de medialuna casi perfecta. Los cruzados construyeron su magnífico castillo sobre un imponente promontorio situado en la punta sudoeste de la medialuna, y durante un tiempo sirvió de ciudad y guarnición en sentido propio, igual que las fortalezas de Malta y Bodrum. Pero, a pesar del tamaño del castillo y de la forma natural del puerto, resultó imposible edificar un muelle en el que pudieran amarrar los grandes barcos más modernos. Durante los años dorados del comercio del mármol de Minguer, treinta años atrás, se instalaron algunos muelles provisionales para cargar la piedra en los buques que zarpaban diariamente hacia Esmirna, Marsella o Hamburgo, pero se quedaron pequeños para acoger los grandes barcos de pasajeros que vinieron después. En cualquier caso, siete años atrás se prohibió entrar al puerto a estas embarcaciones cada vez mayores, después de que un pequeño buque ruso intentara atracar en uno de esos viejos muelles y acabara chocando contra las rocas.

Como el resto de los grandes barcos de pasajeros, el Aziziye echó anclas con gran estrépito en las aguas de fuera del puerto y se dispuso a esperar. Aquel era el momento que, de niño, más le gustaba al mayor Kâmil. Con cada ferri, al que llamaban simplemente «el vapor», llegaban también a la isla el

correo, nuevos viajeros y nuevas historias, género nuevo para las tiendas y un sentimiento de expectación. En cuanto uno de aquellos barcos anclaba, un enjambre de barqueros y porteadores, a las órdenes de distintos capataces, se ponía inmediatamente en marcha para recoger a los pasajeros y sus equipajes y acercarlos al muelle. Cada capataz contaba con un equipo de remeros y porteadores que competían entre sí por transportar hasta la orilla a cuantos más pasajeros y equipajes pudieran y por ver quién conseguía más propinas.

En cuanto oían la sirena de un barco de pasajeros, Kâmil, hijo de Mahmut, y sus compañeros de la Escuela Secundaria Militar, así como otros muchos niños y adultos, bajaban al muelle para presenciar todo el revuelo que se armaba. Los chavales sabían de la competición entre los capataces y se apostaban ellos una galleta de almendra o un bollo de nueces y rosas del horno de Zofiri por ver qué barca sería la primera en llegar al vapor. A veces, las olas crecían y se hacían enormes y las barcas desaparecían de la vista, hasta que, para gran alivio general, volvían a remontar con la siguiente ola y seguían adelante en dirección al barco. Cuando llegaban de vuelta a la orilla, los parientes y familiares de los pasajeros, sus sirvientes y porteadores, se mezclaban con la gente que esperaba para tomar el mismo vapor y salir de la isla. Y, tras desembarcar, los recién llegados se veían inmediatamente abordados por empleados de hoteles, guías, porteadores, cocheros y todo el que deambulaba por allí, cogiendo sus maletas sin siquiera pedir permiso, y bandadas de carteristas y mendigos se abatían sobre ellos para ver qué podían sacarles, razón por la cual el gobernador Sami Pachá había ordenado que la policía se desplegara por el puerto cuando llegaba uno de aquellos barcos. Pero ni siquiera los agentes podían poner orden, y los tumultos y trifulcas continuaban sucediéndose en el muelle.

Mientras rememoraba todas aquellas escenas del pasado, el mayor Kâmil no le quitaba el ojo de encima a la princesa —que en ese momento, agarrada a su marido pero con actitud valerosa, descendía por la escalerilla por un costado del

Aziziye hacia el bote que les esperaba—, y se preguntaba si toda aquella muchedumbre, el polvo y el alboroto del muelle podrían agobiarla. Sin duda también habría montones de críos descarados haciendo tonterías para que los viajeros europeos y los árabes opulentos les lanzaran alguna moneda, y pensó que también podrían importunar a la princesa. Pero, a medida que se acercaban a la orilla, se dio cuenta de que en el muelle todo estaba sorprendentemente en orden, y comprendió que habrían preparado un recibimiento especial digno de la hija de un sultán.

El gobernador llevaba ya tres años sin salir de la isla, pero estaba al tanto de las habladurías de Estambul por los periódicos y por las afortunadas amistades que tenían la suerte de poder viajar, y, aunque con cierta tardanza, se enteraba de qué bajá había caído en desgracia por culpa de qué tontería, qué ministro se había ganado la estima de Abdülhamit por medio de qué argucia, con el hijo de quién iba a casar Su Majestad a la siguiente de sus hijas, de qué recelaba últimamente Abdülhamit y a quién había nombrado para qué embajada. También estaba al tanto, porque había leído en los periódicos la información oficial que se había difundido, que un mes antes Abdülhamit había casado con tres plebeyos de bajo rango a las tres hijas del anterior sultán, que padecía de «locura» y permanecía confinado desde hacía años en un pequeño palacete dentro del complejo de Çırağan. El gobernador también se había enterado de que el médico con el que se había casado la tercera hija de Murat V era al parecer un brillante médico especialista en cuarentenas.

El gobernador Sami Pachá quiso que la ceremonia de recibimiento fuera digna de la primera hija de un sultán que salía de Estambul, por lo que pidió al comandante de la guarnición que llevara al muelle su banda de música. La mayoría de los oficiales de la isla de Minguer eran soldados ya de cierta edad que ni siquiera sabían leer ni escribir. Tras el infausto Motín del Barco de Peregrinos, que estalló a raíz del fracaso en la aplicación de una cuarentena, Abdülhamit

trasladó desde Damasco hasta la guarnición de la isla a dos compañías de soldados que no hablaban turco. Dos años antes, un joven capitán que había sido desterrado a la isla por algún tipo de falta disciplinaria decidió formar, por puro aburrimiento, una banda de música como las de Estambul, aunque mucho más modesta. Más tarde fue perdonado y volvió a Estambul, pero un año después, por deseo expreso del gobernador, que se encontraba en plena organización de las ceremonias por el vigésimo quinto aniversario de la subida al trono del sultán, los ensayos de la banda continuaron con la supervisión de Andreas, el profesor de música de la Escuela Secundaria Rum.

Así pues, en cuanto Pakize Sultan y su marido pusieron el pie en la isla de Minguer, la banda comenzó a tocar la *Marcha Mecidiye* , compuesta en honor del padre del sultán, y después la *Marcha Hamidiye* , compuesta para celebrar el reinado de Abdülhamit. La música sirvió para animar un poco a toda aquella gente abatida por el miedo a la epidemia. Desocupados, curiosos y mozos de cuerda que habían bajado al muelle para ver llegar al barco, cocheros, tenderos, mercaderes y telegrafistas que seguían la ceremonia desde cierta distancia, y quienes observaban asomados desde sus ventanas y balcones, todos ellos encontraron un momento de alivio y regocijo en la música. En los jardines y las terrazas de los hoteles situados a lo largo del muelle y en la colina de por encima, europeos, turistas y algunos isleños acomodados se levantaron de sus asientos tratando de comprender qué era lo que pasaba. Entonces comenzó a sonar una tercera marcha. Se trataba de la *Marcha naval* , compuesta a muy corta edad por un prodigio de la música y el piano, el príncipe Burhanettin Efendi, que era el preferido de los ocho hijos de Abdülhamit y a quien el sultán quería siempre a su lado.

Después de varias décadas de paz y tranquilidad, la provincia de Minguer y su capital Arkaz se habían visto azotadas en los últimos dos años por una serie de violentos enfrentamientos, asesinatos y otras calamidades, por lo que los

rumores sobre la peste no habían hecho más que aumentar la desazón general. Al contemplar a las muchedumbres de cristianos y musulmanes que habían venido a escuchar las marchas, y al ver la expresión de mansedumbre y concentración en sus rostros, la conclusión del gobernador Sami Pachá fue optimista: la población veía que la escalada de las tensiones políticas en la isla buscaba provocar una guerra entre cristianos y musulmanes, como ya había ocurrido en otras islas mediterráneas del Imperio otomano, pero no era eso lo que el pueblo deseaba, sino que esperaba que el gobernador y las instituciones estatales hicieran algo para retomar el control de la situación.

Sami Pachá saludó al damat doctor Nuri en el muelle y se presentó. No estaba seguro de cómo debía comportarse ante la hija del anterior sultán sin despertar las suspicacias de su tío Abdülhamit, así que pensó que lo mejor sería observar cómo actuaba su marido y obrar en consecuencia.

Después de casarse con una princesa de la dinastía otomana, el doctor Nuri había aprendido rápidamente a abordar con naturalidad aquellas excesivas ceremonias oficiales y su interminable serie de agasajos y alabanzas. Mientras aún estaban bajando del bote que se balanceaba suavemente sobre las olas, no le sorprendió demasiado que comenzaran a sonar las marchas, pese a que tal tradición no existiera, ni tampoco la larguísima felicitación que le dedicó su excelencia el gobernador por su matrimonio. Al momento se vieron rodeados por un gran gentío, entre el cual se oía hablar en rum, francés, turco, árabe y minguerense. El gobernador les había preparado el mismo landó blindado que habían utilizado previamente Bonkowski Pachá y su ayudante, y les había asignado un nuevo equipo de protección formado por experimentados guardias para custodiar el paso del vehículo. Aquellos rudos y bigotudos escoltas llamaban inmediatamente la atención por su sola presencia, y mientras el landó abandonaba el puerto y subía por la avenida del Muelle, sus pasajeros observaban a los transeúntes tocados con sombrero o

con fez que se asomaban al interior del carruaje con curiosidad. A simple vista se sabía que cualquiera que fuese por la calle con sombrero y corbata debía de ser cristiano, algo que ocurría incluso en las ciudades más desarrolladas de todas las provincias otomanas, con la excepción de Esmirna, Tesalónica y Beirut. Este hecho lo conocía el doctor Nuri por su experimentada vida, pero su esposa lo comprendió al momento por pura intuición. Y ambos se dieron cuenta de que en la isla los musulmanes no se movían por aquellas avenidas ni por los alrededores de los hoteles, sino que debían de hacerlo por las calles traseras o por alguna otra parte. Pero el doctor Nuri ya veía la ciudad como un lugar que en breve tendría que luchar contra la enfermedad y donde se vivirían escenas de terrible devastación, aunque por el momento era algo que guardaba en secreto para sí.

A través de la ventanilla del landó, la pareja contemplaba con interés los edificios de estilo europeo de la avenida Estambul, los hoteles, las casas de comidas, las oficinas de las agencias de viajes y los grandes almacenes. La parte este de la avenida estaba flanqueada por negocios como tiendas de telas y ropa, zapaterías, mercerías, una librería (Medit, la única librería de Minguer, que disponía de libros en rum, francés y turco) y otros comercios que vendían menaje de cocina, muebles y tejidos traídos de Esmirna y Tesalónica. Para proteger sus escaparates del resplandor del sol, los tenderos habían bajado al máximo sus toldos de rayas multicolores. La pareja se sorprendió al descubrir el intenso verdor de los jardines, con sus palmeras, pinos, limoneros y tilos, y su gran variedad y riqueza de hierbas y plantas. El fragante aroma de las rosas azules, rosadas y moradas resultaba embriagador. Podían sentir el encanto de las estrechas callejas escalonadas que subían por los cerros retorciéndose entre las rocas, o que descendían hasta el arroyo y los rincones más umbríos de la ciudad. Estaban fascinados por las pequeñas iglesias y las mezquitas de solitario minarete que iban encontrando a su paso, por las casas de piedra cubierta de hiedra con ventanas

saledizas de madera, por los edificios venecianos con sus ventanas góticas, y por los arcos bizantinos de ladrillo rojo. Al ver a los ancianos somnolientos y a los apacibles gatos que, desde los umbrales y las ventanas de las casas, contemplaban la vida pasar, Pakize Sultan y su marido tuvieron la impresión de encontrarse en un mundo mucho más familiar que la China que habían imaginado. Pero también había una atmósfera como de cuento de hadas en todo lo que les rodeaba, instilada por la quietud de las calles, por lo pequeño que parecía todo y por el miedo a la epidemia.

Sami Pachá había ordenado preparar a toda prisa las habitaciones de invitados la sede de la gobernación. Asimismo, informó a los recién casados de que también había dispuesto otra residencia por si esta no era de su agrado. Pero alojarse tan cerca de las oficinas del gobernador y del Estado les transmitía una sensación de seguridad.

Construido siete años antes, en 1894, con fondos asignados personalmente por Abdülhamit en una época en que se hallaba enfrascado en la sangrienta represión de las revueltas guerrilleras armenias, la sede de la gobernación de la provincia de Minguer era un impresionante edificio de dos plantas, con columnas, arcos, ventanas en saledizo y balcones. Todos los que pasaban frente a él —ya fueran los adinerados señores rums ataviados con sombreros que iban de compras al centro de la ciudad, los que se habían quedado sin trabajo tras el cierre de las canteras de mármol de Minguer y ahora holgazaneaban por el muelle y por la avenida Hamidiye, o los pueblerinos que venían a Arkaz— quedaban impresionados ante su grandeza neoclásica. Al contemplar la elegante fachada con sus volutas y su profusión de ornamentos, el gran balcón convenientemente dispuesto para dirigirse a las multitudes, y las blancas escalinatas y columnas de su entrada, tenían la sensación de que el Estado otomano en descomposición aún conservaba gran parte de su fortaleza y apreciaban su sincero afán por parecer a la vez musulmán y moderno. Así pues, el gobernador Sami Pachá se mostró encantado al ver que la hija

de un sultán y su marido aceptaban instalarse en las habitaciones de invitados del edificio en el que él mismo tenía su residencia y sus dependencias oficiales.

Formada por dos estancias comunicadas que olían agradablemente —como percibió enseguida la princesa— a «jabón de rosas y madera», la residencia de invitados contaba también con un magnífico escritorio orientado al castillo y al puerto, con unas magníficas vistas de la ciudad. Aquello le recordó a Pakize Sultan el elegante papel de carta, los sobres y el delicado juego de plumas de plata que le había regalado su hermana mayor Hatice, y la promesa que le había hecho de escribirle después de los numerosos, conmovedores y felices acontecimientos que había vivido durante sus últimos días en Estambul.

—Mi pequeña Pakize, vas a partir rumbo a China, hacia lejanos mundos y tierras de ensueño, ¡quién sabe qué maravillas verás y qué experiencias tendrás! ¡Prométeme que me contarás todo cuanto veas y oigas! —dijo Hatice al despedirse de su amada hermana pequeña, mientras le entregaba el juego de escritura—. Verás que te he dejado dos resmas de papel para que me lo cuentes todo. ¡Pero, a cambio, tú tendrás que escribirle a tu hermana Hatice todos los días!

Pakize Sultan le hizo a su amada hermana la promesa de que le escribiría contándole todo lo que viera, oyera y sintiera. Luego se abrazaron y lloraron un poco.

11

El cuerpo de Bonkowski Pachá permanecía cubierto bajo montones de hielo traído desde la cocina, en un almacén situado dos plantas por debajo de la ventana ante la que estaba el escritorio donde en esos momentos Pakize Sultan redactaba sus cartas. Tras el asesinato, unos funcionarios llevaron primero el cadáver al hospital Theodoropoulos, pero cuando comprobaron que estaba totalmente ocupado por enfermos de peste, el gobernador emitió una segunda orden para que lo trasladaran a la sede de la gobernación y lo ocultaran allí. El gobernador deseaba un funeral multitudinario para el inspector jefe, pues así apaciguaría tanto a las facciones disidentes de la isla como a Abdülhamit y a la burocracia de Estambul, además de intimidar a los perpetradores del crimen.

El gobernador acudió a la plaza Hrisopolitissa en el momento en que tuvo noticia del suceso y quedó profundamente impresionado al ver el cadáver de Bonkowski Pachá maltratado con tanta crueldad, cubierto de sangre y con el rostro desfigurado e irreconocible, así que en cuanto volvió a su despacho comenzó a ordenar detenciones. En los dos días transcurridos hasta la llegada del damat doctor a la isla, ya había arrestado a cerca de veinte sospechosos de tres facciones diferentes.

En cumplimiento de las órdenes llegadas de Estambul, el gobernador convocó al damat Nuri y al director del servicio de inteligencia, Mazhar Efendi, para tratar de estos asuntos antes de que dieran comienzo las reuniones del Comité de Cuarentena.

—Estoy convencido de que este crimen es fruto de un complot —comenzó el gobernador—, y nos resultará imposible detener esta epidemia si no aclaramos antes la

muerte de Bonkowski Pachá y descubrimos y atrapamos a quienes estén detrás de su asesinato. Su Majestad es de la misma opinión, por lo que les ha encargado a ustedes la misión de trabajar en ambos frentes. De hecho, los cónsules no les tomarán en serio si no tienen en consideración el aspecto político del asunto.

—La mitad de nuestro trabajo en la organización de la cuarentena del Hiyaz fue de carácter político.

—Entonces empezamos a entendernos —repuso el gobernador—. Incluso lo que a simple vista parece que no tiene nada que ver con la política, puede ocultar bajo la superficie todo tipo de complots y oscuras intenciones. Si me lo permiten, déjenme explicarles el delicado problema que me cayó encima el primer día de llegar a la isla y ocupar este cargo hace ya cinco años.

»Por aquellos días, cada una de las cuadrillas de barqueros y porteadores que salían al encuentro de los barcos que venían al puerto trabajaba bajo la supervisión de una empresa naviera extranjera distinta. Por ejemplo, la compañía Lloyd's solo trabajaba con el capataz Aleko el Bigotudo, mientras que Pantaleon solo lo hacía con la cuadrilla de barqueros y porteadores de Kozma Efendi; y ambas navieras solo les daban trabajo a estos hombres. El representante de Thomas Cook, una de las compañías más importantes, era miembro de una de las familias rums más antiguas del lugar, los Theodoropoulos, por lo que solo trabajaban con el barquero Istepan Efendi y sus hombres.

»Al tiempo que actuaban como representantes de las compañías navieras, estos acaudalados rums ejercían también como vicecónsules de países extranjeros. El representante de la compañía Messageries Maritimes, el grecochipriota Andon Hampuri, era el cónsul de Francia, y aún lo es hoy día. El agente de la naviera Lloyd's, monsieur Franguli, rum de Creta, era el vicecónsul del Imperio austro-húngaro y de Alemania, y el delegado de la compañía Fraissinet, monsieur Takela, era el

de Italia. Aunque, por supuesto, todos insisten en que se dirijan a ellos con el más ostentoso título de "cónsul". Por aquel entonces, todos aquellos representantes de navieras despreciaban a los capataces musulmanes, los seyit, tachándolos de gente ruda e ignorante y aprovechando cualquier excusa para no darles trabajo ni a ellos ni a sus cuadrillas. La descarga de todos los barcos que arribaran al puerto, fueran de bandera otomana o no, debería haberse asignado a todos los barqueros y porteadores por igual. Pero los barqueros musulmanes trabajaban mucho menos y a veces se veían obligados a vender sus botes para poder subsistir. Cuando quise proteger a los porteadores musulmanes, comenzaron a enviar escritos a Su Majestad y al Palacio Imperial para intentar desacreditarme. Y publicaron en sus periódicos: "Cuando el Estado empieza a hacer distinciones entre sus ciudadanos basadas en la religión, y favorece a un grupo religioso frente a otros, el Imperio comienza a desmoronarse". ¿Comparten ustedes esta idea?

—Tal vez un poco, Excelencia… Todo es cuestión de medida.

—Pero ellos favorecen a los cristianos deliberadamente. ¿No resulta significativo que nuestro sultán no tomara en cuenta todas aquellas denuncias contra mí y me mantuviera en el cargo aquí, cuando a todos los gobernadores los cambian constantemente de destino? Por lo visto, Su Majestad encontró apropiado que en aquel incidente yo no cediera a la presión de los cónsules. Pues bien, está claro que el asesinato del químico jefe es una respuesta a todo aquello, y también al conocido como Incidente del Barco de Peregrinos.

»En mi opinión, detrás de este crimen se encuentran Ramiz, hermanastro del jeque Hamdullah, y Memo el Albanés, el esbirro que utiliza para asaltar y saquear los pueblos rums de la isla. Esa gente hará todo lo posible para señalar a los médicos cristianos como el enemigo y para provocar el conflicto entre cristianos y musulmanes. No se les ocurre pensar que, si estalla ese conflicto que buscan, la situación

para los musulmanes en la isla podría ser muchísimo peor. Estamos muy cerca de averiguar quién decidió el asesinato, a quién se lo encargaron y qué ideas tenían en esas cabezas huecas. Mazhar Efendi les hará hablar a todos ellos en la mazmorra y estoy seguro de que conseguirá que incriminen a otros también.

—Pero, excelencia, ¡usted ya ha decidido quiénes son los culpables!

—Su Majestad quiere que solucionemos esto inmediatamente. Cree que si no castigamos pronto a los que han planeado y ejecutado este acto deleznable, el Estado ofrecerá una imagen de debilidad y no se podrán aplicar las medidas de cuarentena.

—¡Pero es imperativo que arrestemos y condenemos a los verdaderos asesinos, o al menos a quienes lo planearon!

—¡Según mi lógica, los nacionalistas griegos no tienen nada que ver con este crimen! —exclamó el gobernador—. Ellos no quieren que la población rum de la isla muera por la peste, lo cual significa que habrían apoyado a Bonkowski Pachá para que acabara con la epidemia, y por eso nunca se les habría pasado por la cabeza matarlo. Usted es un médico joven y brillante que se ha ganado la confianza del sultán. Voy a hablarle sin rodeos por el bien supremo de nuestro país: Su Majestad el sultán envió primero a un químico cristiano. Y ahora está muerto. Eso pesa sobre mi conciencia. Después nos ha enviado a un médico musulmán. Yo, por mi parte, pondré especial cuidado en protegerlo y tomaré todas las precauciones necesarias para ello. Pero usted deberá escucharme con atención.

—Soy todo oídos, Excelencia.

—¡No solo deberá tener cuidado con los cónsules! Si cualquier periodista, ya sea rum o musulmán, se le acerca con alguna excusa (por ejemplo, mañana durante el funeral), deberá negarse rotundamente a concederle una entrevista. Los

periódicos que se publican en rum, todos sin excepción, actúan bajo las órdenes del cónsul de Grecia. En cuanto se produzca cualquier situación de inestabilidad, el objetivo último de los rums es recurrir a la ayuda de las potencias internacionales para apoderarse de la isla o, por lo menos, desmembrarla del Imperio otomano, como ya hizo en el caso de Creta. También publicarán bulos y falsedades. Y si yo los acusara de difundir noticias falsas y calumnias y les exigiera explicaciones, los cónsules enviarían inmediatamente telegramas de queja a sus embajadores en Estambul, quienes a su vez remitirían esas quejas a la Sublime Puerta y el Mabeyn. Entonces, la Sublime Puerta y el Mabeyn intentarían calmarlos un poco, pero luego me enviarían un mensaje cifrado diciendo: «Deja libre al periodista rum». Así que, aunque me decidiera a clausurar uno de sus periódicos, no pasaría mucho tiempo antes de que se volviera a publicar, tal vez con otro nombre pero con el mismo equipo y en la misma imprenta, y yo me vería obligado a hacer la vista gorda.

»Nuestra isla no es un lugar tan estricto como Tesalónica, Esmirna o Estambul. Mantengo buenas relaciones con esos periodistas, y cuando me cruzo por la calle con ellos después de haberlos soltado, les digo en broma: “Espero que te recuperes pronto”. Por supuesto, tenemos detectives e informadores en todos esos periódicos, incluyendo los que se publican en turco. Aun así, si surgiera el tema y oye a algún cónsul afirmar que los ortodoxos aquí son mayoría, ¡usted proteste! En nuestra isla hay aproximadamente el mismo número de cristianos y de musulmanes. De hecho, esa es la verdadera razón por la que el abuelo de su esposa, el difunto sultán Abdülmecit, decretó poco después del edicto del Tanzimat que la isla de Minguer se constituyera como una provincia separada, después de haber sido solo un modesto distrito de la provincia del Archipiélago. En todas las demás islas la proporción entre musulmanes y cristianos era de uno a diez, mientras que aquí es casi la misma. Y el motivo de esto reside en que nuestros antepasados cargaban barcos con los

miembros de las tribus rebeldes del Imperio y los seguidores de grupos religiosos insumisos, los traían a la isla y los desterraban a los valles y montañas del norte. Esta tradición de asentamientos forzosos, que se prolongó durante más de dos siglos y que se repitió a menudo con nuevas comunidades, es la que imprimió su sello distintivo a nuestra isla. Pero ingleses y franceses reclamaban que los otomanos pusieran fin a estas prácticas, así que el sultán Abdülmecit sorprendió a todo el mundo en 1852 con un decreto que cambió de la noche a la mañana el estatus de la isla. Por supuesto, los isleños se mostraron muy satisfechos de que su pequeño territorio se convirtiera en una provincia. Hay unos pocos más ortodoxos que musulmanes, pero eso resulta irrelevante, ya que las comunidades ortodoxas y católicas son nativas de Minguer y hablaron minguerense hasta la invasión bizantina. Todavía muchos lo hablan. La buena fortuna de nuestra isla es que la mayoría de la gente habla minguerense en sus casas, en el mercado, en todas partes, y que, como afirmó el arqueólogo Selim Sahir Bey cuando vino para extraer unas estatuas de una cueva, son descendientes directos de la antigua tribu de los minguerenses, un pueblo que se asentó aquí tras dejar hace miles de años su territorio de origen allá por el norte de lo que hoy conocemos como mar de Aral. Estoy convencido de que estos ortodoxos, que en sus casas hablan su propia lengua materna, no tienen excesivo afán por buscar cobijo bajo el ala griega. Los que sí me preocupan son las familias que hablan rum en casa y que aún preservan su identidad helénica desde los tiempos de Bizancio, así como esas nuevas generaciones de inmigrantes griegos llegados desde Atenas. En la actualidad, esas dos facciones conforman el mismo bando ideológico. Por otra parte, también tenemos algunos grupos de agitadores formados por cretenses e incluso por griegos, que han llegado a la isla en los últimos meses envalentonados por su éxito en Creta. Se han infiltrado en los pueblos rums del norte de la isla y han estado causando problemas allí, exigiendo que se les paguen a ellos los impuestos y no a los

recaudadores de Su Majestad. Mañana en el funeral se los señalaré uno a uno.

—Excelencia, ¿es cierto que también ha metido en la mazmorra al ayudante de Bonkowski Pachá, el doctor İlias, que cuando menos merece el mismo respeto que él?

—¡Hemos arrestado al doctor İlias y al farmacéutico Nikiforo Bey! —exclamó el gobernador—. Estoy totalmente convencido de su inocencia, pero Bonkowski Pachá mantuvo una larga conversación con el farmacéutico el día antes de su muerte. Eso es motivo suficiente para retenerlo.

—Si enoja a los rums, excelencia, tendremos muchos problemas incluso para decretar la cuarentena.

—El doctor İlias se encontraba junto a otros testigos cuando Bonkowski Pachá desapareció de repente de la oficina de correos. Él no puede ser el culpable. Pero está tan asustado que, si le dejáramos en libertad, saldría huyendo de inmediato a Estambul. Y es nuestro principal testigo. Si cayera en sus manos, también le asesinarían para que no testificase. Ya lo han amenazado para que no hable.

—¿Y quién lo ha amenazado?

El gobernador intercambió una significativa mirada con el director de inteligencia. Luego le explicó al damat doctor que la reunión de la cuarentena no se podría celebrar hasta el día siguiente, ya que los cónsules no estaban muy por la labor.

—Evidentemente, los ciudadanos otomanos no pueden ejercer como cónsules de otros países, así que en realidad todos ellos son vicecónsules, aunque no les hace ninguna gracia que los llame así. Esa panda de tenderos, impertinentes, presuntuosos e ignorantes, montaron un escándalo diciendo que todo esto de la epidemia era una tontería solo para fastidiarme.

El hospital Hamidiye, cuya inauguración se había programado para el año anterior con ocasión del vigésimo quinto aniversario de la subida al trono del sultán, se puso en

funcionamiento por orden del gobernador a pesar de no haber finalizado aún las obras y de contar con poco equipamiento. Luego, como de pasada, el gobernador les informó de que por la mañana pondrían en libertad al farmacéutico Nikiforo y al doctor İlias. Después, si así lo deseaba, el damat doctor podría ir a visitar a los pacientes acompañado por el doctor.

12

Pakize Sultan fue una de las primeras personas en la isla en rendirse a la evidencia de que, debido a la epidemia, resultaba peligroso salir a la calle. Y como ella no iba a salir de la sede de la gobernación, le rogó a su guardaespaldas, el mayor Kâmil, que no se separase de su marido. Al relatar, la salida del mayor al hegeliano «escenario de la historia» en la isla de Minguer, en ocasiones repetiremos y en otras corregiremos lo que aparece escrito en los libros de texto de la isla.

El mayor nació en 1870 y, por desgracia, tenía un rango inferior al que le correspondería por su edad. Terminó sus estudios en la Escuela Secundaria Militar de la ciudad, cuyas tejas rosáceas eran visibles desde el puerto. Se graduó el tercero de una clase de cincuenta y cuatro alumnos, por lo que lo admitieron en la Academia Militar de Esmirna. Un verano, al regresar a la isla, se enteró de que su padre había fallecido. (Desde entonces, siempre que llegaba a la isla lo primero que hacía era visitar la tumba de su padre). Cuando volvió dos años más tarde, se encontró con que su madre se había vuelto a casar, esta vez con el gordo y superficial Hazım Bey, que le cayó tan mal que los dos siguientes veranos los pasó en Estambul, hasta que su nuevo padrastro también falleció. En su primera visita después de eso, su madre le hizo jurar que regresaría a la isla todos los veranos. No había obtenido ningún mérito militar de importancia hasta la guerra con Grecia, cuatro años atrás, en la que recibió una medalla. La madre había esperado que su hijo llegara a principios del verano, por lo que, al verlo cruzar de pronto el patio trasero y entrar por la puerta de la cocina, al principio se sobresaltó, pero entonces, al ver la medalla, se echó a llorar.

Cuando no estaba en la sede de la gobernación o acompañando al damat doctor, el mayor Kâmil pasaba la

mayor parte del tiempo libre en casa con su madre o paseando por las calles de su infancia. En su primer día en la ciudad, su madre le puso al día de todos los cotilleos del último año, y le explicó quién se iba a casar con quién y por qué. Mientras le contaba todas estas historias, entre unas cosas y otras le iba preguntando a su hijo si ya se había decidido a contraer matrimonio o no.

—¡Yo ya me he decidido! —exclamó finalmente el mayor —. Pero ¿hay alguna chica apropiada?

—¡Claro que la hay! —repuso su madre—. Pero, como es lógico, ella te tiene que conocer primero para ver si le gustas o no.

—¡Naturalmente! ¿Quién es?

—¡Qué solo debes de estar, cariño! —dijo Satiye Hanım al ver el ansia que había puesto su hijo en su pregunta, así que se sentó a su lado y le dio un beso.

Si le hubieran preguntado diez años atrás acerca de la posibilidad de un matrimonio concertado, el mayor se habría mostrado totalmente contrario a la idea. Como muchos de sus compañeros oficiales, cuando se graduó en la Academia Militar era un idealista y se oponía a que las mujeres se cubrieran excesivamente la cabeza y el rostro (al estilo árabe). Y detestaba a esos *hajjis* terratenientes con cuatro esposas o a los viejos ricachones que se casaban con jovencitas. Al igual que otros muchos jóvenes oficiales, él también creía que el rápido debilitamiento del Imperio otomano frente a Occidente, tras siglos de dominio militar, radicaba en unas tradiciones retrógradas y perniciosas. En esta manera de pensar relativamente europea influía sin duda el hecho de ser minguerense y mediterráneo, así como su cercanía con la cultura de los cristianos ortodoxos. En la Academia Militar también había leído las declaraciones de los grupos estudiantes revolucionarios contra el sultán. Se leyó en una noche la famosa biografía de Napoleón que circulaba de mano en mano, y comprendió —y en ocasiones comulgó con ellos— lo

que querían decir los héroes de la Revolución francesa cuando clamaban exigiendo «liberté, égalité, fraternité».

Pero, después de las muchas noches que se sucedieron entre soledad y alcohol en las remotas ciudades de provincias a las que lo destinaban, y en los momentos más deprimentes y dolorosos en los que se consumía sin remedio por abrazar a una mujer y hacer el amor, había dejado de lado algunos de esos altos ideales. Y, antes de los veinticinco, como muchos otros oficiales, comenzó a prestar oídos a propuestas del tipo «Hay una viuda que te conviene, muy formal».

De hecho, a raíz de una de esas recomendaciones, y sin que su madre se enterara, a los veintitrés años se casó en Mosul con una viuda árabe que solo chapurreaba el turco y que era doce años mayor que él. Fue uno de aquellos matrimonios que los oficiales y los funcionarios, cuando dejan una ciudad, saben que olvidarán con solo pronunciar tres veces «Me divorcio». La mujer, más experimentada y madura, también era consciente de ello. Así que el mayor no se sintió demasiado culpable cuando partió hacia su nuevo destino en Estambul y se divorció de aquella belleza árabe, aunque en los años que seguirían echó mucho de menos los enormes ojos de Ayşe, sus dulces e inquisitivas miradas y el placer de abrazar su firme y hermoso cuerpo.

Por aquellos años, los militares y funcionarios solteros y solitarios que eran enviados a provincias o a una nueva guarnición procuraban enterarse cuanto antes de dónde se encontraban las mujeres disponibles, cuidarse mucho de no contraer sífilis o gonorrea, y establecer buenas relaciones con los médicos locales. Oficiales del ejército, representantes gubernamentales y funcionarios recién destinados a provincias que solo soñaban con regresar lo antes posible a Estambul se encontraban y reconocían rápidamente. La burocracia otomana era como una nación aparte de funcionarios itinerantes que transitaban de ciudad en ciudad, y el matrimonio constituía una solución para este universo de soledad. Al margen del tema del matrimonio, el mayor también sentía cómo esa

sensación de profunda soledad se acrecentaba al ser testigo de las injusticias, negligencias e infamias que se daban (y se daban muchas) en el vasto territorio otomano. Su misión, y la de otros muchos como él, era mantener a flote la nave del Estado, pero la nave hacía aguas y parecía casi imposible evitar su hundimiento. Y en cuanto esto sucediera, serían súbditos como ellos los que sufrirían más con la nueva situación. Por esa razón, muchos militares y funcionarios ni siquiera alcanzaban a imaginar el final del Imperio otomano, del mismo modo que no podían mirar el gran mapa de sus antiguos territorios.

Una solución para aquellos soldados era encontrar algún tipo de felicidad individual, pero el mayor Kâmil había conocido a muy pocos oficiales que hubieran sido felices en sus matrimonios mientras tenían que trasladarse continuamente de Oriente a Occidente, de continente en continente y de guerra en guerra. Aun así, soñaba a menudo con encontrar una compañera con la que compartir su vida (aunque fueran infelices juntos), hacer el amor y charlar de forma abierta y amable sobre cualquier cosa, como solían hacer su padre y su madre.

Durante un buen rato, madre e hijo permanecieron sentados juntos en el diván sin decir nada. Los cuervos se posaban en los árboles del jardín y volvían a alzar el vuelo con su algarabía. (Como habían hecho desde que el mayor Kâmil era un niño). Cuando él volvió a decir que iba en serio con lo del matrimonio, su madre le explicó que la chica que había pensado presentarle era Zeynep, la hija del carcelero que había fallecido cinco días antes.

Satiye Hanım solía describir a todas las jóvenes casaderas como «¡muy bonita!», por lo que al principio su hijo no se tomó muy en serio todos los elogios que su madre dedicaba a la candidata. Pero cada vez que iba a casa, la mujer lo recibía con una nueva historia sobre Zeynep, así que empezó a mostrarse cada vez más interesado.

Tras escuchar las historias de su madre, el mayor Kâmil dejaba volar la imaginación leyendo un viejo libro al que regresaba una y otra vez cuando volvía a la isla en verano: *La Revolución francesa y la Libertad* , de Mizancı Murat, un ejemplar impreso en turco en Ginebra y enviado de forma clandestina a Estambul. Sabía que el que lo pillasen con un libro como aquel le arruinaría la vida, por lo que nunca lo sacaba de la isla ni compartía con nadie las ideas que contenía.

13

Mientras se encaminaba a la estación de cuarentenas de Minguer por las estrechas callejas de Arkaz a bordo del landó blindado del gobernador, el doctor Nuri no se sentía como si estuvieran al principio de una epidemia de peste, sino como si fuera un día normal y corriente en una ciudad de provincias. Oía el gorjeo de las aves en los jardines de tapias bajas que flanqueaban la cuesta que bajaba hasta el mar, percibía el olor a laurel y anís, y contemplaba admirado las enormes sombras proyectadas por unos árboles tan grandes como nunca había visto en ninguna otra ciudad otomana.

El doctor Nuri llevaba más de diez años trabajando para la Dirección Otomana de Cuarentenas. Durante todo ese tiempo lo habían enviado a sofocar brotes epidémicos a provincias, ciudades y pequeños pueblos, a menudo a semanas de distancia entre ellos. En realidad, la tarea de detectar un brote en las provincias y enviar la alerta a Estambul correspondía a las organizaciones locales de cuarentenas. Pero las más de las veces, esta apremiante e importante labor no la llevaban a cabo los funcionarios de las cuarentenas, sino los médicos rums que atendían a los enfermos en sus consultas privadas o en los pequeños hospitales, clínicas y farmacias locales. Y eso ocurría porque los miembros de las organizaciones de cuarentenas eran empleados públicos y sabían la enorme carga de responsabilidad que supondría notificar cualquier cosa que no agradara a Estambul, por lo que preferían no darse mucha prisa.

Pero el doctor Nikos, director de la Dirección de Cuarentenas de Minguer, dependiente de la administración provincial y de las oficinas centrales de Estambul, demostró poseer la tenacidad y el sentido de urgencia necesarios y fue el primero en avisar de la epidemia. A pesar de la indiferencia

inicial del gobernador, el doctor continuó enviando una serie de telegramas a Estambul alertando con insistencia de la situación, y que provocaron que Bonkowski Pachá fuera finalmente enviado a Minguer. En cuanto se informó al gobernador acerca de estos telegramas del director de cuarentenas, del que recelaba porque era griego de Creta, decidió que se trataba de un nacionalista que actuaba secretamente en favor de los intereses de Grecia y que estaba exagerando un brote de diarrea estival para demostrar la incompetencia del Estado otomano.

Cuando el doctor Nikos, un tipo de cierta edad, con barbas de chivo y ligeramente encorvado, se acercó a la puerta del landó para recibirlo, el doctor Nuri lo reconoció al momento.

—Nos conocimos hace nueve años, cuando todos los soldados de la guarnición de Sinope se infestaron de piojos —le dijo sonriendo—. Y también coincidimos hace siete años durante el brote de cólera en Üsküdar…

El director de cuarentenas respondió al saludo del damat doctor con una exagerada reverencia. Luego entraron y se sentaron en una sala pintada de blanco con el techo abovedado.

—Antes de venir aquí —explicó el doctor Nikos— ejercí como médico y ocupé el cargo de director de cuarentenas en Tesalónica y en Creta. No soy nacido en Minguer, no hablo minguerense y no ha habido manera de que lo aprenda, pero todo esto me gusta mucho.

La Dirección de Sanidad de Minguer era un pequeño edificio gótico de piedra de más de cuatrocientos años de antigüedad, que se remontaba a la época veneciana. Se construyó originalmente como una réplica del palacio Ducal de Venecia. Y en los siglos XVII y XVIII , durante los primeros tiempos de dominación otomana, se utilizó como rudimentario hospital militar.

—¿Y cómo es que no fue capaz de aprender minguerense?

—La verdad, no pude hacer gran cosa… No conseguí encontrar un profesor. El director de inteligencia ficha como nacionalista a todos los que se interesan por este idioma… El minguerense es una lengua antigua y primitiva, y también bastante difícil de aprender.

Se quedaron en silencio. Al damat Nuri lo impresionó lo limpios y ordenados que estaban los ficheros y los armarios allí. Señaló que eran las estaciones de cuarentenas más pulcras que había visto.

El director de cuarentenas le correspondió mostrándole el pequeño jardín botánico que su predecesor, un doctor de Edirne, había plantado en el patio trasero en sus ratos de ocio. Sonrió al recordar los felices días en que no había epidemias ni calamidades, cuando él y su ordenanza se dedicaban a regar los macetones de tamarindos y palmeras enanas y datileras, y utilizaban una jarra de pitorro fino para regar los florecientes jacintos, mimosas y azucenas. A continuación sacó de los archivadores perfectamente ordenados varias carpetas de cartón. Con la meticulosidad de un verdadero burócrata otomano, tenía clasificadas por materias todas las viejas cartas y telegramas enviados de Minguer a Estambul, más que nada porque no había tenido mucho más que hacer durante los dos últimos años. Aquella muestra de minuciosidad y perseverancia impresionó al doctor Nuri, que había visto el paupérrimo y lastimoso estado en que se encontraban muchas de las dependencias de salud pública provinciales a lo largo y ancho del Imperio, y enseguida se puso a leer —como si estuviera ojeando las cuartetas de un largo poema épico— algunos informes escritos en francés que informaban acerca de todos los casos de muerte sospechosa ocurridos en Arkaz y los demás pueblos y aldeas de la isla de Minguer en los últimos treinta años, todos los fallecimientos cuya causa no se hubiera podido esclarecer, las enfermedades y epidemias del ganado, y el estado sanitario general en la provincia.

La primera vez que se aplicaron medidas de cuarentena en el Imperio otomano fue durante la epidemia de cólera que

azotó Estambul setenta años atrás, en 1831. La reacción de la población musulmana contra los reconocimientos médicos a las mujeres y contra medidas preventivas como los enterramientos en cal viva provocó que se divulgaran rumores infundados y estallaran conflictos y tumultos. En 1838, el occidentalizador sultán Mahmut II consiguió que el Şeyhülislam, la máxima autoridad religiosa del Imperio, emitiera una fetua declarando que la cuarentena era compatible con los preceptos del islam, y que se publicó en el periódico oficial del Estado, el *Takvim-i Vakayi* , junto con un artículo sobre los beneficios de las medidas contra la epidemia. Por último, el sultán hizo venir un buen número de médicos de Europa. También constituyó un comité junto a los embajadores occidentales destinados a Estambul para que le asesorasen sobre las reformas que estaba emprendiendo. Este primer comité, con sede en Estambul y formado en su mayoría por burócratas y médicos rums, se convirtió en la primera Dirección de Cuarentenas del Estado Otomano, es decir, en su primer Ministerio de Sanidad. Bajo la supervisión de este comité, se establecieron delegaciones en todas las provincias del Imperio, especialmente en las que poseían puertos de mar, y así, durante los siguientes setenta años, se instituyó toda una burocracia de cuarentenas.

El doctor Nuri tenía la suficiente experiencia como para reconocer en el venerable doctor Nikos a un funcionario del que esta burocracia se sentiría orgullosa. Fue al grano sin más preliminares:

—¿Quién piensa usted que está detrás del asesinato?

—A Bonkowski Pachá lo asesinó alguien que conocía la historia del doctor Jean-Pierre —respondió cautelosamente el director de cuarentenas. Resultaba evidente que ya había reflexionado sobre ese asunto y que tenía preparada su respuesta—. Quien lo hizo quería que la gente pensara: «Lo han matado esos musulmanes atrasados que están en contra de la cuarentena».

Todos los médicos de la administración otomana de cuarentenas, fueran cristianos, judíos o musulmanes, conocían la historia del doctor Jean-Pierre. Tuvo lugar unos cincuenta años atrás y trataba sobre lo que jamás debe hacer un médico de cuarentenas, cristiano o judío, durante una epidemia en un barrio musulmán: en 1842 se produjo un brote de peste en Amasya y el joven sultán Abdülmecit envió a aquella ciudad de provincias a un famoso médico de París para que aplicara los modernos procedimientos de cuarentenas que su padre, el sultán Mahmut II, había importado de Europa. El doctor Jean-Pierre era un joven francés que leía con pasión a Voltaire y Diderot y que se mostraba escéptico respecto a la religión. Ignorando las risitas y bromas irónicas de los funcionarios musulmanes que lo acompañaban, les explica que, si dejaban aparte los prejuicios y actuaban sobre la única base de la lógica y la razón, pronto comprenderían que todos los seres humanos eran iguales y se regían por las mismas creencias y emociones fundamentales. Siempre se sorprendía al oír a la gente protestar gritando «¡Queremos un médico musulmán!» cuando el gobernador y los funcionarios trataban de implantar medidas de prevención, pero no dejaba que eso le desalentara.

«¡La ciencia y la medicina ya no pertenecen ni a cristianos ni a musulmanes!», proclamaba y pontificaba, al tiempo que insistía en examinar también a las mujeres enfermas.

Para entonces los cristianos y los ricos de Amasya habían abandonado la ciudad, los comercios y las panaderías habían cerrado, y los furiosos y hambrientos musulmanes que quedaban no le abrían sus casas ni le dejaban ver a sus enfermos. A medida que la enfermedad se propagaba, el doctor Jean-Pierre no tuvo más remedio que recurrir a la ayuda de soldados para echar abajo las puertas de las viviendas, separar por la fuerza a los niños de sus madres, colocar guardias delante de las casas sospechosas de estar infectadas para aislar en su interior a las familias, enterrar a las víctimas sin miramientos en cal viva, y hacer que arrestaran a los que no respetaban las medidas. Hacía oídos sordos a las quejas de

los musulmanes alegando que actuaba bajo las órdenes y con expresa autorización del sultán Abdülmecit. Al final, una noche lluviosa, cuando caminaba por un barrio de los alrededores de Amasya, desapareció de repente, como si se hubiera esfumado o se lo hubiese tragado la tierra.

Todos los especialistas en cuarentenas sabían que al doctor Jean-Pierre lo mataron aquella noche, pero cuando contaban esta historia se sonreían unos a otros con amargura, como si cupiera aún la posibilidad de que aquel médico idealista pudiera reaparecer algún día.

—Desde entonces, ningún especialista en cuarentenas cristiano que trabaje en territorio otomano se aventura a visitar enfermos en los barrios musulmanes sin llevar consigo un revólver —sentenció el doctor Nikos.

—¿No hay ningún médico musulmán en la isla? —preguntó el damat doctor.

—Había dos. Uno se volvió a Estambul hace dos años cuando se convenció de que el hospital Hamidiye no se terminaría nunca. Si le hubieran encontrado una chica en la isla para casarse con ella, aún seguiría aquí. El otro, Ferit Bey, debe de estar ahora en el hospital Hamidiye.

Como tantas otras instituciones bienintencionadas y de inspiración europea establecidas durante el último siglo en el Imperio otomano con objeto de solucionar alguna cuestión de interés público, y que pronto se revelaban incapaces de resolver nada, también la Dirección de Cuarentenas había devenido en parte del problema. Las direcciones provinciales comenzaron a contratar a gran cantidad de personal, como administrativos, guardias u ordenanzas, pero estos funcionarios públicos, e incluso los médicos locales de la organización, no tardaron en quejarse de que les pagaban tarde y mal, y estos últimos empezaron a saltarse las normas para atender en privado a los pacientes en farmacias y herboristerías, y a aceptar otros trabajos para poder subsistir.

En 1901, el Estado otomano contaba con 273 médicos, funcionarios civiles, la mayoría de los cuales eran rums ortodoxos. Eso implicaba que faltaban facultativos, especialmente en las zonas de mayoría musulmana, y los pocos que había no estaban dispuestos a afrontar una tarea como la de luchar contra una epidemia, que requería valentía, abnegación, e incluso heroísmo. Casi no había médicos musulmanes experimentados que fueran a los barrios más pobres y convencieran a los musulmanes devotos y cargados de prejuicios contra la cuarentena de que dejaran enterrar a sus fallecidos en cal y de que permitieran reconocer a sus esposas e hijas. De hecho, todo el que entraba a trabajar para esa organización con sesenta y cinco años ya de historia comprendía enseguida que lo primero y más importante que el sultán y el Ministerio de Asuntos Exteriores esperaba de ellos no era que detuvieran un brote de cólera, sino que supieran detener los rumores sobre la epidemia. Y, debido al papel que desempeñaba en la esfera de la política internacional, desde sus comienzos la Dirección de Cuarentenas dependió directamente del Ministerio de Asuntos Exteriores.

—¡En Minguer ha habido tres grandes epidemias de cólera! —dijo el director de cuarentenas como queriendo cambiar de tema—. En 1838, en 1867 y otra más leve en el verano de 1886. Como nuestra isla está cada vez más apartada de las rutas comerciales, Minguer no ha sufrido ninguna epidemia durante los últimos diez años, pero, precisamente por ese motivo, Estambul se ha olvidado de nosotros. No importa las veces que les escribamos, el Ministerio de Sanidad no se encarga de suplir nuestra falta de personal. Al final mandan un telegrama anunciando la inminente llegada de «el joven médico musulmán, Fulano Bey», y nosotros corremos al muelle plenos de alegría, pero del ferri de Messageries no sale nadie. Porque el señor doctor destinado a nuestra isla ha renunciado y se ha quedado en Estambul, o ha conseguido que en el último momento revoquen el traslado gracias a sus conocidos en la corte o a sus amigos del Mabeyn.

—Tiene usted razón —repuso el doctor Nuri—. Pero el sultán finalmente ha enviado a un médico musulmán a su isla que sí ha bajado del barco, y ahora aquí estoy, a su servicio.

—No se lo va a creer, pero no tenemos dinero ni para cal clorada para desinfectar —prosiguió el doctor Nikos—. O bien le pido al gobernador que interceda ante el comandante de la guarnición para suministrarnos los productos y medicamentos que necesitamos, o bien tenemos que subir los impuestos establecidos para la cuarentena y somos *nosotros* los que tenemos que conseguir el material con cargo a nuestro propio presupuesto.

De acuerdo con la legislación internacional, las direcciones locales de cuarentenas tenían derecho a cobrar una tasa por sus servicios a los barcos y los pasajeros que llegaban a su demarcación. La lógica de la cuarentena —una palabra derivada de la expresión italiana «cuarenta días»— consistía en aislar a los enfermos para que no contagiaran a otros. A lo largo de los siglos, la experiencia con las diferentes epidemias en el Mediterráneo y en Europa permitió rebajar los cuarenta días a unas dos semanas, y más tarde, dependiendo del tipo y la ubicación de la enfermedad, incluso menos. En los últimos cuarenta años, a raíz de los descubrimientos sobre los microbios llevados a cabo por el médico francés Pasteur, los procedimientos para las cuarentenas han seguido evolucionando. Las normas para distinguir entre puertos limpios o contaminados se han ido modificando continuamente, al igual que las regulaciones para el transporte de mercancías y pasajeros, los criterios para determinar qué barcos debían enarbolar la bandera amarilla para indicar que estaban «infectados», el número de días de aislamiento o los impuestos que se debían pagar por la cuarentena.

A pesar de toda esta exhaustiva reglamentación, los especialistas en cuarentenas que subían a bordo de los barcos para inspeccionarlos disponían de cierta autonomía en sus decisiones. Así pues, un experto como el doctor Nikos podría subir escoltado por militares a un barco de pasajeros con

bandera alemana de la compañía Lloyd's y, a cambio de una mordida, hacer la vista gorda ante un enfermo con fiebre, posibilitando que el barco no retrase cinco días o una semana su llegada a Estambul y salvando así a un comerciante de la bancarrota. O bien todo lo contrario: podría redactar un informe describiendo la leve sospecha de que todos los pasajeros del barco que se aproxima al puerto, e incluso su cargamento, son portadores de una enfermedad epidémica, provocando así la ruina de un montón de tenderos.

Del mismo modo, a una simple señal suya, un experto en cuarentenas podría hacer que un peregrino que ha emprendido un *hach* de dos meses de duración lleno de penalidades y para el que ha estado ahorrando durante años e incluso ha vendido su casa, se vea apartado del resto de sus compañeros de viaje, y luego obligarlo a desembarcar, meterlo en una tienda de campaña en un campo de aislamiento e impedir que cumpliera con su peregrinación, haciendo oídos sordos a todas sus protestas, amenazas, llantos y ataques de ira. El doctor Nuri también había visto cómo algunos directores de cuarentenas destinados en remotos pueblos costeros a veces utilizaban su poder para vengarse de la miserable vida que llevaban, controlando y atemorizando a los ricos del lugar e incluso penalizando a los comerciantes más prósperos. El abuso de ese poder era también lo que impedía subsistir a muchos médicos de cuarentenas.

El damat doctor, en lugar de preguntarle al doctor Nikos cuándo fue la última vez que cobró su sueldo, que era lo que estaba pensando en esos momentos, adoptó ese aire de superioridad propio de los gobernadores ante los médicos y funcionarios que se quejan de la falta de recursos y de la insolvencia de las instituciones estatales.

—En el Hiyaz, cuando nos quedábamos sin cal para desinfectar los retretes y las cloacas, nos las apañábamos echando polvo de carbón.

—¿Es ese un método apropiado en nuestros días? —preguntó el doctor Nikos—. Yo prefiero usar cal clorada, a ser posible diluida en una proporción de veinte o treinta partes a una, en vez de diez.

—¿De qué dispone aquí que pueda servir como solución desinfectante?

—La gente de Minguer llama «vitriolo de Chipre» al vitriolo azul. Yo lo he estado guardando, así que tenemos algo de sulfato de cobre. Seguro que el farmacéutico Nikiforo también tiene. Pero no es suficiente para combatir una epidemia. También contamos con algo de fenol y calomelanos, lo que en Estambul denominan «sublimado blanco». Entre los musulmanes de aquí, su comprensión sobre los microbios y epidemias no va más allá de lavar sus monedas con vinagre. Como mucho, aceptarían un sahumerio de azufre y salitre. En los barrios de Çite y de Bayırlar queman esas varitas inútiles como si reverenciaran un amuleto bendecido por Su Santidad el Şeyh. Vamos a necesitar una gran cantidad de solución desinfectante.

—Los hombres que tengan que rociarla por toda la ciudad y los médicos que tengan que entrar en los barrios musulmanes van a tenerlo muy difícil, sobre todo después del asesinato de Bonkowski Pachá —dijo el damat doctor, ansioso por retomar el tema más acuciante.

—Yo asistí a algunas de las conferencias de química orgánica e inorgánica de Bonkowski Bey en la Escuela de Medicina. Lo nombraron inspector jefe de sanidad cuando yo estaba en Líbano, y desde entonces su reputación como gran sabio no hizo más que crecer. ¡Que un hombre así haya sido asesinado de esa manera…! Así que, cuando vaya a visitar a los pacientes, no crea que le bastará con decir «Soy musulmán»; asegúrese de llevar consigo a un guardaespaldas, como ese mayor suyo.

—No se preocupe, tendré cuidado. Pero si el objetivo es el *sabotage* de la cuarentena, usted también deberá tenerlo.

¿Puedo preguntarle quién es esa persona tan malintencionada de la que debemos cuidarnos?

—El gobernador hizo bien en encerrar rápidamente a Ramiz, el hermanastro del jeque Hamdullah. De todos los jefes de los tekke de la isla, es a este al que más teme el gobernador, algo de lo cual Ramiz se ha estado aprovechando. En mi opinión, quien mató al pobre Bonkowski Pachá sabía que iban a acusar a Ramiz del asesinato.

—Aun así, en todo este asunto también ha intervenido el azar: seguramente habrá oído que Bonkowski Pachá se escapó de la oficina de correos a la vista de todo el mundo y por propia voluntad. Esto no podría haberlo previsto ni Ramiz ni ningún otro.

—Tal vez, pero entonces, quien lo hubiera visto por casualidad después de escaparse también podría haber pensado que, si lo mataba, culparían igualmente a los musulmanes. Porque en nuestra isla también hay médicos rums que, en ocasiones, ni siquiera se dignan hablar en turco con los musulmanes.

—Los musulmanes tienen todo el derecho a quejarse de los médicos cristianos, sobre todo de aquellos que se muestran especialmente secos, groseros y despectivos —observó prudentemente el doctor Nuri—. Pero hace un momento ha mencionado que los musulmanes pueden oponerse a veces a las medidas de la cuarentena por pura ignorancia.

—Pueden hacerlo y de hecho lo hacen. Pero aunque protestan también le temen a la peste, así que buscan el consejo de alguien de confianza que los ayude a evitar los contagios. No obstante, hay un inmenso trecho entre quejarse de las medidas, y quejarse hasta el punto de llegar a matar a alguien. Bonkowski Pachá y su ayudante el doctor İlias fueron a esos barrios solo para examinar y tratar a los pacientes. No les acompañó ni un solo soldado para echar abajo las puertas e irrumpir por la fuerza en las casas. Bonkowski Pachá no le hizo daño a ningún musulmán. ¿Por qué iban a matarle los

musulmanes? ¿O por qué deberíamos dar por sentado que fue un musulmán quien lo mató? ¡Pero ya puedo adelantarle yo cuál va a ser el resultado de cualquier investigación seria!

—¿Y cuál será?

—No conozco el nombre del asesino… Pero se trata de un desalmado que quiere ver al pueblo de Minguer aniquilado y olvidado. Yo amo a los minguerenses. Y no soporto verles sufrir un destino que no se merecen.

—¿Diría usted que los minguerenses constituyen una nación? —preguntó el damat Nuri.

—Si el director de inteligencia se enterara de que me ha preguntado algo así, le metería en la mazmorra y le ataría al potro de tortura para hacerle hablar —respondió el director de cuarentenas—. Es cierto que algunos isleños siguen hablando ese antiguo idioma en sus casas, pero son tan pocos que casi podrían contarse con los dedos de la mano.

14

Al regresar a sus dependencias en la sede de la gobernación, el damat doctor se encontró en la puerta con el mayor Kâmil, que salía hacia la oficina de correos para enviar la primera carta que Pakize Sultan acababa de escribir y sellar.

Esa noche, marido y mujer cenaron solos por primera vez desde que se casaron. El cocinero les había dejado una bandeja con un sencillo ágape a base de *börek* y yogur. Ambos se sentían un poco inquietos por lo duro de la situación, preocupados ante la posibilidad de haberse contagiado y por las trampas para ratas que había por toda la habitación. Eran conscientes de que los relajados y placenteros días tras su boda se habían terminado. Todavía quedaba algo de luz en el recinto de la sede de la gobernación, en la avenida Hamidiye y en los alrededores de los hoteles y el puerto, donde las farolas de queroseno permanecían encendidas más o menos hasta las diez. Más tarde, cuando las calles ya se habían sumido en la oscuridad, se acercaron a la ventana para contemplar la mágica ciudad de Arkaz y oír el suave batir de las olas sobre la orilla, el murmullo de los erizos correteando furtivamente por el jardín y el canto de las cigarras.

Al día siguiente, el damat doctor fue a la oficina de cuarentenas para reunirse con el doctor İlias, a quien habían puesto en libertad esa misma mañana.

—Bonkowski Pachá era como un padre para mí… —dijo su antiguo asistente—. Que me hayan encerrado en la mazmorra como sospechoso, como si yo pudiera ser responsable de su asesinato, habrá dado pie a todo tipo de rumores y malentendidos. ¿Cómo es que no han pensado en eso?

—¡Pero ya lo han liberado!

—Seguro que lo han publicado en los periódicos de Estambul. Debo regresar de inmediato para limpiar mi nombre. ¿Se habrá enterado Su Majestad de que me han arrestado?

Antes de ocupar el puesto de asistente de Bonkowski Pachá, el estambulita doctor İlias había sido un médico normal a quien nadie le prestaba demasiada atención. Pero después de comenzar a trabajar con el inspector jefe de sanidad y recorrer con él todos los rincones del Imperio, había empezado a hacerse un nombre y a escribir artículos para los periódicos sobre epidemias, higiene y salud. Además, cobraba un buen sueldo. Hacía cinco años había contraído matrimonio con Despina, la hija pequeña de una familia rum bastante adinerada de Estambul. Y, por sugerencia de Bonkowski Pachá, Abdülhamit le había concedido la medalla Mecidiye. Pero el brutal asesinato de su maestro había acabado de golpe con su vida plena de aventuras, honores y felicidad.

El damat doctor cayó entonces en la cuenta de que el doctor İlias habría estado en presencia del sultán en muchas ocasiones junto a Bonkowski Pachá, seguramente más veces que él mismo. (Pese a estar casado con su sobrina, él solo había visto al sultán en tres ocasiones).

—Es deseo de Su Majestad que permanezca usted en la isla y nos ayude a averiguar quién está detrás de este diabólico acto.

Esa misma tarde, alguien le envió una nota anónima al doctor İlias diciendo que él era el siguiente en la lista.

—No me cabe la menor duda de que esto es obra de esos comerciantes oportunistas que están en contra de la cuarentena —afirmó el gobernador.

Luego, para tranquilizar al aterrorizado doctor İlias, hizo que lo trasladaran desde el desvencijado edificio en el que aún se alojaba y al que le habían enviado el anónimo para instalarlo en las dependencias para invitados anexas a la

guarnición militar. El lugar estaba lleno de trampas para ratas y por tanto algo más protegido contra la peste, y además allí estaría fuera del alcance de posibles asesinos.

Ese día, siguiendo el plan del gobernador y el director de cuarentenas, el doctor Nuri y el doctor İlias tomaron el landó para visitar en primer lugar los hospitales. Había dos en el centro de la ciudad: el pequeño y poco equipado hospital Hamidiye, aún no inaugurado oficialmente y al que acudían los militares y las élites musulmanas, y el hospital Theodoropoulos, fundado por la comunidad rum de la isla. Equipado con treinta camas, este hospital fue construido gracias al dinero aportado por la familia de Stratis Theodoropoulos, un rum de Esmirna que se enriqueció durante los años dorados del comercio del mármol de Minguer. Al igual que el Hamidiye, el hospital Theodoropoulos era utilizado también como refugio para pobres, desamparados y desposeídos, y era considerado por los isleños como un lugar apacible e incluso agradable gracias a su fragante jardín de limoneros y a sus magníficas vistas del castillo. A medida que la enfermedad se extendía, el hospital también había comenzado a atender a musulmanes que carecían de medios para acudir a un médico privado y no tenían otro sitio adonde ir.

El doctor Nuri, el mayor Kâmil y los hombres del gobernador que les acompañaban encontraron mucha agitación en el hospital. Una tensa multitud esperaba a la entrada. Cuando tres días atrás aumentó considerablemente el número de enfermos, la sala más grande del hospital se dividió en dos mitades con una mampara para separar a los afectados por la peste del resto de los pacientes. La parte de los apestados no había dejado de expandirse, y con la llegada de los enfermos de ese día estaba prácticamente congestionada. Los demás pacientes no podían evitar el desasosiego al oír a los contagiados delirar entre sueños, sus vómitos, sus intermitentes gritos por los terribles dolores de cabeza, y el extraño estado de locura que se adueñaba de ellos antes de que

les abandonaran las fuerzas y, finalmente, murieran. A lo largo de la semana anterior, la mayoría de los indigentes, los pobres y los viejos ya se habían marchado a algún otro lugar. El anciano director del hospital, el doctor Mihailis, les contó que ya habían comenzado las peleas por las camas entre las familias de los enfermos con afecciones corrientes, como asma o enfermedades cardiacas, y las víctimas más aterradas y angustiadas de la peste.

Tras darles una cordial bienvenida a los doctores Nuri e İlias, el doctor Mihailis les confesó que hasta el último momento no creyó que se tratara de la peste. Había aguardado los primeros resultados de microscopía del laboratorio, y mientras tanto se había preocupado solo por los síntomas compatibles con el cólera, como fiebre, vómitos, alteración del pulso, cansancio o debilidad. Con un destello de aventura y fatalidad en la mirada, le contó al doctor Nuri que había estado en Izmit durante la epidemia de cólera de hacía siete años. Trabajaba con extrema seriedad, pero había algo en su rostro que parecía decir: «¡No se preocupe, encontraremos una solución para esto!», lo cual alentaba a los pacientes e incluso daba confianza de los enfermos de peste, que era a él a quien llamaban a gritos y a quien le mostraban los hinchados bultos repletos de pus de sus cuellos, axilas e ingles. Aquel día se encontraba también en la sala el doctor Alexandros, un joven y ceñudo médico de Tesalónica.

Este informó al doctor Nuri de que el anciano que dormía todo el tiempo y que comenzaba a gemir y llorar en cuanto se despertaba unos minutos era un pescador que había acudido al hospital dos días antes (el barrio y el muelle de los Pescadores estaba situado cerca del embarcadero utilizado durante los días del comercio del mármol de Minguer). Por su parte, el celador de la sala le explicó que la anciana semiinconsciente que agonizaba en silencio no era la esposa sino la hermana del hombre con ojos llorosos sentado a su lado, que no había dejado de vomitar desde que llegó y que el día anterior, como muchos otros pacientes, había estado delirando todo el tiempo.

Todos los enfermos presentaban fiebre alta y delirios. Un paciente que trabajaba de mozo de cuerda en el puerto trató de levantarse de la cama, pero no podía caminar en condiciones y, tras un par de pasos trastabillantes, volvió a caer de espaldas sobre la cama. El doctor İlias dedicó mucho tiempo a este paciente tan luchador, señalándole el paisaje que se veía desde la ventana y las infantiles agujas del castillo para tratar de reavivar su optimismo, sus ganas de vivir y sus ansias de aire puro.

Todos los enfermos parecían tener los ojos inyectados en sangre y sufrían extrañas convulsiones y dolores de cabeza insoportables. Algunos experimentaban paranoia, terrores irracionales y ansiedad, mientras que otros mostraban episodios compulsivos como girar continuamente la cabeza a derecha e izquierda (por ejemplo, el funcionario de aduanas sentado junto a la ventana) o realizaban súbitos e infructuosos intentos de levantarse de la cama (como el maestro alfarero de ojos llorosos propietario de una tienda en la avenida Hamidiye). La mayoría de los enfermos presentaban un forúnculo, un absceso como del tamaño de medio meñique —lo que los europeos llamaban un «bubón»— en el cuello, detrás de las orejas, en la axila o en la ingle. Pero el damat doctor había oído comentar a otros médicos que también se daban casos de pacientes que, sin tener bultos ni hematomas de ningún tipo, entraban en un estado febril, somnoliento y letárgico, hasta que de golpe caían muertos (o mejoraban).

Un paciente demacrado y extremadamente escuálido (fabricante de tejas, al parecer) tenía la boca tan seca que apenas podía hablar y tartamudeaba de forma compulsiva. Algunos enfermos se quejaban vociferantes de sus diversas aflicciones, y el doctor Nuri se esforzaba por entender qué les pasaba. Punzar los abscesos y drenar su contenido tranquilizaba temporalmente a los pacientes y les ayudaba a recuperar fuerzas. De hecho todos los enfermos, incluso aquellos que no lo necesitaban, querían que les aplicaran esa técnica, aunque en realidad tampoco suponía la curación.

Durante sus ataques y delirios, los pacientes se aferraban de tal forma a las sábanas manchadas de sudor y vómito que parecían fundirse con su piel. Los quejidos, los gritos agonizantes y los hondos suspiros de agotamiento se confundían a veces en un sordo rumor. Uno de los motivos por los que a menudo los médicos confundían la peste con el cólera era la sed constante que aquejaba a algunos pacientes. El vapor del agua que hervía en grandes calderos a las puertas del hospital se mezclaba con el zumbido reverberante y la atmósfera de muerte que reinaba allí dentro.

Durante su estancia en el Hiyaz, el doctor Nuri había sido testigo de la indigencia e ignorancia de los peregrinos provenientes de la India, Java y el resto de Asia, así como de la manera en que los ingleses los trataban como si no fueran seres humanos, y se había sentido culpable por tener una buena formación y un buen dominio del francés. Ahora su sentimiento de culpabilidad procedía del hecho no poder ofrecer más que una mentira piadosa a aquellos pacientes conscientes de haber contraído una enfermedad mortal, y de saber que todo empeoraría aún más en los días venideros.

A continuación se dirigieron al hospital Hamidiye, donde la situación era la misma. El damat doctor quedó conmovido por la manera en que el doctor İlias dejaba a un lado su dolor y su miedo para examinar a todos y cada uno de los enfermos y escuchar atentamente sus quejas y aflicciones.

—Pero esto no va a durar mucho —dijo el doctor İlias cuando los dos se quedaron a solas—. También a mí me van a matar. ¡Por favor, no se olvide de que Su Majestad desea que regrese a Estambul lo antes posible!

A bordo del landó camino de la farmacia de Nikiforo, y con el mayor y los hombres del gobernador guardándoles las espaldas, el damat doctor y el doctor İlias pidieron al cochero que aminorara la marcha para poder comprobar la atmósfera que reinaba en las calles. Con cierta exasperación, les asombró descubrir que la vida al estilo europeo en la zona de los hoteles

y en las cuestas que bajaban hasta el puerto seguía como de costumbre. Resultaba inquietante ver lo tranquilos y relajados que estaban aquellos minguerenses, sentados en los cafés y restaurantes o en los sillones de las barberías, riendo y bromeando y haciendo planes para sus negocios o para salir a pescar. En el barrio de Vavla, al ver a los chiquillos correteando alegres y con los pies descalzos por las polvorientas e irregulares callejas que bajaban hasta el mar, el damat doctor tuvo la impresión de encontrarse en una lejana y calurosa ciudad de Oriente.

Al llegar a la farmacia, Nikiforo les comunicó inmediatamente que no le debía ningún dinero al químico jefe —que en paz descanse— procedente de las empresas que habían compartido a raíz de la concesión real.

—En su opinión, ¿quién podría haber sacado algún provecho de la muerte de Bonkowski Pachá? —le preguntó directamente el doctor Nuri.

—No todos los asesinatos se cometen para obtener un beneficio. Algunos se cometen por una injusticia o por desesperación, y en ocasiones una persona se puede convertir en asesino por casualidad, de un momento a otro, sin haberlo planeado siquiera. Los habitantes de los pueblos de Çifteler y Nebiler y los seguidores del tekke de los Terkapçılar, a los que el gobernador Sami Pachá encarceló tras el Incidente del Barco de Peregrinos, odian a los médicos y a los oficiales de cuarentenas. Cualquiera de ellos podría haber venido a la ciudad para vender huevos o cualquier otra cosa, haberse encontrado por casualidad a Bonkowski Pachá por las calles de Vavla y llevárselo a rastras. Yo le sugerí a mi querido amigo que se acercase a los barrios de Germe y Vavla para comprobar cómo estaba la situación. Ellos lo sabían, claro, y por eso arrojaron su cuerpo aquí cerca, para hacerme parecer sospechoso.

—¡De hecho es usted sospechoso! —exclamó el doctor Nuri.

—Pero esto es una conspiración —protestó el farmacéutico volviéndose hacia el doctor İlias.

—Yo le advertí a Bonkowski Pachá de que no fuera solo a esos barrios —dijo el doctor İlias—. Pero en cada ciudad a la que íbamos a investigar un brote epidémico, si no se quedaba satisfecho con el recorrido que el gobernador nos hacía por el centro urbano o con lo que nos mostraba el director de cuarentenas, Bonkowski Pachá se iba a explorar un poco por su cuenta.

—¿Por qué?

—Nadie quiere una cuarentena: ni los gobernadores, ni los jefes de distrito, ni los comerciantes, ni los ricos. Nadie quiere aceptar que la placentera vida a la que están acostumbrados pueda terminarse de repente, no digamos ya aceptar que ellos mismos puedan morir. Rechazarán cualquier indicio que pueda alterar su tranquilidad, negarán las muertes e incluso se enfadarán con los fallecidos. Pero cuando ven aparecer al famoso inspector jefe de sanidad Bonkowski Pachá y a su ayudante, en ese momento caen en la cuenta de que Estambul ya se ha percatado de la gravedad de la situación. Sin embargo, eso no ha ocurrido aquí. Aquí no nos han dejado reunirnos con nadie.

—Esa fue una medida de precaución en la que insistió mucho Su Majestad nuestro sultán —aclaró el doctor Nuri.

—Precisamente esa medida era lo que más preocupaba a Bonkowski Pachá cuando desembarcó en secreto desde el Aziziye en plena noche hace cinco días —dijo el farmacéutico Nikiforo—. Va a ser una tarea muy difícil preparar para una cuarentena a toda una isla que esconde a sus fallecidos y niega la epidemia. Y más cuando tenemos que luchar también con fuerzas dispuestas a eliminar a los expertos en cuarentenas. Estamos todos en lo cierto al temer otro asesinato.

—¡No se preocupen! —exclamó el doctor Nuri.

Le molestaban e incluso avergonzaban los temores del farmacéutico Nikiforo y del doctor İlias. Acababa de comprender que el motivo por el que los dos rums estaban más asustados por los recientes acontecimientos que los musulmanes radicaba, precisamente, en el hecho de que eran cristianos. Y puesto que esta obra es, al fin y al cabo, un libro de historia, en este punto no vemos inconveniente en adelantar algunos acontecimientos futuros: conforme vayan acercándose al final del relato, nuestros lectores descubrirán que, por desgracia, lo que intuía el damat doctor Nuri acabaría haciéndose realidad, y el farmacéutico Nikiforo, el pintor de Estambul y el doctor İlias serían asesinados por razones políticas.

A medida que explicaba las particularidades de los productos que iba colocando en una cesta de regalo, el farmacéutico Nikiforo le iba mostrando al doctor Nuri los emblemas de las botellas de La Rose du Minguère y La Rose du Levant, y fue llevando la conversación —tal como había planeado desde el principio— hacia el amigo de juventud de Bonkowski Pachá, el pintor armenio Osgan Kalemciyan, y hacia la tela que confiscó el gobernador.

—¡El gobernador malinterpretó el significado de ese trozo de tela y pensó que era una bandera! —dijo.

A su regreso de la farmacia, los médicos fueron a ver al gobernador a su despacho y Sami Pachá afirmó secamente que devolvería la banderola publicitaria al farmacéutico Nikiforo en cuanto se reuniera el Comité de Cuarentena. El encuentro acabó de manera precipitada cuando el gobernador fue informado de la repentina muerte de uno de los secretarios municipales.

Esa tarde se celebró el funeral por Bonkowski Pachá en la pequeña y elegante iglesia de San Antonio. A pesar de los telegramas de condolencia del sultán y de las necrológicas y panegíricos aparecidos en la prensa de Estambul, los periodistas rums no acudieron y resultó ser una ceremonia

bastante modesta. La familia del inspector jefe de sanidad asesinado tampoco pudo asistir a causa de la epidemia. Aparte de unos pocos ancianos de la comunidad católica, el otro único doliente en la iglesia era el hijo de un antiguo oficial polaco que se pasó más tarde al ejército otomano y cuyo hijo vivía ahora en Minguer. Pero era el doctor İlias, que se quedó llorando fuera en el patio de la iglesia junto a la tumba rodeada de rosas rojas, el más desconsolado y afligido de todos.

15

En este punto, para que se entiendan mejor nuestra historia y nuestro relato, retrocederemos tres años hasta el conocido como el Motín del Barco de los Peregrinos, un incidente que todavía ocasionaba muchos problemas políticos y gran desazón personal al gobernador.

En la década de 1890, el cólera se estaba extendiendo desde la India al resto del mundo a través de los barcos de peregrinos que llegaban hasta La Meca y Medina. Una de las medidas que tomaron las Grandes Potencias para detener la epidemia fue imponer una cuarentena de diez días a los barcos de peregrinos a su regreso a sus países de origen. Los imperios que tenían posesiones en países musulmanes se mostraron especialmente insistentes sobre la necesidad de esta segunda cuarentena. Los franceses, por ejemplo, que no se fiaban de las medidas de cuarentena aplicadas por las autoridades otomanas en el Hiyaz, obligaban a los pasajeros que volvían del *hach* a bordo del Persépolis de Messageries Maritimes a realizar una última cuarentena al llegar a la Argelia francesa, antes de poder regresar a sus pueblos y ciudades.

Esta medida de prevención también empezaron a aplicarla los otomanos, ya que tampoco confiaban en la seguridad de su propia Dirección de Cuarentenas en el Hiyaz. El Comité de Cuarentenas de Estambul no tardó en imponer con carácter obligatorio en todo el Imperio esta «cuarentena preventiva» a todos los barcos que transportaran peregrinos, enarbolaran o no la bandera amarilla y tuvieran o no un pasajero enfermo a bordo.

Se trataba de un viaje tan largo y lleno de penalidades, en el que moría tanta gente durante la travesía, que muchos de los peregrinos que regresaban sanos y salvos a sus países se

rebelaban ante la idea de que los pusieran en cuarentena otros diez días. En ocasiones había que recurrir a los militares, y en muchos lugares los médicos tenían que pedir ayuda a la policía. En puertos remotos o islas pequeñas como Minguer, donde los equipamientos e instalaciones para cuarentenas eran muy viejos o insuficientes para contener a los peregrinos que regresaban a sus pueblos, las autoridades alquilaban a toda prisa lo que hubiera a mano, barcos desvencijados o barcazas, como lugares de espera y aislamiento. En Quíos, Kuşadası o Tesalónica, remolcaban estos barcos hasta una bahía alejada o los anclaban junto a algún terreno baldío, donde instalaban un campamento para alojarlos en tiendas de campaña militares.

Desesperados por volver a sus casas, los peregrinos protestaban mucho por esta segunda cuarentena. Algunos de los que habían logrado sobrevivir a las penalidades del viaje acababan muriendo durante estos últimos diez días. Estallaban peleas y discusiones entre los peregrinos y los médicos rums, armenios o judíos que iban a examinarlos. Y lo más exasperante de todo era que, no solo la cuarentena era obligatoria, sino que además debían pagar un impuesto por ella. Algunos de los peregrinos más acaudalados y astutos sobornaban a los médicos para saltarse la cuarentena, lo que a la postre enfurecía a los demás.

Tres años atrás, una serie de torpezas cometidas en la isla de Minguer condujo a un incidente que, entre los muchos similares que se daban a lo largo y ancho del Estado otomano, se reveló como el más infausto de todos y supuso el mayor estallido de ira popular en contra de una cuarentena. El Persia, un buque de bandera inglesa procedente del Hiyaz, no entró en el puerto de Arkaz cumpliendo una orden telegrafiada desde Estambul. Se transfirió a cuarenta y siete peregrinos a una destartalada barcaza provista por el director de cuarentenas Nikos, quien navegó hasta una de las pequeñas bahías del norte de la isla y allí echó el ancla. Esta bahía, aislada y rodeada por precipicios y montañas rocosas infranqueables, constituía una cárcel natural para los peregrinos, y por tanto un

lugar adecuado para el aislamiento. Pero esa misma orografía abrupta y montañosa dificultaba la provisión de comida, agua limpia y medicinas a los peregrinos.

Una fuerte tormenta provocó que se retrasara la instalación del campamento que debía acoger a los médicos que examinarían a los peregrinos, a los soldados que los ayudarían, y en el que se almacenarían los suministros sanitarios. Tras cinco días de tempestad, zarandeados por el violento oleaje y sin comida ni bebida, los peregrinos minguerenses se encontraban en una situación lamentable. Y, tras la tormenta, sufrieron los rigores de un calor asfixiante. Se trataba de un grupo de hombres barbados de mediana edad, propietarios de pequeñas granjas y olivares, que en su mayoría nunca habían salido de la isla. También había entre ellos algunos jóvenes píos, igualmente con barbas, que habían hecho la peregrinación para ayudar a sus padres y abuelos. Casi todos provenían de Çifteler y Nebiler, pueblos de las montañas del norte de la isla.

Al cabo de tres días estalló un brote de cólera en la abarrotada barcaza. Los exhaustos y agotados peregrinos comenzaron a morir a razón de uno o dos al día. Debilitados por el viaje, no les quedaban fuerzas para resistir a la enfermedad. Pero, aunque el número de muertos aumentaba cada día que pasaba, los funcionarios y los médicos que los habían arrastrado a la fuerza hasta allí y los habían abandonado a su suerte seguían sin aparecer, lo cual acabó exasperando incluso a los peregrinos de más edad.

Los dos médicos rums que finalmente llegaron al campamento de cuarentena tras un viaje de tres días cruzando las montañas a lomos de caballo tampoco mostraron excesiva prisa por acercarse en un bote a la barcaza infestada de microbios para reconocer a los furiosos peregrinos. Intuían que aquel lugar sería un nido de suciedad y contagio. Algunos peregrinos no alcanzaban a comprender por qué los retenían allí, aunque en el fondo sabían que se estaban muriendo. Y, a las puertas de la muerte, lo último que querían aquellos

hombres ya mayores y exhaustos era que unos médicos cristianos con sus perillas y sus extravagantes gafas los rociaran con lisol y otros líquidos. En cualquier caso, después de haber sido transportadas a caballo por las montañas, las bombas pulverizadoras se estropearon el primer día. También comenzaron a surgir peleas y discusiones entre los mismos peregrinos. Unos decían «Arrojemos los cadáveres al mar» y otros se oponían alegando que «¡Son de nuestra familia, son mártires, debemos enterrarlos en el pueblo!», y consumían discutiendo las pocas fuerzas que les quedaban.

Hacia el final de la primera semana, con el brote epidémico todavía expandiéndose y con los cadáveres arrojados al mar convertidos en pasto de los pájaros y los peces, el motín estalló en la barcaza.

Los furiosos peregrinos agarraron a los dos soldados enviados para vigilarlos y los lanzaron por la borda. Uno de los soldados —que no sabía nadar, como los propios peregrinos (y como la gran mayoría de la población musulmana predominante en el Imperio)— murió ahogado, por lo que el gobernador Sami Pachá y el comandante de la guarnición emprendieron una acción de castigo desproporcionada.

Mientras tanto, los peregrinos más jóvenes habían conseguido levar anclas, pero, en vez de chocar contra las rocas, la decrépita barcaza se adentró en el mar bandeando a izquierda y derecha como si estuviera borracha. Después de pasarse medio día a merced de las corrientes, la embarcación se estrelló finalmente contra las rocas de otra cala situada más al oeste. Con la nave ahora encallada y haciendo aguas, a los extenuados peregrinos les resultó muy difícil recoger sus equipajes y regalos para abandonar la barcaza y salir huyendo hacia sus pueblos. De haber sido así, tal vez se habría olvidado todo el incidente, incluso la muerte del soldado. Pero los peregrinos no escaparon del lugar del naufragio: se agolparon en el hediondo barco cada vez más infestado de cadáveres y azotado por las olas, al parecer incapaces de desprenderse de

sus pertenencias, con los regalos y las botellas de agua de zemzem portadora del cólera.

Poco después, el batallón de gendarmes enviado por el gobernador Sami Pachá para seguir desde tierra el rumbo del barco tomó posiciones detrás de las rocas y en lo alto de los acantilados, y su comandante conminó a los peregrinos a que se rindieran, a que cumplieran las normas de la cuarentena, permanecieran a bordo y no saltaran a tierra.

Aún hoy resulta difícil afirmar si esas advertencias fueron escuchadas. Porque los peregrinos eran presa del pánico: todos ellos estaban convencidos de que los someterían de nuevo a cuarentena y que esta vez significaría una muerte segura. En su mente, la «cuarentena» era una diabólica artimaña europea pensada para castigar a unos peregrinos totalmente sanos, matarlos y quedarse con todo su dinero.

Al final, algunos peregrinos que aún conservaban algo de fuerza y raciocinio comprendieron que, si se quedaban en el barco sitiado, morirían uno a uno, así que emprendieron una fuga desesperada.

Mientras trataban de escapar saltando entre las rocas y trepando por caminos de cabras, los soldados se asustaron y comenzaron a abrir fuego. Disparaban frenéticamente, como si estuvieran rechazando a un ejército enemigo que intentara invadir la isla de Minguer. Algunos de ellos pensaban en sus compañeros que habían sido arrojados al mar para morir. Transcurrieron al menos diez minutos antes de que los soldados se calmaran y bajaran las armas. Muchos peregrinos fueron alcanzados. A algunos les dispararon por la espalda. Pero otros corrieron directamente hacia los soldados otomanos que les disparaban en su propia isla; se descubrían el torso como guerreros patriotas ante el fuego de las ametralladoras.

El gobernador Sami Pachá prohibió a la prensa que publicara noticia alguna sobre estos hechos, e incluso que se hiciera la menor alusión a ellos, por lo que a fecha de hoy seguimos sin disponer de información precisa acerca de

cuántos peregrinos fueron abatidos aquel día y cuántos consiguieron regresar a sus pueblos.

A la luz de su responsabilidad en aquel histórico acontecimiento, el gobernador ya no pudo librarse del repudio, el desprecio y la reputación de crueldad que lo acompañó desde entonces. Había esperado que Abdülhamit lo castigara de algún modo, pero fue al viejo comandante de la guarnición y a sus soldados a quienes se castigó y envió al exilio. Sami Pachá soñó varias veces con una figura de barba blanca que intentaba hablarle, decirle: «¿Dónde está tu conciencia, gran gobernador?», pero el hombre de su sueño nunca conseguía hablar. Cuando se le criticaba a la cara, respondía que la decisión de enviar soldados contra los peregrinos para proteger la isla del cólera había sido la correcta, añadiendo que su conciencia no le permitía simpatizar con unos bandidos que habían secuestrado un barco del Estado y habían matado a un soldado, pero recalcando siempre que él no había ordenado disparar contra los peregrinos, y que todo había sido un error que debía achacarse a la inexperiencia de los soldados.

El gobernador Sami Pachá decidió que su mejor defensa sería esperar a que todo el asunto se olvidase. Para ello se aseguró especialmente de que no apareciese ninguna noticia del incidente en los periódicos, y durante un tiempo lo consiguió. Durante ese periodo, el gobernador se esforzaba en sugerir que los muertos durante el *hach* serían considerados «mártires», tal como estipulan los preceptos del islam, y que no había más alto honor que ese. Cuando los familiares de los fallecidos acudían a Arkaz para reclamar una reparación económica, los recibía en su despacho y, tras decirles que «quienes saborean el elixir del martirio tienen reservado un lugar especial en el paraíso», les aseguraba que haría todo cuanto estuviera en su mano para que sus demandas prosperaran, pero que no debían hablar con los periodistas rums ni darle demasiado bombo al asunto.

Una vez que se olvidaron un poco los hechos, Sami Pachá dio paso discretamente a la segunda fase de su plan: envió a

sus gendarmes a los pueblos a arrestar a los diez peregrinos a quienes consideraba los cabecillas del motín, los encerró en la mazmorra del castillo y, en un arranque de brutal despotismo, les dijo que iban a rendir cuentas por el soldado que murió y por el barco del que se apropiaron. Asimismo, rechazó todas las demandas de compensación interpuestas por los familiares de los peregrinos muertos.

A partir de entonces, el resentimiento que todo aquello generó fue alimentando un movimiento de resistencia de tintes religiosos contra el gobernador, que tenía su foco en Çifteler y Nebiler, de donde procedía la mayoría de los peregrinos. Estos pueblos y el tekke de los Terkapçılar daban apoyo a Memo, el bandido que en los dos últimos años había estado sembrando el terror por los pueblos rums del norte de la isla. Se sospechaba que detrás de este tekke se encontraba el jeque Hamdullah, líder de la tarika Halifiye, la más poderosa de la isla.

Para poner las cosas aún más difíciles al gobernador, los periodistas partidarios de la causa nacionalista griega volvían a sacar cada dos por tres el tema a fin de sembrar cizaña entre la administración musulmana y la población de la isla. Por ejemplo, en una entrevista que el gobernador concedió a un periódico rum con el que mantenía buenas relaciones, el *Neo Nisi* , mencionó a unos peregrinos que habían financiado la construcción de unas fuentes en sus pueblos, y utilizó la expresión «peregrinos pobres» para referirse a ellos, lo cual fue utilizado en su contra. En realidad, nadie habría prestado atención a esas palabras. Pero el periodista rum Manolis escribió un artículo con afán polemista afirmando que los peregrinos no eran pobres; más bien al contrario, los musulmanes acomodados de la isla estaban siguiendo la moda de vender todas sus posesiones para emprender el *hach* , y muchos de ellos enfermaban y morían durante el viaje. Sin embargo, teniendo en cuenta que el nivel educativo de los musulmanes era mucho más bajo que el de los ortodoxos, ¿no habría sido más sensato que los musulmanes ricos de los

pueblos de la isla hubieran reunido todo ese dinero para levantar una escuela secundaria, o, cuando menos, lo utilizaran para reparar los minaretes de las mezquitas de sus barrios, en vez de malgastarlo tontamente en desiertos lejanos y en barcos ingleses?

De hecho, el gobernador Sami Pachá compartía la postura de anteponer las escuelas a las mezquitas, pero al leer el artículo sintió que la rabia casi le ahogaba.

Le enfadó el tono condescendiente de Manolis al referirse a los musulmanes, pero el verdadero motivo de su ira fue que de nuevo un periodista rum estaba calentando y poniendo sobre el tapete el tema del Motín del Barco de los Peregrinos, un asunto que había esperado que se olvidara con el tiempo.

16

A primera hora del día en que debía reunirse el Comité de Cuarentena, el doctor Nuri fue al hospital Hamidiye, a cuyas puertas encontró a una familia musulmana discutiendo con un funcionario al que él ya conocía de la sede de la gobernación. Y, gracias a su intervención, el enfermo —un herrador— consiguió una cama que había quedado libre en el abarrotado pabellón.

El número de enfermos que acudían a los hospitales se había duplicado en los últimos tres días. En la columna de «causa de la muerte», donde los médicos escribían antes «difteria» o «tosferina», ahora ponían «peste».

En la segunda planta, las camas adicionales traídas desde los barracones militares dos días atrás ya estaban casi todas ocupadas. El doctor İlias y el único médico musulmán de la isla, el doctor Ferit Bey, se afanaban de cama en cama drenando los bubones de los enfermos y limpiando las heridas.

Un joven reconoció al doctor Nuri y lo llamó para que se acercara a la cama de su madre. Pero la anciana, sudorosa por la fiebre y los delirios, ni siquiera fue consciente de la presencia del médico. El doctor Nuri abrió la ventana, y se preguntó —al igual que la mayoría de los médicos que trabajaban con enfermos de peste— si ese gesto proporcionaría algún beneficio a la mujer. En su heroica lucha por aliviar el sufrimiento, algunos médicos establecían un contacto muy estrecho con sus pacientes.

En cada pabellón había un puesto provisto con solución desinfectante, y los médicos, que se frotaban regularmente las manos con ese líquido, se encontraban allí y hablaban entre ellos. En una de esas ocasiones, el doctor Ferit le mostró al

doctor Nuri un recipiente lleno de vinagre y, con un esbozo de sonrisa, le confesó:

—Sé que esto no surte ningún efecto, ¡y aun así lo utilizo!

También le contó que la noche anterior el joven médico tesalonicense Alexandros había empezado a tener fiebre y a sufrir temblores, así que lo mandó a su casa y le insistió en que, si por la mañana aún tenía fiebre, no fuese al hospital.

El doctor Nuri ya había comprobado en el hospital Theodoropulos la total entrega del joven doctor Alexandros hacia sus pacientes y su acercamiento físico sin temor alguno.

—Los médicos y los celadores saben cómo tratar con el cólera, pero ignoran cómo protegerse de la peste —dijo el doctor İlias—. Si un enfermo de peste te tose en la cara, ya estás contagiado. Es imperativo que demos a los médicos algunas normas estrictas al respecto.

Aún quedaba tiempo antes de la reunión del comité, y, de nuevo en el landó blindado, cruzaron la ciudad en dirección al hospital Theodoropoulos, ubicado en el barrio de Hora, y sin necesidad de decir palabra comprendieron, por la gente que veían deambular en un silencio aturdido y por la expresión de inquietud en sus rostros, que debía de haber muchos más enfermos y fallecidos en aquellas callejas. El miedo a la muerte se adueñaba poco a poco de la ciudad, pero aún no había estallado el «pánico» del que ambos médicos habían sido testigos en otras graves epidemias. El horno de Zofiri, célebre por sus pastas de almendra y sus *çöreks* de rosas y nueces, estaba vacío. Pero el propietario de un restaurante, un tal Dimosteni, estaba sentado en el sillón de mimbre del barbero Panayot para su habitual afeitado matutino.

Las casas de comidas, comercios y cafeterías de la avenida y la plaza Hamidiye también tenían abiertas sus puertas. Cerca ya de la plaza, vieron a un niño de pelo oscuro llorando a lágrima viva en un jardín que daba a una callejuela y, un poco

más allá, a un grupo de mujeres sentadas y abrazadas entre sí en lo que parecía ser una visita para dar las condolencias.

Ambos médicos quedaron sobrecogidos por la muchedumbre que se agolpaba a la entrada del hospital Theodoropoulos. Estaba claro que la epidemia se había extendido más rápidamente de lo que pensaban; además, el asesinato de Bonkowski Pachá y el hecho de que el Sultán hubiera enviado rápidamente a otra persona para encargarse del asunto de la cuarentena habían acabado convenciendo a todos de que se trataba en efecto de la peste.

El doctor Nuri observó que reinaba un gran caos en los pabellones, totalmente desorganizados y llenos de nuevos enfermos. Los pacientes a quienes había visto dos días atrás —el anciano que no hacía otra cosa que dormir, el exhausto mozo de cuerda que trabajaba en el puerto— ya estaban muertos y enterrados. Una señora rum que había ingresado recientemente estaba acompañada por otras dos mujeres y un hombre.

—¡No podemos admitir a más familiares y allegados en los hospitales! —dijo el doctor Nuri.

El doctor Mihailis reunió a todos los facultativos del hospital en una sala vacía del sótano, donde el doctor Nuri les explicó que la causa de que muchos médicos murieran en China fueron los estornudos, vómitos, esputos y movimientos bruscos de los pacientes mientras los examinaban o les drenaban los bubones.

También les relató una historia que oyó explicar a un médico inglés durante la Conferencia de Venecia: en Bombay, un enfermo agonizante de peste a quien habían diagnosticado erróneamente de difteria empezó a toser durante la fase final de *delirium* y las gotitas cayeron en los ojos de una enfermera. Enseguida le limpiaron abundantemente los ojos con la antitoxina de la difteria, pero al cabo de treinta horas la mujer enfermó y cuatro días más tarde murió presa de los mismos delirios.

Los médicos comenzaron a debatir acerca de esas treinta horas: ¿era ese el intervalo de tiempo entre el momento en que el microbio entraba en el cuerpo y la aparición de síntomas como cansancio, temblores, dolor de cabeza, fiebre y náuseas? El doctor İlias apuntó que, en Esmirna, la duración de ese intervalo había variado dependiendo del paciente, y explicó que tanto los ya enfermos que contagiaban a los demás como los infectados sin ser conscientes de ello harían que la epidemia se propagara, sin ser detectada, a un ritmo vertiginoso. Y muy pronto la gente empezaría a morir por toda la ciudad, al igual que ya lo habían hecho las ratas.

—¡Por desgracia, esa es la situación en la que nos encontramos! —suspiró el doctor Nikos.

Una vez más, pensó el doctor Nuri, el director de cuarentenas se quejaba de que no se había reaccionado lo suficientemente deprisa ante la epidemia, pero esta vez sus críticas no se dirigían solo hacia el gobernador o Estambul, sino también hacia los médicos.

—En este punto deberíamos cerrarlo todo: el mercado, las tiendas y todo lo demás —dijo el doctor İlias.

—Cualquier medida de aislamiento que implantemos ahora resultará muy conveniente —confirmó el doctor Nuri—. Pero el microbio ya se ha extendido, y aunque todos acaten las prohibiciones desde el primer momento, seguirán enfermando y muriendo en sus casas. Y entonces dirán que las prohibiciones son inútiles.

—No sea tan pesimista —protestó el doctor İlias.

Entonces todos comenzaron a hablar a la vez. Aquellos que lean las cartas de Pakize Sultan se darán cuenta de que la primera reunión seria sobre la cuarentena tuvo lugar en aquellos momentos en la sala del sótano del hospital griego Theodoropoulos. Todos los allí presentes coincidieron en que era preciso que Estambul enviara cuanto antes material

sanitario y más médicos…, a ser posible musulmanes, por supuesto.

Uno de los médicos le preguntó al doctor İlias por las medidas que tomaría Bonkowski Pachá ante la propagación de la enfermedad y las evidentes dificultades a las que iban a enfrentarse para detenerla, en especial en algunas calles de Vavla y Germe.

—Bonkowski Pachá era un firme partidario del distanciamiento social, el aislamiento y la aplicación de la cuarentena —respondió el doctor İlias—. No le parecía suficiente luchar solo contra las ratas. Pero también sabía que en algunos lugares en los que resulta ya inútil pulverizar con solución desinfectante lo mejor es enviar al ejército para evacuar la zona y quemarlo todo. Su Majestad el sultán siguió muy de cerca lo ocurrido con las epidemias de cólera de hace siete años en İzmit y Üsküdar, donde al final se consiguió acabar con la enfermedad desalojando y quemando las viviendas más infectadas, y donde hubo que reducir a cenizas barrios enteros.

Ante la sola mención de Abdülhamit, y como nadie quería correr el riesgo de caer víctima de algún informante, se produjo un silencio que ya les resultaba familiar a todos, con lo que la reunión se dio por concluida.

17

La Oficina Central de Correos de la provincia de Minguer fue inaugurada veinte años atrás, cuando el mayor Kâmil contaba once años, con una grandiosa y memorable ceremonia. (Durante las celebraciones, un maestro de escuela rum cayó al mar y se ahogó). La anterior oficina de telégrafos se encontraba en el antiguo edificio de la sede de la gobernación, en una misteriosa salita de la que salía un continuo sonido repiqueteante, mientras que la oficina de correos, dedicada principalmente a paquetería, estaba alojada en una decrépita construcción anexa al edificio de aduanas. El pequeño Kâmil nunca había puesto un pie en ellas.

Pero desde que abrieron la nueva oficina central de correos, siempre le estaba pidiendo a su padre que lo llevara allí con cualquier pretexto, o al menos que pasaran por delante para poder contemplar la ostentosa entrada del edificio. Dentro, colgados en sus marcos, se podían ver las listas de tarifas, sobres franqueados de diferentes colores, algunas muestras de tarjetas postales, series de sellos nacionales y extranjeros, diversos tablones de anuncios y un mapa del Imperio otomano que podía consultarse para calcular las tarifas postales. Por desgracia, el mapa no estaba actualizado, y a veces se producían discusiones entre el funcionario que insistía en aplicar una tarifa internacional y algún ciudadano que quería pagar la tarifa «nacional» que indicaba el antiguo mapa.

El Ministerio de Correos otomano se había unificado con la Administración de Telégrafos hacía ya treinta años, y aunque las primeras oficinas centrales empezaron a construirse en la década de 1870 (en una época en que el Imperio tenía una extensión mucho mayor que la actual) bajo el mandato del sultán Abdülaziz (de quien se decía que no le gustaba la isla),

a Minguer no le llegó el turno hasta que Abdülhamit ascendió al trono. Este también mandó construir en la capital de la isla un hospital, una comisaría de policía, un puente y una escuela militar, por lo que no sería exagerado afirmar que era muy amado entre los minguerenses.

Todavía ese día, cada vez que divisaba a lo lejos la grandiosa entrada de la oficina de correos, o cada vez que subía las escaleras hasta la puerta principal, el mayor Kâmil sentía la misma emoción de su infancia. Cuando era niño, el momento más importante de la semana se producía cuando llegaban a la oficina de correos las sacas descargadas de los barcos procedentes de Estambul, Tesalónica o Esmirna. A sus puertas se agolpaban señores distinguidos que esperaban correspondencia, propietarios de negocios que habían encargado paquetes y cajas, así como sirvientes, criadas, peones, escribanos y funcionarios a los que habían enviado allí con un «Acércate a Correos a ver si ha llegado algo». En teoría, un cartero debía entregar una por una las cartas certificadas en las direcciones escritas en los sobres, pero en la práctica el correo certificado era más caro y el reparto requería más tiempo, por lo que todos enviaban a algún sirviente a la oficina para recogerlas. (En aquellos tiempos todo el mundo escribía la dirección a su manera, por lo que algunos añadían una pequeña oración en el sobre con la esperanza de que la carta llegara a su destino).

El resto de los que conformaban aquel gentío eran niños y curiosos. Algunos observaban emocionados cómo los funcionarios de la aduana introducían las sacas y los paquetes por la puerta trasera, y cómo, una vez abiertos y supervisados, los repartían entre sus propietarios. A veces, aquellos paquetes seguían su ocioso recorrido en coches de caballos que subían lentamente por las cuestas desde el puerto, seguidos por una bandada de niños correteando detrás. Durante los años de esplendor del comercio del mármol había un ferri italiano, el Montebello, que hacía escala en otras muchas islas hasta llegar a Trieste. Al mayor le encantaba aquel barco, que contaba con

sus propios sellos, sus propias tarifas en tablas de colores y su propio vehículo de reparto que llegaba hasta las poblaciones más distantes.

A menudo el secretario de la oficina de correos, un rum ya entrado en años, salía al pórtico —donde colgaba la *tuğra* o emblema del sultán Abdülhamit—, leía los nombres de los destinatarios de cartas y paquetes y se los iba entregando, y después de leer varias veces más y alzando la voz los nombres de los envíos que aún seguían en sus manos, pedía al gentío congregado: «¡Díganles que tienen una carta, que manden a alguien para recogerla!». Terminado ya el reparto, y antes de volver adentro, el secretario anunciaba a los que aún permanecían allí: «Hoy no hay nada para ustedes. El próximo correo llegará con el transbordador de Tesalónica el jueves por la mañana».

Tras el agravamiento de la epidemia, habían colocado a un funcionario en la entrada de la oficina de correos para rociar con lisol a los visitantes. Nada más entrar aquel día, el mayor Kâmil quedó fascinado al ver el gigante reloj Theta que colgaba en su sitio de siempre.

Mientras escuchaba el eco de sus pasos por la gran sala, sus ojos recorrían las ventanillas y los mostradores donde documentos, cartas y paquetes cambiaban de manos. Se percató de que en las mesas altas donde los hombres de mayor estatura apoyaban los codos, habían colocado unos recipientes con vinagre que inundaban el lugar de un agradable aroma. Por lo que le había oído decir al damat doctor, el mayor sabía que aquella era una medida de prevención contra el cólera. Y, por lo visto, también era la única medida importante que se había tomado allí. (Nos gustaría recordar a nuestros lectores que, mientras reflexionaba sobre todo aquello, el mayor se encontraba *justamente* en el mismo lugar en el que Bonkowski Pachá estaba justo antes de escabullirse por la puerta de atrás y desaparecer.)

Al igual que el resto de los habitantes de la capital, Dimitris Efendi, el director de la oficina de correos, sabía que el mayor había llegado a la isla a bordo del Aziziye, y también estaba al tanto de los cotilleos sobre los recientes casamientos de las tres hijas de Murat V. Así pues, mostró especial cuidado al pesar el grueso sobre lacrado que le había entregado el mayor, ya que, por lo que había escrito en él, sabía que se trataba de una carta enviada por una hija de sultán, de princesa a princesa.

El mayor había enviado con frecuencia cartas a Estambul desde numerosas ciudades portuarias del Imperio. Para una misiva ordinaria de un puerto a otro, era suficiente con pegar en el sobre un sello de veinte *para* . En oficinas de correos que apenas ocupaban una pequeña habitación en estaciones de tren de las más remotas poblaciones (como el monte Athos, Veria o Elassona), si no disponían de sellos de veinte *para* , el funcionario cortaba cuidadosamente un sello de un *kuruş* y pegaba una mitad en el sobre. Tras consultar la tabla de tarifas y realizar sus cálculos, Dimitris Efendi pidió, aparte de la tarifa normal, un *kuruş* por certificar la carta de Pakize Sultan y otro más por el acuse de recibo.

El mayor Kâmil estaba sinceramente convencido de que la epidemia pronto estaría bajo control y no tardarían en proseguir su viaje hacia China en el Aziziye. Más tarde compartiría estas ideas con Pakize Sultan al explicarle por qué había decidido no pagar la tarifa adicional por acuse de recibo. Tales declaraciones confirmarán a todo el que tenga la suerte de leer las cartas de la princesa que, en aquellos momentos, el joven oficial no se podía figurar ni por asomo el importante papel que la historia le reservaría poco después.

El mayor Kâmil cogió un pincel de un recipiente de goma arábiga, sujetándolo bastante abajo, y lo utilizó para pegar en el sobre los sellos de un *kuruş* , profusamente decorados con la *tuğra* de Abdülhamit, unos exquisitos grabados en azul, y una medialuna y una estrella. Después de que Dimitris Efendi

estampara dos veces el matasellos de Minguer en el sobre, el mayor Kâmil se volvió y miró el reloj que colgaba en la pared.

Mientras caminaba hacia el enorme reloj de la marca Theta, el mayor tuvo que reconocerse que aquel objeto era lo que más le atraía para volver una y otra vez a la oficina de correos, y que siempre que se encontraba en ciudades lejanas y pensaba en la isla, lo primero que le venía a la mente era la imagen del reloj. Y ni siquiera estaba muy seguro del porqué. La primera vez que fue allí veinte años atrás, su padre le señaló respetuosamente la *tuğra* de Abdülhamit que colgaba cerca de la entrada, y luego llevó a su hijo frente al reloj Theta y, con el mismo sentimiento de gratitud reverencial, le contó que también había sido un regalo del sultán, e hizo que se fijara en que, al igual que los sellos otomanos, tenía los números árabes y los europeos. Aquel día su padre le explicó que, a diferencia de los relojes musulmanes, que marcaban con el «doce» las horas de la salida y la puesta del sol, los relojes europeos señalaban con el número doce el mediodía, el momento en que el sol se encontraba en lo más alto del cielo. En realidad este era un hecho que el pequeño Kâmil ya sabía por el sonido de las campanas de las iglesias, aunque no era consciente de saberlo, y puede que aquello suscitara en él una preocupación que podríamos describir como «metafísica». ¿Podían marcar el mismo momento temporal dos relojes con numeraciones diferentes? Si el sultán, que desde que subió al trono había hecho construir torres con reloj en el centro de todas las capitales de provincia otomanas, quería que todos sus relojes marcaran la misma hora en todas partes, ¿por qué tenían entonces tanto los números árabes como los europeos?

Esas inquietudes «metafísicas» de su infancia regresaban al mayor Kâmil cada vez que volvía a hojear distraídamente —como cada verano— las páginas medio sueltas del maltrecho libro sobre la Revolución francesa y la Libertad.

En el camino de vuelta desde la oficina de correos hasta la sede de la gobernación donde debía asistir a la reunión del Comité de Cuarentena, el mayor Kâmil pasó junto a la torre

del reloj aún sin terminar que había sido erigida con motivo del vigésimo quinto aniversario del ascenso al trono del sultán, y empezó a deambular por las calles de alrededor como si hubiera perdido el rumbo, sin saber bien adónde se dirigía, hipnotizado por todo lo que le rodeaba.

18

La reunión inaugural del Comité de Cuarentena de Minguer, compuesto por su presidente y diecinueve miembros, dio comienzo a las dos de la tarde del primer día del mes de mayo. Dado que no se había producido ninguna epidemia importante en la isla en los últimos veinticinco años, aquella constituía la primera reunión formal de un comité que hasta la fecha solo había existido sobre el papel. Konstantinos Laneras, cabeza de la comunidad rum ortodoxa y obispo de la iglesia de Hagia Triada, con su espesa barba, y el siempre jadeante Stavrakis Efendi, obispo de la iglesia de Hagia Yorgi, también estaban presentes, ataviados con sus espléndidas túnicas y engalanados con sus mitras, sus estolas ceremoniales y sus grandes cruces sobre el pecho.

A excepción de los doctores İlias y Nuri, todos los demás miembros se conocían por su diversa implicación en las actividades cotidianas de la isla. Cuando surgía una disputa entre las diferentes comunidades por el matrimonio de una de sus jóvenes, el gobernador los reunía en aquella misma sala para escuchar a las diferentes partes, reprenderles un poco y llegar a un acuerdo amistoso sin tener que meter a nadie en la cárcel. O si consideraba esencial que todos los isleños contribuyeran al presupuesto a fin de financiar los postes para tender nuevas líneas de telégrafo hasta los pueblos del interior, sentaba a aquellos hombres alrededor de su vieja mesa de madera y les echaba un conmovedor sermón acerca de la lealtad debida al sultán.

Los líderes de las comunidades religiosas, los farmacéuticos, los cónsules, los militares de la guarnición, el gobernador y los demás delegados del comité presentes en la reunión convinieron en que la enfermedad ya se había extendido ampliamente por los barrios musulmanes de los

cerros que ascendían desde la parte occidental del puerto, y expresaron abiertamente su convicción de que debían acordonarse los barrios de Germe, Çite y Kadirler para evitar que se propagase a mayor velocidad. En esas zonas morían cuatro o cinco personas a diario, pero los infectados aún se movían libremente por la ciudad.

Otro tema que todos los delegados habían estado comentando en voz baja antes del comienzo de la reunión, y sobre el que todos coincidían, era que el asesinato de Bonkowski Paşa se había cometido por razones políticas. La mayoría se limitaba a *insinuarlo* , pero nadie se atrevía a señalar con el dedo a ningún grupo en particular. Solo el cónsul de Francia, monsieur Andon, afirmó ante los demás cónsules, secretarios y sacerdotes que esperaban el comienzo de la reunión que se había tratado de un ataque perpetrado por fanáticos religiosos perturbados, contrarios a la ciencia, la medicina y Occidente. Y si el gobernador no atrapaba pronto a los asesinos y descubría a quienes habían planeado su muerte, añadió sin ambages el cónsul francés, no cabría otra opción que interpretarlo como un desafío directo a la voluntad de las naciones de Europa.

A lo largo de la noche, el Ministerio de Sanidad en Estambul había enviado un telegrama al Comité de Cuarentena de la provincia de Minguer detallando las medidas que deberían implantarse en la isla. A su vez, Estambul recibía por telegrama esas listas (que cambiaban cada día con nuevas adiciones) desde la Organización Internacional de Cuarentenas. La tarea del comité consistiría en debatir cómo adaptar esas directrices a las circunstancias de la isla, antes de anunciarlas oficialmente y aplicarlas.

Se acordó cerrar todas las escuelas. Esta decisión ni siquiera se cuestionó. De todos modos, la mayoría de las familias ya habían dejado de enviar a sus hijos al colegio. En los jardines y patios de las escuelas solo se veía haraganear a los pobres tunantes que pertenecían a familias negligentes y desdichadas. Por lo que respectaba a las oficinas de la

administración pública, se dejó al criterio de los responsables de cada departamento que decidieran si debían continuar trabajando con normalidad o cesar toda actividad. También se decidió que, dos días después de la fecha de la reunión, desde primera hora de la mañana se impondría la cuarentena obligatoria a todos los barcos que llegaran desde Alejandría, las costas del norte de África, el canal de Suez, las islas cercanas, y también a todas las embarcaciones procedentes de Oriente. Estos barcos serían considerados «totalmente contaminados» y todos sus pasajeros deberían guardar una cuarentena de cinco días antes de poder desembarcar en Minguer. Asimismo, se acordó que se aplicaría una cuarentena de cinco días a todos los barcos que salieran de la isla.

El proceso de elaboración y votación de la lista de productos y sustancias que se prohibirían en la isla y en sus tiendas llevó mucho tiempo (igual que solía suceder con la lista de prohibiciones por el cólera).

—Estamos incluyendo demasiadas prohibiciones, Excelencia —dijo el taciturno cónsul alemán Franguli—, como si creyéramos que, cuantas más cosas prohibamos, más rápidamente se extinguirá la epidemia.

El gobernador arqueó las cejas ante su comentario, pues sospechaba que, al igual que la mayoría de los burócratas y funcionares públicos que había conocido en su vida, los miembros de aquel comité también disfrutaban prohibiendo cosas.

—¡No se preocupe, Franguli Efendi! —repuso—. Para cuando hayamos confeccionado esta lista y la hayamos colgado en carteles por toda la ciudad, la gente ya estará tan aterrada que ni siquiera necesitaremos a los militares ni a los gendarmes para que acaten las prohibiciones.

La decisión de que los cuerpos de los muertos fueran desinfectados con cal viva y enterrados bajo la supervisión de las autoridades municipales abrió un nuevo debate. El anciano médico rum Tasos Bey señaló que resultaría especialmente

difícil aplicar esta medida entre los musulmanes pobres y fanáticos, que se producirían altercados, y que lo más sensato sería recurrir a los soldados de la guarnición para escoltar a los médicos musulmanes que se adentraran en esas zonas, en vez de ir acompañados por los guardias normales de la oficina de cuarentenas. Así fue como se planteó por primera vez el tema de pedir ayuda a los militares para proteger a los médicos. Sami Pachá consideró que un gobierno que no tuviera la autoridad suficiente para fumigar una casa infectada o para desinfectar un cadáver con cal nunca podría detener una epidemia, así que no puso la menor objeción.

Siguiendo las instrucciones de Estambul, se acordó que las pertenencias de los fallecidos por la enfermedad serían esterilizadas inmediatamente. El precio de la solución de sublimado corrosivo que se emplearía para la desinfección sería fijado por las autoridades municipales, con lo cual se evitaría también su venta en el mercado negro. Se prohibiría tocar, coger, utilizar o vender las pertenencias de los muertos, así como entrar sin el permiso de los funcionarios de sanidad en casas donde hubiera fallecido alguien y antes de haberlas desinfectado. Se fumigarían y cerrarían todas las tiendas de chamarileros.

Escépticos y agotados, los cónsules y médicos dejaron caer preguntas del tipo «¿Contamos con bomberos, funcionarios, productos desinfectantes y lisol suficientes para lidiar con todo esto?», pero el gobernador ya casi no prestaba oídos a las objeciones y se limitaba a ordenar a los escribanos que tomaran acta de todas las decisiones tomadas. También se acordó que se animaría a la población a que cazara ratas, que se traerían trampas y veneno desde Esmirna, Tesalónica y Estambul, y que se pagarían seis *kuruş* por cada rata muerta que se entregara a las autoridades municipales.

Al ver la expresión de duda en el rostro de algunos miembros del comité, el damat doctor Nuri les recordó que «lo primero que hay que hacer es detener la circulación de las ratas».

Luego les explicó con gran detalle cómo en la India la epidemia no avanzaba a la velocidad en que la gente escapaba presa del pánico, sino al ritmo en que las ratas se desplazaban de un pueblo hasta el siguiente. En los lugares en los que había ferrocarril, las ratas y sus pulgas se subían a los trenes y propagaban la enfermedad con mayor rapidez. Pero allí donde la población tomaba todas las precauciones posibles para mantenerse alejada de las ratas y colaboraba con las autoridades municipales para luchar contra ellas, y donde se desratizaban los barcos antes de permitirles atracar en los muelles, la propagación de la peste disminuyó lentamente hasta desaparecer.

A continuación les recordó algo que todos sabían: que, aunque el microbio que causaba la peste ya había sido descubierto, aún no se disponía de una vacuna efectiva. Aquel año, algunos enfermos de los hospitales de Bombay fueron inyectados con suero de peste en diferentes dosis, pero ninguno de ellos experimentó una mejoría digna de mención. En otras palabras, aquellos que se infectaban con el microbio o bien sobrevivían (algunos ni siquiera llegaban a enfermar) o bien morían en cinco días, todo dependía únicamente de lo fuerte que fuera su constitución. Asimismo, en ocasiones se había observado que, aunque no hubiera ratas, la enfermedad también se transmitía de una persona a otra por la saliva, los esputos o la sangre. Este inquietante e inexplicado fenómeno, combinado con la ausencia de una cura efectiva, obligó a los médicos de cuarentenas, incluso a los más experimentados y de mentalidad más moderna, a recurrir a los anticuados lazaretos como los que los venecianos inventaron cuatrocientos años atrás, a las instalaciones para las cuarentenas que los otomanos denominaban «lugares de refugio», a las salas de aislamiento y a los métodos tradicionales de protección. Así pues, aun cuando los británicos que regresaban a Londres afirmaban que aislar a los enfermos e imponer cordones sanitarios resultaba «inútil», en

Bombay siguieron recurriendo a esos métodos, imponiéndolos mediante la fuerza militar.

Al percatarse de que sus oyentes estaban cada vez más confusos, el doctor Nuri decidió ponerles un ejemplo concreto. El gobernador había estado utilizando un viejo incensario para fumigar una carta que un secretario acababa de traerlo de la oficina de correos. Se lo pasaron de mano en mano hasta que llegó al doctor Nuri, quien lo cogió y simuló utilizarlo. Él mismo había comprado una versión más refinada de ese modelo años atrás en la famosa Galerie Colbert de París.

—Verán, como todo el mundo, a veces yo también ahúmo los documentos que me traen del correo, o el periódico que compro, o la calderilla que llevo en el bolsillo —dijo—. Pero en la última Conferencia sobre Cuarentenas de Venecia se concluyó que no era necesario desinfectar ni fumigar el papel, las cartas o los libros, ni siquiera aunque procedan de un lugar donde la enfermedad esté presente. Aun así, nunca me oirán diciéndoles a los enfermos de peste y a los desdichados que vagan por los patios de los hospitales, desesperados por un poco de esperanza: «¡Eso del incienso no sirve para nada!». Y les pido encarecidamente que ustedes tampoco lo digan, señores. Si lo hacen, la gente podría dejar de aplicar las demás medidas de desinfección.

—(«¡Esos solo creen en amuletos y papelitos bendecidos!», murmuró alguien en francés).

Con objeto de ejemplificar la aterradora incertidumbre a la que se enfrentaba la comunidad médica en este campo, el doctor Nuri les relató una impactante historia ocurrida en Hong Kong: un médico chino del hospital Tung Wah, asegurando que su hospital estaba «totalmente limpio», pasó la noche en la misma sala que los enfermos de peste para demostrar su firme convicción de que la enfermedad solo se transmitía por las ratas y las pulgas, pero, a pesar de que no había ni rastro de ratas o pulgas en todo el edificio, tres días más tarde también murió de peste.

El doctor Nuri percibió el miedo y la desesperanza que su relato había creado.

—Yo tampoco creo que se obtenga ningún beneficio sumergiendo las monedas en agua con vinagre —añadió—. Pero dicen que algunos médicos de Hong Kong siguen mojándose la punta de los dedos en vinagre antes de tomar el pulso a un paciente. Así que estas precauciones no son del todo inútiles, ya que al menos proporcionan esperanza a médicos y enfermos. En un lugar donde ya no quede un atisbo de esperanza, da igual la cantidad de soldados que lleves, ya no podrás implantar las prohibiciones; y si no consigues convencer a la gente de los beneficios de las restricciones, resultará imposible aplicar la cuarentena. La cuarentena es el arte de educar al pueblo aun a su a pesar, y de instruirlo en la necesidad de protegerse.

—Perdone, ¿está diciendo que los soldados no son necesarios? —preguntó el cónsul de Alemania en tono burlón —. ¿De verdad cree que la población obedecerá si no los obligan los militares?

—Solo cumplirán con las restricciones si tienen miedo a los soldados —intervino el cónsul de Francia—. Olvídese de normativas y cordones sanitarios: esa gente atacará a cualquier médico cristiano que ponga un pie en las calles de barrios como Çite, Germe o Kadirler, a menos que se acuerde de esconder antes su maletín. Hizo usted muy bien en meter a Ramiz entre rejas. No deje que salga de ahí.

El gobernador exhortó a los cónsules a que dejaran a un lado los prejuicios hacia cualquier tekke, comunidad o individuo (dijo la palabra «prejuicios» en francés), y les aseguró que, si se tomaban todas las medidas preventivas, no habría ningún motivo de alarma.

—En ese caso, debe prohibir inmediatamente todos los movimientos de entrada y salida de los barrios de Kadirler, Çite y Germe —dijo el cónsul francés—. Todavía hay gente que va a una casa donde ha fallecido alguien y sale vestido con

las ropas del muerto, y luego se va paseando tranquilamente por la avenida Hamidiye, cruzando el puente y entrando en el mercado, en las tiendas, en el puerto, allá donde vea una multitud. Si no se implanta de inmediato un cordón sanitario, dentro de una semana no quedará nadie en la isla que no haya estado expuesto al microbio de la peste.

—Puede que ya estemos todos infectados —dijo el obispo Stavrakis, sacando su crucifijo y comenzando a rezar.

—Tenemos la absoluta certeza de que el jeque Hamdullah no reparte amuletos ni hojas de oración bendecidas, ni es como esos imanes estafadores que pintan ensalmos en las manos y el pecho de la gente enferma y desesperada —dijo Sami Pachá.

El hecho de que el gobernador admitiese que sometía a vigilancia al jeque apaciguó a los cónsules de momento.

—Ya verán cómo mañana, cuando anunciemos oficialmente las restricciones, la gente acatará de buena gana lo que decidamos —continuó el gobernador—. Ayer murieron seis personas, cinco musulmanes y un rum. Pero esa cifra disminuirá gracias a nuestras medidas. Eso es lo que sucedió en Esmirna.

—¿Y qué ocurrirá si la gente no respeta ni obedece las medidas, excelencia? ¿Sus soldados abrirán fuego contra ellos como hicieron contra los peregrinos? —preguntó el cónsul francés.

Con gesto parsimonioso y deliberado, el gobernador terminó de ahumar la nota que acababan de pasarle, y, aunque hubiera preferido mantener en secreto su angustioso contenido, anunció con sincero pesar:

—Señores, lamento informarle de que nuestro muy querido y respetado doctor de Tesalónica, el joven Alexandros Bey, acaba de fallecer. La causa de la muerte es…

—La peste, por supuesto —interrumpió el director de cuarentenas Nikos.

—Si usted hubiera admitido desde el principio que se trataba de la peste, puede que el doctor Alexandros, por el que ahora derrama sus lágrimas, no hubiese muerto —dijo el cónsul de Francia.

—¡Dejemos muy claro, caballeros, que el Estado no tiene la culpa de la peste! —se defendió el gobernador.

Pero los miembros del comité siguieron discutiendo, de modo que el gobernador pensó que lo más conveniente sería dar por concluida la reunión antes de que aumentara la agitación y declaró que se retomaría a la mañana siguiente. Acto seguido se levantó y, con sus característicos pasitos rápidos y enérgicos, salió por la gran puerta.

19

Al abandonar la sala, lo primero que llamó la atención del gobernador fueron los preparativos que se estaban realizando en la habitación contigua. Calculando que la reunión duraría hasta altas horas de la noche, los empleados municipales habían encendido las lámparas de gas y ahora colocaban en bandejas unas pequeñas sandías en forma de pera, talladas con elegantes motivos de flores y hojas, y aderezando con aceitunas y tomillo unas rebanadas de pan traídas del horno militar por orden del comandante de la guarnición. En el patio interior situado al pie de las escaleras se congregaban escribanos, gendarmes, empleados de los consulados, guardias, periodistas, soldados y jóvenes sacerdotes. Algunos estaban sentados en sillas y bancos a lo largo de los muros, la mayoría permanecían de pie, pero todos ellos desprendían el mismo olor a la solución de cloruro de carbono que unos bomberos se afanaban en rociar sobre ellos en abundancia.

Al tomar asiento en su despacho y leer las notas que los secretarios habían ido dejando sobre su mesa, el gobernador se percató enseguida de que los musulmanes y cristianos más prominentes de la isla esperaban que les ayudara a encontrar plazas disponibles en los barcos que partían del puerto. Con cierta inquietud y consternación, comprendió que los pasajes debían de haberse agotado y que se estaba produciendo un éxodo masivo de la isla. Una muchedumbre de sirvientes, ordenanzas, porteros y demás intermediarios se agolpaba en el patio y a las puertas del edificio, enviados por sus adinerados señores para tratar de conseguir billetes.

El gobernador miró el telegrama que había sobre la mesa y adivinó su contenido sin necesidad de recurrir a los servicios del escribano encargado de descifrar las claves: en efecto, su esposa le informaba de que regresaba a Minguer. ¿Acaso las

noticias sobre el asesinato de Bonkowski Pachá y la propagación de la epidemia en la isla no habían llegado a la residencia familiar en Üsküdar? ¿O es que su abnegada mujer quería darle a entender que no iba a dejar solo a su marido en unas circunstancias tan difíciles? Durante un instante resplandeció en su mente el rostro paciente y afectuoso de su esposa.

A Sami Pachá lo habían nombrado gobernador de Minguer cinco años antes. De origen albanés, en su juventud acabó casi por casualidad en Egipto, donde trabajó para la familia del jedive en una serie de puestos como secretario, edecán e intérprete (sabía francés), y gracias a su capacidad e inteligencia ascendió muy deprisa hasta que lo enviaron a Estambul. Entró directamente al servicio del Estado otomano y ejerció distintos cargos como prefecto comarcal, jefe de distrito y, más tarde, gobernador en diferentes destinos como Alepo, Skopie o Beirut. Quince años atrás, su relación con Kıbrıslı Kâmil Pachá le valió entrar en el gobierno como gran visir durante el primer mandato de este, pero después fue cesado de sus cargos ministeriales por razones que nunca alcanzó a comprender, y enviado como gobernador a algunas de las provincias más alejadas del Imperio. Sami Pachá estaba convencido de que, fuera cual fuese el motivo que había provocado su destitución, Abdülhamit lo olvidaría pronto y lo reclamarían de nuevo desde Estambul para algún cargo de más prestigio, y así, cada vez que lo destituían de un cargo y lo enviaban con una nueva misión a un rincón diferente del Imperio —como les ocurría a menudo a muchos gobernadores otomanos—, no lo interpretaba como consecuencia de los errores cometidos en su anterior puesto, sino como prueba de que Abdülhamit no se había olvidado de él.

Su esposa Esma no lo acompañó cuando lo nombraron gobernador de Minguer. En los últimos años su vida había sido muy desgraciada debido a los continuos traslados, ya que, en cuanto se mudaban y acondicionaban la nueva residencia en la provincia a la que lo habían destinado, con los abultados

gastos que todo ello conllevaba, les llegaba el nombramiento para trasladarse a una ciudad diferente. Las penalidades de las mudanzas, de instalarse en una nueva casa y de tener que vivir —a menudo en soledad— en alguna remota ciudad en la que apenas se hablaba el turco habían acabado por cansar a Esma Hanım, así que esa vez no se trasladó a Minguer y permaneció en Estambul, pensando: «De todos modos, para cuando lleguemos allí, ya habrán decidido enviarlo a algún otro lugar». Pero contra todo pronóstico la estancia de Sami Pachá se prolongaba ya cinco años, lo cual había provocado un distanciamiento entre ambos, y el gobernador, incapaz de soportar la soledad, había iniciado una relación «secreta» (sobre la que muchos en la isla especulaban y cotilleaban) con la viuda Marika, que enseñaba historia en la Escuela Secundaria Rum.

El gobernador dispuso que enviaran un telegrama cifrado a su esposa y sus dos hijas casadas diciéndoles que las echaba mucho de menos, pero que bajo ninguna circunstancia debían viajar a la isla. Esperó un rato hasta que fuera oscureció por completo. La zona del puerto estaba repleta de gente que buscaba pasajes para escapar de la isla. Cuando estuvo seguro de que ya no quedaba casi nadie en la plaza de la Provincia y de que los coches de caballos se habían marchado, salió por la puerta trasera de la sede de la gobernación. Las calles olían a bostas frescas de caballo. (Como a la mayoría de los isleños, al gobernador le encantaba ese olor). Los nunca fiables empleados municipales aún no habían encendido las lámparas de aceite de las avenidas principales, y aunque lo hubieran hecho, tampoco nadie lo hubiera reconocido en aquella oscuridad.

El gobernador vio por las calles a mujeres que llevaban a sus hijos de vuelta a casa, a mendigos pidiendo limosna a los transeúntes cerca del mercado, a gente que deambulaba hablando sola, y a dos ancianos que lloraban desconsoladamente. En la puerta de la galería comercial Dafni un cartel anunciaba que ya habían llegado de Esmirna las

trampas para ratas, pero la tienda no había abierto ese día. No le sorprendió ver que la mayoría de los comercios estaban a oscuras y cerrados a cal y canto, pues sabía por sus informadores que algunos astutos carniceros y verduleros, siguiendo el ejemplo de los vendedores de alfombras y colchas, habían vaciado sus negocios y escondido el género antes de que se presentaran los agentes de la cuarentena. Pero las casas de comidas seguían abiertas, con su olor a sopa y aceite de oliva refrito, y los viejos y los desempleados se habían congregado en los alrededores del puerto para ver a los que iban y venían. En aquella parte de la ciudad, la gente parecía comportarse como si no ocurriera nada fuera lo normal. O tal vez estuvieran atemorizados y angustiados, solo que el gobernador no se daba cuenta de ello. Cuando descubrió a los guardaespaldas que lo seguían, supo que alguien le habría reconocido. Siempre le había gustado deambular por la ciudad ocultando su identidad bajo algún disfraz, y a veces ni siquiera esperaba a que cayera la noche y salía cuando apenas empezaba a oscurecer.

El viejo cochero municipal, Zekeriya, lo esperaba bajo la penumbra de la plaza Hrisopolitissa en el modesto faetón que conducía. La farmacia del odioso Nikiforo estaba cerrada. El gobernador tenía la certeza de que en la plaza debía de haber algún policía de paisano, pero ¿dónde estaba? El director del servicio de inteligencia, Mazhar Efendi, era un burócrata competente y leal que tenía muy bien entrenados a sus policías y espías. El gobernador era consciente de que, si la inusual situación de sus encuentros furtivos con Marika no se había convertido en un grave problema político y diplomático, era gracias a los esfuerzos de Mazhar Efendi por silenciar a los chismosos. Sami Pachá se lo imaginaba a veces enviando telegramas sobre el asunto a Palacio, tal vez incluso al mismo Abdülhamit.

El gobernador subió al faetón en la pequeña plaza. En realidad, no hacía falta utilizar ningún coche para un trayecto tan corto. Pero en invierno no podía entrar con las botas en

casa de la viuda profesora después de caminar por las calles convertidas en un barrizal por la lluvia, y al final la costumbre de tomar un carruaje se extendió también al verano. Como de costumbre, giraron en la esquina de enfrente del jardín del palacete de la familia Mimiyanos, una de las viejas familias rums más acomodadas, y se adentraron por las callejuelas del barrio de Petalis, pero en esta ocasión, en vez de bajarse del faetón en la habitual esquina oculta bajo la penumbra de los castaños de Indias, el gobernador se apeó en una plaza con varias pequeñas tabernas que daban al puerto.

Vio que la Romantika y las otras dos tabernas de la plaza estaban tranquilas esa noche, y que en la entrada del restaurante Buzuki rociaban con lisol a los clientes. Luego se encaminó hacia la casa de su amante Marika sin prestar atención a las miradas de aquellos que lo reconocían.

La gravedad de la epidemia de peste y la cercanía de la muerte hicieron que, de pronto, el pachá considerara innecesarios e incluso degradantes sus intentos de moverse furtivamente como si fuera un ladrón a causa de aquella relación «secreta» que, por lo demás, parecía ser ya de dominio público. Como de costumbre, entró por la puerta del jardín trasero y sintió a las gallinas que lo observaban desde sus gallineros, al principio cacareando por el temor a que se tratara de un zorro, luego sumiéndose de nuevo en el silencio. Mientras se acercaba a la cocina situada en la parte de atrás de la casa de una sola planta de Marika, la puerta se abrió con sigilo, como ocurría siempre. Cada vez que entraba en aquel lugar, la nariz del gobernador se veía asaltada por el tufo a rancio y húmedo de la cocina y por el olor a piedra mojada. De hecho, era el olor del amor y la culpa.

Se abrazaron anhelantes, se abrieron camino a oscuras hasta la habitación contigua y se pusieron a hacer el amor. El gobernador consideraba un tanto improcedente su entrega sin reservas cada vez que lo hacían, así que, como el concienzudo hombre de Estado que era, a veces intentaba ir más despacio, sentir que controlaba la situación. Pero en esta ocasión abrazó

a Marika con todas sus fuerzas, como un niño que por fin encuentra a su madre después de haberse perdido entre la multitud. Después de una jornada llena de tan malas noticias, le temía menos a abrirse y entregarse que a sentirse solo. Esa noche dejó de lado sus inhibiciones y le hizo el amor largamente a Marika.

Después, sentados a la mesa del comedor, Sami Pachá dijo:

—Muchas familias de Ora y Flizvos y los demás barrios de arriba están cerrando sus casas y marchándose. La familia Angelos, que viene siempre en primavera, o el hijo de Naci Pachá de Esmirna encargaron a sus mayordomos que prepararan sus casas de Yukarı Turunçlar, pero luego mandaron telegramas para cancelarlo todo. Ahora están pidiendo pasajes para sus sobrinos. Y Sabahattin, el comerciante de mármol, también está intentando encontrar billete para escapar de la isla.

Marika le contó lo que le había sucedido a la nuera de los Karkavitsas, una próspera familia de Tesalónica que había hecho fortuna con las canteras y que tenían una casa un par de calles más arriba. Como todos los años antes de Semana Santa, la mujer había llegado para instalarse en la mansión palaciega de la familia, preparada especialmente para su visita, y un día bajó con su hermana y el mayordomo al Mercado Viejo que tanto le gustaba a fin de proveerse de especias, ir a la famosa herboristería de Arif y comprar en el horno de Zofiri. Pero al pasar por delante de una pollería vio al dueño apoyado en un rincón en un estado de sopor y aturdimiento, y con un protuberante bubón en el cuello, y en el acto se volvió a su barrio, cerró la casa y se marchó esa misma mañana en el ferri de Tesalónica.

—No pudo irse —dijo el gobernador—. No consiguieron pasajes ni en el ferri de Lloyd’s ni en el barco no programado de Maritimes, así que vinieron a pedirme ayuda. Y me extraña, porque esas familias están mejor relacionadas con los cónsules que yo mismo.

Quedaron en silencio un rato. Marika poseía un porte sencillo y solemne. Rondaba los cuarenta, era alta y de piel blanca, como la madre del gobernador, pero tenía una abundante cabellera de color castaño. Su nariz era muy particular, fina y elegante. A veces, Sami Pachá solo se fijaba en la belleza de su nariz.

Mientras le plantaba delante el plato que le había estado preparando en la cocina, madame Marika le explicó que el pollo y las ciruelas procedían de su propio jardín y que la harina se la habían traído hacía unos diez días del horno de la guarnición.

—En el horno de la guarnición hacen unos bollos deliciosos —dijo—. ¿Cree que la peste se contagia por la comida, querido pachá?

—No lo sé —contestó el gobernador—. ¡Pero ojalá no hubieras matado ese pollo! —añadió, como si ya hubiera visto demasiada sangre ese día. Luego, sorprendiéndose de su propia franqueza, le expuso a su amante un plan que se le acababa de ocurrir—: Nuestra cuarentena dará comienzo dentro de unos días. Y aunque no fuera así, ingleses y franceses impondrán un aislamiento de cinco días a todos los pasajeros y mercancías de los barcos que entren o salgan del puerto, como hicieron en Esmirna. Después de eso, salir de la isla resultará mucho más difícil y costoso. Y además, una vez decretada la cuarentena, las navieras reducirán sus servicios. Los que hayan pensado como yo, ya habrán corrido a las agencias de viajes y habrán acaparado todos los billetes. Pero tengo reservadas tres plazas para ti, tu hermano y tu sobrino en el ferri de Maritimes que sale mañana a mediodía para Tesalónica.

En realidad no era cierto que hubiera reservado tres billetes para ellos, pero sabía que le habrían guardado unos cuantos pasajes para utilizar a su conveniencia.

—¿Qué quiere decir, pachá?

—Madame Marika, si no pudieras prepararlo todo para mañana, calculo que el último barco antes de la cuarentena partirá pasado mañana. Si lo deseas, podría encontrarte pasajes para ese ferri de la compañía Pantaleon.

—Vale, pero ¿y usted, pachá? ¿Cuándo vendría?

—¡Qué cosas dices! Yo debo quedarme aquí como señor y gobernador de estas tierras hasta que todo haya terminado.

En el silencio que siguió, él trató de distinguir la expresión del rostro de la mujer, pero la oscuridad no se lo permitió.

—Mi sitio está a su lado.

—¡Esto es muy serio! —repuso el gobernador—. Han asesinado al mismísimo Bonkowski Pachá… ¡A Bonkowski Pachá!

—¿Quién cree que lo ha hecho?

—Puede que no haya sido más que una desgraciada coincidencia, por supuesto. Pero está claro que quienes han matado a Bonkowski Pachá quieren que la peste siga propagándose para enfrentar a musulmanes y cristianos y aprovecharse así de la situación. Y además, ahora están amenazando al doctor İlias. El pobre hombre no se sentía seguro en la casa de huéspedes.

—Yo no tengo miedo cuando estoy con usted, querido pachá.

—¡Pues deberías! —exclamó el gobernador, posando una mano sobre la rodilla de su amante—. Los cónsules, los comerciantes y los imanes se opondrán a todas y cada una de nuestras restricciones. La epidemia va a seguir extendiéndose, como si lo viera. Y al mismo tiempo tendremos que lidiar con esos asesinos para no caer en sus garras.

—Pachá mío, no sea tan pesimista. Yo seguiré sus indicaciones y tendré mucho cuidado con lo que como. Cerraré la puerta con llave y no dejaré que nadie entre en casa, y así todo irá bien.

—¿Y qué pasará con el que reparte el pan o el agua, o con tu hermano y tu sobrino, o con alguien que venga a venderte unas ciruelas o unas cerezas, o con los niños del vecino que tanta pena te dan? ¿Acaso no los dejarás entrar? ¿Y a mí, tampoco me dejarás? Yo podría ser quien trajera la peste a tu casa.

—De lo que usted se contagie, pachá mío, también yo lo padeceré. Que me muera el negro día en que no le permita entrar en mi casa.

—Ahí fuera será como el día del juicio final —sentenció con crudeza el gobernador—. El noble Corán dice que ese día la madre no reconocerá a su hijo, ni la hija a su padre, ni la esposa a su marido…

—Estoy empezando a considerar esta insistencia suya como una ofensa personal, pachá.

—Sabía que dirías eso —respondió él.

—En ese caso, ¿por qué insiste en romperme el corazón?

El gobernador se relajó al intuir que no había pronunciado esas palabras realmente enfadada, sino como el preludio de una de esas pequeñas peleas que luego se convertían en coqueteos. Si Marika se hubiera hecho musulmana, podría haberla tomado como segunda esposa sin siquiera informar a su primera mujer en Estambul, como hacían algunos gobernadores provinciales. Pero el pachá disfrutaba de una buena posición dentro de la burocracia otomana. Y lo que era más importante, en los últimos años los cónsules y embajadores afirmaban que los cristianos se estaban convirtiendo al islam «de forma forzosa y bajo presión», y sus cada vez más airadas protestas habían desembocado en una delicada cuestión política que preocupaba a Estambul y había disuadido al gobernador de dar tal paso.

—¡Ay, mi querido pachá! ¿Qué nos va a pasar ahora? ¿Cuál ha sido nuestro pecado? ¿Qué debemos hacer?

—Hazme caso a mí, hazle caso al gobierno, obedece las normas. No te creas los rumores. Las autoridades tienen la situación bajo control.

—¡Si supiera las cosas que va diciendo la gente! —exclamó Marika.

—¡Pues escuchémoslo, adelante! —repuso el gobernador con cierto aire de formalidad.

—Dicen que fue Bonkowski Pachá quien trajo la enfermedad, y que como lo han matado, ahora la peste corre por la ciudad como un niño perdido y desamparado. Y dicen que habrá más muertos.

—¿Qué más?

—Desgraciadamente, todavía hay quien afirma que «no hay peste». Incluso entre los rums.

—No creo que queden ya muchos —repuso él—. ¿Qué más?

—¡Algunos dicen que la peste llegó en el Aziziye! Que las ratas saltaron a los botes.

—¿Qué más?

—¡Que la hija del sultán es muy bella! —continuó Marika —. ¿Es eso cierto?

—¡No sabría decirte! —contestó el gobernador, como si le hubieran pedido que revelara un secreto de Estado—. En cualquier caso, nadie es más bella que tú.

20

Cuando el Comité de Cuarentena volvió a reunirse a la mañana siguiente, el gobernador Sami Paşa les mostró la pequeña estancia situada junto a su despacho que había sido preparada siguiendo las indicaciones del día anterior. En ella habían colgado un mapa en el que, tal como dictan los protocolos epidemiológicos, se marcarían las casas en las que se produjeran fallecimientos o en las que hubiera infectados, a fin de decidir qué calles o barrios debían acordonarse.

Fue entonces cuando el farmacéutico Nikiforo, con exquisita cortesía, reclamó al gobernador que le devolviera ya la banderola publicitaria de su farmacia.

—Después de todo, he asistido a las reuniones del comité y he votado según sus deseos —dijo.

—Qué hombre más insistente ha resultado ser usted, Nikiforo Efendi —protestó el gobernador, mientras abría el único armario de la pequeña sala—. ¡Ah, aquí está! —exclamó, y acto seguido sacó un trozo de tela y se lo mostró a los miembros de la comisión—. ¡Vean ustedes!

El damat doctor, el mayor Kâmil, el director de inteligencia, los sacerdotes, todos contemplaron la tela de un tono rosa rojizo sobre la que habían bordado con gran destreza una rosa de Minguer. El gobernador examinó atentamente la expresión de sus rostros.

—Parece que a todos les gusta su banderola, Nikiforo Efendi —dijo.

—Fue idea de Bonkowski Pachá —replicó el farmacéutico.

—Entonces no cabe duda de que se le devolverá, y de hecho ya lo tenemos registrado en nuestros archivos. Lamentablemente, en estos momentos no voy a poder

devolvérsela. Pero el día en que acabe la epidemia y celebremos todos juntos su derrota, yo mismo se la entregaré delante de todo el mundo. Son testigos de ello nuestros profesores, los señores obispos y los militares aquí presentes.

—Como usted estime conveniente, excelencia —contestó Nikiforo.

—La banderola es suya, por supuesto…, pero la rosa de Minguer pertenece a toda la nación.

Más adelante, los historiadores discutirían largo y tendido sobre lo que quiso decir el gobernador Sami Pachá al utilizar la expresión «toda la nación», si se refería solo a la gente de la isla o a todo el pueblo del Imperio otomano.

Tras volver a guardar el trozo de tela en el armario, el gobernador tomó su asiento habitual en la mesa de reuniones y procedió a enumerar en voz alta y enérgica la lista de medidas que había decidido previamente junto a los doctores Nuri e İlias, a fin de ponerlas a votación. Estas incluían utilizar algunas partes del castillo (uno de los patios más grandes y un gran edificio situado dentro del complejo) como zonas de aislamiento, escoger el emplazamiento del nuevo cementerio fuera de la ciudad y establecer el tipo de medidas que se adoptarían para proteger las casas desalojadas. Muchas de esas decisiones tomadas apresuradamente determinarían más adelante el curso de la historia de la isla y cambiarían por completo la fisonomía de algunos barrios de Arkaz. De todas las medidas acordadas aquel día, la que más sorpresa y consternación causaría entre la población al ser anunciada fue la de prohibir las «multitudes» y «juntarse más de dos personas».

—¿También se prohibirán la oración de los viernes y los sermones multitudinarios de los predicadores más populares? —preguntó el cónsul ruso Mijáilov.

—Tenemos autoridad para prohibirlos, pero de momento no lo haremos —respondió el gobernador—. En cualquier

caso, ¿qué médico, y con qué motivo, podría impedir que un devoto acuda solo a la mezquita, que haga solo sus abluciones y que rece sus oraciones sin tocar a nadie?

—Esas alfombras viejas y sucias son un nido para todo tipo de enfermedades —se oyó una voz entre burlona e indignada.

—La comunidad griega ortodoxa puede suspender las misas de los domingos, si es preciso —intervino el obispo Konstantinos Efendi, su líder espiritual—. Nuestros fieles lo entenderán.

Desde el comienzo de la epidemia, las iglesias estaban un poco más vacías de lo habitual. Por el contrario, en las mezquitas había mucha más gente que de costumbre, y durante los funerales se reunían grandes multitudes.

—Si la enfermedad se propaga hasta la zona del Embarcadero de Piedra, hasta los barracones donde viven los inmigrantes cretenses, ¿por qué debería cerrar su tienda el fabricante de colchas de mi barrio de Eyoklima? —preguntó el cónsul francés, monsieur Andon.

—¡Porque estás muy cerca de la guarnición! —dijo alguien, pero no se hicieron más comentarios sobre el asunto.

En el transcurso de la reunión, los cónsules recibían noticias de sus secretarios acerca del desarrollo de las actividades en la ciudad y del avance de la enfermedad. En consecuencia, todos los temas que se discutieron aquella mañana afectaron principalmente al gremio de comerciantes y de ahí se extendieron al resto de la ciudad, provocando malentendidos, resentimientos y rumores infundados, sazonado todo con acusaciones y reproches.

Gran parte de las discusiones se centraron también en la creencia generalizada de que debía de haber muchos más muertos de los que se había informado, sobre todo entre los pobres, los musulmanes y los inmigrantes de Creta. Todos ellos ocultaban a sus fallecidos, pues temían que acudiesen los agentes de la cuarentena, los desalojaran de sus casas, y

confiscaran o incluso prendieran fuego a las mercancías de sus negocios.

—Los musulmanes son gente muy apegada a sus muertos y, como ustedes han mencionado, a los funerales —comentó el gobernador ante sus insistentes alegaciones—. Por eso resultará prácticamente imposible que esa gente entierre a sus seres queridos de manera furtiva en mitad de la noche, sin lavar antes los cadáveres y recitar las oraciones y plegarias preceptivas.

—¡Tal vez su excelencia el gobernador quiera preparar su landó blindado para que lo lleve ahora mismo hasta el Viejo Embarcadero de Piedra, cerca de la Escuela Secundaria Militar! —exclamó el cónsul de Francia.

—Ya hemos recibido cierta información al respecto —replicó el gobernador—. Por lo visto, anoche estuvo visitando la zona acompañado por el cónsul griego Leonidis. Pero allí no hay gente de la isla, solo inmigrantes.

—Díganos, ¿se encontró anoche con algún cretense deambulando con una cesta llena de ratas muertas para propagar la peste? —intervino el cónsul inglés monsieur George, conocido por no desperdiciar la menor oportunidad para hacer una broma. (Y quien, por cierto, era realmente inglés y cónsul).

—Hay tanta gente que se cree cosas como esas que casi empiezo a creérmelas yo también.

—¡Sabíamos del demonio que extiende la peste, pero no sabíamos que fuese de Creta!

—Antiguamente —intervino el doctor Nuri—, cuando la peste se declaraba en Florencia o en Marsella y el príncipe, el gobernador de turno o el Estado demostraban no estar capacitados para afrontar la situación, eran los propios ciudadanos, desde el más joven hasta el más viejo, los que se ponían manos a la obra y se encargaban de rastrear la enfermedad casa por casa. Está claro que en esta isla también

habrá gente así, héroes dispuestos a sacrificarse no solo para salvar sus propias vidas, sino también a toda la ciudad.

—¿Como el doctor Alexandros de Tesalónica?

—Tal vez sí que haya gente dispuesta a poner en riesgo su vida por el bien de la isla, pero nadie se ofrecerá voluntario en este ambiente de hostilidad.

—Diga lo que diga el gobernador, en estos momentos no será fácil encontrar a un musulmán que se sacrifique por un cristiano, ni a un cristiano por un musulmán. Los que nos han llevado hasta esta situación de división deberían reflexionar al respecto.

—Los jóvenes musulmanes podrían colaborar en los barrios musulmanes y los jóvenes rums en los barrios rums —propuso el cónsul inglés.

—La alternativa sería hacer lo que están haciendo los ingleses en la India, y con buenos resultados.

—Debo decir que es la primera noticia que tengo de que los ingleses estén consiguiendo algún progreso contra la peste en la India.

—Siendo además un país en el que nadie se ofrece voluntario y donde ni siquiera entienden la necesidad de ofrecerse voluntario…

—¡Los militares los obligarán por la fuerza!

—No, señor —repuso el damat doctor sonriendo al cónsul ruso Mijáilov—. Llegado el caso, no habrá que recurrir a voluntarios para ir casa por casa, sino a los soldados.

Se produjo un breve silencio.

—Los soldados árabes con que contamos aquí no entrarán en esas casas —intervino el director de inteligencia.

Tras el Incidente del Barco de los Peregrinos, Abdülhamit relevó de sus funciones a las cuatro divisiones militares de la isla, con sus respectivos comandantes, para enviarlas a servir a

otros rincones del Imperio, y las reemplazó por dos divisiones del Quinto Ejército estacionadas en Damasco y formadas por árabes que no sabían turco. El nuevo comandante recibió órdenes estrictas de no inmiscuirse en los asuntos políticos de la isla ni en la aplicación de las cuarentenas. En su lugar, debían centrarse en perseguir a las guerrillas griegas de las montañas.

—¡No seamos tan pesimistas! —exclamó el gobernador—. No será necesario que los soldados entren en todas las casas y mansiones para hacer el rastreo. Tan solo harán guardia por las calles para intervenir si se produce algún altercado. ¡Aunque también les proporcionaremos pólvora y municiones!

—¿Y si esos soldados que solo hablan árabe vuelven a abrir fuego contra la gente por error? —inquirió el cónsul francés.

—Su Majestad el sultán ha enviado desde Estambul al mayor Kâmil para que el ejército de voluntarios reclutados para la cuarentena dentro de la provincia de Minguer se ajuste a los altos estándares de la organización militar del Estado —respondió el gobernador, señalando al mayor—. ¡Y este joven y valeroso oficial ya se encuentra entre nosotros!

El mayor Kâmil, sentado junto a los secretarios y otros militares en las sillas alineadas a lo largo de la pared, se levantó un momento y, ruborizado por la vergüenza, saludó a los miembros del comité. (Por un instante se le pasó por la cabeza que su rango era inferior a lo que le correspondía por edad.) Y, cuando volvió a sentarse, ya se había convertido en comandante de una división especial constituida para reforzar las medidas de la cuarentena en la provincia de Minguer. Y, dada la urgencia de la situación, se decidió también que el reclutamiento empezaría inmediatamente.

—¡Estambul ya nos ha asignado los fondos necesarios para pagar al ejército de voluntarios! —mintió de nuevo el gobernador.

—¡Excelencia, sabe muy bien que esos fondos no llegarán nunca! —se atrevió a decir el cónsul inglés monsieur George.

Esas palabras expresaban los sentimientos que todos los participantes en la reunión compartían. Porque nadie lo decía en voz alta, pero todos tenían la impresión de que Estambul, y lamentablemente también Su Majestad, anteponían sus propios intereses a los de la isla. Ante la evidente desazón general, el gobernador quiso decir algo para tratar de apaciguar sus sentimientos de abandono e inseguridad:

—Todos los isleños tenemos el deber moral de impedir que quienes vayan a abandonar mañana la provincia de Minguer en los ferris de línea y en los barcos no programados propaguen la enfermedad a Estambul, a todos los territorios otomanos e incluso a Europa.

Mientras hablaba, el gobernador casi podía sentir las silenciosas objeciones de todos los que se sentaban alrededor de la mesa. A decir verdad, todos esos recelos también se habían abierto paso de manera inadvertida hasta su propio corazón. El objetivo prioritario de las restricciones impuestas desde Estambul no era garantizar la protección de los minguerenses, sino evitar que la enfermedad se propagase al resto del Imperio.

Esta rabia velada contra Estambul se proyectaba a veces contra la persona del gobernador. Pero, a pesar de la insistencia de los cónsules y los médicos, esta segunda reunión tampoco bastó para establecer un estricto cordón sanitario alrededor de los barrios musulmanes y de las calles más infectadas en las que vivían los inmigrantes cretenses. Y, tal como los miembros del comité intuían, la razón residía en el temor del gobernador a la reacción airada del jeque Hamdullah por haber encerrado a su hermano Ramiz, y a la posibilidad de que boicoteara la cuarentena.

Otra de las medidas propuestas por Estambul era que había que quemar hasta los cimientos las casas demasiado contaminadas como para someterlas a una desinfección

normal. El gobernador nombraría una comisión de siete miembros, compuesta por representantes de las comunidades y funcionarios de la tesorería de Minguer, cuya misión sería determinar una compensación justa para aquellos que vieran sus casas y pertenencias reducidas a cenizas. La cantidad de la indemnización establecida por dicha comisión no sería negociable.

—¡Se supone que habrá dinero en las arcas para pagar a esos desgraciados a los que les quemen las casas! —exclamó el cónsul alemán.

—Me sorprende que un gobierno que ni siquiera se atreve a imponer un cordón sanitario tenga la osadía de quemar la mansión de un musulmán —añadió el cónsul de Francia.

—Tal como nos explicó en la mañana de ayer el doctor İlias, asistente de Bonkowski Pachá (que en paz descanse), Su Majestad el sultán es plenamente consciente de que lo único que consiguió detener la epidemia de cólera de hace siete años en Üsküdar y Edirne fue la quema de los barrios más contaminados en los que se originó el brote.

—¡Usted nos contó ayer que la preferencia de nuestro sultán era incendiar las áreas infectadas, y que Su Majestad se lo había manifestado personalmente a Bonkowski Pachá! —repuso el doctor Nikos, clavando la mirada en el doctor İlias.

—¡No, eso no es lo que dije! —replicó el doctor İlias.

—Sí lo dijo, y ahora lo está negando. ¿De qué tiene miedo?

—No se trata de una cuestión de valor, sino de medida —terció el doctor Nuri, acudiendo en ayuda del doctor İlias—. En la actualidad, para detener la enfermedad en los pueblos que rodean Bombay bastaría con quemar la inmundicia acumulada en las calles, los vertederos y las casas infectadas. Pero solo diez kilómetros al oeste, en los edificios de apartamentos del centro de Bombay donde la epidemia hace estragos, la única manera de ralentizar el avance de la

enfermedad es imponer un cordón sanitario a toda una calle o a un barrio entero.

El doctor Nuri hizo una breve pausa, examinando los rostros de los miembros de la comisión para ver el efecto que habían causado sus palabras, y luego prosiguió:

—Cada medida depende del lugar en que se aplica. La práctica de quemar las pertenencias de los muertos y todo lo que esté infectado es muy común en Arabia y en el Hiyaz, y ahora también en China y en la India. En algunos casos, incendiar los barrios más pobres y mugrientos durante una epidemia de cólera se veía como una oportunidad para expulsar del centro de las ciudades a holgazanes, vagabundos y granujas, y como una posibilidad de reestructurar la planificación urbanística creando áreas más nuevas y modernas, y abriendo parques públicos más saludables para la ciudadanía.

—¡Nosotros no queremos algo así! —exclamó el gobernador.

—Pero tal vez esta epidemia no sea como esos pequeños brotes de cólera que hemos sufrido hasta ahora y que desaparecían por sí solos al final del verano —argumentó el director de cuarentenas Nikos.

—Excelencia, ¿por qué cree que la situación en la India se ha agravado tanto hasta convertirse en un conflicto abierto entre los ingleses y la población local? ¿Es verdad que están matando a los oficiales y médicos ingleses por las calles?

—Por desgracia, hay que culpar de ello a la intransigencia de los oficiales de la colonia británica. Enviaron tropas montadas para buscar a los enfermos de peste entre los lugareños ignorantes que no sabía nada de microbios ni de enfermedades, y además sin mostrar el menor respeto por las costumbres religiosas locales. Separaban a las familias, aislaban a los sospechosos de estar contagiados y enviaban a los enfermos a los hospitales sin siquiera dignarse explicar por

qué y adónde se los llevaban. Por eso la población empezó a imaginarse que en los hospitales se envenenaba a la gente y que utilizaban la excusa de la epidemia para mutilar y desmembrar sus cuerpos.

—Pero también debemos recordar que los nativos indios, en su ignorancia y primitivismo, y en su hostilidad contra los ingleses, habrán ejercido *sabotage* contra todo —añadió el director de cuarentenas—. ¿Acaso no han oído las cosas que proclamaban por allí? «¡La mezquita es nuestro hospital!».

—¿Y aprueba usted tales ideas? —preguntó el cónsul ruso Mijáilov—. ¿Acaso deberían renunciar los médicos a ejercer la medicina cuando se enfrentan a esa gente inculta que rechaza la ciencia?

—Llegó un momento en que los indios estaban tan furiosos que mataban a cualquier blanco o europeo que se les pusiera por delante, fuera o no médico. Por ese motivo suavizaron las restricciones. Las revueltas disminuyeron, pero la peste comenzó a propagarse a mayor velocidad. Al final, los ingleses, temerosos de que estallaran más tumultos, razonaron del siguiente modo: dado que la población local se rebela contra la cuarentena, nosotros nos cruzaremos de brazos y no haremos nada hasta que sean ellos los que vengan a pedirnos ayuda… Pero eso hizo que en Calcuta, por ejemplo, la peste acelerara su propagación.

—Si me lo permiten, me gustaría tomar la palabra —intervino el jefe de la comunidad rum ortodoxa, Konstantinos Efendi. Todos se volvieron llenos de respetuosa atención hacia el obispo de la iglesia de Hagia Triada, que en las dos últimas jornadas se había mostrado muy poco hablador y que ahora pronunció esmeradamente el discurso que había preparado con antelación—: ¡Señores, Minguer no es la India! Esa comparación no es acertada. La buena gente de nuestra isla, ya sea ortodoxa o musulmana, es culta y civilizada, y en estos terribles momentos cumplirá de forma leal y disciplinada con las medidas ordenadas por nuestro sultán y que su excelencia

el gobernador se está esforzando con tanto afán por llevar a la práctica.

—¡Bravo!

—Si no se imponen las restricciones y procedimientos médicos recomendados por temor a que los fanáticos religiosos se rebelen o provoquen tumultos, será entonces cuando se desate el verdadero desastre —prosiguió el obispo —. La comunidad rum de la isla está huyendo; la epidemia nos ha atemorizado. Hay quienes incluso llegan a afirmar: «Han hecho circular todos estos rumores sobre la epidemia para ahuyentar a los rums de la isla, dejarnos en minoría y que no podamos reclamar la independencia».

—Señores, nuestra isla no es una colonia del Imperio otomano ni de ningún otro país —dijo el gobernador—. El pueblo de Minguer, del que más de su mitad son musulmanes, forma parte inseparable del Estado otomano y tanto cristianos como musulmanes permanecerán leales a Su Majestad nuestro sultán hasta el final.

El debate sobre «esto no es la India» continuó un poco más, como si el gobernador ni siquiera hubiera hablado, y entonces el doctor Nuri explicó que, tres años atrás, un tercio del casi millón de habitantes que conformaban la población de Bombay huyó de la ciudad presa del pánico a la peste.

—Si no imponen un cordón sanitario a los tekke infectados de los barrios de Germe y Kadirler, la comunidad rum empezará también a abandonar Minguer…, tal vez en su totalidad —afirmó el obispo de Hagia Triada—. Lamento decir que el éxodo de los rums de nuestra isla ya ha comenzado.

21

Cuando la reunión del comité estaba llegando a su fin, las agencias de viajes ubicadas en la avenida Estambul y los alrededores del puerto recibieron, a través de los escribanos, la información confidencial de que a partir de la medianoche del domingo todos los pasajeros de los barcos que zarparan de la isla serían sometidos a una cuarentena de cinco días. Hasta que llegara esa fecha, solo había programados oficialmente dos barcos, pero en tres días y medio se produciría una emigración masiva de la isla.

Las compañías enviaron de inmediato telegramas a sus oficinas centrales solicitando navíos adicionales y alquilando barcos para añadir pasajes a su programación habitual. En el puerto empezó a acumularse una enorme multitud de gente que había cerrado rápidamente sus casas y corrido hasta el puerto para comprar billetes, otros que querían tantear lo que estaba pasando antes de tomar una decisión definitiva, y también había algunos (una cantidad significativa) que ya habían decidido no marcharse de la isla pero que habían acudido para curiosear. La mayoría de los que habían cerrado sus casas y empaquetado sus pertenencias para irse de la isla fuera de temporada eran las grandes familias adineradas de rums. Por ejemplo, los Aldonis, que se habían hecho de oro durante los años gloriosos del comercio del mármol de Minguer; los Hristos, los nuevos magnates del negocio del aceite de oliva; o Tomadis Efendi, propietario de la galería Dafni, que importaba a la isla los cubrecamas, enaguas y manteles de mejor calidad de Tesalónica. (Había clausurado su tienda a medianoche y había enviado los productos a su residencia fuera de la ciudad para evitar que los desinfectaran y echasen a perder).

También habían acudido al puerto los hijos de algunas de las familias musulmanas más prominentes de Minguer, como Fehim Efendi, funcionario de aduanas de la estirpe de Mahmut Pachá el Ciego; o Celal, hijo de Ferit, quien de hecho vivía en Estambul pero que había venido a la isla para controlar las obras de renovación de su residencia de verano. Sin embargo, la mayor parte de la población musulmana no se inmutó ante esta primera ola de pánico. Con esto no pretendemos sugerir, como suelen hacer algunos historiadores orientalistas, que su actitud fuera producto del «fatalismo» musulmán frente a la epidemia. La realidad es más simple: la población musulmana era más pobre e inculta en comparación con los cristianos, y estaba más desconectada del mundo exterior.

Cuando los delegados del Comité de Cuarentena se estaban dispersando, estalló una tormenta con rayos y truenos que los dejó empapados a todos. Los estruendos procedentes de los negros nubarrones que habían descendido hasta rozar las torres del castillo retumbaban como si fueran vaticinios de muerte. Un relámpago de luz verdosa impactó sobre el mar en las inmediaciones del Faro Árabe, evocando por un momento en los prisioneros que lo vieron desde las troneras de la mazmorra la sensación de un recuerdo lejano. A continuación, se desató un chaparrón demencial que los más propensos al simbolismo equipararon al «diluvio universal».

Mientras los torrentes del ensordecedor aguacero fluían hacia el puerto, mezclándose con el agua sucia de los desagües, badenes y canales que corrían por el centro de las calles, los escribanos municipales estaban preparando la publicación de las medidas de cuarentena en los dos periódicos principales de la isla, uno en turco y el otro en rum. En las mismas imprentas se confeccionaron carteles con los mismos textos, en los que se anunciaban en letras enormes las palabras PESTE y CUARENTENA , y que serían colgados por todas las paredes de la ciudad. Un cartel elegantemente ilustrado informaba a los ciudadanos de que el municipio pagaría seis *kuruş* de plata por cada rata muerta.

El director de cuarentenas Nikos y el gobernador sabían que muchos tenderos esconderían sus productos para evitar que quedaran arruinados por los líquidos desinfectantes, y que prácticamente la mitad de los establecimientos del Mercado Viejo ya habían sido vaciados. El damat doctor envió a los bomberos desinfectadores más avezados, corpulentos y diligentes a dos vetustas tiendas de antiguallas y objetos de segunda mano de la puerta de Saraçlar en el Mercado Viejo. Los chamarileros utilizaban los solares y vertederos situados detrás de sus locales para almacenar cosas, y estaban revendiendo todo tipo de pertenencias de víctimas de la peste —relojes decrépitos, iconos ortodoxos, pipas de fumar, colchones, ropa, pantalones, sábanas y prendas de lana— que probablemente estaban infectadas con el microbio. En este tipo de tiendas también había artículos suministrados por los ladrones que entraban en las casas desocupadas, las saqueaban o incluso vaciaban por completo, por lo que ponían en letal circulación ropa, alfombras, mantas y otros productos textiles. El gobernador era de la opinión de que estos establecimientos gestionados por rums cretenses particularmente astutos y emprendedores eran focos de enfermedad, inmundicia y miseria, y de hecho albergaba desde hacía tiempo la intención de clausurarlas con alguna excusa. Hasta entonces había tenido miedo de la posible reacción de los comerciantes.

Los funcionarios de cuarentenas, provistos de máscaras y guantes, no tardaron mucho en llenar un carro con todos los objetos y productos textiles que acumulaban estos dos chamarileros y los de otras tiendas más pequeñas en calles cercanas, y los transportaron cuesta arriba hasta la colina de Dikili, avanzando penosamente a lo largo del riachuelo. Allí las autoridades municipales estaban cavando dos grandes fosas donde se arrojarían e incinerarían con cal viva todos los materiales infectados con el microbio de la peste: tejidos, géneros de lana y demás objetos.

Este tipo de prácticas, que recordaban a tiempos de epidemias de muchos siglos atrás, tenían su justificación

científica. Quemar y destruir era una opción más básica y barata que recoger las posesiones de los muertos entregadas por sus asustados familiares, desinfectarlas arduamente una por una con lisol y ácido carboxílico (sustancias que no abundaban en la isla) y devolverlas a sus dueños.

Los funcionarios de cuarentenas no se dejaban conmover por las súplicas llorosas de los tenderos más codiciosos, aunque, a partir de diversas cartas de reclamación que fueron presentadas esos días, sabemos que algunos comerciantes gozaron de trato de favor. Algunos propietarios no protestaron porque, cuando confiscaron sus productos, vaciaron de arriba abajo sus locales y los desinfectaron con cal, los miembros del Comité de Daños y Perjuicios les dejaron por escrito generosas promesas de indemnización. Otros, como los zapateros y marroquineros de los alrededores del puente Viejo, ofrecieron más resistencia, pero aparte de gritar y lamentarse tampoco podían hacer mucho más. La sensación generalizada era la siguiente: «Se está utilizando la cuarentena para castigar a la población cristiana, y eso que han sido los peregrinos musulmanes los que han traído la peste a la isla».

Los funcionarios de desinfección, equipados con bombas de líquido a la espalda, voluminosas máscaras y ponchos de linóleo, ofrecían un aspecto verdaderamente aterrador. Los primeros nueve hombres reclutados, que pervivirían en los sueños y pesadillas de los niños de la isla durante años, eran bomberos ordinarios que habían recibido una formación especial para utilizar los dispositivos de bombeo. Años atrás, cuando era necesario esparcir líquidos desinfectantes mediante el uso de bombas, quien se encargaba de realizar esta labor era el equipo de apagafuegos de Minguer —que acabaron siendo conocidos popularmente como «bomberos»—, y con el paso del tiempo estas tareas de desinfección o rociamiento de líquidos les fueron asignadas de manera definitiva. Recordemos que, después del descubrimiento de las bacterias (o microbios, como los llamaba la gente), se puso de moda inventar artefactos con bombas y elegantes dispositivos

llamados «espráis» para pulverizar y rociar con líquidos desinfectantes (algunos efectivos, otros no tanto) los objetos y superficies a fin de limpiarlos de gérmenes. Kiryako Efendi, el propietario de los almacenes de artículos de lujo Bazaar du Île, encargó que le trajeran de Tesalónica dos modelos distintos de pulverizador desinfectante para el hogar.

Desde el inicio de la epidemia, en las entradas de muchos edificios estatales se habían apostado funcionarios que esparcían por el aire agua desinfectante (una solución de ácido carboxílico), agua con lisol o alguna otra mezcla parecida, algo que también hacían los botones en las puertas de los hoteles Levant y Splendid. Estas precauciones iniciales —que hoy sabemos que resultaban muy poco efectivas— concienciaron a la gente de que tenía que ir con cuidado y mantener unos estándares elevados de higiene, pero también transmitieron el equívoco mensaje de «¡Que no cunda el pánico, no pasará nada!», creando la ilusión de que la epidemia era una amenaza menor de la que para protegerse bastaba con recurrir a pulverizadores e impregnarse de líquidos desinfectantes con agradable olor a perfume.

En Arkaz, durante los brotes de diarrea que cada verano se daban sobre todo en los barrios de Germe y Çite y en los tugurios cercanos al puerto, la gente estaba acostumbrada a ver a un bombero de edad avanzada que recorría penosamente las calles desinfectando con un líquido de color verde botella los retretes, los desagües y los canales saturados de aguas sucias y enfangadas a cuyo alrededor revoloteaban los mosquitos. Los niños no le tenían miedo a aquel agradable viejo que guerreaba contra la diarrea y correteaban arriba y abajo por los callejones siguiéndole los pasos. Los vecinos y los tenderos siempre estaban a disposición del anciano bombero: cuando este decía «abre», le abrían la puerta; cuando decía «muéstrame», le mostraban los recovecos y agujeros que quería inspeccionar. Todo el mundo se prestaba a ayudarle de buena gana para que llevara a cabo satisfactoriamente sus operaciones de desinfección.

Ahora la situación era justo la contraria: todo el mundo evitaba a los aterradores bomberos que desinfectaban las calles. ¿Se debía a su ominosa presencia en grupos más numerosos por todas las esquinas de la ciudad? ¿O al centelleo del sol poniente reflejándose al anochecer sobre sus dispositivos de bombeo y sus largas y negras máscaras? Los niños no se andaban con bromas ante aquellos bomberos enmascarados, y al verlos huían asustados como si hubieran visto a uno de aquellos *tepegöz* que portaban la peste y la propagaban por las fuentes y los pomos de las puertas. Por su parte, los taberneros, carniceros, fruteros y vendedores de siropes y bebidas no querían cooperar con ellos, sino proteger sus negocios y productos.

Pero no todos los comerciantes eran tan «espabilados». Un verdulero de la zona del mercado se había imaginado que si, crucifijo en mano, juraba que sus lechugas y pepinos procedían directamente de su huerto, los funcionarios municipales lo dejarían en paz. (Después de que fuera detenido y torturado se reveló que tenía conexiones con los separatistas griegos.) Y al ver cómo dos bomberos de poncho negro desinfectaban sin ningún miramiento su mostrador, se encolerizó tanto que cayó redondo al suelo. Kosti Efendi, el afable propietario de la tienda de siropes más apreciada de Arkaz, también había supuesto que bastaría con mostrar una sonrisa y buenas intenciones. Cuando los doctores y funcionarios de cuarentenas enmascarados entraron en su célebre establecimiento, especialmente popular entre los niños de la ciudad, el tendero quiso demostrar que sus bebidas no estaban en absoluto contaminadas llenando delante de todo el mundo cuatro vasos de sus siropes —de agua de rosas, naranja, bergamota y cereza— y bebiéndoselos uno tras otro de un trago. Pero en cuestión de segundos los funcionarios de cuarentenas y la cuadrilla de bomberos ya estaban manos a la obra vertiendo el contenido de todas las jarras de sirope y desinfectando con líquido cargado de fenol todos los rincones del establecimiento. Después se presentó otro equipo para

sanearlo con cal y —igual que había hecho en el Hiyaz el doctor damat con los comercios de los tenderos árabes— tapiar la puerta con planchas de madera a fin de dejarlo completamente sellado, y acto seguido se le prohibió al propietario llevar a cabo ningún tipo de actividad comercial hasta el final de la epidemia.

—¡Les regalo todos los siropes que han vertido! Pero díganme, ¿nosotros ahora de qué comeremos en casa? ¿Cómo nos las apañaremos? —preguntó Kosti Efendi.

Cuando las lamentaciones del tendero llegaron a oídos del gobernador —que seguía el desarrollo de los acontecimientos minuto a minuto desde su despacho (al igual que Abdülhamit controlaba minuciosamente todo su imperio desde el palacio de Yıldız)—, envió otro telegrama a Estambul solicitando ayuda. Y como el gobernador hacía constantemente las mismas peticiones utilizando siempre el mismo tono y las mismas expresiones, el escribano de encriptación a veces confeccionaba de memoria los mensajes sin necesidad de consultar el manual de codificación. «Solución desinfectante», «tiendas de campaña», «hornos de vacío», «médicos» y «voluntarios» eran las palabras que más figuraban en esos telegramas enviados a Estambul.

El doctor Nuri sabía por su experiencia en las epidemias vividas en otras ciudades lo rápidamente que algunos funcionarios de desinfección podían abandonar la actitud amable y compasiva propia de los antiguos bomberos de Estambul para adoptar una agresividad pendenciera, como si fueran matones. Algunos bomberos rociaban el líquido desinfectante con un movimiento de mano grácil y elegante, como si estuvieran regando flores. Otros parecían incluso estar pidiendo disculpas cuando se dirigían a los tenderos. Si se pronunciaba con el tono adecuado y en el momento apropiado, la expresión «¡Aquí no, por el amor de Dios!» podía reblandecer el corazón del bombero más diligente y hacer que pasara por alto algún rincón. Pero a veces podía ocurrir todo lo contrario. De pie en una de las entradas laterales del Mercado

Viejo, el doctor Nuri presenció desde lejos la disputa que mantenían un funcionario de cuarentenas y un comerciante local: molesto por las imprecaciones del carnicero, el bombero, blandiendo el dispositivo pulverizador como si sostuviera el cañón de un fusil, se puso a fumigar con un ansia punitiva las mesas bañadas en sangre donde se despedazaban las carnes, las pieles rosáceas y amarillentas de pollos y codornices desplumados, sus pechugas, muslos y despojos, y finalmente empapó de desinfectante al carnicero y su joven aprendiz. El doctor Nuri, que había intercedido en muchas ocasiones para poner fin a las luchas que surgían entre los soldados otomanos y los tenderos y camelleros en localidades de la península Arábiga, sabía que para que la cuarentena prosperase y salvar así la ciudad era necesario minimizar este tipo de trifulcas antes de que la situación se agravara.

El gobernador pachá planeó con especial meticulosidad la desinfección del tekke del jeque Hamdullah, y para ello pidió a sus espías que trazaran un detallado mapa del interior. Antes de pasar a la acción, la cuadrilla de bomberos fue informada de dónde dormía el jeque Hamdullah y dónde oficiaba sus liturgias (dos lugares que habría que evitar a toda costa), las habitaciones de invitados, los talleres textiles de hilado, el cuarto donde se guardaba la preciada lana del tekke, las letrinas del patio y las alcobas de los derviches.

—No pidáis permiso para entrar —les dijo el gobernador pachá—, limitaos a enseñar la orden de cuarentena y poneos a desinfectar con total naturalidad. Pero si alguien os agarra del brazo, si intentan deteneros por la fuerza, no respondáis, simplemente os retiráis al jardín. Pase lo que pase, no os metáis en peleas o discusiones, ni verbales ni físicas.

En el patio posterior de la sede de la gobernación había doce soldados fornidos del Quinto Ejército con los fusiles al hombro y a la espera de órdenes. Sus uniformes eran viejos y estaban desteñidos, aunque limpios. Habían sido escogidos porque eran de los pocos que sabían chapurrear algunas

palabras en turco, y estaban bajo el mando de un veterano oficial de Sinope que, como ellos, no sabía leer ni escribir.

Con su patrulla de corpulentos soldados armados, su cuadrilla de bomberos enmascarados y un grupo de funcionarios municipales que portaban diez ratoneras recién fabricadas para regalarlas al tekke, la delegación constituía una imponente fuerza de cuarentena. Detrás de ellos iba el mayor Kâmil, a quien el doctor Nuri había encargado que los acompañara como una especie de observador. Los detalles de lo que realmente ocurrió ese día en el tekke los sabemos gracias a las explicaciones que el mayor le dio al doctor Nuri, y lo que este le contó a Pakize Sultan.

El equipo de desinfección irrumpió en el tekke como si de una redada se tratase. Antes de que los porteros, los derviches y los discípulos que rondaban cerca de la entrada del patio se dieran cuenta de lo que estaba pasando, los bomberos ya estaban sometiendo los primeros objetivos de su exhaustivo plan a una intensa lluvia de lisol de olor agrio: el taller de hilado de lana, la cocina y la puerta del patio que daba a las alcobas de los derviches.

El altercado empezó cuando se dirigían hacia las alcobas y la pequeña mezquita de al lado, uno de los edificios más antiguos del tekke. Los porteros y guardianes encargados de proteger el recinto derribaron a uno de los bomberos más mayores y empezaron a golpearlo con bastones que habían cortado y preparado previamente. Alertados por los gritos e improperios, los discípulos se pusieron en pie, los derviches salieron de sus alcobas —algunos a medio vestir, otros sin siquiera ponerse los sombreros—, y, blandiendo azuelas de jardinería que habían cogido rápidamente, corrieron todos al patio principal del tekke para sumarse a la trifulca.

Viendo que estaba a punto de estallar una batalla campal, el comandante de los soldados árabes, desoyendo las repetidas advertencias del gobernador, decidió hacer más caso a su

instinto militar y ordenó a la tropa que se preparara para combatir.

Justo en ese momento, la voz del jeque Hamdullah resonó por todo el patio.

—Sean bienvenidos, nos honra su visita —anunció.

En escuchar su voz, os acólitos, que pensaban que su líder estaba durmiendo o quizá incluso enfermo, pararon en seco y bajaron las armas. Luego el jeque se dirigió brevemente en árabe a los soldados del Quinto Ejército, recitando los versículos de la sura de *Al-Hujurat* (*Los aposentos*) del Corán que venían a decir: «Todos los creyentes son hermanos». Aunque en ese momento muchos no entendieron exactamente el significado de sus palabras, la franqueza de su voz y la dulzura de su árabe convencieron a los presentes de que cualquier enfrentamiento resultaría fútil.

Pero, mientras tanto, varios de los bomberos más diligentes seguían desinfectando las alcobas con lisol. Algunos observadores afirman que lo que enojó de verdad al jeque Hamdullah no fue que hubieran detenido a su hermanastro como principal sospechoso del asesinato de Bonkowski Pachá (el jeque creía sinceramente que Ramiz sería absuelto de toda culpa), sino que, a pesar de sus palabras conciliadoras que habían apaciguado a sus acólitos, aquellos bomberos rompieran sin ningún miramiento el cerrojo de la cámara que contenía el tesoro más preciado del tekke —su lana sagrada— y lo dejaran todo empapado con aquel líquido con lisol de olor nauseabundo.

Rociar con lisol el *kenz-i mahfi* («tesoro oculto», un concepto salido de uno de los hadices más conocidos) constituía una transgresión tan inaceptable, una falta de respeto tan extrema, que al enterarse de ello algunos de los ancianos más venerables de la isla fruncieron el ceño como si les acabaran de contar una mentira calumniosa, aseverando que era imposible que se hubiera producido tal aberración. El gobernador también hizo todo lo posible por transmitir el

mismo mensaje a la opinión pública, temiendo que la situación se agravara. Pero aun así otros muchos estaban convencidos de que el tekke había sido injuriado, que el templo sagrado había sido profanado con lisol. Por su parte, los periodistas rums más cizañeros y los cónsules sostenían justo lo contrario: que el gobernador no había tratado con suficiente mano dura el tekke, que la desinfección debería haber sido más exhaustiva. Estas afirmaciones estaban basadas en el testimonio de un anciano bombero presente en el lugar de los hechos.

En el transcurso de la desinfección, dicho bombero había visto a dos discípulos afectados por la peste que yacían en una alcoba. Había reconocido la gravedad de su estado por los bubones en el cuello y por la aturdida expresión de sus rostros, febril y delirante. Algunos cónsules se apoyaron en estas declaraciones para bombardear Estambul con telegramas y para ejercer presión sobre el gobernador exigiéndole que acordonara cuanto antes no solo el tekke, sino el barrio entero. Pero el gobernador, convencido de que aquello colmaría la paciencia del jeque Hamdullah y desataría su ira, decidió que la mejor estrategia era la misma que había adoptado después del Motín del Barco de los Peregrinos: acallar los rumores y esperar tranquilamente a que desaparecieran. Sin embargo, en lo que todo el mundo coincidió a raíz de este incidente fue en que los soldados árabes del Quinto Ejército de Damasco, que no hablaban ni turco ni minguerense, no deberían utilizarse nunca más como fuerza de cuarentena.

Así pues, el gobernador y el doctor Nuri presionaron al mayor Kâmil para que se apresurara en la formación de un grupo de soldados, incluso un pequeño ejército, que solo se ocuparía de las labores de cuarentena. A pesar de las diversas complicaciones de los últimos tres días, y realizando una labor que a muchos les llevaría tres semanas, el mayor había logrado reclutar a catorce «soldados» de aquella pequeña fuerza de cuarentena, cuyo mando, recordemos, se le había encomendado durante la reunión del comité.

Se decidió que el cuartel general de la nueva división se instalaría dentro del recinto de la guarnición militar, en un barracón situado cerca del horno que hasta entonces había sido utilizado como almacén y que esa misma mañana se había empezado a vaciar. La oficina principal de reclutamiento del ejército otomano, ubicada en el puerto, también se cedió con carácter provisional a esta nueva División de Cuarentena. Allí el mayor dispondría de su propia mesa para llevar a cabo el registro de voluntarios. El director de cuarentenas Nikos comentó que los isleños sentían un aprecio especial por aquel encantador edificio de la época veneciana, y aseguró que muchos hombres (tanto rums como musulmanes) se alistarían en el nuevo regimiento provisional con la condición de que se les pagara un pequeño salario y pudieran volver a sus hogares por la noche.

—Dado que el cuartel general se ubicará dentro de la guarnición militar, el reclutamiento para esta División de Cuarentena seguirá las convenciones del ejército otomano y se realizará solo entre la población musulmana de la isla —declaró categóricamente el gobernador—. Su Majestad el sultán ya ha introducido todas las reformas que había prometido a las grandes potencias internacionales, encabezadas por los británicos y los franceses, y al igual que su tío y su abuelo antes que él, ha demostrado gran esfuerzo y determinación para acabar con las desigualdades existentes entre cristianos y musulmanes. Y, como consecuencia, la población cristiana del Imperio otomano ha superado a la comunidad musulmana en términos de riqueza, educación y dotes artesanales, algo que también ha sucedido en Minguer. Pero algo en lo que nuestro sultán no cedió ante las grandes potencias fue en admitir cristianos en las filas del ejército. Hoy nos hemos reunido aquí para debatir sobre la mejor forma de obligar a la gente a acatar las prohibiciones de la cuarentena; no vayamos a perder el tiempo discutiendo a gritos como si estuviéramos bregando con los cónsules.

22

El gobernador convocó a su despacho al redactor jefe del *Neo Nisi* —uno de los dos periódicos de la isla que se editaban en rum; el redactor jefe del otro, el *Adekatos Arkadi* , estaba actualmente en prisión— y le dictó palabra por palabra la noticia que debía publicar sobre la desinfección del tekke del jeque Hamdullah. Invitó a café, nueces y ciruelas secas a aquel periodista joven e idealista (que en el pasado también había estado encarcelado y cuyo diario había sido cerrado en diversas ocasiones), añadiendo la mentirijilla innecesaria de que habían desinfectado todos aquellos alimentos en el horno de vacío… algo que, en cualquier caso, sería una medida contra la cólera, no contra la peste. Cuando ya se despedía de él en la puerta, el gobernador le habló de la magnitud de la calamidad a la que se estaban enfrentando y de que tanto Estambul como el mundo entero estaban siguiendo con gran inquietud los acontecimientos, y con una sonrisa medio amenazante le recordó que el deber de la prensa era prestar apoyo al Estado, y que, si no quería buscarse problemas, se asegurase de no publicar informaciones incorrectas.

A la mañana siguiente, el secretario de correspondencia le trajo al despacho la edición del *Neo Nisi* recién salida de la imprenta. Un escribano intérprete le leyó en voz alta la noticia, traducida esmeradamente del rum al turco.

El artículo incluía referencias explícitas a hechos que Sami Pachá había especificado que no debían mencionarse «bajo ningún concepto»: se explicaba, utilizando un lenguaje hiperbólico y con la intención de que se enterara toda la isla, cómo los bomberos y los derviches del tekke se habían peleado ferozmente con puños y bastones, y que el cuarto donde se guardaba el tesoro más sagrado del tekke había sido mancillado e impregnado de un hedor horrible. El pachá era

consciente de que los rumores que generaría esta noticia acabarían difundiéndose ampliamente entre la comunidad musulmana. Los hocas charlatanes que bendecían amuletos y los pobres que creían en ellos, los jóvenes y airados inmigrantes cretenses, y quizá la totalidad de los musulmanes de la isla (incluidos los más «ilustrados»), se subirían al carro de la oposición contra la cuarentena y el gobernador.

Sami Pachá y Manolis, el periodista que había escrito la noticia, ya habían tenido serias desavenencias en el pasado. Durante un tiempo, hacía tres o cuatro años, el intrépido redactor se había dedicado a intentar hundir al gobernador y la burocracia otomana publicando una serie de artículos que abordaban diversos problemas municipales como el lamentable estado de las calles, criticaban la ignorancia y holgazanería de algunos funcionarios y acusaban a las autoridades de corrupción. Al final el gobernador, cuya paciencia se había agotado hacía tiempo pero que había intentado comportarse con moderación para que no lo acusaran de intolerante, envió a sus intermediarios a la redacción del diario con amenazas de clausura, y de este modo logró que el periodista rebajara un poco el tono.

Pero un tiempo después, cuando el periódico inició de forma «planeada y sistemática» una nueva ola de publicaciones críticas —en esta ocasión desempolvando el Incidente del Barco de los Peregrinos— que incriminaban directamente a la organización estatal de cuarentenas, el gobernador pachá se vio forzado a buscar algún pretexto para encerrarlo en las mazmorras. Sin embargo, debido a las presiones de los cónsules francés y británico y a los telegramas enviados desde el Mabeyn, pronto se vio obligado a ponerlo en libertad.

Lo que ahora más exacerbaba al gobernador era ver cómo toda la afabilidad que le había mostrado a Manolis después de sacarlo de la prisión… ¡no había servido para nada! En una ocasión en que se habían encontrado en el hotel Splendid, el pachá le había felicitado por su artículo sobre el conflicto entre

los cocheros y los porteadores del puerto, alabando la solidez de sus fuentes de información, y le había propuesto pagarle una cantidad de dinero en metálico del presupuesto provincial por publicar el texto en turco en el periódico adscrito a la gobernación, *Havadis-i Arkata* . Otro día ambos coincidieron en el restaurante Dégustation, y el pachá lo trató con respeto delante de todo el mundo, lo invitó a sentarse en su mesa para que se tomara una sopa de lisa con cebolla y proclamó públicamente que su periódico era el mejor de todo el Levante.

A pesar de todos esos progresos, la nueva ofensa fue tal que el gobernador decidió escarmentar al ingrato Manolis con unos días de celda húmeda y fría, a fin de intentar averiguar quién había realmente detrás de la redacción de aquella noticia, así como de los artículos sobre el Barco de los Peregrinos. Los policías de paisano que fueron a arrestarlo no lo encontraron en la redacción del periódico (donde confiscaron todas las copias) ni en su domicilio del barrio de Hora, sino leyendo un libro (el *Leviatán* de Hobbes) en el patio de la casa de su tío, y se lo llevaron inmediatamente a la mazmorra. Al final, el gobernador se apiadó un poco del periodista y pidió que lo encerraran en el ala oeste de la prisión, más tranquila y segura y menos afectada por la epidemia.

Cuando esa noche fue a ver a Marika, el gobernador le hizo el amor más por hábito que por puro deseo, y después escuchó una nueva hornada de rumores y cotilleos. Esta vez Marika empezó contándole el más inverosímil de todos:

—Dicen que hay una pandilla de niños rums y musulmanes que han quedado huérfanos después de que sus padres murieran por la peste. A altas horas de la noche llaman a las puertas de la gente compasiva y bienintencionada para pedirles comida. Y aquellos vecinos que actúen de buen corazón y les den comida no morirán de la peste.

—Algo me habían comentado sobre unos niños, ¡pero lo de que vayan llamando así a las puertas es nuevo! —dijo el

gobernador.

—Por lo visto, la peste no afecta a esos niños. No se pusieron enfermos ni cuando estaban en los brazos y regazos de sus difuntos padres.

—¿Y qué hay de ese hombre que dices que viste una noche por la ventana, el que se pasea por las calles con un saco de ratas muertas y las va tirando por ahí? ¿Lo ha visto alguien más?

—Querido pachá, es cierto que yo vi a ese demonio, pero he seguido sus recomendaciones y ya no creo que exista semejante criatura. En cualquier caso, después que las cuadrillas de desinfección enmascaradas empezaran a recorrer las calles ya no se habla tanto de él.

—¡Pues va a ser que nuestros bomberos han echado a ese *tepegöz* !

—Algo que le entristecerá saber es que cada vez más gente cree que la enfermedad llegó a bordo del barco que trajo a la hija del antiguo sultán.

—¡Y seguro que tú también has decidido creer esa barbaridad porque quieres amargarme! —dijo Sami Pachá, dejando que aflorara un resentimiento que incluso lo sorprendió a él mismo.

—Querido pachá, ¿cree que una persona puede engañarse a sí misma hasta creer en algo que sabe que no es cierto?

—¿Me estás diciendo de verdad que te crees esa patraña?

—¡Es lo que cree todo el mundo!

—¡Porque lo único que quieren es fastidiarlo todo! —objetó el pachá—. Su Majestad el sultán hizo que su barco que se dirigía a la China diera media vuelta para traernos a su experto en cuarentenas más respetado a fin de salvar cuantas más vidas mejor, ¡y ahora resultará que la enfermedad la ha traído él! Esto no son más que calumnias que se inventan los separatistas griegos porque quieren deteriorar la imagen de su

majestad y el Estado otomano. ¡No debéis permitir que esa gente os manipule!

—Discúlpeme, querido pachá… Hay otros que dicen que quienes trajeron la epidemia fueron los peregrinos amotinados que escaparon de la cuarentena.

—¡Eso fue hace tres años, y lo que tenían era cólera, no peste! —repuso el gobernador.

—Pachá, se comenta también que algunos funcionarios municipales están embaucando a los comerciantes diciéndoles que, a cambio de cinco liras doradas, recibirán de inmediato un permiso especial para reabrir sus tiendas.

—¡Esos canallas…!

—Dicen que unos niños del barrio de Kofunya han visto a gente entrando ilegalmente en casas vaciadas. Sus padres han informado a las autoridades municipales, pero al parecer nadie ha ido a comprobarlo, ni funcionarios ni policías ni guardias.

—Ya irán… ¿Por qué no iban a hacerlo?

—Según se rumorea, los funcionarios y los policías ya no cumplen con su trabajo porque temen por sus vidas… y que ha habido bastantes casos de insubordinación.

—¿Qué más?

—Dicen que de hecho hay otros muchos barcos que podrían venir a la isla para recoger a la gente que quiere escapar, pero que ustedes no se lo permiten.

—¿Por qué no íbamos a permitirlo?

—Porque así la enfermedad se extenderá más y los rums ya no querrán seguir viviendo aquí… También he oído decir en un par de ocasiones que soldados británicos y franceses están desembarcando en el norte de la isla, por la zona de Kefeli.

—Menuda estupidez. Si vinieran, desembarcarían aquí, no en el norte.

—¿Qué quiere decir, estimado pachá?

—¡Hoy han muerto siete personas! —exclamó el gobernador.

—Pachá, el socio de mi hermano no ha podido encontrar billete para el Bagdad de Messageries, ni tampoco para el siguiente barco, el Persépolis. Él lo tiene a usted en muy alta estima y le profesa la admiración más sincera. Pero también es muy orgulloso, y no hubiera acudido a mí si no lo considerara una cuestión de vida o muerte.

—Ya veremos, me pregunto si el ferri de chimenea roja de Pantaleon acabará viniendo… Esas agencias, tan rácanas como siempre, están vendiendo dos o tres billetes para cada asiento, y aun así no les he dicho nada.

—Hay otro rumor muy extendido que no he querido mencionar porque seguro que se enfadará mucho. Y cabe la posibilidad de que no sea un rumor.

—¡Cuenta!

—Dicen que los bomberos que fueron a desinfectar el tekke del jeque Hamdullah se enzarzaron en una pelea con los derviches. Los rumores de que las sectas musulmanas no respetarán la cuarentena, y que por tanto no se podrá frenar la epidemia, han provocado que muchos rums hayan decidido abandonar la isla. Pero, querido pachá, esta isla no puede existir sin los rums…, ¡como tampoco puede existir sin los musulmanes!

—Desde luego —dijo el gobernador—. Pero no te preocupes, pronto nos ocuparemos de ese jeque. En el fondo es una persona de buen temperamento con la que se puede dialogar.

A la mañana siguiente, cuando se reunió con los doctores İlias y Nuri para marcar sobre el mapa epidemiológico las casas de los siete muertos del día anterior y los posibles lugares infectados por el microbio, el gobernador fue directo al grano y habló categóricamente.

—Mientras los de Estambul se empecinen en proteger y consentir al jeque Hamdullah, nos será muy difícil implantar una cuarentena fuerte y garantizar que los musulmanes se tomen en serio las prohibiciones —dijo—. Y cuando vean que los musulmanes infringen la cuarentena cada vez más, los cristianos también empezarán a hacerlo, y la peste nos irá masacrando y consumiendo lentamente durante años, como está sucediendo en la India. Querido doctor, ¿usted cómo se explica el hecho de que de repente todo el mundo parece estar en contra nuestra y de que todo está perdido?

El doctor Nuri respondió que de hecho el primer día de cuarentena había transcurrido bastante bien y que no se habían producido altercados serios. La única excepción —un hecho lamentable pero necesario— había sido la detención del propietario de un gran pajar que suministraba paja a la mayoría de los cocheros de la ciudad. Después de que el chaval que trabajaba con el hombre como aprendiz muriera, ante las lágrimas angustiadas de los presentes, tras luchar agónicamente contra la peste, los doctores tomaron la decisión de quemar el pajar, ya que no bastaría con desinfectarlo. Al llegar el carro que se llevaría los objetos a las fosas de incineración, el propietario del negocio, arrebatado por la ira, se tumbó sobre las balas de paja y otros bienes contaminados e intentó inmolarse prendiéndose fuego, y casi lo logró. Luego se abalanzó sobre los funcionarios para tratar de contagiarles la enfermedad, razón por la cual fue arrestado.

Según el gobernador, el quid de la cuestión era cómo conseguir que la gente se «sometiera» a las prohibiciones de la cuarentena. Ramiz, el hermanastro del jeque Hamdullah, sería juzgado esa misma tarde.

—Cuando lo colguemos a él y a sus dos sanguinarios secuaces en medio de la plaza de la Provincia, incluso los más consentidos e impertinentes verán claro quién manda en esta isla.

—Nosotros no somos cónsules, ¡no tenemos por qué cuestionar si el Estado trata por igual a cristianos y musulmanes! —dijo el director de cuarentenas Nikos—. Pero recordemos que en nuestra encantadora isla nunca se ha ejecutado a nadie en la plaza de la Provincia para dar ejemplo, como se hace a veces en Europa. Y si bien estamos de acuerdo en que semejante acción intimidaría a un puñado de chicos revoltosos, no estoy seguro de que a largo plazo resultara beneficioso para nuestra cuarentena.

—No servirá de nada, excelentísimo gobernador pachá —dijo el doctor Ilias—. Bonkowski Pachá solía decir que colgar, azotar y encarcelar a la gente no solo va en contra de los esfuerzos de cuarentena, sino que es la antítesis de una conducta moderna y europea.

—Usted, que a duras penas se atreve a salir de la guarnición de lo asustado que está, ¿cómo puede defender a esos fanáticos, a esos criminales que lo están amenazando?

—Ah, estimado pachá, ¡ojalá estuviera tan seguro de que son ellos los que me están amenazando!

—Pues yo sí que lo estoy. Y también estoy seguro de que si algo nos ocurre a cualquiera de nosotros será cosa de Ramiz y sus hombres.

—¡Las injusticias y las acusaciones infundadas lo único que harán será inflamar la rebeldía y la insubordinación de la gente! —exclamó el director de cuarentenas.

—Me sorprende que a ese bandido malcriado e insolente de repente le salgan tantos simpatizantes por el solo hecho de ser hermano de un jeque —dijo el gobernador, buscando la mirada del mayor Kâmil.

Pero el mayor no abrió la boca. Cuando una hora después el damat doctor se quedó a solas con el gobernador en su despacho, fue directo al grano.

—Usted sabe que Su Majestad el sultán me envió a esta isla no solo para liderar los esfuerzos de la cuarentena, sino

también para descubrir al asesino de Bonkowski Pachá.

—Ciertamente.

—En mi humilde opinión, y hablando como jefe del comité de investigación, no existe ninguna prueba concluyente que demuestre la culpabilidad de Ramiz. En la franja de tiempo transcurrida entre el momento en que Bonkowski Pachá salió por la puerta trasera de la oficina de telégrafos y el momento en que su cadáver fue hallado en la plaza de Hrisopolitssa, numerosos testigos aseguran que vieron a Ramiz rondando por el patio situado detrás del muelle de los Pescadores y luego afeitándose en la barbería de Panayot, y finalmente lo vieron charlando con sus amigos en el jardín del club del hotel Levant.

—¿Por qué cree que alguien como Ramiz, que por lo general prefiere permanecer en la sombra, querría dejarse ver por los sitios más conocidos y concurridos de la isla justo cuando asesinaban a Bonkowski Pachá? Parece que quien ha sacado conclusiones precipitadas es usted —dijo el gobernador con una sonrisa mordaz—. ¡Ya verá, una vez que esté montado el cadalso con la horca en la plaza de la Provincia nadie osará tomarse a la ligera las prohibiciones de la cuarentena!

23

Siempre que el gobernador abordaba el tema de Ramiz, el mayor Kâmil escuchaba sus palabras con atención, pero no hacía ningún comentario por temor a dejar entrever sus sentimientos. Había empezado a sentir interés por Zeynep, la antigua novia de Ramiz, influido por lo que su madre le contaba cada vez que iba por casa. Pero, más aún que los encendidos elogios que esta dedicaba a la chica, lo que más le impresionó al principio fue el temperamento obstinado de Zeynep y su decisión de romper su compromiso con Ramiz.

El padre de Zeynep, el guardia de la prisión, ya había negociado un acuerdo matrimonial con Ramiz —compartiendo a continuación parte del dinero de las arras con sus dos hijos— y había ultimado todos los detalles del casamiento, incluyendo la planificación de la ceremonia nupcial. Pero entonces murió de repente por la peste, y dos días después Zeynep decidió anular la boda. Dado que Ramiz era el hermano —en realidad, hermanastro— del jeque Hamdullah, el líder del tekke más poderoso de la isla, cabía la posibilidad de que aquello acarreara consecuencias.

Según la madre del mayor, Zeynep podría escapar de aquella tensa situación casándose con otro hombre cuanto antes para poder marcharse de la isla. Y al ver aparecer a su hijo, tan solo y alicaído pese a toda su apostura y distinción militar, la madre había visto una clara oportunidad para casarlo.

También queremos dedicar un poco de espacio en nuestro libro a esta historia de amor romántico, probablemente la más controvertida —y, por ello, la recordada con más cariño y también la más embellecida y adulterada— de la historia de Minguer. Al abordar el amor vivido entre el mayor y Zeynep,

intentaremos separar las partes «románticas» (es decir, idealizadas) de los hechos históricos. Porque, por desgracia, cuanto más «romántica» se presente una narración histórica, menos realista acabará siendo; y cuanto más «realista» se presente, menos romántica acabará pareciendo.

La divergencia en las versiones de esta historia de amor arranca con las razones por las que Zeynep renunció a casarse con Ramiz. Según le explicó la madre del mayor a su hijo, Zeynep había roto su compromiso porque había descubierto que Ramiz estaba casado con otra mujer (puede que incluso dos) del pueblo de Nebiler, en el norte de la isla. Al mayor le hubiera gustado poder creerse esta explicación, pero las malas lenguas aseguraban que Zeynep ya era conocedora de esa otra esposa desde un principio, pero que no se había atrevido a oponerse vocalmente a la boda porque tenía miedo de la reacción de su padre y sus hermanos. Y, al morir el padre, tan solo había utilizado ese hecho que ya conocía como pretexto para anular el compromiso. Pero el motivo que más influyó en su decisión fue que su padre decidiera entregar el dinero de las arras a sus dos hermanos gemelos Hadid y Mecid, quienes no quisieron compartirlo con Zeynep. Aquello acabó exacerbando la ira de la joven, y despertó en ella la firme determinación de escapar de la isla para irse a Estambul, una ciudad en la que nunca había estado. Cabe recordar que, en aquella época, el hecho de que una muchacha musulmana de diecisiete años de una ciudad de provincias albergara ese tipo de anhelos (y peor aún, que se atreviera a expresarlos) era considerado como una gran e impúdica temeridad… algo que acrecentó aún más si cabe el interés del mayor.

Por su parte, quienes simpatizaban con Ramiz afirmaban que el verdadero causante de la separación de aquella pareja de jóvenes perdidamente enamorados había sido el gobernador Sami Pachá, y que lo había hecho por razones políticas. El objetivo del gobernador pachá era escarmentar a Ramiz para demostrarle al jeque Hamdullah quién mandaba en la isla, y utilizar el «carisma» y la «autoridad» (en palabras de un

historiador varón) del mayor Kâmil para consolidar su poder político.

La madre de Zeynep, Emine Hanım, y la madre del mayor no vivían en el mismo barrio, pero eran amigas desde hacía cinco años. Satiye Hanım conocía a la preciosa hija de Emine Hanım desde que la muchacha tenía doce años. Ya entonces era realmente hermosa… Pero ¿pensaría el mayor lo mismo? Y lo que era más importante: ¿sería una atracción correspondida? Todo esto quedaba por ver, ya que todavía no se habían conocido.

Aun así, en la casa familiar de Zeynep todavía estaban de luto, y en la ciudad se respiraba un clima de epidemia (aunque para algunos aún no fuera demasiado grave): quizá no fuera el mejor momento para plantearle directamente a la madre de la chica la cuestión del matrimonio y debatir si el Mayor sería o no un buen pretendiente. Es por eso que Satiye Hanım llegó a la conclusión de que la mejor forma de llevar adelante su plan sería que su hijo se pasara por la casa del difunto carcelero para dar el pésame, aunque fuera demasiado tarde para este tipo de visitas. Por su parte, Emine Hanım creía que Zeynep solo podría salvar su propio honor y el de la familia si lo dejaba todo atrás marchándose de la isla. Fue ella quien le mencionó, antes de que su hija se lo hubiera planteado siquiera, la posibilidad de que huyera a Estambul casándose con aquel apuesto oficial condecorado, un héroe de la guerra greco-turca enviado por el mismísimo sultán, una idea que al principio dejó confusa a Zeynep.

Pero en realidad Ramiz estaba locamente enamorado de la joven, y el mayor lo sabía, y esa era la razón de que sintiera cierta inquietud mientras se dirigía a casa de Zeynep luciendo su imponente uniforme de oficial otomano. No era la primera vez que iba a visitar a una posible candidata a esposa por insistencia de su madre. Cuando se acababa de graduar en la Academia Militar, Satiye Hanım le organizó un encuentro con la hija de una familia a la que se refería como «nuestros parientes de la isla», y que vivía en el barrio de Vefa, en una

casita de madera que parecía que iba a caerse en cualquier momento. La chica no era particularmente agraciada. En una de las paredes colgaba un cuadro enmarcado con un paisaje marino, algo muy poco habitual en las casas de Estambul y que por alguna razón se le había quedado grabado en la mente.

La casa familiar de Zeynep estaba ubicada en el lado occidental de Bayırlar, un poco más allá del cementerio musulmán. El mayor recordaba que en su infancia había disputas territoriales entre los niños de este barrio y los de Arpara, donde él vivía. Usaban tirachinas para tirarse piedras e higos verdes como si fueran proyectiles, y de vez en cuando agarraban palos y peleaban cuerpo a cuerpo como si estuvieran en una guerra de trincheras. En ocasiones se declaraban treguas y formaba un frente musulmán común para hacer incursiones en los barrios ortodoxos de Hora y Hagia Triada, al otro lado del riachuelo de Arkaz, donde robaban ciruelas y cerezas de los huertos enemigos. En invierno, cuando resultaba más difícil cruzar el riachuelo, todos se retiraban a las calles de sus barrios.

El mayor vio una procesión funeraria que avanzaba cuesta arriba hacia el cementerio. Era un grupo de quince o veinte hombres que avanzaban en silencio. La mitad de ellos llevaban feces, el resto eran niños, y también les seguía un perro. En la entrada del patio de una casa, un chiquillo lloraba en silencio en un rincón. El mayor captó las miradas atemorizadas y cautelosas de la gente que se asomaba a la calle desde detrás de los muros de sus patios. Sin embargo, la perspectiva de casarse con una chica hermosa parecía protegerlo de su miedo.

El mayor Kâmil y su madre habían urdido un sencillo plan, según el cual, cuando la campana de timbre de la iglesia de Hagia Triada diera las doce del mediodía, él echaría andar por la calle cuesta arriba.

Su madre, que ese momento estaría charlando con Zeynep y su madre en el salón de la casa, abriría la ventanita del mirador diciendo «¡Qué calor hace hoy!», fingiría sorpresa al

ver a su hijo andando por la calle y llamaría a la madre y la hija para que vinieran a saludarlo. Luego lo invitaría a subir con total naturalidad. Ese era el plan.

El mayor se había convencido de que, por orgullo, no se deprimiría si lo rechazaban. Llevaba su uniforme de botones chapados en oro que tanto solía impresionar a las chicas, y se había colgado su medalla y sus insignias. Y aunque estaba decidido a mantener la confianza en sí mismo, le sorprendió comprobar cómo se le aceleraba el corazón mientras subía la cuesta. Allí estaba su madre, asomada al mirador iluminado por el sol. Al ver a su hijo pasar por debajo, se giró hacia el interior de la casa para hablar con alguien. El mayor aminoró el paso.

Entonces se abrió la puerta de la casa y el mayor miró expectante hacia el interior, anhelando ver a la bella Zeynep.

Pero quien lo recibió fue un crío pequeño. Lo acompañó al primer piso, donde su madre y la de Zeynep, Emine Hanım, estaban sentadas en un sofá. Emine Hanım lloró un poco y, tras recobrar la compostura, exclamó: «Alabado sea Dios, ¡qué bien te sienta el uniforme de oficial!». Luego charlaron un rato sobre las ratas. Diez días antes, al despertarse por la mañana, las mujeres habían visto que el camino que llevaba hasta el barrio de abajo estaba tan lleno de ratas muertas que casi ni se podía andar. A continuación, la madre de Zeynep relató con total convicción una serie de rumores disparatados que habían corrido de un tiempo a esa parte, rumores a los que ni el Mayor ni su madre (por influencia de su hijo) daban el menor crédito. La peste la había traído un cura de ojos inyectados en sangre, capa negra y barba oscura de chivo que todas las noches venía desde los barrios cristianos. Sin que nadie lo viera, iba esparciendo por los patios y las calles de los musulmanes las ratas muertas que llevaba en una cesta, e impregnaba con una pasta infectada de peste las fuentes, paredes y pomos de las puertas. Una noche, uno de los chiquillos del barrio de Kadirler se topó con él, y descubrió que el cura era en realidad un *tepegöz* . El encuentro lo dejó

tan aterrorizado que durante dos días solo fue capaz de balbucear. Emine Hanım también contó a sus invitados que, si conseguías hacerte con un amuleto bendecido por el jeque Hamdullah Efendi y lo blandías en dirección a este infernal diablo de la peste, se volvía por donde había venido sin tirar más ratas de su cesta.

La hermosa chica sobre la que tanto había hablado la madre del mayor no estaba en la casa. Este, visiblemente frustrado, se acercó a la ventana para contemplar, como un niño al que le aburriera la plática de los adultos, el mar color lapislázuli, las últimas casas situadas en los límites de la ciudad de Arkaz y los olivares dispersos. La altísima expectación había provocado que se sintiera tan sediento como un enfermo en un hospital de campaña.

—Si vas abajo, Beşir te dará un vaso de agua —dijo su madre, que conocía bien las expresiones faciales de su hijo.

El mayor bajó las escaleras hasta el patio empedrado y entró en la oscura cocina adyacente al establo.

Justo cuando empezaba a pensar que en aquella oscuridad le sería imposible encontrar la jarra de agua y un vaso, de repente se encendió y apagó una lámpara de gas. En ese breve pálpito de luz, una mujer, una sombra, le susurró en minguerense: «Akva nukaru!». «El agua está ahí!».

Sin embargo, fue Beşir quien levantó la tapa de madera de la jarra y le ofreció el vaso de agua. El mayor se bebió el agua que sabía a polvo y regresó al primer piso, y solo entonces, al reparar en la extraña expresión en la cara de su madre, ató cabos y entendió que la mujer que había visto fugazmente en la cocina era Zeynep. Entonces empezó a pensar que la joven era muy hermosa. Zeynep no subió en ningún momento arriba para sentarse con ellos.

En las cartas de Pakize Sultan no aparece nada más sobre el primer encuentro de los dos enamorados. En nuestra opinión, esta es la «versión» que ofrece mayor veracidad. La

historia de que aquel día ambos mantuvieron una larga conversación en minguerense es un mito fabricado más adelante, en parte por el mismo mayor. Este tipo de invenciones también serían alimentadas y fomentadas por la historiografía estatal, los libros de texto escolares y la prensa de la derecha ultranacionalista, influidas en los años treinta por el populismo de Hitler y Mussolini. Al contrario de lo que sostienen algunos, por desgracia, en el año 1901 el minguerense no estaba tan desarrollado como para posibilitar las frases y expresiones complejas que supuestamente se dirigieron el uno a otro, tales como «¡Qué pena que no nos hayamos conocido antes!» o «Nombremos todas las cosas en la lengua de nuestra infancia».

Además, en aquellos tiempos, si un oficial otomano enviado a una remota provincia quería impresionar a una muchacha local, no le hablaría en el idioma autóctono, sino al contrario: recurriría al turco como símbolo de su exitosa carrera militar. Lo mismo podría decirse de Zeynep. Las dos palabras mingueresas que pronunció («akva nukaru») salieron de su boca de forma espontánea, podría decirse que por instinto. *Akva* («agua») es uno de los vocablos más bellos y antiguos del minguerense, que ha llegado (por supuesto, a través del latín) a todas las lenguas occidentales del sur de Europa.

24

Como ocurría en todos los territorios del Imperio, en Minguer los litigios entre ciudadanos extranjeros se enjuiciaban en los consulados de la isla. Por ejemplo, la denuncia de impago presentada por el ciudadano francés monsieur Marcel, propietario de la librería Medit, contra un ciudadano británico (el cónsul monsieur George) fue llevada a juicio en el consulado francés, ya que el demandante era Marcel. Los pleitos entre ciudadanos extranjeros y ciudadanos otomanos se enjuiciaban en los juzgados otomanos, pero los cónsules podían participar como interventores o intérpretes. Los únicos litigios en los que el gobernador pachá podía ejercer su influencia y asegurarse el desenlace más apropiado a sus intereses eran aquellos pleitos entre ciudadanos musulmanes que trataban sobre deudas, propiedades y agresiones menores, pero le gustaba ostentar ese poder y siempre estaba dispuesto a expresar sus opiniones ante el juez.

La prensa de Estambul solía hacerse eco de los casos que implicaban a ciudadanos otomanos relacionados con asuntos más graves (asesinatos o raptos de doncellas), y por tanto Abdülhamit, siempre obsesionado con tener bajo su control todo lo que ocurría en el Imperio, ordenaba que el juicio se trasladara a los tribunales de la capital otomana. Tres años antes, el juicio al bandido Nadir, acusado de matar a dos personas al intentar raptar a una chica rum, había causado gran conmoción en Estambul gracias no solo a los esfuerzos de los cónsules locales, sino también de los embajadores en la capital. Algunos vieron este juicio como una buena oportunidad para demostrar que, aunque los otomanos habían llevado a cabo diversas reformas sobre el papel, en la práctica seguían estancados en el mismo sistema despótico y anticuado de siempre. Antes de que el gobernador pudiera intervenir en

la sentencia, se trasladó al bandido a Estambul, donde fue ajusticiado discretamente en la horca en la lóbrega prisión de los barracones militares de Selimiye. Otro caso que había causado gran revuelo, y cuyo juicio se trasladó también a Estambul, fue el de Ramos Terzakis, un contrabandista recalcitrante y malcriado que, gracias al soplo proporcionado por el arqueólogo Selim Sahir, fue cazado intentando sacar de estraperlo una estatua de Venus, para lo cual había utilizado documentos falsificados en los que constaba que era un oficial consular, cuando en realidad no era más que un simple ciudadano otomano. (Al final, Abdülhamit no solo perdonó al contrabandista, sino que le recompensó con oro y con una insignia de tercer grado de la orden de Mecidiye, como solía hacer para engatusar a sus antiguos enemigos a fin de reconvertirlos en informadores a su servicio).

No obstante, aunque los diarios de Estambul habían dedicado bastante espacio a la muerte de Bonkowski Pachá, Abdülhamit no había ordenado que el juicio se llevara a cabo en *Dersaadet* (la capital otomana). El gobernador pachá había llegado a la conclusión de que este silencio del sultán se debía a la situación de cuarentena: probablemente el monarca tenía miedo de que las naves militares pudieran propagar la peste. Así pues, suponiendo que Abdülhamit quería que los responsables del crimen fueran castigados sin demasiado alboroto y que todo el asunto se olvidara lo antes posible, el gobernador convocó a su despacho al magistrado superior para comunicarle que el deseo de Su Majestad el sultán era que se juzgase y condenase a muerte a los tres sospechosos sin necesidad de contar con el informe definitivo de la comisión investigadora.

Esa misma tarde, transportaron a Ramiz y sus hombres en un carruaje blindado proporcionado por la guarnición militar hasta la sede de la gobernación, donde los encerraron en el calabozo del sótano. Después de hacerlos esperar un par de horas en la celda oscura y hedionda, los llevaron ante el tribunal. La actitud impávida y orgullosa de Ramiz, quien, a

pesar de las torturas a las que había sido sometido durante los interrogatorios, en ningún momento había confesado su culpabilidad en el crimen que se le imputaba (algo poco habitual), suscitó bastante respeto en el juez enviado desde Estambul dos meses atrás, aunque tanta petulancia también acabó irritándolo un poco. Y, a diferencia de tantos otros, las torturas no habían afeado en absoluto al apuesto Ramiz, alto y de ojos verdes.

La acusación recurrió a los viejos informes redactados por los espías y detectives del servicio de inteligencia, donde se acumulaban los diversos crímenes que Ramiz había perpetrado contra el Imperio otomano y el gobernador a lo largo de los años: sus vínculos con los habitantes de los pueblos del norte, en su mayoría furiosos aún por el Incidente del Barco de los Peregrinos; sus numerosas confrontaciones con la gendarmería; y su apoyo al bandido Memo, responsable de incontables ataques contra los pueblos rums de la isla (y a quien el gobernador también respaldaba secretamente). Toda esa documentación fue presentada como evidencia de que Ramiz contaba con la motivación y el temperamento necesarios para asesinar a Bonkowski Pachá, y no se admitió como prueba de su inocencia que, mientras se cometía el crimen, muchos testigos lo hubieran visto claramente en público. La acusación sostenía que los hombres de Ramiz habían sido alertados de la posible llegada del célebre químico a los barrios y calles donde había mayor concentración de tekkes y hocas que repartían papeles bendecidos. El móvil de Ramiz para llevar a cabo el asesinato era su deseo de sabotear la inevitable cuarentena y de avivar los conflictos sociales y religiosos en la isla. Esto obligaría a las potencias occidentales a intervenir en Minguer para arrebatarle la provincia al Imperio otomano, como había sucedido con Creta. Ramiz, que apoyaba las incursiones de las guerrillas musulmanas contra los pueblecitos rums precisamente por la razón contraria, ni siquiera se dignó dar réplica a esas acusaciones.

Cuando le preguntaron si tenía unas últimas palabras que alegar ante el tribunal, dijo:

—Ninguna de esas calumnias ni las torturas a las que me habéis sometido tienen que ver con la política. Yo soy víctima de esta conjura por el mero hecho de haberme interesado por una joven. Todo esto no es más que una cuestión de amor y envidias.

—¡Se estaba refiriendo a Zeynep! —exclamó Pakize Sultan cuando su marido le relató lo que había dicho Ramiz—. ¿El mayor estaba presente?

El damat Nuri le explicó que el mayor Kâmil estaba en la sala cuando se dictó la sentencia, pero que no se le había visto en todo el juicio. Lo que más interesaba a Pakize era sin duda la historia de amor entre el mayor y Zeynep. Pero el alegato final de Ramiz los había sorprendido a ambos, ya que la imagen que todo el mundo les había pintado de aquel hombre era la de un matón y un bravucón sin sentimientos.

Marido y mujer comentaron en su habitación los últimos acontecimientos relacionados con la búsqueda del asesino de Bonkowski Pachá. Los funcionarios asignados a la comisión investigadora estaban centrando sus pesquisas —presionados por el gobernador— en el círculo de Ramiz, en los discípulos de los tekkes de Terkapçi y Halifiye y en los comerciantes que solían frecuentarlos. Pero hasta el momento habían sido incapaces de dar con ninguna prueba concluyente.

El damat doctor opinaba que los prejuicios políticos del gobernador estaban nublándole el juicio y le impedían considerar otros posibles escenarios. No le interesaban en absoluto los detalles y las realidades palpables, por lo cual estaba cometiendo un terrible error de método. Según la lógica analítica tan politizada del gobernador, ¡la persona que había ordenado el asesinato de Bonkowski Pachá bien podría haber sido el cónsul griego Leonidis, quien deseaba que la epidemia fuese a peor! O el responsable podría ser cualquiera de los otros cónsules, alguien lo suficientemente listo para anticipar

que todo el mundo señalaría como culpable a gente como Ramiz.

En aquellos días, Pakize Sultan y su marido dedicaron gran parte de su tiempo a hablar del asesinato de Bonkowski Pachá, intentando resolverlo mediante el uso de la lógica deductiva como si fueran los protagonistas de las novelas detectivescas que tanto le gustaban a Abdülhamit. Pero a veces Pakize Sultan se dejaba arrastrar demasiado por el odio que sentía hacia su tío, y se sumía en una irracionalidad excesivamente emocional que no habría sido en absoluto del agrado de Sherlock Holmes. Dejando a un lado la lógica, llegaba a la conclusión drástica y brusca de que el verdadero artífice del crimen no era otro que el perverso sultán. En una ocasión llegó a arremeter directamente contra su marido diciéndole que le parecía absurdo y denigrante que se negara a aceptar la realidad de la implicación de Abdülhamit, solo para seguir recreándose en su fantasía de ejercer de gran detective para su tío.

—¡Debo decir que no salgo de mi asombro! ¿Cómo es posible que todavía sea incapaz de ver que siempre es él quien está detrás moviendo los hilos? —dijo—. Y ahora le está echando la culpa a otros, como hizo con el asesinato de Mithat Pachá. Es usted muy ingenuo, la verdad…

Sintiéndose dolido y abatido por vez primera desde que se habían casado —hasta entonces, su mujer nunca le había hablado en ese tono—, el doctor Nuri salió apresuradamente de la habitación. Cuando estaba absorto en sus pensamientos, le gustaba perderse por las calles, prestar oídos al silencio insólito de la ciudad, comprobar por sí mismo los estragos de la enfermedad y las señales de la epidemia, y observar los remedios y soluciones que la gente adoptaba para sobrevivir a aquel calvario. A esas alturas era evidente, incluso en el murmullo de los árboles mecidos por la brisa, que todo el mundo estaba atemorizado. Algunas puertecitas de los patios de las casas parecían haber sido cerradas y selladas, pero un vistazo a las ventanas abiertas del primer piso revelaba la

presencia de gente en su interior. Flotaba una sensación pesada en el ambiente, casi como un espíritu cerniéndose sobre las calles, en la que el temor suscitado por la propagación de la epidemia se mezclaba con las acciones del asesino. El doctor Nuri reparó en que algunos vecinos habían sacado a los patios cacharros de cocina, baúles de viaje y vajillas; en otro patio vio a un padre y un hijo afanándose en lo que parecían labores de reparación y carpintería. Pensó que quizá estaban preparándose para una posible escalada de la epidemia, y que planeaban encerrarse dentro de la casa tapiando la puerta con clavos. Mientras examinaba los objetos más ordinarios de la ciudad —poleas de pozos, picaportes, lámparas de gas, una estora abandonada al sol—, el doctor Nuri albergaba la esperanza de comprender algo sobre la enfermedad y la epidemia de lo que nadie se había percatado aún, algo que resultara tan obvio que nadie se había fijado en que estaba allí mismo.

Tenía la sensación de que resolver el crimen y frenar la epidemia eran dos caras de una misma moneda, algo que querría explicarle al gobernador pachá. Pero al anochecer, cuando fue a verlo de nuevo a su despacho, solo fue capaz de preguntarle lo que más le perturbaba moralmente sobre el veredicto del juez.

—Querido pachá…, ¿realmente cree que ese hombre es el verdadero asesino? ¿Y si solo ha dicho «Sí, lo hice yo» porque no ha podido soportar los durísimos interrogatorios?

—Sabe tan bien como yo, por los comunicados imperiales que han llegado a mi despacho y por los telegramas que le han enviado a usted, que Su Majestad el sultán nos está exigiendo la condena inmediata del asesino, ¡y eso es algo que no admite discusión! —dijo el gobernador pachá—. Por eso lo enviaron a usted aquí de inmediato, claro. Si en una provincia se comete un asesinato y la investigación se prolonga y complica demasiado, al final Estambul y el sultán acaban interfiriendo y la gobernación pierde el derecho a actuar de manera autónoma. En otros tiempos, si en una situación como esta yo

hubiera declarado que «¡Estoy buscando al responsable, pero no lo encuentro!», esta declaración se habría visto como una confesión de mi incompetencia y una prueba de que he perdido el control de la provincia, y me habrían destituido automáticamente. Es más, algunos de los antiguos sultanes quizá incluso habrían interpretado esas palabras como una muestra de subversión por mi parte, una señal de que estaba desafiando su autoridad amparando a criminales, ¡y al final me habrían cortado el cuello!

—Está hablando de cosas del pasado. Una de las ideas fundamentales de las reformas del Tanzimat es que los ciudadanos individuales, y no las comunidades, son los responsables de sus acciones. Y ese es el motivo principal por el que Su Majestad me envió aquí.

—En un asunto tan crucial como este, es el Estado el que debe dictaminar quién es culpable —dijo el gobernador—. De lo contrario, las minorías que controlan aspectos menores de la isla pero también gran parte de la actividad mercantil intentarán aprovecharse de la situación. En cualquier caso, nosotros ya hemos capturado a los asesinos. Y ellos han admitido claramente su culpabilidad.

—Así no es como el sultán desea que encontremos al responsable de la muerte de Bonkowski Pachá.

—Está hablando como si supiera más que nosotros sobre qué desea Su Majestad… y cómo lo desea.

—En efecto —dijo el damat doctor—. Lo que quiere Su Ilustre Majestad es que encontremos al verdadero asesino de Bonkowski Pachá tal como Sherlock Holmes lo haría, examinando de manera minuciosa todos los detalles del crimen y resolviendo el caso sobre la base de evidencias constatables. Y no mediante torturas y palizas.

—¿Quién es ese Sherlock Holmes?

—Es un detective inglés que resuelve los casos recogiendo primero las pruebas que se encuentran en el escenario del

crimen, y luego, en la tranquilidad de su casa, descubre vínculos entre ellas haciendo uso de la razón para desentrañar el misterio. Su Majestad desea que resolvamos este asesinato como lo hacen los europeos, siguiendo todas las pistas que nos llevarán hasta el criminal.

—Puede que Su Ilustre Majestad reconozca la pericia y los logros de los ingleses…, pero más allá del respeto, no se crea usted que le hacen demasiada gracia. Téngalo también en cuenta cuando hable de lógica.

Nos gustaría añadir, para provocar la curiosidad de nuestros lectores, que esas últimas palabras del gobernador tendrían algo de profético.

25

Pero ¿a qué se refería Abdülhamit con la expresión «como Sherlock Holmes»? El doctor Nuri había escuchado estas palabras por primera vez de boca del mismísimo sultán antes de casarse. Para que nuestro relato se entienda mejor, sería procedente señalar una faceta del sultán Abdülhamit que los académicos especializados en la historia otomana de la segunda mitad del siglo XIX conocen bien: el último gran sultán otomano era un gran aficionado a las novelas de misterio. Aunque apenas se atrevía a salir de los confines del palacio de Yıldız, Abdülhamit estaba suscrito a los diarios y revistas internacionales más importantes de la época, e intentaba estar al día de las últimas ideas y publicaciones literarias que circulaban por el mundo. Los funcionarios de la oficina de traducción que el sultán había establecido en el Mabeyn traducían para su consumo exclusivo no solo textos de carácter político, sino también artículos y libros que trataban sobre los últimos avances en los campos de la medicina, la ingeniería, la tecnología y la ciencia. En fechas recientes se habían traducido tres libros del francés: un volumen sobre el ejército ruso, una biografía de Julio César y un estudio sobre enfermedades infecciosas. Pero a lo que más tiempo dedicaban los funcionarios de aquella oficina era a traducir novelas detectivescas.

A veces el sultán descubría a un nuevo escritor de novela negra (Eugène Bertol-Graivil, Edgar Allan Poe o Maurice Leblanc) y se interesaba por leer toda su obra; o bien su embajador en París, el Münir Pachá, le informaba de que se acababa de publicar un nuevo libro de un novelista que ya conocía y le gustaba (Émile Gaboriau, Ponson du Terrail), y se lo enviaba por correo exprés (otra tarea del embajador parisino, como revelaría más tarde en sus memorias, era

comprarle ropa interior al sultán en los grandes almacenes Le Bon Marché). En cuanto el libro llegaba a Estambul, los escribanos se ponían a traducir de inmediato. El por entonces prometido y futuro marido de Hatice Sultan, la queridísima hermana mayor de Pakize Sultan a la cual enviaba tantas cartas, era un funcionario del Mabeyn a quien de vez en cuando se le había encargado llevar a cabo ese tipo de traducciones urgentes del francés, afanándose por acabar la novela cuanto antes para que esa misma noche le fuera leída al sultán. El soberano también contaba con traductores del inglés. Cuando se publicó en la revista *Strand* un artículo sobre Abdülhamit (en el que se le acusaba, entre otras cosas, de ser un «Sultán Rojo», un «tirano», etcétera), el traductor al turco, siguiendo su instinto, decidió traducir también el relato de Sherlock Holmes («El dedo pulgar del ingeniero») que aparecía en el reverso de la misma hoja. Al sultán le encantó el relato, y a partir de entonces empezó a seguir toda la obra del escritor Arthur Conan Doyle.

En momentos de muchísimo trabajo, cuando los escribanos del Mabeyn no podían abarcarlo todo, se solicitaban los servicios puntuales de traductores profesionales externos de literatura con la mediación de los libreros más famosos de Estambul. Fue así como algunos miembros de los Jóvenes Turcos, revolucionarios, intelectuales, liberales y periodistas que odiaban a Abdülhamit tradujeron muchos libros para él sin saberlo. Algunos de sus críticos más feroces, que lo acusaban de ser un déspota que lo único que sabía hacer era prohibirlo todo y encarcelar a la gente, y estudiantes de medicina armenios y rums que sabían francés y que lo apodaban Sultán Rojo, acabaron realizando traducciones para el sultán, y aunque algunos sospechaban que él podría ser el verdadero cliente, otros tan solo pensaban que estaban trabajando para el librero armenio Karabet. A veces Abdülhamit ordenaba la traducción íntegra de novelas clásicas como *El conde de Montecristo* o *Los tres mosqueteros* para que un escribano se las leyera por las noches, y si consideraba que contenían

fragmentos inadmisibles, se encargaba personalmente de censurar algunas páginas o de prohibir el libro entero. Mucho más tarde, tras la proclamación de la República de Turquía, esas traducciones serían publicadas con la etiqueta «Traducido para Abdülhamit», sin incluir las partes que el sultán había eliminado.

Dado que el florecimiento y auge de las novelas policiacas y detectivescas en Francia, su creciente popularidad en Gran Bretaña y su expansión por todo el mundo a través de las traducciones a otras lenguas coincidieron con el sultanato de Abdülhamit II, no sería equivocado aseverar que los quinientos libros traducidos para el sultán, que hoy día se encuentran en las colecciones de la Universidad de Estambul, constituyen una pequeña biblioteca de los «primeros años de la novela negra».

Más de cien años después, cuando las autoridades políticas de la República de Turquía empezaron a ensalzar la figura de Abdülhamit, a bautizar hospitales con su nombre y a retratarlo como un monarca autocrático pero patriótico, piadoso y querido por el pueblo, algunos historiadores admiradores del sultán empezaron a estudiar las particularidades de su gusto por la literatura negra investigando su gran colección de novelas detectivescas. Al último gran sultán otomano (quien, recordemos, ocuparía el trono durante treinta y tres años) no le gustaba que en este tipo de libros se dieran coincidencias melodramáticas (*Los misterios de París* , de Eugène Sue) ni que se incorporaran subtramas románticas baratas que entorpecían la narración policial y las escenas de deducción racional (Xavier de Montépin). Las novelas con las que más disfrutaba eran aquellas en las que el detective protagonista, sumamente inteligente, colaboraba con el Estado y las fuerzas del orden, examinaba con detenimiento y parsimonia todo tipo de pruebas e informes, y finalmente utilizaba su gran ingenio para identificar al culpable del crimen y resolver el caso.

Abdülhamit no leía él mismo estas novelas. Algún miembro veterano del palacio o algún escribano de buena voz

que se había ganado la confianza de Abdülhamit, le leía los libros por la noche, oculto tras una mampara situada a cierta distancia de su lecho. Durante un tiempo, este «lector» había sido el modisto jefe del palacio, quien se encargaba de vestir al sultán; más tarde la tarea recaería sobre otros pachás del Mabeyn que eran considerados de fiar. Cuando Abdülhamit notaba que se le cerraban los ojos, levantaba la voz para decir «Suficiente», y poco después se quedaba dormido. En otras ocasiones, el lector palatino que se había ganado su confianza deducía por el prolongado silencio al otro lado de la mampara que Su Ilustrísima Majestad el sultán ya había conciliado el sueño, cerraba el libro y se marchaba. Al acabar la lectura de una novela, el escribano pegaba una nota en la última página que indicaba «Leído», de manera parecida al emperador chino que marcaba cada paisaje pictórico que le había gustado con un sello de tinta roja que decía «Visto». Aquello era necesario porque Abdülhamit tenía una memoria prodigiosa —como es habitual en la gente rencorosa y paranoica—, y en una ocasión, cuando un escribano se disponía a recitarle una novela que ya le habían leído siete años antes, se enfadó tanto con él que primero lo echó a gritos del palacio y luego lo desterró a Damasco.

El doctor Nuri Bey ya había oído muchas de estas historias cuando llegó al palacio de Yıldız para comparecer por primera vez ante el sultán. Mientras esperaba a que el monarca lo recibiera, volvió a escuchar por boca del futuro marido de Hatice Sultan cómo los profesores Nicolle y Chantemesse —dos franceses que impartían clases en la Escuela Imperial de Medicina— y Bonkowski Pachá habían hablado de él con grandes elogios (algo que el doctor Nuri ya había supuesto), cómo gracias a esas alabanzas, y con la aprobación de Abdülhamit, se le había autorizado a entrar en el harén para examinar a la anciana esposa del antiguo sultán Murat V (aquejada por una enfermedad persistente que era incapaz de superar), y cómo, a raíz de su encuentro en el palacio con Pakize Sultan, y después de una exhaustiva evaluación de su

expediente y antecedentes, el monarca no solo había decidido concederle permiso para casarse con la joven, sino que además lo animaba a aceptar la propuesta. El sultán se había mantenido plenamente informado en cada fase de este proceso, y le habían impresionado en particular su experiencia médica, sus conocimientos sobre microbiología y sus prácticas en laboratorios.

El día de su audiencia con Abdülhamit lo recibió en palacio el futuro marido de Hatice Sultan, quien le explicó cuidadosamente que, al contrario de lo que solía pensar la gente, Su Ilustre Majestad accedía a ver a poquísimas personas, y que no era inaudito que tuviera esperando en su puerta durante horas a grandes visires, comandantes militares y embajadores de los estados más importantes, y que por tanto debería considerar un gran honor que aquel día se dignase dedicarle un tiempo a él. Aun así, el doctor Nuri tuvo que esperar durante medio día en una estancia del palacio. En un momento dado, le informaron de que iban a conducirlo a las dependencias de invitados, ya que Su Majestad estaba tan ocupado que no podría recibirlo hasta el día siguiente, así que lo más conveniente sería que pasara la noche en palacio. Aunque la mayor parte de sus pensamientos giraban entorno a Pakize Sultan y la perspectiva de casarse con la hija de un sultán, tampoco podía alejar de su mente la posibilidad de que en cualquier momento pudieran venir a arrestarlo con alguna excusa, ya que ese era el destino que habían corrido muchos doctores jóvenes convocados al palacio de Yıldız y a los que habían hecho esperar durante horas. Nadie (ni su madre, ni sus familiares, ni sus colegas médicos) se sorprendería demasiado si, tras haber acudido al palacio con la ilusión de casarse con la hija del anterior sultán, acabara siendo detenido y llevado a prisión.

De repente un secretario del Mabeyn entró en la sala de espera y le comunicó que Su Majestad recibiría ahora al doctor. Siguió al secretario jorobado por un camino ligeramente empinado hasta llegar a un edificio de una sola

planta situado en el recinto del palacio. Por los alrededores vio a una multitud de escribanos, ayudantes y eunucos. Pero en la sala donde compareció ante Su Ilustre Majestad, aparte del sultán, solo estaba Tahsin Pachá, el secretario jefe del Mabeyn.

Desde el primer momento, el joven doctor notó que mirar al sultán le cansaba… o quizá es que sentía miedo. Una parte sustancial de su cerebro no dejaba de recordarle que en ese momento estaba allí, «en presencia de Su Majestad el sultán, tan magnífico e intocable», y era incapaz de pensar en ninguna otra cosa. Saludó al sultán inclinándose prácticamente hasta el suelo, besó su mano menuda y escuálida, aunque cálida. La sala, recubierta de gruesas alfombras y cortinajes de un color nafta intenso, se hallaba tenuemente iluminada. Y cuando el sultán habló, el doctor Nuri lo escuchó sin pensar en nada más, salvo para repetirse una y otra vez que no debía «dar ningún paso en falso».

Abdülhamit estaba muy contento de que la mujer de su hermano y su nieta se hubieran curado, y aún más contento de que todo hubiera sido posible gracias a los conocimientos y recursos del laboratorio de bacteriología de Nişantaşı, pero estaba especialmente complacido de que aquella enfermedad hubiera «conducido» a algo más beneficioso. Más adelante, Pakize Sultan le pediría a su marido que le repitiera este parlamento del monarca. Porque según ella, si algo demostraban esas palabras era que Abdülhamit quería apaciguar su conciencia organizando el casamiento de la tercera hija cautiva de su hermano Murat V, algo que dejaba en evidencia el ínfimo sentimiento de culpabilidad que sentía por haber tenido a toda su familia encarcelada en un palacete durante veinticinco años.

Una vez que quedó plenamente satisfecho con la conformidad del doctor respecto a la boda —no tenía ninguna queja sobre el ajuar de las tres hermanas, que estaba siendo exhibido en el Mabeyn, ni con ninguno de los demás preparativos de la ceremonia nupcial—, el sultán abordó el tema que más le interesaba y le planteó al doctor Nuri una

serie de minuciosas preguntas detalladas sobre la dirección de cuarentenas del Hiyaz. Este, que había consagrado cinco años de su vida a este asunto, empezó a relatarle sus experiencias sin andarse con rodeos. Tuvo la sensación de que el sultán adoptaba una actitud que invitaba a hablar con franqueza. Abdülhamit parecía cansado y sus miradas eran blandas, pero le prestaba total atención sin ocultar su interés. Aquello hizo que el doctor Nuri se relajara un poco; su corazón todavía latía desbocado, pero ya no sentía miedo. Haciendo caso a sus instintos, primero le habló al sultán de la corrupción sistemática de los capitanes de barcos británicos que transportaban a los peregrinos desde la India. A continuación, le explicó con todo lujo de detalles y sin morderse la lengua las dificultades con las que tenía que lidiar la dirección de cuarentenas a la hora de enterrar a los muertos de cólera, mencionando también que los albergues y pensiones que el jerife de La Meca y su clan ponían a disposición de los *hajjis* eran nidos de enfermedad que causaban numerosos problemas. En cierto momento de su discurso cayó en la cuenta de que, si bien hasta entonces había considerado a Abdülhamit como el principal causante de todos estos males, ahora se estaba dirigiendo a él como si fuera la única persona en el mundo capaz de solucionarlos. Se disponía a mencionar un par de problemas adicionales que deberían remediarse lo antes posible, cuando el sultán lo interrumpió.

—¡Todo el mundo alaba su destreza y excelente ética laboral! —anunció con gran rimbombancia Abdülhamit, pilar y centro del universo, como si el joven doctor hubiera tenido que sufrir todos estos percances para poder recibir tan magno elogio del monarca—. Ahora cuénteme todo lo que sepa sobre microbios.

El doctor Nuri afirmó para empezar que «todas las enfermedades tienen su origen en los microbios». Consciente de que el sultán no había reparado en gastos trayendo a Estambul a los mejores especialistas internacionales en gestión de cuarentenas y prevención del cólera, y que se sentía

enormemente orgulloso de haber fundado el centro de bacteriología de Nişantaşı, el doctor no se olvidó de aplaudir los méritos de esta institución, asegurando que era la más excelsa de su tipo, superada únicamente por los laboratorios de París. A modo de respuesta, el sultán esbozó una media sonrisa con cierta jactancia. El doctor Nuri le aseguró que «todos los estudiantes de Medicina aprenden muchísimo» de los doctores Chantemesse y Nicolle, los dos franceses expertos que impartían clases allí. Por último, como sabía que tres días atrás Su Majestad había ordenado que le leyeran un libro traducido del francés sobre enfermedades infecciosas —pidiendo que le releyeran algunos fragmentos varias veces— y que se interesaba por todos los avances científicos y los últimos descubrimientos en el mundo de la medicina y la tecnología, decidió abordar el tema así:

—Excelentísimo sultán, es evidente que la clave para vencer enfermedades como la lepra, la fiebre amarilla o el cólera consiste en erradicar los microbios, las bacterias… Pero la bacteriología —sintió que pronunciaba esta palabra como si fuera un auténtico francoparlante— ya no es suficiente para plantar cara a las epidemias, por lo que los ingleses han introducido una ciencia nueva y trascendental, llamada «epidemiología», especializada en la gestión de brotes.

Tras asegurarse —intercambiando varias miradas con el Tahsin Pachá— de que no estaba saliéndose del tiesto y de que el sultán lo escuchaba con atención e interés, el doctor Nuri prosiguió explicando que la ciencia epidemiológica se concibió cuarenta y cinco años atrás durante un brote de cólera en Londres. En el transcurso de aquella epidemia, mientras todos los doctores se dedicaban a rondar por las calles acordonando las casas infectadas y quemando las pertenencias de los muertos, uno de ellos optó por hacer algo completamente distinto: se encerró en una habitación para marcar sobre un mapa de la ciudad todos los datos que se iban recopilando.

—Gracias a la perspicacia de este doctor, y analizando los puntos de color verde que este había señalado en el mapa, los administradores sanitarios no tardaron en constatar que los lugares donde más se había propagado el cólera eran las casas más cercanas a las fuentes municipales —relató con gran entusiasmo el doctor Nuri—. Al examinar con detenimiento los datos del mapa, comprobaron que, mientras que todos los vecinos de una calle habían enfermado, a los empleados de una fábrica de cerveza situada tan solo una calle más arriba no les había pasado nada. Los médicos se centraron en averiguar el porqué de esta anomalía y descubrieron que aquellos trabajadores no bebían agua de la fuente municipal, sino de un suministro exclusivo depurado por su propia fábrica. Y así fue como se dieron cuenta de que el origen del cólera no era el que habían imaginado: no era el ambiente húmedo e insalubre de los barrios, ni el sistema de cloacas, ni tampoco los pozos privados que tenía la gente en sus patios, sino la red municipal de agua que abastecía las fuentes. Es decir, Excelencia —concluyó el doctor—, que el científico epidemiólogo no resuelve el misterio de la propagación de la enfermedad visitando y atendiendo pacientes, sino sentado en su escritorio y analizando un mapa, ¡sin tener que salir siquiera de su despacho!

—¡Como Sherlock Holmes! —exclamó Abdülhamit, quien, recordemos, nunca salía de su palacio.

Es evidente que estas palabras, que ocupan un lugar tan importante en nuestro relato, fueron pronunciadas por el sultán otomano en un momento en que se encontraba bajo el hechizo de las novelas detectivescas que estaba devorando. Se refería, en resumidas cuentas, a la figura del detective que resuelve un enrevesado misterio sentado en su despacho, alejado del lugar de los hechos y haciendo uso de la razón.

Después de que Su Majestad declarara tan trascendentales palabras, el Tahsin Pachá, el secretario jefe del Mabeyn, se acercó al sultán, y en ese momento un escribano informó al doctor Nuri de que la audiencia se daba por concluida. Un

final que dotó a aquella última frase de un significado especial. El doctor Nuri salió de la sala, caminando hacia atrás y realizando las mismas reverencias que cuando había entrado. El encuentro que acababa de vivir le había causado una gran impresión, que lo acompañaría durante muchísimo tiempo.

¿A qué se había referido Abdülhamit con la expresión «como Sherlock Holmes»? Con todo el ajetreo de los preparativos nupciales y de la boda misma, el damat Nuri y Pakize Sultan apenas habían tenido tiempo para reflexionar sobre aquellas palabras tan categóricas del sultán. Quizá solo había querido hacer un guiño gracioso dirigido a él como tercer novio, aludiendo al hecho de que uno de sus traductores de novelas del Mabeyn no tardaría en casarse con Hatice, la hermana mayor de Pakize Sultan, y por tanto se convertiría en su cuñado.

La frase «como Sherlock Holmes» asomaba con frecuencia a la mente del damat doctor, especialmente después de que le encargaran la tarea de atajar la epidemia en Arkaz e identificar al responsable de la muerte del químico jefe. Y había llegado a la conclusión de que Abdülhamit quería que encontraran al asesino de su queridísimo Bonkowski Pachá recurriendo a la metodología de Sherlock Holmes.

En numerosas ocasiones, el doctor Nuri se vio obligado a discutir con el gobernador pachá acerca del significado intrínseco de la expresión «como Sherlock Holmes», no solo en relación con el asesinato de Bonkowski Pachá sino también en términos generales; es decir, tanto a nivel conceptual como en su aplicación práctica. Durante estos debates, el doctor Nuri arremetía en especial contra la errónea forma de proceder del gobernador (o el «método» que estaba aplicando) para dar con el asesino de Bonkowski Pachá. La culpabilidad de Ramiz era una información que el gobernador había obtenido torturando a uno de sus esbirros. Después que le hubieran dado palizas con porras, arrancado las uñas y privado de dormir, dejándolo entre la vida y la muerte, el acusado, al igual que habrían hecho otros muchos en su misma situación, se atribuyó la

responsabilidad del crimen, pensando que quizá así el gobernador lo perdonaría, y confesó una mentira: que quien lo había planeado todo era Ramiz. Sin embargo, aunque no lo hubieran tentado con la promesa de un perdón especial del gobernador (quien ni tan solo estaba al corriente de que el torturador había hablado en su nombre), aquel pobre diablo había sido tan pisoteado y fustigado que incluso estaría dispuesto a admitir que él era quien deambulaba de noche por las calles esparciendo la peste por los patios de las mezquitas y las fuentes, por las paredes y las tumbas, y también por los picaportes de las casas.

En las primeras cartas que Pakize Sultan le escribió a su hermana puede detectarse un ligero desdén cuando se burla del talante remilgado y entrometido del gobernador; sin embargo, también puede constatarse cierto respeto inicial por su diligencia y dedicación, así como por sus dotes como dirigente. Pero el damat doctor Nuri no tardó demasiado en sentirse realmente inquieto ante la posibilidad de que el gobernador ejecutara arbitrariamente a Ramiz y sus secuaces sin el visto bueno de Estambul, y que eso convirtiera de manera irreparable al jeque Hamdullah en enemigo declarado de la cuarentena y las autoridades.

Tras su progresiva occidentalización ante las presiones de las grandes potencias internacionales, el sistema jurídico otomano del año 1901 dictaminaba que todas las condenas a muerte debían ser ratificadas por el Tribunal Supremo de Estambul antes de llevarse a cabo. Pero en la práctica se producían muchas situaciones excepcionales: guerras, revueltas, imposibilidad de comunicarse con la capital, falta de tiempo… Con las tropas del ejército imperial continuamente en guerra en varios frentes y reprimiendo revueltas separatistas de carácter étnico, no era inusual que los gobernadores decidieran colgar a hombres sin la aprobación de Estambul. Cuando intuían que Estambul podía rechazar una sentencia de muerte, algunos gobernadores llevaban a cabo la ejecución igualmente, en la oscuridad de la noche y sin notificárselo a

nadie, lo cual obligaba al Tribunal Supremo a ratificar retroactivamente la decisión para no dar la impresión de que el gobierno estaba plagado de contradicciones internas. Ante el elevado número de ejecuciones semiclandestinas de separatistas rums, búlgaros, armenios y serbios (todavía no les había llegado el turno a los árabes y los kurdos), así como de bandidos y anarquistas, sin el consentimiento explícito de Estambul, Abdülhamit se había visto forzado a aplacar las quejas de los embajadores británico y francés —que exigían la adopción inmediata de reformas jurídicas, la protección de minorías étnicas y el respeto por la libertad de pensamiento y los derechos humanos— declarando que ya no toleraría más este tipo de sentencias injustas y despóticas, y que destituiría al gobernador con carácter inmediato. Pero en realidad el sultán prefería que esas ejecuciones se llevaran a cabo sin que él ni el resto de las autoridades de Estambul se enteraran.

Dado que los burócratas y los militares otomanos eran una clara minoría en las provincias más remotas, las ejecuciones se realizaban de forma discreta y sin público en los patios de las mazmorras o tras los muros de las prisiones de las guarniciones, y no se comunicaban a la población y los notables del lugar hasta un tiempo después. Pero ahora el gobernador Sami Pachá, envalentonado quizá por la euforia y la seguridad que sentía al saber que los musulmanes eran mayoría en la isla, hablaba de montar un cadalso con tres horcas en medio de la plaza de la Provincia. Muchos analistas han remarcado la peculiaridad del hecho de que los primeros en ser colgados públicamente en la isla serían ciudadanos musulmanes. Y cada vez que el doctor Nuri escuchaba al gobernador comentar algo sobre la ejecución, como que había planeado construir un balcón especial para que los cónsules pudieran presenciarla y que el resto de ciudadanos también podrían asistir, buscaba algún pretexto para volver a sacarle el tema y repetirle que estaba cometiendo un error.

—¡Por el amor de Dios! —había respondido el gobernador a una de estas quejas, con un tono de voz palpablemente

hastiado—. La ciudad entera sabe que hemos atrapado al asesino de Bonkowski Pachá. Si ahora revisáramos el caso siguiendo los métodos ingleses de ese tal Sherlock Holmes y tuviéramos que liberar al culpable, ¿cree que alguien seguiría haciendo caso al gobernador y se tomaría en serio la cuarentena?

26

En las últimas horas del día anterior a que se implantara la cuarentena a los barcos, había tal aglomeración de gente en el puerto que las tiendas de la avenida Estambul no cerraron hasta medianoche. Aunque algunos historiadores consideran que esta multitud constituyó por vez primera una «identidad minguerense colectiva», nosotros creemos que eso es una exageración sin mucho fundamento. Si nos guiamos por los comentarios de Pakize Sultan, los hechos que se vivieron en los muelles al anochecer de aquel día no tenían nada que ver con una «conciencia nacional», sino más bien todo lo contrario: sus motores principales fueron la angustia y la incertidumbre. A esas alturas, los rums y los musulmanes más ilustrados de la isla ya eran relativamente conscientes de que se encontraban a las puertas de una gran catástrofe.

Pero también había algunos isleños que no tenían miedo porque su capacidad de imaginación no alcanzaba para tanto. Según Pakize Sultan, quien había pasado veintiún años de su vida concibiendo el mundo exterior encerrada en un palacio, esas personas no tenían la capacidad —en comparación con otras— de visualizar su futuro, ni tampoco de sentirse felices o infelices al respecto. Mientras reflexionaban sobre estas profundas cuestiones en su habitación, marido y mujer se acercaban de vez en cuando a la ventana para contemplar al gentío de la dársena. La multitud que atestaba la zona del puerto y las calles que bajaban al mar no estaba formada únicamente por ciudadanos que tenían la intención de marcharse de la isla. Una parte sustancial de aquella gente eran curiosos que, conscientes de la magnitud del desastre que se les venía encima, se veían simplemente incapaces de quedarse quietos en sus casas.

—¡Mire a toda esa muchedumbre! —dijo el gobernador pachá cuando se reunió con el doctor Nuri en su despacho—. Colgar y castigar: por desgracia, cada vez tengo más claro que esa es la única manera de que esa gente obedezca nuestras órdenes.

A última hora de aquella tarde, la isla estaba dividida en dos grandes grupos: los que estaban decididos a marcharse y los que habían optado por quedarse. Y la sensación era que los que habían decidido quedarse, ya fueran rums o musulmanes, eran los *verdaderos* isleños. El resto eran como desertores que huían del campo de batalla para volver a la comodidad de sus hogares.

El gobernador pachá subió al landó blindado con el damat doctor Nuri y su guardaespaldas, el mayor Kâmil, y fueron a dar una vuelta por la ciudad. El objetivo de esa salida de reconocimiento era observar, mesurar y tratar de comprender a aquella multitud angustiada que estaba abarrotando el puerto.

Mientras recorrían los barrios de Hora y Hrisopolitissa, vieron que dos de las familias rums más antiguas y eminentes de la isla —los Aldonis, que se habían enriquecido con el comercio del mármol de Minguer, y los Mimiyanos, que tenían su propio pueblecito en el norte de la isla y solían contribuir económicamente al hospital, la escuela y otras obras benéficas— ya se habían marchado (sus mansiones tenían las persianas bajadas). El landó serpenteó por las calles que iban desde la avenida Hamidiye hasta el edificio de aduanas, seguido de cerca por el carruaje de los escoltas. Observaron que se habían formado largas colas delante de las oficinas de las agencias de viajes, y que en la dársena y en las calles que bajaban al puerto se vivía una especie de histeria colectiva, pero en las atestadas terrazas de los hoteles y las cafeterías de estilo europeo aún había gente sentada leyendo tranquilamente el periódico. La farmacia Pelagos, la más grande de las tres que había en Arkaz, se había visto obligada a cerrar porque no daba abasto para satisfacer toda la demanda y su propietario, Mitsos, se había hartado de tener que discutir a gritos con los

clientes más alterados. En las entradas de los hoteles Splendid y Levant aún había botones que empapaban de líquido desinfectante a la gente que entraba y salía, ya fueran hombres sin afeitar con sombreros occidentales o señores que llevaban fez. También vieron a mozos que rociaban con el mismo desinfectante a las puertas del carísimo restaurante Estambul y de los almacenes Bazaar du Île, donde se vendían muebles, chocolates y cigarrillos importados desde Esmirna en barcos marselleses. La situación en los barrios más retirados era parecida. Algunas tiendas ni siquiera habían abierto, y varias familias habían cerrado sus casas y se habían marchado.

A los tenderos y verduleros no les había venido mal esta situación, ya que la gente que había decidido atrincherarse en sus casas o esconderse en algún refugio aislado había acudido en tropel a las tiendas para aprovisionarse de harina, lentejas, garbanzos, judías, galletas saladas y todos los alimentos que pudieran guardar en sus despensas. El gobernador había sido informado de que algunos tenderos y horneros habían empezado a esconder algunos productos, a la vez que subían los precios de los que ponían a disposición del público. No podía decirse que esta subida de los precios fuera ilegal, pero todos tenían claro que muy pronto afloraría un próspero mercado negro. Pero lo que hacía que las calles presentaran un aspecto más siniestro era el hecho que todas las escuelas estuvieran cerradas. También había llegado a oídos del gobernador que cada vez había más niños musulmanes que habían perdido a sus padres por la peste y ahora vagaban solos por las calles. Mientras el landó subía pesadamente por una calle muy empinada, oyeron a alguien tocando a Chopin al piano; a través de las ventanas de las casas, captaron imágenes fugaces de rosas de Minguer florecientes, ciclámenes y hiedras con olor a pino y musgo.

En los cinco años que llevaba en el gobierno de la isla, Sami Pachá nunca la había visto tan lúgubre. La atmósfera jubilosa y animada que caracterizaba a la ciudad en los días primaverales —cuando los naranjos empezaban a echar flores

y flotaba en el ambiente un agradable aroma a tila, rosas y madreselva, cuando de repente emergían los pájaros, los insectos, las abejas, y las gaviotas se apareaban frenéticamente sobre los tejados— ahora había sido reemplazada por un silencio angustioso. No se veía a nadie por las calles: ni en las esquinas donde los haraganes y los desocupados solían imprecar a los transeúntes; ni en las cafeterías de barrio donde señores muy arreglados se sentaban para charlar y cotillear; ni en las aceras por donde las madames rums y sus sirvientes salían a pasear con sus niños vestidos de marineritos; ni en los dos parques de estilo europeo que el gobernador había inaugurado, el parque de Hamidiye y el parque del Levante. Mientras el landó avanzaba lentamente por las calles de la ciudad, los tres pasajeros discutieron largo rato sobre todo tipo de cuestiones, desde las medidas que podrían adoptarse para combatir el mercado negro hasta las características que debería tener la nueva área de aislamiento; era importante solventar la situación de los niños que se habían quedado sin padres, plantar cara a los ladrones que entraban en las casas vacías, conseguir más voluntarios para la división del mayor y averiguar por qué el cónsul francés estaba tan enfadado. Debían dar con la mejor forma de inspeccionar todas las viviendas, limpiar los carteles de cuarentena sobre los cuales se habían garabateado palabrotas en turco y rum, incinerar lo antes posible las ratas muertas acumuladas en el patio posterior de la sede de la gobernación, hallar el modo de que los fieles que acudían a las oraciones del viernes y otros servicios concurridos fueran desinfectados de forma efectiva al entrar dentro de la mezquita, no en el patio. Y convendría despedir a ese bombero insolente sobre el cual les habían llegado tantas quejas.

Pero lo que más les preocupaba era hasta qué extremos estaba llegando la gente más desesperada para abordar los últimos barcos que zarparían de la isla ese día a fin de evitar la cuarentena. Hoy día resulta fácil comprender la ansiedad vivida por los angustiados isleños que se agolpaban en la

dársena para esperar subir a aquellas embarcaciones, pues sabemos que en el año 1901, cuando todavía no se habían descubierto los antibióticos, era la reacción más razonable ante una epidemia de peste. Pero, combinada con el frenesí comercial promovido por las agencias de viajes, aquella comprensible actitud había dado lugar a un estado de ánimo inaudito que podríamos resumir con la expresión «¡Sálvese quien pueda!».

Los representantes de las grandes compañías navieras, que formaban parte del Comité de Cuarentena en calidad de cónsules, habían ejercido presión para retrasar la implantación de la cuarentena alegando razones humanitarias, aunque en realidad solo velaban por sus propios intereses económicos: cuantas más horas sin cuarentena, más barcos podrían llenar, y por tanto más dinero podrían ganar. Todas las agencias grandes y pequeñas, empezando por Messageries Maritimes, Lloyd's, Hidiviye y la Compañía Naviera Rusa, habían telegrafiado a los puertos más cercanos pidiendo embarcaciones adicionales para abastecer la demanda, y, antes siquiera de recibir la confirmación de sus otras sucursales, algunas habían empezado a anunciar travesías suplementarias y a vender pasajes. En realidad, lo último que querían esas compañías era que sus barcos fueran puestos en cuarentena en una isla apestada y que sus nombres aparecieran en toda la prensa europea vinculados a un asunto tan desagradable.

Algunas familias habían decidido esperar en casa la llegada de los barcos. Otras habían encontrado algún rincón en la dársena y se habían instalado allí sin moverse ni un milímetro. Dos familias ortodoxas estaban tan seguras de la validez de los billetes que habían comprado con la esperanza de reunirse pronto con sus parientes en Tesalónica que, después de cerrar sus residencias en los barrios de Flizvos y Hora, habían cargado un par de carros con muebles, colchones, cortinas, objetos y sacos llenos de nueces y habían bajado al puerto, pero, al enterarse de que su barco iba «con retraso», en vez de regresar a sus casas habían decidido esperar en el nuevo

parque inaugurado por el gobernador adyacente al edificio de aduanas.

Parte de la muchedumbre se había puesto a hacer cola con sus baúles y maletas delante de la parada de los barqueros que debían llevarlos hasta las embarcaciones ancladas cerca de la bahía. Los porteadores y remeros intentaban rapiñar propinas extra camelando a esas personas con todo tipo de argucias, asegurándoles que los nuevos barcos se vislumbrarían por detrás del castillo en cuestión de minutos. Algunos de los viajeros expectantes esperaban sentados en los cafés del puerto; otros recordaban de repente que se habían dejado en casa algo importante y enviaban a su criada a buscar una tetera o algo parecido. En medio de toda aquella conmoción, había algunos ilusos que iban de agencia en agencia pensando que aún podrían encontrar billetes. Algunos estaban tan desesperados que incluso habían comprado pasajes de todas las compañías para ir sobre seguro.

A pesar del alboroto que se estaba viviendo en el puerto, exceptuando a los rums más ricos e instruidos la gran mayoría de los isleños no estaban intentando escapar. Prácticamente toda la población musulmana, incluso aquella reducida minoría que era capaz de prever y temer la virulencia de la peste, había optado por permanecer impasible en la isla. ¿Hasta qué punto es legítimo explicar esta reacción (o más bien la falta de ella) hoy día, ciento dieciséis años después, basándose en factores como pobreza, ausencia de recursos, indiferencia, fatalismo, coraje, religión o cultura? La intención de este libro no es intentar «dilucidar» este singular fenómeno, pero quisiéramos remarcar el hecho que los pocos musulmanes que sí se marcharon de la isla eran un puñado de personas que tenían casas, familias y trabajos en Estambul y Esmirna. Una de las principales razones del escaso interés por escapar demostrado por tantos isleños es que no eran conscientes, ni siquiera podían concebir, la gravedad de la inminente catástrofe que se les venía encima, y que intentaremos explicar con la máxima veracidad histórica en este libro. Esa

incapacidad de anticipar el desastre que se avecinaba propició la inevitabilidad del propio desastre, y provocó que el rumbo de la historia de la isla diera el giro que tomó.

Cuando el landó se adentró por las estrechas callejuelas de la zona del Mercado Viejo, los pasajeros vieron que los chamarileros, fruteros y verduleros habían desmontado sus paradas. En el barrio de Tatlısu, los niños seguían jugando en la calle después de ponerse el sol; detrás del tekke de Bektaşi, el olor de la tila se mezclaba con el hedor de la carroña de las ratas; las fuerzas del orden comisionadas por el gobernador para prevenir robos en las casas vacías hacían sus rondas por las calles; y mientras bajaban hacia la dársena pasando junto a la Escuela Rum, el mayor Kâmil le explicó al gobernador que su división de soldados de cuarentena había empezado a recibir instrucción militar. Aunque todavía se hallaba en un estado embrionario, el gobernador pensaba que debería pasarse por la guarnición para inspeccionar de primera mano el regimiento que estaba formando el mayor y manifestarles claramente todo su apoyo.

Era tentador intentar autoconvencerse de que la calamidad venidera quizá no sería tan terrible; que, como cualquier epidemia, la peste iría reculando hasta desaparecer, que bastaría con aislarse en algún rincón apartado del resto del mundo y permanecer escondido unas cuantas semanas sin salir. A partir de testimonios orales publicados mucho tiempo después, ahora sabemos que hubo algunas personas que, tras abandonar Arkaz y huir a las zonas rurales del norte sin tener allí casa, amigos ni conocidos, fueron expulsadas de los pueblos acusadas de llevar la peste y acabaron —junto a otras que ni siquiera intentaron buscar refugio en las aldeas— viviendo en bosques, colinas y montes, como si fueran Robinson Crusoe.

Uno de los barcos programados para esa noche, el Bagdad, llegó a la hora prevista y en él embarcaron mil doscientos cincuenta pasajeros, mucho más del doble de su capacidad. Pero después no llegó ninguno de los cinco siguientes barcos

anunciados por las agencias, aunque insistían en que aparecerían en cualquier momento. Mientras tanto, una embarcación cuya compañía nadie fue capaz de identificar había entrado en la bahía y echado el ancla a cierta distancia de la costa. El gobernador dio orden de que el landó girara por la avenida Hamidiye y se detuviera en una esquina de la plaza. Entrecerró los ojos para ver mejor a través de la ventanilla del carruaje lo que estaba sucediendo en el puerto. Una barca cargada de pasajeros y baúles se dirigía a toda prisa hacia el misterioso barco que había anclado en aguas de la bahía. La muchedumbre que miraba desde la orilla gritaba y abucheaba. Los de la barca hicieron caso omiso de sus imprecaciones y, al llegar a las inmediaciones del Faro Árabe, los remeros ralentizaron la marcha hasta que el bote se detuvo por completo y empezó a esperar balanceándose sobre las olas. Poco después, un coche de caballos procedente de la parte del castillo irrumpió a toda velocidad en el muelle, cargado con baúles, maletas y cestos, y acto seguido los miembros ensombrerados de una familia rum ortodoxa —marido, mujer, varios niños, sirvientes y criadas— bajaron del vehículo con absoluta parsimonia, como si acabaran de enterarse de que había una epidemia de peste en la isla. Al momento, un funcionario municipal se les acercó y los roció de líquido desinfectante. En cuestión de segundos estalló una acalorada discusión, a la cual se sumaron también el cochero y los porteadores.

—El doctor İlias ha insistido mucho en marcharse de la isla —dijo el gobernador sin apartar la mirada de la escena que estaba observando por la ventanilla—. Al parecer, le cuesta entender que la gravedad de la situación a la que nos enfrentamos va más allá de conseguir unos billetes o de intentar implantar la cuarentena. El deseo de Su Majestad es que permanezca en la isla. ¡Y pensar que incluso tiene miedo de salir de la guarnición…! Le ruego que mañana, en la ceremonia de juramento de sus soldados, haga todo lo posible para levantarle los ánimos.

—Querido pachá…, todavía no estamos listos para una inspección. ¡No tenemos ni la cantidad óptima de reclutas ni los equipamientos necesarios! —dijo el mayor con una expresión un poco avergonzada, ya que fue él quien había propuesto esa ceremonia con la presencia del gobernador, pensando que eso ayudaría a motivar a los soldados de cuarentena.

—¿No ha comparecido el sargento Hamdi Baba? Se lo envié ayer —preguntó el gobernador—. Él es un ejército por sí solo.

El landó se metió por las callejuelas de la ciudad, por cuyas estrechas pendientes apenas se veía un alma. En una calleja completamente desierta vislumbraron un par de ratas recién muertas, una apartada contra una pared, la otra justo en medio de la calle polvorienta. ¿Cómo era posible que hubieran eludido los certeros ojos de los niños, que detectaban rápidamente las ratas exterminadas por el veneno de las trampas y las vendían a las autoridades municipales?

—¿Y esto cómo lo explica? —le preguntó el gobernador al doctor Nuri.

—Si las ratas y la peste vuelven con renovadas fuerzas, ¡quién sabe lo que podría pasar!

Poco después regresaron atravesando las calles vacías hasta la sede de la gobernación. El tumulto en los muelles se prolongó hasta medianoche. Desde la habitación de invitados, el doctor Nuri y Pakize Sultan podían oír con total claridad, al igual que el gobernador desde su despacho, las peleas esporádicas que estallaban entre la gente cada vez que una barca zarpaba en dirección a alguno de los últimos navíos de pasajeros, así como los gritos y blasfemias entre los barqueros. Algunas personas que habían comprado billetes entraron en cólera al llegar a la conclusión de que el barco que les habían prometido no llegaría, e irrumpieron en las oficinas de la agencia Lloyd’s para ajustar cuentas. Después de que agredieran a los empleados de la compañía —a uno de ellos le

rompieron de un puñetazo las gafas nuevas que acababa de comprarse en la tienda Essel de Tesalónica—, la policía se vio obligada a intervenir para poner la situación bajo control.

También se vivieron disturbios parecidos en el punto de venta de billetes de Messageries Maritimes (la empresa que más navíos traía a la isla), un quiosco de colores rojo y naranja cuyas paredes estaban cubiertas de fotografías en blanco y negro de lejanos parajes exóticos. Monsieur Andon, el director de la agencia, un rácano hombre de negocios miembro de una de las familias rums más eminentes de Arkaz (y, recordemos, también cónsul francés), se personó en el quiosco para intentar poner fin al altercado, dirigiéndose en voz alta a la airada e histérica muchedumbre histérica y malhumorada. Hizo unas declaraciones en francés donde insinuaba que de hecho su barco ya estaba de camino, pero que la gobernación no les daba permiso para acercarse a la bahía.

Resulta difícil describir con palabras la devastación psicológica que debieron de experimentar aquellas familias rums que desde hacía días soñaban con la idea de escaparse a Creta, Tesalónica, Esmirna y Estambul con todas sus maletas y pertenencias. Ninguno de ellos tenía ganas de dar media vuelta a medianoche y regresar a las casas que habían clausurado claveteando a conciencia puertas y ventanas. Y peor aún: como no contaban con quedarse en la isla, no habían llevado a cabo los preparativos de cuarentena necesarios: llenar la despensa —y otros espacios de almacenaje como armarios cerrados y elevados donde no pudieran llegar las ratas— de legumbres, pasta, galletas saladas, truchas encurtidas y sardinas en salazón.

A pesar de todo esto, fueron días tranquilos para las gentes más pobres e incultas de la isla, ya fuera porque eran ajenos a lo que estaba sucediendo, ya fuera porque eran incapaces de sentir y concebir el miedo a la peste con suficiente intensidad. Esto lo mencionamos para que nadie nos critique alegando que estamos prestando demasiada atención al destino de las familias burguesas, terratenientes y adineradas de la isla (la

mayoría de las cuales solían dejar sus propiedades y negocios locales a cargo de administradores y pasaban la mayor parte del año en Estambul o Esmirna). Dos de las familias que esa noche se quedaron desamparadas en el puerto y de madrugada tuvieron que regresar amargamente a sus casas —los Sifiropolus y la familia del pendenciero Pangiris— perderían en el transcurso de la epidemia a la mayoría de sus integrantes, y una tercera —los chipriotas Faros— también sufriría varias pérdidas.

A medida que avanzaba la noche, la alegación de que el gobernador no había dado permiso a los barcos para acercarse al puerto y llevarse a los pasajeros que habían comprado billetes adicionales fue dando paso al rumor de que la cuarentena se había pospuesto un día para permitir que los barcos retrasados pudieran finalmente entrar en la bahía. En esos momentos, un hombre de aspecto taciturno que había estado observando de pie lo que sucedía en los muelles, y que no parecía que fuera a marcharse de la isla pues no llevaba cestas, baúles, billetes ni indumentaria de viaje, causó una pequeña conmoción cuando, de repente, se sentó en el suelo en un punto entre el edificio de aduanas y la zona donde esperaban los carros de caballos, y segundos después cayó medio desmayado quejándose de un horrible dolor de cabeza. Bajo la pálida luz de las farolas era difícil discernir lo que sucedía. Los funcionarios desinfectadores que se paseaban entre la muchedumbre corrieron a atender al enfermo, y el gentío se dispersó durante unos minutos. Algunos, creyendo que finalmente habían atrapado al hombre que había traído la peste a la ciudad y se dedicaba a esparcir ratas muertas por las noches, corrieron a ver qué pasaba pensando que asistirían a un linchamiento público.

Cuando el gobernador se enteró de que un grupo de ciudadanos motivados se habían reunido en la cafetería Cenup de la avenida Estambul para redactar una petición conjunta exigiendo que la cuarentena se pospusiera hasta que llegaran los últimos barcos, tras lo cual planeaban ir por las casas en

mitad de la noche para conseguir las firmas de los cónsules, los representantes de las agencias de viajes, los cabezas de familia más importantes de la ciudad y cualquier otra persona que quisiera huir de la isla, para finalmente comparecer en la sede de la gobernación y entregarle el documento en persona (o tal vez incluso al damat doctor), envió a todos los bomberos de desinfección disponibles al café para disolver la reunión empapándolos a todos con su líquido de fuerte olor a lisol. Más tarde, el joven que había sido identificado como cabecilla del plan fue detenido, junto con su tío, y ambos fueron encerrados en la mazmorra del castillo.

Hacia las once de la noche, mientras la agitación en el muelle seguía aumentando (a raíz de los hechos que acabamos de mencionar), sucedió algo que reavivó los ánimos de todo el mundo: se vislumbró al Persépolis de Messageries Maritimes, el último barco que había recibido el permiso oficial para anclar en la bahía, surcando las aguas por detrás del castillo. Era imposible ver claramente la embarcación desde el puerto, pero si se forzaba la vista podía entreverse la luz temblorosa de sus luces. Todos corrieron a recoger sus cajas, sus baúles y a sus familias. Al poco salió la primera barca del capataz Lazar en dirección al barco, cargada de pasajeros y maletas. En cuanto a la segunda lancha, había tantos desesperados que querían subirse para escapar de la isla que empezaron a empujarse, insultarse y golpearse entre ellos, un guirigay que terminó con la intervención de los guardias de aduanas, policías y bomberos para imponer orden. Una vez que se hubo calmado el tumulto, la segunda barca del capataz Lazar también zarpó del muelle y se perdió en la oscuridad infinita.

Los momentos que se vivieron a continuación fueron de una soledad estremecedora. Aquellos que se habían quedado en tierra —calculamos que debían de ser unas quinientas personas— hubieron de enfrentarse con pesadumbre a la situación que tenían delante de sus ojos: el último barco estaba zarpando, y se habían quedado atrapados en aquella isla apestada. Algunas familias, incapaces de lidiar con la cruda

realidad y creyéndose los rumores que ellas mismas se habían inventado, permanecieron en los muelles hasta la mañana convencidas de que llegarían más barcos. Otras, aunque ya no se hacían ningún tipo de ilusiones, decidieron esperar al amanecer porque tenían miedo de transitar por las calles en medio de la noche. Sin embargo, la mayoría cargaron sus pertenencias en los coches de caballos (y las que no encontraron carruaje, se marcharon a pie) y regresaron en la oscuridad a sus casas con dura resignación. (Curiosamente, esa noche nadie se topó con el hombre del saco que arrojaba ratas por las calles y esparcía la peste por la ciudad). Para ser principios de mayo, fue una noche inusualmente fría e inhóspita. El viento ululaba ominosamente sobre los tejados de las casas vacías de la ciudad.

27

Al partir de la isla pasada la medianoche, el Persépolis de Messageries Maritimes hizo sonar su silbato un par de veces, un sonido ahogado y lastimero que reverberó por los montes rocosos de Minguer. El gobernador pachá todavía estaba sentado en su escritorio, ultimando junto al director del servicio de inteligencia y el alcaide de la prisión los detalles de la ejecución de la banda de asesinos encarcelados. Se percibía aún cierta incertidumbre en el gobernador, como si no las tuviera todas consigo, pensando que colgar a esos hombres —especialmente a Ramiz— sin contar con la aprobación de Estambul podría acarrear graves consecuencias políticas en el futuro. Los otros dos le estaban recordando que Şakir, un ladronzuelo del barrio de Tuzla, había aceptado llevar a cabo los tres ahorcamientos, pero que no era completamente de fiar ya que siempre estaba borracho y existía la posibilidad de que no se presentara en la prisión a la hora acordada; además, había pedido que se le pagaran sus servicios por adelantado.

—¡En ese caso, haced que vaya mañana al castillo y lo encerráis en una celda antes de que anochezca! —dijo el gobernador—. Y pasada la medianoche le dais vino. ¿En qué bodega suele comprarlo?

Fue entonces cuando escucharon el silbato del Persépolis y se acercaron a la ventana que daba al puerto. Aunque sus luces apenas eran visibles, los tres pudieron ver cómo el barco se alejaba de la isla y, lo más importante, fueron conscientes de la trascendencia del momento.

—¡Señores, nos hemos quedado a solas con la peste! —dijo el gobernador Sami Pachá—. Será mejor que sigamos mañana a primera hora.

A los otros dos hombres no les sorprendió la abrupta decisión del gobernador de aplazar la reunión, así que sin darle mayor importancia accedieron a sus deseos y salieron del despacho cerrando la puerta a sus espaldas sin apagar la lámpara de gas del interior. En tiempos de crisis, al gobernador le gustaba pensar que si las luces de la sede de la gobernación —incluyendo las de su despacho— permanecían encendidas hasta la salida del sol, la gente que pasara por la calle tendría la impresión de que el Estado nunca duerme, y que estaba siempre listo para desbaratar cualquier movimiento de posibles conspiradores.

Cuando Pakize Sultan y el doctor Nuri escucharon el silbato del Persépolis, hicieron como tantos otros ciudadanos de Arkaz que no habían bajado a los muelles y se acercaron a la ventana de la habitación de invitados para contemplar el panorama, embargados no tanto por los sentimientos del miedo a la muerte, el abandono y la extraña sensación de remordimiento que estaba experimentando la mayoría, sino por cierto romanticismo. La bahía entera había sido engullida por la oscuridad, solo se vislumbraba el castillo. Pakize Sultan interpretó las luces del Persépolis alejándose en la negrura nocturna de terciopelo como una señal de que por vez primera se había quedado realmente sola con su marido. El doctor Nuri, al igual que todos sus colegas, se limpiaba constantemente las manos, el cuello y los brazos con productos desinfectantes, por lo que no creía que pudiera «contagiarse». Así pues, hablamos con el rigor del historiador cuando afirmamos que esa noche la pareja hizo gozosamente el amor.

El doctor Nuri se despertó antes del amanecer. Mientras se vestía contemplando a su mujer sumida en un dulce sueño, no podía dejar de pensar si los rumores que había escuchado serían ciertos: que, como solía ocurrir en estados de emergencia, el gobernador pachá realmente estaba decidido a ejecutar a Ramiz y sus dos hombres sin que llegara la confirmación del Tribunal Supremo de Estambul.

Incapaz de sacudirse este funesto presentimiento, bajó por las escaleras ante las miradas respetuosas de los guardianes nocturnos y se encaminó hacia el patio del edificio. En el Imperio otomano la mayoría de las ejecuciones se llevaban a cabo en los patios interiores de las sedes de gobernación. Pero al llegar allí vio que no había nadie. El enorme perro pastor que hasta hacía relativamente poco permanecía atado a los barrotes de la ventana de la cocina, ladrando sin parar toda la noche, había desaparecido poco después del estallido de la epidemia.

Apenas se distinguía una sola sombra en la oscuridad. Caminó a lo largo de las columnas bajo la galería abovedada, sintiéndose como un fantasma. Mientras recorría lentamente el perímetro de la plaza de la Provincia, tenía la impresión de que en cualquier momento se toparía con alguien, pero la noche era como una cámara oscura bidimensional: por mucho que caminara era incapaz de encontrar la salida de aquella caja negra, aunque a veces la sombra de un árbol o un color apagado discurrían silenciosamente a su lado. Tras dejar atrás los carteles que anunciaban la cuarentena y las persianas bajadas de las tiendas, se metió por las travesías del barrio circundante y anduvo largo rato en la oscuridad de las calles infinitas de la ciudad apestada.

En cada barrio lo recibía una jauría distinta de perros callejeros que aullaban frenéticamente al verlo venir, pero ninguno de ellos se le acercó lo suficiente para poder oír sus jadeos y gruñidos. A veces, cuando entraba en alguna callejuela angosta o bajaba por una pendiente, le llegaban el olor a algas procedente del mar y los graznidos de las gaviotas, y entonces giraba por instinto a la derecha y se encontraba subiendo por otra cuesta, envuelto ahora en un agradable aroma a rosas. Escuchó a medias las voces de un hombre y una mujer que reían y susurraban en rum en un patio; oyó a un búho ululándole a las nubes imperceptibles; poco después se extrañó al percatarse de que había dejado de escuchar el ruido de sus propios pasos. ¿Qué calle era aquella cuyo suelo parecía

cubierto de arena? Desconcertado, bajó por unas escaleras y pasó junto al hotel Minguer, y llegó a la conclusión de que se había perdido. Cuando aparecieron ante él las persianas bajadas de una casa de piedra oscura, comprendió que no estaba andando por una calle, sino por un jardín. Oyó a lo lejos el croar de unas ranas, como el sonido ondulante de una cascada, y al acercarse las bestias se zambulleron una a una en el agua, aunque en la oscuridad no pudo apreciar ni el resplandor ni la frescura del estanque.

De repente se sobresaltó al oír a alguien que instintivamente identificó como un ladrón. Retrocedió hasta refugiarse en un rincón, pero en aquella oscuridad que lo envolvía todo como una densa niebla de color carbón no pudo ver a nadie. Subió por una cuesta que pensó que llevaba de vuelta a la Plaza de la Provincia, pero pronto se dio cuenta de que se estaba alejando, por lo que tardó más de lo previsto en regresar junto al lecho de su mujer.

Cuando por fin se hizo de día, el doctor Nuri le explicó a Pakize Sultan su salida nocturna por la plaza de la Provincia, llevado por la aprensión que le despertaban las posibles ejecuciones.

—Mi tío siempre prefiere que sean sus leales y diligentes gobernadores los que ejecuten por decisión y voluntad propia a los enemigos que ha castigado enviando al exilio. Él nunca firmaría una orden de ejecución, y todavía menos la de un musulmán. Es así de precavido y maquiavélico.

Al escuchar de boca de su marido la experiencia metafísica que había vivido perdiéndose de noche por las calles oscuras de Arkaz, Pakize Sultan tuvo una idea: ese mismo día, tras sentarse al escritorio donde redactaba sus cartas, coger un folio en blanco y encabezarlo con el título «Las noches de la peste», transcribió palabra por palabra todo lo que le había contado su esposo. Con anterioridad habían hablado de que aquellas nuevas misivas tardarían mucho en llegar a manos de su

hermana Hatice en Estambul, dado que el último barco ya había zarpado de la isla.

—No sé explicar por qué —le dijo entonces Pakize Sultan a su marido—, pero siento el anhelo de relatar su expedición de la forma más detallada posible. ¡Explíquemelo todo, por favor!

Más tarde, mientras un escribano marcaba de verde en el mapa epidemiológico las casas de las ocho personas que habían muerto el día anterior, el gobernador comunicó al damat doctor que esa mañana serían solo ellos dos, ya que el doctor İlias se había quedado con el mayor Kâmil en la guarnición militar para preparar la ceremonia de juramento. Tras alabar la diligencia, disciplina y destreza del mayor, a quien tenía en muy alta estima, el gobernador añadió que sería muy bueno para la isla que se casara con Zeynep.

El gobernador conocía a las ocho personas que habían muerto el día anterior. Un funcionario de la Oficina de Fundaciones Piadosas, que había anunciado que en cuanto estallara la epidemia se volvería a su pueblo, por lo visto no se había marchado y se había encerrado con su familia en su residencia de Çite. La casa se había vaciado y desinfectado después de que el día anterior murieran en ella dos personas. Un herrero del barrio de la Cantera, y el barbero Zaim, muy locuaz y querido por todos los vecinos de Turunçlar, habían muerto en sus casas sin haber pasado siquiera por el hospital. Al gobernador también le habían comunicado la muerte de un viejo campesino que había ingresado el día anterior en el hospital Hamidiye, la de una madre anciana que había llorado por sus hijos mientras agonizaba, la de un hombre que había aparecido muerto por la mañana en el jardín del hospital Theorodoropoulos, y la del camarero rum de un restaurante de Petalis. Esta última muerte fue la que volvió a avivar el habitual debate entre los doctores sobre si la peste se transmitía o no a través de la comida. De hecho, prohibir la venta de sandías, melones y otras frutas y verduras era una medida preventiva contra el cólera, no contra la peste.

—El doctor İlias ha repetido en varias ocasiones que la peste no se transmite por la comida, y parece ser que lo mismo pensaba Bonkowski Pachá, en paz descanse —dijo el doctor Nuri—. Ya le preguntaremos cuando vayamos a la guarnición.

—Según el mapa, ¿qué puede decirme sobre la evolución de la epidemia? —preguntó el gobernador.

—Todavía es demasiado pronto para notar las mejoras que podrían introducir las medidas de cuarentena.

—¡Pues espero que esté en lo cierto! —dijo el gobernador —. De lo contrario, a simple vista parecería que las medidas no sirven de nada.

—Querido pachá, las medidas suelen ser ineficaces para aquellos que se niegan a tomárselas en serio. Al final, también son ellos los que mueren.

—¡Muy bien dicho! —exclamó el gobernador en un arranque de inspiración—. ¡Pero nosotros no moriremos! He escuchado maravillas de los soldados de cuarentena del mayor, unos hombres muy capaces y resueltos, una fuerza de lo más competente.

Después de subirse al landó, el gobernador pachá ordenó al conductor Zekeriya que no subiera por la cuesta de Kofunya, sino que diera un poco de rodeo y fuera lentamente por el camino de la costa. El carruaje descendió sin prisas hasta la orilla, serpenteando por las calles, pasando junto a la iglesia de San Antonio y luego avanzando a lo largo del muro tras el cual estaban el gallinero y el patio de atrás de la casa de Marika (¡qué bonita se veía ahora con los postigos abiertos!). No se oía otra cosa aparte de los cascos de los caballos, el chirriar de las ruedas y la voz de Zekeriya, que de vez en cuando lanzaba un «brrsss» cuando tiraba de las riendas para que el carro no se precipitara cuesta abajo. En un momento dado el gobernador reparó en que ni siquiera se oían los ruidos de los cuervos y las gaviotas. Daba la impresión de que el silencio había apagado

incluso el color del mar, que podían entrever fugazmente entre las tabernas y los hoteles del barrio.

—¡Es como si todo el mundo se hubiera ido en el último barco de Maritimes y ya no quedara nadie en la isla! —dijo el gobernador en un tono quejumbroso que recordaba al de un niño, y en su rostro se dibujó una expresión inocente que al doctor Nuri le resultó entrañable.

Tras pasar la zona de los hoteles y restaurantes, el landó prosiguió su recorrido a lo largo del acantilado rocoso que quedaba a su derecha. ¡Qué cerca y qué blanco se veía el mar allá abajo! Al gobernador le gustaba mucho aquella ruta, que avanzaba por la costa del barrio de Hora subiendo, bajando y serpenteando a izquierda y derecha en dirección al norte. Con sus curvas que reseguían los contornos de cada caleta, y con las palmeras a ambos lados, aquel camino le proporcionaba una sensación de paz al gobernador. Le agradaban los olores que emanaban de los jardines de rosas de las mansiones lujosas, la nueva zona de playa con sus bancos de arena y sus cabinas debajo de los toldos de rayas azules, el pequeño muelle, y las plantaciones de rosas. El gobernador había controlado de cerca la construcción de esas residencias a las que se habían mudado los nuevos ricos de la isla.

—Cuando llegué a esta isla como gobernador, les comenté en diversas ocasiones a los notables de las familias musulmanas más antiguas de Arkaz, todos esos musulmanes adinerados que viven en los alrededores de la plaza Hamidiye: «Ustedes deberían hacer como los rums y construir mansiones y villas a largo del camino costero que va hacia el norte desde Kadirler, es ahí adonde deberían mudarse con sus familias porque el futuro de esta ciudad es crecer en ambas direcciones a lo largo de la orilla. ¡No se queden apretujados en las callejuelas de la ciudad vieja, embutidos entre esas mezquitas tan antiguas!». Puede que no me escucharan por pura cabezonería, porque les dije que «deberían hacer como los rums». ¡Pero los patriarcas y abuelos de esas familias musulmanas que rezan cinco veces al día solo quieren vivir

cerca de la mezquita de Mehmet Pachá el Ciego y del resto de mezquitas vetustas! Así fue como la zona del muelle de la Piedra, los edificios administrativos de los comerciantes de mármol y los dormitorios de los trabajadores continuaron vacíos y abandonados durante un tiempo, convirtiéndose en nidos de arañas y holgazanes. Entonces llegaron los inmigrantes cretenses y se asentaron allí. Debo confesar que a mí al principio también me pareció una buena idea, y de hecho animé a aquellos pobres refugiados cretenses, en su mayoría jóvenes desamparados y sin trabajo, a que vivieran allí. Pensé que de esa forma tendrían donde alojarse y dotarían de nueva vida a la zona… Pero, en vez de eso, optaron por dedicarse al bandidismo, la villanía y el gamberrismo, y avengarse de vengarse de los rums. Si ahora, con la excusa de la peste, quisiéramos echarlos de allí, tendríamos que quemar el barrio entero. Pero ni siquiera eso podríamos hacer, porque los edificios administrativos de las empresas de mármol fueron construidos con la mejor piedra de Minguer, y nunca prenderían. Qué cosas… Yo que quería hablarle sobre esta idílica ruta costera, y al final he acabado hablando sobre quemar barrios…

Dejaron atrás la playa vacía y el camino volvió a ascender colina arriba. A su izquierda estaban las inmaculadas mansiones de las familias rums adineradas de Flizvos, unos edificios que el gobernador pachá siempre había contemplado con respeto e incluso admiración, especialmente su diseño influido por la arquitectura del castillo: los aleros de los tejados, las torrecillas cónicas, los miradores panorámicos que daban al Levante y el Mediterráneo oriental, infinito y despejadísimo… Desde el interior de aquellas casas, ver cómo salía el sol sobre el mar era algo realmente espectacular. El gobernador pachá conocía personalmente a varios miembros de aquellas opulentas familias de ínfulas europeas, y había asistido a algunas recepciones celebradas en sus residencias, que más que mansiones eran palacetes. Durante un tiempo incluso había hecho la vista gorda a los juegos de apuestas que

tenían lugar en su club privado, el Circle du Levant, que él mismo había ayudado a establecer y al que los musulmanes solo podían acceder con una invitación especial; pero al enterarse de que parte del dinero recolectado en las tómbolas y rifas que organizaban en Nochevieja se destinaba a ayudar al bandido Pavlo (que se dedicaba a saquear las aldeas musulmanas) y a los separatistas griegos que se estaban pudriendo en la mazmorra del castillo, ordenó que arrestaran al hijo del propietario de los grandes almacenes Bazar du Île, un dandi relamido que se encargaba de gestionar el club, alegando que en su establecimiento se vendían productos que no habían pasado por aduanas, y lo dejó tirado unos días en la celda más inhóspita de las mazmorras, desde donde podía oír perfectamente los gemidos de los pobres diablos que estaban siendo torturados. Fue así como el gobernador puso punto final al apoyo económico mediante rifas a los anarquistas y guerrilleros sin que el club Circle du Levant tuviera que cerrar sus puertas ni fuera necesario enviar telegramas diplomáticos. El director del servicio de inteligencia, Mazhar Bey, era muy diestro a la hora de silenciar a este tipo de agitadores sin causar escándalos políticos.

Mientras el carruaje reseguía lentamente el trazado de las caletas que puntuaban el elegante barrio de Dantela, el gobernador alzó la vista en dirección a la guarnición militar y vio una casita blanca en lo alto de una colina rodeada de campos. Cuando se retirara —es decir, cuando Abdülhamit lo relevara de su cargo—, no pensaba regresar a Estambul, sino que tenía intención de pasar el resto de sus días aquí, cultivando rosas de Minguer y entablando amistad con los pescadores rums que acudían a la caleta de más abajo.

Al mirar por la ventanilla del landó y ver cómo la línea del horizonte había desaparecido sobre el mar brumoso, el gobernador tuvo la sensación de que la isla se había desprendido del resto del mundo, prácticamente como si flotarasola en los cielos. El silencio y los rayos de sol sumaban a esa extraña sensación de soledad e insignificancia. A través

de la ventanilla del lado derecho, cuya cortinilla había bajado el doctor Nuri contra el calor, se coló una abeja ruidosa e irascible, que se irritó aún más cuando chocó contra la ventanilla del otro lado, y cuya presencia desazonó a ambos hombres. El cochero Zekeriya, preocupado por la súbita agitación de sus pasajeros, aminoró la marcha de los caballos hasta que finalmente la abeja acabó saliendo por la misma ventanilla por donde había entrado.

—Solo era una abeja, Zekeriya, pero ya se ha largado la muy canalla. ¡Tú sigue hacia la guarnición! —exclamó el gobernador pachá.

El carruaje empezó a subir lentamente por la pendiente angosta y empedrada que llevaba desde la cala del Pedregal hasta la guarnición militar. Las herraduras de los caballos y las ruedas hacían unos ruidos metálicos al pasar sobre de este camino, hecho de adoquines de mármol de Minguer tallados de forma desigual. Esta vía, que bajaba desde la guarnición hasta las calas, había sido construida sesenta años atrás con la idea de que, si algún día las guerrillas separatistas de la isla empezaran una guerra seria contra los otomanos, los refuerzos enviados por Estambul pudieran llegar rápidamente a la guarnición sin tener que pasar por el castillo, aunque nunca se había hecho servir con tal propósito. Vieron viejas mansiones y suntuosas villas que se alzaban aquí y allá sobre el verdor de la ladera. Las verdes ramas que asomaban tras los muros de los jardines, con pequeñas lagartijas reptando sobre ellas, y las hojas espinosas, afiladas y exóticas de una gran variedad de plantas captaron especialmente su atención así como los sonidos de loros impertinentes y el melodioso y tímido gorjeo de pequeños pajarillos. Llenaron sus pulmones con el aire húmedo y agradable que envolvía aquella pendiente fresca y umbría.

—¡Cochero, para! ¡Para! —ordenó de pronto el gobernador pachá, mientras miraba por la ventanilla un jardín verdísimo y lívido.

El carruaje se detuvo en seco, resbalando ligeramente hacia abajo debido a la inclinación de la pendiente. Como de costumbre, el gobernador pachá esperó en su asiento sin asir la manija de la puerta. Cuando el escolta que acompañaba al carretero Zekeriya bajó y abrió la puerta, miraron hacia donde señalaba el gobernador y vieron a dos niños de cabellos negros y ropa desvaída que los observaban entre el follaje colgante de un sauce.

Uno de los chavales les lanzó una piedra con gesto furioso, mientras el otro intentaba contenerlo con gestos que parecían decir: «¡No lo hagas!». Antes de que los pasajeros del carro pudieran reaccionar, los dos mozalbetes ya se habían esfumado, huyendo sigilosamente. Ni siquiera habían oído sus voces, era como si hubieran salido de un sueño. O quizá fueran fantasmas…

—Serán ladronzuelos que han venido a saquear esa casa después que los propietarios se marcharan… —dijo el gobernador subiendo de nuevo al vehículo, tras ordenar a un par de guardias que persiguieran a los niños—. Vienen aquí de fuera de la ciudad, desde los pueblos de los alrededores. ¡De hecho es imposible controlar y disciplinar a todos esos bandidos y granujas!

—Si el doctor İlias estuviera aquí, ya nos habría recordado la opinión de Bonkowski Pachá al respecto.

—¿No le parece que el doctor İlias es un tipo demasiado asustadizo?

El Mehmet Pachá, el comandante de la guarnición nativo de Edirne, había preparado un pequeño acto para recibir a los asistentes a la ceremonia de juramento de la división del mayor. Un grupo de cuarenta hombres seleccionados entre los soldados árabes del Quinto Ejército desfiló saludando al gobernador pachá. Detrás venía el sargento Sadri, jefe de la unidad de artillería que el año pasado había disparado las veinticinco salvas para celebrar el vigésimo quinto aniversario de la subida al trono de Abdülhamit.

—¡Tengo pólvora suficiente para llevar a cabo cien disparos más si es necesario! —se vanaglorió el sargento dirigiéndose al gobernador.

Luego se sentaron para disfrutar del ágape que el comandante de la guarnición había preparado con gran esmero. Sobre la mesa había un ejemplar de *Havadis-i Arkata* , el periódico semioficial de la gobernación, y también las últimas ediciones de los diarios *Adekatos Arkadi* , *Neo Nisi* y *Necm-i Cezire* , recién salidas de la imprenta. El doctor İlias, vestido con una levita de color verde oscuro, también estaba sentado en una esquina.

—¡Esta mañana hemos echado en falta sus comentarios mientras examinábamos la situación sobre el mapa! —dijo el gobernador—. La cifra de muertos sigue aumentando, y parece que la totalidad de los barrios musulmanes y la mitad de los barrios rums están infectados. ¿Cree que es arriesgado comerse esto?

Bajo la atenta mirada del doctor İlias, un soldado dejó sobre la mesa un enorme cuenco lleno de moras negras recolectadas de los viejos y enormes zarzales de los terrenos de la guarnición. Junto al cuenco, había una bandeja con los famosos çöreks de Minguer, hechos con rosas y nueces.

—Créame, querido pachá, no hay peligro alguno —dijo el doctor İlias en tono jovial—. Si quiere, espere a que yo lo haya probado todo. Las moras no sé, pero los çöreks de rosas acaban de salir del horno.

De repente se escuchó un gran alboroto, y segundos después un caballo de pelaje rojizo pasó muy cerca de la mesa corriendo desbocado. Cuando los dos soldados que lo perseguían, y que habían estado ayudando a preparar la ceremonia de juramento, pasaron por delante del gobernador y su camarilla, se pararon un instante para saludarlo de manera atropellada y con expresión avergonzada. El gobernador, que por un momento se había sentido acalorado, se puso en pie para ver cómo se alejaba el caballo. Y al divisar por allí cerca

a los nuevos soldados de cuarentena preparándose para formar, se entusiasmó y echó a andar hacia ellos sin esperar a que llegara el café. El resto de la comitiva —los funcionarios y oficiales que habían venido para asistir a la ceremonia, junto con sus escoltas— lo siguió.

En los últimos dos días, el mayor Kâmil había logrado reclutar diecisiete soldados más para su división de cuarentena. El principal «asesor» de este reclutamiento había sido Hamdi Baba, un hombre de edad indeterminada, barba y bigote. Tras completar el servicio militar obligatorio, había decidido quedarse en el ejército otomano y, pese a no saber apenas leer y escribir, había ido ascendiendo hasta alcanzar un rango intermedio después de combatir en numerosos frentes. Nativo de Minguer, Hamdi Baba había conseguido finalmente que lo destinaran a la guarnición de la isla, donde había permanecido desde entonces. Era un hombre de buenos modales y grandes aptitudes sociales: podía convencer a cualquiera de hacer lo que fuera dialogando con cortesía y dulzura, ya fueran árabes o rums, familias y funcionarios turcoparlantes, o isleños que hablaran minguerés.

El gobernador observó con gran solemnidad como Hamdi Baba instruía a sus hombres en los elaborados movimientos y maniobras hasta hacerlos formar en filas de cuatro. El sargento había convencido a varios conocidos de los barrios de Bayırlar y Gülerenler donde había crecido, gente en la que confiaba y a la que estimaba, para que se incorporaran a la división de «voluntarios», trabajo por el cual recibirían un dinero por adelantado. Es decir que, como habían recalcado todos los historiadores de la isla, los miembros de la División de Cuarentena procedían de familias que solían hablar minguerés en sus casas. Pero, al contrario de lo que aseguran muchos, quien tomó esa decisión no fue el mayor Kâmil.

Durante los últimos tres días, el mayor había ido por las tardes a la guarnición para «formar» a los soldados. Más que una instrucción militar propiamente dicha, les había enseñado a implementar las medidas de cuarentena, a ser magnánimos, a

llevar la ropa adecuada para protegerse, a desinfectarse siempre que pudieran, a escuchar lo que decían los doctores, aunque en última instancia debían obedecer lo que dictara su comandante. El damat doctor también había asistido a una de esas sesiones y había conocido a los soldados, y después había ido con el mayor y sus hombres a los barrios de Kadirler y los Turunçlar Altos. Allí habían logrado apaciguar a gente de dos casas que habían salido para rebelarse contra las prohibiciones y los acordonamientos. También habían sofocado, mediante palabras suaves y leves amenazas tipo «Son órdenes del sultán», una pequeña revuelta instigada por un joven marido que exigía ser enterrado junto a su mujer embarazada, que acababa de morir por la peste.

Según el gobernador, el mayor había desempeñado una labor excelente escogiendo a sus soldados de cuarentena, y aplaudía especialmente el hecho de que los hubiera formado tan bien en tan poco tiempo. Estos nuevos soldados conocían de cerca las vicisitudes de las calles por donde más se había propagado la epidemia, tenían relación con todas las personas del barrio: los que estaban mosqueados, los que estaban dispuestos a obedecer, y los que se reaccionarían con hostilidad. En los d0s últimos días habían logrado convencer a algunos habitantes musulmanes de la isla (una cantidad muy modesta, todo hay que decirlo), especialmente a aquellos que no sabían leer ni escribir, de que debían cumplir las normas de la cuarentena. Cuando los delegados de los barrios o los ubicuos informantes les comunicaban la existencia de algún enfermo escondido en una de las casas, el primero en pasarse por allí era Hamdi Baba para intentar dialogar con los inquilinos. La gente era más propensa a resignarse y acatar las reglas si los visitaba alguien que, aunque fuera uniformado, hablaba igual que ellos y tenía un aspecto y unas barbas parecidas.

Al ver el estado impecable de los soldados del mayor, y lo mucho que habían aprendido en tan pocos días como para poder llevar a cabo la ceremonia de juramento, el gobernador

pachá se sintió muy animado y quiso realizar un discurso. Empezó diciendo que el ejército otomano era la espada del islam, pero que en la actual situación, en vez de cortar las cabezas de los infieles, la espada despedazaría al diablo de la peste, un cometido que era incluso más virtuoso y sagrado.

Sobre sus cabezas se alzaba un cielo azul punteado por nubes de un color blanco intenso. Cuando el gobernador pachá estaba recordando a los soldados que debían tener mucho cuidado, no fuera caso que contrajeran la enfermedad, y que eran afortunados de estar bajo las órdenes de un comandante tan brillante, Mazhar Efendi, el director del servicio de inteligencia, se le acercó de forma brusca para susurrarle unas palabras al oído. Todos los presentes, conscientes de que debían ser noticias importantes —lo suficiente como para interrumpir el discurso del gobernador—, aguantaron la respiración por unos segundos.

—El doctor İlias no se encuentra bien, querido pachá —le había murmurado Mazhar Efendi.

Si la enfermedad se había infiltrado en la guarnición, sería imposible contenerla. El gobernador quería proseguir con su arenga, pero una parte importante de su mente se había visto arrebatada por aquella nueva revelación y sus posibles repercusiones, que no podía dejar de evaluar atropelladamente. Era posible que el doctor İlias hubiera contraído la enfermedad durante una de sus visitas a los hospitales y la hubiera traído hasta aquí: alojarlo en la guarnición había sido un error. Pero al gobernador también se le pasó por la cabeza —despertándole una extraña sensación de culpa— la posibilidad de que la peste hubiera llegado a bordo de su propio landó. A pesar de estos pensamientos, continuó con su discurso, explicando a los soldados que lo miraban que no había mayor orgullo ni mejor fortuna que formar parte del ejército de Su Ilustrísima Majestad el sultán, centro del universo. Pero, a la vez, no podía dejar de preguntarse: «¿Cómo es posible que el doctor İlias esté muriéndose de peste? ¿No estaba justo detrás de mí hace un momento?».

28

Unos momentos antes, el doctor İlias estaba presenciando el acto con una sonrisa en la cara y la sensación de seguridad que le proporcionaba encontrarse dentro de la guarnición entre la gente dispersa congregada detrás del gobernador, al tiempo que devoraba el caliente çörek de Minguer que se había traído de la mesa metiéndoselo discretamente en el bolsillo. Ahora se encontraba a unos cien metros, retorciéndose en la cama de su modesto cuarto de invitados de la guarnición, atormentado por un dolor inaguantable. Notaba unas punzadas tan agudas en el estómago que pensaba que se desmayaría del sufrimiento, pero no perdió el conocimiento. Al principio había intentado mitigar las náuseas con todas sus fuerzas, porque tenía ganas de asistir a la inspección de las tropas por parte del gobernador, pero al final tuvo que salir corriendo como pudo hasta su cuarto y tirarse sobre el colchón, donde había empezado a vomitar. Tenía la sensación de que quien vomitaba no era él, sino otra persona. Devolvió todo lo que había desayunado esa mañana, que salió en forma de pedacitos amarillos y blancos.

Luego empezó una diarrea tan punzante como la broca de un taladro. Salió al pasadizo de altos techos en busca de una letrina. Cuando volvía a la habitación, se iba cayendo por el suelo medio desmayándose, incapaz de lidiar con el dolor. Un soldado que lo vio arrastrándose por el corredor lo ayudó a llegar hasta su cama. Poco después, una pequeña multitud se había congregado ante su puerta. El doctor Ilias tuvo la impresión de que lo miraban como si fuera la persona —el diablo— que había traído hasta ellos la peste, aunque ni siquiera estaba seguro de que esa fuera la enfermedad que le afligía.

Cuando empezaron los temblores, se sintió como si estuviera cayendo por un pozo. El doctor de la guarnición estaba intentando desabrocharle la camisa, con cuidado de cogerla solo por las puntas. El damat doctor Nuri, quien al enterarse también había acudido a toda prisa a los aposentos, se fijó en que la tez del doctor İlias había adquirido un tono azulado metálico e intuyó que aquello podría ser algo distinto a la peste. Al igual que la mayoría de los enfermos de peste, el paciente temblaba, vomitaba sin parar y parecía sumirse en un estado de *delirium* , pero todos aquellos síntomas solían aparecer en fases posteriores de la enfermedad. El doctor Nuri buscó bubones en el cuello y las axilas. No pudo examinarle el interior de la boca porque no dejaba de dar arcadas. La peste podía transmitirse fácilmente a través de las partículas del aire.

El enfermo intentó decir algo, pero de su boca no salieron palabras articuladas, tan solo unos ruiditos extraños. El doctor Nuri lo miró fijamente a los angustiados ojos, animándole a que hablara. Pero no fue hasta que el doctor İlias se llevó la mano al bolsillo y sacó un pedazo de çörek, cuando de repente lo entendió todo.

El doctor Nuri salió disparado de la habitación y corrió hacia la mesa del ágape que habían preparado para de la ceremonia.

Los oficiales, funcionarios y el comandante de la guarnición estaban a punto de volver a sentarse; el gobernador, tras decidir rápidamente que la noticia de que la peste había llegado a la guarnición debía mantenerse en secreto, había ordenado con firmeza que todos volvieran a la mesa sin apresurarse, con tranquilidad. Mientras tanto, el mayor había retirado a sus soldados. Para dar ejemplo, el gobernador fue el primero en sentarse a la mesa. Los demás lo emularon y fueron tomando asiento uno tras otro, aunque estaban visiblemente turbados. Uno de los soldados veteranos que trabajaban en la cocina trajo una cafetera picuda de latón y empezó a servir un café de aroma espléndido, primero al gobernador y luego al resto de los presentes, y entonces el

ayudante de campo del comandante de la guarnición dio un mordisco a uno de los çöreks de nueces y rosas.

—¡Pare, está envenenado! —gritó el doctor Nuri, que justo entonces había irrumpido en escena—. ¡No coman nada, no beban nada! El café y los çöreks están envenenados… —añadió casi sin aliento.

Los análisis realizados más tarde revelarían que los granos de café pertenecían a la sabrosísima variedad yemení, y que el agua que se había utilizado procedía de los manantiales de Pınarlar situados al norte de Arkaz, es decir, que la bebida estaba totalmente limpia.

En cuanto a los çöreks de nueces y rosas, todos intuyeron casi al momento que estaban rellenos de un veneno hecho a partir de arsénico conocido popularmente como «hierba de ratones». Es evidente que, en el año 1901, en las remotas provincias del Estado otomano no había laboratorios que pudieran determinar, a partir de la sangre o los fluidos gástricos del fallecido, si este había sido envenenado con arsénico o no, pero en los últimos cincuenta años muchas personas habían sido envenenadas con matarratas en la isla de Minguer, y todo el mundo tenía en mente algún recuerdo vívido de este tipo de métodos caseros.

El director del servicio de inteligencia y el doctor Nikos observaron cómo el ayudante de campo de la guarnición lanzaba uno de los çöreks a un perro pastor con muy malas pulgas que tenían encadenado a un plátano situado cerca de las dependencias de los invitados, y vieron cómo el pobre animal moría en cuestión de minutos.

Después de haberse deshecho de aquel perrazo indisciplinado y alborotador del que hacía tiempo que quería librarse, el Mehmet Pachá, el comandante de la guarnición, movido por una extraña furia y un inesperado miedo a la muerte, le dio otro çörek al caballo de pelaje rojo que un rato antes había enloquecido y casi había causado la muerte de un soldado, pero no tuvo el estómago suficiente para contemplar

de principio a fin la muerte agónica de la bestia, cuyo pesado cuerpo se derrumbó sobre sus patas delanteras antes de empezar a girar y retorcerse en el suelo. Queremos señalar a nuestros lectores que las acciones del comandante de la guarnición no reflejaban un sadismo particular hacia aquellas bestias (aunque tampoco podríamos considerarlo un amante de los animales); su objetivo era calibrar la potencia de aquel veneno cuyo objetivo era acabar con la totalidad de la jerarquía gobernante de la isla. La mitad de la masa de aquellos çöreks minguereses había sido reemplazada por matarratas. Recordemos que ese polvo se parecía a la harina —de hecho, en algunas herboristerías se vendía en sacos similares— y que era un veneno prácticamente indetectable que no tenía ningún sabor ni olor especial… como la harina.

Pero de todos los casos de envenenamiento con arsénico registrados en el estado otomano a lo largo del siglo XIX , ninguno había sido tan drástico (con una cantidad de veneno tan elevada como para aniquilar en el acto a una persona) como el de la guarnición de Minguer, y ninguno se había revelado como un ataque tan directo ni había sido planeado con semejante audacia y arrogancia política. El objetivo de aquel acto había sido acabar con todos los altos cargos, desde el gobernador hasta el director de cuarentenas, pasando por el damat doctor y el comandante de la guarnición. Y, por supuesto, esos hombres tomaron represalias de un modo igual de drástico.

Detuvieron de inmediato a los ocho militares que trabajaban en la cocina de la guarnición (siete soldados y un sargento). Luego detuvieron también a cinco soldados que solían prestar servicio a los oficiales y que habían preparado la mesa ese día, así como al responsable del abastecimiento de víveres y sus dos ayudantes.

El gobernador envió a los militares de mayor rango a la mazmorra del castillo, y encerró a los soldados rasos del personal de cocina en las celdas individuales situadas en el

lado sur de la guarnición, donde solían llevarse a cabo los interrogatorios y torturas. Para que los nuevos reclutas no se enteraran de lo sucedido, el Mehmet Pachá ordenó que los detenidos fueran trasladados no en el carruaje blindado que solía utilizarse para el transporte de prisioneros, sino en el carro que empleaba la guarnición para repartir el pan y los çöreks de su horno. Después hubo que desinfectar el carro, lo cual, combinado con el aspecto atribulado de los bomberos que fueron llamados para realizar la labor, creó la impresión generalizada y errónea de que los soldados de la cocina estaban siendo encarcelados porque habían traído la peste a la guarnición. A este malentendido también contribuyó el hecho de que los apestados eran tratados normalmente como criminales: los sospechosos de estar contagiados eran llevados a la fuerza al área de aislamiento adyacente a la prisión del castillo.

Que dos personajes tan ilustres enviados por Estambul pudieran acabar cayendo como moscas en esta isla sobre la cual el gobernador tenía supuestamente un control absoluto, constituía una auténtica provocación no solo contra el Imperio otomano y los esfuerzos de la cuarentena, sino también contra la propia persona del gobernador. Pero, en vez de organizar un contraataque grandilocuente ante esta agresión, Sami Pachá decidió que lo mejor sería ocultar a los mingueres el envenenamiento del doctor İlias. Comunicó al director de cuarentenas que, si lo consideraba necesario, añadiera al doctor como un apestado más a las listas de enfermos que se enviaban diariamente a Estambul por telégrafo. Además, el doctor İlias no había fallecido: de vez en cuando perdía el conocimiento, deliraba, gritaba el nombre de su mujer que estaba en Estambul, y justo después se derrumbaba exhausto de tanto temblar (igual que les pasaba a los apestados) y quedaba sumido en un silencio absoluto.

Cuando se publiquen en breve las cartas de Pakize Sultan, los historiadores podrán constatar que, durante la reunión de urgencia que se celebró una hora después en la sede de la

gobernación, la confrontación metodológica que tuvo lugar entre el damat doctor y el gobernador daría pie a importantes paradojas de carácter tanto político como filosófico. Una vez más, Sami Pachá y el doctor Nuri volvieron a comparar y conjeturar acerca de la legitimidad de analizar las pruebas existentes e irrefutables para llegar a una conclusión lógica (razonamiento inductivo), un proceso al que, influidos por Abdülhamit, se referían como el «método Sherlock Holmes», frente a la legitimidad de realizar primero un análisis lógico de la situación política y luego encontrar pruebas compatibles con la misma para hallar al culpable (razonamiento deductivo).

—Se han metido con todo el descaro en la cocina de la guarnición para poner matarratas a mansalva en la masa de los çöreks. Está claro quién lo ha hecho… Y para identificar a quienes han querido envenenarnos no tendremos que recurrir ni a mi astucia ni a la de ese Sherlock Holmes tan apreciado por Su Majestad allá en Estambul. Esta tarde, el fiscal del Estado y su secretario interrogarán uno por uno a los soldados de la cocina que hemos encerrado en las celdas de la guarnición. Ya lo verá, el fiscal y el director del servicio de inteligencia y el fiscal harán que esos separatistas griegos canten en un pispás.

—Excelentísimo pachá, yo estoy seguro de que esto es cosa de una única persona —dijo el doctor Nuri—. ¿De verdad es necesario torturar a quince hombres para encontrar a uno solo?

—De hecho, está pasando justo lo que usted desea —respondió el gobernador—. Tienen tanto miedo de ser torturados que los trabajadores de la cocina ya han empezado a hablar, incluso están contando cosas que no les hemos preguntado. Dígame, ¿cree que su querido Sherlock Holmes podría obtener resultados tan rápidamente?

En Minguer, los sospechosos de crímenes como robos o conjuras eran interrogados en la mazmorra del castillo. Los detenidos eran torturados con el método de la falanga, y los

gritos agónicos que salían de sus bocas mientras les destrozaban las plantas de sus pies resonaban por toda la sección sur del castillo. En la guarnición se utilizaba la misma técnica para atormentar a los separatistas griegos y a todos aquellos que conspiraban contra el ejército otomano o atacaban a sus soldados. El gobernador, sabiendo que los torturadores militares eran más compasivos que los guardias de la mazmorra y los hombres de la fiscalía, había ordenado que el director del servicio de inteligencia se uniera al equipo que estaba realizando los interrogatorios en la guarnición. Era un experto en hallar inconsistencias en las palabras del interrogado y echárselas en cara, y sabía perfectamente cómo plantear las preguntas más adecuadas para obtener confesiones, aprovechándose del aturdimiento y desconcierto de los prisioneros tras ser sometidos a una dura sesión de falanga. El gobernador también había ordenado que nadie saliera de la guarnición antes de que se hubiera identificado claramente quién había sido el responsable del crimen.

Pero, pese a ser torturados mediante la falanga, y pese a que a algunos incluso les arrancaron las uñas con alicates, ninguno de los trabajadores de la cocina proporcionó informaciones creíbles y concluyentes. Ninguno de los torturados fue capaz de aseverar de forma convincente: «¡Sí, vi al calvo Rasim metiendo veneno de ratas en la harina con aroma a rosas y nueces!». Porque sabían que, dijeran lo que dijesen, el oficial encargado del interrogatorio los llevaría a la cocina y les exigiría que recrearan fidedignamente los hechos. Tampoco se había demostrado con total certeza que el veneno fuera matarratas cargado de arsénico. Al gobernador pachá le fastidió que las torturas e interrogatorios de la guarnición no hubiesen obtenido resultados definitivos, pero no desesperó. No había duda de que los çöreks habían sido elaborados esa mañana en la cocina de la guarnición. Eso significaba que detrás del envenenamiento también podría estar el responsable de víveres, que había sido enviado a la mazmorra del castillo, o alguno de los camareros ancianos de la guarnición.

Esa fue la razón por la que el gobernador pachá decidió realizar una de sus habituales visitas nocturnas a la mazmorra, algo que encargó que le comunicaran a Sadrettin Efendi, el alcaide de la prisión. Luego envió el enésimo telegrama a Estambul solicitando un barco de ayuda con más doctores y equipamiento sanitario. Hasta su mesa también había llegado, después de escalar por las distintas oficinas de la gobernación, una queja formal presentada por una familia contra los soldados de cuarentena, alegando que habían metido injustamente a cuatro de sus miembros en el área de aislamiento del castillo esa misma tarde, después de la ceremonia de juramento. El gobernador tiró la carta a la papelera sin darle demasiadas vueltas.

A continuación, dedicó un buen rato a asuntos ordinarios que no estaban relacionados con la epidemia: leyó y devolvió al director del servicio de inteligencia un informe donde se denunciaba el hallazgo de veinticinco revólveres dentro de unas cajas que el cónsul y representante de la agencia Lloyd's había hecho que le enviaran a su residencia sin pasar por aduanas, unas cajas que, según sus propias palabras, estaban llenas de «cerezas y fresas de mis terrenos»; había también una petición procedente de Estambul (probablemente desde el harén) de capturar y enviar al palacio imperial un par de loros parlanchines de manchas verdes autóctonos de Minguer, así como una serie de documentos relacionados con la recaudación de fondos para arreglar el puente de Maviaka, en el norte de la isla, que unas lluvias torrenciales habían destruido parcialmente. Otro asunto que parecía agravarse con el paso de los días —dado que cada vez llegaban más informes al respecto— eran los trapicheos que supuestamente estaban teniendo lugar en la cocina de la sede de la gobernación. A fin de evitar que los funcionarios municipales utilizaran el comedor comunitario para propagar rumores y comadreos, el gobernador había ordenado que todos almorzaran por separado en sus departamentos. Es decir, el jefe de secretaría almorzaría junto a sus escribanos, el director de fundaciones piadosas con

sus propios funcionarios, el director de correspondencia con sus hombres, etcétera, permaneciendo todos en los confines de sus respectivas oficinas. La gobernación se encargaba de costear y proporcionar a cada departamento un suministro de provisiones. Pero los responsables de cada sección se llevaban a sus casas parte de esa comida, sobre todo cuando sus salarios llegaban con retraso desde Estambul, o incluso —como hacía con el mayor de los descaros Mazhar Efendi, el director del servicio de inteligencia— se apropiaban de sacos enteros de judías y lentejas del almacén de la gobernación para llenar sus propias despensas. Para poner fin a esa sangría de fondos públicos, el siempre bienintencionado cónsul británico monsieur George había sugerido que se adoptara el modelo *table d'hôte* (que ya se había empezado a implantar en algunos barracones militares de Estambul), pero dada la actual situación epidémica eso propiciaría la propagación de la peste y provocaría hostilidades entre los jefes de departamento. Algunos funcionarios, sobre todos aquellos que contaban con amigos influyentes, solo se pasaban por la sede de la gobernación para hartarse de comer.

Mientras se ocupaba de todas estas cuestiones, el gobernador no podía dejar de pensar en su visita de esa noche a la prisión. Cuando Mazhar Efendi volvió de la guarnición, le detalló los planes que había estado rumiando. Se montaría un cadalso con tres horcas, una al lado de la otra, para llevar a cabo la ejecución ejemplar del trío de malhechores, encabezados por Ramiz, responsables del asesinato de Bonkowski Pachá. Şakir sería más que suficiente para encargarse de ajusticiar a esos tres canallas, pero el hecho de que fuera un único verdugo también podría suponer un problema: probablemente tardaría lo suyo en realizar las tres ejecuciones una después de otra.

29

Poco después de que anocheciera, el gobernador miró por la ventana y vio que ya habían montado el cadalso en la plaza de la Provincia, y, llevado por un ansia que no sabría razonar, se encaminó hacia casa de Marika. Como siempre le sucedía cuando la visitaba, ver sus ojos oscuros y su delicada nariz le levantó el ánimo, y durante un rato pudo olvidarse de sus problemas políticos y administrativos. El primer rumor digno de mención que le refirió Marika era que el doctor İlias había enfermado de peste en la guarnición. Y eso era otra prueba más de que la epidemia la había traído a la isla Bonkowski Pachá.

—El doctor İlias no está ocultándose en la guarnición porque tenga la peste, sino porque tiene miedo —replicó el gobernador.

Marika también había oído que, a pesar de la presión de los cónsules, ¡el sultán intervendría para detener la ejecución de Ramiz!

—¡Vaya por Dios! —exclamó el gobernador—. Me pregunto de dónde habrán sacado semejante idea.

—Pero ni los rums ni los musulmanes creen que Zeynep vaya a esperar a Ramiz mientras está encerrado en la mazmorra. Querido pachá, ¿es verdad que el guardaespaldas de la hija del antiguo sultán está enamorado de Zeynep?

—¡Así es! —dijo el gobernador.

Cuando, en medio de la oscuridad de terciopelo, Sami Pachá regresaba a la sede de la gobernación andando por las calles sin escoltas, unos guardias nocturnos que no lo habían reconocido lo detuvieron. Volvió a mirar hacia la plataforma de ejecución que se alzaba en la negra noche.

En las últimas horas habían llegado tres telegramas, y el director de comunicaciones, tras ordenar al escribano desencriptador que los descodificara, los había dejado sobre la mesa del gobernador. En el primero se le aconsejaba que, antes de llevar a cabo la ejecución de los presuntos responsables del asesinato de Bonkowski Pachá, esperara a que llegara la aprobación de Estambul. El segundo era una respuesta directa al telegrama que había enviado ese mismo día: el barco Sühandan no tardaría en zarpar de la capital con un cargamento de suministros. El tercer telegrama dejaba caer la posibilidad de que los asesinos de Bonkowski Pachá fueran perdonados por Su Ilustrísima Majestad el sultán con la condición de que se mostraran arrepentidos y confesaran sus crímenes; pero, para garantizar este indulto, serían necesarios documentos que demostraran dicho arrepentimiento, incluyendo una carta manuscrita de los criminales. Al gobernador no le sorprendieron en absoluto esos tres telegramas. Permaneció largo rato sentado en su escritorio contemplando las luces del castillo en la lejanía.

Cuando el gobernador quería intimidar y silenciar a sus opositores o a los periodistas, los amedrentaba con amenazas de palizas, condenas de prisión y confinamientos en celdas de aislamiento, pero después también se aseguraba de proporcionar a esas serpientes un agujero lo suficientemente ancho por el que poder regresar reptando a sus antiguas vidas, utilizando a funcionarios municipales y conocidos mutuos para apaciguarlos con regalos u ofrecimientos para colaborar con la administración. (Al gobernador le gustaba pensar que ese enfoque doble era una táctica «misericordiosa» que había aprendido de Abdülhamit). Disfrutaba especialmente yendo a escondidas a la mazmorra en medio de la noche y proponiendo alianzas a los prisioneros en sus celdas. El dramatismo inherente a aquellas visitas personales podía reblandecer incluso a los cautivos que ya habían perdido toda esperanza. Y cuando Estambul intensificaba las presiones para poner en

libertad a algún prisionero, el gobernador solía aumentar sus expediciones nocturnas a la prisión.

El alcaide había acudido a la sede de la gobernación para entregar su informe del día. Mientras se dirigían hacia el castillo a bordo del landó blindado, hablaron sobre la situación en la cárcel. La prisión del castillo de Arkaz, también conocida como la mazmorra de Minguer, era una de las más temidas del Imperio otomano, prácticamente al mismo nivel de las prisiones de los castillos de Rodas, Sinope o Fezán. Las condiciones en la mazmorra de la isla eran terribles en comparación a las de otros centros penitenciarios similares del territorio otomano. Las galerías de la prisión, donde asesinos sanguinarios dormían junto a ladronzuelos de poca monta, y estafadores empedernidos compartían espacio con pobres desgraciados víctimas de calumnias, eran auténticas escuelas de delincuencia en las que incluso el prisionero más inofensivo pronto aprendía todo tipo de artimañas criminales y anhelaba salir lo antes posible para poder ponerlas en práctica.

Al igual que tantos otros administradores estatales de inclinación reformista, el gobernador sentía un especial interés por los centros penitenciarios. Cuando el Huseín Pachá —el general de brigada retirado que ejercía como inspector jefe de prisiones del Imperio— visitaba la isla, el gobernador y el alcaide mantenían largas conversaciones con él sobre el tema de la «reforma carcelaria». ¿Cuál era la mejor forma de detectar y lidiar con los actos de insubordinación en las galerías, con los guardianes excesivamente permisivos y con los prisioneros rebeldes? ¿Deberían colocar las aberturas de las puertas un poco más arriba? ¿Y si sustituían el sistema de galerías comunales por celdas individuales?

Otra fuente de ignominia eran los abusos cometidos por el personal penitenciario. Algunos se apropiaban del dinero y las pertenencias que los condenados más inocentes entregaban al ingresar en prisión; otros extorsionaban a los prisioneros de manera rutinaria, o incluso les sacaban «regalos» a cambio de prometerles mejores celdas o exoneraciones. Los reclusos más

ricos y poderosos sobornaban al cacique de la galería, al alcaide y a los guardianes para salir y pasar la mayor parte de las noches y los días en sus propias casas, dejándose caer por la prisión solo de vez en cuando. El gobernador pachá se lamentaba a menudo de cómo el concepto de la justicia que tenía la gente quedaría irreparablemente dañado al ver que, mientras los prisioneros más pobres arrestados por hurtar un trozo de pan se pudrían en los húmedos sótanos, aquellos peces gordos que habían cometido crímenes mucho peores se paseaban por la calle tan panchos. En esas ocasiones, el secretario municipal Faik Bey, que consideraba su deber informar con asiduidad al gobernador sobre la realidad cotidiana de la provincia (aunque el pachá estuviera perfectamente al tanto), le recordaba que hacía cinco meses que los funcionarios de la prisión no cobraban sus sueldos, y que el agá Emrullah, que estaba cumpliendo la mayor parte de su condena en casa, no solo estaba ayudando económicamente a varios guardianes, sino que además había financiado de su propio bolsillo la instalación de ventanas de vidrio en las galerías que daban al puerto y había enviado a sus hombres a reparar de balde el muro de la entrada principal, que se estaba cayendo a trozos; además, cada vez que iba a la prisión repartía huevos, higos secos y jarros llenos de aceite de oliva procedentes de su pueblo.

—¡Por lo menos díganle que no se pasee con sus hombres por la avenida Hamidiye cuando está más concurrida! —le replicaba el gobernador—. ¡Todo el mundo cree que está encerrado en la mazmorra!

Cuando el landó que transportaba al gobernador pachá y al alcaide de la prisión descendía hacia la costa, pasada ya la medianoche, se cruzaron con una familia rum que caminaba en silencio en la oscuridad. A pesar de la negrura nocturna, el padre, que cargaba las pertenencias familiares a sus espaldas, reconoció al gobernador por la voz. Hablando muy despacio en un turco rudimentario, y dejando aflorar una insólita emotividad, el hombre les explicó que una persona con la

peste había ido a verlos a su casa. El gobernador se percató entonces de que uno de los hijos tenía fiebre y parecía enfermo. Pero ¿era la peste lo que padecía, o se trataba de otra cosa? La madre empezó a sollozar. Después de dejar atrás a la familia en la oscuridad, el landó siguió bajando por la pendiente. Pasaron por las callejuelas estrechas y tortuosas donde antiguamente los jenízaros regentaban sus pequeños comercios, talabarteros, vendedores de cuero, fabricantes de monturas y modestas casas de comidas. Y, al igual que les sucedía a todos aquellos que entraban por la puerta principal del castillo, el gobernador experimentó la misma sensación de estar accediendo a un universo misterioso, colosal y milenario.

Antes de visitar la prisión, el gobernador quiso inspeccionar el patio que estaba siendo utilizado como área de aislamiento de los posibles apestados. El castillo era un enrevesado complejo arquitectónico compuesto por edificios, muros y baluartes construidos en distintos siglos, y el área de aislamiento consistía en un espacio semiabierto y parcialmente cubierto situado en una sección del nordeste del recinto que daba al puerto. Desde la ciudad, al otro lado de la bahía, podía verse a la gente que estaba siendo sometida a confinamiento. Alejada de las estructuras venecianas y bizantinas del sudoeste que desde hacía siglos se utilizaban como mazmorra, y de la torre Veneciana, notoria por sus húmedas celdas soterradas, el área de aislamiento estaba demarcada en su extremo meridional por el antiguo barracón de los jenízaros, construido en la época de Mehmet Pachá el Ciego. Sentado en su despacho de la sede de la gobernación, Sami Pachá podía mirar a través de la bahía y ver las ventanas de este edificio, el más elegante del castillo, y observar a la gente puesta en aislamiento, exasperada y aburrida, sentada con resignación sobre las rocas del acantilado. Ahora, en mitad de la noche, se encontró mirando de cerca al mismo sitio, y desde el punto de vista opuesto.

Más de la mitad de los confinados en este espacio provenían de barrios musulmanes. Los habían traído aquí

porque en sus casas había muerto alguien, y por tanto existía la posibilidad de que hubieran contraído la enfermedad. La gran mayoría estaban enojados porque los habían separado de sus familias y arrancado de sus casas a la fuerza. Pero también intentaban mostrarse razonables y aceptar las nuevas condiciones. En los primeros cinco días de cuarentena habían confinado allí a un total de treinta y siete personas. El alcaide de la prisión le explicó al gobernador que, al principio, esos «sospechosos de peste» normalmente llegaban mosqueados allí, pero que al cabo de un par de días se calmaban. Les daban la misma comida que a los prisioneros, por lo que el alcaide le pidió al gobernador una contribución económica extra para cubrir los gastos adicionales.

Mientras subían hasta el segundo piso del barracón de los jenízaros, el gobernador pudo sentir la presencia del puerto y percibir el frescor y la negrura del mar desde una apertura que había las escaleras. Aquel castillo había sido el origen y causa de muchos reumatismos. En los dos meses que estuvo encerrado en la torre Veneciana escribiendo sus versos satíricos sobre el sultán Abdülmecit, el célebre poeta tartamudo Saim de Sinope se vio aquejado por un terrible reumatismo paralizante. El alcaide explicó que, por desgracia, no les quedaban suficientes catres para todo el mundo, y que la mayoría de los confinados en el área de aislamiento se veían obligados a compartir colchón. Después de que apareciera el cadáver del guardián Bayram dos semanas atrás, el gobernador y el alcaide se habían mostrado muy angustiados ante la posibilidad de que la enfermedad se extendiera por todo el castillo, lo cual los había llevado a tomar medidas muy exhaustivas para prevenir tal desgracia.

Se habían instalado ratoneras por todos los rincones del castillo. Acatando las muy insistentes instrucciones del alcaide, las ratas que aparecían muertas en las trampas eran extraídas cuidadosamente con pinzas y entregadas a las autoridades municipales. Pero las ratas del castillo nunca habían muerto como las de la ciudad, sangrando por la boca y

el hocico. Un asesino al que tenían engrilletado sufría fiebre y delirios y vomitaba de vez en cuando, pero su compañero de celda no presentaba ningún síntoma. El gobernador sospechaba que aquel repugnante criminal no tenía realmente la peste y que solo estaba fingiendo. Sin duda el alcaide sabía que la mejor forma de tratar con alguien así era someterlo a la falanga hasta que confesara que no estaba enfermo, pero le preocupaba que, si estaba realmente apestado, los guardianes pudieran infectarse durante la sesión de tortura. El gobernador pachá también había estado reflexionando al respecto y había llegado a la conclusión de que, si aquel malnacido moría de la peste, lo mejor sería hacer desaparecer su cadáver arrojándolo al mar en medio de la noche sin que nadie lo viera, de manera que no empezaran a circular rumores del tipo «La epidemia ha llegado a la mazmorra». ¿Mataría también la peste a los tiburones que devoraran el cadáver?

Escuchando el sonido de sus propios pasos, avanzaron por el espacioso patio situado entre el primer muro del castillo, erigido por los cruzados, y el segundo, construido por los venecianos, y finalmente entraron en la prisión por la puerta lateral.

El gobernador se dirigió primero hacia la puerta de la segunda galería, donde tenían encerrados a todo tipo de malhechores y condenados por delitos graves. Allí se encontraban el padre y el hijo que habían sido encarcelados por instigar el Motín del Barco de los Peregrinos, y que todavía estaban cumpliendo sus sentencias. El gobernador echó un vistazo al interior de la galería por el ventanuco como si pudiera vislumbrar algo en la oscuridad, pero se apartó al momento. Había rumiado la posibilidad de poner en libertad a aquellos dos con algún pretexto, ya que le preocupaba que pudiera sucederles algo en la mazmorra.

A veces el alcaide se quejaba tanto de alguno de los caciques de galería más alborotadores que al gobernador se le colmaba la paciencia y ordenaba que al preso se le administrara un castigo ejemplar; por ejemplo, una buena

paliza cortesía de los guardias. Para garantizar una administración efectiva de las provincias otomanas, era importante que ese preso nunca averiguara de dónde procedía realmente esta orden. Después de que lo hubieran apaleado, sacaban al recluso de su galería (una sección del castillo que mucho tiempo atrás había sido utilizada como cantina, armería y dormitorio por parte de los cruzados, los venecianos y los bizantinos), lo trasladaban a la torre que se alzaba sobre el acantilado rocoso que delimitaba el muro sudeste del castillo, y lo encerraban en alguna celda gélida con vistas al mar. Esta elevada construcción de muros gruesos había sido erigida originalmente por los venecianos como torre de observación (por lo que era conocida como torre Veneciana), pero solo ciento setenta años después, con el castillo ya bajo control otomano, había empezado a ser utilizada como prisión; y ahora, cuatrocientos años más tarde, aquel primer germen de lo que con el tiempo se convertiría en el gran complejo penitenciario del castillo seguía cumpliendo la misma función. La mayoría de los prisioneros con buena salud que eran confinados en las pequeñas celdas de la torre, especialmente las de los pisos inferiores, no tardaban mucho en enfermar, mientras que aquellos más ancianos, débiles o exhaustos morían en cuestión de uno o dos años. Había en la torre una celda relativamente salubre que daba a un patio estrecho. El preso encerrado allí, después de sufrir el acoso constante de ratas, cucarachas y mosquitos, y tras escuchar la agonía de los otros prisioneros que iban muriendo a su alrededor, miraba hacia el patio por el ventanuco cuando empezaba a ponerse el sol y veía a los reos que habían sido sacados a pasear cargados de grilletes y cadenas de hierro como si fueran antiguos esclavos remeros, y al comprender que su situación podría ser muchísimo peor de lo que ya era, se veía impelido a reflexionar sobre sus acciones.

El gobernador Sami Pachá descendió hasta el lúgubre suelo empedrado que conducía a la celda de Manolis, el redactor jefe del diario *Neo Nisi* . Un carcelero que había estado esperando

la llegada del pachá le informó de que todavía lo estaban interrogando, pero que el recluso estaba tan exhausto que se había quedado dormido. El gobernador les había mandado que averiguaran, costara lo que costara, quién era la persona que había ordenado a Manolis escribir el artículo donde reavivaba la polémica del Motín del Barco de los Peregrinos. Estaba convencido de que el responsable o responsables de esa publicación eran los mismos que habían planeado y perpetrado el asesinato de Bonkowski Pachá. Pero no tenía ganas de compartir esa hipótesis con el iluso doctor Nuri, quien creía que podría encontrar al asesino siguiendo el rastro de un puñado de pistas irrelevantes. De hecho, no quería que nadie se enterara de que el periodista rum estaba siendo torturado. El pachá detestaba que los altos cargos del imperio otomano encargaran a sus súbditos hacer el trabajo sucio y después actuaran como si no supieran nada, casi tanto como detestaba a aquellos que se presentaban como más europeizados de lo que realmente eran. Con frecuencia, quienes llevaban a cabo ese trabajo sucio negaban con total sinceridad y convicción que sus órdenes provinieran de más arriba, de alguna autoridad importante. Abdülhamit mandó que el Mithat Pachá, el gobernador y gran visir occidentalizador más brillante de la burocracia que había movido los hilos para que derrocaran a su hermano Murat para que lo reemplazara en el trono, fuera desterrado a la mazmorra de Taif, y después ordenó que lo estrangularan en la prisión. Pero lo hizo sin que a nadie le quedara del todo claro quién había sido el responsable. El gobernador pachá había conocido a muchos funcionarios ingenuos y de escasas luces que admiraban enormemente al Mithat Pachá, parlamentario y reformador de la burocracia otomana, pero que por alguna razón se negaban a aceptar que hubiera sido asesinado por orden de Abdülhamit.

Aparte de Manolis, había otro preso en la torre donde el gobernador pachá solía encerrar a los periodistas molestos, los sospechosos de crímenes políticos y los guerrilleros separatistas griegos a los que todavía no quería que apalizaran.

El alcaide le recordó que se trataba de Pavli Bey. El gobernador lo había encerrado por publicar noticias falsas declarando que la peste había llegado a la ciudad, pero luego con todo lo ocurrido después se había olvidado de él. O quizá no se había olvidado del todo, pero la situación se había complicado tan rápidamente que no había sabido qué hacer con él.

La puerta de hierro se abrió con gran estrépito, y dos guardianes entraron portando antorchas.

—Pachá, excelentísimo pachá… —musitó el periodista, incorporándose en su jergón—. ¡Realmente es cierto que hay una epidemia!

—Sí, Pavli Bey, por eso hemos venido. Parece que usted tenía razón y hemos establecido la cuarentena.

—¡Ahora ya es demasiado tarde, querido pachá! —dijo el periodista—. La peste también se ha infiltrado en la prisión, y todos los que estamos aquí no tardaremos en estirar la pata…

—¡No sea tan derrotista! —exclamó el gobernador—. El Estado se ocupará de solucionarlo todo.

—Usted fue quien me encerró aquí porque dije que había una epidemia —replicó Pavli Bey—. Y ahora la gente está cayendo como moscas por culpa de la peste.

El gobernador le recordó que si estaba allí encerrado no era por haber dicho la verdad, sino porque no le había consultado antes a él, desobedeciendo las órdenes.

—¡No te creas que ahora te pondremos en libertad porque las noticias sobre la epidemia fueran ciertas! —prosiguió con tono inflexible—. Podrían juzgarte por traición a la patria. Yo puedo evitarlo, pero con la condición de que colabores con el director del servicio de inteligencia.

—Nosotros siempre hemos sido los primeros en apoyar a la gobernación y a Su Majestad el sultán, y rezamos siempre para desearles lo mejor —dijo el periodista.

—Sabemos que el guerrillero Haralambo, que se ha instalado en las montañas de Defteros y la cala de Menoya, recibe apoyo desde Arkaz —dijo el gobernador pachá—. Te lo voy a dejar muy claro: ¡mantente alejado de esa gente!

—Esos están en los montes, yo no tengo nada que ver con ellos…

—No, tienen amigos en Arkaz, lugares donde cobijarse, contactos que les ayudan… Nosotros lo sabemos todo, Pavli Bey. El mismísimo Harambo baja a Arkaz de vez en cuando y se hospeda en el barrio de Hora. Todo esto ha llegado a mis oídos.

—Yo de eso no sé nada, querido pachá —dijo el periodista Pavli mirando al gobernador con una expresión que daba a entender que, aunque lo supiera, tampoco se lo diría.

Después de salir abruptamente de la celda, el gobernador ordenó a sus escribanos que redactaran el papeleo necesario para solicitar que al día siguiente pusieran en libertad tanto a «este tipo» como a Manolis. A continuación, siguió al alcaide hasta la sección de la mazmorra donde estaban encerrados Ramiz y sus secuaces.

A medida que andaban por el suelo empedrado y subían por las escaleras oyendo el sonido sus propios pasos, el gobernador reparó en el insólito silencio que les rodeaba, y concluyó que los demás reclusos debían de haber oído el estrépito del portal del castillo y las puertas de los patios y edificios del complejo abriéndose y cerrándose a tan altas horas de la noche, y ahora estarían preguntándose expectantes cuál sería la razón de aquella visita inesperada: quizá fueran a ejecutar a alguien en el patio interior, o tal vez se iba a llevar a cabo un registro de las galerías que acabaría con una sesión de falanga. A Sami Pachá le gustaba ver cómo su sombra, proyectada por la antorcha que sostenía el funcionario que iba detrás de él, se movía sobre las piedras del suelo y las paredes de la prisión.

Habían preparado a Ramiz para la llegada del gobernador: al anochecer lo habían trasladado a una habitación del secretariado y le habían dado de cenar pan y mújol con verduras, le habían dicho que si se comportaba durante la visita del gobernador y despertaba en él algo de confianza quizá podrían rebajarle la condena, y después de recordarle que ya habían montado el cadalso en la plaza de la Provincia sin esperar la confirmación de Estambul, lo habían enviado a una celda menos inhóspita.

Como solía hacer en ese tipo de visitas nocturnas, el gobernador irrumpió de golpe en la celda donde estaba Ramiz y sin perder un segundo empezó a recitarle con un tono glacial el discursillo que llevaba preparado.

—Tanto yo como el comité jurídico que te ha condenado estamos convencidos de que eres culpable, pero en momentos como este, en plena lucha contra la peste, lo que debemos promover es la clemencia y la obediencia, no el conflicto. Por tanto, si me das tu palabra de honor de que me contarás la verdad, si confiesas tus crímenes y declaras por escrito que te arrepientes sinceramente de tus acciones, es posible que Estambul solicite que seas puesto en libertad con la condición de que nunca más vuelvas a poner el pie en Arkaz.

Ramiz estaba brutalmente fatigado después de tres días de torturas intermitentes y de haber sido incapaz de pegar ojo en su celda extremadamente fría y húmeda, pero el gobernador detectó un atisbo de vida en sus ojos. ¿Se debía ese fulgor a su ira contra la injusticia, o a la tranquilidad de saber que tenía amistades importantes e influyentes? El gobernador pachá le planteó a Ramiz una larga y detallada lista de preguntas relacionadas con los rumores de que el bandido Harambo, el cónsul griego y los barcos de la compañía Pantaleon estaban introduciendo armas de contrabando en la isla. Incluso dijo que estaba claro que el Motín del Barco de los Peregrinos había sido instigado por los británicos, pero, añadió, Estambul se aseguraría de infligir a los enemigos del sultán el castigo que se merecían. Advirtió a Ramiz de que no debería

complacerse ante el mero hecho de que los soldados otomanos estuvieran combatiendo contra los guerrilleros rums en los pueblecitos del norte, y le ordenó que dejara en paz a Zeynep, la hija del carcelero. El gobernador quiso dejarle muy claro que lo mejor para la isla sería que se casara con el mayor, manifestando abiertamente que, además, a «la chica» le gustaba el oficial.

—¡Si lo que dice es cierto, prefiero morir! —dijo Ramiz sin alzar la mirada del suelo. Era más guapo que el mayor, todo hay que decirlo.

El gobernador pachá fingió mostrarse enfadado y decepcionado con sus declaraciones, y salió de la celda como una exhalación. Al día siguiente ordenó que Ramiz y sus dos hombres subieran a una barca del ejército y, después de una travesía de varias horas, los dejaron en libertad en una de las calas del norte de la isla. Ramiz no tenía ningún cónsul que pudiera protegerlo, por lo que el gobernador decidió que aquella sería la mejor manera de liberarlo. Como prueba de confesión y arrepentimiento, le habían hecho firmar una página con unas cuantas frases garabateadas a toda prisa. Ramiz había sido puesto en libertad con la condición de que no regresara a Arkaz…, pero ambas partes sabían perfectamente que, tarde o temprano, esa promesa se rompería.

30

El damat doctor Nuri, el doctor Nikos y dos doctores rums trataron de encontrar un antídoto que lograra que el enfermo regurgitara el veneno, pero sus intentos fueron en vano. Tras vomitar sangre y entrar en coma, se declaró oficialmente fallecido al doctor Ilias en el hospital Theodoropoulos solo un día después de haber ingerido el çörek de nueces y rosas. Se ocultó a toda la población de la isla, exceptuando a los doctores, que la muerte había sido causada por un envenenamiento, ya que temían que esa información pudiera dar paso a actitudes que entorpecieran los esfuerzos de la cuarentena, y el difunto doctor Ilias fue enterrado junto al resto de víctimas de la peste.

En las cartas de Pakize Sultan de esos días aparece en repetidas ocasiones la cuestión del asesinato por envenenamiento, sobre el cual, según sus propias palabras, quería reflexionar «minuciosamente». Ella y su marido trataron de adoptar el tipo de razonamiento lógico promovido por Abdülhamit y pensar «como Sherlock Holmes»: analizando los hechos en su habitación, desde la distancia, para poder hallar el autor de tan misterioso asesinato.

—Como siempre, todo apunta a mi tío y los príncipes —dijo Pakize Sultan cuando su esposo le explicó el envenenamiento con çörek del doctor İlias y la misma muerte del perro y el caballo de pelaje rojizo.

Aunque Abdülhamit constituía el tema estrella sobre el que más solían discutir marido y mujer, otro asunto que salía a menudo en sus conversaciones era la proliferación cada vez mayor de príncipes indolentes en los palacios otomanos. Nuestros lectores no deberían pensar que nos estamos alejando

demasiado del relato principal si dedicamos un momento a indagar sobre el porqué de este fenómeno.

La vida de los damats, es decir, aquellos que esposaban hijas de sultanes y por tanto pasaban a formar parte de la familia real otomana, tendía a convertirse gradualmente en una vida parecida a la de los príncipes ociosos y sin responsabilidades que llenaban las dependencias imperiales. El doctor Nuri no tenía la menor intención de renunciar a su profesión, pero tampoco podía librarse de la sensación de que, por mucho que se resistiera, al final se vería condenado a llevar la misma existencia superficial y vacua de esos príncipes.

Abdülhamit había concedido el título de pachá a los maridos de las tres sobrinas que había separado de su padre, y a las tres les había regalado sendas mansiones en el Bósforo y asignado unos generosos estipendios mensuales, todo por cortesía del presupuesto del Estado. La mansión que había obsequiado a Pakize Sultan y su marido se hallaba, al igual que las de sus hermanas y las de las hijas de Abdülhamit, en Ortaköy. Los maridos de sus hermanas ya habían visto reducidas sus obligaciones en el Mabeyn, y pronto dejarían de trabajar definitivamente. Al entrar a formar parte de la familia imperial, resultaba francamente incómodo darles órdenes, exigirles tareas o imponerles responsabilidades. Se trataba de una peculiar situación que, naturalmente, derivaba de siglos de evolución de la historia del Imperio otomano.

En sus primeros quinientos años de existencia, el estado otomano contaba con tres posibles vías para instruir a sus príncipes: la escuela del Palacio, el ejército y la administración provincial. Pero como la educación académica y la instrucción militar habían sufrido una profunda occidentalización, y la labor de gobernar provincias había sido cedida a pachás asalariados de la burocracia y militares de oficio, los príncipes se habían quedado sin aspiraciones profesionales ni en el ejército ni en la gobernación. En la primera época del Imperio otomano, el trono pasaba de padres a hijos, algo que podía

desembocar en graves problemas; por ejemplo, uno de los hijos menores que ejerciera de gobernador en una provincia alejada como Trebisonda o Manisa podía expresar su disconformidad con la línea de sucesión e intentar desbaratarla llamando a filas a su ejército provincial y marchando hacia Estambul para ocupar el trono antes de que sus hermanos pudieran llegar a la capital. Dado que esta tradición sucesoria solía conducir a guerras civiles, al final los príncipes empezaron a ser retenidos en Estambul. Pero esto dio paso a una tradición aún más ignominiosa, siendo el caso más notorio el de Mehmet III, que en el día de su coronación ordenó que estrangularan a sus dieciocho hermanos. Para poner fin a este tipo de incidentes, se decidió que el trono pasara de hermano a hermano, y no de padres a hijos. Pero, al igual que Abdülhamit, la mayoría de sus predecesores en el trono habían sido tan aprensivos como él, y para evitar que no solo sus hermanos más próximos en la línea de sucesión, sino prácticamente todos los hombres de la familia pudieran conspirar con los miembros de la oposición y maquinar intrigas y golpes para destronarlos, empezaron a encerrar físicamente a todos los miembros de la dinastía dentro de los palacios, en las llamadas «dependencias de los príncipes», con el objeto de aislarlos por completo de la vida exterior, de Estambul y del resto del mundo.

A lo largo de la historia otomana, uno de los príncipes más famosos encerrados en palacio de esta forma fue el hermano mayor de Pakize Sultan, el príncipe Mehmet Selahattin Efendi, quien por entonces tenía cuarenta años de edad. Cuando Mehmet Selahattin Efendi tenía quince años presenció con gran alegría cómo su padre Murat V ascendía al trono, y solo tres meses después sufrió el derrocamiento del soberano y sus consecuencias: su familia entera fue encarcelada forzosamente. Y durante veinticinco años había estado llevando una vida en cautividad, encerrado en el mismo palacete. Tocaba el piano, al igual que su padre y sus hermanas. Llenaba cuadernos con todo tipo de reflexiones,

memorias, obras de teatro. Era muy diferente del resto de los príncipes, que solían ser incultos y holgazanes. Leía libros, como su padre, aunque no fuera muy a menudo. Sus sentimientos de amistad y compasión por Pakize Sultan eran genuinos. Ella, que sabía que su hermano era muy diferente a todos aquellos principitos vagos y malcriados, atisbaba de vez en cuando en su rostro una expresión de profunda tristeza, allí rodeado de sus hermanas y demás familiares cautivos, lacayos y sirvientes, y en esos momentos sentía una tremenda pena por él. En el palacete donde estaba encerrado vivían también sus siete hijos, y contaba asimismo con su propio harén (formado por más de cuarenta bellas mujeres de rangos y títulos distintos, todas peleándose por su atención).

Una de las mayores preocupaciones de Pakize Sultan era su temor a que su esposo se volviera «igual que» los otros príncipes, ociosos, ignorantes y desconectados del mundo exterior. Eso se debía en parte al hecho de que se sentía muy orgullosa de los éxitos profesionales de su marido doctor, quien era una figura reconocida —aunque no ampliamente— en la comunidad médica internacional. Otra de las razones que apuntaban las malas lenguas era que Pakize Sultan (de quien se decía que no era tan linda ni deslumbrante como sus hermanas mayores) tan solo estaba siendo realista y preparándose para lo que pronto sería una vida poco lujosa y bastante gris. Su tercer motivo de preocupación tenía que ver con las anécdotas sobre los príncipes otomanos que había escuchado de su hermana.

Hatice y Fehime, sus hermanas mayores, habían sido separadas de sus padres antes que ella, cuando fueron trasladadas al harén del palacio de Yıldız, y allí fue donde entablaron amistad con las hijas solteras de su tío y conocieron de lejos a los príncipes. Las mujeres de la dinastía otomana en edad de casarse solían cotillear sobre los príncipes y los hijos de los visires y los pachás. Después de la supuesta abolición de la esclavitud, y a raíz de la paulatina occidentalización de la corte otomana y el harén, la mayoría de los príncipes de la

línea sucesoria ya no mostraban demasiado interés en casarse con esclavas circasianas o ucranianas traídas de territorios remotos, algo que había sido tradición durante siglos, sino que deseaban desposarse con alguna de las jóvenes que ahora vivían en los harenes palaciegos, muchachas que habían sido educadas al estilo europeo, que habían recibido lecciones de piano, sabían hablar francés y disfrutaban leyendo novelas. Pero aquella nueva generación de jóvenes, cultas, con una buena formación de carácter occidental, encontraban que aquellos príncipes malcriados eran una panda de toscos, iletrados y tontainas. (De hecho, en aquella época se daban muy pocos «casamientos» entre príncipes e hijas de sultanes). No era nada fácil disciplinar a aquellos jóvenes, ya que resultaba inconcebible impartir castigos a alguien que en un futuro podría acceder al trono otomano y convertirse en el califa de cuatrocientos millones de musulmanes: y justo por aquel entonces, los otomanos empezaban a descubrir que era posible instruir a los pupilos sin necesidad de zurrarles.

Las hermanas mayores de Pakize Sultan y el resto de las jóvenes del harén pasaban el rato explicándose —por lo general entre risas, pero a veces también llenas de ira por lo que escuchaban— historias y anécdotas sobre aquellos príncipes que, al igual que ellas, vivían recluidos en las dependencias de los palacios y temían demasiado a Abdülhamit (o eso creían las jóvenes) para ofrecerse como novios. Por ejemplo, había un príncipe llamado Osman Celalettin Efendi, séptimo en la línea de sucesión, que, después de pasarse veintitrés años encerrado en su palacete de verano en Nişantaşı, consagrando su vida a «conocerse a sí mismo», una labor que consideraba más importante que ocupar el trono, se había vuelto loco. Aún más sobrecogedora era la historia del príncipe Mahmut Seyfettin Efendi, mejor posicionado en la línea de sucesión, que había vivido veintiocho años sin salir nunca del palacio de Çırağan y que cuando vio por primera vez en su vida una oveja paseándose por el patio interior del recinto gritó «¡Un monstruo!» y llamó

a los guardias. (También se contaban anécdotas parecidas sobre su hermano Mehmet Selahattin). Luego estaba el príncipe Ahmet Nizamettin, un joven tremendamente vanidoso que había obtenido una gran cantidad de créditos prometiendo a los prestamistas que algún día les devolvería todo el dinero con un interés generosísimo (aunque era prácticamente imposible que accediera al trono), hasta que hubo tantas quejas sobre su comportamiento que el sultán se vio obligado a intervenir para escarmentarlo. Pero el príncipe más temido y odiado era, sin ninguna duda, el pequeño Mehmet Burhanettin Efendi, el cuarto hijo de Abdülhamit. En su infancia, cuando había compuesto la una marcha naval con solo siete años, había sido el hijo más querido del sultán, quien solía hacer que se sentara a su lado en el carruaje imperial y en las cámaras masculinas del palacio. Las hermanas de Pakize Sultán aborrecían y temían las groserías y las crueles bromas escabrosas de aquel niño malcriado, que era mucho más joven que ellas, y sospechaban que detrás de todas sus vilezas estaba el padre del chico. Mehmet Vahdettin Efendi, uno de los príncipes más insignificantes y tímidos de la dinastía, ejercía de informador para Abdülhamit y le enviaba notas manuscritas delatando las acciones de los otros príncipes (sus hermanos y primos) a cambio de dinero, terrenos y casas (diecisiete años después, acabó accediendo al trono). Otro personaje peculiar era el príncipe Necip Kemalettin Efendi, un gran aficionado al arte extremadamente introspectivo y sensible, que no parecía mostrar el menor interés por el sexo femenino. Había algunos, como Mehmet Hamdi Efendi y Ahmet Reşit Efendi, que estaban muy abajo en la línea de sucesión y a los que por tanto se les permitía pasearse por Estambul a su antojo, pero que eran muy aprensivos y aseguraban que el sultán los vigilaba constantemente. Incluso esos príncipes de baja categoría, cuyo acceso al trono era prácticamente imposible, tenían miedo de ser envenenados por el sultán, por lo cual evitaban adquirir productos en la farmacia del palacio de Yıldız.

—¿Usted fue alguna vez a esa farmacia? —preguntó el damat doctor.

—Yo solo viví un mes en el palacio de Yıldız antes de la boda, y salíamos muy poco de nuestras dependencias —dijo Pakize Sultan—. De hecho hay una segunda farmacia en el palacio, que está al servicio exclusivo de mi tío y a la cual también acudíamos nosotras, porque él también, al igual que los príncipes, tiene miedo de ser envenenado. Por supuesto, quien mejor conocía estos asuntos era Bonkowski Pachá, en paz descanse, ya que era él quien se ocupaba de esa farmacia privada: el laboratorio, como a veces la llamaba mi tío.

—¡Quizá el farmacéutico Nikiforo sepa algo al respecto! —dijo su marido.

Era ya casi mediodía cuando el doctor Nuri tuvo la oportunidad de preguntarle al amigo de juventud de Bonkowski Pachá, el farmacéutico Nikiforo, sobre este tema.

Lo había visto antes esa misma mañana, rodeado por otros doctores y farmacéuticos, junto a la cama del doctor İlias en el hospital Theodoropoulos. De vez en cuando, el doctor İlias levantaba la cabeza de la almohada y exclamaba «¡Despina!», el nombre de su mujer que vivía en Estambul. Acababan de darle un antídoto de fórmula mixta preparado conjuntamente por los doctores y farmacéuticos, y todos coincidieron en que esa mezcla calmaría al enfermo.

Cinco minutos después se encontraron en la farmacia Nikiforo, que estaba solo a unos pasos del hospital Theodoropoulos.

—¡Usted me contó que tiempo atrás Bonkowski Pachá elaboró un informe para Su Majestad el sultán sobre las hierbas que podían plantarse en el jardín de Yıldız para preparar venenos! —dijo el damat doctor, yendo directamente al grano.

—Debo decir que a mí también se me pasó por la cabeza cuando me enteré de que habían envenenado al doctor İlias —

observó Nikiforo—. A lo que más miedo le tenía Su Excelentísima Majestad el sultán era al matarratas. Le preocupaba que alguien pudiera ir poniendo cantidades ínfimas de veneno en su comida cada día sin que lo notara. La prensa británica siempre publicaba artículos sobre ese tipo de casos truculentos. Pero esta gente ha hecho justo lo opuesto con el doctor İlias: le han dado una gran cantidad de arsénico de una única tacada.

—¿Cómo llegó a la conclusión de que este veneno es el arsénico que se utiliza para matar a las ratas?

—Una pregunta muy oportuna… y el gobernador pachá se sentiría muy complacido si escuchara que me la ha planteado, ya que me coloca en la posición de sospechoso. Con su permiso, le daré una respuesta detallada con tal de eliminar cualquier atisbo de duda que pudiera recaer sobre mi persona.

—No se lo he preguntado porque sea usted sospechoso de nada…

—Le ruego que me disculpe si me excedo con una explicación larga y quizá redundante, pero ya sabe cómo somos los farmacéuticos: incluso debemos medir y pesar nuestras palabras cuando hablamos. En primer lugar, lo cierto es que en la isla de Minguer, a diferencia de lo que ocurre en Europa, no se han dado demasiados casos de envenenamiento con matarratas que conmocionaran a la opinión pública y que fueran investigados por fiscales del Estado y comisiones nacionales o provinciales. Pero en los años que llevo gestionando aquí mi negocio, he observado que la gente ha aprendido que se puede asesinar a alguien con matarratas, envenenándolo poco a poco sin dejar rastro. Hace veintidós años, el hijo mayor de los Aldonis, una de las familias rums más adineradas de la isla, enviudó de su primera mujer, y como no habían tenido críos removió cielo y tierra y gastó también grandes cantidades de dinero para casarse por segunda vez, a ser posible con una isleña joven y linda. Al final contrajo matrimonio con la hija de Tanasis, un tabernero

del barrio costero de Hora. Un tiempo después de haberse casado, el hombre empezó a venir a la farmacia para pedirme medicinas, quejándose de dolores estomacales y vómitos persistentes. Los doctores tampoco eran capaces de diagnosticar lo que le pasaba. La piel de su cara y de sus manos se había oscurecido, y presentaba pequeñas heridas en los brazos y los dedos. Solo alguien que conociera las tramas de las novelas francesas podría haber atado cabos y llegar a una conclusión. Y todos fuimos testigos de cómo, en solo unos pocos meses, aquel hombre de cuarenta años se iba marchitando delante de nuestros ojos, hasta que acabó encamado y finalmente falleció. En su funeral, al que acudió todo el mundo, quien más lloró fue su jovencísima viuda, así que nadie sospechó ningún tipo de juego sucio o perfidia. Pero tres meses después, cuando la joven viuda vendió la totalidad de su herencia y se marchó a Esmirna con su joven amante, empezó a correr el rumor de que «fueron ellos quienes lo mataron». El farmacéutico Mitsos, un gran aficionado a las novelas francesas que lee traducidas al griego, fue el primero que me planteó la posibilidad de que aquello podría haber sido un envenenamiento con arsénico. Pero ya era demasiado tarde para hacer nada: el pájaro ya había volado. Todos somos ciudadanos otomanos. Hace veinte años, la fiscalía de nuestro estado no estaba preparada, como tampoco lo está ahora, para investigar un crimen de estas características siguiendo una lógica europea y recurriendo a métodos científicos para resolver un caso de envenenamiento. No me sorprende que la gente aficionada a las novelas detectivescas, que tan de moda están en Europa y que se publican traducidas y serializadas en nuestros periódicos, admiren tanto a esos doctores ficticios a los que en el fondo querrían emular. En aquellos tiempos, y también ahora, el matarratas que conocemos aquí con el nombre de arsénico blanco se podía adquirir sin problema en las herboristerías. El caso que acabo de explicarle no apareció en la prensa de la isla, pero los periódicos rums y turcos sí que solían hablar de vez en cuando de este tipo de envenenamientos en el extranjero, básicamente con el objetivo

de difundir la idea de «Miren, miren qué tipo de cosas horripilantes suceden en Europa».

»Hay otro caso importante de envenenamiento que, al igual que el anterior, tampoco fue investigado. Se trataba de una chica de diecisiete años, linda pero medio loca del barrio pobre de Tuzla, que envenenó, según mis estimaciones, a más de cuarenta personas. En el transcurso de un año, durante el cual su familia trataba de casarla, tuvo encuentros con futuras suegras, posibles pretendientes, mediadores, celestinas, familiares y otros conocidos entrometidos, y los fue envenenando a todos poniéndoles en el café pequeñas dosis no mortales, prácticamente imperceptibles, de arsénico. Nadie se dio cuenta. Además, el gobernador de esa época había prohibido que se publicaran noticias sobre asesinatos con matarratas. Es muy escabrosa la idea de que alguien pueda matar lentamente a una persona envenenándola con cantidades ínfimas de arsénico blanco, que es parecido a la harina. No obstante, debo decir que este tipo de crímenes nunca han sido habituales en nuestra isla. O bien alguien le entregó al empleado de la cocina una bolsa con el veneno y le dio instrucciones de cómo utilizarlo, o bien él mismo debió de aprender este método de la boca de alguien. Aquí hemos intentado prohibir la venta de matarratas con arsénico en las herboristerías tradicionales, al igual que hicimos en Estambul a través de la Sociedad Farmacéutica.

—¿Y por qué cree que no fue posible prohibirla?

—Paciencia, doctor pachá, paciencia, ahora se lo explico… Poco después de que el gobernador actual ocupara su cargo, se levantó la prohibición de hablar sobre la historia de aquella malévola y hermosa muchacha aficionada al arsénico. Esto formaba parte de una maniobra propagandística cuyo objetivo era dar a entender que «el gobernador anterior era un incompetente». Fue así como esta historia se convirtió en noticia años después de los hechos, sobre todo en los diarios rums, que básicamente la utilizaron para ridiculizar a todas esas comitivas casamenteras a las que recurren los hombres

lujuriosos que quieren casarse con jovencitas, y así poner de manifiesto el atraso en el que siguen viviendo los musulmanes que son incapaces de contraer matrimonio sin recurrir a mediadores y celestinas. El envenenamiento con arsénico no es algo habitual en nuestra isla porque nadie lee novelas francesas. Yo soy conocedor de todo esto porque un día me trajeron a un enfermo que se había tragado puñados de matarratas después de sufrir un desengaño amoroso: en los vómitos de una persona que ha ingerido arsénico aparecen unas pequeñas partículas blanquecinas, una especie de grumos. Además, sé a ciencia cierta que se trataba de arsénico porque la persona se arrepintió en el último momento y confesó lo que se había tomado. Ese arrepentimiento es uno de los síntomas más singulares… Y la muerte es terriblemente agónica. —Calló unos segundos—. Madame Bovary, la famosa heroína de la literatura francesa, tan inmoral e inestable, se suicida de la misma forma —concluyó el viejo y cultivado amigo de Bonkowski Pachá, suponiendo acertadamente que el doctor Nuri no sabría de quién le estaba hablando.

Desde donde estaban sentados podían ver la vitrina situada en medio de la tienda, llena de frascos rebosantes de píldoras a granel, cajitas de medicinas multicolores de importación, botellas grandes y pequeñas que contenían líquidos medicinales y jarabes, y paquetes varios. En la habitación de al lado había morteros, cepillitos, tijeras, retortas y quemadores de alcohol. Mientras conversaban habían entrado y salido de la farmacia tres clientes, que habían comprado varios productos después de examinar tranquilamente las vitrinas, como si no hubiera peste en la ciudad.

—Hace veintidós años, Su Majestad el sultán encargó a Bonkowski Pachá un informe sobre cómo extraer veneno de las plantas de los jardines del palacio.

—¡Cierto! —repuso el farmacéutico Nikiforo—. Estaba seguro de que se acordaría de esto y me lo preguntaría, así que he intentado hacer memoria y rebuscar entre mis recuerdos. Y al final he llegado a la conclusión de que esta es, en definitiva,

la historia del desarrollo de las farmacias modernas y occidentalizadas tanto en Estambul como en la isla de Minguer.

Por un lado, estaban los farmacéuticos jóvenes como Bonkowski y Nikiforo que, tras formarse en París y Berlín, habían vuelto a tierras otomanas profesando una devoción inquebrantable por la «farmacología científica» y que, con el apoyo de una facción de «radicales» airados que reclamaban que se prohibiera la venta de sustancias venenosas (o nocivas en algún sentido) y de medicamentos sin prescripción, habían formado una sociedad farmacológica. Y, por otro lado, había otro grupo formado por los propietarios de las grandes farmacias de los barrios de Beyoğlu y Beyazıt, establecimientos donde se vendían todo tipo de productos, ya fueran autóctonos o importados. Al igual que los de la primera facción, también eran en su mayoría cristianos. Todo el mundo en Estambul frecuentaba las farmacias Rebuller o Kanzuk, regentadas por británicos. En estas se encontraban también los productos típicos que solían venderse en las herboristerías, así como medicinas patentadas procedentes de Europa (cuyas fórmulas se modificaban sin cesar), ungüentos que venían en cajas y frascos elegantes, jarabes, cremas, y productos de lujo como conservas o chocolates europeos.

Gracias a los detectives e informadores que tenía a su servicio, Abdülhamit sabía que varios príncipes realizaban sus compras en esas farmacias grandes de Beyoğlu porque tenían miedo de ser envenenados con los productos de la farmacia del palacio. El sultán podía entender por qué incluso los príncipes situados más abajo en la línea de sucesión preferían acudir a las farmacias de Beyoğlu: o bien directamente desconfiaban de él, o simplemente lo hacían por presumir. Pero lo que más le inquietaba era la posibilidad de que los príncipes adquirieran sustancias en esos establecimientos que pudieran ser utilizadas para elaborar venenos. Los lectores de las cartas de Pakize Sultán podrán comprobar que Abdülhamit había encargado a Bonkowski Pachá un informe detallado sobre el asunto.

El sultán no solo quería tener controlada la compraventa de venenos, sino que también quería estar al tanto de las conversaciones que mantenían los doctores que se encontraban en la farmacia de Apéry del barrio de Galata (algo que consiguió con creces). En todas las grandes farmacias, los doctores tenían pequeñas consultas y una sala de espera. Pero Apéry había convertido la sala de espera de su enorme establecimiento en una especie de salón de lectura donde podían encontrarse varias publicaciones médicas europeas y los últimos libros sobre medicina recién importados de Occidente. Todos los médicos de Estambul, ya fueran rums o musulmanes, se dejaban caer de vez en cuando por este salón de lectura para consultar las últimas novedades científicas y echar la tarde platicando con sus colegas.

El sultán mostraba especial interés por apoyar a los farmacéuticos musulmanes: quería fomentar su producción propia y sus establecimientos (locales como la farmacia de Hamdi, la de Edhem Pertev y la Istikamet) y deseaba que se unieran a la sociedad fundada por Bonkowski Bey. Pero el grupo que Abdülhamit sentía que más debía proteger y regular era el numeroso gremio de herboristas de la vieja escuela que elaboraban pastillas y ungüentos caseros, y en cuyos establecimientos los clientes podían encontrar canela, polvos medicinales y matarratas en la misma estantería. Estos herboristas chapados a la antigua eran en su gran mayoría musulmanes, y mientras que por una parte Abdülhamit deseaba ayudarlos y protegerlos, por otra quería prohibir la venta de venenos, dos propósitos que, como bien sabía, eran incompatibles.

—¡A mí me parece que, como suele ocurrir con los súbditos a los que Su Majestad dedica una excesiva atención, en este asunto probablemente tenía también sentimientos encontrados! —le dijo el farmacéutico Nikiforo al doctor Nuri —. En aquellos tiempos, hablo de veinte años atrás, un día Su Majestad declaraba su apoyo incondicional a las farmacias musulmanas, y al día siguiente las ponía en la difícil tesitura

de tener que adaptarse, en nombre de las «reformas y mejoras», a las modernas estipulaciones y prohibiciones dictadas por Europa que los farmacéuticos musulmanes ni conocían bien ni estaban en condiciones de implantar. Pero también es cierto que cuando Su Majestad el sultán considera que una de esas premisas exigidas por las potencias europeas, y en las que ni siquiera él mismo cree, puede convertirse en algo perjudicial para sus súbditos musulmanes, no tarda en desecharla. ¿Acaso no fue ese el motivo por el que Su Majestad ordenó la disolución de la Cámara de Diputados, alegando que las libertades introducidas por las nuevas reformas causarían gran perjuicio a la población musulmana?

El damat doctor se preguntó por un momento si la razón por la que el farmacéutico había realizado con tranquilidad unas declaraciones tan controvertidas se debía a que las había preparado con anterioridad. Al regresar poco después a sus dependencias en la sede de la gobernación, compartió con Pakize Sultan su extrañeza. Su esposa y él llegaron a la conclusión de que Nikiforo se había expresado como si tuviera algún tipo de vínculo secreto con Abdülhamit, y especularon con la posibilidad de que incluso pudiera recibir telegramas encriptados del mismísimo sultán.

Cincuenta días antes, en un momento de respiro durante las celebraciones nupciales, entre el ajetreo de lujosos carruajes de caballos y sirvientes que se afanaban de aquí para allá, el marido de Hatice Sultan, la hermana mayor de Pakize, un hombre entrado en años y mucho más experimentado en esos asuntos, le había comentado lo siguiente al doctor Nuri:

—¡Tenga mucho cuidado con quienes se atrevan a hablar mal en público de Su Excelentísima Majestad el sultán! Todos ellos son agentes *provocateurs* . Si les sigue la corriente, lo denunciarán a Su Majestad en un abrir y cerrar de ojos. Plantéese esto: «¿Cómo es posible que este tipo me diga a la cara estas cosas que nadie osaría siquiera pensar?». La respuesta es que son informadores, y por eso no tienen nada que temer.

31

En el devenir de la historia, ¿cuán importante es el «carácter» de una persona? Hay algunos que no prestan demasiada atención a este tipo de cuestiones; creen que la historia es algo muchísimo más grande que los individuos concretos. Por el contrario, otros historiadores sí consideran que el carácter de los protagonistas y de algunos personajes claves puede ayudar a explicar el proceso histórico. Nosotros también opinamos que, en ocasiones, el carácter y el temperamento de una determinada figura histórica pueden alterar el curso de la historia. Pero esos rasgos individuales son, a su vez, moldeados por la historia misma.

El sultán Abdülhamit era tan aprensivo que los europeos lo tildaban de «paranoico», eso es cierto. Pero esta aprensión era una consecuencia de lo que había vivido y de lo que había visto; es decir, era consecuencia de la historia misma. Dicho de otra forma, Abdülhamit tenía buenas razones para ser tan aprensivo.

En 1876, a la edad de treinta y cuatro años, Abdülhamit era un príncipe que si bien no llamaba demasiado la atención, contaba con cierto prestigio (era prudente, sincero y piadoso) y ocupaba el segundo lugar en la línea de sucesión. Su tío Abdülaziz era el sultán. Pero una noche, de resultas de un golpe llevado a cabo con los esfuerzos conjuntos del Mithat Pachá y el ministro de la Guerra, el Hüseyn Avni Pachá, a Abdülaziz lo obligaron a abdicar y lo sustituyeron por el hermano mayor de Abdülhamit, Murat V. Poco después, el sultán destronado murió: o bien lo asesinaron, o bien se suicidó bajo presión. Mientras acontecían estos hechos —es decir, mientras los soldados árabes del Quinto Ejército asediaban el palacio de Dolmabahçe y el sultán depuesto, luego de escaparse en barca, aparecía muerto cuatro días más

tarde en uno de los palacetes situados más abajo en el Bósforo con las venas cortadas (ya fuera a manos de alguien, ya fuera en un arranque de furia suicida)—, un cada vez más angustiado Abdülhamit, que ahora había pasado a ocupar el primer puesto en la línea de sucesión, seguía desde sus dependencias lo que ocurría en las estancias y palacios a su alrededor, tratando de atar cabos. Era incapaz de asimilar la muerte de su tío. ¿Cómo era posible semejante horror, que a esas alturas de la historia asesinaran a un sultán después de obligarlo a abdicar? Todavía estaba asimilando lo sucedido cuando, tres meses después, los soldados a las órdenes del Mithat Pachá y los otros burócratas que habían depuesto a Abdülaziz hicieron exactamente lo mismo con el nuevo sultán, Murat V (el padre de Pakize Sultan). Murat V había quedado igual de perturbado por la muerte de su tío, y eso había afectado seriamente a su salud mental, lo cual precipitó su destronamiento. Es decir, que en apenas cuatro meses Abdülhamit había pasado de ocupar el segundo puesto en la línea de sucesión a ser proclamado sultán, un breve periodo durante el cual había podido constatar con creces el gran poder que habían acaparado el Mithat Pachá y los demás burócratas que habían urdido tales maquinaciones, llegando a la conclusión de que a él podrían hacerle lo mismo que a sus predecesores.

No era la primera vez que Abdülhamit experimentaba ese tipo de temores. Al igual que en el año 1901 los príncipes temían que el soberano los envenenase, más de treinta años antes el príncipe Hamit Efendi y su hermano mayor Murat Efendi, primero en la línea de sucesión, también habían tenido miedo de ser envenenados por su tío, el sultán Abdülaziz. Este quería que le sucediera su hijo, el príncipe Yusuf Izzettin Efendi (quien con solo catorce años sería nombrado jefe del Estado Mayor y después comandante del ejército imperial).

En el verano de 1867, el sultán Abdülaziz se llevó a este último y a sus dos sobrinos a un viaje por Europa, durante el cual se acrecentaron las tensiones entre el tío sultán y sus dos

probables sucesores. Ya antes de emprender ese viaje, el príncipe heredero Murat había intentado mantenerse alejado de todas esas tensiones pasando la mayor parte del tiempo no en las dependencias destinadas al heredero en el palacio de Beşiktaş (hoy conocido como Dolmabahçe), sino en su propia mansión en Kurbağalıdere, lejos del sultán. Según una carta que Pakize Sultan le escribiría a su hermana muchos años más tarde a raíz de la muerte de su padre, y según las historias que el propio Murat V les había contado a su hijo y sus hijas, la primera confrontación significativa se produjo durante una recepción de bienvenida celebrada en el palacio del Elíseo en París. El príncipe heredero Murat fue amonestado por su tío el sultán por rodearse de un grupo de parisinas ligeras de ropa, piropearlas en francés y bailar la cuadrilla con una de ellas.

Unos días después, durante una recepción organizada en el palacio de Buckingham de Londres, el príncipe Eduardo, el hijo algo bobo y sucesor de la reina Victoria (quien ni siquiera compartía con él los secretos de Estado), mostró especial interés por el joven príncipe heredero Murat y su hermano el príncipe Hamit, algo que —según alegaron los sobrinos— fastidió mucho a su tío el sultán y «despertó su envidia». Al día siguiente, llamaron a la puerta de los aposentos de invitados del palacio de Buckingham donde se alojaba el príncipe heredero Murat, y el asistente personal de Abdülaziz entró con un plato de uvas, que dejó sobre la mesa anunciando: «¡Con los mejores deseos de Su Excelencia el sultán!». Después de engullir unas cuantas sin pensárselo dos veces, Murat empezó a notar unos fuertes dolores de estómago, se asustó y fue llorando a ver a su hermano, que dormía en la habitación contigua. El joven Abdülhamit (quien por entonces tenía veinticinco años) siempre llevaba encima un antídoto, una piedra bezoar que mezcló con agua en un vaso y que le hizo beber rápidamente a su hermano, llamando también a los médicos de palacio, una reacción que al parecer le salvó la vida al futuro sultán otomano. Cuando la reina Victoria se enteró de lo sucedido, envió al príncipe heredero

Eduardo para comunicar al príncipe Murat y su hermano Hamit que, si realmente creían que aquello había sido un intento de asesinato, la Corona los invitaba a permanecer en Inglaterra en vez de regresar a Estambul mientras esperaban a que llegara su turno para acceder al trono. (Mucho tiempo después, tanto Eduardo como Murat se convertirían en francmasones y establecerían correspondencia epistolar; Eduardo no ocuparía el trono británico hasta el año en el que transcurre nuestra historia). Los dos príncipes otomanos, ambos futuros sultanes, decidieron olvidarse de todo el asunto antes de que se enterara su tío el sultán, ya que les preocupaba que un acontecimiento que tal vez solo se habían imaginado se convirtiera en un escándalo político de magnitud desproporcionada, especialmente en las páginas de la prensa («¡Los miembros de la dinastía otomana se envenenan unos a otros en el palacio de Buckingham!»), e incluso llegaron a plantearse si todo el incidente habría sido producto de su paranoia.

Sin embargo, al regresar a Estambul la historia llegó a oídos de Abdülaziz, quien, en un arrebato de ira, durante una temporadita mantuvo alejado del palacio de Dolmabahçe al príncipe heredero Murat por «habernos humillado a todos».

Décadas más tarde, en algunos artículos sobre historia publicados en la prensa de la República Turca moderna, se difundió una versión totalmente falsa y ficticia de este incidente, según la cual durante su visita a Londres la reina Victoria no solo había propuesto a los príncipes Murat y Hamit permanecer en Inglaterra a la espera de que llegara el momento de acceder al trono, sino que también los había invitado a casarse con princesas de la familia real británica. Cualquiera con dedos de frente verá rápidamente cuán absurda es la idea de que una princesa británica pudiera casarse con un hombre —no importa cuál fuera su linaje— que se acostaba con cuatro esposas distintas y una infinidad de concubinas, y que además la trataría mal; es evidente que la reina nunca casaría a nadie de su familia con esos hombres que se

envenenaban entre ellos y que ni siquiera hablaban inglés; y nos cuesta entender por qué los lectores turcos de este tipo de diarios disfrutaran leyendo y releyendo esta patochada que aparecía cada dos o tres años publicada bajo distintos titulares («La reina Victoria quiso entregar a su hija a Abdülhamit», etcétera), y que encima se la creyeran con tanto afán sin siquiera cuestionarla.

Cuando Abdülhamit accedió al trono después del asesinato de su tío y de la abdicación de su hermano mayor, habían transcurrido nueve años de aquel viaje a Europa, y en ese tiempo había descubierto que, al menos desde un punto de vista científico, de nada habría servido tomar aquel ligero antídoto de bezoar, que durante siglos muchos antiguos monarcas y dirigentes habían llevado siempre encima, sobre todo en los países del Oriente. Por esa razón, después de convertirse en sultán, uno de los primeros encargos que le hizo a Bonkowski Pachá fue redactar un informe sobre los venenos que no dejaban rastro y sobre aquellos para los que no había antídoto; y más en concreto, sobre qué plantas del jardín del palacio de Yıldız podían utilizarse para elaborar venenos de manera «científica».

El nombre del joven Bonkowski Bey había llegado a oídos del sultán a raíz del revuelo causado por la Société de Pharmacie de Constantinople, que había fundado junto al farmacéutico Nikiforo. Esta sociedad, que estaba en guerra con los otros gremios farmacéuticos, intentaba que el Estado escuchase sus propuestas. Su exigencia fundamental era que se prohibiera la venta de sustancias nocivas, especialmente venenos, que podían obtenerse fácilmente en herboristerías anticuadas donde se vendían especias, polvos, pastas, hierbas y rizomas. Sustancias como arsénico, lecherinas, oropimente, fenol, codeína, cantárida, éter sulfúrico, yodoformo, etanol, creosota, cebadilla, opio, morfina, casi un centenar en total, ¡no deberían venderse en herboristerías, sino en farmacias modernas de estilo europeo sujetas a regulaciones e

inspecciones constantes, y solo podrían adquirirse mediante prescripción médica!

Gracias a las novelas policiacas que por aquel entonces había empezado a leer, Abdülhamit también aprendería que era posible envenenar a la gente con matarratas, de forma lenta y casi indetectable. Cuando el sultán ordenaba que le leyeran esos libros, solía prestar especial atención a aquellas páginas donde se proporcionaba información sobre envenenamientos difíciles de rastrear, y a menudo pedía que le releyeran párrafos concretos. En cuanto al interés de Abdülhamit por cultivar plantas venenosas en el jardín del palacio, podemos explicarlo a los lectores de la siguiente manera: como todos los emperadores modernos de Oriente, Abdülhamit se imaginaba el gran jardín de su palacio como un auténtico microcosmos. Lo que el sultán le estaba planteando en realidad al joven Bonkowski Bey era una pregunta muy simple: ¿qué plantas pueden utilizarse para fabricar venenos?

Cuando Bonkowski Bey estaba redactando el detallado informe encargado por Abdülhamit, también lo nombraron director de la farmacia privada del sultán en el palacio de Yıldız, a la que también se referían a veces como el «laboratorio de química». Y como todo esto tuvo lugar en el periodo en que la Sociedad de Farmacéuticos de Bonkowski Bey estaba en plena cruzada contra los herboristas de la vieja escuela, en sus conversaciones con el monarca era inevitable que saliera el tema de los venenos y el hecho de que la gente pudiera adquirirlos tan fácilmente.

Abdülhamit también era consciente de que la mayoría de los venenos que se habían utilizado contra algunos de sus ancestros —como el que había matado poco a poco y sin dejar rastro al sultán Mehmet el Conquistador cuatrocientos veinte años atrás— *todavía* podían obtenerse sin problema en cualquiera del centenar de herboristerías de Estambul. En los archivos del palacio de Yıldız hay registros escritos que demuestran que algunos funcionarios del Mabeyn se dedicaban a buscar venenos por las herboristerías de Yeniçarşı,

Beyazıt, Kapalıçarşı y Fatih para llevarlos al laboratorio del palacio.

Ya por la tarde, después de regresar a la sede de la gobernación tras su reunión con Nikiforo, el doctor Nuri fue llamado al despacho del gobernador.

—Para evitar que circulen rumores sobre un posible envenenamiento, haré que lo entierren junto a los muertos de peste y le echen cal viva —dijo el pachá—. Si admitimos que tanto el doctor İlias como Bonkowski Pachá han sido víctimas de una pérfida conspiración, sería como reconocer la incapacidad del Estado otomano para imponer su autoridad en la isla de Minguer, y eso es algo que ni Estambul ni yo podemos permitir. Si Su Majestad se enterara de que después de Bonkowski Pachá su ayudante también ha sido asesinado, y que ni usted ni yo hemos sido capaces de hallar al culpable, incluso podría pensar que lo estamos haciendo aposta.

—¿Usted cree que la gente que ha hecho esto es la misma que asesinó a Bonkowski Pachá? —preguntó el doctor Nuri.

—¡Sabe perfectamente que todavía no tenemos respuesta a esa pregunta! —exclamó el gobernador—. Aunque si Estambul hubiera insistido, ya habríamos hecho todo lo necesario para encontrar a alguien que confesara haber puesto matarratas en los çöreks. Pero de esto se va a encargar usted ahora. Va a investigar este caso recurriendo al método de Sherlock Holmes, sin torturas ni falanga. Es decir, tirará de la lengua de los herboristas y farmacéuticos hasta que identifique el culpable, igual que haría el detective a quien tanto admira su majestad el sultán. ¡Que le sea leve! Los herboristas ya lo están esperando, y se han tomado todas las precauciones necesarias. A ver qué le cuentan.

Los soldados que trabajaban en la cocina de la guarnición —cocineros, ayudantes y el resto de sospechosos— habían sido llevados a las principales herboristerías de la ciudad para ver si eran reconocidos por los propietarios, encargados y dependientes, pero ninguno de ellos había sido capaz de

identificarlos de forma concluyente, ni tampoco recordaban que nadie hubiera comprado semejante cantidad de veneno.

El doctor Nuri visitó primero una pequeña herboristería del barrio de Eyoklima, cuyo ambiente impregnado de agradables aromas le recordó a las tiendas que regentaban los judíos del barrio de Mahmutpaşa en Estambul. Delante del mostrador había un montón de sacos llenos de especias y polvos de distintos colores. Los frascos de las estanterías estaban repletos de frutos, bolitas y medicinas de todo tipo. Hierbas, manojos y una serie de extraños materiales esponjosos atados con cordeles colgaban del techo y se balanceaban ligeramente. Pero en el interior de la tienda en vez de un médico que esperaba a que llegaran pacientes, como solía suceder en los establecimientos de Estambul, solo estaba el dueño de la herboristería, Vasil Efendi, que sabía de la visita del doctor Nuri porque la gobernación se lo había notificado por adelantado.

Después de saludar a su visitante palaciego con una exagerada profusión de *salams* e inclinándose prácticamente hasta el suelo, Vasil Efendi le dijo exactamente lo mismo que les había contado a las autoridades: a su tienda no había acudido ninguno de los cocineros o ayudantes de la guarnición; de hecho, en las últimas semanas apenas había vendido matarratas porque ya no había tantas ratas por las calles y las casas como en los primeros días. Además, el gobierno municipal había echado veneno por las calles gratuitamente. Con su rudimentario turco, Vasil Efendi le explicó que en esos momentos lo más fácil y económico era comprar grandes cantidades de matarratas directamente a las reservas municipales. Cada vez que el doctor Nuri hacía ademán de inspeccionar u olfatear alguno de los productos de la tienda —todas aquellas hierbas, especias de todos los colores metidas en cajitas, diversos instrumentos de medición, la gran variedad de polvos dentro de jarros y sacos y los frascos de vidrio rebosantes de raíces y rizomas de aromática fragancia que llenaban todas las estanterías del local—, el

herborista lo dejaba con la palabra en la boca y se ponía a perorar sobre las cualidades de la mostaza, el jazmín, el ruibarbo, la alheña, la coca, el mentol, la canela, la delfinina o los frutos del cerecino. El herborista también le mostró al doctor Nuri el saco donde guardaba los polvos matarratas, declarando que las sustancias venenosas se mantenían siempre lejos del alcance de los clientes y que él siempre estaba presente en la tienda cuando se empleaban para preparar las pastas o mezclas que pedían los clientes. A continuación, quiso contarle una anécdota al respecto: un herborista de Esmirna había enviado a la tienda a su aprendiz con las instrucciones para elaborar una receta prescrita mientras él se quedaba en casa. Pero el muchacho se confundió de saco y, por error, puso en la mezcla tres dracmas de un polvo blanco que era en realidad matarratas, lo que provocó que el enfermo al que le vendieron la medicina muriera. Esta historia se la había contado su socio, cuya tienda estaba en la misma calle que la del susodicho herborista, y que solía enviarle *sucuk* desde Esmirna con el barco de Messageries. Esta era la única tienda de la isla que importaba esas deliciosas salchichas, añadió con orgullo.

El herborista Vasil Efendi quiso enseñarle al doctor Nuri el proceso de elaboración de una de sus fórmulas. Primero desmenuzó un pedazo de jengibre, lo mezcló con ocho hojas de tuya y lo picó todo junto. Después de mostrarle con gran satisfacción al doctor Nuri el alquitrán de enebro y el *leblebi* en polvo que guardaba en dos sacos, y de invitarle a olisquear los productos, los añadió a la mezcla y la machacó a conciencia hasta convertirla en una pasta. Luego utilizó un molde en forma de cucharilla para extraer trocitos de la mezcla, que acto seguido amasó para hacer pastillas.

—¡Si tienes diarrea, te tomas una de estas con el estómago vacío y se te corta al momento! —anunció, muy ufano.

El doctor Nuri vio sacos parecidos de especias, azúcar, tintes y granos de café en las otras dos herboristerías que visitó a continuación. Vasil había colocado un huevo de avestruz a la

entrada de su establecimiento para que quienes no sabían leer ni escribir supieran que allí podrían encontrar la receta que necesitaban. En la puerta de la tienda del Mercado Viejo a la que fue después habían puesto una maqueta del Faro Árabe, mientras que en el escaparate de la herboristería de Vavla había un cartel con unas tijeras enormes. En esos dos comercios, los productos más vendidos eran medicinas para el dolor de estómago, ungüentos para heridas y reumatismos, pastillas para la tos y las hemorroides, y laxantes. Tal como le había comentado Nikiforo, el damat doctor observó que algunas de las medicinas y sustancias cuya venta había sido prohibida en las herboristerías estambulitas a raíz de la presión ejercida por los farmacéuticos podían obtenerse sin problema; entre otras, estramonio, jengibre negro, albarraz o extracto de almendra amarga. El doctor Nuri también tomó nota de que en los remedios medicinales para aliviar los dolores estomacales solían utilizarse manzanilla, anís, fenol y ajenuz, con la esperanza de que ese tipo de datos ayudasen a desentrañar la identidad de los conspiradores que tenían como objetivo matar a los médicos de cuarentena. El herborista que había colocado unas tijeras enormes en su escaparate le explicó al doctor Nuri que el ungüento que prescribían con más frecuencia a los jeques que repartían amuletos y papeles bendecidos contra la peste estaba elaborado con hojas de rosas, aceite de oliva, sulfuro y cera de abejas, y le entregó también un frasco para que se lo llevara.

Ya de vuelta en sus dependencias, Pakize Sultan sugirió, en tono de broma, que probasen alguno de esos líquidos y pastas, pero su marido no le dio permiso. Después de un rato de discusiones, mohínes y coqueteos, los frascos quedaron apartados en un rincón. Pero el doctor Nuri no dejó de lado su misión de visitar todas las herboristerías de Arkaz.

32

Cuando la noticia de que un pasajero del barco Odiyitis, que había zarpado desde Minguer hasta Atenas poco antes de la cuarentena, había muerto durante la travesía causó un gran revuelo en los periódicos griegos, la prensa europea empezó a hacerse eco reprochando a los otomanos su incapacidad para contener la peste procedente de China y la India a través del canal de Suez y el Hiyaz, y declarando que ahora a los países de Europa no les quedaba otra que apechugar con ese problema. Los diarios franceses *Le Petit Journal* y *Le Petit Parisien* , así como el *Daily Telegraph* londinense, reciclaron por enésima vez en sus páginas la idea de que el Imperio otomano era el «hombre enfermo de Europa». Todos los puertos de la Europa occidental empezaron a tratar a los barcos procedentes de Arkaz como si llevaran izada la bandera amarilla, y obligaron a sus pasajeros a cumplir una cuarentena de al menos diez días antes de permitirles desembarcar.

Estas medidas preventivas también eran una forma de castigar a los otomanos. Las grandes potencias occidentales se quejaron a Abdülhamit del gobernador de Minguer, quien había sido incapaz de implantar correctamente las medidas de cuarentena, y tal como ya habían hecho con anterioridad en reacción a los brotes de cólera en el Hiyaz, lanzaron duros reproches contra la administración otomana. A través de sus embajadores hicieron saber a la Sublime Puerta que si la gobernación de Minguer seguía incumpliendo con la apropiada puesta en marcha de la cuarentena a los barcos que zarpaban de la isla, tomarían cartas en el asunto y enviarían a sus buques de guerra para hacerlo, añadiendo que sus acorazados ya estaban desplazados en aguas del Mediterráneo.

La Sublime Puerta y el Mabeyn le comunicaron al gobernador estos acontecimientos, Sami Pachá discutió el

asunto con el damat doctor, este lo compartió con su esposa y, por último, Pakize Sultan escribió a su hermana para ponerle al tanto de sus descubrimientos.

—¡Teniendo en cuenta que no llega a la isla ningún barco de correos, lo más seguro es que las cartas que le escribes acaben amontonadas en alguna saca de la oficina de correos! —le había dicho su marido en una ocasión—. Me pregunto si no sería más prudente que por ahora las guardaras en la habitación…

—¡Tengo que enviar la que estoy escribiendo antes de empezar una nueva! —había respondido Pakize Sultan—. ¿Cree que el mayor podría traerme veinte postales más de estas, señor?

Tenía en la mano siete postales en blanco y negro (es decir, que no habían sido coloreadas a mano) impresas en Estambul. A Pakize Sultan le gustaba leer en voz alta, como si recitara los versos de un poema, las leyendas en francés que acompañaban a sus imágenes: «Citadelle de Minguer», «Hôtel Splendide Palace», «Vue générale de la baie», «Phare d'Arkaz et son port», «Ville vue prise de la citadelle», «Hamidié Palace et bazaar», «Église Saint-Antoine et la baie»…

Durante una temporada, Pakize Sultan le había leído libros en francés a su padre, y también había pasado largos ratos disfrutando a solas de la lectura de novelas románticas. Bajo el hechizo de este tipo de literatura, ahora seguía el progreso de la historia de amor del mayor como si fuera una novela, y le refería a su hermana todo lo que escuchaba por boca de su marido.

Si bien su abuelo, su tío y su padre (el actual y los anteriores sultanes habían tenido siete u ocho esposas cada uno, por no hablar de los harenes atestados de concubinas, Pakize Sultan estaba en contra de que los hombres se casaran con más de una mujer. Sus hermanas y la mayoría de las jóvenes de la familia imperial eran de la misma opinión. Eso se debía en parte, claro está, a la educación de estilo occidental

que habían recibido en el harén. Pero la principal razón de su postura crítica era la regla tradicional que impedía a los hombres casados con hijas de sultanes desposarse con una segunda mujer.

Cuando Pakize Sultan se enteró de que Zeynep, la futura prometida del mayor, había renunciado a casarse con el hombre con el que su padre la había emparejado después de descubrir que tenía una segunda mujer en un pueblecito del norte, se convirtió automáticamente en admiradora de aquella chica más joven que ella, sin siquiera plantearse qué otros motivos tenía ella para anular el compromiso. Dos días más tarde, el doctor Nuri le contó a su mujer que el mayor Kâmil había conocido por fin a Zeynep, y que entre ambos habían saltado chispas. Tal como descubrirán los lectores de las cartas de Pakize Sultan, el inicio de esta historia de amor tan querida y exagerada por el pueblo minguerense se redujo en realidad a una serie de encuentros bastante discretos.

Ese día, a su regreso de la oficina de correos, el mayor decidió dar un rodeo y cruzar al otro lado del riachuelo para darse una vuelta por los vecindarios de mayoría musulmana. En un jardín umbrío que daba a una calle desierta del barrio de Bayırlar, vio a tres niños pequeños llorando bajo un olivo, uno de ellos a lágrima viva, los otros dos en silencio. Dos patios más allá escuchó a dos señoras con pañuelos en la cabeza que discutían a gritos en la puerta de una casa, acusándose la una a la otra: «¡Fuiste tú quien trajo aquí la enfermedad!», «¡No, fuiste tú!». En el barrio de Tuzla presenció cómo un trabajador del puerto que estaba bien informado sobre las medidas contra la peste reñía a unas mujeres por utilizar los efectos personales de un difunto. Escuchó comentarios sobre un hoca del tekke de los Zaim (ubicado en esa misma calle) que repartía amuletos bendecidos contra la peste, y le explicaron que si esperabas en silencio ante la puerta de su jardín, cruzabas los brazos sobre el pecho y te inclinabas tres veces recitando «Vengo humildemente a presentarle mis respetos, señor mío», abrían y te dejaban entrar.

En otro de aquellos barrios percibió el silencio de la muerte y el miedo, y la impotencia de los médicos y funcionarios del Estado, pero después de cruzar un callejón y pasar junto a un patio, se encontró en las calles soñolientas y polvorientas de su infancia, algo que apaciguó un poco sus temores.

Bajaba por una calle por la que corría un reguero de agua sucia cuando divisó a Zeynep entre un grupito de unas nueve o diez mujeres y muchachas que iban un poco más adelante, a su derecha. Durante un rato consiguió seguir discretamente al grupo de mujeres vestidas con ropaje multicolores y pañuelos blancos en la cabeza, sin que nadie lo detectara. Pero aquello no duró mucho.

Zeynep y las otras desaparecieron de repente. El mayor trató de encontrarlas deambulando entre jardines vacíos y descuidados con altos matojos y muros cubiertos de hiedras. En el patio posterior de una casa, una mujer con la cabeza cubierta estaba colgando la colada de unas cuerdas mientras regañaba a dos críos que correteaban a su alrededor con los pies descalzos, como si aquel fuera un día como cualquier otro.

Por último, emergió a una calleja polvorienta que creyó reconocer como uno de los espacios de su infancia. Tuvo la sensación de estar dentro de un sueño, como si se viera a sí mismo desde fuera. Pero esta misma impresión le hizo comprender asimismo que había perdido a la joven, y se resignó a volver a la sede de la gobernación.

Cuando fue a ver a su madre esa tarde, se vio obligado a reconocer que sus sentimientos ya eran algo innegable: estaba enamorado. De hecho, su madre se comportaba como si ya no hubiera otro tema de conversación posible.

—He oído que la has estado siguiendo —dijo—. Eso le ha gustado a la chica.

Al mayor le sorprendió y complació que esa información hubiera llegado tan rápidamente a oídos de su madre, y si bien

su reacción instintiva más primaria habría sido decirle allí mismo: «¡Por lo que más quieras, consíguemela!», se abstuvo de comportarse con semejante dramatismo porque tenía miedo de asustar a su madre con tanta impaciencia. Pero su madre conocía bien a su hijo y detectó esa ansia con solo mirarle a la cara.

—Una chica excepcional —dijo con cierta frialdad—. Una rosa con espinas, quizá, pero es una de esas oportunidades que solo se presentan una vez en la vida. Y el hecho de que seas capaz de reconocer su valía demuestra que te has puesto las pilas. ¿Estás dispuesto a hacerlo todo por ella?

—¿Qué es todo?

—Después de tantas desgracias, la chica quiere marcharse a Estambul y librarse de una vez por todas de ese tal Ramiz. Sus hermanos no le han devuelto a Ramiz ni la totalidad ni una parte del oro que pagó al padre de Zeynep, eso está claro. Y él, amparándose en su hermano, el jeque Hamdullah, sigue haciendo todo tipo de impudicias.

—No le tengo miedo a Ramiz…, pero estamos en cuarentena y marcharnos a Estambul ahora es imposible. ¿Sabes qué? ¡Diles que primero me la llevaré a China con la hija del sultán! —dijo el mayor.

—¡Será mucho más convincente y efectivo que le digas «Te llevaré a Estambul» antes de hablarle de China! —comentó la madre—. ¿Qué se cuenta tu Lami?

La persona a la cual se refería la mujer con «tu Lami» era el mejor amigo de la infancia del mayor, que estaba al tanto de todos los rumores que circulaban por la ciudad. El mayor caminó tranquilamente por las calles soleadas con olor a rosas, bajo la sombra de magnolias y tilos en flor, hasta llegar al hotel Splendid Palas. Se sentó con Lami en unas sillas de mimbre en la terraza, bajo sus característicos toldos de rayas blancas y naranjas, en una mesa con vistas al puerto. En el ambiente flotaba un aroma a rosas, lisol y tomillo. Aquel buen

amigo de cara alargada había nacido de madre cristiana ortodoxa y padre musulmán. Después de la muerte del padre, la familia paterna se había marchado de la isla y él se había criado entre la comunidad rum. Ahora era el gerente del hotel Splendid, cuyo uniforme de lino rojizo y marrón llevaba puesto. Por el gran vestíbulo y la terraza del hotel solían pasar empresarios italianos que habían gestionado el comercio del mármol de Minguer hasta hacía diez años, rums acaudalados, funcionarios otomanos, notables musulmanes que querían dejarse ver, oficinistas, militares vestidos de civil, y a veces hasta el mismísimo gobernador, por lo que cualquier noticia importante que ocurriera en la isla se comentaba y discutía allí.

Lami sabía que Zeynep había anulado su compromiso con Ramiz, y advirtió al mayor de que este podría utilizar la posición de su hermano el jeque para vengarse de algún modo. Le recordó al Mayor las animaladas cometidas por aquel canalla, asegurando que el gobernador había hecho lo correcto al meterlo entre rejas. Cuando se enteró de que Estambul había ordenado liberarlo con la condición de que no volviera a pisar Arkaz, exclamó: «¡Que el gobernador vuelva a meterlo en la mazmorra!», aunque a continuación añadió que encarcelarlo de nuevo no sería fácil.

—¿Por qué?

—Al gobernador pachá no le hace ninguna gracia el jeque Hamdullah, pero sabe que será muy complicado mantener la cuarentena sin su aprobación.

Algunos historiadores han comentado que el hecho de que un gobernador otomano tan poderoso como Sami Pachá se mostrara tan cauto y temeroso de hacer cualquier cosa que pudiera ofender al jeque Hamdullah era una especie de «talón de Aquiles» innecesario. Mencionan que un gobernador que contaba con un gran destacamento militar en la provincia no debería tenerle ningún tipo de miedo al líder de ningún tekke, por muy influyente que fuera. Los pachás otomanos siempre habían ostentado mucho más poder que los jeques, algo que se

repetiría más adelante en la República Turca y que de hecho es la base del laicismo oficial que adoptarían los estados modernos de Minguer y Turquía. Pero, en nuestra opinión, tratar de mantener una relación conciliadora con los tekkes a fin de convencer a la gente de la necesidad de obedecer las medidas de cuarentena fue una decisión políticamente realista y sensata por parte del gobernador.

—La isla entera iba detrás de esa chica —dijo Lami—. Lo tienes complicado.

—Sí, estoy enamorado…

—La chica tiene dos hermanos gemelos —prosiguió Lami —. Regentaban la panadería de los Gemelos, pero ahora está cerrada. Deberías reclutarlos para tu división de cuarentena… Puede que no sean muy listos, pero son buena gente, honrados, trabajadores. ¡El mejor pan que ha pasado por la cocina del Splendid Palas era el de la panadería de los Gemelos!

—¡Esa chica me tiene tan hechizado que ni se me ocurriría pensar que sus hermanos pudieran tener algo de malo! —dijo el mayor, muy convencido.

Después de esta conversación se decidió que lo mejor sería organizar un encuentro con Zeynep y sus hermanos en algún lugar público de la ciudad. Pero no fue hasta tres días más tarde cuando por fin pudieron quedar en la terraza parcialmente cubierta del hotel Splendid, situado en plena avenida Estambul. Tiempo después, el mayor le explicaría con absoluta franqueza al doctor Nuri que el corazón le latió desbocado al ver a Zeynep sentada allí.

Los hermanos Mecid y Hadid se habían afeitado y llevaban unas camisas pulcras para dar la impresión de que eran gente de ciudad, pero los feces de sus cabezas y su gestualidad nerviosa revelaban que no se sentían demasiado cómodos en ese ambiente. En ningún momento trataron temas como el acidaque, los obsequios o el pago que realizaría el mayor, pues sus madres ya habían llegado a un acuerdo al respecto. El

maltrecho y desvaído cartel sobre la cuarentena que colgaba en una de las paredes del restaurante vacío parecía un vestigio de tiempos pasados, un detalle que de algún modo confería a la peste una dimensión aún más inquietante y aterradora.

—Nos estamos poniendo en peligro al reunirnos aquí… —dijo finalmente el mayor—. Según las restricciones de la cuarentena, está prohibido que se reúnan más de dos personas a la vez.

—¡Nosotros estamos en manos del gran Alá! —exclamó Mecid—. No se preocupe; estamos plenamente tranquilos porque sabemos que nuestros destinos ya han sido escritos…

—Estarán aún más tranquilos si acatan las prohibiciones de cuarentena y se alistan como voluntarios en mi división. En las últimas veinticuatro horas han muerto once personas por la peste. Y todavía hay gente que sigue escondiendo a sus difuntos.

—Créame, Kâmil Bey —dijo Zeynep—, yo tengo menos miedo de caer enferma y morir joven que de hacerme vieja en esta isla sin haber podido vivir de verdad.

—Que sepa con tanta claridad lo que quiere es algo francamente admirable —respondió el mayor.

Estaban sentados uno enfrente del otro, y sus caras quedaban tan cerca que procuraban no mirarse a los ojos más de unos segundos. El mayor sentía que estaba enamorándose perdidamente de aquella joven de ojos oscuros, y anticipando el anhelo que lo atormentaría en las noches de soledad que pasaría destinado en remotas guarniciones, deseó con todas sus fuerzas casarse con ella.

Fue así como Satiye Hanım, que ya había empezado a negociar entre bambalinas los preparativos de la ceremonia nupcial y demás aspectos matrimoniales con la madre y los hermanos de Zeynep, logró cerrarlo todo de forma cordial y rápida. El gobernador pachá también ofreció todo su apoyo al mayor, asegurándole que eliminaría cualquier posible

obstáculo administrativo. El entorno de Ramiz había empezado a difundir rumores de que el jeque Hamdullah estaba muy enfadado y consternado por el trato que había recibido su hermano. Todo el mundo estaba convencido de que Ramiz volvería a la ciudad para ajustar cuentas.

El gobernador convirtió en una cuestión de orgullo el hecho de que el mayor se casara con la joven que había escogido, llevado por sus deseos, sin temer a nadie. En cuanto al lugar donde vivirían, se acordó que lo más conveniente y seguro para el oficial otomano recién casado sería instalarse en el hotel Splendid. En consecuencia, el mayor decidió mudarse junto a su futura esposa a una de las habitaciones de la planta superior del hotel Splendid, como si fueran una adinerada pareja de viajeros europeos.

El gobernador pachá, que seguía todo el asunto muy de cerca, recomendó al mayor que, para el tradicional afeitado del novio, fuera al establecimiento de Panayot, el barbero más famoso de Minguer, situado al final de la bajada del Asno Rebuznador. El mayor acudió a mediodía del jueves 14 de mayo, y nada más entrar el barbero empezó a jactarse de que en los últimos veinte años todos los que se habían casado en Arkaz, ya fueran musulmanes o cristianos, habían pasado por su barbería. Después añadió:

—Comandante, te noto nervioso. Contemplas todos los rincones de mi modesto establecimiento, como si te preguntaras si todos estos instrumentos estarán infectados de peste. No te preocupes, he limpiado con agua hirviente todas estas tijeras, pinzas y navajas tal como lo han prescrito los doctores de cuarentena. No porque yo tenga miedo, sino porque quiero que clientes ilustrados como tú estéis tranquilos.

—¿Tú por qué no tienes miedo?

—¡Nosotros nos sometemos a la merced de nuestra Virgen María y el Mesías Jesús! —respondió el barbero, y desvió la mirada hacia una esquina del establecimiento.

El mayor miró en esa dirección, esperando ver el icono que tanta fuerza le daba al barbero, pero lo único que vislumbró fueron cepillos, cuencos, morteros, hojas de afeitar, pinzas, frascos y piedras para afilar. El barbero le comentó que sabía que el doctor que se había casado con la hija del anterior sultán había llegado a la isla para detener la epidemia, y que el mayor cuyas mejillas se disponía a afeitar era el encargado de protegerlos. Luego empezó a perorar sobre la profunda devoción que sentían los minguerenses por su sultán. Desde hacía prácticamente cuatro décadas, ya fuera primavera o invierno, todos los años estallaban revueltas en las islas otomanas del Mediterráneo oriental. Esos levantamientos estaban instigados por los rums que querían separarse del Imperio otomano: su objetivo era expulsar a las autoridades turcas y pasar a formar parte de Grecia, como ya había sucedido en Creta. Cada verano los acorazados otomanos —como el Mesudiye, el Osmaniye o el Orhaniye, con su nueva batería de cañones recién instalada— bombardeaban los pueblos rums de esas islas rebeldes, basándose en informaciones proporcionadas por los espías y gobernadores regionales. En ocasiones, después de los bombardeos, los soldados otomanos de la guarnición local llevaban a cabo incursiones en esos pueblos y arrestaban a docenas de separatistas sospechosos. Bombardear todos esos puertos y aldeas rums era, en efecto, una maniobra de castigo. Aun así, ¡en los últimos veinte años, el acorazado Orhaniye y su flamante batería de cañones no se había acercado ni una sola vez por Arkaz para machacar a los pueblos rums!

—¿Y por qué será…?

¡Pues porque Abdülhamit sabe que las gentes de esta isla, ya sean cristianos o inmigrantes, le son leales! Y porque hace quince años la isla de Minguer era la más rica de todo el Mediterráneo oriental, y porque prácticamente la mitad de su población es musulmana.

—Mire esto, querido comandante —prosiguió Panayot Efendi cambiando de tema—. Este aceite para bigotes y estas

tenacitas para darles forma las encontrará como mucho en una o dos barberías de Estambul. Hará unos diez años importé este frasco de Berlín y enseñé a todos los señores y caballeros de Minguer, tanto rums como musulmanes, a aplicárselo. Por aquel entonces la gente creía que, para conseguir un bigote rígido como el del káiser Guillermo, de cuerpo grueso y extremos puntiagudos, lo único que hacía falta era recortar la parte central y retorcer las puntas. Pero cuando estás dándole forma al bigote con las tenacitas calientes, es igual de importante ir frotando este líquido ceroso, de forma lenta y constante, para que se absorba adecuadamente.

El barbero iba describiendo con gran parsimonia todo el proceso. Lo más importante era que los pelos de las mejillas y los pómulos no se utilizaran nunca para dar soporte al bigote, ya que esto le confería un aspecto feo y vulgar. Por desgracia, aún había barberos, tanto en Estambul como en Berlín, que recurrían a este procedimiento chapucero. Los maestros barberos modernos sabían que, antes de empezar con el perfilado, era necesario afeitar dos veces toda la cara. La compañía francesa que elaboraba este líquido fijador ceroso que le daba al káiser Guillermo su vigoroso y afilado bigote, y cuya fórmula mantenía en secreto como si fuera un elixir, aún vendía el producto en la tienda berlinesa donde lo había encargado. Pero cuando se le acabó el contenido de aquel frasco alemán, el barbero minguerense Panayot había logrado obtener los mismos resultados machacando resina de pino de Minguer y bellotas crudas en un mortero, combinando la mezcla con el agua de rosas extraída de los vástagos que el químico asesinado trajo a la isla hacía décadas con el permiso de Abdülhamit, y añadiéndole finalmente *leblebi* en polvo comprado en la herboristería de Vasil. Si el mayor lo deseaba, podía perfilar las puntas de su bigote incluso más rígidas y puntiagudas, aunque eso quizá asustaría a esa novia suya tan coqueta y testaruda.

De regreso a la sede de la gobernación con su bigote de puntas afiladas al estilo káiser Guillermo, el mayor se cruzó en

la avenida Estambul casi desierta con un lunático de la peste. Cuando era pequeño, siempre había en Arkaz algunos de aquellos personajes trastornados cuya presencia todo el mundo aceptaba y toleraba. El mayor les tenía aprecio a casi todos ellos, y aunque eran el blanco de las crueles mofas de los niños, también solían despertar la compasión de algunos ancianos y mujeres rums, que les daban comida o algunas monedillas. Todos conocían al loco rum Dimitros, que siempre vestía con ropa de mujer, y a Servet el Encadenado, que solía ponerse a gritar y gemir de repente en medio del mercado atestado. Si esos dos personajes se encontraban de frente entre la muchedumbre del muelle, en los puentes o dentro del mercado, empezaban a insultarse de la forma más barriobajera posible en una mezcla de turco, rum y minguerense, hasta que se liaban a puñetazos y patadas. Los niños nunca se cansaban de presenciar esas peleas, ni tampoco algunos de los adultos. Pero en cuanto estalló la epidemia, aquellos viejos lunáticos habían desaparecido de repente para ser reemplazados por los lunáticos de la peste, aún más dementes y obsesivos, que en vez de tristeza y compasión despertaban asco y miedo.

El más famoso de esos «nuevos locos» que vagaban por los barrios de la ciudad era Erinli Ekrem. Este hombre, de quien se decía que había sido educado en una madrasa de Estambul, era un funcionario de la Dirección de Fundaciones Piadosas de la gobernación, y antes de la epidemia todo en él era bastante normal y anodino salvo su amor por los libros. Pero cuando las dos mujeres con las que había estado tan felizmente casado murieron de repente, se obsesionó hasta tal punto con la lectura del Corán que perdió el juicio y declaró que lo que estaba viviendo la isla era «el día del juicio final».

Cuando Ekrem Efendi vio el uniforme militar del mayor, con todas sus medallas y condecoraciones, se detuvo de repente en medio de la calle, como siempre hacía, y con una serie de exagerados gestos teatrales empezó a recitar la sura *Al-Qiyama* (*La Resurrección*). Su voz era profunda y sincera, incluso algo quejumbrosa y nasal. El mayor se detuvo delante

de aquel hombre alto, que llevaba una levita negra y un fez morado, y escuchó con respeto lo que decía. Cuando el lunático llegó al sexto versículo de la sura y lanzó la pregunta retórica «Yeselu eyyane yevmulkiyame» («¿Cuándo es el día del juicio final?»), lo miró con gesto amenazante. Cuando la visión quedaba cegada, cuando la luna se sumía en la oscuridad, y la luna y el sol se fundían…, ¡ese era el día del juicio final! Entonces el loco levantó su larguirucho brazo y señaló un punto en el cielo. El mayor no vio nada fuera de lo normal en el lugar que señalaba Ekrem Efendi, tan solo el cielo límpido e inmaculado de Minguer. Pero como no quería enojarlo, hizo como si hubiera vislumbrado algo.

Al constatar el interés mostrado por el mayor, el funcionario lunático empezó a recitar una serie de versículos según los cuales, en la hora del juicio final, los hombres solo podían refugiarse en Alá: no había otro camino. Eran los mismos versos con los que, ante el avance de la epidemia, los hocas e imanes de la isla cerraban sus sermones por lo que todos los administradores de cuarentena y doctores musulmanes los conocían bien. Y si algún enfermo se las recitaba, lo escuchaban con todo su respeto y atención, dando a entender que sabían de lo que hablaba.

En una ocasión, cuando llegó a oídos del gobernador que el viejo Ekrem había criticado la cuarentena recitando esos versos, se planteó por un momento encerrarlo, pero luego se compadeció de él. El mayor prosiguió su camino dejando atrás al loco, al tiempo que pensaba una vez más en lo afortunado que era: a pesar de las funestas circunstancias, se sentía feliz. Queremos hacer hincapié en esta felicidad, ya que estamos escribiendo el relato de una pequeña nación cuya historia fue moldeada por sentimientos y decisiones personales.

El plan original consistía en celebrar la boda en el hotel Splendid, pero, por cuestiones de seguridad (sospechaban que Ramiz tenía esbirros en esa zona), finalmente decidieron trasladarla a la gran sala de reuniones de la sede de la gobernación. Los invitados, algo turbados por este cambio de

última hora, tuvieron que esperar un rato en el pasadizo impregnado de un intenso olor a lisol de la planta baja, hasta que los llamaron al segundo piso para asistir a la ceremonia. Todo el mundo presentaba un aspecto aseado, elegante y optimista. Zeynep lucía el vestido de novia rojo tradicional de las minguerenses. Sus dos hermanos llevaban levitas y botas. Pese a ser el protagonista de la boda, el mayor se sentía como si estuviera dentro de un sueño, observándolo todo desde fuera. Mientras Nurettin Efendi, el imán de la mezquita de Mehmet Pachá el Ciego, escribía sus nombres en el registro, el novio y la novia se contemplaron desde lejos.

Primero el mayor respondió a las preguntas del señor imán. Como dictaba la ley islámica, tuvo que declarar la cantidad de dinero con que contribuiría al matrimonio (aparte del acidaque y las propiedades). El imán también consignó lo que tendría que pagar a la mujer si se divorciaban. Pero el mayor estuviera como en una nube, mirando con admiración y deseo a la novia enfundada en su vestido rojo, como si no pudiera creer que la dolorosa soledad que lo había atormentado toda su vida estuviera llegando a su fin. Uno de los testigos era el amigo del mayor, Lami; el otro era el director del servicio de inteligencia, Mazhar Efendi, una imposición del gobernador pachá, que quería tenerlo todo bajo control. En el último momento, por razones desconocidas, el gobernador abandonó la sala para volver a su despacho, donde permaneció durante el resto del acto. A mitad de la ceremonia, se abrió una puertecilla situada en un extremo de la gran sala de reuniones, en la parte que daba al puerto, e hicieron su entrada el damat doctor y Pakize Sultan. Y aunque se quedaron a una distancia prudente de la multitud de familiares, amigos, vecinos y niños ataviados con sus ropajes y feces más elegantes, a los invitados les causó una gran impresión que la hija de un sultán asistiera a la boda. Por último, cuando el señor imán empezó a recitar una larga oración, todo el mundo comprendió que el matrimonio ya se había formalizado. El mayor le puso a su mujer el brazalete dorado que le había dado su madre.

Estrechó las manos a los testigos y a algunos de los invitados. Pero el miedo a la enfermedad era palpable en el ambiente, y nadie quiso abrazarse, ni tocarse demasiado. Todos querían regresar a casa lo antes posible.

Una vez concluida la ceremonia (que había sido breve, pues no se había prolongado con la típica letanía de besamanos, cortesías y saludos de rigor), los novios se dirigieron al hotel Splendid a bordo del landó del gobernador conducido por el cochero Zekeriya, sintiéndose de lo más felices. El gobernador, sin embargo, estaba mucho más inquieto, ya que temía un ataque orquestado por Ramiz en cualquier momento. La carta fechada el 14 de mayo de 1901 que Pakize Sultan le escribió a su hermana Hatice, una de sus misivas más personales y sinceras, concluye con los sentimientos que le evocó ver a la pareja feliz saliendo cogidos de la mano de la sede de la gobernación: «A pesar de la atmosfera lúgubre que dominaba la ciudad, los novios no podían esconder las sonrisas y las expresiones de absoluta felicidad que asomaban en sus rostros».

33

La inmensa dicha del mayor y de Zeynep le recordó a Pakize Sultan su propia boda y la de sus hermanas en Estambul, así como la retahíla de miraditas cínicas, insinuaciones y comentarios rencorosos que tuvieron que soportar.

«En vez de considerar la terrible injusticia que habíamos sufrido, recluidas en los harenes como si fuéramos pájaros enjaulados, la gente se burlaba y hasta se reía de nosotras porque no sabíamos nada del mundo —se lamentaba Pakize Sultan en una de sus cartas—. Pero todos esos que nos ridiculizaron e incluso difundieron historias inventadas y falsedades sobre nosotras… ¡quizá tuvieran razón!», proseguía. (Cuando trasladaron a sus hermanas desde el palacio de Çırağan al de Yıldız, separándolas de su padre para vivir junto a Abdülhamit, el tío que organizaría sus matrimonios, se quedaron horrorizadas al ver lo feos y desagradables que eran los cuartos traseros de los caballos que tiraban del carruaje que había ido a llevárselas).

«A todos aquellos que se mofaron de nosotras quisiera decirles lo siguiente —escribe Pakize Sultan en otra de sus misivas—. Cuando su padre murió, nuestro tatarabuelo Mehmet III (que vivió en los tiempos de Shakespeare), a fin de evitar una guerra de sucesión al trono, hizo ejecutar a todos sus hermanos, diecinueve desgraciados e inocentes príncipes, cinco de los cuales eran todavía niños; pero, tal como solía recordar nuestro querido padre, dejó indemnes a las princesas (porque probablemente también tendría un número similar de hermanas), y no solo eso, sino que además lo arregló todo para que las hijas del anterior sultán, Selim II, se casaran con asistentes palaciegos de baja categoría, dotándolas de ajuares francamente modestos. Nuestro padre hacía hincapié en el hecho de que en el *Sicilli-i Osmani* ni siquiera se mencionan

los nombres de esas mujeres, es decir, el hecho de que *incluso* las hijas de un sultán carecieran de la menor relevancia dentro de la dinastía otomana es algo que en ocasiones nos ha salvado la vida. Asimismo, la decisión de adjudicar estas chicas, las mujeres de la familia imperial, a maridos mediocres, como mínimo preservó su linaje, y probablemente pudieron llevar unas buenas vidas sin demasiados problemas. Además, si conseguían mantener unos matrimonios fuertes y estables, esas mujeres de la dinastía acompañaban a sus maridos en sus viajes a las provincias del Imperio, y así pudieron conocer la Madre Patria que antiguamente llamaban La Campiña. Por ese motivo, nuestro tío Abdülhamit siempre ha tratado a sus altezas las señoras Seniye y Feride Sultan no como las nietas de Mahmud II, sino como si fueran sus hijas, mostrándoles la mayor deferencia, invitándolas a las ceremonias y representaciones en el palacio de Yıldız, obsequiándoles mansiones a orillas del Bósforo en Arnavutköy, y considerándolas, pese a su edad, iguales a las otras hijas de sultanes. Dado que al final todas seremos las mujeres de algún visir o pachá, ¿qué más da que sepamos o no algo del mundo que hay fuera de palacio? Y me pregunto también: el hecho de que un príncipe que espera acceder al trono del gran Osman, y gobernar algún día un imperio cuyas tierras, islas y montañas son tan extensas que no caben en un mapa, no haya visto en toda su vida más que el puñado de palacios en los que vive encerrado rodeado de soldados y espías por la paranoia de Abdülhamit, hasta el punto de gritar horrorizado que hay un monstruo en el jardín al ver por vez primera una oveja desde la ventana del harén…, ¿no es eso una tragedia mucho mayor, dado que de esos hombres depende el futuro del Imperio otomano, que la situación en que nos encontramos las mujeres de la dinastía?».

Hatice y Fehime, las hermanas de Pakize Sultan, se trasladaron antes que ella al palacio de Yıldız. Su tío Abdülhamit se portó bien con sus dos sobrinas, y las invitó como si de sus propias hijas se tratase a las numerosas fiestas

y ceremonias (tanto si eran relevantes como si no) que se celebraban en aquella época en la corte otomana, no solo para que no se sintieran tristes y alicaídas, sino para que se las viera en público y llamaran la atención de posibles pretendientes, o de las madres y las tías de estos. Según le explicarían más tarde a Pakize Sultan, en los dos años en que vivieron en el palacio de Yıldız Hatice y Fehime disfrutaron mucho asistiendo a múltiples celebraciones y eventos y entablando amistad con otras mujeres de la familia imperial. Pero, por desgracia, no apareció ningún pretendiente interesado en casarse con estas dos fantásticas chicas. Lo cierto era que los posibles maridos y sus familias le tenían pánico a Abdülhamit. Dada la delicada y asfixiante situación que se vivía en la corte, resulta comprensible el hecho de que ningún hijo de pachá adinerado se ofreciera como pretendiente de las sobrinas de Abdülhamit (por muy hermosas y cultivadas que fueran), a cuyo padre tenía encerrado bajo estricta vigilancia en su palacio. Esa explicación no quita, sin embargo, que las dos chicas se llevaran un chasco tremendo.

La repulsión que sentían las tres hermanas por algunos de aquellos posibles pretendientes, aquellos príncipes e hijos de pachás, se debía naturalmente a lo zafios, groseros, superficiales y mujeriegos que eran muchos de ellos. Todo esto lo explicamos para señalar que, por desgracia, la predicción de la exquisitamente hermosa Hatice Sultan, de treinta años, quien pensaba que si se trasladaban al palacio de Yıldız quizá podrían encontrar un buen marido, nunca se cumplió. Pero como después de tanto tiempo nadie había pedido su mano en matrimonio, al final el Sultán tuvo que tomar cartas en el asunto y encargarse personalmente de buscarles los maridos más decentes que pudiera encontrar.

Fue así como Abdülhamit inició un proceso de selección entre los funcionarios del Mabeyn que más apreciaba, aquellos que consideraba más leales y brillantes. Más o menos por esa época le llegaron noticias de que había estallado un nuevo brote infeccioso en el sector del palacio de Çırağan donde

estaba encerrado su hermano mayor. Así pues, el sultán decidió enviar a un doctor experto en cuarentenas sobre el cual había escuchado grandes elogios para que examinara a fondo las condiciones sanitarias del edificio (una construcción de piedra que, después de la fundación de la República Turca, albergaría durante muchos años el Instituto para Señoritas de Beşiktaş). Sin embargo, varios historiadores afirman que en realidad Abdülhamit envió al doctor Nuri a aquel edificio —que por entonces formaba parte del complejo del palacio de Çırağan— para que pudiera ver a la tercera hija de Murat, Pakize Sultan, que había decidido quedarse al lado de su padre en vez de casarse. Hay quienes aseguran incluso que, en su afán por encontrar un buen marido para la menor de sus hijas, el propio Murat V había urdido aquel plan junto a su «hermanito» Abdülhamit, con quien se comunicaba a través de intermediarios secretos.

Hacía tiempo que el sexagenario Murat V había renunciado a los sueños que alimentara durante los años posteriores a su derrocamiento, cuando aún creía posible recuperar el trono, o bien mediante un golpe organizado, o bien huyendo de palacio y al final había aceptado su destino y se decía, lleno de resignación: «Qué se le va a hacer… ¡No he tenido suerte en esta vida!». Pasaba sus tardes leyendo libros, tocando y componiendo piezas para piano, y hablando con sus cuatro hijas (una moriría muy joven de tuberculosis) y, sobre todo, con su hijo (y mejor amigo), el príncipe Mehmet Selahattin, con quien se llevaba veinte años; y por las noches bebía alcohol en grandes cantidades. Padre e hijo eran muy aficionados a la bebida.

Cada mañana, el antiguo sultán tenía la costumbre de ir a «besarle la mano» a su madre, la señora Valide Şevkefza, en sus dependencias, cuya entrada estaba ubicada justo delante de la suya, en la primera planta del palacio. La madre era una circasiana ambiciosa que había sido incapaz de aceptar la abdicación forzosa de su hijo. Así pues, en su empeño por recuperar el trono, durante los primeros años había maquinado

todo tipo de planes (disfrazarlo de mujer para que pudiera escapar a Europa) y conspiraciones (una de las cuales consistía en utilizar los conductos de agua del palacio), así que madre e hijo se sentaban a solas en sus aposentos, hablando en privado de todos esos asuntos. Después de la muerte de la madre, algunas de sus dependencias fueron ocupadas por las favoritas del harén que se habían hartado de vivir como sardinas en las estancias de la planta baja y que padecían reumatismo porque sus habitaciones estaban demasiado cerca del mar.

En la planta baja del palacio convivían cuarenta y cinco concubinas —novicias, *kalfas* , veteranas— que prestaban sus servicios a Murat V y a su hijo el príncipe Mehmet Selahattin, de cuarenta años (y que tenía seis hijas y dos hijos). Cuando el grupo de rebeldes encabezado por el golpista Ali Suavi entró en el palacio para intentar liberar al antiguo sultán y reinstaurarlo en el trono, Abdülhamit envió a Mehmet Pachá para detenerlos y fue entonces cuando, por error, este irrumpió sin saberlo en los aposentos de las «chicas» y se encontró frente a frente con la belleza de las aproximadamente cuarenta mujeres, algunas maduras y otras jovencísimas, la mayoría semidesnudas o totalmente desnudas para combatir el calor estival, una visión que lo dejó tan estupefacto que tuvo que apoyarse en la espada para no caer al suelo de la impresión.

En los años cuarenta, el historiador popular Ziya Şakir dejó por escrito las memorias de una de las concubinas favoritas del palacio llamada Filiz, un relato oral que describe con extraordinaria franqueza su confinamiento durante veintiocho años junto a Murat V y cómo era la vida en el último de los harenes otomanos. En esta vibrante narración se habla de cómo, muchos años después de que ocurrieran los hechos arriba mencionados, las mujeres del harén todavía hacían pantomima entre risas de las pintas atónitas del Mehmet Pachá, congelado como una estatua.

Al doctor Nuri lo condujeron al piso de arriba después de atravesar, «sin encontrarse con nadie», las estancias de la planta baja normalmente llenas de jóvenes y mujeres. Mientras

se hallaba en un cuarto del primer piso con vistas al mar, examinando las extrañas erupciones cutáneas que les habían salido en la piel a una anciana criada y a una de las nietas de Murat V, Celile Sultan, de repente se abrió la puerta y el doctor se halló mirando fijamente a los ojos de Pakize Sultan. La anciana criada le dijo que su padre no estaba aquí, y Pakize Sultan cerró la puerta y se marchó. Pero la jovencísima hija del sultán y el doctor, al cruzarse las miradas de repente en el harén, se contemplaron entre ellos «largo y tendido», como suele suceder en las primeras novelas musulmanas. Dos días más tarde le preguntaron a Pakize Sultan si aceptaba casarse con aquel doctor tan apuesto, y cuando ella respondió que sí la trasladaron al palacio de Yıldız junto a su tío y sus hermanas.

Se ha hablado mucho del perfil insignificante y ordinario de los maridos que Abdülhamit adjudicó a las hijas de gran belleza y fuerte carácter de Murat V (no obstante, debemos señalar que este tipo de comentarios suelen dirigirse sobre todo a los maridos de las dos hermanas mayores). En las páginas de los periódicos y libros de historia publicados en épocas posteriores se ha dicho que esos hombres eran unos «viejos», meros escribanos (y, por tanto, no muy ricos), y poco agraciados. Incluso Halit Ziya, uno de los más grandes novelistas turcos (quien en fechas posteriores trabajaría como ayudante del jefe de secretaría del Mabeyn), recordaba en sus memorias *Cuarenta años* que ambos yernos se habían educado en Darüşşafaka, una escuela para niños pobres y huérfanos, con lo que incidía en sus raíces humildes. Lo peor de todo fue uno de los rumores que empezó a circular por todo Estambula: por lo visto, Hatice Sultan se negaba a que su marido feote se metiera en su cama. En la prensa turca de la época republicana han brotado muchas «citas» apócrifas atribuidas a las hermanas, del estilo «Nuestro tío encontró maridos apuestos y ricos para sus hijas feas, mientras que a nosotras…». Pero en las cartas que obran en nuestro poder no aparece ningún comentario denigrante que dé a entender que las hijas de Murat V pudieran referirse a Naime Sultan, la hija de su tío (es

decir, su prima), como «fea». ¡Y es que en el fondo las habían educado demasiado bien como para decir algo así!

Hemos hablado de todos estos asuntos para regresar a un tema que hasta ahora solo hemos mencionado de forma indirecta: según las malas lenguas, ¡Pakize Sultan no era nada «guapa» en comparación con sus hermanas Hatice y Fehime! O, por lo menos, no era tan «guapa». Esta percepción hizo que Pakize Sultan se mantuviera bastante al margen de las habladurías y los comentarios mordaces de los cotillas que renegaban de la cultura palaciega. Cuando Abdülhamit fue incapaz de encontrarle un novio del Mabeyn a su tercera sobrina, que ni siquiera era hermosa, las malas lenguas alegaron que Pakize Sultan, que no era tan deslumbrante ni ambiciosa como sus hermanas mayores, había tenido que conformarse con un médico de «categoría» muy inferior a la de los secretarios del Mabeyn, y de ese modo no tardaron en olvidarse de Pakize Sultan, lo cual en cierto modo la protegió de los pérfidos rumores que más daño hicieron durante los últimos días de la corte otomana.

El día de la boda de las tres hermanas, los carruajes llenos de pasajeros engalanados que salieron de Yıldız y otros palacios de Estambul, y de las fincas de los visires y pachás, transportando una retahíla de invitados elegantes y ostentosos, llegaron a las mansiones que el sultán había obsequiado a sus sobrinas a lo largo de la costa del Bósforo entre Ortaköy y Kuruçeşme. Antes, el sultán había aprovechado la ocasión para reunir a los príncipes, embajadores, los visires y pachás de Yıldız, en el Gran Pabellón del Mabeyn, donde les ofreció un ostentoso almuerzo diplomático. Abdülhamit, que detestaba incurrir en gastos innecesarios, tampoco invirtió demasiado dinero en las celebraciones nupciales de sus sobrinas, y, a diferencia de lo que había hecho dos años antes en la boda de su hija Naime Sultan, no se dignó sumarse a los yernos y dignatarios del Mabeyn para recibir a los invitados en lo alto de las escaleras.

El sultán, que el año anterior había celebrado por todo lo alto el vigésimo quinto aniversario de su coronación (en parte en un intento de emular el jubileo de los sesenta años de la reina Victoria), ya no tenía tantas ganas de montar ceremonias, recepciones y fiestas como en los primeros años, y ya no derrochaba tanto dinero ni dedicaba tanto tiempo a estos menesteres. Aunque a menudo se había comportado de forma generosa con sus sobrinas, tratándolas casi igual que a sus hijas, cuando llegó el momento de adjudicarles los carruajes de dos caballos se hizo de rogar. Ya fuera porque Abdülhamit se comportaba con avaricia o porque los secretarios intermedios del Mabeyn que hicieron de intermediarios querían fastidiar a los novios, al final las dos hermanas mayores no quedaran nada satisfechas con los carruajes privados que pusieron a su disposición, tal como puede intuirse en la correspondencia de Pakize Sultan. A la hermana menor, que era la menos exigente de las tres, y cuyas expectativas eran también las más humildes, no le quedó demasiado tiempo para evaluar la calidad del carruaje que les habían asignado a ella y su marido, ya que a los pocos días de casarse ya se había embarcado con rumbo a China.

Queremos subrayar las palabras acrimoniosas que Pakize Sultan dedica en sus cartas a cuatro de los príncipes que se dejaron ver entre la muchedumbre durante el día de la boda de las tres hermanas, tanto en el palacio de Yıldız como en las mansiones de Ortaköy. Al príncipe Mehmet Abdülkadir Efendi, uno de los hijos de Abdülhamit, que se presentaba con su inseparable violín, montando un jaleo que le restaba seriedad a cualquier reunión, lo tilda de «botarate»; otro de los príncipes, Abid Efendi, parecía estar todo el rato «pasmado». Otro de los hijos de Abdülhamit, Seyfettin Efendi, a quien el sultán había querido casar con la hija menor de Abdülaziz, Emine Sultan, era un «mujeriego», razón por la cual la joven lo rechazó. Por último, Pakize Sultan habla del «canijo» Burhanettin Efendi (quien a los siete años había compuesto la

Marcha naval que escucharon los viajeros del Aziziye al llegar a Minguer), añadiendo que era un «hijo de papá».

A partir de aquella séptima carta, Pakize Sultan empezó a leerle en voz alta a su esposo las misivas que le escribía a su hermana antes de meterlas en el sobre. De esta manera, no solo participaba en las pesquisas de su marido al estilo Sherlock Holmes, sino que también lo hacía partícipe indirectamente de cómo había sido su vida palaciega, el único mundo que había conocido hasta entonces.

34

El doctor Nuri escuchaba atentamente las descripciones que le hacía su esposa sobre las celebraciones a las que había asistido, las maquinaciones que había presenciado, y sus sentimientos de rabia y añoranza, pero el hombre no hacía ningún comentario, y en su lugar optaba por referirle sus propias historias singulares y escalofriantes de cuarentena, así como sus experiencias diarias con los pacientes en los hospitales.

Por aquellos días no solo se afanaba de un lado para otro para visitar a los enfermos en sus hogares y en los hospitales, sino que también acudía a los lugares donde había problemas para implantar las medidas de cuarentena, a fin de intentar averiguar el motivo y tratar de remediarlo. No resultaba fácil dar con una solución razonable y moderada que pudiera ser válida en todas aquellas situaciones en que la gente se rebelaba con un gran griterío y entablaban disputas cuando les estaban vaciando las casas. Algunos solo querían pasar sus últimos días junto a sus familias, o se atrincheraban en sus domicilios tapiando las puertas; otros enloquecían por completo después de haber perdido a su mujer y sus hijos en solo tres días, o fingían haber perdido el juicio y respondían agresivamente cuando los guardias y los soldados de cuarentena acudían para llevárselos al castillo y encerrarlos en el área de aislamiento. Cuanto peor iba la epidemia —a esas alturas, ya morían más de quince personas al día—, más extremos eran los comportamientos que adoptaba la gente: o bien renunciaban a la vida exterior y se convertían en ermitaños, o bien se dejaban arrastrar por una furia ciega e incluso recurrían a la violencia física. Todos los rumores y mentiras que circulaban por la isla, junto con los interminables cortejos fúnebres, consumieron poco a poco la escasa sensatez y el aplomo que aún le quedaba

a la gente. En los últimos tres días había aumentado el número de ciudadanos que denunciaban a otras familias por ocultar a sus muertos, ya que recibían cinco monedas de oro a cambio del chivatazo. Al final, tres de cada cinco casos denunciados no tenían nada que ver con la peste. Aun así, la reacción generalizada entre los musulmanes atemorizados consistía en acusarse unos a otros en vez de adoptar las medidas necesarias para protegerse.

A esas alturas, podría decirse que solo había una cosa en la que coincidía la gran mayoría de los habitantes de la ciudad: tanto si creían que la enfermedad se transmitía por las ratas o por el contacto con otras personas, solo salían a las calles si era estrictamente necesario. El puerto y los barrios del este de la ciudad estaban prácticamente desiertos, porque una parte importante de la población rum ya se había marchado. Muchos vecinos se habían refugiado en sus casas y patios después de aprovisionarse de todas las vituallas posibles —jarras de aceite de oliva, sacos, cestas y barriles llenos de productos como harina, uvas secas, galletas saladas o *pekmez* —, y habían instalado varios cerrojos en las puertas, fortificándose como si se prepararan para la llegada de un ejército enemigo y limitándose a esperar el fin de la epidemia. ¡Pero las ratas y las pulgas que llevaban consigo aún podían infiltrarse fácilmente en las casas colándose por debajo de muros!

El vacío de las calles era inquietante y espectral, pero aún más estremecedor resultaba atisbar por encima de un muro y ver a un grupo de gente congregada en un patio. Porque eso significaba que en aquella casa había muerto alguien, y que tras la puerta había otro cadáver. Los funcionarios de cuarentena podrían llegar en cualquier momento para evacuar la vivienda, y los familiares de la casa no tardarían en discutir e incluso pelearse por si habría que notificarlo ya a las autoridades o esperar un poco más. Algunos quedarían muy tocados y se imaginarían todo tipo de cosas, ya fueran verdaderas o falsas, con tal de intentar preservar las vidas, sugiriendo y presentando propuestas sobre cómo actuar; otros

harían lo contrario: apartarse de los demás y sumirse en una resignación absoluta.

Tarde o temprano, la mayoría de los que se parapetaban dentro de sus casas se hartaban de la situación, perdían la paciencia e, incapaces de contener la curiosidad, asomaban la cabeza por las rejas del mirador y echaban una ojeada al exterior, intentando conversar con todo el que pasara por la calle. Otros, en especial los cristianos, abrían las ventanas de par en par y se pasaban el día entero contemplando lo que sucedía delante de sus casas. Cuando el mayor Kâmil no hacía la ronda con los soldados de cuarentena, escoltaba al damat doctor en sus visitas a los enfermos —siguiendo las instrucciones de Pakize Sultan—, y ambos hombres trabaron amistad. Algunos de los vecinos que observaban la calle desde la ventana se quedaban impresionados al ver el uniforme militar del mayor, y sentían que podían confiar en él. Una mañana en que el mayor y el damat doctor caminaban por las calles fragantes y empinadas del barrio de Eyoklima, un viejo los llamó desde una casa con postigos en las ventanas.

—Señor soldado —el anciano era rum y no identificó su rango militar—, ¿sabe si ha llegado al puerto el barco de Maritimes?

Por su parte, el doctor Nuri presenciaba cosas que nunca había visto y ni siquiera oído en ninguna epidemia de cólera. Había grupos de bandidos que se metían en las casas donde vivían ancianos solos, y las saqueaban. A veces entraban en una vivienda creyendo que estaba vacía y se topaban con el cadáver de alguien que había muerto de peste y, mientras trataban de esconder al difunto para evitar que se presentaran los funcionarios de cuarentena, contraían la enfermedad y terminaban en el hospital, donde se lo confesaban todo al doctor Nuri. Algunos de aquellos delincuentes no se conformaban con el mero pillaje y se instalaban en las casas donde habían entrado, aprovechándose de la atmósfera de anarquía y confusión que se vivía en toda la ciudad. Eso sucedía sobre todo en los barrios rums más apartados, como

Dantela y Kofunya, por donde no solían patrullar las fuerzas conjuntas de la policía y la División de Cuarentena.

El doctor Nuri, con la ayuda de un joven médico rum, se pasó cerca de dos horas atendiendo a los enfermos del hospital Theodoropoulos. Les administraba pastillas para calmarles el dolor y reforzar las defensas de sus cuerpos, les vendaba las heridas, intentaba aliviarles sajando los bubones. Reiteraba con paciencia los mismos consejos una y otra vez, y ordenaba que las ventanas permanecieran siempre abiertas para ventilar los espacios interiores.

Al regresar a la sede de la gobernación y entrar en las dependencias de invitados, vio que su mujer estaba redactando una carta. Sobre la mesa también había una nota informando de que había llegado a su nombre un mensaje encriptado procedente de Estambul: un «decreto imperial».

Esto inquietó visiblemente al doctor Nuri, y a su perspicaz mujer, al detectar la curiosidad que el telegrama había suscitado en él incluso mientras la abrazaba le resultó inevitable morderse la lengua.

—¡Venga, corra a ver qué es! —le dijo con una miradita cargada de reproche. (Porque un «decreto imperial» era una orden enviada probablemente por el mismísimo sultán, es decir, por Abdülhamit)—. Me entristece comprobar que su lealtad hacia el sultán es mucho más fuerte que el vínculo que tiene conmigo.

—Son lealtades completamente diferentes. Una es un vínculo que nace del corazón —dijo el doctor Nuri con una inocencia que incluso a él le pareció excesiva en el momento —, la otra es algo que se lleva en la sangre.

—Supongo que yo soy quien está atada a usted de corazón. Pero el lazo que tiene con Abdülhamit, ¿por qué es de sangre? El sultán es mi tío, no el suyo.

—Mi lazo no es solo con su tío, nuestro sultán, Su Majestad el Ilustrísimo soberano Abdülhamit. Se extiende

también a todas las supremas instituciones que su insigne figura representa: el Estado, el Imperio otomano, la Sublime Puerta y la nación entera, y también la Dirección de Cuarentenas.

—Me asombra que realmente crea que hay una Sublime Puerta, un Estado y una nación por encima de Abdülhamit… —dijo Pakize—. Los pachás y secretarios que conforman eso que usted llama «Estado» hacen únicamente lo que quiere mi tío, y la justicia se reduce a que todo el mundo haga lo que él desea. Si existiera una justicia de verdad, ¿cree que permitiría que mi padre, mi hermano, mis hermanas y yo estuviéramos enjaulados como pájaros en el palacio de Çırağan durante veinticuatro años? Si realmente existiera una «nación» que controla silenciosamente al Estado, a la justicia, todo lo que hacen y dicen los pachás, ¿cree que habría sido tan fácil derrocar a mi padre alegando que estaba loco? Es más, cuando dice «nación», ¿a quién se está refiriendo?

—¿Esa pregunta va en serio?

—Sí, lo estoy preguntando en serio, respóndame.

—Pues a esa gente que sus primos y los demás príncipes bobos de los que tanto me ha hablado ven desde las ventanas de sus palacios, todas esas multitudes que caminan desde Kabataş hasta Beşiktaş… Esa es la nación.

—Claro, claro. Vaya a leer su telegrama cuanto antes —dijo Pakize Sultan, claramente mosqueada.

En su cara asomó una expresión extraña que su marido no le había visto antes. Estaba intentando hacerse la condescendiente.

El doctor damat no supo muy bien cómo responder a este vacile.

—Sin que sepamos con exactitud cómo se ha propagado la epidemia, su virulencia, y por dónde está circulando más, usted todavía tiene prohibido salir a la calle —declaró

atropelladamente, como si se sintiera obligado a decir algo tajante.

—¡Estamos acostumbradas a que se nos prohíba salir a la calle! —repuso Pakize Sultan con orgullo.

El doctor Nuri se retiró a un rincón de la estancia contigua con el libro de claves para desencriptar el contenido del telegrama privado. No tardó demasiado en descifrarlo: desde Estambul se limitaban a comunicarle «Hemos recibido su mensaje», en respuesta al telegrama que les había mandado solicitando que enviaran cuanto antes el barco con ayuda y suministros.

35

El jueves 16 de mayo, diez días después de que zarpara a medianoche el último barco de la isla, murieron diecinueve personas. A la mañana siguiente, mientras marcaban esos muertos en el mapa epidemiológico, el gobernador y el mayor llegaron a la conclusión de que los esfuerzos de cuarentena «no estaban dando los resultados deseados», algo que plantearon en la reunión matinal con los doctores.

El doctor Nuri, por su lado, no era tan pesimista. Era perfectamente posible que, en los siguientes días, las medidas que habían adoptado empezaran a contener la epidemia. Todo era cuestión de paciencia y mesura. En vez de caer en la desesperación y tomar decisiones equivocadas, lo que debían hacer era analizar detenidamente los acontecimientos y reflexionar sobre las posibles causas de la oposición que se estaban encontrando.

Escoltados por la nueva división de soldados de cuarentena, los médicos entraban en las casas musulmanas donde acababa de fallecer alguien, confiscaban las posesiones del difunto y se aseguraban de que el cadáver fuera enterrado con cal viva en el Nuevo Cementerio. En opinión del damat doctor, el buen funcionamiento de este sistema demostraba la eficacia de la cuarentena. Pero, como no paraban de recordarles los representantes de los barrios, a veces la gente no se tomaba en serio medidas tan básicas como los acordonamientos. En los barrios de Çite y Turunçular, las restricciones habían provocado una especie de desprecio e indiferencia que en ocasiones desembocaba en ira. Una manifestación muy clara de esto fueron las palabras de un niño de diez años llamado Tahsin, que comentó que la peste no podría hacerle nada a su padre ni a su familia porque tenían «esto», y le enseñó muy ufano al doctor Nikos una hojita con

una pequeña oración escrita en letras diminutas que había sido soplado y bendecido. Este le confiscó de inmediato aquel papel grueso y amarillento, y al ver que el niño rompía a llorar tuvo que llamar a varios doctores y funcionarios de cuarentena para que acudieran allí.

El llamado Incidente Tahsin fue considerado tanto por el gobernador como por varios delegados del Comité de Cuarentena como una respuesta fácil (tradición, religión, jeques y gente ignorante) a la pregunta de por qué las medidas que habían dado tan buenos resultados en Esmirna no parecían funcionar en la isla de Minguer. El «panislamismo» de Abdülhamit, el temor que alimentaban las revueltas musulmanas en Asia y África contra el dominio colonial europeo, y otros prejuicios históricos similares también coadyuvaron para que llegaran a esa conclusión tan simplista. Pero no solo los cónsules y los doctores rums pensaban así: tanto Pakize Sultan, que había recibido una educación más «racional» y occidental que ellos en el harén, como el damat doctor, que había asistido a clases de medicina impartidas por profesores europeos, y el gobernador pachá compartían, hasta cierto punto, la misma hipótesis.

El gobernador ordenó que examinaran el papel de oración confiscado por el director de cuarentenas y se determinó que había sido repartido por el jeque de los Rifai, un tekke del barrio de Vavla. Pero, en el fondo, ¿qué daño podían hacer a los esfuerzos de la cuarentena esos papeluchos religiosos, cuyo propósito era reconfortar a la gente?

Cuando estaba luchando contra el cólera en el Hiyaz, el doctor damat había discutido mucho esta cuestión con los médicos británicos y los jeques árabes: evidentemente, esos papeles y amuletos bendecidos no poseían ningún «valor científico», aunque ejercían un efecto simbólico sobre la gente, y gracias a ellos muchos creyentes no caían en el abatimiento absoluto e incluso les daban fuerzas para seguir adelante. Oponerse categóricamente a esos papeles de oración alejaría aún más a los médicos de la gente corriente y

reforzaría la hostilidad y el rechazo de la población musulmana hacia las medidas impuestas. Por otra parte, cuanto más creyeran los tenderos y vecinos en la eficacia de esos papeles, más se refugiarían en la idea de que «a nosotros no nos pasará nada», y poco a poco cada vez más musulmanes empezarían a pensar que su afinidad a un determinado tekke o jeque los hacía inmunes y les confería un poder superior que transcendía las leyes de la medicina.

—¡A mí no me costaría nada darle un buen susto a ese jeque embaucador de los Rifai encerrándolo en el calabozo y rociando a conciencia con lisol su tekke, su casa y a todos sus muertos…! Pero eso podría acarrear consecuencias —había comentado el gobernador en una ocasión. El damat doctor le recordó que eso mismo había dicho con respecto al jeque Hamdullah—. Sus acólitos nos denunciarían de inmediato a Su Majestad al declarar que estamos maltratando los tekkes. Y en cuestión de horas llegaría un mensaje cifrado de Estambul ordenándonos que pusiéramos al jeque en libertad.

Al día siguiente, el damat doctor visitó a la familia de Tahsin para devolverles el papel con la oración para protegerse del *jinn* de la peste que había bendecido el jeque de los Rifai, y que el director de cuarentenas, el doctor Nikos, había arrebatado de las manos del niño. Fue recibido cordialmente en aquella casa del barrio de Turunçlar, donde no detectó ningún indicio de la enfermedad. Allí dentro había una extraña luz blanca, un ambiente de paz y sumisión a la divina providencia. El padre del niño regentaba un puestecillo de nueces, ciruelas y membrillo en una de las cuestas que bajaban al puerto. El damat doctor constató que Tahsin sabía que él era el yerno de Murat V: es decir, estaba casado con la hija de un sultán, que a ojos del crío era como una princesa de cuento de hadas.

Durante ese periodo, tanto el Comité de Cuarentena como el equipo epidemiológico de la gobernación perdieron varios días sopesando una audaz teoría sobre la epidemia que había planteado el doctor Nikos. Una mañana, mientras estudiaba el

mapa colgado en el cuarto de epidemiología, el doctor llegó a una conclusión: tanto las ratas que habían traído la epidemia de Alejandría como las ratas locales a las que aquellas habían infectado se concentraban solo en la parte occidental de la ciudad.

—¡Pero en los barrios cristianos también hay muchos puntos verdes! —dijo el gobernador pachá.

—La mayoría de sus habitantes contraen la enfermedad cuando bajan al puerto, pero como luego mueren en sus casas, asumimos equivocadamente que esos barrios también están infectados.

—Yo he visto con mis propios ojos ratas muertas en el jardín boscoso de la gran mansión de los Karkavitsas de Tesalónica, en el barrio de Petalis.

Las discusiones entre el gobernador pachá y el doctor Nikos sobre este tema se prolongaron hasta un punto que abrumaría a nuestros lectores. El doctor Nuri comprendía el origen de la atrevida hipótesis del doctor Nikos y, aunque no la consideraba probable, tampoco hizo ninguna objeción. Pese a que el gobernador no dejaba de insistir en que seguían apareciendo ratas muertas en los barrios cristianos de la ciudad, y que los niños rums pobres continuaban entregando a diario carroña fresca de rata al municipio a cambio de dinero, nada de eso abatió la sensación que tenía el doctor Nikos (quien, recordemos, sabía más de cólera que de peste) de haber hecho una especie de «descubrimiento». Con tal de zanjar el asunto y determinar hasta qué punto se había propagado la peste por los barrios cristianos situados al otro lado del riachuelo de Arkaz, se encargó a un funcionario y dos jóvenes doctores rums llamados Filipu y Stefanu investigar el asunto, pero pasados tres días habían sido incapaces de llegar a ninguna conclusión definitiva.

En el transcurso de sus pesquisas también descubrieron que lo que hacían algunos niños rums pobres era ir a los barrios musulmanes para recoger ratas muertas y así ganarse un

dinerillo. En concreto, había tres chavales rums que después de que murieran sus padres se habían fugado de sus casas y habían formado la primera pandilla de niños huérfanos. También llegaron a oídos del gobernador informaciones relativas a cómo en el barrio de Hora los niños musulmanes se peleaban con los cristianos para hacerse con carroña de rata. El patriarca de la iglesia de Hagia Triada incluso había sopesado la idea de reabrir las dos escuelas vinculadas a la iglesia y reanudar las clases, a fin de mantener alejados a los niños rums de aquella violencia callejera, y también de los microbios.

Si explicamos estos planes que nunca prosperaron (uno de cada tres maestros de las escuelas había escapado de la isla) y otras propuestas innovadoras para intentar mejorar la situación no es solo porque queramos describir el sentimiento general de impotencia que se vivía en la provincia, sino también para ilustrar específicamente el estado anímico de esos personajes más distinguidos y eruditos de Arkaz veinte días después del anuncio de la cuarentena. En aquellos tiempos, cuando todo el mundo creía que los hallazgos científicos cambiaban radicalmente el curso de la historia de la humanidad y robustecían las ganancias coloniales de los europeos, las clases altas que habían recibido una buena educación sentían que lo que se esperaba de ellos era que encontraran soluciones realizando algún tipo de invención brillante, como habían hecho Samuel Morse, el padre del telégrafo, o Edison, inventor de la bombilla eléctrica, ¡o incluso Sherlock Holmes, que resolvía crímenes con la visión de un investigador! Algunos de los patriarcas minguerenses más soñadores se dejaban llevar por ese entusiasmo y dedicaron largas horas y muchos esfuerzos a descubrir alguna invención contra la peste que pudiera proteger a sus familias y comunidades, experimentando con sustancias como vapor de vinagre, incienso, salfumán adquirido de la farmacia de Nikiforo y polvos diversos procedentes de herboristerías.

La primera vacuna contra la peste totalmente efectiva y segura tardó cuarenta años en descubrirse. Como mucho, lo que habían hecho los doctores de principios de siglo en los hospitales de Bombay y Hong Kong era administrar a los enfermos el microbio de la peste a través de sueros; pero aquel enfoque empírico fruto de la desesperación fracasó en su intento de obtener buenos resultados. Y el hecho de que los esfuerzos azarosos de los minguerenses tampoco sirvieran de nada acabó desmoralizando tanto a las autoridades provinciales como a la población, envenenando la determinación y el optimismo necesarios para implantar con éxito las medidas de cuarentena.

La hipótesis epidemiológica del doctor Nikos no llevó a ninguna parte, algo que también aguó las esperanzas de poder encontrar algún día a los verdaderos asesinos de Bonkowski Pachá y su ayudante recurriendo a la moderna metodología de investigación occidental. «¡Las técnicas europeas no siempre arraigan entre los otomanos!», dijo el gobernador pachá en una ocasión en que estaban discutiendo por otro tema. El doctor Nuri notó que implícitamente se refería a él. A esas alturas había aceptado que resolver el crimen utilizando los métodos de Sherlock Holmes no sería fácil; no obstante, siguió visitando las herboristerías de vez en cuando para charlar con los tenderos y tratar de encontrar alguna pista.

Dos días después, el gobernador recibió un telegrama de su mujer. Esma Hanım le escribía para decirle que, alarmada por las noticias sobre la epidemia en la isla, había decidido subir a bordo del primer barco de ayuda que partiera de Estambul a Arkaz. A partir de los telegramas que llegaban, el gobernador sabía que se había empezado a preparar un barco con suministros de refuerzo, pero apenas había dado importancia a esa información porque suponía que esos planes iban a correr la misma suerte que tantas otras iniciativas parecidas que de repente se quedaban a medias y no llegaban a nada. La mera imagen de su mujer (que durante sus cinco años de gobernación nunca había pisado la isla) bajando del barco de

ayuda acompañada de su hermano bastaba para agobiar al pachá. Francamente, lo primero que se le pasó por la cabeza fue que, en esos cinco años de separación, él se había convertido en una persona distinta. Y, la verdad, no quería volver a ser como antes. Incluso si se produjera un cambio de gobierno en Estambul —por ejemplo, si Kâmil Pachá el Chipriota fuera nombrado de nuevo gran visir— y volvieran a ofrecerle un cargo de ministro, era posible que rechazara el ofrecimiento y prefiriera quedarse en Minguer.

Otro factor que minaba la moral del gobernador pachá era la nueva desavenencia que había surgido con Estambul. Después de que se iniciara la cuarentena, se había prohibido que los barcos zarparan de la isla sin someterlos antes a un aislamiento de varios días. (El pachá había conseguido poner en práctica esa regla de forma satisfactoria). Pero cuando iba a visitar por las noches a su amante Marika, miraba hacia la pequeña bahía que quedaba cerca de donde lo dejaba el carruaje, y hacia las calas y playas de un poco más allá, y veía a los barqueros que recogían pasajeros y equipajes en sus botes para llevarlos a escondidas a barcos que esperaban lejos de la costa. Es decir, todas las noches se infringía la cuarentena al amparo de la oscuridad. Por lo visto, todas las compañías navieras llevaban a cabo esa práctica desde el primer día.

Guiados por razones políticas, en los días siguientes los barcos de Pantaleon y otras empresas pequeñas como Fraissinet continuaron aceptando pasajeros, aunque no hubieran hecho la cuarentena. En los días de mala mar, los barqueros rums las pasaban canutas para llegar hasta los barcos que esperaban en la oscuridad de las aguas relativamente alejadas de la isla. Tiempo después, el gobernador se enteraría por sus espías de que el capataz Kozma y sus hombres, y también el capataz Zakaryadis, un protegido del cónsul italiano, se estaban forrando con esas actividades. Pero el capataz Seyit, que estaba bajo la

protección del gobernador, no estaba implicado en ese contrabando de personas.

Dado que había descubierto tan tarde esas operaciones ilegales, al gobernador le preocupaba, y con razón, que la Sublime Puerta y el sultán lo consideraran responsable hasta cierto punto, un cómplice pasivo o directo de los criminales. Es decir, que pensaran que había hecho la vista gorda a propósito, o que su negligencia se percibiera como una muestra de incompetencia. Por un momento fantaseó con la idea de enviar un telegrama a Estambul pidiendo que el acorazado Mahmudiye llegara para bombardear todas aquellas barcas que traficaban con personas. Después de todo, las barcas que ahora sacaban furtivamente a la gente de la isla eran las mismas que solo un par de meses atrás habían llevado a las calas del norte a los guerrilleros separatistas griegos. Incluso barajó la posibilidad de detener y encerrar a los representantes y administradores de las agencias de viajes, ya fueran grandes o pequeñas, acusándolos de llevar a cabo operaciones que violaban la ley de desplazamientos y las normas de cuarentena. Pero esa también sería una reacción desmesurada. El gobernador dedicaba mucho tiempo a sopesar ese tipo de asuntos, pero al final era incapaz de tomar ninguna decisión.

En cualquier caso, cuando llegaban a sus destinos en otras islas, ciudades o países como Creta, Tesalónica, Esmirna, Marsella o Ragusa, a todos los barcos que llevaran a bordo pasajeros de Minguer los sometían a unos días de cuarentena en instalaciones provisionales ubicadas en calas apartadas, parecidas a la del Incidente del Barco de los Peregrinos que hemos explicado anteriormente. El fracaso de la gobernación de Minguer a la hora de implantar la cuarentena a todas aquellas embarcaciones avergonzaba no solo a los burócratas y diplomáticos otomanos, sino también al propio sultán, ante los ojos de todas las naciones del mundo.

El gobernador pachá se sentía a veces zarandeado por la fuerza imparable de la peste como si fuera una gran ola

metafísica, pero aun así era capaz de reunir el aplomo necesario y una fe en la voluntad de Dios para recomponerse y mantenerse en pie, alabando sus propios esfuerzos y los del damat doctor y los demás doctores de cuarentenas por su valor y perseverancia frente a la adversidad. Pero en ocasiones también se sentía muy desmoralizado por las banales riñas que instigaban los cónsules —tramas políticas y diplomáticas que no servían de nada para frenar la epidemia—, así como por las noticias y editoriales superfluos y redundantes que se publicaban en los periódicos y que ya no leía nadie. Gastaba demasiado tiempo y energía intentando resolver las paradojas que se le habían pasado por alto y lidiando con los comportamientos de los cónsules, que siempre jugaban a dos bandas.

Un ejemplo clarísimo de esto era Andon Hampuri, el representante de Messageries Maritimes: por un lado, exigía más concesiones y facilidades para su compañía, quejándose de que por culpa de la cuarentena estaban perdiendo un dineral que podrían estar ganando dando pasaje a la gente que quería huir de la isla; por otro, cuando aparecía en público, expresaba ideas completamente distintas, haciendo declaraciones como «¡El deseo del gobierno francés es que nadie salga de la isla sin pasar por los días de aislamiento que estipula la cuarentena!». Consciente de que estas dos posiciones eran incongruentes, las alternaba dependiendo de la situación, y a veces sonreía medio avergonzado al gobernador por su patente insinceridad. El mismo Sami Pachá solía comportarse de forma hipócrita con bastante frecuencia, algo que, en su opinión, estaba inevitablemente ligado a cualquier actividad política. A veces manifestaba en público su entusiasmo por las reformas occidentalizadoras proclamando que «¡Todos los ciudadanos otomanos son iguales, ya no hay *gavurs* a ojos de la ley!», a la vez que favorecía a los musulmanes siempre que podía, al creer sinceramente que ese trato de favor era necesario y que se sentiría culpable si no los protegía.

Aun así, el gobernador pachá no tragaba a esos cónsules de poca monta que tiraban la piedra y escondían la mano. Sí, el representante de Messageries Maritimes y sus dos secretarios eran intocables, ya que sobre el papel constaban como empleados del consulado francés. Pero una mañana el gobernador decidió hacer una redada en la agencia de viajes, metió en el calabozo a los otros trabajadores y ordenó que clausuraran el local y el quiosco de atención al cliente que tenían fuera. La oficina estaba llena de resguardos cortados de multitud de billetes que indicaban una sobreventa ilegal y otras pruebas incriminatorias de naturaleza similar. Cuando engrilletó en la mazmorra a Lazar Efendi, el capataz de los barqueros rums que estaban implicados en el tráfico de personas, el pachá rememoró sus primeros años como gobernador en la isla, cuando su instinto lo había llevado a proteger a los barqueros musulmanes. Si es que en el Imperio otomano no se podía solucionar nada sin meter a alguien en prisión…

Pero al día siguiente, a raíz de las presiones del marqués de Moustier, el embajador francés en Estambul, y tras recibir varios telegramas del Mabeyn y la Sublime Puerta, el gobernador se vio obligado a sacar de la mazmorra a los trabajadores de la agencia. Cuando unos días después uno de los oficinistas murió tras haber contraído la peste en la prisión, el gobernador pachá reiteró unas palabras que esos últimos días se habían convertido prácticamente en su lema: si no fuera por todos esos telegramas que le enviaban, él podría haber frenado la epidemia de peste y anarquía en la isla en un par de semanas.

Para más inri, en un telegrama cuyo tono parecía indicar un gran conocimiento de los últimos avances bacteriológicos y médicos en China y la India, el Mabeyn envió un telegrama al doctor de cuarentenas Nikos Bey recordándole que la peste no se transmitía por el intercambio físico de amuletos y papeles, y le ordenaba que evitara cualquier tipo de acción que pudiera instigar revueltas e incitara a la gente a posicionarse en contra

de la cuarentena. Que ese telegrama viniera del Mabeyn, y no del Ministerio de Sanidad, hizo pensar al gobernador que el mensaje era del mismísimo Abdülhamit y que *en realidad* iba dirigido a él.

Los constantes obstáculos que suponían esos telegramas enviados desde Estambul provocaron una sensación de fatiga y resignación en el gobernador, que pronto empezó a considerar inútil todo intento de hacer cumplir las medidas de cuarentena de una manera justa. Por esa razón, el toque de queda nocturno dictado por Estambul para impedir el tráfico de personas que huían de la isla nunca llegó a implantarse por completo. Es cierto que en algunas zonas de la ciudad nadie salía a la calle por la noche porque realmente estaba prohibido caminar por las noches con antorchas y farolas. Sin embargo, pronto quedó patente que los ladrones se aprovecharon de esa restricción, ya que les resultaba más fácil transportar furtivamente los objetos y muebles de las casas que saqueaban. Pero la circulación descontrolada de todas esas mesas, colchones y artículos domésticos, ¿no serviría para propagar incluso más la enfermedad?

«¡Al gobernador le iba muy bien que los rums hicieran las maletas y se marcharan de la isla a bordo de barcas clandestinas para escapar de la epidemia!», afirman algunos historiadores griegos. Porque de esa manera la población ortodoxa más difícil de gobernar, las familias rums más ricas y poderosas, disminuirían en número y los musulmanes pasarían a ser mayoría en la isla. Pero también había cronistas musulmanes que auguraban lo contrario: después de que la población musulmana que se había quedado en la isla menguara a causa de la peste, los rums que habían huido regresarían triunfalmente, la comunidad cristiana reafirmaría su posición mayoritaria en la isla, y les resultaría más fácil exigir primero la independencia y luego pasar a formar parte de Grecia. Tampoco les faltaba razón a otros que decían que los rums ya eran mayoría en la isla, por lo que no necesitaban recurrir a ese tipo de conspiraciones.

Si recapitulamos sobre todas estas cuestiones, debemos prestar especial atención a sentimiento soterrado que es importante comprender bien porque es una de las claves de nuestra historia, y que ahora estamos intentando ilustrar de manera novelada: el desengaño que el gobernador Sami Pachá experimentó con respecto a Abdülhamit. Al gobernador le costaba aceptar que el sultán estuviera más preocupado por impedir que la enfermedad llegara a Estambul y Europa que por salvar las vidas de los minguerenses. Esta emoción puede ser interpretada en un contexto tradicional universo simbólico otomano como la manifestación de una forma arquetípica de desencanto experimentada por un sujeto que ha sido abandonado por la figura paterna y que no se siente lo suficientemente querido por aquellos que ocupan puestos de autoridad. Era habitual que los musulmanes de Minguer pensaran, de vez en cuando, que Estambul no los apreciaba lo suficiente. Un claro contraste respecto a los tiempos del sultán Abdülmecit, quien, llevando a cabo una maniobra diplomática para plantar cara a Europa, había convertido en provincia esta pequeña isla de una única jurisdicción, algo que ponía de manifiesto el interés y el afecto que otrora habían mostrado los otomanos por la isla.

36

Por lo general, el mayor estaba muy ocupado instruyendo a los soldados de cuarentena, dirigiendo sus movimientos por los barrios donde iban a controlar casas infectadas y problemáticas, o siguiendo al doctor Nuri en sus visitas a pacientes o en sus paseos por la ciudad, así que durante el día apenas tenía tiempo de ir por el hotel. Cuando finalmente podía pasar un rato con Zeynep en sus lujosas dependencias, los recién casados reían, hacían el amor y apenas salían de la habitación. Después de hacer el amor se quedaban dormidos abrazándose. Ninguno de los dos había experimentado antes la sensación de paz que emanaba de esos momentos. El mayor escuchaba la respiración de Zeynep, y le maravillaba que pudiera quedarse dormida entre sus brazos tan fácilmente, lo tranquila y segura que debía de sentirse. Ambos estaban aún un tanto cohibidos, y mantenían cerrados los postigos de estilo italiano de las dos altas ventanas que había en la habitación.

Era la primera vez en su vida que Zeynep se entregaba plenamente a un amante, y solo tres días después de la boda ya confiaba en el mayor Kâmil como si lo conociera desde la infancia. Pronto empezó a hablarle igual que a sus hermanos, muy deprisa y gritando de vez en cuando. Hasta el momento, el único rasgo de Zeynep que no le gustaba al mayor era su tendencia a alzar tanto la voz. A la joven le encantaba hablar en voz muy alta sobre su futuro en Estambul.

Por las tardes, cuando la luz se filtraba entre los postigos dibujando en el suelo una sombra en forma de reja, el mayor abrazaba a su mujer pensando que nunca en la vida olvidaría esa imagen, la representación de la felicidad que experimentaba en ese momento. Sentía que serían felices juntos durante cincuenta años. A veces permanecían tumbados en la cama uno al lado del otro sin hablar. El mayor la

abrazaba y acunaba su pecho en forma de pera. A veces Zeynep ponía la mano de él en su palma y yacían inmóviles. Desde la cama podían oír el ligero alboroto que llegaba del puerto, de la avenida Estambul y de las callejuelas aledañas que se colaban entre los postigos. La ciudad estaba más silenciosa de lo habitual: aparte del bullicio lejano de los muelles y de los pocos carros que iban y venían, no se oía ningún otro ruido. Con la ciudad entera sumida en el silencio profundo de la peste, podían escuchar con claridad los gorriones parlanchines que revoloteaban entre los pinos del jardín trasero del hotel.

Aquella era una felicidad que el mayor Kâmil apenas podía creerse del todo. Asimismo era una felicidad que les recordaba a ambos que era importante que se tomaran en serio sus miedos y valoraran sus vidas. Del mismo modo que sentían que su alegría era mayor que la del resto de la gente, también comprendían que sus temores eran más intensos que los de los demás.

A pesar de ese miedo siempre presente, su felicidad conyugal los empujaba a comportarse a veces de maneras «imprudentes». El ajuar nupcial que la madre de Zeynep había reunido a lo largo de los años, y los obsequios que la familia del mayor había ofrecido a la novia, se habían quedado en la casa familiar de Zeynep. A ella le gustaba ir allí para contemplar los regalos de boda y el ajuar, la mantelería bordada a mano, el juego de café de porcelana importado de Italia, los azucareros de plata (ya un poco ennegrecida) y las diversas lámparas. Un día, el mayor la acompañó a casa de su suegra. En el camino de vuelta se toparon con uno de aquellos lunáticos de la peste, un tipo que estaba tan loco como Erinli Ekrem.

—¿No sabéis que está prohibido caminar juntos por la calle? —les gritó aquel hombre corpulento a quien marido y mujer no habían visto antes.

El mayor quería prohibirle a su mujer que saliera a la calle a menos que fuera estrictamente necesario, pero Zeynep siempre le paraba los pies diciéndole que era él quien se pasaba el día entero paseándose por la ciudad y entrando en casas de enfermos.

—Yo no estoy tan preocupada —le dijo en una ocasión—. No podemos luchar contra lo que ya está escrito.

Que su esposa verbalizara con tanta franqueza aquel fatalismo que tantos problemas causaba a los doctores de cuarentena sorprendió al mayor, pero se sentía tan feliz que no le dio demasiada importancia y pronto se olvidó de ello. Lo que más le preocupaba era cómo sería capaz de retenerla en la isla una vez que se reanudaran los viajes de pasajeros.

Fue durante esos días cuando el mayor empezó a tener la sensación de que nunca podría alejarse de aquella isla. Mientras entraba y salía de la sede de la gobernación, de los hospitales y de las casas de la gente, deambulaba constantemente por las calles de Arkaz. Durante esos paseos percibía el profundo contraste entre su propia felicidad y el estado de anímico que reinaba la ciudad, pero no se sentía culpable por ser feliz. Era el fundador y comandante de la División de Cuarentena (a veces llamados soldados de cuarentena), aunque fuera una unidad modesta; el gobernador le mostraba un afecto paternal; y había trabado amistad con el damat doctor. Todo eso le proporcionaba un sentimiento de seguridad. Al mayor le habría gustado decirle alto y claro al gobernador pachá que no hacía falta ir con pies de plomo a la hora de lidiar con los jeques de los tekkes. Todos los jeques y los musulmanes de Minguer sabían perfectamente que si estallaban luchas sangrientas contra los cristianos, como había sucedido en otras islas del imperio, la única fuerza que podría protegerlos sería el ejército otomano.

Cuando caminaba con su uniforme militar desde los hospitales hasta la sede de la gobernación, algunos se reían de él, otros le provocaban y había quien hacía gala de un respeto

exagerado que en realidad era una burla encubierta, y cuando llegaba al hotel le explicaba a su mujer aquellas anécdotas.

—¡No le digas a nadie que estamos aquí! —le dijo en una ocasión un hombre asustadísimo al que vio en un cobertizo cuando cruzaba por un patio vacío.

—¡Soldado! —lo llamó otro día un musulmán de su misma edad desde la ventana de un segundo piso, que hablaba con un marcado acento minguerense—. ¿Tú cómo crees que acabará todo esto?

—¡Acabará como Dios quiera! —respondió el mayor—. ¡Respetad las prohibiciones de la cuarentena!

—Las respetamos, pero ¿qué hay de bueno en ello? ¡Nos hemos convertido en prisioneros! ¿Qué está pasando en los muelles, qué está pasando en las plazas?

—¡No está pasando nada! ¡Tú no salgas de casa bajo ninguna circunstancia! —dijo el mayor, como si le estuviera dando una orden.

Su tendencia instintiva a regañar a los zoquetes y fanfarrones lo llevaba a discutir a gritos y a enfrentarse alzando la voz. Pakize Sultan captó muy bien en sus cartas ese sentimiento de «soledad moderna» que atenazaba al mayor.

A veces, el mayor cruzaba la mirada con alguien que observaba la calle por el resquicio de una ventana pensándose que nadie lo veía, pero no le decía nada. Al principio estas miradas le parecían misteriosas, llenas de miedo, incluso cautivadoras.

—¡Y tú qué narices estás mirando! —le gritó alguien en cierta ocasión.

A esas alturas, el miedo a la muerte, que rápidamente se había convertido en un pánico angustiado incluso en los musulmanes más fervientes, hacía aflorar la verdadera personalidad y carácter de la gente, modificando su talante habitual. El mayor tenía la sensación de que todos se estaban

convirtiendo en personas más insensatas, egoístas y temerosas de lo que habían sido hasta entonces.

En las casas adosadas que había cerca del centro, muchas puertas delanteras habían sido tapiadas con tablones de madera, y las puertas traseras habían sido cerradas con varios candados como si no fueran a abrirse nunca más, aunque de vez en cuando los niños o algún adulto con prisa por llegar a algún sitio pasaban furtivamente de patio en patio, como diciéndose: «No pasa nada si nos saltamos las prohibiciones por una vez». Ni el damat doctor ni los médicos rums de cuarentena sabían que las restricciones se transgredían con tanta facilidad. Tampoco eran conscientes de la cantidad de personas que entraban en las casas después de que las evacuaran oficialmente, o de que por las noches algunos se escapaban en barcas del área de aislamiento del castillo. «¡Ni se lo plantean porque no han nacido y crecido en la isla como yo!», pensaba el mayor. Si los encargados de administrar la isla fueran militares y médicos de cuarentena de origen minguerense, la epidemia no habría ganado tanto terreno.

Por las mañanas, antes de ir a la guarnición, el mayor asistía con diligencia a las reuniones de cuarentena que se llevaban a cabo delante del mapa de Arkaz colgado en el cuarto de epidemiología. Gracias a los esfuerzos del doctor Nuri, aquella modesta estancia se había convertido en una auténtica centralita donde se recopilaban y analizaban todo tipo de informaciones sobre la epidemia. En los últimos veinticinco días se habían marcado en el mapa infinidad de puntos: villas, mansiones lujosas, solares vacíos, tekkes, mezquitas, iglesias, fuentes, puentes, plazas, escuelas, hospitales, tiendas y cuartelillos de policía. Aunque cada vez más gente abandonaba sus casas para huir de la ciudad, la cifra de muertos no disminuía. No cabía duda de que la enfermedad seguía extendiéndose, y con ella una creciente sensación generalizada de desazón y nerviosismo.

La enfermedad se había introducido en Arkaz a través del viejo muelle de la Piedra, es decir, había entrado por el puerto.

Con la ayuda del mapa, el director de cuarentenas Nikos había podido rastrear el avance progresivo del microbio y había concluido que el barco que había traído la peste era el carguero Pilotos, de bandera griega, que procedía de Alejandría y había hecho escala en Minguer. (Estos navíos de fondo plano podían entrar en el puerto y amarrar en los viejos muelles de madera). Después de llegar a la isla a bordo del carguero griego, la enfermedad se había extendido por los barrios musulmanes situados cerca del muelle, especialmente por Vavla, Kadirler, Germe y Çite. Los primeros muertos marcados en el mapa eran de esa zona. Hubo quien vio la mano de la divina providencia en el hecho de que el todavía inacabado hospital Hamidiye se encontrara en el barrio de Vavla. Tal vez fuera cierto, pero no nos detendremos demasiado en analizar esta coincidencia en particular, porque en aquellos momentos todos ansiaban ver señales, significados, profecías y augurios prácticamente en todo.

Y es que las cosas habían llegado a ese punto: a analizar coincidencias o la disposición de las estrellas en el firmamento, a extraer significados de las formas de las nubes y de la dirección del viento, un afán por detectar señales. Dejemos claro que *todo el mundo* incurría en este tipo de consideraciones. Incluso los médicos jóvenes con una inquebrantable fe positivista en la ciencia, incluso el gobernador Sami Pachá y el doctor Nikos, prestaban atención a veces a ese tipo de detalles y puede que hasta se los creyeran un poco. Cuando les preguntaban al respecto, sonreían y respondían con frases como «Yo no creo en estas cosas, pero es muy curioso, ¿no?»; y aunque implantaban sin vacilar las medidas necesarias que postulaban la ciencia y la medicina modernas, cuando se quedaban a solas con sus pensamientos parte de su mente se dejaba llevar de manera inconsciente por ese tipo de ideas (creían, por ejemplo, que si ese día al ponerse el sol aparecía una nube morada en el horizonte y las cigüeñas habían migrado antes de lo habitual —como había sido el caso ese año—, al día siguiente moriría menos gente).

En tiempos de desesperanza, incluso la gente más «ilustrada» se interesaba por ese tipo de señales. Pakize Sultan creía en ellas hasta un punto que hoy día nos resulta descorazonador. En nuestro libro hemos querido dar espacio a estas falsedades e invenciones porque tuvieron cierta influencia en el devenir de la historia. Pero, en nuestra opinión, aquella tendencia generalizada a tratar de adivinar el futuro en las estrellas o en los posos del café, o incluso la perseverancia del jeque Hamdullah en encontrar respuestas y señales sobre la peste en los escritos de sus ancestros y en los textos hurufíes, no tuvieron un impacto excesivo en la actitud de la gente ante la enfermedad. Ninguna de esas creencias infundadas tuvo un efecto tan considerable en la evolución de la peste en Minguer como los prejuicios nacionalistas. Y aunque todos los presentes en las reuniones de cuarentena hablaran de esas cosas (algunos entre risas), en lo que se centraban realmente era en el mapa y en las anotaciones que analizaban angustiados para tratar de comprender cómo se estaba propagando la enfermedad y qué podrían hacer para salvar más vidas. Así pues, descubrieron que las ratas llegadas en el carguero Pilotos procedente de Alejandría infectaron primero a un porteador que vivía en una pequeña casa de madera situada detrás de la mezquita de Mehmet Pachá el Ciego. Pero cuando murió no se le dio demasiada importancia, ya que a nadie se le pasó por la cabeza que pudiera haber sido víctima de la peste. Los síntomas que presentaba también eran típicos de la difteria, la neumonitis y otras muchas enfermedades.

Ese día, el damat doctor volvió a demostrar a sus colegas y al gobernador que la enfermedad se había extendido desde el puerto al resto de la ciudad a la velocidad a la que avanzaban las ratas. Pudieron ver en el mapa que la ruta que había seguido la enfermedad pasaba por el instituto militar donde había estudiado el mayor. Las clases se habían suspendido dos días antes del anuncio de cuarentena, por lo que los funcionarios no habían llevado a ninguno de los estudiantes al

área de aislamiento. El doctor Nuri sospechaba que algunos de esos estudiantes se habrían infectado y habrían empezado a caer enfermos poco a poco. Después de que se anunciara la cuarentena, el Ministerio de la Guerra en Estambul, que seguía muy de cerca la evolución de los acontecimientos, había enviado un telegrama ordenando que los dos oficiales de la guarnición del nordeste de la ciudad que impartían clases en el instituto militar para sacarse un dinerillo extra (entre tres y cinco *kuruş*) regresaran de inmediato a su regimiento. Aquello se interpretó como una nueva evidencia de que, a pesar de que la peste se estaba propagando de forma alarmante, Abdülhamit seguía decidido —a raíz del Motín del Barco de los Peregrinos y el turbio escándalo resultante— a no implicar a los soldados otomanos en los asuntos de la cuarentena de Minguer, y que pensaba más en la supervivencia del Estado otomano que en la de la isla y sus gentes.

Los hechos que se vivieron en el barrio de Germe el martes 28 de mayo son un buen ejemplo de la indecisión que paralizaba al Estado y sus funcionarios de cuarentena. El incidente tuvo lugar en la casa de un musulmán que cultivaba cebada y trigo en las afueras del barrio. El hijo de doce años del campesino había muerto el día anterior. Esa mañana, los doctores habían dictaminado que la hija mayor también tenía la peste y que era imperativo trasladarla al hospital, mientras que a los padres los llevarían al área de aislamiento del castillo. Cerca de la casa encontraron también dos ratas recién muertas, con las bocas todavía sangrando. Pero, a pesar de la insistencia de los doctores, el padre y la madre cuyo hijo había muerto el día anterior no podían soportar la idea de separarse también de su hija de ojos azules…, ¡que estaba probablemente en el umbral de la muerte! Los llantos de la madre alertaron a todo el vecindario, que para entonces ya se había acostumbrado a asistir a funerales casi a diario. Los funcionarios de cuarentena, que ni siquiera habían conseguido dispersar a los niños que rondaban por los alrededores increpándolos, se vieron obligados a preguntarle al doctor

Nikos: «¿Y ahora qué hacemos?», pero este tampoco había recibido directrices claras del gobernador. Lo que debería haber sido una evacuación rápida y efectiva degeneró en un tumulto de gritos e insultos, peleas y lágrimas, que mantuvo al barrio en vilo todo el día.

El cónsul francés, que estaba al tanto del incidente desde que se produjo, envió un telegrama a Estambul utilizando la expresión *les maladroits* («los incompetentes») para referirse a las autoridades provinciales. Sami Pachá se puso hecho una furia con monsieur Andon, pero, en opinión del doctor Nuri, estaba claro que toda la culpa de lo sucedido era del gobernador.

37

Otro de los problemas cada vez más enquistados era el hecho que los infectados, los sospechosos de estarlo e incluso los enfermos (especialmente entre los más jóvenes) se escapaban de sus casas y familias y de los funcionarios de cuarentena. Una de las posibles explicaciones de este aumento de casos de «fugitivos» eran las condiciones infernales del área de aislamiento. Esta zona separada dentro del recinto del castillo se había ganado una reputación terrible: se decía que el que entraba allí ya no salía. En teoría, según las nuevas regulaciones internacionales, el periodo de aislamiento en casos de peste era de cinco días. Es decir, si la persona confinada no enfermaba al cabo de cinco días, había que dejarla libre. Según nuestras estimaciones, veintiocho días después del anuncio de cuarentena, y de que empezaran a llevar a gente al castillo, había en el área de aislamiento unos ciento ochenta confinados. Y a más de la mitad de esas personas se las retuvo allí mucho más de cinco días, pese a no mostrar síntomas de la enfermedad.

A esas alturas, la población musulmana de la isla ya consideraba la perspectiva de ser puesto en cuarentena, de ser señalado por los doctores y arrastrado por la policía hasta el área de aislamiento en el castillo, como un destino similar a ser encerrado de por vida en la mazmorra. Antiguamente eran los cadíes y los jueces los que te mandaban a esa oscuridad húmeda sin retorno; ahora eran los doctores. Esa era la única diferencia. Para más inri, la zona de «aislamiento» estaba apartada en una sección cerrada del castillo que daba al puerto y el interior de la bahía, mientras que los prisioneros normales estaban recluidos en la ventosa torre Veneciana y los edificios de la época otomana orientados al sur que daban a mar abierto.

Otro problema que aún no se había resuelto era cómo evitar que los «sospechosos» puestos en aislamiento que habían llegado sanos se contagiaran de los que estaban realmente infectados pero todavía no habían sido diagnosticados. Al principio, los administradores habían pensado que quizá sería mejor dividir los patios, edificios y secciones del área de aislamiento para agrupar a los confinados en función de los días que llevaran internados y de su aparente grado de contagio, pero pronto quedó claro que ese tipo de disciplina carcelaria y de organización en galerías no funcionaría allí. Incluso hubo problemas para preservar la sección de las mujeres, ubicada en la zona en sombra de la parte posterior del recinto, porque los hombres se preocupaban constantemente por sus esposas e hijos y no se quedaban tranquilos si no veían con sus propios ojos cómo se encontraban. Al final se consideró que lo mejor era permitir que las unidades familiares se agruparan y convivieran juntas. De esa forma, el doctor Nikos podía tener mejor controlados los distintos patios, y a los confinados se les hacía más llevadero el confinamiento al estar en compañía de sus seres queridos. Sin embargo, esta solución también aceleró el ritmo de propagación de la peste y el número de gente confinada empezó a aumentar a ojos vista, hasta que llegó un punto en que el área de aislamiento, cuyo supuesto objetivo era frenar la peste, se convirtió en un foco de contagio. Con frases como «Cuando llegó no tenía nada, se contagió cuando lo confinaron» y otros rumores parecidos que no tardaban en extenderse entre la población y que ponían en entredicho la política de confinamiento y los esfuerzos de cuarentena, el área de aislamiento se estaba convirtiendo en una segunda ciudad-prisión dentro del castillo.

El gobernador pachá y el director de cuarentenas enviaron otros dos telegramas a Estambul solicitando más médicos. A medida que el miedo a ser confinado en el castillo se convertía en una aversión generalizada a las medidas de cuarentena, tanto los doctores como el gobernador creyeron que vaciar el

área de aislamiento, siempre y cuando no se descuidaran las necesarias precauciones sanitarias, sería una buena *política* . Porque se habían quedado sin habitaciones, camas, colchones, mantas y sillas. Durante un tiempo, y dada la urgencia de la situación, la guarnición había enviado pan, habas secas y galletas saladas de sus propios suministros. Pero el comandante de la guarnición, el Mehmet Pachá de Edirne (que no estaba convencido de que la enfermedad solo pudiera transmitirse a través de las ratas), se negaba a enviar a sus soldados y cocineros para echar una mano en los hospitales y la gobernación, siempre encontraba alguna excusa para no compartir sus recursos (culinarios o de otro tipo) con los servicios de cuarentena del castillo porque no quería desviarse de las directrices estipuladas por Abdülhamit con arreglo a las cuales el ejército «¡no debe implicarse en los asuntos de la cuarentena!». Desde la ventana de su despacho al otro lado de la bahía, el gobernador podía ver cómo el área de aislamiento estaba cada vez más llena, y en ocasiones se quedaba mirando cómo algunos intentaban pescar con cañas improvisadas para matar el aburrimiento.

Al final, ante la insistencia del gobernador y el comandante de la guarnición, se empezó a «dar el alta» a muchos de los confinados en la sobresaturada área de aislamiento. Pero, salvo unos pocos afortunados que se encontraban a sus familias tal como las habían dejado, muchos de los que volvían a sus residencias se enfrentaban con nuevas desgracias. En algunos barrios, cuando estas personas a quienes se habían dado por perdidas comparecían de repente en casa se las trataba como si estuvieran enfermas o, en todo caso, infectadas, e incluso se sospechaba que se hubieran convertido en informantes del gobernador. Sin embargo, el problema más habitual al que se enfrentaban era que, al volver, habían perdido sus familias y sus casas. A la mayoría de esa gente la habían puesto en aislamiento a la fuerza porque en sus hogares había muerto o enfermado alguien. Y, al regresar, algunos se encontraban con que todos sus familiares habían fallecido, mientras que otros

descubrían que su familia había huido, dejando atrás una casa vacía. Algunos también se encontraban con que sus casas habían sido ocupadas por desconocidos. En ocasiones estallaban peleas con estos nuevos inquilinos, pero en más de una ocasión se llegaba a una especie de acuerdo, y los retornados incluso agradecían poder compartir el espacio con otra gente en vez de quedarse solos y atormentados por el sentimiento de abandono.

Hubo una de estas historias desoladoras que sobrecogió especialmente al gobernador. Se trataba del caso de seis personas que, al volver del aislamiento, descubrieron que sus seres queridos ya no estaban y, como no tenían dinero ni ningún familiar compasivo que pudiera ayudarles, ni tampoco fueron capaces de encontrar ningún sitio donde refugiarse, al final regresaron al castillo y pidieron que los readmitieran en el área de aislamiento.

Dos días más tarde, cuando los doctores estaban registrando en el mapa los últimos fallecimientos, constataron con dolorosa consternación que la epidemia, lejos de remitir, se había extendido incluso a los barrios cristianos más alejados y desiertos. Así pues, tuvieron que afrontar abiertamente una realidad que hasta ese momento les había sido difícil aceptar: su diligencia y vigor a la hora de implantar la cuarentena, los esfuerzos que habían llevado a cabo con tanto valor y altruismo, no habían sido suficientes para combatir la velocidad y la fuerza de propagación de la peste; y, por desgracia, el número de contagiados no disminuía. Además, había otra cifra que no tenían controlada y que también aumentaba cada día: la de las casas en las que había enfermos que no habían sido notificados a las autoridades. Y de las viviendas en las que habían intervenido, solo un tercio habían sido evacuadas debidamente. Este problema era tan profundo y desazonador que nadie se atrevía a expresarlo abiertamente como hacemos ahora en este libro, ciento dieciséis años después. ¡Era como ser un creyente que no podía representarse a Dios, ni siquiera alcanzar a imaginarlo! La dantesca realidad

quedaba perfectamente patente en aquel mapa del cuarto de epidemiología. Sin embargo, los doctores tenían la sensación propia de una pesadilla de que, si pronunciaban en voz alta cuán horrible era la situación que tenían entre manos, esta iría incluso a peor y, por tanto, o bien mantenían la boca cerrada o bien se contaban mentiras para intentar aligerar la situación.

Resultaba mucho más difícil seguir adelante si sus mentes se empantanaban con el pensamiento derrotista de que la epidemia no iba a hacer más que agravarse, así que se veían forzados a inventarse mentiras para encontrar alivio temporal en ellas. La hipótesis del doctor Nikos de que dos semanas atrás solo aparecían ratas muertas en los barrios musulmanes era una de esas falacias, y durante unos días había servido para darle un poco de esperanza al gobernador, aunque en el fondo no se la creía. Algunas mañanas se sacaban de la manga un nuevo cuento, cada vez más convencidos de que la epidemia estaba perdiendo fuelle porque la cantidad de muertos de tal o cual barrio había disminuido, y eran los primeros en creerse esa mentira a la que habían llegado jugando con los números. Otra vaguedad que se empeñaban en creer era que el barco de ayuda que Estambul les había prometido por fin estaba en camino, aunque en este caso era una mentira fomentada por los telegramas que llegaban a diario. Cuando una información resultaba ser falsa, era imperioso inventar una nueva historia capaz de seguir alimentando la esperanza.

El doctor Nuri sabía por experiencia que, en los momentos más frustrantes de una epidemia, incluso la persona más culta y de mentalidad europea recurría a todo tipo de explicaciones o fantasías que la pudieran reconfortar, no necesariamente de carácter religioso. «¡Qué curioso! Es la tercera vez que ese coche de caballos pasa hoy por delante de la ventana», había dicho en una ocasión el gobernador pachá, y el doctor Nuri sabía que trataba de vislumbrar un significado en ello, una señal que infundiese algo de esperanza.

Cuando una persona era incapaz de encontrar solaz y optimismo en esas mentirijillas diarias y en la interpretación

de señales, se veía invadida por un profundo sentimiento de «resignación». El doctor Nuri, que también había hablado con su mujer sobre este estado anímico, lo consideraba una actitud parecida al «fatalismo», pero en nuestra opinión no era exactamente eso: la persona fatalista puede ser perfectamente consciente del peligro y no tomar medidas, porque se ha refugiado en Dios. En cambio, la persona que «ha perdido toda esperanza» y se ha sumido en la «resignación absoluta» se comporta como si ni siquiera fuera consciente del peligro, no se ampara en ninguna idea esperanzadora ni confía en nadie. En ocasiones, al final de un duro día de trabajo y penurias, el damat doctor podía ver en el rostro del gobernador pensamientos como: «¡Hemos hecho todo lo que se podía hacer!». O quizá todavía se podía hacer algo más, pero a la persona que debía hacerlo ya no le quedaban fuerzas, o simplemente se había rendido. A esas alturas, como muy bien sabían el gobernador, el mayor y el doctor Nuri, lo único racional que podía hacerse era yacer en la penumbra junto a la persona amada e intentar buscar un efímero momento de felicidad y consuelo entre sus brazos.

38

Después de haberse pasado largos días y noches tratando de defender a capa y espada la presencia del Imperio otomano en la isla y la fuerza del Estado en su lucha contra la peste, el hecho de que Estambul no hiciera más que enviar telegramas reprobatorios cuestionando que no se hubiera implantado tal o cual directriz asfixiaba poco a poco al gobernador. Tampoco se le escapaba que el poder que había ostentado como representante del Estado disminuía progresivamente. Muchos funcionarios habían huido de la ciudad. Algunos no salían de sus casas y ni siquiera se presentaban a trabajar en la sede de la gobernación. Tampoco podía contar con el apoyo de las tropas de la guarnición para contribuir a los esfuerzos de la cuarentena. Y a pesar de todo eso, el Mabeyn aún aguardaba a que el gobernador hiciera uso de la fuerza.

La cuestión que más preocupaba a Estambul era que no se hubiera puesto fin a la fuga de personas que salían de la isla e incumplían las reglas de la cuarentena, sin pasar un examen médico ni cumplir con los días estipulados de aislamiento. El gobernador había tomado algunas medidas restrictivas en los alrededores del puerto y el muelle de Piedra, enviando a algunos de sus cada vez más escasos funcionarios y policías a controlar los lugares desde donde podían zarpar las barcas. Estambul había informado de que los barqueros y contrabandistas también actuaban de noche en las calas del norte de la isla, y el pachá había solicitado ayuda al comandante de la guarnición para poner coto a esas actividades ilegales. El comandante, cuyas tropas ya combatían a las guerrillas en esa zona de la isla, había respondido de manera tajante que sus soldados solo intervendrían en los asuntos relacionados con la cuarentena si

le llegaba un telegrama con una orden imperial encriptada pidiéndole expresamente que lo hiciera.

Los historiadores de Minguer han ofrecido diversas explicaciones sobre por qué el gobernador pachá no actuó con mano dura para acabar con el tráfico nocturno de personas y aplacar así a Estambul y los estados europeos. En nuestra opinión, el gobernador se estaba cuadrando, era su manera de decir: «Si no me dais soldados de la guarnición, no podré perseguir a los contrabandistas de las calitas y costas rocosas del norte». Pero las cartas de Pakize Sultan también revelan que, en esos días, el gobernador se vio arrastrado con vertiginosa velocidad a la lucha por el poder y el dinero que había estallado entre los jefes de los barqueros. Durante un tiempo, el gobernador había intimidado a los cónsules que regentaban las agencias de viajes ordenando redadas con el pretexto de que vendían billetes ilegales. Pero ahora esas mismas compañías traficaban con personas en las calas del norte, compinchadas con los jefes de los barqueros que describimos al principio de nuestro relato. El gobernador entabló acciones judiciales acusándolos de infringir la Ley de Desplazamientos y Aduanas.

Algunas familias adineradas que al principio no se habían tomado muy en serio el alcance de la epidemia ni las restricciones, y que habían vacilado en exceso a la hora de tomar la decisión de marcharse legalmente de la isla, ahora habían llegado a la conclusión (en parte también porque sus cocineros y criados habían muerto o huido de la ciudad) de que lo mejor sería escapar costara lo que costara. El gobernador sabía, por lo que le habían comunicado sus informadores, que los capataces de los barqueros exigían a esa gente cantidades astronómicas de dinero. Además, esos fugitivos desesperados por salvar sus vidas sabían que, al llegar a los barcos que los esperaban en altamar, tenían que volver a pagar por el «billete». Esos barcos solían pertenecer a pequeñas agencias griegas e italianas que ya habían cobrado la mitad del pasaje por adelantado y de forma clandestina en sus

oficinas de la avenida Estambul. Cuando el gobernador se enteró de todo esto, empezó a pensar que, visto lo visto, convendría proteger a los barqueros musulmanes.

Que el gobernador, en su deseo por ayudar a los musulmanes, infringiera o planeara infringir la cuarentena que él mismo había decretado, es un hecho constatado en algunos documentos redactados por funcionarios de la gobernación de Minguer, razón por la cual este tema ha suscitado tanto interés entre los historiadores más dados a tratar con documentos. El otro motivo por el que esta cuestión histórica ha sido tan investigada es que representa de manera ejemplar la contradicción fundamental que aquejaba a la burocracia otomana de la época. Si, en este tipo de situaciones, un gobernador pachá —es decir, un burócrata consumado cuya labor consistía en velar por el bienestar de todos los ciudadanos— optaba por priorizar la protección de los musulmanes y se solidarizaba particularmente con ellos, ello implicaba que contravenía las reformas modernas estipuladas por el Estado (la igualdad de todos los ciudadanos) y rechazaba la utilización de métodos y técnicas modernas. Pero si ese mismo gobernador pachá hacía lo contrario e implantaba con convicción las reformas legales y los métodos europeos más modernos, la burguesía cristiana del Imperio —que ya estaba prosperando rápidamente gracias al aumento de las libertades y la igualdad y al acceso a los últimos avances tecnológicos— se beneficiaría aún más de todas esas nuevas oportunidades y, a medida que el país se fuera europeizando, los musulmanes perderían todo su poder.

Dado que no había indicios de que el tráfico de fugitivos que huían en plena noche a Creta y a Occidente a bordo de pequeñas embarcaciones estuviera aflojando (incluso parecía ir en aumento), los estados europeos, angustiados por la posibilidad de que la epidemia se propagara sin control, empezaron a buscar sus propias soluciones. Los franceses y los británicos —quienes, dada la sustancial población musulmana de sus colonias, tenían una amplia experiencia en

lo relativo a las cuarentenas y, por tanto, motivos para preocuparse— concluyeron que acordonar la isla entera con buques de guerra tendría más sentido que dedicarse a cazar una por una las pequeñas embarcaciones de los contrabandistas y someterlas a cuarentena en algún lugar remoto. Mientras llevaban a cabo las negociaciones al respecto con la Sublime Puerta, los británicos enviaron su acorazado HMS Prince George y los franceses el Amiral Baudin a aguas del Mediterráneo oriental, a cierta distancia de Minguer, como maniobra de presión psicológica.

Llegados a este punto, el embajador británico propuso que en el bloqueo de la isla también participara un barco otomano. Varios documentos conservados en los archivos del Ministerio de Asuntos Exteriores revelan que Abdülhamit hizo todo lo posible por aplazar esta decisión, intentando difundir la idea de que «la epidemia tampoco es para tanto». Pero vistas las acciones del gobernador —la redada a las agencias de viajes y la detención de barqueros rums como respuesta a la imparable fuga de isleños—, finalmente el sultán tuvo que hincar la rodilla ante las presiones internacionales.

La noticia de que el jueves 6 de junio el acorazado otomano Mahmudiye se sumaría a los buques de las grandes potencias para poner freno a las pequeñas embarcaciones que transportaban a los minguerenses que huían de la peste le fue notificada un día antes al gobernador por sus amigos burócratas de Estambul. Aunque no se lo acababa de creer, no pudo evitar que lo invadiera un profundo sentimiento de vergüenza. Habían enfadado al mundo entero con el fracaso de la implantación de la cuarentena, habían sido incapaces de contener la epidemia, y por su culpa estaban llegando apestados a las puertas de Occidente. El gobernador se sentía culpable porque su provincia se había convertido literalmente en el «hombre enfermo» de Europa, y eso que siempre le había fastidiado que la gente utilizara esa expresión. Pero ahora, para hacer frente a la incompetencia de su gobernador, el sultán se había visto forzado a cooperar con los europeos enviando el

Mahmudiye a la isla, como si Minguer se hubiera convertido en un enemigo del Imperio.

El clima político y militar provocado por los últimos acontecimientos abrumaba al gobernador hasta el punto de que era incapaz de creérselo, ni siquiera podía pensar en ello, al igual que le sucedía con la peste. Esa noche, cuando un alguacil de la secretaría que caminaba tranquilamente por el corredor del primer piso se derrumbó de repente y murió ante sus ojos como si lo hubiera tocado el arcángel de la muerte, el gobernador pachá se retiró a su despacho, se sentó a su escritorio y se quedó inmóvil contemplando la ciudad por la ventana durante mucho tiempo.

Pero poco después se vio obligado a escuchar una serie de noticias que le habían llevado sus espías. Como era de esperar, tras ser puesto en libertad, Ramiz no se había quedado de brazos cruzados y se había refugiado en los pueblos septentrionales cuyos habitantes habían participado en el Motín del Barco de los Peregrinos. Después del incidente, el padre y el hijo que habían encabezado la revuelta se habían trasladado desde su aldea natal de Nebiler —que el ejército seguía castigando con cualquier excusa— al pueblo vecino de Çifteler, también para intentar eludir un nuevo gravamen que les había impuesto la Administración. Allí habían formado una banda para luchar contra las guerrillas nacionalistas que llegaban de Grecia. Se trataba de pueblos más conservadores, pero, después del Motín del Barco de los Peregrinos, sus habitantes se habían vuelto más duros y fieros, reclutando milicianos por su cuenta para plantar cara a las bandas rums y así protegerse. Al igual que estas bandas rums atacaban los pueblecitos musulmanes, estas nuevas guerrillas musulmanas contraatacaban asaltando los pueblecitos rums. En ocasiones llegaban al punto de matar a gente y saquear sus casas. El gobernador pachá veía a estas bandas musulmanas como una especie de milicia civil que podía utilizar contra las guerrillas rums, y por lo general hacía la vista gorda ante sus acciones (como en el caso del bandido Memo). Pero cuando estos

guerrilleros se pasaban de rosca —si los provocaba demasiado algún rufián forastero particularmente salvaje y decidían incendiar aldeas rums enteras— empezaban a llegar telegramas admonitorios de Estambul y el gobernador tenía que recurrir al comandante de la guarnición, el Mehmet Pachá, para ponerlos a raya.

El gobernador pachá sabía perfectamente que durante los últimos dos años Ramiz se había guarecido de vez en cuando en esos pueblos guerrilleros musulmanes, que enviaba ayuda económica a las milicias y que incluso había contribuido a fundar un pequeño tekke allí. Cuando le llegaron noticias de que Ramiz, acompañado por algunos seguidores de esas aldeas y otros rufianes belicosos, no solo había regresado a Arkaz en plena noche, sino que además había tenido la osadía de instalarse con sus esbirros en su casa del barrio de Çite, el gobernador, alentado por el director de inteligencia, practicó una redada al anochecer de ese mismo día, aunque al final la operación resultó infructuosa. Mientras ponían patas arriba la casa vacía de Ramiz, que cuidaban un mayordomo y un criado, el gobernador ordenó a sus hombres que confiscaran todos los objetos que pudieran resultar sospechosos, papeles y documentos, así como libros y periódicos, si los hubiera. En la redada también participaron los soldados de cuarentena, aunque la operación no tuviera nada que ver con su cometido.

Algo que avivó el nacionalismo minguerense entre los soldados de cuarentena, especialmente entre aquellos que hablaban minguerense en sus casas, fue la frustración que les despertaban la pasividad mostrada por Abdülhamit y los resultados decepcionantes de las medidas de cuarentena. Por el momento, el gobernador y el director de inteligencia se limitaban a mantener bajo observación ese nacionalismo incipiente, y a registrar sus brotes más destacables sin pasar a la acción. La burocracia otomana seguía pensando que el principal enemigo del Estado eran los nacionalismos separatistas de los pueblos cristianos (griegos, serbios, búlgaros, armenios), pero, mientras veían cómo el imperio se

desintegraba ante sus ojos, los burócratas más avispados habían empezado a detectar también las primeras manifestaciones de esos nuevos nacionalismos que empezaban a surgir entre los pueblos musulmanes no turcos: árabes, kurdos, albaneses. (Recordemos que en aquella época el término «nacionalismo» no estaba tan extendido como ahora y que por lo general se utilizaban otras expresiones como «la cuestión de las naciones»). Según el gobernador, lo más importante era que los soldados de cuarentena, ya hablaran turco o minguerense, fueran todos musulmanes. Como tales, podían identificarse con sus vecinos correligionarios comprender mejor el desasosiego que les provocaba la cuarentena y responder de forma más adecuada a sus problemas. Al principio, el damat doctor mostró sus reservas ante esta decisión, pero cuando llegaron a sus oídos comentarios sobre la gran diligencia mostrada por los hermanos Mecid y Hadid —reclutados por el mayor— en las labores de incineración, concluyó que quizá esa política de reclutar solo a musulmanes no había sido tan mala idea.

39

La idea de cavar una fosa especial para incinerar las ratas muertas y los objetos infectados por el microbio de la peste se la había propuesto Bonkowski Pachá al gobernador a los pocos días de llegar a la isla. Según el químico, reunir todos los tejidos, camas, sábanas, jergones o mimbres contaminados y prenderles fuego como algo ejemplar en un lugar que resultara perfectamente visible para todo el mundo (como solía hacerse en los viejos tiempos) serviría también para adoctrinar a la población sobre la importancia de la cuarentena y la higiene. El uso de estas fosas de incineración también aparecía recomendado en un informe que Bonkowski Pachá había elaborado para Abdülhamit sobre la peste procedente de Oriente.

El asesinato de Bonkowski Pachá había obligado a posponer los planes de excavar una gran fosa de incineración. Pero una vez que los soldados de cuarentena adoptaron un buen ritmo en la evacuación y vaciado de las casas, los jergones, colchas, alfombras y demás objetos confiscados empezaron a amontonarse en grandes pilas. Quemar esas pertenencias mugrientas y contaminadas dentro de las mismas casas de madera resultaría peligroso. Tampoco sería fácil juntarlo todo y quemarlo en los viejos patios que habían sido vaciados totalmente como medida de prevención. Los dueños de esas pertenencias habrían preferido que se desinfectaran a fondo con lisol y se almacenaran en algún sitio (para poder recuperarlas algún día), pero las autoridades no disponían de tiempo ni de espacio para hacerlo. Y todo lo que no fuera incinerado, tarde o temprano acabaría circulando en el mercado de traperos. Así que, siguiendo las insistentes indicaciones del damat doctor, el gobernador y el director de cuarentenas ordenaron a los funcionarios municipales que

empezaran a utilizar dos fosas por entonces en desuso que había en las colinas de detrás de la ciudad, en un terreno plano situado entre el Nuevo Cementerio y la parte de atrás del barrio de Turunçlar. El único problema de esta ubicación era que se encontraba al final de un largo camino empinado que atravesaba serpenteando las callejuelas de detrás del Mercado Viejo y el barrio de Arpara, donde estaba la casa familiar del mayor.

Un día, al anochecer, el gobernador ordenó que se realizara la primera incineración. Mucha gente contempló con gran interés y fascinación aquella pira destructora, que se alzó hacia el cielo veinte días después de que se impusiera la cuarentena. Expandiéndose en enormes y brillantes oleadas de rojo, palpitando con vigorosas llamaradas de amarillo y pintando todo a su alrededor de profundos tonos morado y azul oscuro, el fuego tardó un buen rato en consumirse, quizá debido a la generosa cantidad de queroseno vertido, y fue observado no solo por los ciudadanos de Arkaz, sino que su presencia fue también percibida desde otros puntos de la isla. A lo largo de los días siguientes se quemaron de vez en cuando ropas, mantas, colchones y gran cantidad de objetos; y durante el resto de la epidemia, la aparición de aquellas nubes de humo negro en pleno día llenarían de angustia y temor a los minguerenses. Las humaredas oscuras les hacían sentir que estaban cerca del arcángel de la muerte, que estaban a merced de Dios, y que —por la razón que fuera— se habían quedado completamente solos. Pakize Sultan cuenta en sus cartas que la gente experimentaba una sensación parecida cuando veía recoger las pertenencias de los muertos y demás objetos que no se ajustaban a las regulaciones de la cuarentena, para ser transportados continuamente cuesta arriba hasta la fosa.

Mecid y Hadid, los hermanos de Zeynep, trabajaban con diligencia en el Nuevo Cementerio musulmán situado detrás del barrio de Turunçlar. Pero ni siquiera en La Meca, donde incluso se prohibía la entrada a los médicos cristianos y observadores internacionales, la preceptiva desinfección de los

cadáveres con cal antes de enterrarlos —una de las medidas fundamentales contra la peste— encontró al principio tanta resistencia como en la isla de Minguer. El director de cuarentenas Nikos explicaba la negativa a adoptar esta norma remitiéndose al hecho de que durante décadas no se había producido una epidemia grave en la isla, así como a la lamentable ignorancia de la población, que no alcanzaba a comprender la enorme trascendencia de esa medida. Ni siquiera el talante paternalista de Hamdi Baba, el sargento de cuarentena tan querido por todos, bastó para solucionar el problema, ya que los aspectos más truculentos de todo el asunto acabaron enajenando y consumiendo a aquel buen hombre. Pero cuando, por recomendación del gobernador, se asignó a los hermanos Mecid y Hadid al Nuevo Cementerio para encargarse de las labores de desinfección con cal, algunos de los detalles más controvertidos —como la necesidad de taparles la cara a las mujeres muertas durante todo el proceso, asegurarse de que nadie viera los cuerpos desnudos ni sus partes íntimas (o, si se veían, que fuera el menor tiempo posible), controlar que no se «golpeara» toscamente a los difuntos con la pala cargada de cal, o que esta no entrara dentro de la boca, la nariz o los ojos del cadáver— se solucionaron rápidamente antes de que el asunto se les fuera de las manos politizándose en demasía.

El carro tirado por caballos que transportaba los objetos presuntamente contaminados a la fosa de incineración era un viejo vehículo que la guarnición había prestado al municipio. Cuando aquel vetusto carro, amplio y estañado, avanzaba serpenteando por los barrios en dirección a la fosa situada en lo alto de la colina, a menudo lo asaltaban ladrones y raterillos, sinvergüenzas y mentecatos. El objetivo de esa gentuza era robar todas las alfombras, colchones, ropas y sábanas que pudieran para utilizarlos ellos mismos, dárselos a amigos o venderlos a los traperos que aún llevaban a cabo sus actividades de manera clandestina. Aunque sin duda no pasaba tanto como en los primeros días, todavía había mucha gente

empeñada en seguir utilizando tercamente las posesiones de los muertos, haciendo oídos sordos a las advertencias de la Dirección de Cuarentenas. En este tipo de conducta había también cierto simbolismo: una forma de desafiar al Estado, la occidentalización, la ciencia médica moderna y la comunidad internacional; una muestra de desdén, de protesta; incluso un afán de insensatez.

Según algunos historiadores, esta falta de tolerancia derivaba de la actitud en exceso conciliadora e indulgente de la administración hacia los jeques y los hocas. Al final, el gobernador pachá asignó a dos de sus guardias con cara de pocos amigos para que escoltaran el carro. Aquellos hombres con pinta de matones iban pertrechados con látigos, y no dejaban que nadie, ni siquiera los niños, se acercase al vehículo. Los insultos, gritos y calumnias que solían acompañar al paso del carro no tardaron en difuminarse y ser sustituidos por aquel silencio lúgubre y deprimente al que toda la isla se había acostumbrado durante aquellos días de la peste. A veces el carro avanzaba prácticamente inadvertido por aquellas calles vacías y apagadas. Al verlo arrastrarse con su paso traqueteante y lento, algunos ancianos y señoras mayores lo confundían con la carreta del trapero Foti. De vez en cuando, algunos de los chavales más audaces, endiablados e insolentes de la zona conseguían, gracias a su perseverancia, esquivar el látigo de los guardias y los distraían haciendo payasadas para intentar robar algunas cosillas. Pero últimamente, cada vez que el carro pasaba por barrios como Bayırlar, Kadirler y Germe, la gente se estremecía como si viera desfilar un cortejo fúnebre; los vecinos gritaban «¡Fuera de aquí!», los niños le lanzaban piedras y los perros callejeros ladraban con más furia de la habitual, sin que los látigos de los guardias pudieran acallar sus gruñidos.

El doctor Nuri fue el primero en darse cuenta de que esas trifulcas entre los escoltas armados y los vecinos se estaban convirtiendo en una de las causas principales de hostilidad hacia la cuarentena, pero, antes de comentárselo al mayor,

habló sobre el tema con el gobernador. Quizá sería conveniente que el carro no transitara por las calles durante el día.

A medida que avanzaba la epidemia, empezaron a aparecer cadáveres abandonados en la ruta del carro. Muchos de esos muertos, que había que retirar con carácter inmediato, habían sido arrojados a la calle por gente que se los había encontrado al ocupar alguna casa vacía. Tenían miedo de que sus nuevos hogares empezaran a oler a muerto y de que los doctores de cuarentena se presentaran para desinfectarlo todo y tapiar las puertas y ventanas con tablones. La solución más sensata era cargar aquellos cadáveres anónimos en el carro lleno de objetos para incinerar y llevarlos al cementerio de la colina situada enfrente de las fosas, determinar qué fe debían de haber profesado según el barrio donde los habían encontrado, y, después de desinfectarlos con cal, enterrarlos sin demasiadas ceremonias ni plegarias. Pero todo eso también requería mucho tacto, experiencia y maña.

El gobernador había seguido el asunto muy de cerca y propuso al mayor que asignara a los hermanos Mecid y Hadid la tarea de enterrar los cadáveres sin identificar que aparecían en la ruta del carro. El mayor no se mostró muy convencido, pero el gobernador insistió, alegando que los dos hermanos inspiraban confianza, incluso respeto, especialmente en las calles donde se hablaba el viejo minguerense. De hecho, todo el mundo coincidía en que esa no era una tarea apropiada para unos hombres de su posición social: no eran muy avispados, pero habían regentado un negocio bastante próspero con el que habían conseguido buenos ingresos e incluso adquirir algunas tierras. Arrastrar los cadáveres que aparecían por las calles y cargarlos en el carro era un trabajo bastante desagradable, y quizá sería mejor que lo llevaran a cabo los jóvenes más pobres y desesperados o los bravucones descerebrados procedentes de Creta, que estarían dispuestos a realizarlo, incluso entusiasmados, a cambio de una buena paga.

Aun así, los hermanos Mecid y Hadid aceptaron el trabajo y reclutaron a varios ayudantes de la panadería para que les echaran una mano. Tal vez pensaron que el mayor, ahora casado con su hermana, los recompensaría con regalos, dinero o gratificaciones de algún otro tipo. Pero pronto se encontraron en el punto de mira de la furia que sentía la gente hacia el carro cargado con las pertenencias de las víctimas de la peste. Además, a diferencia de sus predecesores, los hermanos no llevaban látigos y eran incapaces de apaciguar a la gente con sus palabras, aunque les hablaran en minguerense (o, a decir de algunos, precisamente por eso). El gobernador comprendió enseguida que si los gemelos seguían acompañando al carro acabarían quemadísimos, así que tomó una nueva decisión: los objetos de las casas, establos y tiendas que se vaciaran se amontonarían delante del edificio o (si lo había) en el patio, custodiados por dos guardias para asegurarse de que nadie los robara, y al caer la noche el carro escoltado por los hermanos Mecid y Hadid los recogería silenciosamente en la oscuridad y los llevaría a la fosa de incineración.

Por la noche la ciudad languidecía aún más, y todos sus rincones quedaban sumidos en una oscuridad letal y aterradora, como si una extraña niebla ultramarina hubiera descendido sobre las calles. Las farolas de gas que solían iluminar durante unas horas el puerto y la avenida Hamidiye ya no se encendían como en los viejos tiempos. En algunas casas, la gente no encendía los fanales de los patios ni se vislumbraba luces o sombras en las ventanas. Probablemente se escondían, porque habían ocupado la casa ilegalmente. Los búhos de Minguer, sabios y hoscos, se posaban silenciosamente en los árboles de los patios y en los tejados de algunas casas. Algunos vecinos encendían una lámpara delante de la puerta de una casa vacía, para dar la impresión de que aún vivía alguien y ahuyentar de ese modo a bandidos y ladrones.

Una semana más tarde, es decir el segundo viernes de junio, Mecid y Hadid le dijeron a su hermana que estaban hartos de ese trabajo y que les gustaría dejarlo. Sus quejas no hicieron más que confirmar las dudas que habían asaltado al mayor había tenido al asignarles el puesto. Solo una semana después de haberse casado, el mayor Kâmil ya había caído profundamente enamorado de su mujer y sabía que serían muy felices. Mientras tanto, Zeynep no paraba de repetirle cada día en voz alta e insistente que quería marcharse a Estambul lo antes posible, recordándole a su marido la promesa que le había hecho y hablando del tema como si en la isla no hubiera ni peste ni cuarentena. El mayor no sabía cómo afrontar esas exigencias. Y, al enterarse por Zeynep de que los gemelos ya no aguantaban más en el carro y preferían un trabajo de escribanos o secretarios, reaccionó con gran severidad diciéndole a su mujer que, hasta que no encontrara sustitutos para ellos, sus hermanos y los ayudantes de la panadería debían continuar en sus puestos, ya que su labor era importantísima.

En cuanto a lo de marcharse a Estambul, le había prometido dos veces a su mujer que se marcharían de la isla «a la primera oportunidad». Pero, entre las nubes de incertidumbre que enturbiaban su mente, el mayor podía sentir cuál era el verdadero problema: que su palabra no tenía el suficiente predicamento sobre su mujer y sus dos hermanos. Aquello que llamaban matrimonio y que siempre había sido tan ensalzado por su madre tenía cuando menos un efecto secundario inesperado: ¡el temor de no poder satisfacer las exigencias de su mujer y acabar perdiéndola para siempre!

Fue más o menos por esos días, mientras los recién casados contemplaban desde su habitación en el Splendid Palas las magníficas vistas del castillo y el azul marino del Mediterráneo, cuando Zeynep le explicó de manera metódica y cuidadosa, aunque sin apenas poder contener su entusiasmo, la importante noticia que le había comunicado su hermano Mecid. Este le había comentado a su hermanita que, desde

hacía un par de noches, el barquero Seyit y sus hombres transportaban pasajeros hasta los barcos de bandera otomana que se acercaban a las inmediaciones de la isla, que era posible conseguir un pasaje hasta el puerto cretense de La Canea y, desde allí, los fugitivos podrían viajar hasta Tesalónica o Esmirna. Esa nueva «línea» acababa de establecerse y podían clausurarla en cualquier momento. Debían darse prisa.

Recordemos a nuestros lectores que el tal Seyit, el jefe de los remeros ahora implicado en esas actividades clandestinas, era el barquero musulmán que el gobernador Sami Pachá había tratado de proteger ante los barqueros rums. El mayor sospechaba que los espías del gobernador no tardarían en descubrir esa nueva ruta de tráfico de personas, y, al percibir la desazón e impaciencia de su mujer, decidió que esa misma noche Zeynep escapara de la isla para reunirse con sus familiares en Esmirna.

Todo esto lo sabemos a partir de las cartas de Pakize Sultan. Es una información de primera mano que no aparece en ningún libro de historia de Minguer. Sin embargo, ni siquiera nosotros somos capaces de entender en qué debía de estar pensando el mayor cuando tomó esa decisión, así que hemos intentado adoptar un enfoque más de novelista que de historiador. Porque al fin y al cabo sabemos —como lo sabe todo el pueblo minguerense— que el mayor Kâmil no tenía ninguna intención de abandonar la isla y había consagrado su vida a servir a su gente. La única conclusión lógica a la que hemos llegado es que, en realidad, el mayor no quería ayudar a su mujer a escapar de la isla.

—Mis hermanos me han dicho que, si queremos, esta noche el barquero Seyit podría llevarnos en su bote hasta el barco que estará esperando en las inmediaciones de la isla para partir hacia Creta —dijo Zeynep, mirando fijamente a los ojos de su marido.

¿Acaso le insinuaba que se fuera con ella? En el momento en que decidieron que Zeynep se marchara, también

comprendieron lo felices que eran juntos. Su relación de compañerismo y complicidad sexual los había embriagado de un profundo placer que ninguno de ellos había experimentado nunca. Se querían, bromeaban y reían «como niños», utilizando un lenguaje infantil de su propia invención. Pero, al contrario de lo que afirmaron décadas más tarde algunos historiadores estatales y periodistas aprovechados, no estaban descubriendo «las finuras del mágico idioma minguerense, que servía para todo». Desde luego, la historia de la lengua minguerense data de tiempos inmemoriales, y que sus raíces se remontan a las gentes que emigraron desde los lejanos y recónditos valles al sur del mar de Aral. Pero en el año 1901, el minguerense era un idioma rudimentario que, debido a la opresión ejercida por los cruzados, los venecianos, los bizantinos y finalmente los otomanos, había sobrevivido solo en unos pocos barrios de Arkaz y había quedado relegado a un puñado de pueblos montañosos del norte de la isla, y que por esa razón no había podido desarrollar los recursos conceptuales, mentales y espirituales necesarios para describir las complejidades del mundo moderno y de las culturas católica, ortodoxa o islámica.

Mientras preparaba su bolsa de viaje en la habitación del Splendid Palas, Zeynep lloró un poco. Desde pequeña, siempre había llevado encima un peine tradicional con mango de nácar que le había regalado su tía, y acababa de descubrir que se lo había dejado en casa de su madre. La entristecía enormemente pensar que tendría que separarse durante tanto tiempo de ese preciado objeto, que para ella era un amuleto de la buena suerte. El mayor propuso que uno de los guardias apostados a la entrada del hotel para prevenir un posible ataque de Ramiz corriera a casa de su madre para recuperar el peine, pero al final lo único que hicieron marido y mujer fue permanecer abrazados en silencio. Ambos temían que aquella separación se prolongase demasiado.

Hicieron el amor por última vez, sintiendo más pena y tristeza que pasión y placer. Los ojos llorosos de la mujer

minaban la voluntad del mayor. ¿Qué se suponía que debía hacer? Parte de su mente intentaba convencerse de que aquella era la mejor manera de salvar a su mujer, de que cuando por fin acabara la epidemia podría ir a buscarla a Esmirna, y de que si huía de la isla podría librarse de la amenaza de la peste y de la intimidación de Ramiz. Pero sabía que, cuando Zeynep ya no estuviera a su lado, recordaría con amargura esos días y esos momentos felices, y la mirada de sus ojos, y volvería a sumirse en esa soledad que tan bien conocía de sus tiempos en el Hiyaz y en las remotas ciudades de provincias. No podía dejar de contemplar a su mujer, quería retener cada uno de sus rasgos para no olvidarla nunca. Aun así, los lectores de las cartas de la princesa tal vez sospechen que los sentimientos del mayor en ese momento no eran del todo sinceros.

Después de que anocheciera, el mayor se puso ropa de civil, incluyendo un sombrero occidental que le había prestado Lami. Tanto el barquero Seyit como Mecid, que se había encargado de reservar los pasajes, habían hecho especial hincapié en que llevara sombrero. Zeynep le entregó al mayor la bolsa donde había metido todo lo necesario para el viaje. Cruzaron sigilosamente la moderna cocina del hotel Splendid y salieron por la puerta trasera. Parecía que la peste no solo hubiera vaciado las calles, sino que además hubiera ennegrecido aún más la noche. Caminaron como espectros por callejones oscuros y desiertos, oyendo el murmullo del viento entre los árboles. Vieron que muchas puertas de patios estaban cerradas con candado, que en muchas casas no ardían velas ni lámparas, que no había luz por ninguna parte. Pero el pensamiento que dominaba sus mentes no era la epidemia, sino el miedo a la despedida. Mientras avanzaban en silencio hacia el lugar donde el barquero Seyit debía recoger a Zeynep, ambos tenían el presentimiento de que al final, por alguna razón, no se separarían. De lo contrario, tal vez ni siquiera habrían emprendido la marcha.

La pequeña cabaña de pescadores de la cala de la Piedra, la tercera en dirección norte desde la pequeña cala de las

Tabernas, llevaba allí muchísimos años, desde que ambos eran pequeños. Tardaron más en llegar de lo que habían previsto. El destartalado muelle situado delante de la cabaña apenas podía entreverse bajo la luz de la media luna. El sonido de las olas rompiendo suavemente contra las rocas y el susurro de las hojas mecidas por la brisa prácticamente imperceptible daban la impresión de que alguien rondaba por los alrededores, aunque en realidad no había nadie. Marido y mujer se sentaron en un rincón apartado, se abrazaron y esperaron un largo rato en silencio. Más abajo, la espuma de las olas lamiendo los guijarros de la orilla resplandecía como una mancha blanca.

—Cuando estés en Esmirna, te mandaré un telegrama cada día —dijo el mayor.

Zeynep empezó a llorar en silencio. El mar que se extendía ante ellos era tan oscuro como un muro. Mecid y Hadid se reunirían con ellos allí, y después irían todos juntos hasta el muelle donde el barquero Seyit (no uno de sus hombres) les recogería en su bote, pero esperaron y esperaron y no pasó nada. Al cabo de mucho rato, cuando comprendieron que no iba a acudir nadie, por un momento las montañas de los alrededores parecieron iluminarse tenuemente. Las llamas rojas, naranjas y rosáceas se alzaron extrañamente sobre la fosa de incineración. A la luz de aquel resplandor, el mayor vio las lágrimas que se deslizaban por las mejillas de Zeynep.

—¡Pues nos quedamos juntos! ¡Aquí no viene ni se va nadie! —dictaminó el mayor.

A decir verdad, ambos pudieron ver en la expresión del otro que se sentían aliviados. Después de la interminable espera, regresaron al Splendid por las mismas callejuelas sin que nadie los viera. Mientras caminaba cogida de la mano su marido, Zeynep tuvo que confesarse que, a pesar de todo, en el fondo se alegraba de no haberse marchado.

En calidad de historiadores, no podemos aportar ninguna prueba o documento que confirme este intento fallido de fuga, exceptuando lo que dejó escrito Pakize Sultan en sus cartas.

Este es un tema que se ha convertido en tabú entre los historiadores nacionalistas de Minguer, que ni siquiera lo mencionan. Porque les resulta inconcebible que, esa noche, el hombre cuyos actos cambiarían para siempre el destino de la isla pudiera haberse planteado la idea de ayudar a su mujer a escaparse, algo que separaría el destino de su propia familia del destino de la población minguerense.

Lami no tardó en abordarlos cuando llegaron al hotel.

—¡Han rodeado la isla con buques de guerra! —dijo con gran nerviosismo, casi como si les estuviera anunciando la muerte del sultán, tal era la conmoción que reflejaba su voz—. Parece que finalmente el mundo entero ha decidido interesarse por nosotros, habrán venido a acabar con la epidemia… De hecho, Robert Efendi, que se marchó ayer del hotel, ha vuelto a pedir su habitación favorita, la treinta y tres.

El mayor comprendió de inmediato que aquel bloqueo marítimo impulsado por las grandes potencias internacionales significaba que en realidad la isla había sido abandonada a su suerte. Aun así, fingió compartir la optimista conclusión de Lami. Su mujer también quiso verlo como algo esperanzador. Más que nada, estaban contentos de no haberse separado, y sabían que pronto volverían a estar a solas en su habitación del piso de arriba, y que podrían hacer el amor largo y tendido.

40

Las potencias internacionales europeas acordonarían la isla con la cooperación de Estambul; mejor dicho, obligaron a los otomanos a sumarse a esta decisión. Años más tarde, los investigadores académicos consagrados al estudio de la correspondencia diplomática de aquel periodo descubrieron que fue el embajador británico en Estambul quien aconsejó a la Sublime Puerta que, si no enviaban a uno de sus buques, desgraciadamente el bloqueo sería interpretado como una operación dirigida contra el propio Imperio otomano. Sir Philip Currie argumentó que, si colaboraban enviando uno de sus barcos, la vergüenza internacional no recaería sobre el Estado otomano, sino sobre el gobernador y la dirección de cuarentenas de Minguer, que habían sido incapaces de contener la epidemia. El Orhaniye estaba una vez más en reparaciones, así que, por recomendación del ministro de Marina, Abdülhamit acabó enviando el acorazado Mahmudiye.

La decisión del bloqueo fue comunicada por telégrafo al gobernador Sami Pachá y a la dirección de cuarentenas de Minguer a la mañana siguiente. Dado que en los telegramas se decía que se trataba de una medida solicitada por la propia provincia de Minguer para proteger de la peste al resto de sus compatriotas otomanos, el gobernador supuso que esa sería también la explicación oficial que se había dado a la prensa internacional.

Hacia el mediodía, todos los ciudadanos de Arkaz estaban al corriente de que la isla había sido rodeada por acorazados de nacionalidad británica, francesa y rusa —y también por el Mahmudiye, con la bandera otomana de la media luna y la estrella— para impedir que la gente tratara de huir de la isla sin someterse a las normas de cuarentena, las medidas de

aislamiento y los exámenes médicos estipulados por las leyes internacionales. Los minguerenses sabían que el nombre de su isla aparecería en los periódicos de todo el mundo, pero no lo consideraron motivo de orgullo, ya que, por desgracia, esas alusiones no serían nada positivas. No solo habían sido incapaces de acabar con la epidemia de peste, sino que ahora la estaban extendiendo al resto del mundo.

La prensa local dedicó mucho espacio a detallar las características de aquellos barcos de guerra extranjeros enviados para impedir la huida de los fugitivos de la peste (algunas publicaciones ni siquiera disimulaban su satisfacción por ser objeto de tanta atención internacional): el Amiral Baudin francés, construido en 1883, tenía cien metros de eslora; el HMS Prince George británico, botado en 1895, contaba con una excelente artillería. El káiser Guillermo, que deseaba ahorrarse quebraderos de cabeza diplomáticos y tampoco quería ofender a Abdülhamit, había decidido que lo mejor sería no enviar ningún barco. Los ciudadanos de Arkaz no podían ver los acorazados a simple vista. Solo podían vislumbrarse en los días claros y ventosos desde los pueblos montañosos de la isla, desde los monasterios o desde los acantilados rocosos. En cuanto el tiempo se volvía un poco brumoso, los barcos desaparecían misteriosamente del horizonte, dando pie a rumores infundados que afirmaban que los acorazados ya se habían marchado o que en realidad nunca habían venido.

Siguiendo órdenes de Estambul, las autoridades municipales redactaron un bando explicando los motivos del bloqueo y lo colgaron por toda la ciudad en carteles parecidos a los que anunciaron el estallido de la epidemia y la implantación de la cuarentena. En esta notificación se explicaba que el bloqueo no estaba dirigido contra el pueblo de Minguer, sino que se trataba de una medida destinada a combatir a las bandas de delincuentes que se dedicaban a sacar de manera furtiva a las personas que querían huir de la isla.

Sin embargo, el bloqueo marítimo minó profundamente la moral de las gentes de la isla, casi podríamos decir que les rompió el corazón. Para los minguerenses, aquella era la prueba definitiva de que la gobernación había fracasado en su intento de implantar la cuarentena, y de que ahora el mundo entero les estaba diciendo: «¡Ya os las apañaréis por vuestra cuenta, manteneos alejados de nosotros!». Los rums ortodoxos, que pensaban que podían contar con la protección de los europeos y los rusos, ahora se daban cuenta de que los cristianos occidentales siempre anteponían sus propios intereses. Pero la población musulmana de la isla también sintió que Abdülhamit los había abandonado. Algunos empezaron a inventarse mentiras para tratar de engañarse a sí mismos y que aquella terrible situación no les resultara tan dolorosa: decían que el Suhulet, un ferri del sultán ahora utilizado como barco de ayuda, ya venía hacia la isla cargado de soldados, suministros y medicinas; que la cifra de muertos en realidad estaba disminuyendo; que los británicos habían descubierto en la India una vacuna contra la peste, parecida a la de la rabia, que acabaría con la enfermedad de un solo pinchazo, y que el verdadero propósito del bloqueo era ganar un poco de tiempo antes de que llegaran las vacunas. Por lo que respecta a los que hablaban minguerense en sus casas y aquellos que depositaban su confianza en los tekkes y los hocas, su furia iba dirigida principalmente contra los británicos y los franceses que habían ordenado el bloqueo. Se mostraban más tolerantes con Abdülhamit, pensando que se había visto obligado a aceptar las condiciones impuestas por los europeos.

De vez en cuando, la hostilidad de la población musulmana de la isla contra los cristianos también podía convertirse en una especie de ira contra la burocracia otomana, el gobernador y las fuerzas militares. Prácticamente todos los minguerenses habían llegado una conclusión fundamental: después de cincuenta años de medidas reformistas anunciadas por el Estado otomano durante los últimos cincuenta años para seguirles el juego a los europeos, después de todas las

reestructuraciones legales —en parte por la presión occidental, en parte por sincera convicción— para garantizar la igualdad entre los cristianos y los musulmanes del Imperio, ahora Europa abandonaba a la isla a su suerte en uno de los momentos más críticos de su historia. Como había tanta gente que pensaba y sentía de ese modo, lo cual estaba socavando los esfuerzos de la cuarentena, era esa parte de la población la que más preocupaba al gobernador pachá, y no la ciudadanía rum. Por otro lado, puesto que el éxito de la cuarentena radicaba en gran parte en la buena colaboración entre el gobernador y los miembros de la dirección de cuarentenas, formada principalmente por doctores rums, la epidemia había supuesto un acercamiento entre los rums y los musulmanes más cultivados de la isla, dos grupos que hasta entonces no habían tenido demasiada relación más allá de la burocracia y los negocios. Además, el gobernador no pensaba que hubiera ningún tipo de conspiración política detrás de este reacercamiento, ya que el gobierno griego siempre se había preocupado genuinamente por la salud de la población grecohablante de la isla.

En los tres días que siguieron, no dejó de llover. Cada primavera, esas lluvias no solo hacían revivir la abundante vegetación de la isla y sus numerosas urracas y babosas, sino que también provocaban inundaciones. Y como cada año, el riachuelo de Arkaz se desbordó, sus torrentes de aguas enfangadas anegaron las callejuelas, y las aguas del puerto se volvieron de un color amarillento oscuro, con una consistencia parecida a la de la boza. El gobernador pachá, mientras alternaba entre procrastinar y enfrentarse por enésima vez a los problemas más apremiantes del día, permanecía sentado largos ratos ante la ventana de su despacho viendo cómo las aguas de la bahía frente al castillo adquirían un tono azul verdoso y las que rodeaban el faro Árabe se volvían de un azul más oscuro, y observando cómo la fortaleza volvía a desaparecer de la vista bajo otro repentino chaparrón, mientras alternaba entre

procrastinar y enfrentarse por enésima vez a los problemas más apremiantes del día.

—Si enviamos más soldados a las calles y metemos a más gente en la prisión o en el área de aislamiento, al final estallará una revuelta —le había dicho en una ocasión al doctor Nuri—. Estamos encerrando en el castillo a más de quince personas al día, entre los sospechosos de estar contagiados y todos esos delincuentes, ladrones oportunistas, saqueadores y demás gentuza que se salta la cuarentena.

Después de que amainaran las lluvias, el gobernador pachá y el doctor Nuri empezaron a caminar con cierta asiduidad por los barrios de Çite, Germe y Kadirler, por donde más se había propagado la enfermedad. Los acompañaban los escoltas del gobernador, así como el mayor y sus soldados de la División de Cuarentena, y durante esas expediciones de veinte o veinticinco minutos todos podían ver con sus propios ojos la situación que se vivía a pie de calle, y las angustiosas desavenencias y peleas que tenían lugar en los barrios más afectados.

La ciudad estaba tranquila y olía a lisol. Los soldados habían desinfectado con cal los troncos de los árboles, los muros de piedra y madera de los patios y las plantas bajas de las casas, y el gobernador pachá tenía a veces la impresión de estar andando por una localidad foránea. Esa extraña sensación se agudizaba por la desolación que reinaba en las calles. Ya nadie caminaba uno al lado de otro, ni en grupos de más de dos. El gobernador se estremecía cada vez que se paraba en el puente de Hamidiye, por el que había pasado al menos dos o tres veces al día durante los últimos cinco años, y al mirar hacia la ciudad y el mercado veía que más de la mitad de las tiendas habían echado el cierre.

Su sensación de desasosiego aumentaba cada vez que observaba aquellos hombres que se acurrucaban en algún rincón como si quisieran esconderse, individuos solitarios que se ensimismaban sentados sobre las rocas a ambos lados del

riachuelo u observaban el mar con la mirada perdida desde los muelles, o los comerciantes que se veían obligados a cerrar sus tiendas. Incluso alguien que no fuera de la ciudad percibiría rápidamente que aquella era una situación excepcional, que la mayoría de la gente se había refugiado en el interior de sus casas, protegiéndose tras los muros de sus patios y atisbando a través de ventanas, postigos y rejas. El miércoles 19 de junio, día en el cual morirían diecisiete personas, el gobernador pachá observó que, después de las lluvias torrenciales, las puertas de muchas de las tiendas cerradas también habían sido tapiadas a conciencia con maderas. Algunas las habían clausurado las autoridades para evitar que los mismos propietarios volvieran a entrar tras haber sido desinfectadas, y también para impedir el paso a ladrones y microbios. Pero, un mes y medio después de la implantación de la cuarentena, muchas de las medidas adoptadas con vigor durante los primeros días ahora habían sido abandonadas, y a diario surgían nuevos desafíos y situaciones incongruentes.

El cierre de las casas y las tiendas con tablones quizá no fuera estrictamente necesario desde un punto de vista microbiano y epidemiológico, pero a medida que los doctores iban dejando de lado esta medida, los tenderos se veían obligados a implantarla por su cuenta para prevenir actividades criminales como ocupaciones, robos y pillajes. Al principio se había exigido a los propietarios el pago de un impuesto adicional para cubrir los gastos de madera y tapiado, pero pronto se vio que aquello era un error y al final hubo que retirarlo, y poco a poco se fueron clausurando cada vez menos edificios. La progresiva relajación de las medidas preventivas era un frecuente tema de debate entre el gobernador y el doctor Nuri. El mayor solía escuchar en silencio sus deliberaciones, impresionado por cómo sopesaban y evaluaban la «intensidad de la cuarentena». Los lectores de las cartas de Pakize Sultán observarán que el gobernador se quejaba a menudo de tener que aliviar constantemente las medidas de cuarentena por

culpa a raíz de los telegramas implacables que llegaban a diario de Estambul.

En los cinco días posteriores al inicio del bloqueo, murieron un total de ochenta y dos personas. Es curioso que, teniendo en cuenta la situación, a todo el mundo le sorprendiera que el comandante de la guarnición, Mehmet Pachá de Edirne, también falleciera. Solo un poeta —ni siquiera un novelista y aún menos un historiador— podría describir la sensación de desesperanza que empezó a impregnar la ciudad de Arkaz a mediados de junio. Era una sensación de desesperación e impotencia que paralizaba a la gente, que les impedía actuar con sensatez y tomar las precauciones necesarias. Era un sentimiento que parecía decir «Todo es en vano, estamos perdidos». Evidentemente no estaban muriendo todos, pero todos sentían que estaban atrapados en aquella isla y que, por mucho que se escondieran, tarde o temprano la muerte los encontraría.

Ahora ya no solo los rums, sino también una parte considerable de los musulmanes, se arrepentían de no haber huido de la ciudad antes de la implantación de la cuarentena. Es por eso por lo que, con las rutas oficiales suspendidas por el bloqueo internacional, pequeños barcos de carga y pesqueros volvieron a surcar las aguas cercanas a la isla y, después de un parón provisional, los barqueros retomaron sus actividades clandestinas para sacar a los que querían escapar de la isla. Los capataces de esas cuadrillas, que se estaban forrando con estas actividades, también ponían en circulación rumores y mentiras para embaucar a sus clientes potenciales. Decían, entre otras cosas, que en realidad el acorazado británico HMS Prince George y el francés Amiral Baudin ya no estaban rodeando la isla, que por la noche se retiraban al puerto cretense de La Canea y que, por tanto, a altas horas de la madrugada la vía marítima quedaba despejada. La historia que sí fue verdad, y que sin embargo no llegó a oídos los isleños de la época, fue la de un barquero que, con la ayuda del viento y a favor de las corrientes, consiguió llevar hasta la costa de

Creta a los tres miembros de una familia remando durando dos días seguidos. Los lectores que sientan curiosidad por esta proeza deberían leer las deliciosas memorias del niño de aquella familia, publicadas en Atenas en el año 1962 con el título *Los remos, nuestro viento* .

Al principio, esta nueva modalidad de tráfico se llevaba a cabo con un secretismo absoluto. Pero cuando se dieron cuenta de que ni los hombres del gobernador ni los soldados de cuarentena mostraban tan poco interés en perseguirlos como antes, los barqueros agilizaron sus operaciones. Fue en aquel periodo de intensa actividad cuando una barca cargada con demasiados pasajeros se hundió una noche en las aguas agitadas por un intenso oleaje. O, más bien, fue hundida de forma deliberada. En cualquier caso, más de quince rums minguerenses murieron ahogados.

En un principio se habló de lo ocurrido como si hubiera sido un accidente, pero desde el primer momento los isleños intuyeron una «mala fe» en el hundimiento de la embarcación contrabandista. Recordemos que en aquellos días los minguerenses estaban convencidos de que habían sido abandonados a su suerte y siempre buscaban a alguien a quien culpar de sus desgracias. Pero seguramente no iban tan mal encaminados: en los años setenta, historiadores soviéticos demostraron mediante una serie de documentos que aquella barca bautizada como Topikos, y que transportaba a diecisiete pasajeros, había sido hundida por un disparo de cañón del acorazado ruso Ivanov. Al ver que, a pesar del bloqueo marítimo, el tráfico de fugitivos no decaía, las potencias internacionales tomaron la decisión, a instancias de los británicos, de hundir una de aquellas barcas para que sirviera como ejemplo. En teoría, el plan consistía en rescatar a los pasajeros de la nave hundida y devolverlos a la isla, pero a altas horas de la noche la situación se descontroló. La barca de los fugitivos, tal vez cegada por la oscuridad, avanzó directamente hacia el acorazado ruso. En el último momento, el Ministerio de Asuntos Exteriores ruso optó por no ofrecer

una declaración oficial de cómo el Ivanov se había visto obligado a defenderse contra el ataque de una «barca de enfermos». Todavía hay muchos aspectos no esclarecidos de aquella tragedia, que causó una profunda impresión en el ánimo de los minguerenses. A lo largo de los días siguientes, los cadáveres que llegaban flotando hasta las orillas y las calas despertaron un nuevo tipo de horror en los isleños: comprendieron como nunca antes que, en efecto, se habían convertido en prisioneros en su propia isla.

41

El sábado 22 de junio (murieron veintiuna personas ese día) la División de Cuarentena adiestrada y comandada por el mayor Kâmil contaba ya con sesenta soldados. Más de la mitad procedían de los barrios de Turunçlar, Bayırlar y Arpara. La mayoría se habían criado hablando minguerense con sus amigos de la calle o con sus padres y abuelos, y algunos de ellos todavía lo hablaban en sus casas. Pero los soldados de cuarentena no pensaban que hubieran conseguido ese trabajo debido a su identidad lingüística, sino gracias a los vínculos de amistad que mantenían con los vecinos del barrio y los colegas de infancia. La mayoría rondaban la edad de treinta años, aunque el mayor también había reclutado a un padre y un hijo del barrio de Bayırlar. Gracias a que el gobernador había reservado una partida especial del presupuesto provincial, los soldados habían recibido por anticipado sus primeros salarios.

Cada mañana, después de participar en la reunión delante del mapa epidemiológico, el mayor iba a la guarnición en el landó blindado del gobernador, instruía a los soldados de cuarentena e inspeccionaba el estado de sus uniformes. A algunos de los reclutas les gustaba tanto su nuevo uniforme que casi nunca se lo quitaban, y lo llevaban puesto por casa y por el barrio, no sin cierta petulancia. Seguidamente, los soldados recibían sus órdenes y eran enviados a los lugares que el doctor Nuri y el doctor Nikos habían decidido durante la reunión matinal. Por ejemplo, a Hamdi Baba y dos de los soldados se les encargaba ir a apaciguar a los residentes de una casa que estaba siendo vaciada cerca del muelle de la Piedra; a los hermanos Mecid y Hadid, si no estaban ocupados con el carro de la cuarentena, se les ordenaba trabajar en las tiendas de campaña del patio del hospital Hamidiye, puesto que uno de los ujieres había muerto y el otro había escapado; y al padre

y al hijo antes mencionados se los enviaba a echar a dos personas que se habían atrincherado en la torre del reloj en construcción (de hecho, esta era una labor para los policías, pero los dos individuos refugiados en lo alto de la torre anunciaban a los que se les acercaban que estaban infectados, e incluso que ya tenían fiebre).

Según el doctor Nuri, el que hasta ese momento no hubiera enfermado ninguno de los soldados de cuarentena era una prueba bastante convincente de que el microbio de la peste se transmitía más fácilmente de las ratas a los humanos que entre las personas. Siguiendo la recomendación del damat doctor, el mayor instaló a la División de Cuarentena en un dormitorio aparte dentro de la guarnición para mantener a los soldados alejados de la enfermedad. La mayoría procedían de los barrios donde la peste estaba haciendo más estragos, por lo que había una amenaza real de contagio. Pero el mayor era consciente de que muchos de ellos preferían dormir en sus casas —junto a sus mujeres y familias, o bajo el techo de sus padres— y no en aquel dormitorio rudimentario y, aunque sabía que algunos de ellos rompían la disciplina, estaba tan satisfecho del rendimiento de sus tropas especiales que decidió no hacer nada para no desmoralizarlos.

Esa mañana, después de enviar a más de la mitad de los soldados de cuarentena a distintos barrios de la ciudad, el mayor Kâmil reunió a sus veinte reclutas de más confianza y le dio a cada uno tres balas procedentes del arsenal, suministradas por el comandante de la guarnición. Luego les ordenó que cargaran sus fusiles. A todos les inquietó un poco la orden, pero la acataron y metieron las balas en sus fusiles con un gran repiqueteo metálico. El mayor situó al frente del grupo a Hamdi Baba. También asignó al equipo a Mustafa, un recluta del barrio de Bayırlar, y a los hermanos Mecid y Hadid, a quienes habían destinado días antes, por fin, a labores de escribanía. Durante los últimos dos días, el mayor había preparado a ese grupo selecto para la acción que iban a realizar, pero sintiendo la necesidad de recalcarles algunos

aspectos importantes, les explicó de nuevo que lo que harían a continuación ayudaría a combatir la maldita enfermedad, que no debían tener miedo, y que probablemente ni siquiera tendrían que utilizar las armas, aunque tal vez habría que disparar un par de veces al llegar a la oficina de correos. Había hablado con todos ellos por separado para explicarles que iban a proteger la central de telégrafos, y que esa operación era esencial para acabar con la desdicha de la peste. En el último momento, después de repasar una vez más lo que se disponían a hacer, terminó su discurso con una mentira improvisada, diciendo que el gobernador pachá estaba al tanto de la operación.

Los soldados de la División de Cuarentena, encabezados por el mayor, salieron por la puerta principal de la guarnición (los centinelas que la abrieron los saludaron al pasar) y descendieron a un paso de marcha tranquilo pero constante por el camino empinado que muchos años después sería conocido como la bajada de Hamdi Baba. Avanzaron en silencio entre las buganvillas moradas y los jardines verdísimos con olor a lisol y madreselva del barrio de Eyoklima, oyendo el zumbido de las abejas a su alrededor. Entraron por la puerta trasera de la iglesia de Hagia Yorgi, cruzaron el gran patio principal —que conocían perfectamente porque habían asistido a su desinfección en múltiples ocasiones, y que ahora olía a almendras y muerte— y continuaron lentamente en dirección al mar. Normalmente, la puerta principal de la iglesia estaba atestada multitudes agitadas de ciudadanos que cargaban con ataúdes y a veces discutían entre ellos, pero ese día solo había un par de indigentes dejados de la mano de Dios sentados en las escaleras de la entrada, y un puñado de figuras oscuras entre las sombras que los observaban pasar con ojos temerosos.

Los soldados marcharon por las calles con aroma a lisol que recorrían varias veces al día, pasaron por delante de la sede de la gobernación sin aminorar el paso y salieron a la avenida Hamidiye, y dos minutos después llegaron al edificio

de correos. No los había visto demasiada gente, y los que los habían visto pensaban que iban camino de resolver alguna disputa relacionada con la cuarentena.

Tal como habían planeado, los hermanos Mecid y Hadid y otros tres soldados rodearon el patio que daba a la puerta trasera del edificio. El mayor y otros siete de sus hombres subieron la escalinata hasta la entrada principal. Mientras tanto, en la plazoleta donde tiempo atrás, cuando los barcos del correo llegaban con menos frecuencia, la gente se congregaba para esperar a que les entregaran sus paquetes y cartas, los otro ocho soldados de la brigada especial se plantaron dando la espalda al edificio, para dejar claro a los curiosos que rondaban por la zona que la situación estaba bajo control. No había demasiada gente por los alrededores, pero pronto los transeúntes que circulaban por la avenida Hamidiye, al enterarse de que estaba pasando algo raro en el edificio de correos después de atisbar a los soldados de cuarentena que había en la entrada, empezaron a congregarse en la puerta.

El mayor entró al edificio. A aquella hora temprana, solo había cinco personas en la oficina de correos. Algunos eran criados a los que habían mandado desde mansiones ricas; otros eran caballeros refinados que vestían levita y sombrero. Habían acudido para enviar telegramas a lugares como Estambul, Esmirna y Atenas. El mayor conocía a esa clase de clientes, ya que había visto a muchos cuando traía las cartas de Pakize Sultan. La mayoría de sus telegramas contenían cosas como «Estamos bien» o «Esto es un desastre, pero nosotros nunca salimos de casa». (Cuando alguien moría, los que vivían en la misma casa no tenían tiempo de enviar telegramas, ya que los soldados de cuarentena se los llevaban de inmediato al área de aislamiento). El mayor también observó que no había ningún musulmán en el edificio. Desde hacía un tiempo había empezado a fijarse en ese tipo de detalles.

Cuando el mayor se estaba acercando al funcionario con cara de rana al que conocía de entregarle las cartas de Pakize Sultan, el director de Correos bajó por las escaleras. Desde su

despacho del piso de arriba había visto que estaba pasando algo fuera de lo normal.

—¿Nos trae una nueva carta de Su Alteza? —preguntó con una amable sonrisa.

De tanto ir y venir de la oficina, el mayor había trabado cierta amistad con el director de Correos, Dimitris Efendi, que había sido enviado a la isla desde Estambul doce años atrás. No era minguerense. Era un rum de Tesalónica que, después de trabajar en las oficinas de telégrafos más antiguas del Estado otomano como ayudante, había ingresado en la Academia Imperial de Telegrafía de Çemberlitaş, en Estambul, donde a lo largo de los años había aprendido todos los entresijos relativos a enviar telegramas en francés y en turco. En los primeros días de la peste, mientras los funcionarios pesaban las voluminosas cartas de Pakize Sultan, calculaban los precios y determinaban qué sellos se necesitarían, Dimitris Efendi solía entablar conversación con el mayor, hablando sobre todo de Estambul: le explicaba historietas sobre las clases que los ingenieros de telegrafía le habían impartido en francés, se dejaba llevar por sus recuerdos nostálgicos de la ciudad en aquellos tiempos, y le preguntaba cómo estaban las cosas por allí últimamente.

—¡Esta vez no vengo con ninguna carta! —dijo el mayor —. Esta vez he venido a tomar el control de la oficina de correos.

—¿Cómo dice…?

—A partir de este momento, la oficina de correos queda cerrada.

—Debe de tratarse de algún error, señor… —dijo Dimitris Efendi.

Al mayor le mosqueó que lo dijera tan seguro de sí mismo, como si simplemente estuviera corrigiendo el número de letras o la tipografía de algún telegrama o señalando algún fallo técnico.

—¡Obedezca! —exclamó, como si le estuviera confesando un secreto.

—Pero como mínimo es necesario algún tipo de explicación…

El mayor se apartó del mostrador (donde alguien había colocado un pequeño incensario, una medida de protección que no habría desentonado cuarenta años atrás) y se dirigió hacia la puerta principal para hacer entrar a Hamdi Baba y los otros dos soldados que esperaban en la entrada. Su gestualidad era intencionadamente exagerada, como si quisieran que Dimitris Efendi y los demás trabajadores de correos los tomaran en serio. Los funcionarios estaban familiarizados con Hamdi Baba y los otros soldados, con quienes se cruzaban a menudo por la calle, y sabían que no tenían ningún problema en meterse en peleas, usar la fuerza bruta e incluso, si era necesario, disparar sus armas.

Desde hacía algunos días, el desorden de que reinaba en la oficina de correos —el batiburrillo de cartas dentro de sacos y cajas, esparcidas sin ton ni son sobre los mostradores, el estado excesivamente desorganizado de las cestas— había molestado al mayor. Cuando era pequeño, la oficina de correos era un espacio inmaculado, tan limpio y resplandeciente como las postales enmarcadas que colgaban de las paredes, tan ordenado y pulcro como la cocina de una hacendosa ama de casa. Las medidas de cuarentena no eran excusa para justificar el caos actual, ya que en el último congreso internacional de salud se había aseverado que no era necesario desinfectar los papeles y periódicos y no había ningún problema en enviar y recibir cartas. Si el ritmo de trabajo había disminuido, ello se debía a que ya casi no llegaban barcos de correos y a que algunos funcionarios, temiendo infectarse, habían abandonado sus puestos y huido de la ciudad. Cuando el mayor ordenó que nadie subiera al piso de arriba y apostó a uno de sus hombres al pie de la escalera, todos los que estaban en el edificio comprendieron que aquella operación había sido preparada de antemano.

En ese momento, un cliente, cuyo chalequillo tradicional revelaba que era un viejo minguerense de pura cepa, se acercó al director de la oficina. Este hombre había enviado a Estambul hacía un mes un paquete certificado de gran valor con acuse de recibo a bordo del barco Guadalquivir de Messageries Maritimes, pero todavía no le había llegado la confirmación de «recibido». El director de correos ya le había explicado en un par de ocasiones —ya que esta era la tercera vez que acudía a reclamar— los trámites que debía hacer si quería asegurarse de que el paquete había llegado sin problemas. En la última semana, el anciano se había pasado cada dos días por la oficina para discutir con los funcionarios blandiendo un nuevo documento oficial ratificado por la gobernación donde se estipulaba que todas las sacas de correo certificado que hubieran sido devueltas debían abrirse hasta encontrar el valioso paquete y devolvérselo a su propietario.

Cuando la discusión en rum entre el anciano y el director de correos llegó a un punto muerto, el mayor aprovechó para reiterar sus intenciones.

—Ya es suficiente, se acabó la discusión —dijo en turco—. ¡A partir de este momento, todas las operaciones de la oficina de correos quedan suspendidas!

Se dirigió a toda la sala, pronunciando sus palabras en una voz lo suficientemente alta como para que todos las escucharan. El director de correos le dijo algo en rum al viejo del chaleco y le hizo un gesto para que se marchara. Los otros clientes, ya de por sí turbados por la presencia de los soldados, habían empezado a encaminarse hacia la puerta.

—Cuando dice «operaciones», ¿a qué se refiere?

—¡Deben cesar todas las actividades! No se enviarán ni recibirán más telegramas —dijo el mayor.

El director de la oficina señaló con la mirada hacia un cartel que colgaba de la pared. Redactado junto con el director de cuarentenas y con la aprobación del gobernador una semana

después de que se declarara oficialmente la cuarentena, el cartel explicaba en turco, francés y rum las nuevas normas a las que debían someterse los clientes: tenían que entrar de uno en uno, y no podía haber dos personas juntas; estaba prohibido tocar a los funcionarios, estos tenían derecho a utilizar incienso, y nadie podía poner objeciones a que los desinfectaran con lisol. La proporción de gente alfabetizada en Minguer, especialmente entre los musulmanes, no superaba el diez por ciento, pero con los esfuerzos del gobernador y el director de cuarentenas, en muchas tiendas, hoteles y restaurantes de Arkaz, incluso en espacios públicos abiertos y los muros de algunas casas, se habían colgado placas similares.

—¿También se está prohibiendo la circulación de telégrafos? —preguntó Dimitris Efendi—. ¿Esto qué tiene que ver con la peste?

—No se está prohibiendo. Serán sujetos a una inspección, y entrará en efecto una nueva regulación.

—Un cambio de este tipo solo podría acatarse con una decisión directa del gobernador pachá. ¿Tiene alguna orden firmada? Es usted un joven brillante, y su futuro es incluso más brillante. Pero vaya con cuidado.

—¡Hamdi Baba! —El mayor llamó al viejo soldado de cuarentena conocido por todos.

Hamdi Baba se bajó del hombro el fusil de infantería Máuser. Consciente de que todo el mundo lo observaba, quitó el seguro del arma y metió la bala dentro del cañón con gran parsimonia. El repiqueteo metálico del arma dio paso a un silencio sepulcral dentro de la sala. Bajo la tensa mirada de todos los presentes, Hamdi Baba se apoyó el fusil contra el hombro y apuntó de forma lenta y cuidadosa.

—Está bien, me ha quedado claro —dijo el director de correos Dimitris.

Hamdi Baba abrió el ojo que había cerrado para apuntar mejor, echarle una mirada al mayor y así confirmar que debía continuar con el plan previsto.

Un funcionario de envíos telegráficos que estaba cerca de la punta del cañón se apartó a un lado. Un escribano y un hombre con sombrero que se habían quedado junto a la puerta salieron apresuradamente.

Hamdi Baba apretó el gatillo. Se produjo una explosión ensordecedora. Muchos de los presentes se tiraron al suelo. Algunos intentaron esconderse debajo de las mesas y refugiarse detrás de los mostradores.

Hamdi Baba disparó dos veces más, ajeno a cuanto lo rodeaba.

—¡Alto el fuego! —ordenó el mayor—. ¡Arma al hombro!

Los dos primeros disparos habían impactado de lleno en el reloj suizo Theta que colgaba de la pared, haciendo estallar su cristal en mil pedazos. La última bala había penetrado en la caja de madera de nogal del reloj y se había perdido por el otro lado de la pared; los presentes tuvieron la sensación de que había desaparecido como por arte de magia. Un denso olor a pólvora quedó flotando en la espaciosa sala.

—Nosotros también hemos tenido suficiente —dijo el director de correos Dimitris—. Les ruego que no vuelvan a disparar aquí dentro.

—Me alegro de que lo haya entendido —dijo el mayor—. Ahora tenemos una serie de propuestas que nos gustaría plantearle.

—Nunca me enfrentaría a un soldado del gobierno armado con un fusil —repuso Dimitris Efendi—. Lo mejor será que subamos a mi despacho. Ahí atenderé a sus exigencias.

El mayor percibió cierto tono de burla en la voz del director. Envió a Hamdi Baba afuera para calmar a los ciudadanos que habían acudido al oír el ruido de los disparos.

A todos los que se acercaban a la entrada y preguntaban qué diablos estaba pasando, los hermanos Mecid y Hadid les decían que, por órdenes del mayor, todas las operaciones de envío y recepción de telegramas habían sido suspendidas, pero que, en cuanto llegaran nuevos barcos de paquetería y correos, la distribución se llevaría a cabo como siempre. Lo único que se había interrumpido eran los servicios de telegrafía. Como nadie parecía creérselo del todo, se colgó en la puerta una notificación en turco, rum y francés. Aun así, no aflojó el tropel de personas que acudían a la puerta y exigían que les dejaran enviar sus telegramas.

42

Los hechos narrados en el capítulo anterior han pasado a la historia de Minguer como el Golpe de la Oficina de Telégrafos. Es cierto que esta designación es incorrecta, ya que, técnicamente, los acontecimientos tuvieron lugar en el edificio de correos. Pero, en cualquier caso, los historiadores, las autoridades estatales y los ciudadanos coinciden en que el Incidente de la Oficina de Telégrafos, como también es conocido, marcaron el inicio del «despertar nacional» de la isla. Durante los últimos ciento dieciséis años, la fecha del 22 de junio ha sido conmemorada como el Día del Telégrafo, una jornada festiva durante la cual cierran las escuelas y las oficinas. En el marco de las celebraciones, los funcionarios más veteranos de correos se ponen las gorras planas tradicionales y recrean la marcha cuesta abajo que aquella mañana hicieron los soldados de cuarentena desde la guarnición hasta la oficina de correos. ¿Acaso han olvidado los isleños de hoy día que el «regimiento» procedente de la guarnición no estaba formado por funcionarios de telégrafos, sino por soldados? Que el acontecimiento no sea *rememorado* como un asalto a mano armada que implicó el uso de la fuerza, sino como una proeza jubilosa de carácter «modernizador», es algo que algunos «historiadores» nacionalistas explican alegando que el pueblo minguerense siente animadversión por la violencia.

Tras asegurarse de que el director de correos acataría sus órdenes al menos durante un tiempo, el mayor regresó a los brazos de su mujer en el hotel Splendid Palas. No salió de su habitación en las siguientes dos horas. Un tiempo después declararía a los periodistas que en aquellos momentos se había sentido excepcionalmente eufórico.

Cuando las campanas de la iglesia de Hagia Triada dieron la una de la tarde, el mayor salió del hotel por la puerta de la cocina y fue andando hasta la sede de la gobernación. La plaza Hamidiye y los alrededores de la torre del reloj en construcción estaban completamente vacíos, al igual que la zona del puente de Hamidiye, que siempre estaba abarrotada de vendedores, paseantes y policías de paisano disfrazados de castañeros o floristas. Al pasar por delante del edificio de correos, comprobó que los soldados que había apostado en la entrada seguían en sus puestos. Podríamos decir que, durante esa caminata, el mayor se estaba acercando cada vez más a lo que hoy día llamamos historia.

El mayor entró en la sede de la gobernación lleno de confianza y determinación. ¡Se sentía tan satisfecho como un jugador de ajedrez que acaba de realizar un movimiento brillante e inesperado! Lo condujeron directamente al despacho del gobernador, donde también estaba el doctor Nuri.

—Ruego que nos explique por qué ha hecho esto. ¿Qué tiene de bueno? ¿Cómo arreglará nuestra situación? —preguntó el gobernador, visiblemente furioso—. ¿De qué nos sirve estar desconectados del mundo en plena epidemia?

—Pero, excelentísimo pachá, usted siempre ha dicho que, «si dejaran de llegar telegramas de Estambul durante unos días», podría acabar rápidamente con cualquier resistencia contra la cuarentena.

—¡Esto no es ninguna broma!

—Querido pachá —intervino el doctor Nuri—, si usted lo ordena ahora mismo se pueden restablecer las comunicaciones telegráficas y podremos seguir recibiendo órdenes de Estambul y el Mabeyn en cuestión de horas. O tal vez podríamos esperar un poco y decir que las líneas se están reparando… Así, durante un par de días nadie nos mareará la perdiz, que era lo que usted deseaba…

—Puede estar seguro de que nadie va a interferir en nuestros asuntos —dijo el gobernador Sami Pachá. Luego se giró hacia el mayor—. Queda usted arrestado.

Entraron dos guardias, y el mayor no ofreció ningún tipo de resistencia. Antes de que se lo llevaran para encerrarlo en una celda del primer piso, el gobernador le dijo que se aseguraría de que los dos hermanos de su esposa cuidaran de ella. Sami Pachá quedó impresionado por el aplomo, la dignidad y la actitud resuelta del mayor.

No cabe ninguna duda de que la firmeza demostrada por el mayor se debía al hecho de que *sentía* que su Golpe de la Oficina de Telégrafos había triunfado. Ya desde el principio, incluso antes de que se lo empezara a llamar oficialmente como tal, aquel acontecimiento se convirtió en un destello de esperanza para la gente. A esas alturas, todo el mundo era ya presa del miedo: incluso los «fatalistas» a los que los europeos despreciaban erróneamente, incluso aquellos insensibles e insensatos que se burlaban del miedo de sus vecinos más aprensivos. El bloqueo internacional y el hundimiento de la barca de fugitivos habían caído con todo su peso sobre la gente, intensificando la profunda sensación de encarcelamiento en la isla. En otros tiempos, cuando los minguerenses leían en los periódicos las terribles noticias que llegaban de otros lugares, solían darle gracias a Dios por vivir en aquella remota isla, lejos de las guerras, los desastres y las desgracias que asolaban al resto del mundo. Pero ahora esa agradable sensación de distanciamiento que les proporcionaba la isla se había convertido en una maldición.

La luz de mediados de junio, a veces incolora y pálida, a veces de un color amarillo pajizo, se extendía sobre toda la ciudad, dándoles a los isleños la sensación de que habían sido condenados a su propio infierno particular. Era como si la peste morara en el amarillo del cielo, acechando en todo momento a las gentes de Minguer, tomando la fatídica decisión, sin pensárselo mucho, de cuál sería la siguiente alma que arrebataría.

Una parte sustancial de la población —en su mayoría musulmanes— que creía que la peste había sido traída «de fuera» estaba convencida de que las potencias que habían introducido la enfermedad eran las mismas que ahora los habían rodeado con buques de guerra sin ningún tipo de pudor. Algunos cristianos también compartían esa opinión.

El gobernador pachá fue de los primeros en percatarse de ese extraño estado anímico que estaba arraigando rápidamente entre la gente. En cuestión de horas, sus informadores le comentaron que el encarcelamiento del cada vez más popular mayor Kâmil había hecho crecer la indignación entre los comerciantes musulmanes y los vecinos más pendencieros de los barrios de Vavla y Kadirler, y también entre los rums que condenaban las acciones del gobernador.

—Ahora ya nadie interferirá más en sus asuntos —le dijo el doctor Nuri ese mismo día cuando estaban sentados delante del mapa epidemiológico.

El gobernador quiso rememorar un recuerdo dulce.

—Cuando éramos jóvenes, los empleados de la secretaría dirigida por el difunto Fahrettin Pachá (que vivió en una mansión vecina a la nuestra durante un tiempo), al salir del trabajo nos encontrábamos a veces con los chicos de la Oficina de Traducción del otro lado de la calle, y pasábamos largas veladas discutiendo sobre cómo sería para nosotros un país ideal. En una de aquellas noches de plática, un funcionario de Nazilli llamado Necmi planteó la siguiente pregunta: «Si alguno de ustedes se convirtiera hoy en el gran visir, es decir, si tuviera todo el poder en sus manos, ¿qué haría por el bienestar de la nación?».

—¿Y usted qué respondió, querido pachá?

—Como seguramente había informadores y espías entre nosotros, hice igual que los demás: recé largo y tendido por la salud de nuestro sultán, Su Majestad el gran Abdülaziz, y lamentablemente solté un puñado de tonterías. ¡Me deprimió

mucho tener que decir aquellas sandeces! Dije que «daría mayor importancia a la ciencia y la educación, cerraría las madrasas, fundaría universidades siguiendo el modelo europeo». Durante años siguió atormentándome aquella pregunta, reflexionando sobre lo que debería haber respondido, cuál habría sido una respuesta más interesante y cautivadora… ¡Debo confesar que a veces me dejo llevar por la exasperación y pienso que deberíamos castigar a todos esos canallas y charlatanes como se merecen! Me enfurezco con todos esos mulás que han aguado nuestros esfuerzos de cuarentena, y con esos hocas curanderos que tienen la desvergüenza de bendecir papelitos contra la peste. También me tocan las narices todos esos cónsules que no hacen más que fastidiar. Pero ¿sabe?, últimamente creo que lo mejor que podría pasarle a esta isla sería que se esfumaran todos los cristianos.

—¿Por qué, querido pachá? ¿Y si no quieren marcharse? ¿Qué hacemos, los matamos a todos?

—Por supuesto que no, Dios no lo quiera. Aunque quisiéramos, no podríamos hacerlo. La mayoría de ellos son gente trabajadora, despierta, inteligente, de buen corazón. Pero me produce una gran angustia el quedarme de brazos cruzados mientras está muriendo toda esa gente por culpa de su indisciplina, de su obstinación, de su ignorancia… Y ahora vendrán corriendo todos esos cónsules despreciables, cada uno con una queja distinta, una amenaza distinta, una mentira distinta, para exigirme que reabra la oficina de correos. Quizá haya llegado la hora de ponerlos a raya de una vez por todas.

—¡Querido pachá, no se precipite! Si se excede, también ellos se rebelarán contra la cuarentena, aunque sea por puro despecho. Podría anunciar que se ha producido un fallo técnico en la oficina de correos y se ha interrumpido la línea con Estambul. También podría decirles a los cónsules que el mayor ha sido encarcelado por su papel en los hechos, y dejarles bien claro que usted no ha tenido nada que ver con este acontecimiento tan absurdo.

—¡Pero en realidad la línea de Estambul no se ha cortado! —repuso el gobernador—. La línea telegráfica de la oficina de correos sigue traqueteando como siempre. Le he pedido al escribano de desencriptación que descifre los mensajes que vayan llegando.

De hecho, el gobernador ya había leído los dos últimos telegramas. En el primero, Estambul informaba de que el barco de ayuda Sühandan ya estaba de camino y ordenaba al gobernador que llevara a cabo las diligencias necesarias para recibirlo debidamente. En cuanto al segundo telegrama, el gobernador pachá decidió compartir su contenido con el doctor Nuri:

—La Dirección de Cuarentenas de Estambul nos pide que tomemos la temperatura de todos los ciudadanos que pasen por los puntos de control situados en las vías que conectan Arkaz con otras localidades de la isla como Zardost y Teselli. Pero nosotros no tenemos suficientes termómetros. ¿Por qué nos piden que hagamos eso?

El doctor Nuri le explicó que se trataba de una medida de control que se había empezado a implantar en la India, en las zonas rurales donde más se había propagado la epidemia, como la región de Cachemira y los territorios interiores de la provincia de Bombay. «Lo único que le importa a Estambul es que la enfermedad no se extienda al resto de la isla», comentaron enojados. A la mañana siguiente, el gobernador intentó aplacar las coléricas protestas de los cónsules diciéndoles que el mayor ya había sido arrestado…, pero no ordenó que se restableciera el servicio de telegrafía.

43

La mañana del lunes 24 de junio, el gobernador envió a un secretario municipal a la residencia del cónsul británico George Bey —una mansión conocida por sus magníficas vistas en el barrio de Hora—, para invitarle a ir a su despacho. El cónsul, a quien Sami Pachá había incluido deliberadamente en el Comité de Cuarentena, estaba bastante enfadado con él, todo hay que decirlo.

El gobernador tenía en mucha estima a George Bey, ya que consideraba que no tenía nada que ver con el resto de los cónsules. George Bey estaba en Minguer no porque ejerciera de representante de alguna compañía de viajes o empresa mercantil británica, sino porque le gustaba la isla; además, al ser ciudadano británico de nacimiento no era vicecónsul, sino cónsul de verdad. Hacía quince años que había llegado a Chipre como ingeniero contratado por el Estado británico para trabajar en la construcción de caminos, y después de conocer ahí a una chica cristiana ortodoxa minguerense y casarse con ella, se habían marchado de Chipre para instalarse en la isla nueve años atrás. A diferencia de los otros cónsules nativos de Minguer, no explotaba descaradamente las concesiones y las exenciones aduaneras para enriquecerse.

El gobernador pachá también respetaba a este hombre porque trataba a Helen, su mujer, como a una igual: siempre se les veía juntos, paseando y haciendo pícnics, descubriendo los rincones de la isla con las mejores vistas; además, eran una pareja que lo hablaban y compartían todo entre ellos. De hecho, el gobernador había conocido al marido de Marika —que en paz descansase— gracias a ellos. Recordaba con afecto sus primeros años en la isla, cuando lo invitaban a casa del cónsul y, con una copa de vino en la mano y contemplando el espléndido panorama, les aseguraba a George y Helen que

lucharía hasta la muerte contra cualquier cobarde que quisiera arrebatar a los otomanos la isla de Minguer, aquel bello paraje, la joya del Mediterráneo oriental. Aunque tenía la impresión de que en algunos temas —el amor, el matrimonio, y vida cotidiana— lo consideraban tosco y fanfarrón, y sospechaba (quizá de manera infundada) que de vez en cuando se burlaban de él refinadamente, el gobernador sentía el deseo de preservar esa amistad.

Era una pena que, al final, lo que los distanció fuera una disputa acerca de unos libros y una discusión sobre la libertad de expresión, que habían acabado adoptando un cariz inesperadamente tenso. En los tiempos del sultán Abdülhamit II, todos los libros que llegaban desde el extranjero se enviaban en primera instancia desde la oficina de correos a la sede de la gobernación, y no se les entregaban a sus destinatarios hasta que se emitiera una certificación oficial de «aprobado». A veces, la Administración confiscaba los manuales cartográficos e históricos que George Bey había encargado a Londres y París —había consagrado el tiempo libre a escribir una historia de Minguer— porque se los consideraba nocivos, y no se le entregaban hasta meses después. La decisión de si un libro era o no permisible la tomaba un comité que evaluaba su contenido (los miembros de este comité eran tres escribanos que sabían un poco de francés). En vista de lo mucho que tardaban, al final George Bey se había visto forzado a pedirle a su amigo el gobernador que exigiera al comité evaluador que acelerara el proceso, y aquello funcionó durante una temporada. Sin embargo, un tiempo después la entrega de los libros volvió a demorarse en exceso, por lo que el cónsul decidió que empezaran a enviarle sus encargos a la oficina de correos francesa de Minguer, es decir, a la oficina de la empresa de Messageries Maritimes, ubicada en la avenida Estambul.

Al gobernador pachá no le hizo ninguna gracia ese gesto de monsieur George, que interpretó como una ofensa artera e insidiosa contra su persona y también como una posible

conspiración política. Además, temía que los informantes del sultán en la isla empezaran a denunciar que en Minguer circulaban libremente libros nocivos, y fue de resultas de esta congoja que, dos meses atrás, el gobernador ordenó que confiscaran un baúl de libros nuevos cuyo destinatario era George Bey.

Esta operación de incautación había sido posible gracias a un amplio dispositivo. Empezó cuando el gobernador se enteró por sus espías de que el cónsul George Bey había estado jactándose ante sus amigos de que iba a recibir un nuevo cofre lleno de libros procedente de Europa. Después, sus informadores en el puerto y en las agencias fueron alertados de la llegada de este baúl, y controlaron sus movimientos paso a paso hasta que llegó a la llamada «oficina de correos francesa». Cuando unas horas más tarde los libros estaban siendo transportados a la residencia del cónsul, unos guardias detuvieron el carro repartidor y confiscaron el baúl con la excusa falsa de que alguien había acusado al cochero musulmán de robo. Una vez que llegó el cofre a su despacho, el gobernador pachá sacó los libros y encargó al comité de censura una inspección minuciosa. Detrás de las acciones del gobernador resonaban los ecos de una discusión más profunda que había mantenido a lo largo de los años con el cónsul George: «¿Cómo proteger al país y al pueblo de los efectos perjudiciales de los libros?». Era un asunto que le gustaba debatir al gobernador, aunque ahora se arrepentía de haberlo llevado demasiado lejos.

Pero esa mañana, cuando vio la expresión en la cara de George Bey al entrar en su despacho, el gobernador supo al momento que las bromas y las charlas agradables ya eran cosas del pasado. Empleando un tono de voz frío y distante, y recurriendo al francés pobre que siempre hablaban entre ellos, empezó a preguntarle cuándo se reabriría la oficina de correos y se restablecería el servicio de telegrafía habitual.

—Ha habido un problema técnico —dijo el gobernador—. El mayor se metió donde no debía, y por eso lo hemos

encerrado en el calabozo.

—Los cónsules creen que usted está detrás de todo esto.

—¿Con qué propósito? ¿Qué ganaría yo con ello?

—Salga a dar una vuelta por los barrios de Çite y Vavla, y verá que allí todo el mundo está ensalzando al mayor como si fuera un héroe. A estas alturas, los ciudadanos tienen miedo de los soldados de cuarentena. Usted conoce mejor que yo al tipo de gente que cree que la epidemia fue introducida en la isla de manera malintencionada con el fin de usurparles el territorio a los otomanos, como pasó en Creta… Los que creen en esta conspiración son los que están celebrando ahora el Golpe de la Oficina de Telégrafos. Y lo que está pasando aquí es precisamente lo último que querría Abdülhamit, lo que siempre intenta evitar que suceda en sus islas y en Rumelia: la relación entre los musulmanes y los rums se está deteriorando.

—Eso es así, por desgracia.

—Excelentísimo pachá, en aras de nuestra amistad, debo hacerle una advertencia —dijo monsieur George, cuyo francés ganaba en belleza cuando adquiría intensidad emotiva—. Los franceses y los británicos han dicho basta, no quieren tener esta enfermedad tan cerca. Las grandes potencias nunca han sido capaces de acabar con la peste en China y la India porque son territorios muy lejanos. Se trata de un problema muy difícil de solucionar allí, ya que sus gentes son ignorantes y no escuchan lo que les dicen. Pero aquí es absolutamente imperativo que contengamos la epidemia, porque poco a poco se está convirtiendo en una amenaza también para Europa. Si no conseguimos hacerlo por nosotros mismos, los grandes poderes no dudarán en tomar cartas en el asunto, traerán aquí a sus soldados para poner fin a la enfermedad, e incluso evacuarán toda la isla si es preciso.

—¡Su Majestad el sultán nunca lo permitiría! —respondió el gobernador, indignándose—. Y si llegara a pasar algo así, nosotros no dudaríamos en enviar a los soldados árabes de

nuestra guarnición para enfrentarse a las divisiones hindúes de los británicos, lucharíamos hasta la muerte. ¡Y yo el primero de todos!

—Querido pachá, usted sabe perfectamente que Abdülhamit hace ya tiempo que dio por perdida esta isla…, igual que Creta, igual que Chipre —dijo monsieur George con una sonrisa.

El gobernador clavó en el cónsul una mirada llena de odio, aunque en el fondo sabía que lo que estaba diciendo era cierto. Abdülhamit prácticamente había regalado Chipre a los británicos en agradecimiento por la ayuda que le habían proporcionado para recuperar parte de las tierras de los Balcanes que había perdido a manos de los rusos durante la guerra de 1877-1878; lo único que había pedido a cambio era que en la isla siguiera ondeando la bandera otomana. Al gobernador le vino a la cabeza la célebre frase que aparecía en una obra del difunto Namik Kemal: «Acaso hay algún estado que estaría dispuesto a sacrificar su castillo?». Esas palabras las pronunciaba Islam Bey, el íntegro y entrañable soldado que protagonizaba *Vatan Yahut Silistre* («O la Patria o Silistra»). Pero, a lo largo de los últimos ciento cincuenta años, el Estado otomano había renunciado poco a poco a sus castillos, sus islas, sus territorios, sus provincias…

En un arranque de confianza y determinación que incluso lo sorprendió a él mismo, el gobernador pachá utilizó un tono frío y ligeramente sardónico para plantearle la siguiente pregunta al cónsul George:

—¿Y qué sugiere usted que deberíamos hacer?

—Justo ayer estuve hablando con el ilustrísimo patriarca de la comunidad rum, Konstantinos Efendi… —respondió el cónsul George—. Lo más sensato sería que los musulmanes y los cristianos de la isla, a través de sus imanes y sus sacerdotes, realizaran una declaración conjunta transmitiendo un mensaje de unidad y llamando a enterrar antiguas rivalidades para concentrarnos todos juntos en combatir esta

terrible desgracia. Y, por supuesto, también estaría bien restablecer el servicio de telegrafía lo antes posible…

—Su buena fe es loable, ¡pero ojalá todo esto fuera tan fácil como cree! —repuso el gobernador—. Vamos, le pediré al cochero Zekeriya que nos lleve a la zona más contagiada y hedionda de la ciudad, y quizá así verá las cosas de otra manera.

—La isla entera ya sabe que por fin han encontrado ya el cadáver que estaba esparciendo ese espantoso hedor por todo el barrio de Çite —dijo el cónsul—. ¿Y quién es el responsable de tal negligencia? Pero, por supuesto, será todo un honor para mí dar una vuelta de inspección por las calles a bordo de su landó, querido pachá.

Por lo general, cuando el cónsul británico dejaba su tono amistoso y empezaba a hablar con la excesiva cortesía típica de un diplomático, el gobernador empezaba a alarmarse, pues sospechaba que estaba maquinando algo en su contra, pero en esa ocasión no le desagradó la idea de emprender aquella expedición juntos por la ciudad. Tras detallarle hasta la redundancia al cochero la ruta que debía seguir para llegar a Çite, el gobernador no se sentó enfrente de monsieur George, sino a su lado, y abrió las ventanas del landó.

Mientras avanzaban en dirección a la Nueva Mezquita, la desolación de las calles se le antojó totalmente extraña al gobernador. Incluso en aquellos tiempos en que no había epidemia, siempre le había resultado deprimente no ver a nadie por la ciudad.

Vieron que la mayoría de las tiendas situadas a lo largo del riachuelo estaban cerradas. En el barrio del mercado había dos barberías abiertas (ya nadie iba a afeitarse, salvo algunos ancianos «fatalistas»; la barbería de Panayot estaba cerrada esa mañana), y también vieron a unos pocos herreros que no tenían más remedio que seguir trabajando si querían sobrevivir. Como en los primeros días de la cuarentena muchos comerciantes, tanto rums como musulmanes, habían

sido castigados, arrestados y encerrados en la mazmorra del castillo por no respetar las medidas y desobedecer las indicaciones de los soldados de cuarentena, ahora la gran mayoría de los tenderos no se atrevían a abrir sus locales, y ya ni siquiera se acercaban por el mercado. Al principio, el gobernador se había opuesto a esto, insistiendo en que las tiendas deberían cerrarse adecuándose a una normativa concreta, pero antes de que esta pudiera implantarse el barrio del mercado se había vaciado y ahora se encontraba sepultado en un silencio sobrecogedor.

En el patio y la planta baja de la Escuela Rum, abarrotada de ratoneras, el doctor Nikos y la comunidad rum, con la ayuda de los funcionarios municipales y la policía, habían montado un mercadillo. Allí se vendían comestibles supuestamente «seguros» como pasas, higos, granadas, huevos, quesos de hierbas, nueces y otros productos procedentes de fuera de la ciudad que habían pasado la inspección de los doctores de cuarentena y que periódicamente eran rociados a conciencia con lisol por los bomberos. El gobernador había hecho que el carruaje pasara por allí intencionadamente porque quería mostrarle con orgullo al cónsul el buen funcionamiento de aquel mercado de cuarentena, cuyo objetivo era ayudar a los ciudadanos que estaban cayendo de manera paulatina en la indigencia porque no podían salir de sus casas para conseguir alimentos. Pero el cónsul le dijo que ya conocía este mercado, que se pasaba por aquí por lo menos una vez al día porque era el mejor punto de la ciudad para ponerse al corriente de la situación a pie de calle. Aquellos valientes vendedores que se arriesgaban a venir una vez a la semana y que, antes de entrar en la ciudad, se sometían al examen de los doctores para comprobar que no tenían fiebre, también informaban a monsieur George de lo que estaba pasando no solo en las regiones septentrionales de la isla, sino también en los pueblecitos de las afueras de Arkaz. (Cuando escuchó estas palabras, lo primero que pensó Sami Pachá, siempre tan aprensivo, ¡fue que quizá el cónsul

estuviera recopilando información para un posible desembarco de tropas en el norte de la isla!).

44

El landó blindado entró en la avenida Estambul. Aquella calle suavemente empinada, que solo dos meses atrás había sido el punto más vibrante y bullicioso de la isla, ahora estaba completamente desierta. Las agencias de viajes (Messageries Maritimes, Lloyd, Thomas Cook, Pantaleon, Fraissinet), la oficina del notario Zenopoulos y la tienda del fotógrafo Vanyas estaban abiertas, pero no se veía a nadie por allí. Al girar una esquina, vieron a un niño rum cogido de la mano de su madre, mirando al lugar donde el vendedor ambulante Luka —que había muerto de la peste— solía vender sus *leblebi* . Cuando vio el landó del gobernador, aquella madre de pálido rostro y ropajes negros (Galatia era su nombre) se quedó paralizada un momento, y luego tapó apresuradamente los ojos de su hijo para que no viera el carruaje de las autoridades. Aquel muchacho de once años era Yannis Kisannis, quien cuarenta y dos años después se convertiría en ministro de Asuntos Exteriores de Grecia, sería acusado de traición y colaboración con los nazis, y escribiría unas memorias llamadas *Ta Viomata Mu* («Lo que he visto»), en las que narró con nostalgia sus días de niñez, incluyendo la epidemia de peste de 1901 con una gran franqueza y todo tipo de detalles escabrosos.

A esas alturas, el gobernador y monsieur George estaban tan familiarizados con las extrañas reacciones y pensamientos que la epidemia había provocado en los isleños que no prestaron demasiada atención al gesto de aquella madre vestida de negro. Lo que sí les sobresaltó fue un hombre que, al ver el landó blindado del gobernador, se tiró en medio de la calle y empezó a preguntar a gritos dónde se habían llevado a su mujer e hijos. Los guardias le administraron una buena tunda de porrazos, pero ni se inmutó. El gobernador estaba

decidido a castigar a aquellos que desafiaran abiertamente las instrucciones de los doctores y los soldados de cuarentena. No se podía mostrar clemencia con quienes reaccionaban violentamente cuando evacuaban, desinfectaban y tapiaban sus casas, ni con quienes atacaban a los doctores o intentaban contagiarles la enfermedad.

De repente, el landó se vio sacudido por un tremendo impacto. Al momento comprendieron que alguien debía de haber tirado una piedra o un trozo de madera sobre el techo del carruaje. El experimentado cochero Zekeriya arreó a los caballos para alejarse cuanto antes del lugar y solo se detuvo tras haber girado a la izquierda por la esquina de la calle de la Fuente de Rosas. Se hizo el silencio. Oyeron el jadeo agitado de los caballos. Esta vez el gobernador no bajó del vehículo. El día anterior, cuando pasaban cerca del tekke de los Rifai en el barrio de Vavla, unos niños les tiraron piedras y se dieron a la fuga antes de que los guardias que iban en el carruaje de detrás pudieran atraparlos. En los cinco años que llevaba de gobernador en la isla, nunca había presenciado nada parecido.

—Es lo que pasa cuando se consiente demasiado a los jeques y a los hocas —dijo el cónsul George con cierta pedantería.

Cuando los doctores y los enfermos que estaban en los jardines del hospital Hamidiye divisaron a lo lejos el landó del gobernador pachá, seguido por el carruaje de los guardias, contuvieron la respiración durante unos segundos esperando que parara, pero los caballos ni siquiera se acercaron, como si quisieran escapar de la zona más miserable y contaminada de la ciudad. Cuando se acercaron a la encrucijada para entrar en Germe, el cochero Zekeriya tomó por la vía ancha que pasaba por la parte alta del barrio.

—El cocinero Fotiadi, del hotel Regard à l'Ouest murió después de escaparse a su pueblo —dijo el cónsul como si hablara de un viejo amigo.

Al gobernador le entristeció esa noticia, que no había escuchado antes. Unos años atrás, el cónsul y él solían almorzar una vez al mes en el restaurante de ese hotel, ubicado sobre un promontorio rocoso más allá de la Cantera. Durante esas comidas revisaban amistosamente los diversos problemas de la isla. Hablaban de todo: desde la precaria red de alcantarillado con sus constantes fugas y desbordamientos hasta el estado de las farolas de las calles; desde la situación pésima de los indigentes que vivían en el puerto hasta los trapicheos del cónsul griego Leonidis; desde el comercio del mármol de Minguer hasta las complejidades del cultivo de rosas. Durante aquella época, la admiración del gobernador por el cónsul británico no había hecho más que crecer.

De aquello hacía ya tres años. Por aquel entonces, la isla era un paraje verdaderamente apacible, alejado de guerras, epidemias y conflictos nacionalistas, un lugar donde todavía eran posibles ese tipo de conversaciones y amistades políticas que hoy día resultarían impensables.

Cuando entraban en el barrio de Çite, un joven cuya túnica morada lo identificaba como discípulo del tekke de los Halifiye se hizo a un lado al ver acercarse el landó y alzó el amuleto que llevaba colgado al cuello en dirección al carruaje, sosteniéndolo entre el índice y el corazón tal como enseñaban los jeques. Al pasar con el landó, el cónsul y el gobernador comprendieron por el movimiento de sus labios que debía de estar recitando alguna oración.

Tras dejar atrás al joven de la túnica morada y sus rezos, percibieron un fuerte olor. Era la putrefacción de los cadáveres, un hedor al que los habitantes de Arkaz aún no se habían acostumbrado del todo nueve semanas después del estallido de la epidemia. A veces no notaban ese olor; a veces era tan espeso que les quemaba las cavidades nasales. Y a veces todo lo que podías percibir era un agradable aroma a rosas. Esa fetidez se generaba cuando alguien moría solo en una casa, un patio o algún rincón recóndito y nadie descubría el cadáver durante varios días; y que pudiera olerse o no

también dependía de la dirección del viento. En algunos casos, los doctores podían determinar si el hediondo cadáver anónimo había muerto en otra parte y alguien lo había arrastrado hasta ese lugar, o si la causa de la muerte no había sido la peste, sino una paliza o un acuchillamiento. También había gente que, tras decidir que lo mejor para eludir la peste sería alejarse de todo el mundo, daban con algún rincón particularmente escondido, se enorgullecían de su pericia, y un tiempo después fallecían ahí. Había casos de criados, cocineros, porteros y matrimonios que entraban en casas abandonadas después de que sus dueños hubieran huido de la peste, y morían allí sin que nadie encontrara sus cuerpos durante días solo para ser descubiertos debido a la pestilencia que generaban.

Cuando entraban en Çite vieron a un niño que lloraba a moco tendido. Parecía totalmente ajeno a cuanto lo rodeaba, ni siquiera reparó en el landó. Era una imagen tan amarga que por un momento el gobernador se vio tentado de parar el carruaje y bajar para consolarlo. El cónsul también se apiadó del pobre muchacho. La comunidad rum había empezado a utilizar un edificio vacío de estilo neoclásico ubicado detrás del Instituto para Chicas Mariana Theodoropoulos como una especie de orfanato para los diecisiete niños (según las últimas cifras de que disponía el gobernador) que se habían quedado sin padres. En los barrios musulmanes de Çite, Germe y Bayırlar había aproximadamente unos ochenta niños se habían quedado huérfanos. Por lo general eran acogidos por sus tíos y tías, es decir por parientes que vivían en la ciudad, o incluso por algunos vecinos o conocidos.

Como fue imposible encontrar un hogar para casi veinte niños que habían sido retenidos en el área de aislamiento del castillo por estar potencialmente «contagiados», el gobernador empezó a enviarlos al orfanato rum. Una semana después, el gobernador se enteró a través de sus informadores de que algunos acólitos del círculo del tekke de los Kadiri habían presentado una queja lamentándose de la «cristianización» de

los niños musulmanes en el orfanato rum, algo que le tocó muchísimo las narices. Ordenó que encerraran en la mazmorra al derviche de los Kadiri que había instigado la protesta (¡no era más que un tipejo raruno que llevaba gafas!) acusándolo de haber infringido las prohibiciones de cuarentena; pero, antes de poder arrestarlo, el derviche se había esfumado. Mientras tanto, el damat doctor, después de hablar con el director de Fundaciones Piadosas, había propuesto convertir el viejo edificio veneciano de la calle Fidanlık, en el barrio de Camiönü, en un nuevo orfanato musulmán. Eso acrecentó aún más la vacilación del pachá sobre qué debería hacer, ya que, como todos los burócratas otomanos, y especialmente los gobernadores, siempre había sostenido el «principio rector» de que, en el momento en que el Estado empezara a discriminar entre cristianos y musulmanes en la prestación de protección y servicios a todos sus ciudadanos, eso supondría el principio del fin del Imperio otomano. Debido a su indecisión, los planes para crear ese orfanato musulmán se quedaron estancados, y el gobernador decidió enviar aún más niños al orfanato rum.

La lucha por la supervivencia de esos niños, refugiándose en casas abandonadas y subsistiendo a base de nueces, naranjas y limones que robaban de los jardines, constituye un tema muy vívido y colorido, pero también bastante turbio. En los libros de texto de primaria y secundaria que se publican actualmente en la isla, las trágicas peripecias de aquellos huérfanos de la peste son retratadas de manera exageradamente romántica debido a la influencia del nacionalismo: son narradas como si fueran fantásticas aventuras exentas de peligro, cuando en realidad la mayoría de aquellos niños morirían en el transcurso de la epidemia. En algunos libros de texto de los años treinta, se hablaba de aquellos pobres niños como los «verdaderos hijos de Minguer», los descendientes más auténticos y puros de los pobladores que llegaron hacía miles de años procedentes de la región del mar de Aral. Aquellas pandillas llegaron a ser

conocidas coloquialmente como los Niños Inmortales, un nombre que más tarde adoptaría la Asociación de Scouts de Minguer hasta que, a petición de la Organización Mundial del Movimiento Scout, fue cambiado por el de las Jóvenes Rosas.

En el fondo, los niños de estas pandillas se rebelaban contra el hecho de que las autoridades se llevaran a algunos de sus amigos que tenían fiebre pero cuyos cuerpos estaban exentos de bubones al área de aislamiento, donde contraían la peste. Lo cierto es que para aquellos niños, lo peor de la peste no era que pudiera matar a su padre, a su madre o incluso a ambos a la vez, dejándolos totalmente solos en el mundo. Según los informes recibidos por el gobernador tanto de barrios musulmanes como cristianos, lo más aterrador para ellos era ver cómo, ante la proximidad de la muerte, sus madres dulces y cariñosas se transformaban en bestias egoístas, miserables y desesperadas. Era entonces cuando aquellos niños perdían cualquier esperanza que les quedara en este mundo y salían huyendo lo más lejos posible, como si los hubiera poseído un *jinn* .

Cuando el landó giró a la derecha y entró en el barrio de Turunçlar, el cochero hizo lo que siempre hacían los soldados de cuarentena y se tapó la cara con un pañuelo. El gobernador cerró la ventana. La hediondez había llegado a tal punto en los últimos tres días que algunas familias habían abandonado el barrio para mudarse a casas de conocidos que vivían en otras zonas de la capital. Una suave y casi imperceptible brisa que soplaba del oeste había esparcido el hedor por toda la ciudad hasta llegar a las fosas nasales de toda la población, incluidas las del gobernador pachá cuando estaba sentado en su despacho (y las de Pakize Sultan, que siempre estaba escribiendo cartas junto a la ventana). Aquello estaba exasperando a todo el mundo, e incluso corrió el rumor de que el olor procedía de una fosa común oculta, aunque era una afirmación totalmente infundada.

Los carruajes se detuvieron al divisar a un grupo de soldados y funcionarios municipales. El damat doctor se

encontraba entre ellos y, al ver a los guardias que rodeaban a uno de los vehículos, dedujo que se trataba del gobernador. Pero cuando se acercó y subió al landó, se quedó muy sorprendido al ver dentro al cónsul británico, de aspecto simpático y mirada agradable.

El gobernador sabía que se conocían; aun así, procedió a realizar las presentaciones de rigor. Escucharon las noticias del damat doctor: acababan de registrar una vieja casa de madera y habían encontrado a dos personas que debían de haber muerto por lo menos veinte días atrás, abrazadas entre ellas y encajadas entre las vigas de los dos pisos de la vivienda. Resultaba difícil saber si eran marido y mujer, amantes, u otra cosa. Había mucha gente que creía que la enfermedad se transmitía tanto a través del olor como por el contacto, así que la misión de recoger los cadáveres recayó en uno de los jóvenes reclutas más valientes de los soldados de cuarentena, llamado Hayri.

Cuando se difundió por la ciudad la noticia de que habían encontrado los cadáveres de dos jóvenes sin identificar en una casa vacía, todos los que estaban buscando a sus hermanos o hijos desaparecidos acudieron en manada al barrio de Turunçlar. El damat doctor se llevó el gobernador pachá al jardín trasero del domicilio, bajo la sombra de los limoneros. Debido al olor atroz que flotaba en el ambiente, los limones de piel áspera que asomaban entre las hojas parecían frutos muertos.

—Estimado pachá, no bastará con acordonar la zona y desplegar unos cuantos soldados. ¡Tenemos que quemar el edificio hasta los cimientos! —dijo el damat doctor en un arranque de incontrolable emoción—. No bastará con desinfectarlo con fenol. Yo sigo pensando que la peste puede propagarse desde lugares como este aunque no haya ratas o pulgas.

—Usted fue quien dijo que a Bonkowski Pachá lo mataron porque tenía la intención de quemar casas en algunas calles.

—Eso era una mera conjetura sobre los posibles motivos del asesino —repuso el doctor Nuri—. En esta situación no nos queda más remedio que hacerlo, si queremos asegurarnos de que la zona quede totalmente desinfectada.

Algunos historiadores han sostenido que la decisión de quemar la casa fue «errónea», e incluso redundante. Pero cuando la misma epidemia asoló la India, en la ciudad de Bombay y sobre todo en las regiones rurales de los alrededores, las autoridades no dudaron ni un momento en quemar los cuchitriles, barracones, edificios ruinosos y casas destartaladas donde la peste había causado más estragos. Los encargados de cuarentena de Cachemira, Singapur y la región china de Gansu prendieron fuego a edificios, calles e incluso aldeas enteras de los alrededores para impedir que la enfermedad llegara a las grandes ciudades. Tanto era así que cuando los habitantes de esas urbes veían en la lejanía las humaredas negras y las llamaradas rojas y amarillas que se alzaban sobre aquellos vastos e inhóspitos páramos dejados de la mano de Dios, sabían que la peste se estaba acercando.

El gobernador pachá ordenó al director de cuarentenas Nikos que, después de desalojar todos los edificios circundantes, la casa de madera fuera incinerada. Decidieron que esa tarea debían desempeñarla los soldados de cuarentena con la ayuda de los bomberos más avezados que trabajaban en la fosa de incineración, ya que eran los que más sabían de incendios, así que les pidieron que bajaran desde las colinas hasta el barrio de Turunçlar. Se refugiaron en el landó blindado para discutirlo tranquilamente. Había gente entre la multitud que, al ver al gobernador, trataba de acercarse a él.

El gobernador subió al landó y se sentó enfrente del cónsul. La pestilencia también había impregnado el interior del carruaje. ¿Cómo podían solo dos cadáveres generar tanto hedor? Cuando el carro iba a ponerse en movimiento se abrió la puerta y el damat doctor Nuri se sentó con ellos.

Mientras el landó blindado avanzaba hacia la sede de la gobernación zarandeándose pesadamente, el cónsul George, el gobernador y el doctor Nuri permanecieron callados un buen rato. El gobernador tenía los brazos cruzados sobre el pecho y se miraba las manos como diciendo: «Creo que por hoy ya es suficiente». El cónsul contemplaba las calles a través de la ventana, pero su rostro se había petrificado en una expresión que parecía exclamar: «¡Me ha dejado hecho polvo esta calamidad!».

Cuando el landó circulaba entre el tekke de los Rifai y la Nueva Mezquita, se divisó el mar entre los callejones por la ventana derecha del vehículo, y por un momento el gobernador entrecerró los ojos mirando hacia el agua, como si intentara avistar los barcos acorazados.

—¡Monsieur George, sabe que respetamos mucho su opinión! —dijo—. ¿Qué podemos hacer nosotros en la isla para que se marchen estos barcos acorazados europeos y se retire el bloqueo?

—¡Excelentísimo pachá! —repuso el cónsul, hablando como un viejo amigo y un humilde diplomático—. ¡Ya le he comentado antes en su despacho que es imperativo poner fin a la fuga de apestados hacia Europa!

—Hemos cumplido con todas las precauciones dictadas por Estambul, e incluso hemos adoptado algunas medidas adicionales que no nos indicó el gobierno central. Debería decirles que hemos hecho todo lo necesario, y con la máxima integridad y compromiso, pero que aun así la cifra de muertos no ha descendido —dijo el gobernador.

—Si se toma la molestia de restablecer el servicio de telegrafía llegarán ayudas y refuerzos. Pero, si me lo permite, me gustaría hacerle una pregunta. Querido pachá, no dejo de pensar en ese joven de la túnica morada del barrio de Çite… ¿Por qué se ha mostrado tan hostil con usted, y con todos nosotros? Es evidente que, si por él fuera, sabotearía todas las

medidas de cuarentena, y que si pudiera incluso nos apuñalaría por la espalda.

—Ese es Halil, un discípulo novato y ferviente del jeque Hamdullah —dijo el pachá—. Esos son los que están peor acostumbrados. Todo el mundo habla de los otros jeques charlatanes, de sus pedazos de papel ridículos. Pero ¿por qué nadie declara que quién está detrás de todo esto es el jeque Hamdullah? ¿Por qué nadie pronuncia su nombre en público? Los soldados de cuarentena están inquietos porque he encarcelado a su comandante. —Esa fue la primera vez en la historia de Minguer en que alguien se refirió al mayor Kâmil como «comandante»—. Ellos son la única fuerza capaz de intimidar al jeque y a sus hombres. Por ese motivo he decidido sacarlo del calabozo y enviarlo de vuelta a capitanear su división.

—¡Supongo que habrá escuchado que el jeque ha contraído la peste…! —dijo el cónsul George, sin objetar la liberación del mayor.

—¿Cómo? —profirió el gobernador Sami Pachá—. ¿Que el jeque Hamdullah tiene la peste?

En cuanto llegó a su despacho, el gobernador ordenó que soltaran al mayor, hizo que lo llevaran ante su presencia y le advirtió de que no se le subiera a la cabeza el entusiasmo que había despertado entre la gente, que no se separara de sus soldados, y que en la medida de lo posible permaneciera fuera de vista.

45

Al gobernador le sorprendió que el jeque Hamdullah tuviera la peste, incluso podría decirse que le turbó. Durante sus primeros años en la isla había entablado amistad con él, y lo tenía en mucha más alta estima que a la chusma pobre y creyente que lo rodeaba. Y puede que —aunque nunca lo admitiría abiertamente— también creyera en su sabiduría y trascendencia. Después de consultar con sus informadores, confirmó que circulaban rumores sobre la enfermedad del jeque, pero por lo visto había rechazado todo tratamiento médico manifestando que «nosotros nos resignamos al destino y la providencia divina», por lo que decidió escribirle una carta. En ella le explicaba que había escuchado que estaba enfermo, pero que en la ciudad estaba uno de los doctores expertos en peste más reputados del Imperio, enviado por Su Majestad el sultán, y que podía examinarlo y tratarlo de inmediato. Para que ejerciera de mediador recurrió a Tevkif, marinero e hijo mayor de una de las familias otomanas más venerables de la isla, los Urgancızâde, gracias al cual había conocido al jeque cinco años atrás.

A la mañana siguiente, un derviche anciano con una barba blanca redondeada y un sombrero cónico de fieltro (su nombre era Nimetullah Efendi, pero insistía en que lo llamaran el «regente») llegó del tekke para entregar a los escribanos de la gobernación la carta de respuesta de Hamdullah. Al leer el mensaje del jeque informándole con su pulcra y nítida caligrafía de que aceptaba su propuesta y se sentiría honrado de recibir la visita del damat doctor, el gobernador, que llevaba en su despacho desde primera hora de la mañana, se puso contentísimo, casi como si hubiera conseguido la victoria final y decisiva contra la peste.

Pero el jeque ponía una condición: los soldados de la División de Cuarentena que habían ultrajado la lana y el fieltro del tesoro sagrado («prístino» fue la palabra que utilizó) del tekke de los Halifiye no debían poner nunca más los pies en el lugar.

El gobernador aceptó su exigencia. Comentó el asunto con el director de cuarentenas Nikos y con el damat doctor, que acababan de llegar.

—Al sentir la cercanía de la muerte, ha comprendido que rechazar a los doctores es una estupidez —dijo el gobernador.

—¡No todos los que se infectan acaban muriendo! —repuso el doctor Nuri.

—Pues si no se está muriendo, ¿por qué nos ha respondido?

—Estimado pachá, en las remotas ciudades de provincias he visto jeques de todo tipo: jeques que ambicionan obstruir la tarea de los administradores y gobernadores solo para ganarse una reputación entre la gente, jeques que exageran sus dotes y virtudes… Provocan confrontaciones con las autoridades, causan un tremendo revuelo, y luego se reconcilian con gran ceremonial solo para demostrar a sus pobres e ignorantes discípulos lo importantes y hábiles que son. Hay demasiados jeques, demasiados tekkes y tarikats, y para ellos es esencial que su nombre suene por las calles, ser reconocidos por la gente.

Solo en Arkaz había veintiocho tekkes. Era una cantidad excesiva para una ciudad de veinticinco mil habitantes, la mitad de los cuales eran cristianos. En los años que siguieron a la conquista otomana de la isla, estas sectas religiosas habían sido muy efectivas en la islamización de los cristianos, por lo que el gobierno de Estambul siempre les había brindado su apoyo.

Desde venerables eruditos hasta sinvergüenzas embaucadores, algunos piadosos, otros cultivados, otros

extremadamente severos, en aquel momento había en Minguer jeques de todos los tipos, cada uno con una vestimenta de distinto color. Cuando un militar nacido en Minguer conseguía medrar en el escalafón jerárquico de Estambul y se convertía en pachá o incluso en visir, destinaba gran parte de las ganancias conseguidas durante su andadura por todo el territorio otomano a financiar alguno de los tekkes de la isla (como fue el caso del minguerense Mahmut Pachá, que hizo construir la Nueva Mezquita). En otras ocasiones, cuando alguien que aún sentía un profundo vínculo afectivo con la isla prosperaba y se enriquecía en la capital, enviaba desde Estambul oro y regalos al jeque de Minguer con el que tuviera una mayor afinidad; o tal vez donaba parte de los beneficios obtenidos con molinos de aceite, un par de pueblecitos pesqueros o los alquileres de algunos locales o casas en la ciudad para financiar la construcción de un nuevo tekke o para reconvertir una antigua mansión en desuso en un dergah para los derviches. Pero cuando el Imperio otomano empezó a perder sus posesiones en Europa, los Balcanes y el Mediterráneo, esas fuentes de ingresos procedentes de fuera de la isla también comenzaron a menguar. Abandonados a su suerte, algunos tekkes se vieron abocados a la ruina y pronto se convirtieron en refugios para indigentes y gente sin hogar, e incluso para ladrones y rufianes, hasta que el gobernador y el director de Fundaciones Piadosas tuvieron que intervenir para que no cayeran en un estado aún más deplorable.

Poco después de acceder al trono, Abdülhamit —que seguía con gran interés la situación de los dergahs y tekkes de todos los rincones del Imperio, consciente de la gran influencia política que podían ejercer— le había regalado al tekke mevleví de Minguer, el más prestigioso, poderoso y rico de la época, un reloj de pared Theta, pero unos meses más tarde se enojó con el líder mevleví en Estambul (culpable, a ojos del sultán, de mantener un trato demasiado amistoso con el reformista Mithat Pachá) e intentó calmar sus ansiedades

prestando su apoyo a otros tarikats de la isla, como los Kadiri o los Halifi.

Gracias a ese apoyo, ahora el jeque de los Halifi tenía el poder y la popularidad suficientes tanto para respaldar como para socavar los esfuerzos de la cuarentena. Antes de ir a ver el jeque el doctor Nuri se reunió con el gobernador pachá en su despacho. El mayor, cuya confianza y seguridad habían aumentado después del asalto a la oficina de telégrafos y de su breve paso por el calabozo, ofreció una detallada explicación sobre cómo se había establecido el tekke, que solía frecuentar durante su infancia. Y también le contó al doctor Nuri la historia de cómo treinta años atrás se había sentado en el regazo de uno de los anteriores jeques, y que incluso había osado tirar de su barba blanca y frondosa.

En ese momento el gobernador, que estaba mirando la ciudad por la ventana, señaló unas humaredas negras que se alzaban a lo lejos por encima de las colinas, cerca de la Nueva Mezquita y de varios tekkes, entre ellos el de Bektaşi. Corrieron todos a la ventana para intentar averiguar qué estaba pasando. Poco después, un escribano les informó de que se trataba de la casa de Turunçlar en la que habían aparecido los dos cadáveres hediondos y cuya quema se había decidido el día anterior. Pero la humareda era tan densa que parecía que estuviera ardiendo el barrio entero y no solo una pequeña casa, por mucho que fuera de madera. Esta estaba tan seca que el fuego prendió rápidamente, provocando unas enormes llamaradas crepitantes que se elevaron hacia el cielo y formaron aquella nube de humo negrísimo que todo el mundo interpretaría como un mal augurio.

Los minguerenses estaban acostumbrados a las humaredas azuladas que se alzaban periódicamente sobre la fosa de incineración de la colina, pero al ver aquellas llamas amarillas y anaranjadas y aquella densa nube de humo oscuro, que en esta ocasión procedían del oeste, comprendieron que las cosas no iban nada bien. Al gobernador, que no acababa de creerse que una sola casa pudiera generar tanto humo como para tapar

la luz del sol y oscurecer el cielo, le inquietó la posibilidad de que el fuego se hubiera propagado, y, alarmado, salió a la terraza. Estaba seguro de que la humareda sería visible desde los barcos de las grandes potencias que rodeaban la isla. Y no pudo evitar soltar un suspiro al pensar que el mundo entero debía de estar mirándolos ahora con la misma pena y condescendencia con que miraba al resto del Imperio otomano: aquella desgraciada isla de Minguer, incapaz de responder a los telegramas, incapaz de frenar la epidemia, incapaz de contener sus fuegos.

Como historiadores, debemos señalar que la lamentación del gobernador Sami Pachá no iba desencaminada: gracias a un periodista que estaba a bordo del acorazado francés *Amiral Baudin* , la noticia de que la isla de Minguer no solo había sido azotada por la peste y asediada por el bloque naval, sino que ahora también era pasto de las llamas, apareció publicada a la semana siguiente en el periódico *Le Petit Parisien* , acompañada de una romántica y fantástica ilustración a toda página.

Al llegar al tekke de los Halifiye, el doctor Nuri fue recibido por el «regente» del sombrero cónico de fieltro, quien lo condujo hasta una construcción de madera de dos plantas ubicada en una esquina del patio. No había nadie por los alrededores, ni derviches ni discípulos. Se abrió la puerta de madera y en su interior pudo ver a un hombre corpulento con aspecto medio distraído. Parecía como si tratara de acordarse de algo, pero al ser incapaz de dar con ello sonreía de forma extraña. El damat doctor comprendió que aquel hombre debía de ser el jeque. Se le veía pálido y cansado, pero de entrada no apreció ningún bubón en su cuello.

—Desearía besar su sagrada mano, excelentísimo jeque, pero debo abstenerme para respetar las normas de cuarentena.

—¡Así es como debe ser! —respondió el jeque—. Al igual que el ilustrísimo sultán Mahmut, el bisabuelo de su ilustrísima esposa, yo también tengo mucha fe en las

cuarentenas. Me estremezco solo de pensar que podría transmitirle la enfermedad a alguien, sobre todo a un individuo de su categoría, un yerno imperial. Ilustrísimo Damat, hace tres días estaba sentado en esta habitación, igual que estoy ahora, cuando de repente caí al suelo y me desmayé. Yo me sentía muy complacido con todo lo que estaba viendo en el más allá mientras permanecía inconsciente, pero mis queridos derviches se angustiaron mucho ante la posibilidad de que su jeque pudiera haber caído enfermo, así que pronto empezaron a correr rumores diciendo que «el jeque tiene la peste». Aun así, decidí no notificarlo a los médicos. Y aunque desde hace diez días estoy inmerso en un ejercicio solitario de contemplación espiritual, debo decir que me conmovió mucho la insistencia del excelentísimo gobernador pachá en que usted me visitara. He rezado mucho para dar las gracias al gobernador, al sultán, al Profeta (la paz sea con él) y al todopoderoso Alá por haber enviado hasta mi puerta al doctor de cuarentenas más prestigioso de todo el Imperio otomano, que además es musulmán. Solamente quisiera plantearle una pregunta y una condición.

—Usted dirá, ilustrísimo señor jeque.

—¿Qué significado deberíamos extraer de que, con la excusa de la cuarentena, se haya quemado como si fuera un montón de leña una casa situada solo dos calles por encima de nuestro tekke, con una humareda tan negra que incluso ha oscurecido el sol, y que ese hecho se produjera apenas unas horas antes de su visita?

—Ha sido una coincidencia.

—¿Acaso no la han quemado los mismos soldados de cuarentena que vinieron aquí a inundarnos de lisol, liderados por su comandante el mayor? Si el propósito era decirme «¡Tú también tienes la peste, tú serás el siguiente!», habría bastado con que los escribanos del gobernador pachá me transmitieran el mensaje.

—Dios no lo quiera, excelentísimo jeque… Es indiscutible el respeto sincero que el gobernador pachá siente por usted.

—En tal caso, antes de que proceda a examinarme, me gustaría explicarle la historia de nuestro tekke de cien años de antigüedad para que entienda por qué esta maldita plaga nunca nos afectará y por qué no hay ninguna razón para que vengan a quemarnos —dijo el jeque Hamdullah—. El tekke de los Halifiye en la isla de Minguer fue fundado por mi abuelo, el jeque Nurullah Efendi, que fue enviado aquí desde el tekke de los Kadiri de Estambul, en el distrito de Tophane —empezó a explicar con voz muy decidida.

En realidad, a su abuelo lo habían enviado a Minguer con el propósito de que ejerciera de jeque de los derviches Kadiri del barrio de Kadirler y purgara el tekke expulsando a los discípulos que estaban emponzoñando las enseñanzas del tarikat incorporando rituales Rifai, como clavarse pinchos y agujas por todo el cuerpo. Pero cuando los Rifai, que contaban con el apoyo del gobernador de la época, se negaron a renunciar a sus rituales, Nurullah Efendi y los opositores minguerenses que lo habían llevado a la isla decidieron fundar su propio tarikat y su primer tekke en el barrio de Germe.

El jeque Hamdullah prosiguió contándole su historia: al igual que su padre, él había crecido en la isla, en este tekke y en estas calles. Más tarde se marchó a Estambul para estudiar en la madrasa de Mehmet Pachá, y fue allí donde descubrió su pasión por la poesía, la historia y los asuntos religiosos. Pero, pese a la insistencia de su padre el jeque, en vez de regresar a la isla decidió quedarse en la capital. En Estambul se casó con la hija de una familia pobre procedente de Rumelia, dio clases en una pequeña madrasa, publicó un libro de poesía llamado *Aurora* y trabajó durante un tiempo en las aduanas de Karaköy. En una ocasión vio de lejos al sultán Abdülhamit, durante una de las oraciones del viernes que se llevaban a cabo en el palacio de Yıldız. (En ese momento, el jeque hizo una pausa en su relato para recitar algunas de las largas plegarias que rezó por la salud del sultán). Cuando regresó a Minguer

hacía diecisiete años para hacerse cargo de la herencia de su padre, supo desde la primera noche que se quedaría en la isla para siempre. Hizo que le enviaran sus libros y pertenencias desde Estambul y desde entonces había consagrado su vida a la veneración, la contemplación espiritual y las labores del tekke que había heredado.

El jeque había hablado con tanto entusiasmo que acabó extenuado.

—¡Y ahora me gustaría enseñarle nuestros tesoros más ocultos! —dijo.

El doctor Nuri siguió al jeque —que solo podía caminar apoyándose en uno de sus discípulos— hasta el jardín, ahora oscurecido a la sombra de la humareda del incendio. Mientras se dirigían hacia el edificio principal, el doctor notó que todos los miembros del tekke, desde el discípulo más novicio hasta el derviche más anciano, lo observaban con el mismo recelo con que escudriñaban el humo que flotaba por encima de sus cabezas. El jeque le mostró a su ilustre invitado el dormitorio (que había pedido que se pintara de azul), situado a la izquierda de la estancia de las tertulias, donde permanecía cautivo el escarabajo sagrado de una sola ala de Minguer. Al igual que los minguerenses que estaban atrapados en la isla, aquel escarabajo nunca abandonaba la estancia ni aunque dejaras la puerta abierta. Luego visitaron el cuarto de la penitencia. El jeque le contó la historia de un derviche que, en la última noche de sus cuarenta días de contemplación solitaria, había soñado con un barco hundido en el fondo del mar, y que cuando completara su periodo de meditación ese barco aparecería en las aguas cercanas al Faro Árabe para llevarlo a China, donde fundaría un nuevo tekke del tarikat de los Halifiye.

Después le mostró con orgullo el cetro de su abuelo hecho de madera de palmera datilera, «como el de nuestro ilustrísimo Profeta, la paz sea con él», y el cetro de su padre, «duro como el acero», con incrustaciones de nácar en el mango.

Mientras pasaban por delante de la hilera de alcobas, ante cuyas puertas estaban plantados los jóvenes derviches como soldados haciendo guardia —algunos con la cabeza desnuda, otros con los labios muy rosados, algunos con la tez muy pálida, algunos con mirada severa y otros con mirada más blanda—, al doctor Nuri le resultó inevitable pensar en lo rápido que podría propagarse allí la peste.

Pasaron por debajo de un nogal tan alto como cuatro hombres y entraron en la construcción más nueva del tekke, que todavía olía a madera y barniz. El jeque abrió un cofre que estaba en un rincón de la estancia y le mostró una serie de sombreros de color morado, gris plomizo y verde —también conocidos como «coronas»— que habían llevado sus predecesores; faldas ceremoniales de rayas azules y amarillas que recibían el nombre de *tennure* ; las piedras de «sumisión» procedentes del monte Adak, al norte de la isla, que los discípulos y los derviches tallaban meticulosamente y se colgaban al cuello como muestra de su devoción; y el cinturón de doce agujeros que cada jeque podía llevar a su manera. Esas eran las «reliquias» más sagradas del tarikat, y si una sola gota del inmundo lisol y el veneno de la cuarentena entrara en contacto con ellas, morirían. Y con ellas también morirían todos ellos, desde el discípulo más novicio hasta el derviche más antiguo.

Mientras le describía cada uno de los objetos, el jeque utilizaba un lenguaje exagerado y lleno de dobles sentidos, y aunque era evidente que no estaba tan enfadado o consternado como quería dar a entender por su gestualidad y expresiones, el doctor Nuri empezó a experimentar el mismo sentimiento de culpabilidad y frustración que lo afligía cuando hablaba con enfermos pueblerinos e ignorantes que ni siquiera eran capaces de referir sus síntomas.

Entraron en otra habitación llena de libros e impregnada de un fuerte olor a flor de limonero, donde el jeque cogió varios tomos, pergaminos manuscritos, exégesis y otros documentos de páginas viejas y amarillentas, y abordó por fin el tema

principal del que quería hablar, informando al doctor de que había empezado a componer un poema espiritual con el que esperaba dar respuesta a las preguntas más comunes sobre la peste, así como comentar y explicar cuál debería ser la posición islamista más apropiada frente a la enfermedad.

—En lo referente a la peste y las enfermedades infecciosas, en la tradición islámica hay dos puntos de vista que, por desgracia, hoy día siguen violentamente enfrentados —empezó el jeque—. El primero puede resumirse en la idea de que «la peste la envía Alá, e intentar negarla y escapar de ella es en vano, así como igual de difícil y peligroso es pretender escapar de nuestro destino». De hecho, nuestro profeta Mahoma, la paz sea con él, afirmó, al igual que los hurufíes, que «aquel que proclama que la peste es contagiosa no es mejor que la gente que busca señales en los movimientos de los pájaros, los búhos y las serpientes esperando encontrar algún tipo de significado». Cuando llega la peste, lo mejor es dedicarse a la meditación y resignarse, sin ser visto por nadie y sin dejar que te envenene el alma. Los europeos, que lamentablemente no tienen ni idea de lo que están hablando, se refieren a esta gente como «fatalistas». Por otra parte, el segundo punto de vista acepta que la peste sí es contagiosa. Si quieren sobrevivir, tanto musulmanes como cristianos deben evitar los lugares, las personas y los ambientes infectados por la peste que podrían contagiarlo. Esta conclusión se sostiene sobre las palabras de nuestro Profeta tal como aparecen en el hadiz que dice: «¡Huid del leproso como si huyerais de un león!». Pero, en cualquier caso, una vez que la peste está entre nosotros, de nada sirve cerrar la puerta ni tratar de escapar. En este punto no hay nada que pueda hacerse salvo buscar refugio en Alá.

En el umbral de la puerta había unas cinco o seis personas que lo estaban escuchando. El damat doctor era consciente de que todo lo que se estaba diciendo allí no tardaría en ser repetido (daba igual si era cierto o falso) entre los comerciantes de los mercados Viejo y Nuevo, entre los

cónsules, los escribanos y los periodistas, y entre los espías del sultán que enviaban sus informes a Estambul.

—¡Observe el interior de esta habitación, señor! —dijo el jeque, entreabriendo una puerta.

El damat doctor vio a tres discípulos sentados ante un telar, rodeados de madejas de lana de distintos colores y varios tipos de tejidos.

—Siguiendo las indicaciones de mi abuelo el jeque Nurullah, el fundador de nuestro tekke, nosotros solo vestimos los pantalones, camisas, mintanes, hirkas y taqiyahs de lana hilada por nosotros mismos, y utilizamos nuestras propias telas y ropa de menaje, todo ello cortado y cosido tal como lo hacían nuestros ancestros, y tiñéndolo con raíces, hierbas minguerenses y polvos procedentes de China.

El doctor Nuri echó un vistazo dentro de los armarios que había abierto un joven que escuchaba estas palabras, y pudo ver camisas, mintanes, almohadas, telas de múltiples colores y montones de lana sin hilar. Aunque prácticamente le faltaba el aliento, el jeque siguió hablando:

—Dígame usted, señor mío, ¿en qué cabeza cabe la decisión de irrumpir aquí, rociarlo todo de agua con lisol y convertir en un montón de barro nuestro tesoro de lana, la herencia más sagrada que nos han legado nuestros ancestros?

El doctor Nuri no respondió, porque comprendió que el jeque se estaba dirigiendo básicamente a los acólitos que se habían congregado para escucharlo, y que tenía la costumbre de aleccionar a todo el que lo rodeaba en un tono a medio camino entre la dulzura y la severidad.

—¡Esta infamia del lisol ni siquiera la perpetuó Moscú durante la guerra del 93! —prosiguió el jeque, dejándose llevar por un enojo sincero.

De pronto se dobló sobre sí mismo exclamando «¡Dios!», y habría caído al suelo de no ser por los dos discípulos que se apresuraron a sostenerlo por los brazos. Los apartó

espetándoles «¡No es nada!», con su voz típicamente reprobatoria, pero al doctor Nuri no le pasó por alto que debía de haberse acostumbrado a caminar con la ayuda de un par de derviches.

Regresaron al primer edificio y, mientras el damat doctor se preparaba para llevar a cabo el examen médico, el jeque se quitó la túnica, la camisa y la ropa interior sin necesidad de pedírselo y se quedó sentado esperando.

—Antes de caer al suelo, ¿vomitó? ¿O después?

—No, señor.

—¿Ha tenido fiebre?

—No, señor.

El doctor Nuri sacó de su maletín la cajita con el ungüento para los bubones de la farmacia de Edhem Pertev, y luego revisó el estuche metálico donde guardaba las jeringuillas. Cogió un pequeño frasco verde para comprobar que las pastillas moradas de opio seguían allí. Hizo como si estuviera inspeccionando dos tubos: uno, de tintura que había comprado en la farmacia Istikamet de Estambul, y el otro, de aspirinas de Bayer (habían salido al mercado diez años atrás) que había encargado de Francia y que empleaba solo en casos de estricta necesidad. A continuación sacó el lisol concentrado que guardaba dentro de un frasco morado como si fuera un elixir, se frotó lenta y cuidadosamente los dedos con unas bolitas de algodón esterilizadas, y por fin se acercó al jeque.

Notó la incomodidad del hombre, allí tendido y desnudo. Sus brazos al descubierto, su torso estrecho y su cuello esbelto eran de una blancura sorprendente, casi infantil.

El doctor Nuri examinó al jeque de pies a cabeza como si se tratara de un anciano incapaz de verbalizar sus dolencias. Su inquieta lengua de un rosa brillante no presentaba la decoloración típica de los enfermos de peste. Usando una cuchara para presionar el músculo y que no se moviera, comprobó el estado de las amígdalas (la peste siempre

«atacaba» a las amígdalas de un modo u otro, por lo que a veces muchos doctores la diagnosticaban equivocadamente como difteria). En los ojos no había ninguna rojez fuera de lo habitual. Le tomó el pulso dos veces: era normal. No tenía fiebre, ni tampoco sufría sudores ni signos de confusión. El damat doctor usó un estetoscopio para escuchar atentamente el fatigado pecho del jeque. El corazón palpitaba de forma irregular, los pulmones se notaban llenos. Cada vez que la fría superficie metálica del estetoscopio entraba en contacto con la pálida piel, el jeque se estremecía ligeramente.

—¡Respire más hondo!

Después de examinar el interior de las peludas orejas del jeque, presionó despacio y suavemente con los dedos sobre las glándulas del cuello para comprobar si había alguna dureza inusual o algún punto doloroso. Revisó del mismo modo ambas axilas, hasta concluir que tampoco allí había ninguna hinchazón o endurecimiento. Por último, palpó las ingles del jeque tocándolas con delicadeza.

Luego se acercó de nuevo a su maletín y, mientras se desinfectaba las manos, declaró:

—No tiene usted nada. No está enfermo.

—*Allahüme inni es'eluke'l-af ve'l afiyete ve'l-ahire!* —exclamó el jeque, entonando una plegaria de agradecimiento —. Le pido que notifique a todos los cónsules y al querido gobernador pachá que todavía conservo mi salud y que nuestro tekke está completamente limpio, por la gracia de Dios. Los rumores sobre mi enfermedad los han difundido esos desalmados que quieren que el gobernador y yo nos enfrentemos. Son esos los que desean nuestra desgracia, los que desean que el tekke sea puesto en cuarentena, que nos echen a todos de aquí y nos encierren en los patios de aislamiento del castillo.

—El gobernador pachá nunca querría semejante desgracia para usted ni para su tekke.

—¡Eso no lo pongo en duda!

—Pero hay muchos que apoyan las acciones de esa gente que desea su desgracia. Los jeques de los tekkes más pequeños que reparten oraciones falsas y blanden papelitos bendecidos contra el *jinn* de la peste… Esos son los que erosionan la confianza de la gente en la cuarentena, los que los animan a no cumplir con las prohibiciones.

—No todos los jeques escuchan lo que yo digo —dijo el jeque Hamdullah—. A algunos ni siquiera los conozco. De hecho, la mayoría desean mi perdición.

—Excelentísimo señor jeque, mi visita no es únicamente de carácter médico, también he venido a verlo como embajador de nuestro gobernador pachá. Quiere que acuda a la sede de la gobernación y se reúna con el líder de la comunidad rum, el patriarca Konstantin Efendi, para realizar una declaración conjunta desde el balcón llamando a la gente a obedecer la cuarentena. El gobernador puso a Ramiz en libertad…

—El patriarca Konstantin Efendi también es poeta, como yo —lo cortó el jeque—. Prometí regalarle una copia de mi poemario *Aurora* cuando se imprima en Minguer. ¡Para mí será un gran honor participar en la reunión convocada por el gobernador pachá! Pero con una condición.

—Sea cual sea, se la comunicaré de inmediato al gobernador y estoy seguro de que la aceptará —dijo el doctor Nuri mientras guardaba su instrumental en el maletín.

—¡Este viernes oficiaré la oración en la Nueva Mezquita! Las autoridades de Estambul y el director de Fundaciones Piadosas ya han confirmado su aprobación. Pero tengo miedo de que la dirección de cuarentenas decida prohibir la oración alegando que habrá demasiada gente en la mezquita, lo cual rompería el corazón de todos los musulmanes y aumentaría su hostilidad hacia las medidas de prevención.

—Eso es precisamente lo que más tememos, que usted, ilustrísimo señor jeque, y que sus seguidores se opongan directamente a la cuarentena.

—Excelentísimo doctor Nuri Pachá, ¿sabe por qué deseo profundamente que sus esfuerzos de cuarentena den resultados? —le preguntó el jeque Hamdullah frunciendo el ceño. Ya se había puesto la ropa interior, la camisa y la túnica, y se había tocado con el característico taqiyah del tarikat—. Porque durante los últimos cuatro siglos las medidas de cuarentena han protegido a los cristianos de Europa de la enfermedad; si los musulmanes continúan rechazando esas medidas e ignorando los métodos médicos modernos, comenzarán a morir en grandes cantidades hasta quedarse en minoría y completamente solos en este mundo.

46

Para el gobernador fue una gran alegría que el jeque Hamdullah hubiera accedido a sumarse a los líderes de las comunidades cristiana y musulmana de la isla para dirigirse a la gente desde el balcón de la sede de la gobernación, y empezó a organizar el acto de inmediato, planeando los detalles y poniéndose de acuerdo con los diversos participantes.

Durante estas negociaciones, el jeque fue representado por el derviche del sombrero cónico antes mencionado. El gobernador pachá comentó en una ocasión que, en los momentos más tensos de este tira y afloja, Nimetullah Efendi demostró ser «un diplomático más mañoso» que la mayoría de los cónsules, un «hueso duro de roer» porque, a diferencia de aquellos, que siempre se movían por intereses económicos, el derviche era un «idealista». Al mismo tiempo, el gobernador seguía lidiando con los cónsules, que insistían en la reapertura de la oficina de telégrafos, e intentaba averiguar si las grandes potencias tenían realmente intención de enviar tropas a la isla con el pretexto de acabar con la epidemia.

Tras el cese de las comunicaciones telegráficas, los cónsules habían perdido gran parte de su potestad. Conforme pasaban los días, el gobernador tenía cada vez más claro que la interrupción del servicio de telegrafía constituía una excelente oportunidad para implantar debidamente la cuarentena y someter a la ciudad a una estricta disciplina. Después del asalto a la oficina de correos, los casos de insubordinación contra los soldados de cuarentena también habían disminuido. Habían callado la boca aquellos consentidos que normalmente cuestionaban cualquier decisión de las autoridades esperando a ver qué pasaría.

El gobernador consiguió ultimar los detalles de las reuniones y los actos públicos que se llevarían a cabo dos días después, el viernes 28 de junio, adecuándose a las condiciones de todos los participantes: después de la oración de la tarde oficiada por el jeque, este invitaría a sus feligreses a acompañarlo hasta la plaza de la Provincia. Allí se sumaría a los líderes de las otras congregaciones y al gobernador para dirigirse desde el balcón a la multitud, pronunciando discursos sobre la importancia de acatar la cuarentena y haciendo un llamamiento a la unidad y cooperación entre todos los isleños. Para concluir, se celebraría una pequeña ceremonia en el edificio de correos y se restablecería el servicio de telegrafía.

En los cinco años que llevaba como gobernador, Sami Pachá nunca había salido al balcón para dirigirse a la gente, aunque en más de una ocasión le habría apetecido. Por lo general, Abdülhamit no aprobaba a los gobernadores que se creían demasiado importantes como para convertirse en el centro de atención, interponiéndose entre el sultán y sus súbditos. Y, en cualquier caso, este tipo de costumbres estaban demasiado arraigadas en los territorios otomanos. El gobernador pidió al secretario de correspondencia que anunciara el acto mediante carteles, que serían impresos con el mismo tamaño y tipografía que los anuncios de cuarentena. Mientras planeaba los últimos detalles del acontecimiento —dónde se colocaría el público mientras él hablara desde el balcón; dónde y a qué distancia deberían situarse los cónsules, los periodistas y los fotógrafos—, el eufórico gobernador salió a la terraza de su despacho.

Al volver a entrar, vio sobre el escritorio un telegrama que acababa de llegar. El escribano de desencriptación había descifrado el mensaje, como hacía con todos los telégrafos urgentes procedentes de Estambul, y al ver la gravedad de sus contenidos lo había dejado de inmediato sobre la mesa del gobernador.

Sami Pachá no pudo evitar fijarse en que el telegrama procedía directamente del Mabeyn. De pronto, el corazón

empezó a latirle desbocado. Probablemente serían malas noticias. ¡Tal vez lo mejor sería no leerlo! Pero la curiosidad pudo con él, y unos segundos más tarde estaba sentado delante del mensaje descifrado.

Lo primero que leyó fue que lo habían destituido de su cargo de gobernador de Minguer. Se le cortó la respiración por un momento. Lo enviaban a la gobernación de Alepo. Sintió que se ahogaba. Le daban únicamente diez días para marcharse de la isla e ir directamente a Alepo, sin siquiera pasar por Estambul. Releyó el telegrama con manos temblorosas. En él se insinuaba una situación de cierta inestabilidad política en Alepo.

No fue hasta que leyó por tercera vez el mensaje cuando el gobernador comprendió que aquello era un castigo, ni más ni menos. Se le notificaba que su nuevo salario sería dos tercios del que recibía actualmente, y eso que Alepo era una provincia mucho más extensa y poblada que Minguer, e incluía también las ciudades de Urfa y Maraş.

¿Qué pasaría con Marika? Aunque accediera a convertirse al islam y casarse con él, algo que se había planteado infinidad de veces, eso supondría un escándalo diplomático, sobre todo porque los embajadores y los cónsules seguían difundiendo la idea de que, a pesar de las reformas del Tanzimat, los pachás otomanos todavía islamizaban por la fuerza a las cristianas más hermosas de las provincias para tomarlas como segundas o terceras esposas y encerrarlas en sus harenes. ¡Además, Marika se negaría a marcharse a una tierra tan inhóspita y llena de escorpiones!

Cuanto más leía y releía el telegrama, Sami Pachá (ya no podemos llamarlo gobernador) más consciente era de que no podía aceptar esta nueva realidad. ¡Seguramente Estambul debía de haber cometido un error! ¡Era imposible llegar a Alepo en tan poco tiempo! Esa era una prueba clara de que su traslado (y destitución) era un equívoco. ¿Acaso quienes esperaban que llegara a Alepo en diez días no eran conscientes

de que nadie podía salir de la isla sin pasar antes por una cuarentena de cinco días? ¿Y qué pasaría con Marika…?

A continuación, intentó ver el lado positivo de la noticia: lo habían destituido de su cargo, pero al menos le habían dado otro. En sus momentos de mayor enojo y paranoia, Abdülhamit solía dejar a los gobernadores en el limbo y sin salario para darles una lección y que recapacitaran sobre sus errores, y solo pasado un tiempo les ofrecía un nuevo cargo. No era este el caso. Por muy despótico que pudiera llegar a ser, Abdülhamit se había refrenado de hacerle pasar por aquel trance. Aún recordaba cómo todo el mundo en la Sublime Puerta se había reído cruelmente con la historia del pobre Mustafa Hayri Pachá, cuyo corazón dejó de latir cuando finalmente recibió el telegrama que llevaba tantos años esperando, destituyéndolo de su cargo. Por lo menos, su situación no era tan funesta.

Sami Pachá no tardó en llegar a la conclusión de que lo mejor que podía hacer era aceptar su nuevo destino, pero postergar el traslado. Un día, cuando comprendieran en Estambul cómo en vez de huir había permanecido en la isla luchando heroicamente contra la peste, lo recompensarían con una condecoración de primera categoría de la Orden de Medjidie. Seguía de cerca lo que publicaban periódicos como el otomano *Malûmat* , o incluso el francés *Moniteur des consulats* , que normalmente llegaban a bordo del barco de Estambul y contenían todos los detalles sobre los nombramientos y destituciones que se producían en el Imperio, sabía que ese tipo de órdenes *a veces* eran anuladas, que un milagro así era posible. Quienes tuvieran buenos contactos con el Mabeyn y con el sultán, y contaran con amigos en las altas instancias, podían conseguir que se revirtiera la situación. En ocasiones, cuando un burócrata llegaba a su destino se encontraba con la sorpresa de que el anterior gobernador había sido restituido en su puesto sin ni siquiera haber abandonado su despacho. Con algo de suerte, quizá también su historia podría acabar así de bien.

Fantaseó un buen rato con la idea de pedirle al damat doctor Nuri que enviara un telegrama a Abdülhamit, o por lo menos al Mabeyn, hablando maravillas de su labor. Pero leyendo las cartas de Pakize Sultan queda claro que finalmente Sami Pachá no fue capaz de tragarse su orgullo y desechó cualquier posibilidad de implicar al doctor Nuri.

Fue entonces cuando a Sami Pachá se le ocurrió la idea de que, si durante unos días actuaba como si no pasara nada, todo seguiría exactamente igual. La única persona de la isla que sabía que lo habían relevado de su cargo era el escribano de desencriptación. Y cuando viera que el pachá se comportaba como si todo fuera sobre ruedas, en absoluto turbado, podría pensar que quizá la decisión se hubiera anulado por algún motivo. Así pues, lo mejor sería que durante los dos siguientes días, hasta el viernes, se comportara con total normalidad. Pero, justo al momento, Sami Pachá hizo todo lo contrario de lo que había decidido: llamó a su despacho al escribano de desencriptación y le dijo que el mensaje que acababa de descifrar contenía secretos de Estado, y que si revelaba alguno de esos secretos su acto sería considerado una traición a la patria y Estambul le administraría el castigo más severo posible.

Ese día, Sami Pachá no vio al doctor Nuri, ni tampoco al mayor Kâmil. Rechazó la visita del doctor Nikos, que había acudido a su puerta para discutir diversos temas, y permaneció encerrado en su despacho. Tenía miedo de que, si la gente lo veía, pudiera intuir que lo habían destituido. Como obsequio de boda, Bahattin Pachá, el padre de Esma, le había regalado a su prometedor yerno un reloj de bolsillo con dos esferas, una que marcaba la hora «a la turca», y la otra, «a la franca». En los momentos en que se encontraba solo y deprimido, Sami Pachá sostenía el reloj de fabricación belga sobre la palma de la mano y sentía que este mundo era un lugar más tolerable. Pero ese día, sentado en su despacho, ni siquiera halló la fuerza suficiente para llevar a cabo ese pequeño ritual.

En cuanto leyó el telegrama, supo que la única persona cuya compañía podría generarle cierto sosiego era Marika. Las calles oscuras y fúnebres que contemplaba desde el faetón conducido por el cochero Zekeriya estuvieron a punto de anegarle los ojos de lágrimas, pero se obligó a recomponerse pensando que, si se dejaba arrastrar por la tristeza, sería como aceptar su derrota. Bajó del carro y caminó con paso muy digno hasta la puerta trasera de la casa de Marika.

Una vez dentro, se comportó con la serenidad, el aplomo y la *autorité* (le gustaba cómo sonaba esa palabra en francés) de siempre. ¡Qué hermosa era Marika! Y lo más importante: era una persona buena y honesta. Al momento, el pachá pareció olvidarse por completo de su destitución.

Todo el mundo seguía hablando de los dos jóvenes que habían encontrado muertos el uno en brazos del otro, y de la humareda negra que había oscurecido el cielo al quemar la casa donde habían aparecido.

—Dicen que debía de haber más cadáveres para que saliera tal cantidad de humo negro —comentó Marika.

—Disparates que se inventa la gente.

—Y que la grasa de los cuerpos muertos es la que genera ese tipo de humareda negra.

—¿Cómo puedes caer tan bajo hablando de esas cosas horribles? Me entristece escucharte —dijo el pachá.

Pero al notar que sus palabras afligían a Marika, intentó enmendar su exabrupto contándole una curiosa anécdota que había leído hacía un año en un artículo traducido de la revista *Servet-i Fünun* , y que en ese instante le había venido a la cabeza casi por arte de magia.

—En algunas religiones asiáticas, determinan si una persona era inocente o pecadora, un santo o un demonio, por el color y la densidad del humo que sale de su cuerpo al ser incinerado.

—Usted lo sabe todo, querido pachá.

—Pero lo que tú sabes siempre es más importante. ¡Cuéntame!

—Ramiz ha vuelto a la ciudad, pachá. Seguro que esto también ha llegado a sus oídos. Ha jurado vengarse de aquellos que le arrebataron a Zeynep. ¡Por lo visto, sigue muy enamorado de esa chica! Realizó el juramento no ante su hermanastro, sino en el tekke de los Rifai, en presencia del jeque Rifki Melul.

—Qué curioso, parece que el tekke de los Rifai está recuperando terreno en el transcurso de esta epidemia… Pero no tenemos ninguna prueba de que realmente se haya producido un encuentro como el que dices.

—También dicen que, en el barrio de Çite, no dejan entrar a los que no lleven consigo los papelitos rosados bendecidos contra la peste que reparte el jeque bizco Çevket, del tekke de los Zaim. Por lo visto hay una pandilla de jóvenes refugiados cretenses que paran a la gente y les exigen el papel, y si no lo tienen, no les dejan pasar.

—¡No sería de extrañar, desde luego! —concedió Sami Pachá—. Aunque algo así solo podría suceder si no tuviéramos desplegados a nuestros hombres en esos barrios. Ha habido un par de incidentes parecidos, pero no es cierto que la situación haya degenerado hasta ese punto. Mis espías y mis policías no permitirían este tipo de bandidismo.

—Querido pachá, le ruego que no se enfade conmigo por contarle estos rumores. No soy yo quien se los inventa, y la mayoría de ellos tampoco me los creo.

—¡Pero algunos sí te los crees!

—Cuando es así se lo confieso sinceramente… También hay algunos que usted se cree, aunque no quiera admitirlo, pues se avergüenza de ello. Cuando le explico estos rumores, puedo ver por su cara cuáles le parecen creíbles y cuáles le parecen totalmente absurdos. En las calas situadas al norte de

Talla se ha reanudado el tráfico marítimo de personas que huyen hacia Creta.

—Mira, eso sí que me lo creo. Pero me pregunto cómo pueden esquivar los acorazados…

—Hay gente que dice que el jeque Hamdullah no acudirá al acto del viernes en la sede de la gobernación, querido pachá.

—¡¿Y eso por qué?!

—Todo el mundo ha oído los rumores de que el jeque tiene la peste y de que el damat doctor fue a visitarlo.

—¡Pues que lo sepan…!

—Y también hay otro rumor. Cuando el damat doctor fue a verle, el jeque Hamdullah le espetó en tono imperioso y altivo: «¡A mí nunca me afectará la peste!». Esta historia es especialmente popular entre los niños, pero en el fondo los adultos también se la creen. La chavalería también está entusiasmada con el Mayor y su asalto a la oficina de telégrafos.

—¿Sabes por qué corren todas estas habladurías, Marika? Porque los rums no conocen a los musulmanes y los musulmanes no conocen a los rums. Ni siquiera saben lo que hacen en el interior de sus iglesias y mezquitas, ni tampoco les interesa. Si algún día queremos llegar a ser una nación, hay que poner fin a todos estos rumores.

—También está el asunto de las visitas del damat doctor a los herboristas. Todos lo temen. Tienen miedo de que los denuncie al director del servicio de inteligencia, de que los sometan a la falanga en la mazmorra como hicieron con los soldados de la cocina, y de que los lleven ante el tribunal por vender venenos.

Sami Pachá comprendió enseguida que, de todos los rumores que acababa de escuchar, el único que había perturbado su mente y su espíritu era el de que el jeque Hamdullah hubiera declarado: «¡A mí nunca me afectará la

peste!». Él se había enterado de la supuesta enfermedad del jeque por boca del cónsul George, y en ningún momento la había puesto en duda. Ahora se preguntaba si le habrían tendido una trampa y había caído de lleno en ella. Le inquietaba la posibilidad de que el doctor Nuri también hubiera sido partícipe de esa confabulación. ¡Pero tal vez, si de algún modo conseguía devolverles aquella vil jugarreta al jeque Hamdullah y al cónsul George, Estambul acabara retirando su destitución!

—Marika, por hoy ya he tenido suficiente, ahora quiero distraerme un poco. No hablemos más de la peste.

—Como usted desee, querido pachá, pero es de lo que habla todo el mundo.

—Tarde o temprano esta maldita peste acabará… Y cuando haya pasado esta calamidad, quiero plantar árboles por toda nuestra hermosa isla de Minguer, especialmente palmeras, pinos y acacias. También quiero reformar el muelle para que los grandes barcos de pasajeros puedan atracar en el puerto de forma segura, aunque no llegue ninguna subvención de Estambul. Conseguiremos los fondos necesarios pidiendo apoyo financiero a los rums, pero también a los musulmanes, en la medida de lo posible. Si logramos el respaldo económico de los Theodoropoulos y los Mavroyenis, los Kumaşçizade de Esmirna y los hijos del Tevfik Pachá también querrán sumarse.

—Nadie ama más esta isla que usted, querido pachá —dijo Marika—. Es una lástima que le carguen con las culpas de todo.

¡Qué persona tan maravillosa era Marika! El pachá no alcanzaba a imaginarse la vida sin ella. Su rostro afectuoso y compasivo era el reflejo de su alma; no había un solo ápice de doblez o insinceridad en aquella mujer perspicaz e inteligente, y esa era otra de las razones por las que la amaba tanto. A veces el pachá fantaseaba con la idea de que era musulmana y se lo comentaba a Marika en tono jocoso, y ella le seguía el juego fingiendo ser una concubina del harén, algo que le

excitaba y divertía, cautivado por su precioso cuerpo y sus pechos enormes.

Sami Pachá se dejó llevar por la impaciencia que suponía el hecho de saber que la única manera de librarse de la soledad y la dolorosa impotencia que lo afligían era haciendo el amor con Marika. De hecho, lo que menos le gustaba a Marika de él era su impaciencia por consumar. Pero esa noche el pachá no se sentía con fuerzas para entretener a su amante con el relato entre enojado y burlón de los problemas administrativos de esa provincia que adoraba tanto como a ella.

Finalmente, tras un largo silencio, Marika notó también su ansiedad y, con una sonrisa, lo llevó hasta la cama. El pachá apreció su gesto. Mientras hacían el amor, sus sentimientos alternaban entre la gratitud y un asombro maravillado. Pero, al mismo tiempo, también daba rienda suelta a su bestia interior. Era como si estuviera borracho sin haber bebido. Siempre le había atraído especialmente el gran pecho derecho de Marika, y ahora su boca se cerró en torno al pezón. Ella le acarició con ternura la cabeza y el pelo que ya raleaba, y él se acordó de su madre y de su infancia. Le encantaba que Marika restregara sus dulces pechos contra su frondosa barba. Hicieron el amor largo y tendido; el pachá acabó empapado en sudor, y solo al final se percató de la presencia del mosquito que se había posado en su espalda.

—A usted le ha pasado algo hoy, pero prefiero no preguntar —dijo Marika al cabo de un rato—. Aunque hay algo que quería comentarle.

—Dime.

—Hoy han encontrado una rata muerta todavía sangrando en el patio de atrás. Y anoche pude oír a esas perversas bestias correteando por debajo de la cama.

—¡Que Dios las maldiga! —exclamó el pachá.

Esa noche se quedó haciendo guardia en la habitación de Marika hasta el amanecer. Medio adormilado en el borde de la

butaca, o sentado en la cama, consiguió impedir que las ratas atacaran a su amante. Cuando llegó por la mañana a la sede de la gobernación, ordenó a dos funcionarios municipales que fueran a la casa de la mujer para poner ratoneras y esparcir matarratas por todo el lugar. La idea de que Marika —y de hecho también él— tuviera que hacer cuarentena, o al menos someterse a un examen médico, ni siquiera se le pasó por la cabeza.

47

Esa semana fallecieron una media de veinte a veinticinco personas cada día, aunque, sumidos en un pesimismo razonable, todos estaban convencidos de que la cifra real era incluso más elevada. Algunas familias ocultaban a sus difuntos en algún escondrijo de sus casas para evitar que vinieran los soldados de cuarentena. Cuando la víctima -un padre, una madre, un abuelo-presentaba un bubón en el cuello apenas perceptible, sus familiares se engañaban diciéndose que no había muerto de peste, sino de otra cosa. Esa gente seguía transmitiendo la enfermedad a los vecinos de su barrio, por lo menos hasta que en la casa se producía una segunda o tercera muerte.

La mañana siguiente a la noche que había pasado en casa de Marika sin pegar el ojo pero contento de su labor como protector, Sami Pachá se enteró de que el Sühandan acababa de hacer escala en Esmirna, donde había recogido un cargamento de tiendas de campaña y medicinas, y había zarpado en dirección a la isla. En el telegrama que se le había enviado al director de cuarentenas se notificaba que a bordo del barco venían soldados, voluntarios y suministros; la cifra exacta de los mismos aparecía registrada con la meticulosidad típica de la burocracia otomana. Al final del mensaje, Sami Pachá leyó algo que hizo añicos todas sus esperanzas: en el Sühandan venía también el nuevo gobernador asignado para sustituirlo. Y encima se trataba de Ibrahim Hakkı Pachá, al que Sami Pachá conocía desde hacía años y con quien tenía cierta amistad, aunque de hecho lo consideraba un hombre mediocre y poco espabilado. Se conocieron trabajando como escribanos en la Oficina Imperial de Traducción, donde básicamente se pasaba el día entero haciéndole la pelota a su jefe, Abdurrahman Fevzi Pachá. Y si no le fallaba la memoria,

su rango militar no era superior al de un brigadier. De ser así, ¿cómo diablos podría darle órdenes al nuevo comandante que iba a ponerse al mando de la guarnición? Una cosa estaba clara: en el Mabeyn y la Sublime Puerta ya no quedaba nadie con dos dedos de frente que se tomara en serio esos importantes detalles relacionados con el rango y la posición. ¡O quizá justo lo que querían era tocarle las narices a Sami Pachá!

Sami Pachá dejó a un lado las emociones provocadas por la aprensión y el enojo y recurrió a la parte más racional de su cerebro. Era consciente de que ahora sería imposible ocultar que lo habían destituido y de que muy probablemente la decisión ya no sería revocada, así que ideó un nuevo plan.

Esa mañana, después de marcar con puntos verdes los muertos del día anterior en el mapa del cuarto de epidemiología como hacían cada día, Sami Pachá anunció:

—¡Por desgracia, algunos secretarios del Mabeyn creen que no he estado a la altura en nuestra lucha contra la peste y me envían a Alepo! —(En realidad, todo el mundo sabía que quien destituía y nombraba personalmente a los gobernadores era el mismo Abdülhamit)—. Pero esta decisión será anulada. Y aunque no lo sea, hasta que el nuevo gobernador asuma oficialmente su cargo seguiré desempeñando mis responsabilidades con la misma diligencia de siempre, y el viernes pronunciaré mi discurso en la plaza de la Provincia. No se olviden, señores, de que los pasajeros del barco de ayuda tendrán que pasar cinco días de cuarentena antes de que puedan pisar Minguer.

—Los pasajeros de los barcos procedentes del norte y el oeste no deben cumplir cuarentena —comentó el doctor Nikos.

¿Se trataba de una observación inocente, o quería dar a entender que ya no obedecería las órdenes del pachá? El director de cuarentenas había recibido con total indiferencia la noticia de la destitución de Sami Pachá.

—Esos nuevos doctores y el nuevo gobernador no saben cuál es la verdadera situación aquí, y tampoco conocen a la gente de la isla. Echarán a perder todos nuestros esfuerzos de cuarentena imponiendo métodos y restricciones completamente distintos —dijo Sami Pachá—. Y tarde o temprano esas nuevas medidas se revelarán inefectivas, y cientos de personas morirán en vano.

—¡En tal caso, esos cinco días de cuarentena obligatorios nos darán el tiempo necesario para readaptarnos a las nuevas medidas de cuarentena exigidas por Su Majestad! —dijo el doctor Nuri.

La gran mayoría de los historiadores coinciden en que el apoyo mostrado por el damat doctor a Sami Pachá en su decisión de aplicar la cuarentena de cinco días a los pasajeros del Sühandan fue algo que acabaría alterando definitivamente el destino de la isla. Algunos aseveran que su postura de secundar al exgobernador quizá se debió en parte a la influencia de la suspicaz Pakize Sultan, quien, haciendo gala del odio que sentía por su tío, sospechaba de las verdaderas intenciones del barco de «ayuda» enviado por Abdülhamit. Por su parte, aquellos historiadores más interesados en los aspectos puramente médicos le dan la razón al damat doctor remarcando que tomó la decisión correcta en lo referente a la cuarentena.

Después de que se implantara oficialmente la cuarentena, todos los viajeros de los barcos con bandera amarilla que llegaban a la isla procedentes de puertos infectados debían someterse a una cuarentena de cinco días —aunque no tuvieran fiebre— en el islote rocoso popularmente conocido como la Torre de la Doncella y situado cerca del puerto de Arkaz. En esos días no llegaba prácticamente ningún navío procedente del sur, es decir, de la línea de Alejandría. La mayoría de los que cumplían la cuarentena en la Torre de la Doncella lo hacían para poder embarcar en las naves que partían de la isla. Todas las mañanas y tardes, salía una barca en dirección al islote transportando a policías, doctores y

funcionarios encargados de controlar el estado de las personas sujetas a confinamiento.

Tras decidir que la Torre de la Doncella era el lugar perfecto para mantener en observación y lejos de Arkaz a los pasajeros del barco de ayuda Sühandan, Sami Pachá llamó al jefe de barqueros Seyit —a quien ya se le había encargado la tarea de recogerlos—, y le explicó con todo detalle lo que debía hacer.

El Sühandan iba con seis horas de retraso. Algunos historiadores más dados a las conspiraciones han llegado a sostener —ya sea implícita o explícitamente— que esa demora fue producto de algún tipo de complot internacional. En realidad, el viejo navío se había visto obligado a reducir la velocidad por culpa de una tormenta en las inmediaciones de Rodas, que había provocado que uno de sus gastados motores, que no podía con tanto ajetreo, se averiara. Cuando el barco fue avistado desde los barrios de las colinas como Kofunya o los Altos Turunçlar, la gente empezó a bajar al puerto a esperar con expectación su llegada. Al cabo de una hora, una muchedumbre agitada se había congregado en los muelles, especialmente por los alrededores del puente de Hamidiye, el hotel Majestic y el edificio de aduanas. Algunos ancianos de los barrios de Vavla y Turunçlar se mostraban muy contentos porque el sultán finalmente había enviado ayuda desde Estambul, pero se trataba de aquellos isleños más ingenuos e impresionables que exclamarían «¡Larga vida al sultán!» en cualquier tipo de situación. A decir verdad, la mayoría de la gente no tenía demasiadas esperanzas depositadas en aquel barco de ayuda, como tampoco confiaban en las medidas de cuarentena en general, ya que pensaban que todo lo que había ocurrido en la isla era el resultado de la indiferencia, la incompetencia y el mínimo interés mostrados por Estambul. Algunos de los ciudadanos más indignados no habían bajado a los muelles para celebrar la llegada de la ayuda o para reavivar sus esperanzas contra la peste, sino para armar jaleo gritando cosas como «¡Ya era hora! ¿Por qué habéis tardado tanto?».

Sami Pachá había enviado a todos sus policías y guardias al puerto. Y el mayor había ordenado que se desplegaran dieciséis soldados de cuarentena comandados por Hamdi Baba en la zona donde atracaban los botes de los barqueros.

Cuando llegó a las inmediaciones del faro Árabe, el barco de ayuda Sühandan hizo sonar su sirena como solían hacer en los buenos tiempos los barcos de pasajeros que se acercaban a la isla, y su sonido agudo y quejumbroso retumbó dos veces entre los montes escarpados de los alrededores de la capital. El jefe de barqueros Seyit, quien, siguiendo las instrucciones del gobernador, había estado esperando la señal cerca del edificio de aduanas, empezó a remar hacia el barco. A bordo del bote —que avanzó zarandeándose sobre las olas en dirección al Sühandan ante las expectantes miradas de la multitud congregada en el puerto— iban el director de cuarentenas Nikos, el joven doctor Filipu, cuatro soldados de la División de Cuarentena y varios bomberos con sus tanques cargados de lisol a la espalda.

Aunque el Sühandan había zarpado de los puertos no infectados de Estambul y Esmirna y no enarbolaba la bandera amarilla, el capitán Leonardo, el italiano que comandaba la nave, no puso la menor objeción cuando vio acercarse la barca. Estaba al tanto de las dimensiones dantescas que había alcanzado la epidemia en la isla, y sabía que cada día morían más de veinte personas. Así pues, dio permiso a los doctores y a los equipos de desinfección para que subieran al barco.

Sin embargo, al nuevo gobernador Ibrahim Hakkı Pachá aquello no le hizo ni una pizca de gracia. Cuando el director de cuarentenas Nikos fue a verle a su camarote, le dijo: «¡No sería nada apropiado que me quejara teniendo en cuenta que el mismísimo káiser Guillermo ha tenido que pasar por una situación como esta!». Pero acto seguido añadió que el deseo manifiesto de Su Majestad era que ocupara el despacho de gobernador lo antes posible, y que retrasar el relevo con la excusa de la cuarentena no sería bien visto en Estambul. (El sultán siempre insistía en entrevistarse personalmente con los

nuevos gobernadores y embajadores antes de que partieran hacia sus nuevos destinos). Poco después, todos los que acababan de subir al barco se enteraron de que el nuevo gobernador había llegado también a la isla. En una situación así, la respuesta más lógica habría sido aceptar la legitimidad del nuevo gobernador —aunque tuviera que pasar la cuarentena preceptiva en la Torre de la Doncella—, acatar sus decisiones y obedecer sus órdenes, pero no fue eso lo que ocurrió.

Mientras el resto de los funcionarios de la barca de Seyit subían al barco de ayuda, la multitud que contemplaba la escena desde los muelles tuvo la impresión de que a bordo del Sühandan se estaba produciendo algún tipo de alboroto, como si hubiera estallado una discusión. El nuevo gobernador Ibrahim Hakkı se negaba a salir de su camarote y a que lo pusieran en cuarentena, y tenía sus razones para ello. Cuando recibió las últimas instrucciones de Estambul, le habían hablado de la posible incompetencia del anterior gobernador y de que el servicio de telegrafía estaba interrumpido por culpa de una avería, pero en ningún momento había sospechado que —en palabras de los historiadores más dados a las conspiraciones— «se estuviera cociendo algo mucho más grande». Para entonces, los bomberos ya habían subido al barco y estaban desinfectándolo todo con lisol. La zona de la cubierta estaba abierta y aireada, pero había muchos recovecos y espacios tras las puertas cerradas que debían ser rociados con desinfectante.

Mientras tanto, el director de cuarentenas Nikos había detectado síntomas de la enfermedad en uno de los voluntarios que viajaban a bordo del Sühandan. Como se revelaría más adelante, lo que tenía en realidad Yani Hacipetru —un joven estudiante de primer año de la Facultad de Medicina que se había apuntado como voluntario a la expedición porque su abuelo era minguerense— no era peste, sino difteria. Pero, del mismo modo que algunos enfermos de peste con bubones en el cuerpo podían superar la enfermedad tras sufrir apenas un

poco de fiebre, también había casos de enfermos que, pese a no presentar bubones en las ingles o bajo las axilas, podían sufrir de repente graves episodios febriles y morir a los pocos días. Así pues, la fiebre de Yani Hacipetru se interpretó como síntoma de la peste, y este «diagnóstico» sirvió como excusa adicional para someter a una cuarentena de cinco días a todos los pasajeros del Sühandan antes de poder pisar la isla.

El nuevo gobernador no quiso pelearse con el director de cuarentenas Nikos, ni tampoco opuso resistencia a los soldados que rociaron brutalmente su camarote con lisol. Como más adelante revelaría su ayudante Hadi —en sus memorias, de una extraordinaria franqueza, tituladas *De las islas al país* —, lo único en lo que pensaba Ibrahim Hakkı Pachá en medio de todo aquel tumulto y caos de desinfección era en cómo conseguir que bajaran todas sus maletas y baúles a la barca sin que se extraviara nada. Por lo que él sabía —y como le había informado erróneamente el Mabeyn—, el exgobernador Sami Pachá ya había partido de la isla y estaba de camino a Alepo.

Los voluntarios —tres doctores rums nativos de Minguer, dos doctores musulmanes que acababan de licenciarse en la Facultad de Medicina y habían sido obligados a ir por orden del Ministerio de Sanidad, y unos cuantos jóvenes de espíritu inquisitivo y aventurero— bajaron por la escalera de cuerda hasta la barca de Seyit mecida por las olas. Durante gran parte de la travesía habían estado de un ánimo jovial y bullicioso, como si se fueran de vacaciones en vez de ir a luchar contra una horrible epidemia, pero antes incluso de bajar a la barca ya se habían visto silenciados e intimidados por el fuerte olor a lisol y por la brusquedad de los soldados de cuarentena. (Dos de los tres doctores rums y uno de los doctores musulmanes morirían por la peste en cuestión de un mes).

Después de asegurarse de que habían cargado en la barca todas sus posesiones, el nuevo gobernador también procedió a bajar. Pero cuando los hombres de Seyit empezaron a remar no hacia el puerto, sino en dirección contraria, hacia el islote de la

Torre de la Doncella, Ibrahim Hakkı Pachá se puso en pie y volvió a protestar: si era realmente necesario poner en cuarentena a todos los pasajeros del Sühandan, ¿no podrían confinarlos en el edificio de aduanas junto al puerto, o en algún otro lugar de la ciudad? El director de cuarentenas Nikos Bey lo asustó recordándole que Arkaz se había convertido en un lugar muy «peligroso». Algunos cronistas han afirmado que el nuevo gobernador solo accedió a subirse a la barca porque estaba convencido de que lo llevarían a la ciudad, y que, si hubiera sabido que en un momento histórico como aquel iban a encerrarlo durante cinco días en la Torre de la Doncella, habría exigido comunicarse con Estambul y recibir nuevas órdenes por telégrafo. También hay quienes quieren ver todo este incidente como parte de una conspiración orquestada por los británicos y por Occidente, o quizá incluso por los griegos. Puede que tampoco les falte razón a aquellos que sostienen que Ibrahim Hakkı Pachá —quien hacía muchos años había ejercido como administrador de la comarca de Zardost, una ciudad ubicada en el otro extremo de la isla— en realidad le tenía un gran miedo a la peste.

Este tipo de elaboradas conjeturas tal vez no nos sean de gran utilidad para ayudarnos a comprender mejor los hechos que se vivieron aquel día. Pero lo que sí podemos asegurar es que ahora muchos isleños (incluso aquellos que no tenían intención de asistir) aguardaban expectantes el sermón del viernes del jeque Hamdullah y el acto que se celebraría justo después en el balcón de la sede de la gobernación.

48

Durante siglos, los sermones que acompañaban a las oraciones del viernes en las mezquitas minguerenses de Saim Pachá el Devoto y Mehmet Pachá el Ciego eran pronunciados por imanes autorizados por Estambul para subirse al minbar y dirigirse a los feligreses. Pero también existía la tradición de permitir, en determinadas circunstancias históricas también, a los líderes de los principales tarikats de la isla oficiar la ceremonia en la Nueva Mezquita, y en tiempos especialmente difíciles la gente acudía en masa para escuchar las palabras de sus célebres jeques. Algunos de esos oradores recitaban oraciones árabes extraídas de las escrituras sagradas y las traducían utilizando el lenguaje cotidiano de la calle, y eran tan diestros a la hora de narrar parábolas, de pontificar y de conmover a los creyentes hasta las lágrimas que incluso los habían invitado a Estambul para dar sermones en las mezquitas más grandes e importantes de la capital, razón por la cual figuraban en el panteón de los minguerenses más célebres de la historia.

El jeque Hamdullah solo había pronunciado dos sermones en las mezquitas de Arkaz, muchos años atrás. Y en ambas ocasiones había abordado temas relativamente convencionales como la trascendencia del alma y de la fe, y las maquinaciones del diablo. En ellos no había hecho ninguna referencia a la situación que se vivía en la isla. En otras palabras, los anteriores sermones del jeque Hamdullah habían sido estrictamente escolásticos y, como no había tratado de los temores y las tribulaciones cotidianas de los musulmanes, no habían dejado mucha huella. De aquello hacía ya doce años, y aunque su reputación en la isla no había hecho más que aumentar desde entonces, el jeque no había vuelto a pronunciar ningún otro sermón porque no tenía ganas de

implicarse en cuestiones de púlpitos, imanes y oraciones del viernes que habían de ser aprobadas por Estambul y el Ministerio de Fundaciones Piadosas. Así pues, el sermón que se disponía a impartir sobre el tema de la peste constituía todo un acontecimiento no solo para la comunidad musulmana creyente, sino también para los cónsules y los líderes de las congregaciones cristianas.

Sami Pachá había ordenado mantener una discreta vigilancia sobre el jeque. Temía que, después de pronunciar el sermón, encontrara alguna excusa para no acudir a la asamblea en la sede de la gobernación, y que su ausencia convirtiera todo el acto en una manifestación de rechazo hacia la cuarentena: justo lo contrario de lo que pretendía ser.

Pero el protagonista más resuelto y rabioso de ese jueves, el día anterior al sermón, fue sin duda Ramiz. Después de ser liberado gracias a la orden telegráfica de Estambul, Ramiz había permanecido en los pueblos norteños de Çifteler y Nebiler. No nos demoraremos en un extenso relato de sus peripecias por aquella zona, enfrentándose a los ciudadanos que huían de la peste en Arkaz, o extorsionando al hijo mayor del farmacéutico Nikiforo. Sin embargo, Marika había estado en lo cierto cuando advirtió a Sami Pachá: una semana antes, Ramiz, con su nueva banda de siete hombres reclutados en los pueblos de Çifteler y Nebiler, había regresado de incógnito a Arkaz. Sus secuaces iban armados con cuchillos y fusiles (supuestamente para cazar ratas). Desde entonces, Ramiz se había dedicado a difundir una serie de rumores afirmando que las grandes potencias no retirarían sus barcos y levantarían el bloqueo hasta que el nuevo gobernador ocupara su cargo y tomara el mando de la guarnición y de las divisiones árabes estacionadas allí.

Como en esos días ya casi no quedaban féretros, a la mayoría de los cadáveres los estaban enterrando sin ataúd. El trabajo de amortajar a los difuntos que nadie reclamaba —ya fuera porque toda su familia había muerto o había huido de la ciudad— se había convertido en un problema grave, ya que

después de que Hadid y Mecid fueran relevados de esa labor, los aldeanos enojados y los inmigrantes cretenses contratados para sustituirlos habían desertado. Al mismo tiempo, el miedo a la peste había hecho que cada vez menos funcionarios acudieran a sus trabajos, por lo que a los hombres de Sami Pachá les resultaba muy difícil rastrear los pasos de Ramiz en de la ciudad.

La noche del jueves, Ramiz fue de tapadillo hasta el islote de la Torre de la Doncella en la barca de Lazar Efendi, el jefe de barqueros que operaba bajo la protección del cónsul francés Andon Hampuri. Lo acompañaban diez hombres armados, tres de ellos reclutados de su entorno en Arkaz. Ramiz y sus compinches desembarcaron sigilosamente en el destartalado muelle de madera. Pero allí los atacaron dos perros furiosos que parecían tomarse su función de guardianes más en serio que el resto, hasta que finalmente aparecieron algunos guardias. Ramiz y su banda les mostraron los fusiles y los engañaron diciéndoles que los habían enviado el doctor Nikos y Sami Pachá para proteger el islote de un grupo de guerrilleros que planeaban secuestrar al nuevo gobernador esa noche, y en breve se hicieron con cada una de sus armas y los maniataron.

A Ramiz no le resultó tan fácil convencer al nuevo gobernador Ibrahim Hakkı Pachá. Tal como narraría su ayudante Hadi muchos años más tarde con un lenguaje delicioso en sus memorias *De las islas al país* , el nuevo gobernador reaccionó ante Ramiz y sus hombres como un príncipe heredero que se hubiera escondido dentro de su harén intimidado por los golpistas intrépidos que habían acudido a sentarlo en el trono. (Murat V había experimentado una angustia similar cuando los golpistas que querían derrocar a su predecesor Abdülaziz fueron a rescatarlo un día antes de lo previsto). Durante un buen rato, Ibrahim Hakkı Pachá se negó a abrirle a Ramiz la puerta del cuarto donde lo habían confinado. Como le parecía un disparate que lo hubieran confinado en el islote con el pretexto de la cuarentena,

sospechaba de todo el mundo y tenía la sensación de ser víctima de una extraña conspiración. Sacó su pequeña pistola Nagant y la cargó de balas.

Ya pasaba de la medianoche cuando —tras haber comprendido finalmente que Ramiz y sus hombres habían tomado el control del islote, que no acudiría nadie de la ciudad a rescatarlo y que, por tanto, se había convertido, en cierto modo, en prisionero de Ramiz— el nuevo gobernador salió de su cuarto blandiendo la pistola Nagant. Ramiz declaró que, en calidad de auténtico gobernador de la isla, Ibrahim Hakkı Pachá tenía todo el derecho a portar un arma y, tras hacer todo tipo de proclamaciones solemnes de lealtad, lo tomó del brazo y lo llevó hasta el salón principal de la Torre de la Doncella. Siguiendo las órdenes de Ramiz, también condujeron hasta la gran sala al asistente Hadi Bey y al escribano que habían acompañado al nuevo gobernador desde la capital, así como a los voluntarios y a los demás pasajeros del barco. Después de la larga travesía desde Estambul para luchar contra la epidemia en la isla, los impacientes voluntarios del Sühandan estaban muy disgustados por la absurda cuarentena a la que habían sido sometidos, y justo cuando empezaban a pensar que los habían convocado allí para llevarlos junto al resto del pasaje desde aquel inhóspito islote hasta la ciudad, Ramiz ordenó que encendieran todas las lámparas de gas del salón y, tras asegurarse de que todos los presentes podían verse unos a otros, se inclinó ante el nuevo gobernador Ibrahim Hakkı Pachá y le besó la mano como si estuviera jurándole lealtad a un nuevo sultán que hubiera accedido precipitadamente al trono. Entonces anunció que, tal como había ordenado Su Majestad el sultán, él y sus hombres reconocían la única potestad de Ibrahim Hakkı Pachá como nuevo gobernador de Minguer, y que al día siguiente lo sentarían en su despacho de la sede de la gobernación.

En sus memorias, el ayudante Hadi deja bien claro que Ibrahim Hakkı Pachá no creyó ni una sola palabra de lo que le decían aquellos bribones, pero que les siguió el juego porque

no quería enfadar al bandido Ramiz. La verdadera intención del pachá era escaparse a la primera oportunidad y reunirse con Sami Pachá (quien, se acababa de enterar, aún seguía en la isla) para poder evaluar conjuntamente la situación.

Ramiz, por su parte, quedó muy satisfecho por el éxito de su incursión nocturna en la Torre de la Doncella. La mañana del viernes, cuando empezaba a despuntar el sol, el nuevo gobernador y su camarilla subieron a la barca y llegaron a la ciudad por el viejo embarcadero de Piedra. Al mirar hacia la misteriosa y romántica silueta de la Torre de la Doncella y ver cómo la barca de Lazar se aproximaba lentamente a la ciudad, los pescadores rums que habían salido a la mar a primera hora de la mañana pensaron con ánimo sombrío que transportaba nuevos cadáveres desde el islote. La epidemia no remitía, la cuarentena no parecía servir de nada, y las personas sanas a quienes se encerraba en el área de aislamiento al final acababan contrayendo la enfermedad.

Después de dejar a los pasajeros en el viejo embarcadero de Piedra, la barca regresó discretamente a su punto de amarre habitual, delante del edificio de aduanas. Los espías de Sami Pachá habían avistado la barca, pero para cuando llegaron al embarcadero, el nuevo gobernador, Ramiz y su cuadrilla ya habían desaparecido en el barrio de Vavla. De haber sido necesario, aquellos hombres podrían haber derrotado fácilmente a todos los espías, policías y guardias nocturnos de Sami Pachá que se hubieran interpuesto en su camino. Pero sin tener que enfrentarse a nadie, sin ser vistos por nadie, se perdieron por los callejones.

49

El jeque Hamdullah pasó la noche del jueves inmerso en la lectura, revisando las epístolas y los libros que habían consultado su abuelo y tatarabuelo durante las epidemias de peste en Estambul. Los secretos de la peste que se discutían y revelaban en estas páginas se basaban en la interpretación de señales, cálculos abjad, y erudición hurufí. La epidemia de peste que había sacudido Estambul noventa años antes fue tan terrible que incluso los musulmanes practicantes se resignaron a su destino y solo encontraron consuelo y esperanza en las señales y los amuletos bendecidos. Dado su interés por esos conocimientos esotéricos y por los atributos místicos de las letras, los antepasados del jeque Hamdullah hallaron consolación en esas antiguas escrituras. Ellos también habían compuesto sus propios textos repletos de versos, expresiones de doble sentido y juegos de palabras. Pero el jeque Hamdullah sabía que esos escritos no servirían de nada en estos nuevos tiempos en los que de lo único que hablaba todo el mundo era de microbios y lisol. En ellos no se hacía ninguna mención a la cuarentena ni a posibles curas o tratamientos médicos.

Cuando acabaron las oraciones del viernes y llegó el momento de subir al púlpito, el jeque Hamdullah era muy consciente de que las masas desmoralizadas no responderían bien a un sermón dudoso y críptico, no se interesarían para nada en las finuras de la lógica dogmática más hermética, y que lo único que buscarían sería abandonarse al dolor, al llanto y a la invocación llorosa del nombre de Alá en busca de refugio y consuelo. El jeque había subido los doce escalones hasta el minbar, y ahora sentía que se encontraba muy por encima de aquella multitud angustiada y atemorizada que lo contemplaba desde abajo. Por lo general, cuando hablaba con

sus discípulos y con los feligreses atormentados que acudían para contarle sus problemas y aliviar sus corazones, le gustaba poder mirarlos de frente y a los ojos. Esa cercanía era lo que le permitía olvidarse de sí mismo y disolverse en el ser de la persona que tenía delante. Pero allí arriba, en lo alto del púlpito, el jeque sintió que la gente no esperaba de él un discurso racional, sino un nuevo sentimiento, un nuevo estado de ánimo que pudieran abrazar. También intuyó de inmediato que esperaban que les ofreciera algún tipo de paliativo contra el miedo y la muerte. No había pensado en nada de eso mientras preparaba el sermón la noche anterior. Ya podía anunciarles que nadie podía escapar a su destino, o afirmar que la obediencia a los preceptos de la cuarentena aparecía ya en el Corán… Nada de eso tenía efecto alguno sobre la congregación. Los angustiados y temerosos feligreses no tenían la cabeza como para atender a esas sutilezas. El jeque solo conseguía atraer su atención cuando mencionaba al todopoderoso Alá y proclamaba cuán clemente y misericordioso era, y veía que era cuando oraban juntos estas palabras sus rostros se iluminaban con un destello fugaz de epifanía y consolación. Así pues, comprendió rápidamente que, en vez de dar un discurso racional sobre la cuarentena y el destino, lo mejor sería simplemente rezar junto a su congregación.

De las profundidades de su ser brotó espontáneamente un verso de la sura *Al-Baqara* (*La vaca*): «Rabbena vela tuhammilna ma la tâkate lena bih!». El jeque tradujo en un turco sencillo su significado: «¡Dios nuestro, no nos impongas una carga que no podamos soportar!». Y luego añadió una emotiva reflexión al respecto: «La única manera de poder soportar esa carga es buscar refugio en Alá». Puesto que todo en este mundo ocurría según Su voluntad, la única salvación posible para los creyentes era ampararse en Alá. Lo dijo como si estuviera dando por zanjado el asunto, despejando cualquier atisbo de duda que pudiera rondar todavía por la mente de los feligreses. Y, en efecto, la multitud llegó a la conclusión de

que esas palabras encerraban un significado transcendente; aun así, todavía se sentían más exhaustos y angustiados que nunca.

El jeque Hamdullah conocía a la mayoría de aquellos hombres barbudos de aspecto cansado que escuchaban atentamente sus sentidas palabras. Los había visto durante los primeros días de la epidemia, en los patios de las mezquitas, reunidos alrededor de los ataúdes, tratando de decidir dónde enterrar a sus familiares. El jeque se había pasado aquellos primeros días yendo afanosamente de casa en casa, de funeral en funeral. Reconoció a un hombre de cabellos castaños que ahora lo contemplaba esperando que le ofreciera algún consuelo, y el jeque recordó cómo, después del fallecimiento de su mujer y sus dos hijas, no solo no perdió el juicio, sino que se comportó con gran dignidad. Otro de aquellos hombres era el herrador Riza, que se sentía morir él mismo cada vez que uno de sus vecinos fallecía a su alrededor. Entre la multitud también había un joven inmigrante de Creta que se había acostumbrado a ver morir a sus parientes y amigos, pero que era incapaz de concebir su propia muerte; y aunque ese día había decidido asistir a la oración del viernes, en realidad se había aislado del mundo huyendo de todo cuanto lo rodeaba. Pero tal vez esos casos fueran anomalías. La mayoría de las trescientas personas que llenaban la mezquita habían venido para formar parte de una comunidad, para sentirse más cerca de Alá, para no estar solos y pasar un rato rodeados de aquellos que sufrían sus mismos temores y tribulaciones. Y, a medida que el sermón avanzaba, fue perdiendo su neutralidad inicial para adquirir un tono que sin duda sería del gusto los hocas, los jeques y los tekkes contrarios a la cuarentena.

Al principio de la epidemia, antes de recluirse en su alcoba para sumirse en la contemplación, el jeque Hamdullah había acudido a muchas casas para ofrecer consuelo, incluso una razón para seguir viviendo, a aquellos que se habían sentido tan abrumados ante la fuerza imparable de la enfermedad que habían empezado a dudar de su fe. También había asistido al amortajamiento y entierro de numerosos fallecidos, ofreciendo

alivio y consuelo a los familiares que casi habían enloquecido en esas difíciles circunstancias. Durante aquellos primeros días visitando casas, jardines, tumbas, fabricantes de ataúdes y patios de mezquitas, el jeque se había implicado profundamente en las vidas de aquella gente honesta y abierta. Cuando corrió el rumor de que su jeque había caído enfermo, esa misma gente se dejó llevar por la desesperación; pero cuando más tarde oyeron que por lo visto se había recuperado y que, de algún modo, era inmune a las flechas de la peste, también se lo creyeron, algunos con ciertas reservas. El jeque podía ver ahora que muchos de los allí presentes esperaban que les revelara el secreto de sus poderes, o que al menos los ayudara a través de la oración a poder alcanzar también esa inmunidad. Deseaba con todo su corazón poder aportar algo de consuelo a aquella gente cuyo dolor y aflicción había compartido tan estrechamente.

El mayor consuelo era, por supuesto, vivir como un buen musulmán y morir como un buen musulmán. El jeque recitó en árabe unos versos de la sura *An-Nisa* (*Las mujeres*) para recordar a los feligreses que buscar refugio en Alá en el último momento no será suficiente para salvar de las llamas del infierno a los que han renegado de Él: del mismo modo que Alá convierte a los vivos en muertos, también puede devolver la vida a los muertos e incluso a la tierra misma. Por eso mismo, aquellos que tienen miedo de morir deben vencer sus temores pensando en la vida después de la muerte. Si han pecado, deberían estar asustados, desde luego… Pero si no han pecado, ese miedo constante a la muerte acabará volviéndolos locos, obviamente.

—Esa muerte que tanto teméis y de la que tanto queréis escapar, al final os acabará encontrando —dijo el jeque—. Podéis esconderos en el castillo más fortificado… y también ahí os atrapará.

Como señalaría más tarde el cónsul francés, esas declaraciones iban claramente «en contra de la cuarentena». El antiguo gobernador Sami Pachá, que esperaba nervioso en su

despacho a que diera comienzo el acto que se celebraría después del sermón, había esperado que el jeque dijera al menos algunas palabras para condenar los papeles bendecidos, los amuletos o las oraciones falsas contra la peste, pero eso tampoco ocurrió. En su lugar, el jeque habló de la interpretación de los sueños, de las sombras proyectadas por las alas de los búhos, y de lo que significaba ver dos estrellas fugaces en el mismo cielo nocturno. Pero tenía la sensación de que sus feligreses lo entendían mejor cuando hablaba lo que se sentía plantado ante un ataúd, llorando la pérdida de un ser querido, y les explicaba el significado de ese funesto instante

Los vecinos de algunos barrios se habían pasado los últimos días yendo de aquí para allá para asistir de un funeral a otro. ¿Se arrepentían los ciudadanos de Arkaz de no haber huido de la isla? ¿Se habían equivocado al no seguir el ejemplo de aquellos que se habían refugiado en montañas lejanas, aldeas y cuevas? ¿Quién era más merecedor del consuelo de Alá? ¿Los que habían escapado en barcas furtivas aun a riesgo de morir ahogados, o los que habían acudido a las mezquitas para buscar refugio en Alá?

Los feligreses sentían que el jeque estaba hablando con gran profundidad y trascendencia, y admiraban su sabiduría y erudición. Estaba dispuestos a escuchar todo lo que tuviera que decir sobre el temor de Dios y el miedo a la peste, y encontraban solaz en sus palabras. Sintiendo su fervor cada vez más entusiasta, el jeque recitó en árabe los versos de la sura *Yusuf* (*José*), y luego pidió a la congregación que repitiera con él:

—¡Dios nuestro, que creaste el cielo y la tierra de la nada! ¡Haz que cuando me muera lo haga sometido a Ti y me reúna con los virtuosos!

Hacia el final del sermón, que se prolongó más de lo esperado con interrupciones frecuentes de los feligreses que exclamaban «¡Amén!», fue tal la emoción con la que el jeque pronunció unas palabras de la sura *Al-Anbiya* (*Los profetas*)

—«Toda criatura viviente probará el sabor de la muerte»— que algunos empezaron a llorar. Todo el mundo estaba muriendo a su alrededor, y aun así no habían sido capaces de unirse en ese espíritu colectivo necesario para combatir a la muerte. El jeque podía ver en sus rostros que esa era la razón por la que habían seguido acudiendo a los tekkes y a las mezquitas. Y ahora, con una punzada de culpabilidad, se arrepentía de haberse recluido en su alcoba durante los últimos días y de no haber aportado consuelo a aquella gente desgarrada por el dolor y el sufrimiento.

A medida que su prédica se alargaba, el jeque a veces callaba y escrutaba el interior de los ojos que tenía posados en él. La mayoría se veían turbados, derrotados, con el ceño fruncido. Pero también había ancianos que lo contemplaban abstraídos, con una extraña serenidad, como si aquel fuera un sermón más de un viernes normal; también había gente que miraba a su alrededor con un asombro ingenuo y maravillado, como si no fueran conscientes de la gravedad de la situación y les sorprendiera cada una de sus palabras; y otros que asentían con gesto aprobador y optimista. El jeque, haciendo gala de su típica gestualidad exagerada, también sacudía la cabeza como diciendo: «¿Lo veis? ¿Lo entendéis?». Algunos apartaban la mirada cada vez que guardaba silencio un momento. El jeque había detectado la presencia de los espías de Sami Pachá entre la multitud. Desde el primer momento había sido consciente de las implicaciones políticas de su sermón, y desde el primer momento había deseado poder olvidarse de ellas.

En ese momento un carretero anciano que escuchaba con gran admiración al jeque en las primeras filas se sintió tan mareado por la emoción —o tal vez tan enfermo— que tuvo que tumbarse en el suelo y, poco después, empezó a temblar y gemir. Parecía estar sufriendo las convulsiones de la peste, y el jeque se vio obligado a interrumpir su sermón para prestar atención al anciano, mientras algunos feligreses acudían a ayudarlo.

La gente, ya de por sí muy tensa, no tardó en ponerse en marcha. Algunos pensaron que aquello era el final del sermón. Los que se habían puesto en pie y se habían marchado de inmediato, y también los que no se habían percatado del estado tembloroso y delirante del cochero, se imaginaron que algunos sinvergüenzas debían de estar armando jaleo. Ni Sami Pachá ni los cónsules habían descartado la posibilidad de que Ramiz se presentara en el sermón de su hermano para buscar problemas, y de hecho Sami Pachá se había asegurado de extremar las precauciones, desplegando más efectivos en las inmediaciones de la Nueva Mezquita y en las entradas del patio.

Pero pronto les quedó claro a todos los presentes que aquel alboroto no era cosa de un puñado de provocadores hostiles. Muchos conocían, al menos de vista, al afable conductor de faetón que había caído enfermo, y verlo sufrir de aquella manera tan dolorosa y evidente descorazonó profundamente a todos los feligreses. En el análisis de estos hechos ocurridos de forma tan precipitada, algunos historiadores de Minguer han sugerido que, si al final del sermón del jeque Hamdullah aquel viejo cochero no se hubiera desplomado retorciéndose de dolor, quizá la historia de la isla habría tomado un rumbo muy diferente.

Ya fuera por esta razón, o por otros motivos, la multitud que se estaba dispersando tras concluir el sermón del jeque no acudió al acto en la plaza de la Provincia, como había esperado Sami Pachá. El jeque Hamdullah tampoco hizo ninguna tentativa de animarlos a asistir, ni siquiera había hecho mención durante su prédica de la importante ceremonia que se celebraría delante de la sede de la gobernación. Tras haber asegurado ante su audiencia que la única vía posible, lo único que podían hacer los isleños, era refugiarse en el islam, lo último que quería el jeque era que lo vieran junto a los obispos de las congregaciones cristianas solo media hora más tarde. El anuncio conjunto que estaba previsto hacerse en el acto del gobernador —la prohibición de entrar en las

mezquitas y las iglesias— contradecía directamente lo que acababa de declarar durante el sermón. Aunque le había dado su palabra a Sami Pachá, el jeque Hamdullah se quedó como paralizado, sin ánimos de dirigirse hacia la plaza de la Provincia, y todavía se encontraba en la mezquita, rodeado de feligreses que iban a besarle la mano transgrediendo de pleno todas las normas de prevención, cuando un grupo de guardias especialmente seleccionado e instruido por Sami Pachá acudió para «llevárselo».

Sami Pachá ya había anticipado la posibilidad de que, a pesar de su promesa, el jeque Hamdullah remoloneara después del sermón para intentar escabullirse del acto que se celebraría en el balcón de la sede de la gobernación. También había previsto que algunos camorristas podrían intentar bloquear el camino entre la mezquita y la gobernación o provocar algún disturbio, por lo que había preparado convenientemente al cochero Zekeriya y a seis de sus guardias más leales. La mano del jeque todavía recibía besos fervorosos cuando de repente esos hombres entraron en la mezquita, lo tomaron por los brazos y, sin necesidad de coaccionarlo, lo condujeron hasta el patio y lo sacaron del recinto por una puerta lateral. Luego lo condujeron hasta el carruaje blindado que esperaba bajo los tilos de la calle. Sami Pachá les había ordenado que, si el jeque ofrecía resistencia, se lo llevaran a rastras y lo hicieran subir a la fuerza en el vehículo, y que bajo ninguna circunstancia permitieran que la multitud se lo arrebatara. Pero cuando llegó el momento, el jeque y todos los que le rodeaban tomaron a los guardias por sus propios discípulos (ya que llevaban el mismo tipo de ropajes), de modo que no se resistió y, sin siquiera despedirse de nadie, lo escoltaron a toda prisa a través de la muchedumbre y subió al landó blindado que lo estaba esperando.

Mientras tanto, Ramiz y sus hombres, después de secuestrar al nuevo gobernador, su ayudante y su escribano en la Torre de la Doncella, habían regresado furtivamente a través de los callejones de la ciudad hasta ocultarse en una casa

abandonada del barrio de Vavla, donde permanecieron hasta la hora del sermón. Se trataba de una ruinosa mansión otomana a la sombra de la mezquita de Mehmet Pachá el Ciego, enfrente del patio del Instituto Militar. Los estudiantes de esa academia creían que el lugar estaba encantado o maldito, y solían utilizarlo como un escondrijo donde celebrar reuniones secretas y muy de vez en cuando para ir a beber vino y organizar peleas. Este edificio había sido un foco de atención al principio de la epidemia porque ahí aparecieron muchas ratas muertas. Y en los últimos quince días se habían descubierto también dos cadáveres, su presencia revelada en ambos casos por el espantoso hedor que llegaba desde el patio. Uno de ellos era un hombre musulmán que había enloquecido después de las muertes de su mujer y de su madre, y que había desaparecido incluso antes de que se llevaran a cabo los funerales. Su antigua casa quedaba bastante cerca, así que no había conseguido llegar muy lejos antes de que la muerte lo sorprendiera.

El segundo cadáver era de naturaleza más misteriosa, ya que pertenecía a un chico de Flizvos. Dado que ningún rum del adinerado barrio de Flizvos iría a Vavla para morir, los dos funcionarios asignados al caso pensaron que allí debía de haber algo muy turbio, pero, a pesar del empuje inicial de las pesquisas, la investigación no tardó en abandonarse. En cualquier caso, los soldados de cuarentena habían prohibido la entrada a la mansión y a su patio, al igual que habían hecho con otros muchos edificios donde habían aparecido cadáveres. Y como esta era una de las pocas prohibiciones que sí se estaban respetando, Ramiz y sus hombres decidieron que aquel caserón ruinoso sería un lugar seguro donde esconderse.

Hadi, el ayudante del nuevo gobernador —quien más adelante describiría esta aventura en sus memorias con un lenguaje vibrante—, refiere que lo único que impulsaba a Ramiz era el amor y la venganza, y que sería absurdo intentar buscar razones más profundas en sus acciones: estaba convencido de que la mejor forma de vengarse del mayor (que

le había arrebatado a su prometida) y del exgobernador Sami Pachá (que le había dado su apoyo) era hacer que el nuevo gobernador ocupara su cargo lo antes posible. Así pues, cuando los notables de la isla se dirigieran a la gente desde el balcón de la gobernación media hora después de la oración en la mezquita, el nuevo gobernador también debería estar allí. Más tarde, durante su juicio, Ramiz repetiría en múltiples ocasiones que ese plan había sido exclusivamente idea suya: ni de los cónsules, ni de su hermano, ni de nadie más.

Nadie podría haber atestiguado mejor el estado mental en que se hallaba Ramiz que el conserje de la gobernación Nusret, que en esos momentos actuaba como informador de Ramiz pero que antes había sido leal al director de inteligencia y a Sami Pachá… Sin embargo, Nusret moriría ese mismo día. Nusret, que era nativo del pueblo de Çifteler y trabajaba como conserje en la sede de la gobernación, mantenía informado a Ramiz sobre lo que ocurría en la ciudad. Pero, en realidad, actuaba como agente doble: también le revelaba a Sami Pachá los movimientos de las guerrillas musulmanas que atacaban a los rums (no todas, claro está, solo las que más detestaba), y le proporcionaba información valiosa sobre las guerrillas rums.

Poco antes de que el jeque Hamdullah empezara su sermón, un carruaje se llevó a la mitad de los hombres de Ramiz hasta la sede de la gobernación, donde Nusret los hizo pasar por una cuadrilla de funcionarios recién contratados y los escondió en el cobertizo de la leña situado enfrente de la cocina de la gobernación.

Media hora después, el mismo faetón se llevó a Ramiz, al nuevo gobernador y a otros tres hombres a la sede, a la cual accedieron por una puerta lateral cercana a la entrada principal. Este segundo grupo, que blandía visiblemente sus armas, entró en el edificio sin encontrar ningún tipo de resistencia. Nusret los recibió junto a la puerta lateral y los condujo por una serie de largos pasadizos y escaleras hasta el primer piso de la parte de atrás del edificio.

El jeque Hamdullah estaba iniciando su sermón cuando el grupo formado por Nusret, Ramiz y el nuevo gobernador subió hasta la primera planta, cruzó la estancia adyacente a la gran sala de reuniones que se estaba acondicionando para recibir a los invitados al acto, y desde allí entraron sigilosamente en la habitación donde estaba el mapa de la peste (a la cual nos hemos referido a menudo como el cuarto de epidemiología) y cerraron la puerta con pestillo. Como en esos momentos todos los espías de Sami Pachá estaban ocupados controlando la situación en la Nueva Mezquita, nadie prestaba demasiada atención a lo que sucedía dentro del edificio de la gobernación, una terrible negligencia que más adelante sería considerada como posible complicidad criminal.

Mientras el jeque Hamdullah seguía pronunciando su sermón, los cónsules, los periodistas y los demás invitados a la ceremonia del balcón de Sami Pachá habían empezado a llegar. Todos procuraban mantener las distancias y preferían saludarse desde lejos. Como era habitual, los cónsules habían formado su propio grupito aislado. Los periodistas y demás asistentes curiosos permanecían algo apartados junto a las paredes de la gran sala, mientras esperaban con paciencia a que aquel acto en el que tanto había insistido Sami Pachá, y que auguraban que probablemente no serviría para nada, empezara y acabara lo antes posible sin ningún tipo de altercado.

50

Empezaremos este capítulo con una pregunta que los historiadores de Minguer se han planteado a menudo: cuando esa mañana el mayor Kâmil se puso su uniforme de oficial, ¿por qué decidió colgarse la medalla recibida cuatro años antes en la guerra contra Grecia, y la condecoración de tercera categoría de la Orden de Mejidiye, si estaba a punto de emprender una acción histórica que acabaría convirtiéndose en un movimiento en contra de la autoridad del Imperio otomano? Responderemos ahora mismo a esta pregunta que siempre ha desconcertado a los historiadores locales: ni el mayor ni Sami Pachá tenían la menor idea de la trascendencia y las repercusiones de los acontecimientos que tendrían lugar ese día. Ya se habían enterado de que el nuevo gobernador había sido secuestrado en la Torre de la Doncella, y estaban furiosos con Ramiz. El mayor tenía el presentimiento de que el antiguo prometido de su amada esposa, todavía locamente enamorado de ella, podría asaltar la sede de la gobernación para sabotear la cuarentena y el acto público que Sami Pachá había organizado de manera tan meticulosa. Así pues, era normal que pensara que el uniforme militar y las condecoraciones otomanas resultarían intimidatorios.

Esa mañana, en la habitación del Splendid Palas, Zeynep le confesó a su marido que tenía miedo no solo porque luciera sus condecoraciones, sino también porque lo veía muy nervioso y alterado.

—No te preocupes, saldremos sanos y salvos de esta —dijo el mayor—. ¡Y créeme, nuestra nación también saldrá de esta tesitura! Me llevo esto conmigo —añadió, enseñándole su pistola Nagant, pero Zeynep no mostró ningún interés. Era como si tuviera miedo no tanto de posibles tiroteos, peleas y puñetazos como de algo más espiritual y metafísico.

Siguiendo las órdenes de Sami Pachá, una vez que el jeque Hamdullah subiera al carruaje y un soldado ondeara una bandera blanca para notificarlo tanto a la sede de la gobernación como al hotel Splendid, el landó blindado saldría hacia la plaza de la Provincia recorriendo las callejuelas empinadas del interior de la ciudad para evitar las vías principales. Sami Pachá era consciente de que el fugitivo Ramiz, fuertemente armado, podría provocar problemas en cualquier momento, y le preocupaba que pudiera asaltar el carruaje y subirse a él con su hermano o hacer cualquier otra barrabasada para dinamitar los planes; incluso que intentara secuestrar al jeque. Pero si el landó pasaba a recoger al mayor por el Splendid Palas, el jeque Hamdullah comprendería la gravedad de la situación y se comportaría.

Al ver ondear la bandera blanca, el mayor se acercó a su mujer y la abrazó. Zeynep le repitió que temía que Ramiz cometiese alguna locura y le pidió que fuera con cuidado. Volvieron a abrazarse.

El mayor bajó lentamente las escaleras del hotel vacío. En el vestíbulo había apostados cuatro soldados de cuarentena para repeler un posible ataque de Ramiz. Se detuvo un momento para revisar su uniforme en el gran espejo de marco dorado, y charlar brevemente con uno de los soldados que le informó sobre una disputa entre dos familias musulmanas del barrio de Çite que estaba dificultando la implantación de la cuarentena, y para cuando salió del hotel el landó blindado ya se acercaba. Lo seguía otro carruaje lleno de guardias.

Cuando los caballos cansados y sudorosos que tiraban del landó pararon delante del hotel, el mayor vio que también iba en su interior Nimetullah Efendi, el derviche del sombrero cónico de fieltro y hombre de más confianza del jeque Hamdullah. Recordemos a nuestros lectores que, a pesar de su apariencia modesta e insignificante (o quizá precisamente por eso), Nimetullah Efendi estaba llamado a desempeñar un papel político crucial en la historia de la isla.

El jeque Hamdullah no sabía que el comandante de la División de Cuarentena subiría también al landó. Como es lógico, no sentía mucha simpatía por el mayor Kâmil, que le había arrebatado la prometida a su hermanastro y cuyos soldados habían tratado tan cruelmente a la gente de su tekke y lo habían rociado todo con lisol. Pero, al verlo entrar tan beligerante y resuelto con su uniforme de oficial, sus condecoraciones y su pistola, le sonrió como si se tratara de un nuevo acólito o discípulo.

—Me habían comentado que era usted un héroe de guerra —dijo—. Pero no sabía que fuera tan joven. ¡Qué bien le sienta esa medalla, por Dios!

El mayor se sentó enfrente del jeque y de Nimetullah Efendi, y luego le dio las gracias inclinando humildemente la cabeza.

—¡Nuestro excelentísimo jeque ha pronunciado un sermón potentísimo! —dijo Nimetullah Efendi—. Todos se han conmovido hasta las lágrimas y han encontrado consuelo en sus palabras, y no querían dejarlo marchar sin antes besarle la mano. —Se produjo un silencio incómodo, tras el cual se apresuró a añadir—: Gracias al sermón del excelentísimo jeque, la congregación ha comprendido también cuán necesario es acatar las medidas de cuarentena.

Nuestros lectores más atentos sabrán que eso no era verdad. Pero el mayor no había escuchado el sermón.

Mientras el cochero Zekeriya conducía lenta y esmeradamente el landó por las pendientes y callejones desiertos en dirección a la plaza de Hamidiye, pasaron junto al patio de una casa y se sintieron sobrecogidos al ver a un grupo de vecinos que habían acudido para dar el pésame a la familia, a un niño que comía uvas sentado en el suelo, y a su hermanito que lloraba a moco tendido junto a él. El mayor sintió que aquel era el momento perfecto para comunicarle al jeque lo que tenía pensado decirle durante aquel breve trayecto de unos siete u ocho minutos.

—Excelentísimo señor jeque, todos los habitantes de esta isla sienten gran estima y veneración por usted, eso es indiscutible. Y si desde un principio hubiera prestado su pleno apoyo a los doctores y funcionarios de cuarentena, nos habríamos ahorrado muchas muertes, todo este dolor y sufrimiento.

—Nosotros somos los siervos de Alá y de nuestros profetas. Y actuamos siguiendo los mandatos de Alá. No podemos limitarnos a decir que «eso es cosa de los doctores», renunciando a nuestra religión, nuestra fe y nuestro pasado.

—Todos somos siervos de Alá —dijo el mayor—. Pero me pregunto lo siguiente: ¿acaso las creencias y la historia de una nación son más importantes que la vida y el futuro de su gente?

—No puede haber vida ni futuro para un pueblo sin religión, sin creencias y sin historia propias. Yo lo que me pregunto es a qué se refiere usted cuando habla de la nación de esta isla.

—A todos los isleños. A las gentes autóctonas de esta provincia.

Al cruzar el puente de Hamidiye, las ruedas del carruaje empezaron a emitir un ruido distinto, y, como si fuera una señal, todos guardaron silencio y miraron por las ventanillas. A la derecha se veían el rosa pálido del castillo y el azul del puerto; a la izquierda, el verde de las hileras de palmeras y pinos, y el puente Viejo.

Poco después llegaron los policías que Sami Pachá había desplegado a lo largo de la avenida Hamidiye; a decir verdad, no eran muchos. A pesar de los carteles colgados por las calles anunciando el acto, de los anuncios impresos en los periódicos publicados expresamente para la ocasión, y de las exhortaciones llevadas a cabo por los funcionarios, la avenida más grande de la ciudad no había una muchedumbre que impresionara.

—¡Ya vendrán! —dijo Nimetullah Efendi, respondiendo a lo que todos estaban pensando—. La congregación estaba saliendo ahora de la mezquita.

Sacó la cabeza por la ventana y miró hacia atrás. Pero, aparte del carruaje de guardias que seguía al landó, no vio prácticamente a nadie que se dirigiera a la plaza. La gente ya se había acostumbrado a ver a los policías y los soldados de cuarentena apostados ante la entrada de la oficina de telégrafos. Pero las medidas contra la peste se habían extremado en la plaza de la Provincia, donde ya se había concentrado una pequeña multitud formada por empleados de las agencias de viajes, comerciantes y algunos funcionarios que habían acudido obligados por Sami Pachá. El pachá, que había entreabierto una ventana de arriba para observar la escena, había esperado que se concentraran en el centro de la plaza, pero la mayoría aguardaba a la sombra de los almendros y las palmeras que la flanqueaban.

Todos los ojos se posaron en el landó blindado cuando entró en la plaza y se acercó a la entrada de la gobernación. Antes de que los caballos bañados en sudor se hubieran detenido, un grupo de policías, guardias y funcionarios se apresuró a rodear el carruaje. El jeque tardó más tiempo del previsto en conseguir bajar del landó (pisando sobre la escalerilla auxiliar que habían colocado diligentemente los porteros), esquivara a los que se acercaban a besarle la mano y entrara al edificio por la puerta principal.

—¡Debo realizar mis abluciones! —les dijo el jeque a Nimetullah Efendi y su sombrero cónico de fieltro en cuanto estuvieron en el sombreado interior.

Al lado de la escalera principal había un lavabo «a la franca», provisto de agua corriente y que se había instalado teniendo en mente a los invitados occidentales (básicamente, los cónsules). Algunos historiadores afirman que el largo rato que permaneció el jeque dentro del lavabo (según nuestras estimaciones, unos diez minutos) alteró el curso de la historia

de Minguer, una teoría que ha generado numerosas interpretaciones erróneas y exageradas.

A fin de demostrar lo absurdas que pueden llegar a ser estas hipérboles politizadas y carentes de fundamento, queremos ofrecer aquí nuestra explicación: el único motivo por el que el jeque tardó tanto tiempo en realizar sus abluciones fue simplemente que sentía gran curiosidad por el lavabo. Cuando siete años atrás se inauguró el nuevo edificio de la gobernación, todos los periódicos, empezando por el *Havadis-i Arkata* , escribieron largo y tendido acerca de lo novedoso, moderno y europeo de sus despachos, habitaciones de invitados y balcones, y entre los musulmanes más ilustrados de la isla se había hablado mucho —sobre todo en el marco de los habituales debates sobre la occidentalización y el creciente enriquecimiento de la comunidad cristiana— del carácter inequívocamente europeo de las tazas de lavabo compradas en la tienda Stohos de Tesalónica.

51

Cuando el jeque Hamdullah entró en el lavabo, el mayor Kâmil subió por la amplia escalinata de la sede de la gobernación, revestida con la piedra blanca rosácea de Minguer y conocida por todos los isleños. Sentía la habitual mezcla de orgullo y vergüenza que experimentaba siempre que lucía las condecoraciones sobre su uniforme militar, y trataba de no llamar demasiado la atención. Pero, en aquel momento, en aquel lugar, eso resultaba imposible. Mientras subía los escalones, notaba posados sobre él los ojos inquietos y temerosos de los criados, los funcionarios y todos los presentes, y para evitar cruzarse con sus miradas simulaba examinar los anuncios de cuarentena que colgaban de las paredes (algunos de los cuales llevaban ya dos meses allí) como si fuera la primera vez que los veía.

Llegó a la gran sala de reuniones. Al entrar en aquella estancia —normalmente en penumbra y con las cortinas echadas incluso durante las reuniones del Comité de Cuarentena— y encontrarla totalmente bañada por la luz resplandeciente del sol, pensó por un momento que se había equivocado de lugar. Vio que, en un rincón soleado junto al balcón, el doctor Nuri estaba hablando con monsieur Andon (le fastidiaba ese hombre), y se dirigió hacia la puerta verde del cuarto de epidemiología.

Cuando intentó abrirla, descubrió que estaba cerrada con llave; se disponía ya a dar media vuelta para acercarse al balcón cuando oyó un ruido al otro lado de la puerta, y también a alguien que hablaba. Tal vez algunos funcionarios seguían todavía allí dentro, marcando los muertos del día anterior en el mapa. Mantener la puerta cerrada parecía una medida razonable en aquel momento, y quienes fuera que estuvieran dentro no tardarían en salir.

El mayor se acercó al director Nikos y al doctor Tasos, un anciano miembro del Comité de Cuarentenas, que hablaban sobre la aparición de una nueva oleada de ratas muertas en las callejuelas y patios de los barrios de Kofunya y Eyoklima. Para más inri, la mayoría parecían haber muerto muy recientemente, y algunas todavía sangraban por la boca. Además, esa misma mañana el fornido hijo de los Mayroyenis, una de las familias rums más antiguas de la isla, había sido ingresado en el hospital sumido en un estado de delirio, y su célebre mercería familiar ni siquiera había abierto.

Mientras escuchaba la conversación, el mayor —como el resto de los presentes en la sala de reuniones y el balcón— observaba también a la gente que llegaba desde la avenida Hamidiye. Unas cincuenta o sesenta personas se habían congregado en medio de la plaza, aguardando a que empezaran los discursos desde el balcón. Pero cada vez estaba más claro que, por mucho que esperaran, la enorme muchedumbre de cientos y cientos de personas con que había soñado Sami Pachá no iba a aparecer.

El mayor se acercó a un funcionario al que había visto con frecuencia en el despacho de Sami Pachá y le pidió que abriera la puerta del cuarto de epidemiología.

—La llave la tiene Nusret Efendi —respondió el secretario, cuyo bigote recordaba a una almendra—. Está en el despacho del excelentísimo pachá —añadió, señalando con la vista hacia allí.

Justo en ese momento se abrió la puerta del despacho, y Sami Pachá, el secretario de correspondencia y Nusret Efendi entraron en la sala de reuniones. Los tres presentaban un aspecto relajado y resuelto.

Entonces el mayor notó movimiento en la entrada principal situada en el otro extremo de la sala, y comprendió que el jeque Hamdullah debía de haber subido la escalera y entrado en la estancia. Cuando el mayor y el secretario del bigotillo se dirigieron hacia el cuarto de epidemiología, empezó a oírse un

golpeteo fuerte e insistente desde el otro lado de la puerta. Los golpes eran cada vez más rápidos y violentos.

Como si hubiera estado esperando a que eso ocurriera, Nusret se separó de Sami Pachá y se acercó a abrir. Pero la puerta se sacudía de tal forma por los golpes que el hombre era incapaz de introducir la llave en la cerradura.

—¡No abran esa puerta! —exclamó el cónsul francés (esas fueron, evidentemente, las palabras que pasarían a la historia). Está claro, pues, que todo el mundo parecía esperar algún tipo de altercado.

El pánico empezó a cundir entre los invitados que estaban en la sala de reuniones y en el balcón. Cuando el mayor vio que los dos guardias que habían escoltado al jeque se acercaban blandiendo sus fusiles, se hizo a un lado y buscó refugio junto al alféizar de uno de los altos ventanales.

Para entonces todos en la sala habían comprendido que les habían tendido una especie de emboscada. Los perpetradores del presunto ataque se encontraban atrapados en el cuarto de epidemiología, cuya puerta estaba atascada. Todos los invitados trataban de averiguar qué sucedía allí exactamente, qué clase de asalto era aquel. ¿Acaso era una escenita orquestada por Sami Pachá? No era insólito que los gobernadores de territorios remotos del Imperio tendieran emboscadas parecidas como método para intimidar y forzar la sumisión de las minorías cristianas y de los opositores que siempre lo criticaban todo. Pero eso nunca podría ocurrir en la sede de la gobernación y menos en presencia de los periodistas.

Mientras los guardias de Sami Pachá rodeaban el cuarto de epidemiología, algunos de los invitados salieron apresuradamente al pasillo o al balcón. Ahora podían escucharse con mayor claridad los ruidos procedentes del otro lado de la puerta. Los que conocían la voz de Ramiz le oyeron gritar: «¡Abrid la puerta!». ¿Se estaría produciendo algún tipo de trifulca o altercado allí dentro?

Todo el mundo trataba de decidir qué hacer cuando, finalmente, se abrió la puerta verde del cuarto de epidemiología. Primero asomó la cabeza uno de los hombres de Ramiz, un tipo calvo con mostacho de morsa del pueblo de Nebiler. Blandía su fusil en dirección a los invitados petrificados que aún quedaban en la sala, aunque sin apuntar a nadie en concreto.

Desde la esquina donde se habían refugiado los periodistas y los notables rums de la isla, Kiryako Efendi, propietario de los almacenes Bazaar du Îsle, gritó: «¡Calma todo el mundo!», dando voz con su turco de marcado acento griego a las emociones y miedos de todos los presentes. Todos querrían verbalizar lo mismo: «¡Por el amor de Dios, no apriete el gatillo, no dispare!». Pero muchos intuían que, llegados a ese punto, sería algo inevitable.

Alguien gritó:

—¡No dispare!

Entonces Ramiz apareció en el umbral del cuarto de epidemiología. Su actitud, su rostro sonrosado, su expresión, toda su persona irradiaba tranquilidad. Incluso podría decirse que parecía inexplicablemente seguro de sí mismo.

—¡Lo más apropiado sería que este acto se celebrara después de que el nuevo gobernador Ibrahim Hakkı Pachá haya tomado posesión de su cargo! —declaró Ramiz.

Como el jeque Hamdullah estaba rodeado por sus propios hombres y por los del nuevo gobernador, ni Sami Pachá ni los cónsules pudieron ver cómo reaccionó ante esas rotundas y audaces palabras de su hermanastro. Tal vez, de haber tenido la oportunidad, le habría cantado las cuarenta a su hermano, como señalarían algunos más adelante. Por si no bastara con que aquel granuja sin título ni cargo, con el único mérito de ser el hermano del jeque más respetado de la isla, hubiera tenido la osadía de secuestrar al nuevo gobernador, ahora tenía la

desfachatez de hablar en un tono tan tajante e imperioso en presencia del antiguo gobernador.

Los cronistas turcos y otomanos por un lado, los historiadores nacionalistas minguerenses por otro, y el resto del mundo por su parte, todos tienen diferentes teorías sobre quién disparó la primera bala. En ese tipo de situaciones, a veces es posible identificar al instigador que apretó a conciencia el gatillo, o el descerebrado que disparó sin pensárselo. Pero no es el caso de lo que sucedió aquel mediodía en la gran sala de reuniones de la sede de la gobernación. Más bien al contrario, al parecer todos empezaron a disparar a la vez, como si alguien hubiera dado la orden de abrir fuego. Los dedos de todos ya habían estado dispuestos sobre los gatillos de los fusiles y los rifles. En sus memorias, el asistente de Ibrahim Hakkı Pachá explica que, en el mismo momento en que se abrió la puerta, el nuevo gobernador comprendió que iba a estallar una terrible confrontación, de modo que sacó la pistola Nagant que llevaba al cinto y se preparó para disparar.

Se abrió un «segundo frente» cuando un grupo de hombres de Sami Pachá irrumpió en el cuarto de epidemiología forzando una puerta trasera. Basándose en la información proporcionada en el último momento por el espía y agitador Nusret, Sami Pachá había desplegado guardias en la gran escalera y en los alrededores de su despacho. Cuando empezó la refriega, había dieciocho hombres armados del pachá en el interior y cerca de las entradas de la sala de reuniones. Algunos eran guardias municipales que llevaban sus armas a la vista; otros habían acudido disfrazados con ropajes de escribanos, sirvientes o comerciantes (Yusuf, que se había puesto a cubierto detrás de la misma columna que el mayor, era uno de esos hombres). Después de la primera detonación, y siguiendo las instrucciones que ya habían recibido de Sami Pachá, todos sacaron inmediatamente sus armas y empezaron a abrir fuego contra los asaltantes.

Sami Pachá había advertido a los hombres que había desplegado en la gobernación y en la plaza de las elevadas posibilidades de que un puñado de miserables enemigos del sultán y de la nación otomana intentaran «sabotear» la histórica asamblea de cuarentena que se celebraría ese día, y que incluso podrían llegar a matar a gente, por lo que les había ordenado que dispararan contra esos traidores sin compasión. (En otras palabras, cuando empezó el tiroteo, los hombres de Sami Pachá no estaban disparando en nombre de un Minguer independiente, sino en nombre del sultán.)

Cuando se enteró del ataque que habían preparado, Sami Pachá imaginó —tal vez ingenuamente— que podría capturar uno por uno a los hombres de Ramiz y arrestarlos de forma discreta sin comprometer la seguridad de la ceremonia en el balcón. Su plan consistía en emboscarlos a la salida del cuarto de epidemiología.

Pero, desde nuestro punto de vista, fue precisamente esa parte del plan la que desencadenó el tiroteo y la demencial «refriega» que siguió. En un abrir y cerrar de ojos, todos los hombres armados empezaron a disparar contra el «enemigo» mientras se escudaban detrás de mesas, columnas, butacas y macetones.

Durante los primeros nueve o diez segundos que siguieron al primer disparo, la batalla no había sido tan feroz. Ni los invitados que seguían en la sala ni quienes habían venido para asistir a la ceremonia sabían exactamente qué estaba sucediendo. La aparición del jeque Hamdullah, y después la de Sami Pachá, habían distraído su atención. Eso podría explicar por qué la primera detonación había provocado tal alboroto y confusión. Poco después, casi todos los hombres armados empezaron a disparar al unísono. El estruendo de las armas retumbando entre los gruesos cortinajes y los paneles de madera de las paredes resultaba ensordecedor, e incluso los que estaban fuera del edificio pudieron escuchar aquel estrépito intermitente y perturbador.

La infernal cacofonía que soportaron los invitados durante los pocos minutos de incesante tiroteo hizo que casi se volvieran locos. Todos los presentes recordarían durante el resto de sus vidas lo que vieron y oyeron en aquel breve intervalo, sobre todo el espantoso sonido de los disparos. Seguramente debía de resultarles más aterrador el ensordecedor ruido que ver cómo soldados, guardias y bandidos caían acribillados ante sus ojos.

Algunos invitados se arrastraron hasta guarecerse bajo la gran mesa de madera donde el Comité de Cuarentena celebraba sus interminables reuniones; otros se pusieron a cubierto detrás de armarios, sillas y escritorios; la mayoría simplemente se tiraron al suelo.

Muchos de ellos sabían que no eran el objetivo de las balas…, pero ¿qué importaba eso cuando se estaban disparando tantas armas? El ambiente estaba cargado de una rabia violenta; cualquiera podía ser su víctima, y todos comprendían de dónde procedía esa rabia. Era como si las balas se dirigieran contra la peste misma. Según los relatos de los testigos y las investigaciones de los historiadores, en esos breves minutos debieron de intercambiarse unos ciento cincuenta disparos.

Contra los dieciocho guardias instruidos y preparados de Sami Pachá estaban los diez hombres armados de Ramiz, que cuando disparaban estaban más preocupados por protegerse que por abatir al adversario.

Al principio de la refriega, los secuaces de Ramiz, incluso los que habían resultado heridos, trataron de devolver el fuego poniéndose a cubierto detrás de algún mueble. Gracias a su ímpetu y determinación iniciales, sus balas consiguieron alcanzar a muchos de los que los rodeaban. Pero, a los pocos minutos, sus armas empezaron a silenciarse: ¡los hombres de Sami Pachá, especialmente los que estaban en las puertas de la gran sala, los estaban sometiendo a semejante lluvia de balas que pronto comenzaron a caer abatidos uno a uno!

Momentos después de pronunciar sus altisonantes palabras, Ramiz recibió el impacto de dos balas, una en el brazo y otra en el hombro, que lo obligaron a retroceder. Se dio cuenta al momento de que no podría escapar por la puerta trasera del cuarto de epidemiología. Sami Pachá había apostado allí a tres guardias, que disparaban sin tregua. Consciente ya de que cualquier intento de huida resultaría infructuoso, Ramiz regresó a la puerta verde y siguió devolviendo el fuego a quienes atacaban desde la sala de reuniones. Pero, en cuestión de minutos, era el único de su bando que seguía en condiciones de disparar.

—¡Que nadie se mueva de sus posiciones! —ordenó el exgobernador Sami Pachá.

Se produjo un largo silencio. Solo se oía el graznido furioso de dos gaviotas que sobrevolaban la plaza. Aunque el tiroteo se había producido en el interior del edificio, el ruido llegó a todos los rincones de la ciudad y resonó entre las montañas.

Aquel silencio resultó incluso más desconcertante. Algunos invitados trataban de arrastrarse hasta la puerta, otros esperaban paralizados en el sitio donde se habían cobijado o agazapado. Se oían los gemidos y gritos de dolor de los heridos.

El mayor salió de detrás de la columna donde se había guarecido y entró en el cuarto de epidemiología, que había quedado totalmente arrasado. Vio enseguida que cuatro de los hombres de Ramiz y el conserje provocador Nusret habían muerto. Había sangre por todas partes, lo que hacía que el pavimento de piedra rosácea de Minguer adquiriera un peculiar tono rojizo. Ramiz había sido abatido, pero seguía con vida, retorciéndose y gimiendo en el suelo.

También vio que uno de los guardias había sido alcanzado, pero aún se movía y pensó que al menos podría salvarse. Entre los atacantes había un joven de tez muy blanca y aspecto infantil a quien el mayor no había visto antes y que parecía

haber sobrevivido a la refriega sin ningún rasguño. El chico estaba temblando como un flan, pero en su rostro había una extraña expresión de alivio, como si acabara de darse cuenta de que había salido ileso. Al ver que el mayor se le acercaba blandiendo su pistola, alzó las manos en señal de rendición.

Los guardias que habían combatido desde la puerta trasera no habían sido tan castigados por la lluvia de balas. El nuevo gobernador Ibrahim Hakkı Pachá yacía muerto en el suelo, con un agujero de bala en la frente. El mayor observó cómo su asistente Hadi suspiraba compungido sobre el cuerpo abatido del hombre, y también como los demás atacantes malheridos se entregaban a los guardias.

Cuatro balas habían perforado el mapa donde durante dos meses el gobernador pachá y el damat doctor y él habían colocado puntos verdes para marcar los muertos de la peste y las casas y lugares infectados. Otro proyectil había abierto un orificio en el vidrio de la gran vitrina negra cuya pintura empezaba a descascarillarse, pero el resto del cristal permanecía intacto.

Sin embargo, los cristales del armario de nogal de al lado sí que se habían roto en mil pedazos, constató el mayor. Al ver que los guardias y policías de Sami Pachá se acercaban al cuarto de epidemiología, sacó el cofre situado en el estante inferior del armario, levantó la tapa que estaba sin cerrar y, de debajo de dos alfombrillas dobladas, extrajo la banderola rosa y carmesí con el emblema de La Rose du Levant, donde aparecían bordados el Monte Blanco, una de las características torres puntiagudas del castillo de Minguer y la célebre rosa de la isla, y que tanto recordaba a una bandera.

Bajo la luz pálida de aquella habitación en penumbra, el mayor sintió como si la bandera roja con la rosa bordada anhelara buscar un lugar donde poder cobrar vida. Salió del cuarto y caminó en dirección al balcón y, bajo las miradas de todos los presentes conmocionados aún por el aterrador tumulto que acababan de sufrir, la tela pareció encontrar la luz

que tanto ansiaba y, al momento, bañó toda la sala en un brillante resplandor rojo.

Los periódicos de la época y los libros de historia posteriores describirían con gran elocuencia cómo los temerosos invitados presentes aquel día en la sala de reuniones quedaron sobrecogidos ante el fulgor de la bandera que sostenía el mayor. Hemos llegado a un punto en nuestro relato en que el fervor nacionalista desdibuja los límites entre historia y literatura, entre mito y realidad, entre el color y su significado. Por consiguiente, intentaremos adoptar un enfoque más serio y ponderado a la hora de abordar estos hechos.

52

Hay numerosas pinturas al óleo que retratan al mayor saliendo del cuarto de epidemiología y cruzando la sala de reuniones en dirección al balcón con la pistola Nagant en una mano y la bandera roja en la otra. La mayoría son versiones de la ilustración que el pintor rum Aleksandros Satsos (pariente de Lami por parte de familia materna) realizó para el periódico *Adekatos Arkadi* con motivo del primer aniversario de la «revolución». Esta imagen, a su vez, está claramente influida por *La libertad guiando al pueblo* de Delacroix, un cuadro por el que todos los revolucionarios del mundo en busca de la libertad siempre han sentido una singular afinidad romántica. De hecho, mientras escribimos esta historia, nos ha sido imposible ignorar que unos acontecimientos similares a los que acabamos de describir habían despertado antes el mismo sentimiento en un lugar no muy lejano. Hasta finales de los años treinta, en muchas tiendas de la isla se vendieron figuritas, lámparas y todo tipo de objetos inspirados en la *Libertad* revolucionaria de Delacroix y Satsos.

Cuando el mayor se disponía a cruzar el umbral del balcón, el doctor Nuri salió de entre la multitud y lo detuvo, y en un gesto espontáneo de camaradería, le posó una mano sobre el hombro. Lo había visto disparando contra los intrusos y sentía el deseo de abrazarlo, pero no pudo hacerlo porque el oficial sostenía la bandera en una mano y la pistola en la otra. En ese momento se fijó en algo en lo que ni nuestros lectores ni el propio mayor habían reparado hasta entonces.

—¿Está herido?

—¡No! —exclamó el mayor. Entonces bajó la vista hacia la mano con que sujetaba la bandera y vio la sangre brotar de una herida de bala por encima de la muñeca. Aunque no sentía

dolor alguno, lo cierto era que lo habían alcanzado y que sangraba profusamente—. No noto nada, querido pachá —dijo dirigiéndose a Sami Pachá, que acababa de acercarse—. Pero ninguna bala nos impedirá hacer lo que debemos hacer ahora por nuestra nación.

El mayor había alzado la voz para asegurarse de que todos los presentes pudieran oírlo. Los invitados reunidos en la sala habían escuchado atentamente cada una de sus palabras, y ahora se preguntaban cómo respondería el pachá. Pero Sami Pachá parecía indeciso, y permaneció callado.

—Estimado pachá, si no salimos ahora todos juntos y declaramos el cierre inmediato de las mezquitas y de las iglesias, nunca conseguiremos que se respete la cuarentena. Si no nos dirigimos ahora a la nación, especialmente después de este ataque, nunca más volverán a acatar nada de lo que usted ni los soldados de cuarentena les ordenen hacer.

Incluso al propio mayor le sorprendía el tono tan imperioso con el que le hablaba al pachá. Una fotografía tomada justo en ese momento lo muestra empuñando la pistola en dirección a Sami Pachá. Este había pedido a algunos fotógrafos de la isla que se apostaran en la plaza para fotografiarle mientras pronunciaba su discurso desde el balcón, a fin de que esas imágenes aparecieran publicadas más tarde en los periódicos y revistas. El elegido para inmortalizar el momento desde la sala de reuniones fue Vanyas, el primer gran fotógrafo profesional de Minguer. En su *Libertad* inspirada en Delacroix, Aleksandros Satsos copiaría algunos detalles del uniforme y de la pose del mayor basándose en esa instantánea de Vanyas.

En la esquina de una segunda fotografía tomada por Vanyas puede verse al jeque Hamdullah muy erguido y con ademán solemne. No sabemos si era consciente de que su hermanastro había sido herido durante el asalto (por no mencionar que todos creían que había muerto). Pero tenía la suficiente experiencia para comprender que, desde un punto de vista político, ahora no tenían más elección que seguir

adelante con la ceremonia prevista. Para entonces, los invitados habían recuperado cierta compostura y todos compartían la opinión de que aquel asalto había sido un intento de sabotear las nuevas medidas de cuarentena que se iban a anunciar. Todos los congregados en la sede de la gobernación, tanto cristianos como musulmanes, coincidían en que había que celebrar el acto tal como estaba previsto; de ese modo se enviaría un mensaje de unidad y cooperación y se le comunicaría a la gente el cierre de las mezquitas y las iglesias.

También existía un consenso generalizado de que, en aquel momento histórico, la persona más apropiada para dirigirse al pueblo para expresar esa voluntad era el mayor Kâmil (en vez de Sami Pachá, quien todavía estaba muy alterado por las repercusiones de su destitución). Asimismo, hay quien ha insistido en que el mayor parecía exultante cuando los patriarcas religiosos, los líderes de las comunidades y los periodistas empezaron a salir al balcón. Y, después de que el mayor le comunicara a Sami Pachá que el nuevo gobernador Ibrahim Hakkı Pachá había muerto tras recibir un disparo en la frente, el joven oficial pudo ver en la expresión de su rostro que aquella noticia lo dejaba hecho polvo.

—¡Después de esto, ya nadie nos escuchará! —musitó Sami Pachá con sentida preocupación.

—Al contrario, excelentísimo pachá —empezó el mayor, improvisando una réplica que se haría famosa—: Si ahora damos un paso adelante y proclamamos la revolución, la nación minguerense, tan progresista, daría junto a nosotros no solo un paso, sino dos.

A los historiadores nacionalistas y conservadores turcos y otomanos siempre les ha resultado muy difícil entender el contexto en el que conceptos como «progreso» y «revolución» podrían haber sido utilizados en la isla en el año 1901. Incapaces de aceptar que la isla quisiera separarse del Imperio otomano por la incompetencia de sus autoridades, e incluso negando la existencia de una nación minguerense, siempre han

intentado demostrar a toda costa que detrás de aquellos hechos debió de haber otros poderes misteriosos, todo tipo de fuerzas encubiertas tirando de los hilos. Según ellos, el inicio de la «revolución» no pudo tener lugar «como se ha contado». La evidencia más clara de ello es que al mayor Kâmil, un oficial de treinta y un años de rango modesto, y que además había sido encarcelado unos días antes por indisciplina, nunca se le ocurriría hablarle de esta forma, como si le estuviera dando órdenes, a un «antiguo» gobernador que no solo era un veterano burócrata con rango de pachá, sino que además tenía veintitantos años más que él.

Evidentemente, una de las características principales de cualquier «revolución» es que cosas que nunca habían pasado, y que nadie habría pensado ni incluso soñado que pudieran pasar, empiezan a sucederse una tras otra.

La fuerza del mayor radicaba exclusivamente en sus propias experiencias, su conciencia y su sincera devoción por la gente de la isla. Fueron su inocencia y su integridad las que lo impulsaron a actuar a pesar de todas las presiones, los miedos, y la medalla y la orden otomanas que llevaba colgadas al pecho. Mientras los invitados ocupaban sus sitios en el balcón tal como había dispuesto el pachá, el mayor volvió a girarse hacia Sami Pachá y le dirigió unas sentidas palabras que se aseguró de que el damat doctor y los demás invitados pudieran escuchar:

—Excelentísimo gobernador pachá, mucho me temo que mientras Su Majestad el sultán Abdülhamit siga ocupando el trono, para usted y para mí se han cerrado todos los caminos de vuelta a nuestras vidas anteriores y a Estambul.

Una vez más, habló en voz suficientemente alta para que lo oyeran, y tras realizar esta declaración —que también tendría un valor «profético» para Pakize Sultan y su marido—, el mayor siguió alzando la voz y su discurso fue ganando en retórica y lirismo:

—Pero no debe desalentarse, querido pachá, porque existe un gran consuelo, y es el hecho de que no estamos solos. La nación minguerense está con nosotros. Todos los que viven en esta isla, toda la nación minguerense, ha comprendido que, mientras sigamos recibiendo las órdenes telegráficas de Abdülhamit, nos será imposible librarnos de la peste y ponernos a salvo.

Fue la primera vez en la historia de la isla que se pronunció públicamente la expresión «nación minguerense», y además en abierto desafío contra Abdülhamit. Pero esas dos palabras bastaron para que saltaran las alarmas de todos los presentes.

El mayor ya había llegado hasta la balaustrada del balcón.

—En cuanto dejemos de esperar los telegramas de Estambul y empecemos a gobernarnos por nosotros mismos, esta cuarentena prosperará, la enfermedad desaparecerá y todos estaremos a salvo —declaró, hablando como un verdadero político. Y a continuación se giró hacia la plaza y gritó con todas sus fuerzas—: ¡Viva Minguer! ¡Vivan los minguerenses! ¡Viva la nación minguerense!

Al final la plaza había empezado a llenarse. En ese momento habría una muchedumbre de entre ciento cuarenta y ciento cincuenta personas. La mayoría se habían dispersado cuando comenzaron los disparos, pero luego habían regresado, intrigados, para tratar de averiguar qué estaba pasando. Todos los cocheros, guardias y vendedores ambulantes que habían buscado refugio en las tiendas, detrás de las columnas y bajo los árboles que rodeaban la plaza de la Provincia, habían vuelto a salir después de ver aparecer en el balcón al jeque Hamdullah y al patriarca Konstantin Efendi junto al exgobernador y el damat doctor. Para dar algo más de tiempo a la multitud para congregarse, el mayor volvió a girarse hacia Sami Pachá y —tal como han confirmado los testigos y las cartas de Pakize Sultan— pronunció estas históricas palabras:

—Excelentísimo pachá…, nunca habríamos llegado tan lejos sin su mandato ejemplar. Usted es el más grande

gobernador que hemos tenido nunca. ¡Que Dios lo bendiga! ¡Pero ahora ya no es el gobernador del sultán; ahora es el gobernador de la nación! A partir de este momento, quienes estamos aquí reunidos en comité proclamamos la independencia de Minguer. A partir de este momento, nuestra isla es libre. ¡Viva Minguer, viva la nación minguerense, viva la Libertad!

En la plaza, la multitud seguía aumentando y los fotógrafos no paraban de tomar instantáneas. Las imágenes de las figuras más prominentes de la isla codeándose con actitud esperanzada y entusiasta en el balcón de la gobernación acabarían ilustrando las crónicas periodísticas de aquel día, 28 de junio de 1901, fecha en la que la nación de Minguer irrumpió finalmente en la escena histórica mundial. Esas fotografías se publicarían en cientos de periódicos de los cinco continentes, y aparecerían reproducidas en numerosos libros, enciclopedias, sellos y crónicas históricas.

Mención especial merece una fotografía tomada por Arhis Bey que fue llevada hasta Creta y de allí a Francia gracias a la ayuda del cónsul francés y de una de las barcas que aún sacaban gente de la isla, e impresa tres días más tarde, el lunes 1 de julio de 1901, acompañando a un artículo de segunda página de *Le Figaro* , el principal periódico conservador y de derechas de París:

Revolución en Minguer (*Révolution à Minguère*)

> Minguer, la pequeña isla otomana del Mediterráneo oriental famosa por su mármol y sus rosas, ha declarado la independencia. Durante las últimas nueve semanas, esta isla, cuya población es de ochenta mil habitantes divididos a partes iguales entre cristianos y musulmanes, ha sufrido una terrible epidemia de peste. Después de que la Dirección de Cuarentenas provincial fuera incapaz de contener la epidemia, la comunidad internacional, acudiendo a la llamada del Estado otomano, envió cuatro buques de guerra para bloquear el tráfico marítimo e impedir que la peste se propagara por Europa. Hace tres años, un grupo de peregrinos que regresaban del Hiyaz se rebelaron contra las estrictas medidas de cuarentena y, en el enfrentamiento, murieron siete isleños y un soldado. Durante la revolución que ha estallado en la isla, se han

escuchado disparos por toda la ciudad y se observaron tropas otomanas moviéndose por las calles.

La última frase era una exageración. En este libro no hemos querido dedicar demasiado espacio a corregir este tipo de falsedades periodísticas, ni tampoco queremos darle demasiadas vueltas; creemos, sin embargo, que esta información incorrecta se añadió a la pieza porque el periódico francés quería dar a entender que la isla todavía estaba bajo control otomano.

Otra teoría interesante en torno a esta falsedad es que su intención podría haber sido la de tratar de engañar a la Sublime Puerta e incluso al mismo Abdülhamit. El gobierno otomano de Estambul no tenía ni idea de lo que estaba sucediendo realmente en la isla. Las líneas telegráficas estaban interrumpidas y las únicas noticias de Minguer llegaban a través de los barqueros que seguían sacando a gente de la isla, la mayoría de los cuales eran rums, por lo que a Abdülhamit no le habría resultado fácil infiltrar a sus espías entre ellos. Así pues, desde Estambul era difícil saber quién estaba realmente en el poder.

La fotografía de Arhis Bey de la gente congregada en el balcón, que ocupaba un cuarto de página en *Le Figaro* , venía acompañada de la siguiente leyenda: «¡La independencia de Minguer siendo proclamada desde el balcón de la Sede de la Gobernación Otomana!». Una semana más tarde, la revista francesa *L'Illustration* publicaría un grabado basado en la misma imagen, y con un pie de foto similar. Evidentemente, los periodistas franceses no sabían quién era la gente que aparecía en la fotografía. Dado que este es también un libro de historia, dejaremos aquí anotado quienes eran las personas del balcón: el jeque Hamdullah, el patriarca y líder de la comunidad ortodoxa Konstantinos Laneras, el exgobernador Sami Pachá, el damat doctor Nuri, todos los cónsules, el director del servicio de inteligencia Mazhar Efendi, cinco guardias, y dos personas que todavía hoy hemos sido incapaces de identificar. (Ramiz y sus hombres heridos, así

como Hadi, el asistente del nuevo gobernador, habían sido encerrados en el calabozo subterráneo de la sede de la gobernación).

Al día siguiente, el periódico británico *The Times* publicaría la misma fotografía, acompañada de una leyenda que se haría tan popular entre los historiadores nacionales que la repetirían una y otra vez y a la postre se convertiría en uno de esos estereotipos utilizados sin excesivo criterio: «La Isla de Minguer declara su independencia con un anuncio hecho conjuntamente desde la Sede de la Gobernación Otomana por los líderes de las comunidades cristiana y musulmana».

Abdülhamit y el gobierno de Estambul se enteraron de la proclamación de independencia gracias a los telegramas enviados por su embajador en París, Munir Pachá, y su embajador en Londres, Kostaki Antopulo Pachá, informando de lo que habían leído en la prensa extranjera. Según algunos rumores exagerados y malintencionados, Abdülhamit no acabó de creerse que esas noticias fueran ciertas y, deseando ver con sus propios ojos lo que habían publicado los periódicos *Le Figaro* y *The Times* , envió urgentemente a sus detectives al puerto estambulita de Sirkeci, que era donde se descargaban las sacas de correo procedentes de Europa. Como las autoridades de Minguer no estaban respondiendo a los telegramas que les enviaban constantemente, no es de extrañar que tanto el sultán como los burócratas de la Sublime Puerta estuvieran ansiosos por averiguar cómo había estallado ese alzamiento nacionalista y, lo más importante, quiénes eran sus cabecillas.

53

Después de que el mayor Kâmil proclamara en turco la libertad y la independencia de Minguer, la plaza se sumió en el silencio. En ese momento, un hombre llamado Haşmet, el conserje más anciano de la sede de la gobernación, cogió la «bandera» de la mano ensangrentada del mayor, la ató diestramente al pesado bastón con que se había pertrechado en previsión de un ataque y se la devolvió al oficial.

Fue así como aquel conserje, que nunca en su vida había salido de la isla y que ni siquiera sabía leer ni escribir, pasó a ser recordado durante un tiempo como una importante figura histórica. Muchos años después, cuando el nuevo gobierno nacionalista minguerense recuperó el poder tras la ocupación italiana de la isla, bautizaría la nueva escuela construida en su pueblo natal con el nombre de Escuela Primaria del Abanderado Haşmet. Varios pintores han inmortalizado el momento en que el viejo Haşmet ataba la bandera al bastón. Sin embargo, cuando el Ministerio de Educación decidió que, en la escena que aparecía estampada en los billetes minguerenses, sería más apropiado que fueran dos chicas jóvenes quienes le entregaran la bandera al comandante Kâmil, la imagen del viejo conserje desapareció de manera paulatina de la iconografía popular hasta que, en los años setenta, había caído completamente en el olvido. Hoy día, solo lo recuerdan los aldeanos.

El «gesto» del anciano conserje, tan celebrado por los pintores, también dio impulso al mayor. Dejó la pistola, empuñó el asta de la bandera con ambas manos, una de ellas ensangrentada, y empezó a ondearla sosteniéndola en horizontal de modo que pudiera verse desde todos los puntos de la plaza. La herida dificultaba este movimiento, el palo con la bandera era pesado, pero el perseverante comandante Kâmil

ondeó el estandarte a izquierda y derecha tres veces. Cuando estuvo seguro de que todos habían visto el color y el ondear de la bandera, se la entregó a Haşmet y repitió en francés las palabras que acababa de pronunciar:

—*Vive Minguère, vive les minguèriens! Liberté, Égalité, Fraternité!* —Y luego en turco—: ¡Viva Minguer, vivan los minguerenses! ¡Libertad, Igualdad y Fraternidad!

»La nación minguerense es una gran nación —prosiguió—, venceremos a la peste y, bajo el mando de nuestro estimado gobernador y nuestro Comité de Cuarentena, marcharemos juntos hacia la Libertad, el Progreso y la Civilización. ¡Viva Minguer, vivan los minguerenses! ¡Larga vida a nuestros militares, nuestros doctores de cuarentena y nuestros soldados!

La mayoría de los dignatarios reunidos en el balcón pensaban que el mayor se estaba pasando de la raya, por supuesto. Pero también creían que todo aquello era una especie de teatrillo orquestado por Sami Pachá, y como no tenían muy claro cuál era su propósito, esperaron pacientemente a que acabara. El testimonio más relevante sobre el tema es un pasaje escrito por la hija del patriarca Konstantin Efendi, líder de la comunidad rum, en sus memorias publicadas en Atenas en 1932 con el título de *El viento de Minguer* . Según la hija de Konstantin Efendi, esa misma tarde su padre no estaba nada conforme con la idea de que la isla se escindiera del Imperio otomano. Más bien al contrario, estaba sumamente preocupado e intranquilo. Mientras proseguían los discursos en el balcón, el patriarca se había enterado de que el gobernador Sami Pachá había sido destituido dos días antes, de que el nuevo gobernador Ibrahim Hakkı Pachá acababa de morir, y de que su ayudante había resultado herido; y más tarde en casa no paró de repetir que se encontraban al borde de una gran catástrofe y que Abdülhamit no permitiría que los responsables de aquel alzamiento absurdo quedaran impunes. Sabía muy bien lo que había sucedido en otros casos similares de rebelión en las islas, y que el sultán no tardaría en enviar sus acorazados para

bombardear a cañonazo limpio la isla, los pueblos y ciudades minguerenses.

Pero, tal como su hija escribiría en sus memorias, Konstantin Efendi también estaba bastante tranquilo sabiendo que los buques de las grandes potencias seguían rodeando la isla, y que por tanto existía una evidente alianza política abierta entre Abdülhamit y las naciones occidentales en lo referente a Minguer. Abdülhamit nunca se atrevería a romper el bloqueo por su cuenta y enviar al Mahmudiye y el Orhaniye a bombardear la isla. El patriarca también creía que estas declaraciones de libertad e independencia eran una artimaña del antiguo gobernador, que habría valorado bien la situación para aprovecharse de ella. De modo que, a su entender, la pregunta de Abdülhamit y Estambul de «¿Quién es el cabecilla de esta revuelta?» tenía una respuesta clara: el exgobernador Sami Pachá.

Tras el Golpe de la Oficina de Telégrafos y su posterior encarcelamiento, el mayor Kâmil había adquirido gran prestigio y reputación entre la comunidad musulmana descontenta con Estambul y el gobernador. Incluso las familias rums adineradas que no tenían ningún interés por lo que sucedía en los barrios musulmanes habían escuchado elogios sobre él. Conforme pasaban los días, a la gente le costaba cada vez más creer que aquel brillante oficial, destinado a realizar grandes hazañas, hubiera llegado a Minguer como mero guardaespaldas de la hija de un sultán y acompañando a una delegación que iba a la China (sobre la cual no había ninguna información), supuestamente para aconsejar a los musulmanes de aquellas tierras, y en su desesperación se habían ido convenciendo de que en realidad aquel hombre había llegado a la isla con otra misión de carácter más secreto.

La muñeca, la mano y los dedos del mayor estaban ahora totalmente ensangrentados por la herida que había sufrido en el antebrazo izquierdo. De forma inevitable, en los años que siguieron los dignatarios, guardias y funcionarios musulmanes que estaban presentes en el balcón, y de hecho también los

cristianos, hablarían (algunos con sinceridad, otros con fingido entusiasmo) de cómo la sangre del mayor había acabado tiñendo la bandera. En los años treinta y cuarenta, cuando se difundió e institucionalizó la idea de que ser minguerense era una «cuestión de sangre», aquel detalle se recordaría como uno de los momentos más dramáticos de la «lucha por la libertad» de la isla, y en libros y periódicos muchos alegarían que lo que realmente empujó a los minguerenses a la acción revolucionaria fue la visión de la sangre del fundador del Estado brotando de su muñeca, corriendo por sus dedos y empapando la bandera hasta caer goteando sobre la plaza y la tierra.

Aquella era la sangre de la noble nación minguerense, cuyo pueblo había emigrado miles de años atrás a la isla desde el sur del mar de Aral, y que contaba con su propia lengua especial e inimitable. La muñeca y la mano del mayor estaban empapadas de aquel color rojo, y cuando bajó un momento la bandera el doctor Nuri aprovechó para subirle la manga del uniforme y examinar la herida. En los hospitales de campaña de los territorios más recónditos del Imperio, el doctor había visto y tratado a muchos soldados y oficiales que volvían malheridos del campo de batalla. Con gestos diestros y expertos, dejó al descubierto la herida y vio al momento que era muy grave.

Hay quien ha sugerido que la intención del damat doctor era silenciar al mayor apartándolo del balcón. Nada más lejos de la realidad. Desde una perspectiva médica, el doctor Nuri tenía que intervenir, y además cuanto antes. De lo contrario, como veremos en las siguientes páginas, la herida podría haber resultado fatal. Al sacarlo del balcón, puede que el doctor Nuri apartara momentáneamente al sangrante mayor de los grandes acontecimientos políticos de aquel día, pero también pudo practicarle el tratamiento necesario para intentar frenar la hemorragia.

Cuando el mayor fue arrastrado al interior, la pequeña multitud de curiosos que se agolpaban en la plaza se inquietó

un poco. «¡Hurra, larga vida al mayor!», gritaron unos tipos tocados con feces. Esos eran unos mendrugos que no se habían tomado en serio los ruidos del tiroteo, convencidos de que todo era una trastada de Sami Pachá. Sin embargo, después del estruendo de los disparos y el silencio que siguió, e incluso antes de que el mayor pronunciara su discurso enarbolando la bandera, la mayoría de los congregados en la plaza eran conscientes de estar presenciando un acontecimiento extraordinario. Algunos habían llegado a emocionarse al ver el ondear «majestuoso y delicado» de la gloriosa bandera sobre la multitud.

A día de hoy, aún no sabemos quién escogió ese momento para gritar:

—¡*À bas* Abdülhamit!

Sami Pachá y todos lo que estaban en el balcón reaccionaron mostrando su reprobación ante tal insolencia. La voz provenía de algún punto impreciso debajo del balcón, junto a la entrada de la sede de la gobernación, pero los líderes musulmanes, funcionarios y soldados que se encontraban cerca fingieron no haber oído nada, mientras que los escribanos de los cónsules y los periodistas que estaban junto a la entrada no revelaron la identidad de quien había gritado. Hoy día carecemos aún de pruebas concluyentes que demuestren la veracidad de este hecho, lo cual nos hace considerar la posibilidad de que quizá nunca se profiriera tal exabrupto. En cualquier caso, la posibilidad de expresar su disgusto frunciendo el ceño ante aquella irreverente falta de respeto hacia Abdülhamit habría servido a Sami Pachá y al resto de los que estaban en el balcón para mitigar su temor compartido de que «¡Esto enfurecerá al sultán!». Todo en el lenguaje corporal de Sami Pachá parecía decir: «¡Hagan callar a ese hombre!».

El mensaje que se intentaba transmitir desde el balcón a los periodistas y los espías del sultán era el de «No estamos haciendo nada en contra de Estambul o el sultán». (Aunque

aquello no duraría mucho). La mayoría de ellos aún creían que, a pesar del asalto a la gobernación y de la conducta inmoderada del mayor, el acto organizado por el gobernador podría proseguir tal como estaba previsto. En nuestra calidad de historiadores, sabemos que con frecuencia aquellos que han iniciado los grandes conflictos, rebeliones y devastaciones del mundo lo han hecho aun temiendo las consecuencias de sus propios actos, y convenciéndose a sí mismos de estar haciendo algo que es justo lo contrario de lo que acabarían consiguiendo.

Esa fue precisamente la actitud ponderada que adoptó Sami Pachá desde el momento en que el mayor salió del balcón. Dirigiéndose a la multitud (que no era ni una décima parte de la que había imaginado que sería), anunció que, a fin de garantizar el éxito de la cuarentena, se prohibiría temporalmente la entrada a las mezquitas y las iglesias. Por tanto, tampoco sería necesario tocar las campanas ni anunciar la llamada a la oración. Después de toda la sangre que se había derramado durante el asalto, y con los gemidos de los malheridos y el olor de la pólvora flotando aún en el ambiente, el pachá no se vio con ánimos de pronunciar de entrada el discurso elaborado y grandilocuente que había preparado. Acto seguido añadió que solo podrían entrar y salir de los monasterios y los tekkes quienes ya residieran allí. En cuanto entraran en vigor las nuevas medidas, se enviarían funcionarios municipales a esos edificios para elaborar un censo de los residentes, y nadie más podría acceder a ellos. El gobernador, que consideraba esta nueva regulación como uno de los aspectos más delicados de las nuevas prohibiciones relacionadas con los lugares de culto, había trabajado a fondo con el jefe de secretaría de la gobernación para detallar un plan de acción especificando con gran rigurosidad cómo debían actuar los funcionarios. Y como concedía gran importancia a estas nuevas medidas, extrajo un papel y las leyó una por una. Después de aquello, procedió finalmente a pronunciar el discurso que había elaborado de una manera tan minuciosa.

Sin embargo, ni la gente congregada en la plaza ni los que estaban en el balcón pudieron escuchar sus palabras como es debido. La voz del exgobernador no era lo suficientemente fuerte, y todo el mundo estaba distraído hablando con quien tenía al lado para tratar de entender lo que estaba pasando. Los gritos de «¡Larga vida al sultán! ¡Viva nuestro sultán!» que lanzaban los más ancianos de entre la multitud y algunos seguidores entusiastas de Abdülhamit no resultaban incongruentes con el discurso cuidadosamente preparado por Sami Pachá, ya que en él no aparecía ni una sola palabra que pudiera interpretarse como dirigida en contra de Estambul o del sultán.

Mientras Sami Pachá pronunciaba su discurso, el director de inteligencia ordenó a Vanyas que tomara fotografías de la escena dentro del cuarto de epidemiología. La pequeña estancia tras la puerta verde no era demasiado grande, y los cuerpos de los atacantes heridos y muertos habían caído enmarañados unos encima de otros, con su sangre entremezclándose. Mesas derribadas, mesillas y lámparas volcadas, cristales hechos añicos, agujeros de proyectiles por todas partes…; pero, milagrosamente, el mapa «epidemiológico» seguía en su sitio. No sería exagerado decir que las balas lo habían clavado aún más fuerte en la pared.

Tres días más tarde, esas fotografías con el mapa de Minguer al fondo y los cadáveres sanguinolentos en primer plano llegarían a manos de la prensa ateniense, y aparecerían publicadas en el periódico *Efimeris* con el titular: «¡Contrarrevolucionarios defensores de Abdülhamit abatidos en Minguer!».

Por su parte, el diario *Akropolis* acompañaría la imagen de los cuerpos ensangrentados esparcidos por el suelo con el texto: «¡Así es el final de los hombres del nuevo gobernador que envió Abdülhamit para sofocar la Revolución de Minguer!».

La publicación de esas imágenes y noticias en la prensa griega y europea significaba de hecho que ya nada podía detener las fuerzas de revolución e independencia que se habían desatado en la isla, y que se había llegado a un punto sin retorno. Abdülhamit y el gobierno de Estambul sabían que en Minguer ya no cabía ni la más remota posibilidad de que, como había sucedido antes en otros territorios, la bandera otomana permaneciera izada mientras se entregaba provisionalmente la administración a otro poder con la esperanza de recuperar la isla más adelante.

Se ha insinuado que Sami Pachá hizo llegar él mismo esas imágenes a la prensa griega a fin de convencer a los musulmanes y cristianos menos abiertos a la idea de la independencia, y temerosos del posible castigo de Abdülhamit, de que la situación ya era irreversible y no había posibilidad de marcha atrás. No compartimos este punto de vista. Sami Pachá no había previsto ninguna de las acciones del mayor Kâmil de ese día, y de hecho lo que buscó en todo momento fue suavizar la situación, no inflamarla. Pero aunque esas fotografías nunca se hubieran publicado, el pachá sabía que en cuanto Abdülhamit tuviera constancia de la muerte del nuevo gobernador lo consideraría a él como principal responsable, y lo culparía aún más por no haber obedecido la orden de destitución. Antes de concluir su discurso en el balcón, Sami Pachá ya había comprendido que no solo nunca podría volver a Estambul, sino que además no podría seguir viviendo en tierras otomanas.

Tal como había planeado el pachá, la ceremonia concluyó con los notables de las comunidades, líderes religiosos, políticos y doctores rezando conjuntamente en el balcón, cada uno según sus propias creencias, para que la cuarentena prosperara y para que Dios acabara con la peste en Minguer. Por desgracia, las fotografías que capturaron ese momento —que tan bien simboliza la hermandad laica que siempre había existido en la isla (y que hemos preservado desde entonces)— serían malinterpretadas años más tarde con leyendas como:

«Los fundadores del estado de Minguer rezando para que el país tenga una vida larga y próspera, y para brindar paz y felicidad a todos».

Una vez que finalizó la ceremonia en el balcón, los temerosos y expectantes invitados volvieron al interior de la sala de reuniones. De vez en cuando se detenían para mirar los cadáveres que los guardias municipales y los conserjes habían empezado a llevarse. Ni siquiera el líder de la comunidad rum ortodoxa, el patriarca Konstantin Efendi, pudo contener su curiosidad y, antes de dirigirse hacia la puerta principal, se acercó al cuarto de epidemiología, donde se quedó petrificado con el crucifijo en la mano contemplando los cadáveres y el cuerpo del nuevo gobernador con el rostro ensangrentado y el agujero de bala en la frente, hasta que alguien tuvo que sacarlo de la habitación. Mientras Sami Pachá acompañaba a los patriarcas, los jeques y demás ilustres invitados hasta la escalera, les iba dando las gracias a todos por su apoyo a los esfuerzos de cuarentena. Los despidió cordialmente con palabras esperanzadoras, como si todo hubiera transcurrido según lo previsto, como si no se hubiera producido ningún gravísimo altercado y no hubiera muerto nadie.

Junto a la puerta del despacho del gobernador, el doctor Nuri seguía luchando por contener la hemorragia del mayor Kâmil. Lo ayudaba el doctor Tasos, el viejo y chismoso miembro del Comité de Cuarentena.

Cuando el pachá regresó a la sala de reuniones y vio a los cónsules que lo estaban esperando, se sintió invadido por una exultante sensación de calma y seguridad. Podía notar en su interior la fuerza del antiguo gobernador Sami Pachá, el hombre que lo tenía todo bajo control en todo momento. Y sabía, tal como reflejaba la expresión en el rostro de los cónsules, que ahora él se había convertido en el único soberano de la isla.

—Tengan esto muy claro, caballeros: ¡a partir de ahora las cosas en Minguer ya no serán como antes! —dijo Sami Pachá

a los cónsules, utilizando un tono severo y arrogante que nunca habría empleado en circunstancias normales—. Todos los que hayan tenido algo que ver con este pérfido ataque contra los esfuerzos de cuarentena y contra las vidas y propiedades de los minguerenses serán duramente castigados —prosiguió—. Es evidente que estas alimañas se han aprovechado de los privilegios consulares para infiltrarse aquí. Así que, de ahora en adelante, quedan revocadas todas las autorizaciones especiales de entrada en la sede la gobernación. Los demás privilegios consulares también serán revisados uno por uno. Quienquiera que sea el cónsul que está detrás de este ataque, debe saber que recibirá el castigo que merece. El ministro de Asuntos Exteriores les proporcionará más información a su debido tiempo.

Aunque ninguno de los periodistas y cónsules presentes tuvo oportunidad de preguntar, todos escucharon claramente cómo Sami Pachá declaraba que la labor que antes realizaba el secretario jefe de inteligencia ahora la desempeñaría alguien a quien se refería como «ministro de Asuntos Exteriores». Lo cual significaba también que el «gobernador» Sami Pachá secundaba las palabras del mayor y apoyaba la creación de un estado independiente.

—Minguer es de los minguerenses… —dijo en ese momento el mayor. Pero se sentía demasiado exhausto y dolorido como para seguir hablando, así que guardó silencio y volvió a apoyar la cabeza sobre la almohada que le habían colocado debajo.

Hubo quien comparó los gestos temblorosos del mayor y su forma balbuceante de hablar como para sí mismo con el comportamiento típico de los apestados. Eran los «realistas» que pensaban que enfrentarse a Estambul conduciría inevitablemente a la catástrofe, y que querían creer que el mayor estaba «delirando», tal como hacían los enfermos de peste.

Siguiendo las indicaciones del damat doctor, el mayor Kâmil fue sacado de la atestada sala de reuniones sobre los brazos y hombros de la gente. Hay una exquisita pintura al óleo de esta escena, realizada en 1927 por Aleksandros Satsos. Por desgracia, los isleños nunca han podido ver el espectacular cuadro original, ya que forma parte de la colección privada de un alcohólico magnate petrolero de Texas, pero lo conocen por las toscas reproducciones en blanco y negro publicadas en periódicos y revistas. A nosotros nos parece una magnífica evocación de aquel momento: el fundador del estado minguerense y héroe de la lucha por la libertad, empuñando todavía la pistola y la bandera, tendido en una postura que refleja una fragilidad casi femenina, con los ojos claramente cerrados y la piel muy pálida. Pero todos los historiadores de Minguer coinciden en señalar que el mayor Kâmil pronto estaría de nuevo en pie para seguir liderando la revolución.

Mientras todos se dirigían hacia la puerta, Sami Pachá se cruzó un momento con el cónsul francés, y decidió hacer ostentación específicamente para monsieur Andon de su recuperada sensación de fuerza y seguridad.

—Ahora tendrá que renunciar a su costumbre de enviar telegramas de queja a Estambul cada vez que le paremos los pies por abusar de su posición. Aunque supongo que, gracias a nuestro comandante, ya ha tenido que renunciar a ella —añadió, refiriéndose al Golpe de la Oficina de Telégrafos y mirando en dirección a la puerta por donde en ese momento estaban sacando al mayor de la sala.

Esa fue la segunda vez que Sami Pachá se refirió al fundador del estado de Minguer —el hombre al que nuestros lectores han conocido hasta ahora como mayor Kâmil— como «comandante» Kâmil, que es como los minguerenses lo han llamado con exultante veneración durante los últimos ciento dieciséis años. A partir de ahora también nosotros nos referiremos a él como comandante, aunque seguiremos llamándolo mayor de vez en cuando para recordárselo a nuestros lectores.

54

En sus memorias diplomáticas *Europa y Asia* , Sait Nedim Bey, embajador jubilado y en exceso esnob, se refiere a la pérdida de la isla de Minguer —y al hecho de que la Sublime Puerta se enterara de ello por los periódicos franceses e ingleses— como otro clásico ejemplo de la incompetencia extrema de la burocracia otomana durante los años de decadencia del Imperio. Nosotros no compartimos esa opinión. Con las líneas telegráficas interrumpidas, y con el trabajo de su red de espías obstaculizado por la peste y el bloqueo marítimo, era lógico que Abdülhamit y la burocracia estambulita no tuvieran noticias de la isla. Los embajadores de Francia y del Reino Unido en Estambul tampoco se habían enterado porque sus cónsules no podían enviar información al exterior. En cualquier caso, después de que aquel día de junio se proclamaran la Libertad y la Independencia (dos conceptos gloriosos que a partir de entonces empezarían a mencionarse unidos) en la plaza de la Provincia, los cónsules abandonaron el edificio casi como si estuvieran huyendo, y, conscientes de que Sami Pachá intentaría castigarlos de algún modo, decidieron no abrir sus negocios y agencias de viaje durante un tiempo y se fueron directamente a sus casas a esperar el desarrollo de los acontecimientos.

Sami Pachá había comprendido que, dadas las actuales circunstancias, la independencia era un imperativo histórico y la única salida posible llegados a aquel punto, por lo que no se vio afectado por la indecisión que mostraron algunos de sus secretarios y funcionarios municipales. Por otra parte, algunos historiadores han señalado en sus artículos sobre «la pérdida de Minguer» que en realidad Sami Pachá representaba simbólicamente la posibilidad de dar marcha atrás, parecido a lo que representaban las banderas otomanas que había dejado

plantadas Abdülhamit en Chipre o Egipto después de ceder estos territorios a los británicos veinte años antes; es decir, aseveran que el antiguo gobernador seguía siendo leal al sultán.

Sin embargo, hay algo en lo que todos los historiadores coinciden, y es que aquella noche el comandante Kâmil estuvo al borde de la muerte. Como no hay ningún informe médico que detalle con precisión la naturaleza de la herida que casi mató al fundador del Estado aquel día de tal trascendencia dramática y nacionalista, se han escrito todo tipo de afirmaciones exageradas y contradictorias al respecto. En nuestra opinión, lo más razonable aquí es basarnos en lo que Pakize Sultan escuchó de boca de su marido: la bala había alcanzado el antebrazo izquierdo del mayor, causándole gravísimos daños. El doctor Nuri y el doctor Tasos, que habían corrido en su auxilio, se concentraron primero en tratar de detener el flujo de sangre que brotaba con profusión. Desde el primer momento, ambos fueron conscientes de que el valiente comandante podría desangrarse hasta morir. Y mientras uno de ellos ejercía presión con la mano sobre la herida, el otro le realizó un torniquete por encima del codo.

Una vez contenida la hemorragia, el mayor fue trasladado en estado de semiinconsciencia. El doctor Nuri decidió que el lugar más apropiado y seguro para empezar a tratarlo sería su dependencia de invitados, y enseguida comenzó a habilitar un espacio a tal propósito. Pakize Sultán se cubrió la cabeza y se retiró a un pequeño cuarto de la parte de atrás. Tumbaron al mayor en el sofá de estilo europeo que estaba cerca de la entrada, del tipo en el que a veces se tendía el sultán a leer sus novelas. La espaciosa estancia ya estaba siendo invadida por fisgones curiosos cuando el damat doctor se apresuró a cerrar la puerta.

El mayor yacía medio desmayado, pero de vez en cuando entreabría los ojos para mirar lo que sucedía a su alrededor e incluso hizo algunas preguntas. (Entre otras cosas, preguntó por Sami Pachá). Pero el doctor Nuri le pidió que no hablara y

también prohibió a los demás que le dijeran nada. El comandante tenía la cara muy pálida, sus ojos permanecían cerrados. Los doctores se mostraron aliviados cuando la herida dejó de sangrar por fin.

El primer cuarto del siglo XX fue, en términos comparativos, un periodo de la historia de la humanidad particularmente brutal, durante el cual los hombres se dispararon más balas unos contra otros que en ninguna otra época anterior o posterior. Ello se debió al descubrimiento simultáneo y a la rápida proliferación de las ametralladoras y de los nacionalismos patrióticos, cuyos partidarios estaban dispuestos sin vacilar a ponerse delante de la línea de fuego. Lo que sucedió aquel día fue muy diferente de los numerosos casos que hemos leído en los manuales de medicina de la época, pero, aunque el comandante Kâmil solo recibió el impacto de una bala perdida en el antebrazo izquierdo, debió de perforarle una arteria, ya que perdió una gran cantidad de sangre.

Aún no había oscurecido cuando Pakize Sultan salió del cuarto trasero de las dependencias de invitados para intentar ver cómo iba la cosa. Aunque no tenía ni la menor idea de los planes de aquel hombre de establecer un nuevo estado, pensó que había algo muy romántico en la imagen del fundador de la nación minguerense cubierto de sangre y tendido en el sofá con su uniforme otomano, con sus medallas y condecoraciones, y con la bandera a su lado. Se había enterado, por supuesto, de que en el cuarto de epidemiología se había producido una masacre. El olor de la pólvora aún flotaba por todas partes. Pakize Sultan deseaba poder mostrarle a aquel heroico soldado que los había protegido a ella y su marido la misma diligencia con la que el doctor le estaba tratando ahora, pero no sabía muy bien cómo hacerlo. Al final propuso que enviaran a unos mensajeros para comunicar los hechos a la madre y a la esposa del mayor, e invitarlas a venir a la sede de la gobernación.

Zeynep llegó cuando estaban volviendo a apretar el torniquete en el brazo izquierdo del comandante Kâmil, después de haberlo aflojado durante un rato para evitar que la mano se gangrenara. Cuando vio allí tumbado a su marido, muy pálido y semiinconsciente, Zeynep dejó escapar un suave gemido, se arrodilló a su lado y lo rodeó entre sus brazos. Los demás se apartaron respetuosamente de la pareja, y Pakize Sultan, que observaba la escena desde una distancia de seis o siete pasos, nunca olvidaría esa imagen.

Según Pakize Sultan —quien, recordemos, había pasado toda su vida encerrada en palacetes—, la prueba más grande de amor entre un hombre y una mujer no estaba solo en las emociones afectivas y positivas que compartían, sino también en la profundidad y sinceridad de esos sentimientos. Y, por lo que pudo ver en aquel momento, esa era la naturaleza del vínculo que unía al mayor y a Zeynep. Era evidente que Zeynep había comprendido, en aquellos cuarenta y cinco días de casados, que simplemente no podría vivir sin el mayor Kâmil. Los lectores interesados en leer de principio a fin la descripción que hace Pakize Sultan de esta escena entre el fundador del Estado y su mujer —unos pasajes que sin duda acabarán enseñándose en los libros de texto— podrán hacerlo cuando salga a la luz su correspondencia, que seguirá a la publicación de esta novela.

Llevada por su entusiasmo, Pakize Sultan también dijo unas palabras para expresar su apoyo —ya fuera consciente o inconsciente— al hombre que estaba luchando por arrebatarles a los otomanos la isla de Minguer:

—¡Bravo, comandante! —dijo—. ¡Ha demostrado ser un auténtico isleño!

—Minguer es de los minguerenses… —murmuró el comandante con dificultad.

Pakize Sultán también fue testigo de cómo subían al comandante Kâmil al landó blindado para llevarlo a la guarnición, donde se consideró que estaría más seguro. Todos

los funcionarios de la gobernación se agolparon en torno al carruaje que esperaba abajo. A pesar de los horrores del conflicto armado que acababan de presenciar, aquel atisbo de salvación y la idea de que ellos también podrían sobrevivir les habían infundido nuevas esperanzas.

La noche en que estalló la Revolución y se proclamó la Libertad y la Independencia de Minguer fue inmortalizada por el pintor Tacettin en un cuadro que ahora es célebre en toda la isla y que muestra al landó blindado de la gobernación avanzando en medio de la noche por los callejones desiertos de la ciudad. En esta magnífica pintura, el asiento del conductor del carruaje aparece vacío, ya que, apenas un día después de que se declarara la Libertad, la peste atacó la parte de la ciudad donde se reunían los cocheros y todos cayeron enfermos. Zekeriya se salvó porque en esos días no solía juntarse con ellos, pero, después de que en un mismo día murieran cuatro de los veteranos cocheros más diligentes y queridos por todos los ciudadanos de Arkaz, fue prácticamente imposible encontrar un carruaje en la ciudad. La gente quedó tan afectada por la muerte de sus cocheros que empezó a imaginarse el landó avanzando a través de la noche sin ser conducido por nadie, y ese es el estado de ánimo general que intentó captar Tacettin en su obra.

El día en que se proclamaron la Libertad y la Independencia murieron dieciséis personas de peste en Arkaz. Esa cifra estaba ligeramente por debajo de la media diaria. Siete de los muertos eran de los barrios de Kofunya y Eyoklima. Cuando esa noche el landó blindado que transportaba al comandante hasta la guarnición avanzaba por una estrecha callejuela entre esos dos barrios, un grupo de vecinos que habían acudido a dar el pésame a los familiares de una casa donde acababan de morir un padre y una hija contemplaron cómo las llamas de las antorchas colocadas sobre el vehículo parecían iluminar todo el vecindario.

Las sombras de los transeúntes, los enfermos, los ladrones y otros personajes que merodeaban por las calles se alargaban

sobre las paredes como espectros. Algunos afirmaban haber visto a las ratas apestadas que escupían sangre, a los *jinns* y al hombre del saco que infestaba de peste las fuentes huir despavoridos de la luz que emanaba de la bandera izada sobre el landó blindado. La noticia de que se habían proclamado la Libertad y la Independencia en la isla había infundido nuevas esperanzas a todos los ciudadanos.

Al día siguiente, el exgobernador Sami Pachá estaba de vuelta en su despacho, pero, a pesar de la enorme presión que cargaba sobre sus espaldas y de todas las preguntas con que le asediaban, se contuvo de tomar decisiones drásticas. Pasó la mayor parte del tiempo en el balcón y haciendo que borraran los vestigios del altercado del día anterior en la sala de reuniones.

Más tarde, Sami Pachá recibió la visita del periodista Manolis en su despacho.

—¡Si de veras ha llegado la libertad, supongo que ahora la prensa también será libre! —declaró el periodista viniéndose arriba, así que Sami Pachá quiso ponerlo rápidamente en su sito.

—En el Minguer libre, la prensa será libre —dijo—. Pero este es un momento histórico y trascendental para nuestra nación, así que le aconsejo que no publique lo que le apetezca sin antes consultarlo con nosotros. Piense que sus palabras, aunque guiadas por el entusiasmo y las más sinceras intenciones, podrían ser tergiversadas por nuestros enemigos, esos canallas y bandidos despreciables —añadió, señalando hacia el cuarto de epidemiología—, y ser utilizadas en contra de la causa de la libertad y la independencia. ¡Muy pronto anunciaremos que hay un nuevo gobierno, y con él unas nuevas regulaciones sobre la cuarentena!

Sami Pachá ordenó que a todos los atacantes heridos (con Ramiz a la cabeza) los encerrasen uno por uno en la mazmorra en cuanto salieran del hospital. Los acompañantes del nuevo gobernador habían escapado de la refriega con heridas leves, y

aunque habían insistido en reunirse con él (especialmente el asistente Hadi), Sami Pachá hizo que los llevaran de vuelta en barca al islote de cuarentena de la Torre de la Doncella, desoyendo sus súplicas de asistir al funeral del gobernador mártir Ibrahim Hakkı Pachá, simplemente porque no quería más complicaciones.

Ese primer día, Sami Pachá tuvo que lidiar sobre todo con el pequeño y poco conocido tekke de Asr-ı Saadet y sus discípulos, los asırcı. Se trataba de un tarikat bastante pobre y recluido en sí mismo, que no se mezclaba en asuntos políticos o comerciales ni tenía contactos con gente importante. Habían decidido por su cuenta sabotear la prohibición de acceso a las mezquitas, y estaban dispuestos a luchar si era preciso. Eran realmente muy pocos los adeptos a ese tekke, y se decía que su jeque Sacit Efendi, que vivía en Tatlısu, estaba un poco mal de la azotea.

No obstante, el pachá estaba dispuesto a darles una severa lección para demostrar a todo el mundo la robustez del nuevo orden que estaba siendo establecido. Antes de que los asırcı pudieran pasar a la acción, envió a un grupo de sus guardias de más confianza al pequeño tekke de Asr-ı Saadet. Allí los discípulos se mostraron airados y desafiantes (los hombres del gobernador habían supuesto que se comportarían de forma dócil y pacífica, y que incluso sería necesario provocarlos), y al principio pusieron alguna excusa para negarles la entrada. Cuando comprendieron que alguien debía de haberle dado el soplo al gobernador de sus intenciones de orar en la mezquita, se enfurecieron aún más. Y fue así como, cuando aún no habían transcurrido ni veinticuatro horas desde que el «comandante» Kâmil proclamara el Estado Libre de Minguer, se produjo el primer enfrentamiento entre la gente de la isla y las autoridades del nuevo gobierno. Los indolentes discípulos, devotos seguidores y simpatizantes del tekke de Asr-ı Saadet arremetieron contra los guardias enviados por Sami Pachá con varas y bastones.

Los hombres del gobernador plantaron cara durante un rato antes de retirarse. El más fornido y valiente de los guardias, Kara Kadir, sufrió un corte en una ceja, y otro cayó derribado al suelo. Sami Pachá tuvo que esperar hasta la tarde antes de poder contar con los refuerzos de la División de Cuarentena para realizar un contraataque más contundente. Algunos historiadores han señalado esta lentitud de reacción y falta de medios como un indicativo de la verdadera «fuerza» e impotencia del recién fundado estado.

Antes de que se pusiera el sol ese día, Sami Pachá se montó en su carruaje blindado y se dirigió a la guarnición. El comandante Kâmil, con Zeynep a su lado, yacía en un sofá de la dependencia de invitados, y al ver al pachá hizo ademán de incorporarse, pero tuvo que volver a tumbarse al momento. El comandante parecía haberse recuperado bastante rápido, el color había vuelto a sus mejillas y su semblante estaba más relajado. Se había quitado la orden y la medalla otomanas, pero seguía vistiendo el uniforme militar, que le daba un aspecto imponente, hermoso, poético. Nos gustaría señalar aquí que en ese momento nuestro héroe irradiaba esa luz especial que emana de los personajes que acaban de entrar en el escenario de la historia. Zeynep y sus hermanos, los doctores, los funcionarios y todos los que estaban en la estancia salieron de la dependencia de invitados de la guarnición. Sami Pachá cerró la puerta. Los dos hombres estuvieron a solas en aquella habitación exactamente treinta minutos. (El doctor Tasos le había pedido al pachá que no pasara más de media hora con el comandante, a fin de no fatigarlo demasiado).

Se ha afirmado a menudo que, durante aquellos treinta minutos, los dos hombres —el comandante y el último gobernador otomano— tomaron las decisiones que determinarían el futuro de la isla durante los siguientes cincuenta años. Pero, hasta el día de sus no muy lejanas muertes, ni el mayor ni Sami Pachá revelaron ni una sola palabra de lo que habían hablado en el interior de aquella

habitación. Aun así, se han escrito innumerables artículos sobre el asunto.

Cuando el landó de Sami Pachá salía de la guarnición, el sargento Sadri disparó la primera de las veinticinco salvas de cañón que anunciaban la independencia de la isla de Minguer. El sol acababa de ponerse. Una luz que no existía en ningún otro lugar del mundo, con una tonalidad a medio camino entre el rosa y el morado, apareció sobre el horizonte, y dos franjas de nubes, una roja y otra naranja, se fundieron con el banco de nubes más oscuras que se alzaba por encima.

Mientras regresaba a la otrora sede de la gobernación con el ruido de los cañonazos de fondo, Sami Pachá sabía que la única manera de aliviar las turbulencias que agitaban su alma era visitando a Marika, pero como ya había decidido que no revelaría ningún secreto de Estado hasta al menos el día siguiente, no fue a ver a su amante. Aún continuaban las salvas cuando Sami Pachá miró por la ventana de su despacho, intentando entrever la ciudad sumida en la oscuridad.

El estruendo de cada cañonazo hacía que Arkaz se sacudiera con un estremecimiento temeroso, que aumentaba de intensidad al retumbar entre los acantilados rocosos. Años más tarde, cuando se les preguntaba a aquellos que habían pasado su infancia en Arkaz durante la epidemia de peste qué era lo que más les había asustado en aquellos días, muchos responderían —a menudo con una sonrisa en la cara— que fueron aquellos cañonazos. Cuando empezaron las salvas, muchos isleños pensaron que los acorazados habían empezado a disparar su artillería y que las grandes potencias habían decidido pasar a la ofensiva.

Pero poco después, al constatar que las detonaciones se producían una por una, y a intervalos largos y regulares, todos comprendieron que debía de tratarse de algo distinto. Llevó casi dos horas que aquel único cañón disparara sus veinticinco salvas. Cuando acabaron, la ciudad y el puerto volvieron a sumirse en aquel silencio tan insólito instaurado después de

que las iglesias y mezquitas se cerraran y se acallaran las campanadas y las llamadas a la oración.

A la mañana siguiente, para cuando el landó enviado por Sami Pachá (con el cochero Zekeriya ataviado con su uniforme más elegante) trajo de vuelta al comandante Kâmil a la plaza de la Provincia, muchos ya estaban al corriente de que los cañonazos de la noche anterior habían anunciado al mundo entero la independencia de Minguer. Cuando el comandante Kâmil, hijo pródigo de la isla y portador de esa independencia, bajó del carruaje blindado, los miembros de la banda militar de la guarnición empezaron a tocar la pieza que mejor sabían: la *Marcha imperial de Hamidiye* . Los guardias y los soldados de la División de Cuarentena lo estaban esperando en posición de firmes en la entrada de la sede de la gobernación.

—¡Necesitamos un nuevo himno nacional compuesto por un minguerense! —dijo Sami Pachá cuando estuvieron a solas en su despacho.

Examinó con atención el brazo vendado del mayor, que ahora llevaba en un cabestrillo, y su uniforme, que se veía más austero y majestuoso sin las medallas y condecoraciones.

—Ya han llegado todos… Usted se sentará a la cabecera de la mesa. Pero lo avisaré cuando estemos todos sentados.

—No hay necesidad de ceremonias. Entremos juntos.

Dicho esto, el comandante Kâmil siguió a Sami Pachá hasta la amplia sala de reuniones contigua. Sentados alrededor de la gran mesa y en las sillas pegadas a las paredes estaban algunos de los funcionarios principales de la Dirección de Cuarentenas, varios miembros del Comité de Cuarentena, representantes de barrios, jefes de diversos departamentos municipales y algunos doctores, incluyendo al doctor Nuri y al doctor Nikos. Todos mantenían la mayor distancia posible entre ellos.

—Nos habría gustado invitar a más gente a esta reunión, pero sencillamente no es posible —comenzó Sami Pachá—.

Les ruego que procuren no toser. Todo lo que hemos hecho hasta ahora obedecía a la necesidad de contener la epidemia, salvar las vidas de los minguerenses y garantizar la paz en la isla. Como bien saben, hemos dado este histórico paso porque no teníamos más opción que declarar la independencia.

A medida que Sami Pachá continuaba su discurso, todos los presentes comprendieron que se enfrentaban a la difícil y extraordinaria misión de elaborar, o tal vez solo aprobar, una Constitución para el nuevo estado soberano de Minguer. Dos escribanos sentados en un extremo de la mesa se disponían a transcribir los artículos de la nueva Constitución conforme se fueran leyendo.

—Primero: el pueblo minguerense vive en la isla de Minguer, en el estado de Minguer —empezó Sami Pachá—. Segundo: Minguer es de los minguerenses. Tercero: el estado libre y soberano de Minguer está gobernado por la República de Minguer en nombre del pueblo minguerense. La República gobierna en nombre del pueblo minguerense. Cuarto: las leyes del pueblo minguerense se aplicarán a todos los ciudadanos sin excepción. Para ello se elaborará detalladamente una Constitución fundamental. Todos los ciudadanos de Minguer son iguales. Quinto: el pueblo de Minguer tendrá plena jurisdicción sobre todas las decisiones referentes a los tribunales, títulos de propiedad, registro civil, impuestos, ejército, normativas aduaneras, servicios de correos, accesos al puerto, agricultura, comercio y demás asuntos importantes, y a menos que se indique lo contrario, y hasta que se anuncien las nuevas medidas sustitutorias, seguirán en vigor los antiguos registros del régimen otomano, sus billetes y monedas, así como los rangos y jerarquías de la administración anterior.

Una vez quedaron transcritos estos primeros cinco artículos, y después de pedir que el documento fuera firmado por aquellas cuarenta personas —la gran mayoría musulmanes, algunos rums— que había empezado a llamar «Parlamento», Sami Pachá procedió a abordar el asunto de la

composición del nuevo gobierno y demás aspectos organizativos.

El director de Fundaciones Piadosas pasaría a ser el «ministro de Fundaciones Piadosas»; el doctor Nikos, el director de cuarentenas, sería el nuevo «ministro de Sanidad» (y, como medida excepcional, el doctor Nuri sería nombrado «ministro de Cuarentena» del nuevo gobierno); el director de aduanas sería designado «ministro de Aduanas», y el jefe de policía, «ministro de Interior». Según esta lógica, ninguno de los nuevos cargos tendría que moverse de su despacho actual en la sede de la gobernación, que a partir de ese momento se llamaría sede ministerial. Lo que importaba realmente era seguir trabajando para garantizar que las medidas de cuarentena se implantaban apropiadamente. La cuestión de los títulos y los cargos era secundaria. En lo sucesivo, la isla tomaría sus propias decisiones.

Hacia el final de su largo discurso, todos habían comprendido que Sami Pachá se veía a sí mismo como el «primer ministro» del nuevo régimen. El pachá no dedicó mucho tiempo más al tema de los nuevos nombramientos; no habían pasado ni dos días desde que el mayor saliera al balcón y ondeara la bandera de Minguer sobre la plaza. Había decidido que el asunto más apremiante era acallar a aquellos que objetarían a la proclamación de la independencia y escindirse de Estambul y del dominio otomano antes de que pudieran pregonar sus quejas.

—Como todos ustedes saben, estamos viviendo momentos extraordinarios —declaró Sami Pachá, preparándose para llevar el discurso a su conclusión—. El gran pueblo minguerense ha batallado contra la peste a fin de preservar su propia existencia. Y mientras hemos comandado esa lucha, hemos asistido también a la irrupción del pueblo minguerense en la escena de las naciones civilizadas. Quien encabezará este proceso mientras dure será el comandante Kâmil. Propongo que todos los presentes votemos para que sea ascendido al rango de general y se le conceda el título de pachá. Queda

aprobada la propuesta. Y ahora, presento la nominación del excelentísimo comandante Kâmil Pachá para el cargo de presidente de la República de Minguer. Aquellos que estén de acuerdo, que levanten la mano. El comandante Kâmil Pachá queda elegido primer presidente de Minguer. La decisión será anunciada al pueblo al anochecer con veinticinco salvas de cañón.

Todo el mundo lo observaba sin decir nada.

—¡Doy las gracias al magnífico Parlamento que representa a la nación minguerense! —dijo el comandante Kâmil. Luego se levantó y procedió a saludar con una serie de exageradas reverencias, aunque sin dejar de sonreír en ningún momento —. Ahora quisiera proponer un nuevo artículo para nuestra Constitución, y que debería figurar al principio de este magno documento: «¡La lengua de Minguer es el minguerense, que es la lengua autóctona de la isla de Minguer y del pueblo minguerense! El turco y el rum serán provisionalmente las lenguas oficiales del Estado».

Se hizo un breve silencio. El mayor reparó en que aquello no le había hecho demasiada gracia a Sami Pachá.

—¡Bravo! —exclamó el doctor rum Tasos, aplaudiendo.

Como el rum no era una lengua oficial del Estado otomano, la inclusión de aquella cláusula en la Constitución minguerense animaría a la población rum de la isla a dar su apoyo al nuevo estado independiente. Hasta ese momento, todos los presentes habían tenido la sensación de asistir a una escena sacada de un cuento de hadas o de un sueño, pero de repente la asamblea había dado un giro más calculador, convirtiéndose en una especie de maquinación burocrática de lo que podríamos llamar *Realpolitik* . En cualquier caso, parecía insinuarse que en años venideros el rum y el turco serían relegados para fomentar la pujanza del minguerense. Esta perspectiva de patriotismo lingüístico que a largo plazo convertiría al minguerense en la única lengua de la isla resultaba un tanto fantasiosa para los reunidos aquel día a fin

de abordar asuntos más serios y apremiantes como la cuarentena, así que no se la tomaron demasiado en serio. Ni que decir tiene que lo que más mosquearía a los musulmanes era que el rum fuera declarado lengua oficial.

Al notar su desasosiego, el comandante añadió:

—¡Desde hace siglos hemos convivido como hermanos en nuestra magnífica isla! Y por esa misma razón, la Dirección de Cuarentenas y el Estado deben comportarse como un padre justo que trata a todos sus hijos por igual. Si queremos derrotar a la peste, lo primero que debemos hacer es tratarnos los unos a los otros como verdaderos hermanos.

El comandante Kâmil hizo una pausa dramática, como para asegurarse de que todos los allí presentes comprendían que estaban a punto de escuchar unas palabras que nunca olvidarían.

—¡Yo soy minguerense! —declaró—. Estoy orgulloso de ser minguerense, incluso me vanaglorio de ello. Es un honor para mí considerarme un miembro igualitario de la hermandad de las naciones del mundo, y por ello me siento inmensamente afortunado. Pero también deseo que la hermandad de las naciones del mundo respete a mi Minguer, de mi isla y de mi minguerense. Cuando nazca mi hijo, hablará minguerense en casa, como todo el mundo en esta isla. Debemos tomar ahora estas decisiones para que cuando nuestros hijos crezcan y vayan a la escuela, no se avergüencen del idioma que hablan en casa y acaben olvidándolo, y también para que esta peste no masacre al pueblo minguerense ante los ojos del mundo entero.

Estas son las palabras que hoy día todos los minguerenses que han asistido a la escuela en la isla se saben de memoria, y que a veces recitan de todo corazón con lágrimas en los ojos. La mayoría de los isleños sienten un enorme y exultante orgullo al proclamar: «¡Yo soy minguerense!», sobre todo cuando están en tierras lejanas. Sin embargo, está estrictamente prohibido cuestionar, ni siquiera con las mejores

intenciones, algunas de las incongruencias más palmarias de este discurso: una de estas es que nadie se preguntaba por qué, si todos eran hermanos, el turco y el rum, e incluso el italiano y el árabe que durante siglos hablaron nuestros ancestros, debían ser considerados idiomas inferiores al minguerense. En 1901, solo uno de cada cinco niños y niñas nacidos en la isla hablaba minguerense en casa; lo cual significaba, aunque tampoco podía decirse, que la mayoría crecieron hablando turco o rum. Por desgracia, el improvisado y profundamente emotivo discurso del comandante Kâmil se vio interrumpido cuando uno de los escribanos que estaban de pie en la sala de repente se desplomó sobre una silla e, incapaz de ocultar sus terribles dolores, empezó a temblar y gemir con los síntomas agónicos de la fiebre de la peste que ya todos conocían.

55

Una vez hubo cumplimentado todos los trámites burocráticos necesarios para asumir sus nuevas funciones de primer ministro, y tras adaptarse rápidamente a la disposición y retórica acordes a su cargo, Sami Pachá se puso manos a la obra esa misma tarde, mientras las deliberaciones sobre la nueva Constitución aún eran objeto de debate en la gran sala contigua a su despacho.

En primer lugar, decidió que a los siete asırcı que los soldados de cuarentena habían detenido la noche anterior en la segunda redada al tekke había que encerrarlos en la mazmorra del castillo, junto con otro grupo el doble de numeroso que debía ser confinado en el área de aislamiento adyacente. Mientras tanto, el jeque de otro pequeño tekke, apodado el Rizos por el aspecto de sus cabellos y barba, había hecho declaraciones del tipo «Para ser un buen musulmán es estrictamente necesario ir a la mezquita, y utilizar la peste como excusa para cerrar las mezquitas es una ofensa cruel e insensible contra el islam», por lo que Sami Pachá había decidido encerrarlo en el calabozo hasta que entrara en razón. Cuando el Rizos empezó a mostrar indicios de arrepentimiento, lo pusieron en libertad sin necesidad de enviarlo a la mazmorra del castillo. A fin de preparar el terreno para el juicio contra Ramiz y su banda de conspiradores, Sami Pachá aprobó una serie de redadas en algunas casas de los barrios de Taşçılar y Kadirler, pero tuvo cuidado de no autorizar ninguna incursión en el barrio de Germe, donde se encontraba el tekke de los Halifiye.

Sami Pachá mostraba una deferencia especial por el tekke de los Halifiye. No tenía la sensación de que hubiera ninguna desavenencia importante con sus miembros, y lo último que deseaba era que las relaciones empeoraran. Era algo bueno que

Ramiz no hubiera muerto tras resultar herido durante el asalto. Eso no solo mantendría al comandante alerta y encolerizado, sino que también era una carta bajo la manga que podrían utilizar en su momento contra el jeque Hamdullah. La congregación de los Halifiye se había quedado muy afectada y consternada tras conocerse que el hermano de su jeque había acabado herido y encarcelado tras liderar un cruento ataque que había costado la vida de muchas personas. El primer ministro Sami Pachá ni siquiera había podido averiguar en qué edificio y en qué estancia se había recluido el jeque Hamdullah para meditar. No pidió consejo al comandante sobre cómo deberían tratar con los discípulos de Halifiye. Pero sí dio órdenes de que Ramiz y sus esbirros fueran juzgados y condenados lo antes posible, y no le ocultó al comandante que pretendía acelerar el proceso.

—¡El estado de Minguer debe ser justo! —exclamó el comandante Kâmil a modo de respuesta.

El antiguo gobernador y nuevo primer ministro Sami Pachá había descubierto pronto cuáles eran las cuestiones que más preocupaban al comandante y cuál era la mejor manera de planteárselas. No le interesaban demasiado los detalles administrativos de los que se encargaban los secretarios y funcionarios, ni tampoco los temas de protocolo burocrático. Por otra parte, comprendía rápidamente los entresijos de asuntos tan intrincados como presupuestos, tesorería, salarios gubernamentales, número de tropas, o cómo utilizar a la división árabe de la guarnición para mantener la ley y el orden, y seguía muy de cerca el desarrollo de los acontecimientos en todos esos frentes. Sin embargo, había asuntos en los que se implicaba de forma más personal y apasionada, y que solía plantear para que el gobierno tratara de resolverlos.

Una de estas cuestiones era la nueva serie de sellos que quería que se expidieran para celebrar la proclamación del estado de Minguer. El comandante impartió en persona instrucciones al nuevo ministro de Correos, Dimitris Efendi. Pero cuando este le respondió que no había imprentas en la

isla, ni siquiera en Esmirna o Tesalónica, que pudieran realizar una tarea tan delicada, y que habría que encargar la confección de los sellos a París, el comandante se mostró muy contrariado. Insistió al ministro para que utilizaran todos los recursos disponibles en la isla a fin de encontrar alguna solución técnica para imprimir los sellos. Si los impresores habían huido por culpa de la peste, entonces el ministro de Interior debería encargarse de localizarlos… Sami Pachá no tardaría en enterarse de que lo que más preocupaba al presidente era cómo se reproducirían su propia imagen y los paisajes de Minguer en los sellos.

Otra cuestión a la que prestó especial atención el comandante fue la concesión de una serie de obsequios a los miembros del nuevo gobierno y el Parlamento de Minguer, algo parecido a lo que los sultanes que acababan de acceder al trono entregaban a los principales cargos burocráticos y militares del Imperio. Sin embargo, sabía que apenas quedaban fondos en las arcas de la gobernación, es decir, en la tesorería del nuevo estado. Tras darle muchas vueltas, por fin dio con una solución creativa: todos los miembros del nuevo régimen recibirían un documento firmado en el que se certificaba la concesión de una gran parcela de terreno en la isla, unas tierras que estarían exentas de impuestos sobre la explotación agrícola. Hoy día, ciento dieciséis años más tarde, quien quiera ratificar la validez de esas «escrituras» regaladas y exenciones fiscales en el registro de la propiedad de Minguer debe realizar complicadísimas gestiones en oficinas estatales y presentar todo tipo de solicitudes ante los tribunales.

Esa noche, las salvas de cañón que anunciaron que el comandante Kâmil había sido nombrado primer presidente del estado de Minguer fueron mejor recibidas entre la gente. Las cifras de muertos por la peste no disminuían y cada vez resultaba más difícil encontrar comida, pero a los ciudadanos de Arkaz les había caído en gracia aquel comandante joven e intrépido que había llevado a cabo el triunfal Golpe de la Oficina de Telégrafos y que se había enamorado y casado con

una joven de la isla. Plantearse organizar una nueva ceremonia oficial solo tres días después del cruento asalto al edificio de la gobernación habría resultado demasiado atrevido, así que en su lugar se decidió imprimir una serie de carteles, parecidos a los anuncios de cuarentena, y, tras finalizar las salvas, se colgaron por todas las calles de Arkaz para declarar que el comandante Kâmil Pachá había sido proclamado presidente de la república libre y soberana de Minguer, y que todos debían respetar las prohibiciones de cuarentena y obedecer las decisiones del nuevo gobierno de la isla.

Durante los primeros días de la Revolución de Minguer, solo la mitad de los funcionarios asalariados en plantilla de la gobernación siguieron acudiendo a sus puestos de trabajo. Algunos ya no salían de sus casas; otros habían huido a sus pueblos; otros habían muerto. Y muchos de los que continuaron yendo a trabajar a la nueva sede ministerial solo lo hacían porque allí les daban de comer y porque no querían que nadie les arrebatara sus sueldos. Las numerosas y pesadas tareas administrativas recaían básicamente en un puñado de funcionarios de rango medio y alto que habían llegado desde Estambul y que se movían por un fuerte sentido de la responsabilidad. Así pues, cuando esos burócratas otomanos fueron a trabajar por la mañana y vieron esos carteles colgados en las paredes, se quedaron muy preocupados: si todo lo que ponía allí sobre la independencia iba en serio, se esperaría de ellos que escogieran entre el gobierno de Estambul y el nuevo estado minguerense. A esas alturas, todos sabían que el gobernador Sami Pachá había sido destituido y que el nuevo gobernador enviado por Abdülhamit había muerto.

Si en sus años de juventud Sami Pachá se hubiera encontrado en una tesitura parecida, si hubiera estallado una revolución en una ciudad o isla otomana en la que ejerciera como funcionario de grado medio o gobernador de comarca o distrito, y se hubiera visto obligado a escoger entre ese territorio y Estambul, sin la menor duda habría elegido Estambul. Y también habría considerado un «traidor» a

cualquiera que no hiciese lo mismo, fuera cual fuese su justificación. Entendía perfectamente que algunos burócratas de la isla —como el director de Fundaciones Piadosas Nizami Bey (que se acababa de casar y cuya esposa había regresado a Estambul) o el ayudante del director de la tesorería Abdullah Bey (que nunca se había adaptado a la vida en la isla y al que no acababa de gustarle esta tierra)— quisieran volver a la capital lo antes posible. Por lo que respectaba a otros funcionarios —como el director del servicio de inteligencia (cuya esposa pertenecía a una de las familias más ricas de la isla), o el escribano de desencriptación Mehmet Fazil— que Sami Pachá supuso que se mostrarían indecisos sobre qué debían hacer, decidió incluirlos expresamente en la comisión encargada de redactar la nueva Constitución para que se quedaran en la isla y que su ejemplo animara a otros a hacer lo mismo.

Por su parte, los funcionarios rums nativos de la isla no habían puesto grandes objeciones a la declaración de Libertad e Independencia, y agradecían que aquello les permitiera olvidarse durante un rato de la peste y la cuarentena mientras charlaban y reían sobre los nuevos cargos y títulos (ministro, director, etcétera) que de repente les habían asignado, aunque solo fuera sobre el papel. ¿Los castigaría Estambul de algún modo? ¿Continuarían recibiendo sus sueldos? ¿Qué otras concesiones acompañarían a las escrituras de propiedad que iban a regalarles? Sami Pachá les había prometido un nuevo salario permanente…

En cambio, los funcionarios leales a Estambul y el Estado otomano no estaban para muchas bromas, no se tomaban en serio sus nuevos cargos y tampoco les preocupaba demasiado el asunto económico. O, aunque en realidad les inquietara el estado de las cosas, no expresaban abiertamente sus recelos. Sami Pachá conocía a todos esos funcionarios leales a Estambul que ahora pululaban desorientados por los pasillos, visiblemente tristes y alicaídos, y podía ver en sus rostros el terror ante el castigo que les administraría Abdülhamit algún

día, y el miedo ante la posibilidad de no regresar a sus casas y no volver a ver nunca más a sus mujeres e hijos.

—El estado de Minguer es justo y compasivo —les dijo el pachá sonriendo—. No tenemos ninguna intención de retener a nadie aquí en contra de su voluntad, como si fueran rehenes. Háganlo saber a sus compañeros de trabajo que no estén presentes. Aquellos que no quieran implicarse en el gobierno revolucionario y prefieran marcharse y regresar a Estambul contarán con nuestro apoyo. Minguer es una nación amiga del Imperio otomano. En cuanto acabemos con esta maldita peste, todo se arreglará.

Su tono era amistoso, como si estuviera hablando de un mero contratiempo burocrático.

—Si esta situación se prolonga demasiado, estaremos cometiendo traición contra la patria, el sultán y la *umma* de Mahoma —dijo Rahmetullah Efendi, el gobernador del distrito de Teselli.

—¡No es cierto lo que dice! —respondió Sami Pachá. Se arrepintió de inmediato de haber aceptado la sugerencia del comandante de convocar a aquel hombre al que apenas conocía, porque nunca habría esperado que en aquella reunión se utilizaran expresiones como «traición a la patria» o «¡Qué pensaría Su Majestad el sultán…!»—. Al fin y al cabo, yo tampoco soy de esta isla… —prosiguió Sami Pachá con cierta indecisión—. Pero no tienen por qué preocuparse. Si se nos ocurriera hacerles algún daño, podrían utilizarlo como pretexto para intentar invadir la isla.

—¡La isla ya pertenece al Imperio otomano y a nuestro sultán, así que no me parece muy apropiado hablar de «invasión»! —replicó Rahmetullah Efendi.

—Si dejáramos que usted y los demás volvieran a Estambul, realizarían actividades de espionaje contra nosotros.

—Excelentísimo pachá, cada día mueren aquí entre quince y veinte personas. Mientras esta epidemia continúe, nadie se

atreverá a invadir la isla. Así que no creo que sea necesario llevar a cabo ningún tipo de espionaje.

—Aquellos que decidan seguir cumpliendo con sus funciones recibirán pronto los salarios atrasados durante la antigua administración, además de sus nuevos sueldos. Los que renuncien a sus cargos por miedo a estar traicionando al Imperio otomano recibirán sus salarios atrasados solo después de que los demás hayan cobrado.

Si alguno de los presentes se preguntaba «¿En serio este es momento de hablar de salarios?», nadie hizo el menor comentario. Por la ventana se filtraba una luz cenicienta, y el verde de los pinos también había adquirido una tonalidad plomiza. Sin el sonido de las llamadas a la oración ni de las campanas, las nubes se cernían aún más opresivas sobre la ciudad, y el azul del cielo y la determinación de la gente parecían haberse marchitado.

No les falta razón a los historiadores que sostienen que, para cuando acabaron aquellas largas deliberaciones, Sami Pachá no solo había logrado dividir a los funcionarios otomanos y había conseguido que un importante contingente de ellos se quedara en la isla, sino que también se había asegurado un importante apoyo para hacer frente a los rums. Aquellos hombres que solían hablar turco en sus casas habían decidido que lo mejor sería quedarse, pasar lo más desapercibidos posible hasta que acabara la peste y esperar a que los soldados y acorazados otomanos llegaran finalmente en su rescate. Sin embargo, esa misma noche Sami Pachá ordenó que los opositores más críticos al nuevo régimen —entre ellos, el gobernador de distrito Rahmetullah Efendi, el director de Fundaciones Piadosas Nizami Bey y el ayudante del director de la tesorería Abdullah Bey— fueran arrestados en sus casas y enviados a la Torre de la Doncella. Aquel islote de cuarentena con su encantador edificio blanco se convertiría, cada vez más, en una improvisada prisión en la que el nuevo estado minguerense encarcelaba a los ciudadanos otomanos

turcoparlantes (solo dos de ellos hablaban rum) que se mantenían leales a Abdülhamit.

Esa noche, mientras la barca que transportaba a los burócratas leales al imperio zarpaba en silencio desde la bahía hacia la Torre de la Doncella, Sami Pachá estaba de pie en el balcón de su despacho de la sede ministerial (antes conocida como sede de la gobernación). Era la primera vez que salía al balcón desde la tarde del viernes, el día de la revolución. Aguzó el oído para intentar escuchar, entre el canto de las cigarras y el croar de las ranas escondidas en las riberas del riachuelo de Arkaz y en los demás rincones de la ciudad, las suaves salpicaduras de los remos de la barca que se llevaba de la isla a los últimos funcionarios otomanos.

56

En esos días, la pareja más feliz de la isla era sin duda la formada por el presidente Kâmil y su joven esposa Zeynep. Y cuando el doctor Tasos, durante una de sus visitas para examinar la herida del mayor, confirmó que Zeynep estaba embarazada, la vida de los recién casados cambió radicalmente.

Zeynep se sentía prisionera en la habitación de invitados de la guarnición, donde ni siquiera podía ver a su madre. Ramiz y sus esbirros estaban encerrados en la mazmorra, así que ya no había nada que temer de ellos. Además, aquella estancia de la guarnición no era un lugar digno de un jefe de Estado, ni tampoco una sede apropiada donde poder cumplir con sus funciones presidenciales. Así pues, decidieron regresar al Splendid.

Tras instalarse de nuevo en el hotel, el comandante se puso su uniforme militar, se colocó en los hombros y el cuello las insignias que lo distinguían como pachá (y que le habían confeccionado rápidamente en un par de días) y fue a visitar a su madre. La fotografía tomada ese día que muestra a la mujer con la cabeza cubierta y los ojos llorosos mientras su hijo se inclina para besarle la mano es bien conocida por todos los minguerenses, se ha reproducido en incontables ocasiones en libros de texto, billetes y boletos de lotería, y se convirtió en una imagen estrechamente vinculada a las celebraciones del Día de la Madre que se hicieron muy populares en la isla a partir de los años cincuenta. Uno de los objetos más importantes exhibidos en la casa natal del mayor Kâmil, hoy convertida en museo, es su preciado libro sobre la Revolución francesa y la Libertad escrito por Mizancı Murat y publicado en «turco antiguo» (es decir, en alfabeto árabe), y sobre el cual muchos escolares que visitan la casa escriben sus redacciones.

El mayor asignó la primera planta del Splendid a los soldados de la División de Cuarentena, mientras que en el segundo piso instaló su despacho (más pequeño que el de Sami Pachá pese a ser una gran habitación de hotel) y el de su nuevo ayudante, el director del servicio de inteligencia Mazhar, que fue enviado allí por el primer ministro Sami Pachá junto a un escribano, y cuyo cargo sería en términos actuales el de secretario jefe de la Presidencia. El mayor y Zeynep también reorganizaron sus dependencias privadas en la planta superior, e incluso decidieron dónde colocarían la cuna del bebé.

A fin de amueblar las estancias siguiendo los más altos estándares de su nuevo cargo, el Estado confiscó todos los muebles de la residencia de la adinerada familia rum Mavroyenis (una magnífica mansión de cuatro pisos con su torre mirador y unas espectaculares vistas de la playa de Flizvos), un gesto que fue ampliamente criticado. Para la comunidad rum aquella fue una muestra más de que, en lo referente al maltrato a los cristianos, no existía diferencia alguna entre el nuevo gobierno y los otomanos.

El mayor (no podemos referirnos siempre a él como «presidente») estaba convencido de que su hijo sería varón, por lo que envió una nota al arqueólogo Selim Sahir pidiéndole una lista de nombres minguerenses antiguos. Estaba seguro de que su hijo sería una persona muy especial. Las primeras palabras que escucharía y pronunciaría serían, evidentemente, en minguerense. Por esa razón deseaba pasar más tiempo a solas con Zeynep a fin de poder practicar su lengua natal, algo que no resultaba fácil dados los numerosos deberes y compromisos que debía afrontar como presidente de la nueva nación.

Marido y mujer eran conscientes de que esos momentos de intimidad en sus aposentos privados de la planta superior del Splendid Palas eran los que les proporcionaban su estado de permanente felicidad en medio de tantas calamidades. A veces abrían una de las ventanas y se abrazaban, escuchando el

silencio de la ciudad inmóvil, inerte, con olor a muerte. De vez en cuando contemplaban la nube de humo que se elevaba desde alguna casa quemada, o miraban a través de la bahía a los enfermos y los sospechosos de estar contagiados que rondaban como almas en pena por el patio de aislamiento del castillo.

También habían inventado un juego sexual del que disfrutaban juntos en la cama: clavaban la mirada en algún punto del cuerpo desnudo del otro —no necesariamente sus partes pudendas—, tocaban con las manos lo que estaban mirado (el ombligo, un pezón, una oreja, un dedo, un hombro) y lo comparaban con una fruta, un objeto, un ave o algún otro animal. Ambos podían ver que ese juego los ayudaba a acostumbrarse a su desnudez, a la intimidad sexual, a su presencia mutua. A veces acercaban los ojos y la nariz a algún punto de la piel del otro y descubrían picaduras de insectos y mosquitos, rasguños, magulladuras, lunares y puntos negros extraños. Como los mosquitos los acribillaban constantemente, tenían el cuello y las piernas llenos de ronchas rojas. A veces uno de ellos se inquietaba al percibir una inflamación de aspecto inusual. En una ocasión, Zeynep exclamó atemorizada «¡¿Qué es esto?!» cuando descubrió una pequeña hinchazón entre la axila y la espalda del mayor. No obstante, no tardaron en concluir aliviados, por el escozor benigno y por el poro en el centro, que se trataba de una picadura de mosquito y no de un bubón incipiente.

En los dos meses que había pasado en la isla, el mayor había presenciado muchas veces cómo el miedo a la muerte irrumpía como un espíritu maligno entre maridos y mujeres, madres e hijos, padres e hijas. Una vez, cuando escoltaba al doctor Nuri en el hospital Theodoropoulos, se había puesto furioso con un matrimonio que ya no podría cuidar de sus hijos porque ambos habían contraído la peste a la vez. En una calle de Kadirler cercana al mar, encontraron a un niño con un enorme forúnculo en el cuello, pero solo cuando su padre cayó también enfermo y se quedó sin fuerzas para seguir

discutiendo con los soldados de cuarentena, pudieron separar al crío de su familia y llevarlo al hospital. Cuando a algún miembro de la familia le salía un bubón, los demás empezaban a examinar sus propios cuerpos en busca de cualquier rojez, picadura o bultito que pudieran encontrar. En esos momentos, el mayor percibía en sus rostros las señales de esa soledad que hacía de la muerte algo intolerable.

El día en que se mudó de la guarnición al Splendid Palas, el comandante se estaba pasando la mano alrededor del vendaje de su herida cuando notó una dureza cerca de la axila derecha. Tras asegurarse de que Zeynep no lo veía, cogió un espejo de mano para mirárselo y descubrió una roncha bastante grande. Pero, a diferencia de los bubones de los enfermos de peste, al tocárselo con el dedo no le dolía, simplemente notaba un escozor. El presidente tampoco sentía cansancio, fiebre ni ninguno de los otros síntomas que afectaban a los pacientes con bubones. Sin embargo, llevaba un par de días tosiendo de vez en cuando. En algunos casos, el primer indicio de la enfermedad era una tos poco habitual.

Si contrajera la peste, ¿reconocería las señales inmediatamente, y sería capaz de aceptar lo que eso significaba? Lo que más odiaba el mayor Kâmil era a los cobardes.

Desde el momento en que lo nombraron comandante y presidente, el joven oficial otomano había notado que sus pensamientos y emociones más profundos, incluso sus sueños, habían empezado a cambiar. No era un cambio doloroso, pero lo dejaba un poco perplejo. Se había convertido en alguien más «idealista», pensaba mucho más en los demás, deseaba consagrarse en cuerpo y alma a la isla, a su hijo y al pueblo minguerense. En los momentos en que se dejaba llevar por esos sentimientos, comprendía la felicidad que daba el querer ser mejor persona.

Después de su inesperado ascenso al cargo de comandante y jefe de Estado, el mayor también había empezado a sentir

que estaba predestinado para esa misión. ¿Acaso podía ser una mera coincidencia que tres días antes no fuera más que un oficial de rango modesto (aunque lo hubieran condecorado con una medalla en la guerra contra Grecia) y ahora fuera el presidente de toda una nación, de la amada isla en la que había nacido y crecido? Cuando iba a la academia militar, el mayor siempre se había sentido muy afortunado de que ningún otro estudiante minguerense sacara tan buenas notas como él. Y ahora veía que eso tampoco había sido una coincidencia, y quería que todo el mundo también lo viera. Cuando su hijo creciera, aprendería qué tipo de persona había sido su padre en su juventud y en su época de estudiante.

A la mañana siguiente se emocionó mucho al recibir una carta del arqueólogo Selim Sahir, respondiendo a su petición sobre nombres minguereses antiguos de varón. En ese momento se hallaba sentado en el escritorio de su despacho, contemplando por las ventanas del segundo piso del Splendid Palas las copas de los pinos y las acacias, y pensando en la melancólica imagen que ofrecían el puerto y los muelles vacíos y las desiertas callejuelas que bajaban hasta el mar.

Tras leer la carta —que hoy día se encuentra en los archivos de la Presidencia de Minguer—, el comandante Kâmil se quedó un poco confundido. Llamó a su asistente, el exdirector de inteligencia Mazhar, y le pidió que leyera la lista en voz alta.

—¿Alguna vez ha escuchado esos nombres? —le preguntó.

Después de que lo destinasen a Minguer hacía muchos años, el exdirector de inteligencia se había casado con una lugareña y se había quedado en la isla, pero él no era de familia minguerense y había pasado su infancia en Estambul. Tras explicarle todo esto al mayor como si se estuviera disculpando, declaró a continuación lo mucho que amaba Minguer, lo entusiasmado que estaba todo el mundo, especialmente los musulmanes, con la nueva Libertad e

Independencia, y por último confesó que nunca había oído ninguno de esos nombres minguerenses antiguos.

—¡Yo tampoco! —se lamentó el presidente, sin ocultar su decepción.

Llamaron al escribano y le hicieron leer la carta. Al hombre le costó mucho pronunciar un par de palabras en francés y también los nombres minguerenses. La misiva estaba escrita básicamente con el alfabeto árabe del turco otomano, mientras que la lista de nombres y algunas elaboradas expresiones francesas estaban transcritas en alfabeto latino. Aunque se había criado en la isla, el escribano fue incapaz de pronunciar correctamente los nombres, quizá debido a los nervios. Al presidente también le molestó que el arqueólogo se dirigiera a él en francés llamándolo *commandant* , como si se estuviera mofando de él.

—¡El arqueólogo Selim Sahir Bey debería investigar mejor nuestra historia! —exclamó—. Trabajaremos con los ministros de Aduanas y Correos para llevar a cabo una serie de regulaciones al respecto.

El presidente se había adaptado rápidamente a su nuevo despacho. Había dejado de ir al cuarto de epidemiología por las mañanas, por lo que dos veces al día un funcionario de la sede ministerial le traía las noticias sobre las cifras de muertos. Tampoco estaba ya al frente de la División de Cuarentena. Había traspasado el cargo a Hamdi Baba en una austera ceremonia, en la cual hizo entrega al sargento de la primera condecoración militar de la historia de Minguer.

La mayoría de los sastres más reputados de Arkaz eran rums y habían huido a Tesalónica y Esmirna en los últimos barcos que zarparon de la isla, pero el presidente consiguió que localizaran al célebre Yakumi Efendi y le encargó la confección de una serie de atuendos civiles para el invierno y para los actos que se celebrarían cuando acabara la epidemia, exigiendo que le mostraran por adelantado los diseños y las muestras de tejidos. Esa mañana, el doctor Nuri se pasó por su

despacho para evaluar las últimas cifras de muertos y la evolución de la situación sobre el mapa epidemiológico. Todos los días morían entre doce y quince personas. Habían logrado estabilizar la cantidad diaria de víctimas, pero todo estaba resultando más difícil de lo que habían esperado. Por desgracia, aún había gente que transgredía las prohibiciones de cuarentena, algunos por tozudez y rebeldía, otros por pura estupidez y un concepto insensato de valentía.

El comandante Kâmil trataba al damat doctor, el hombre de cuya seguridad se había encargado hasta hacía poco, con el mismo respeto de siempre. «Su alteza la princesa Pakize Sultan está bajo la protección del nuevo estado de Minguer», le había asegurado. El doctor Nuri había acudido en el landó de Sami Pachá, y propuso al comandante que salieran a dar una vuelta por la ciudad para evaluar la situación sobre el terreno, como solían hacer antes.

—¡Prefiero ir a pie y verlo por mí mismo, en vez de atisbar desde el interior de un carruaje blindado! —replicó el comandante Kâmil Pachá.

Mientras recorrían las calles, el comandante podía sentir el cariño de la gente por la forma en que se comportaba a su alrededor, por la manera en que le miraban, y sobre todo por los «¡vivas!» que le lanzaban desde las ventanas al pasar (algo que había sucedido siete u ocho veces en los últimos tres días). Quería transformar todo ese afecto en una esperanza inquebrantable, transmitirles la fe necesaria para que confiaran en que podría proteger la isla no solo de la peste, sino también de cualquier otra desgracia. Era su misión divina, encomendada por el mismo Alá, proteger a aquellas buenas gentes que lo reconocían por la calle y le dirigían sonrisas esperanzadas, y asegurarse de que sobrevivían a la epidemia.

El comandante había solicitado que se confeccionaran doscientas banderas de Minguer (aunque fueran de tamaño pequeño) a cargo del presupuesto gubernamental, pero como la mayoría de los sastres y propietarios de mercerías y

traperías habían huido de la ciudad, y tampoco había posibilidad de importar hilos de lino, no resultó tarea fácil. Quizá por eso muchas familias que se habían refugiado en sus casas para escapar de la peste no se habían enterado todavía de que había una nueva bandera y un nuevo estado. También había otros muchos que simplemente no se interesaban por esas cuestiones y preferían mantenerse en la ignorancia… No sería fácil que la nación escuchara. Pero el presidente comandante Kâmil no desesperaba. Tenía la absoluta certeza de que el nuevo país perviviría durante mucho tiempo, tal vez durante siglos, más que cualquiera de los que en ese momento vivían y respiraban en la isla. Todo el mundo decía que la creación del nuevo estado había dado esperanza a la gente, que ahora sí estaba convencida de que sería posible atajar la epidemia. Lo que más esperanza les daba era ver al mayor Kâmil por las calles, ver su determinación, su entusiasmo, su fervor. La relación del mayor con Pakize Sultan había hecho que los isleños le asociaran en su mente con Estambul, el Mabeyn y el sultanato; su papel durante el Golpe de la Oficina de Telégrafos le había granjeado la estima del pueblo; y al verlo ondear aquella bandera sobre la plaza desafiando al mundo entero, habían confiado en su liderazgo.

A veces, el comandante Kâmil pensaba que el hecho de haber nacido en Minguer era una bendición de Alá. Cuando captaba las miradas de los que se asomaban a las ventanas y le sonreían como estaban haciendo ahora, veía gratitud en sus semblantes. Y eso se debía a que su presencia les recordaba que ellos también habían sido bendecidos y tenían la inmensa fortuna de haber nacido allí.

Entre la población más pobre de la isla, aquellos que no se habían tomado en serio la epidemia ni habían tomado la precaución de aprovisionarse eran los que ahora estaban sufriendo más, hasta el punto de que empezaban a pasar hambre. El comandante sentía una gran responsabilidad hacia ellos. Todos los que no tenían un huerto, un campo, un trozo de tierra, o amigos fuera de la ciudad, habían comenzado a

quedarse sin comida. Podría culparse de su precaria situación al anterior gobierno otomano, que no había sabido aleccionar a la población sobre la gravedad de la epidemia. ¡De hecho, hasta el gobernador Sami Pachá había negado al principio que hubiera peste! Mira que podía ser necio, aquel Sami Pachá…

Rodeado por sus escoltas, el comandante salió a la avenida Hamidiye (también habría que cambiar todos aquellos nombres otomanos del callejero). Se adentró por las callejuelas entre la iglesia de Hagia Triada y el riachuelo de Arkaz, que estaban llenas de colmados. Debido al miedo a la peste y a que los funcionarios de cuarentena clausuraran sus tiendas, y hartos de las continuas restricciones, más de la mitad de los comercios que suministraban productos básicos como harina o patatas habían dejado de abrir sus puertas, y ahora vendían sus mercancías de forma más clandestina. El precio de todos los alimentos —desde las aceitunas hasta el queso (si es que se podían encontrar), desde las nueces hasta las ciruelas secas (se decía que eran peligrosas)— se había triplicado. Incluso los productos más baratos y fáciles de conseguir, como cebollas, lechugas o patatas, habían desaparecido prácticamente de los mercados. Los hornos producían la mitad de pan y çöreks de lo habitual. Pero eso no preocupaba todavía demasiado al comandante, ya que Sami Pachá le había informado de que había una reserva de harina de emergencia en la guarnición, una medida en la que había insistido Abdülhamit. Los charcuteros y los polleros vendían sus productos bajo mano por la puerta posterior de sus tiendas, cobrando hasta tres y cuatro veces más de su precio normal. De hecho, ya se había obligado a cerrar la mayoría de las pescaderías, charcuterías y pollerías porque eran establecimientos considerados poco higiénicos, y los gatos que solían rondar por delante de sus puertas habían desaparecido.

La población de la isla seguía disminuyendo con todos los que habían huido o fallecido, pero las tiendas y los mercados se habían vaciado a un ritmo aún mayor y ya no podían abastecer las necesidades de la gente. Consciente del

problema, el primer ministro Sami Pachá centró sus esfuerzos en que el mercadillo que había ayudado a instalar en la Escuela Intermedia Rum cuando todavía era gobernador otomano, continuara operando ahora como lugar donde los más pobres pudieran conseguir algo de comer. El comandante y su séquito giraron hacia la izquierda del mercado y volvieron a meterse por las callejuelas. Pero podía resultar peligroso caminar bajo los miradores que colgaban sobre estos angostos callejones. Muchos hombres de la ciudad no tenían otra cosa que hacer salvo sentarse ante aquellas ventanas y ver pasar el tiempo.

La única manera de proseguir con la actividad comercial, y asegurar la subsistencia de los ciudadanos de Arkaz, era transgrediendo las prohibiciones de cuarentena. Había guardias apostados a las afueras de la capital para impedir que la gente entrara y saliera a su antojo. Todo el que quisiera salir a pie de la ciudad tenía que mostrar a los soldados de cuarentena un documento estampado con todo tipo de firmas y sellos; o bien, como hacían muchos, esperar a que cayera la noche y, en la oscuridad más absoluta, adentrarse por los terrenos desiertos, rocosos y azotados por el viento que se extendían más allá de los barrios de Hora y los Altos Turunçlar. Si eras capaz de esquivar a los perros salvajes, los bandidos, los enfermos perturbados, las ratas y el mismo *jinn* de la peste, podías salir de la ciudad y escapar al campo. Pero los que querían entrar y salir de la capital tres veces a la semana para vender sus mercancías tenían que presentar un permiso especial. El nuevo gobierno todavía no había hecho nada para solucionar esta situación.

La decisión de mantener abierto el mercadillo de la Escuela Intermedia Rum había recordado al doctor Nuri, así como a Sami Pachá y al comandante, una de las contradicciones fundamentales que afectaban a cualquier esfuerzo de cuarentena (tal como había sucedido en el Motín del Barco de los Peregrinos). Estaba claro que, para garantizar el éxito de la cuarentena, había que aplicar mano dura. Pero excederse con

la severidad de las restricciones podía hacer que los mismos que ahora sonreían al comandante con miradas esperanzadas pasaran, de la noche a la mañana, a dar la espalda a la Revolución, y también a la Libertad y la Independencia.

Todavía no se había producido ninguna muerte por inanición en la ciudad, pero los más pobres y desfavorecidos —aquellos que lo habían perdido todo y a toda su gente durante la epidemia— habían empezado a mendigar. Al principio Sami Pachá había enviado a sus guardias y policías para asustar y echar de las calles a aquellos nuevos mendigos, e incluso había recurrido a cualquier excusa para enviar a algunos de ellos a la mazmorra del castillo, pero al darse cuenta de que muchos de aquellos pobres desesperados preferían las galerías de la prisión y la sopa gratis al hambre y la muerte de las calles, decidió que lo mejor era dejar que la División de Cuarentena se encargara del asunto. Hamdi Baba y dos de sus soldados se limitaban ahora a mantener alejados a los mendigos de las calles principales, alegando que «infringían la cuarentena». Esa medida se había tomado dos semanas atrás, cuando la isla estaba aún bajo control otomano, y todavía seguía aplicándose la misma política.

El comandante empezó a dar aquellas largas caminatas por las calles de Arkaz al menos una vez al día, a fin de ver con sus propios ojos lo que estaba pasando en la ciudad. Solía ir a las zonas donde las prohibiciones estaban provocando más peleas, trifulcas y tensiones, y encarecía a la gente a obedecer a los soldados de cuarentena. A veces acudía a lugares donde sabía que había algún problema concreto, a fin de tener conocimiento de primera mano de la situación. En esos casos, a alguien que estuviera familiarizado con el asunto lo invitaban a acompañar al comandante durante su recorrido.

El sábado 6 de julio, el presidente fue con los hermanos panaderos Hadid y Mecid a un nuevo «mercado aldeano» que se había instalado a orillas del riachuelo de Arkaz, a fin de discutir posibles soluciones al problema de la creciente escasez de alimentos en la ciudad. Allí vieron a muchachos de

bigotillo incipiente vendiendo truchas y bagres frescos, y a mujeres rums con pañuelos en la cabeza que ofrecían malvas, ortigas y otras plantas similares.

Después de que dos niños, tras huir de sus casas empujados por la soledad y el miedo, regresaran y contaran que habían sobrevivido comiendo las ortigas que habían encontrado en las tierras altas de las afueras de la ciudad, aquella peculiar planta que crecía en las montañas y que podía comerse cruda o en sopas había empezado a venderse en las escasas tiendas que aún continuaban abiertas y sobre todo en los nuevos mercados callejeros.

Debemos señalar que, incluso a esas alturas, la mayoría de los minguerenses se las apañaban para sobrevivir de una u otra manera. En su intento por acabar con el tráfico nocturno de personas que querían huir de la isla, Sami Pachá había prohibido durante un tiempo que los barcos pesqueros salieran a faenar, pero no tardó en levantar la prohibición porque comprendió que los isleños subsistían gracias a la pesca. La hija de Konstantin Efendi, el patriarca de la congregación rum, explica en sus memorias sobre los días de la peste que en los barrios más azotados por la enfermedad, como Çite, Germe o Kadirler, los niños salían a pescar para poder alimentar a sus familias. Se escapaban por los patios traseros de sus casas, salían furtivamente de la ciudad y allí se juntaban con otros críos, formando pandillas que recorrían los campos, senderos secretos y pasajes ocultos, recogiendo ortigas, moras y fresas silvestres por el camino, hasta que al cabo de dos horas llegaban a los escarpados acantilados del valle de Damitaş, donde el riachuelo de Damitaş desembocaba en el Mediterráneo. A nuestros lectores, quizá asfixiados por la atmósfera opresiva de la novela, les aliviará saber que, mientras estaban pescando en aquellas aguas poco profundas con cestos y redes atadas a palos, aquellos niños se lo pasaban en grande. En sus memorias arriba mencionadas, la hija de Konstantin Efendi rememora con «nostalgia» cómo aquellos críos escucharon los cañonazos que anunciaban la *révolution* y

la proclamación de Kâmil Pachá como presidente mientras vadeaban en las aguas del riachuelo, con las redes en la mano y los pantalones arremangados hasta las rodillas, pescando mújoles verdes.

En este punto de la narración me gustaría mencionar que siempre me ha emocionado mucho un dibujo que vi en una de las viejas revistas minguerenses que solía hojear de pequeña, y en el que aparecía un grupo de aquellos heroicos niños que ayudaron a subsistir a sus familias y a sus barrios pescando truchas verdes con sus redes. Si hubiera vivido hace ciento dieciséis años y hubiera nacido varón en vez de niña, tal vez habría sido uno de aquellos críos intrépidos. Dicho esto, y aprovechando que nos estamos acercando al final de nuestra novela-historia, supongo que finalmente debería revelar que yo soy descendiente directa de uno de los protagonistas centrales de este libro.

En una escuela primaria rum del barrio de Hora se había instalado uno de estos nuevos mercadillos donde se vendían mújoles y plantas como ortigas y acederillas. El presidente y los hermanos Hadid y Mecid recorrieron los pasillos y el patio de aquel edificio donde los niños rums asistían a clase antes de la epidemia. Viejos carteles de cuarentena colgaban de las paredes y, dentro de la escuela, en sus aulas llenas de ratoneras y con un fuerte olor a lisol, vieron a algunos musulmanes que vendían papeles de oración bendecidos. La peste había difuminado las líneas —tanto reales como imaginarias— que separaban a los musulmanes y los cristianos de Arkaz.

El comandante Kâmil y los hermanos Mecid y Hadid estaban tomando nota de lo que veían y hablando entre ellos entre los numerosos vendedores que llenaban el patio de aquella diminuta y encantadora escuela, cuando se les acercó uno de aquellos muchachos, todavía con las botas de pescar puestas, que había ido al mercadillo para vender pescado.

Los escoltas se apresuraron a interceptarlo, por si había algún peligro, pero el comandante los detuvo.

—En estos tiempos tan duros, no hay nadie que merezca más nuestro respeto que estos jóvenes héroes que con su pesca han salvado a nuestro Minguer libre —dijo el comandante Kâmil—. ¡Dejadlo que se acerque a hablar con su comandante, a ver qué tiene que decir!

Cuando los escoltas se apartaron, el muchacho tocado con fez, de rostro dulce, algo granujiento y sin apenas vello —tenía dieciséis años—, dio unos pasos hacia el comandante, sacó una pistola de su gruesa faja y empezó a dispararle al pecho y a la cara.

57

La primera bala que salió del revólver rascó el hombro del uniforme del comandante, pero no le tocó la piel y ni siquiera le hizo un rasguño.

Mecid, que ya había sospechado que pasaba algo raro antes del primer disparo, se lanzó sobre el joven en cuanto lo vio sacar el arma. Según algunos testigos, Mecid intentó arrebatarle la pistola de las manos; según otros, se arrojó sobre el comandante a modo de escudo humano.

La segunda bala alcanzó a Mecid en el corazón, y la tercera atravesó su torso, rozando la columna vertebral. La violencia de los disparos hizo que Mecid se tambaleara un momento hacia atrás, y luego cayó de bruces y murió en el acto.

La cuarta bala impactó contra una de las ventanas de la escuela primaria, hecha de vidrio importado de Tesalónica. El muchacho (que más tarde se sabría que se llamaba Hasan) había vuelto a apretar el gatillo sin apuntar mientras forcejeaba con los escoltas que trataban de arrebatarle el arma.

Antes de que pudiera disparar por quinta vez, Hasan había sido finalmente reducido y, acto seguido, se sumió en un silencio enigmático, profundo y resuelto. Todos los presentes quedaron desconcertados ante aquel silencio tajante, y también un tanto incrédulos al ver cómo el joven, apuesto y fornido Mecid caía muerto de aquella manera. Al fin y al cabo, aquel humilde mercadillo (frecuentado sobre todo por niños, transeúntes ociosos y desempleados que iban más que nada a curiosear) estaba situado en el escasamente poblado barrio de Hora, lejos de los peligros y el ambiente de violencia que reinaban en el centro de la ciudad, el puerto y los alrededores del castillo.

En cuanto empezaron a oírse los disparos, la multitud se dispersó rápidamente, y los aldeanos y los niños no regresaron a sus tenderetes y cestas de pescado hasta mucho rato después. El comandante había mantenido la compostura ante aquel ataque repentino, pensando solo —como contaría más tarde— en la muerte, en su mujer, en su hijo nonato y en la nación.

Los guardias ataron las manos del atacante, pero no tuvieron que golpearle ni tratarle con brusquedad, ya que el joven Hasan de dieciséis años no ofreció la menor resistencia mientras lo conducían a uno de los carruajes, lo llevaban a la antigua sede de la gobernación (todavía bajo control de Sami Pachá) y lo encerraban en la segunda de las tres angostas e inhóspitas celdas situadas frente a las cámaras de interrogatorio en un pasadizo del sótano del edificio.

El ataque al comandante Kâmil, el héroe de la Independencia de Minguer, se produjo más o menos en el momento de la oración del mediodía (aunque, recordemos, ya no había llamada desde las mezquitas). El presidente Kâmil había querido visitar el mercadillo antes de que se recogieran los tenderetes. Pero los únicos que sabían que estaría allí a esa hora eran su asistente y el escribano del segundo piso del Splendid Palas. ¿Podría haber sido una coincidencia? A fin de cuentas, a Bonkowski Pachá también lo habían asesinado en un encuentro fortuito parecido.

Cuatro horas más tarde, en una reunión urgente convocada en el segundo piso del Splendid Palas a la que asistieron el primer ministro Sami Pachá y el asistente Mazhar, se tomaron una serie de decisiones «radicales» que entrarían en vigor esa misma noche. Los historiadores nacionalistas que disfrutan trazando paralelismos entre la modesta Revolución de Minguer y los grandes acontecimientos históricos mundiales han comparado los días que siguieron con el periodo del Terror jacobino de la Revolución francesa. De hecho existían ciertas similitudes, tanto en la utilización de los tribunales y las ejecuciones para subyugar a la población, como en el surgimiento de una voluntad política basada en la convicción

de que los «ideales de la revolución» solo triunfarían si se neutralizaba a sus opositores mediante la violencia.

Sami Pachá no había invitado al doctor Nuri, que siempre recomendaba moderación, a aquella reunión en el despacho del comandante. Este no preguntó por el damat doctor, ni tampoco envió a nadie a buscarlo. (Quizá consideraba que era demasiado estambulita, demasiado afín al régimen otomano). La ausencia del nuevo ministro de Cuarentenas no solo contribuyó a un endurecimiento de las medidas adoptadas y a un incremento en la cantidad de sentencias de muerte, sino que también privó a Pakize Sultan —y a nosotros— de un testigo directo de los acontecimientos. Por esa razón, al narrar el periodo de Terror jacobino de la Revolución de Minguer, no nos hemos tanto en las cartas de Pakize Sultan como en el relato de otros testigos.

Sami Pachá había sido informado de que, pese a la presión de los duros interrogatorios, el joven asesino mantenía su silencio; aun así, habían descubierto que era el hijo de una familia que había llegado de Creta tres años antes. Los padres de Hasan se habían asentado en el norte de la isla, en el pueblo de Nebiler, donde trabajaban como jornaleros en los campos de rosas. Esa era la zona en la que se refugiaban Ramiz y sus hombres. Sami Pachá estaba seguro de que el muchacho no tardaría en confesar, pero en cualquier caso no tenía la menor duda de que Ramiz estaba detrás del ataque.

Si el damat doctor Nuri quería seguir las premisas de Abdülhamit y buscar más pistas y evidencias «al estilo de Sherlock Holmes», era libre de hacerlo. Pero Sami Pachá decidió que en esta ocasión nada debía obstaculizar el curso de la justicia y había que juzgar a Ramiz a la mayor brevedad, porque solo una semana antes todos lo habían visto con un fusil en la mano, liderando un asalto en el que habían muerto seis personas: varios de sus hombres, el conserje y provocador Nusret, y el nuevo gobernador enviado desde Estambul. A ojos del pueblo, eso solo justificaría el ajusticiamiento de Ramiz y sus esbirros. Pero, además, era muy probable que Ramiz

también estuviera detrás de los despiadados asesinatos de Bonkowsi Pachá, inspector jefe de sanidad del Imperio otomano, y de Mecid Efendi, heroico soldado y cuñado del presidente Kâmil, con la intención de sabotear la cuarentena y destruir al pueblo minguerense. Si ese canalla responsable de tantas muertes no había recibido aún el castigo que merecía, eso se debía a que el gobierno otomano había sido demasiado tolerante con él.

—Si ahora mostramos clemencia con ese bandido malcriado, eso podría provocar aún más muertes, quizá incluso de la nación entera.

El asistente del presidente Mazhar Efendi dijo que el juicio por el ataque a la sede de la gobernación podría celebrarse en cuanto se acabara de tomar declaración a Ramiz y sus hombres, y que la sentencia podría dictarse a la mañana siguiente. Todos los reunidos ese día en el segundo piso del Splendid Palas habían llegado a la tácita conclusión de que, además de la de Ramiz, deberían llevarse a cabo más ejecuciones. Y el consenso general era que debían realizarse lo antes posible. Más adelante se demostró el decisivo papel que tuvo el presidente a la hora de tomar esas duras decisiones, aunque haría todo lo posible para que no se supiera en ese momento.

Se acordó que seis de los tekkes —incluyendo el de los Rifai y el de los Zaim— que más problemas estaban causando a Sami Pachá, los doctores y la División de Cuarentena, se convirtieran en hospitales. Los soldados y los representantes de los barrios se encargarían de acondicionar esos tekkes y sus recintos para que en ellos se pudiera acoger y tratar a enfermos de peste, y en algunos casos habría que vaciarlos por completo. Se decidió imponer castigos más duros a la gente que no respetaba las prohibiciones y obstaculizaba el trabajo de los soldados de cuarentena; y que una casa de Taşçılar —un barrio donde vivía una importante población de inmigrantes cretenses— debía quemarse hasta los cimientos junto con el vertedero que había al lado, ya que todos los esfuerzos por

desinfectar el lugar habían resultado infructuosos hasta el momento.

Sami Pachá también ordenó acordonar dos de las calles de Çite más castigadas por la enfermedad y en las que no había manera de reducir la cifra de muertos. Algunos han señalado, no sin cierta razón, que las medidas adoptadas ese día y aplicadas después mediante la fuerza acabaron agravando aún más la situación catastrófica que se vivía en la isla. Sin duda fue una medida totalmente desacertada, incluso bárbara, prohibir todos los mercadillos aldeanos en Arkaz con la excusa de que en uno de ellos se había producido un asesinato. Esa decisión contribuyó a aumentar el hambre entre la población y a la postre despertaría la ira generalizada. Pero también podemos comprender que la frustración de los gobernantes de la isla les llevara a creer que su única alternativa eran la brutalidad y la violencia promovidas por el Estado.

Algo que no admite discusión es que Zeynep, la esposa del comandante Kâmil, quedó destrozada por el asesinato de su hermano Mecid. Y es muy probable que ejerciera una considerable presión sobre el comandante para vengarse de su antiguo prometido.

Una de las razones por las que durante aquellos días Sami Pachá decidió exhibir una actitud tan cruel y despiadada, aún más implacable que la que había mostrado después del Incidente del Barco de los Peregrinos, se debía a que el nuevo y diminuto estado ya no contaba con la seguridad que siempre le había proporcionado el Imperio otomano, por mucho que fuera el «hombre enfermo» de Europa. Sí, Minguer ya era un estado libre y soberano, pero también estaba completamente solo… Si cualquier barco de corsarios (por no hablar de un buque militar francés o británico) desembarcara en las playas del norte de la isla con un contingente de doscientos hombres armados y marcharan a pie a través de las montañas hasta llegar a Arkaz, Sami Pachá y sus inexpertas y poco instruidas tropas de la guarnición tendrían muchos problemas para repeler el ataque pese a su gran superioridad numérica, y el

recién fundado estado de Minguer sería destruido y borrado del escenario de la historia antes de cumplir su primer mes de vida, y nadie recordaría siquiera que alguna vez hubiera existido una «nación minguerense». Sami Pachá estaba convencido de que si la cuarentena fracasaba y la epidemia se extendía, algo así podría ocurrirle pronto a la isla.

Durante el juicio —cuyo desenlace ya había sido decidido desde el principio—, Ramiz alegó que su única intención había sido ayudar a que el nuevo gobernador ocupara su cargo porque creía que era esencial para garantizar la supervivencia de los isleños —más tarde utilizaría también la palabra «minguerenses», sumándose a la atmosfera nacionalista del momento— y para que acataran las normas de cuarentena. Afirmó que ni su hermano ni ninguno de los cónsules le habían aleccionado para cometer esos actos, y que él era el primer y único responsable de los hechos. Su intención no había sido en ningún momento servir al estado opresor otomano. Ramiz y sus hombres se sentían tan cómodos con la idea de matar en nombre de las causas en las que creían que aquello no les suponía el menor dilema moral o ético…, sobre todo cuando mataban a ciudadanos cristianos. Habían atacado y saqueado innumerables aldeas de las montañas del norte, y ya habían matado a mucha gente.

El tribunal condenó a muerte a Ramiz por ser el cabecilla del ataque a la sede de la gobernación, y a todos los miembros de su banda que habían sobrevivido, salvo a aquel muchacho más joven que se había rendido al final de la batalla. El juez (y antiguo cadí) que normalmente habría presidido el juicio habría sido Muzaffer Efendi, que había sido enviado desde la capital para resolver litigios importantes (crímenes, agresiones graves, venganzas de sangre y raptos de chicas jóvenes) sin que tuvieran que pasar por Estambul, pero como Muzaffer Efendi se encontraba en esos momentos en la Torre de la Doncella, adonde había sido trasladado en barca en plena noche junto con el gobernador del distrito de Teselli Rahmetullah Efendi por su insuficiente apoyo a la revolución,

Sami Pachá había enviado su landó blindado a la residencia del anciano Hristofi Efendi, miembro de la adinerada familia Yannisyorgis, a quien había conocido a través del cónsul francés y que era la única persona de la isla que había estudiado derecho en Europa (concretamente en París), y a su llegada a la antigua sede de la gobernación y nueva sede ministerial le había dado amablemente instrucciones de que dictara sentencia «al estilo europeo». Los acusados eran los mismos asesinos que habían conspirado para matar a los heroicos doctores y funcionarios de cuarentena de la isla a fin de poder saquear sus riquezas, sus valiosos metales, su pescado y su aceite de rosas, explotar a sus pobres gentes y agravar la expansión de la epidemia, allanando así el camino a una intervención de las potencias internacionales. La sentencia, remarcó Sami Pachá, debía ser escrita en el lenguaje jurídico más formal. Hristofi Efendi había supuesto que lo habían convocado para que redactara la sentencia en francés, pero cuando se enteró de que las lenguas oficiales del nuevo estado eran provisionalmente el turco y el rum, compuso un magnífico texto en turco legal moderno, que había aprendido después de haber pasado muchos años en Estambul ejerciendo como abogados en litigios mercantiles entre «extranjeros». Sus dedos eran largos y esbeltos, y su caligrafía delicada y elegante.

El primer ministro y exgobernador Sami Pachá envió a un escribano y un mensajero al Splendid Palas para que el comandante Kâmil firmara las sentencias de muerte, pero al cabo de dos horas le fueron devueltas sin firmar, acompañadas de una nota. En ese breve texto se especificaba que, según la Constitución que se estaba elaborando para el nuevo estado de Minguer, la autoridad que debía ratificar las sentencias de pena de muerte no era el presidente, sino el primer ministro. Es decir, la firma requerida para llevar a cabo las ejecuciones era la del primer ministro Sami Pachá, no la del presidente Kâmil.

Sami Pachá no culpó al presidente por su astuta maniobra para que recayera sobre él la responsabilidad final de las

ejecuciones; al contrario, comprendió que era una medida necesaria. La única manera de que todos pudieran salir con vida de aquel trance era que Él, su joven y brillante héroe, fuera amado por toda la isla. Sin embargo, temeroso de toda la ira que debería afrontar, y como aún quedaba algo de clemencia en su interior, Sami Pachá conmutó la pena de muerte por cadena perpetua a tres de los acusados y solo firmó la orden de ejecución de Ramiz y de dos de sus secuaces. Así pues, con la conciencia tranquila de un hombre que ha salvado a tres condenados a «la soga» en el último momento, Sami Pachá se aprestó para que a los otros tres, incluido Ramiz, los ajusticiaran de una vez por todas.

Ramiz y sus esbirros eran conscientes de que, ahora que Minguer era un estado independiente, las sentencias de muerte ya no requerían la aprobación de Estambul, por lo que podían ser ejecutados en cualquier momento. ¿En qué pensarían en esos momentos? A Sami Pachá siempre le había encantado escuchar cómo los alcaides de prisiones de todo el Imperio evocaban historias de «la última noche en la tierra de un condenado». Todos ellos pasaban la última noche sin poder dormir, esperando que llegara el perdón de Abdülhamit, y en muchos casos su sentencia de muerte era conmutada por la de cadena perpetua.

Por un momento, Sami Pachá se vio invadido por un impulso casi incontrolable de llamar a su landó blindado para que lo llevara al castillo a visitar a Ramiz en mitad de la noche. Pero enseguida comprendió que, si cedía a sus instintos y perdonaba la vida a aquel canalla consentido, nadie se tomaría en serio el nuevo estado ni la cuarentena, y eso podría socavar la legitimidad del comandante y hacerle caer en desgracia ante él, como ya había caído ante Abdülhamit.

Sami Pachá apenas podía conciliar el sueño. De pronto, Mazhar Efendi, el asistente del comandante Kâmil, irrumpió en su despacho.

—¡Acaba de llegar Nimetullah Efendi, el del sombrero cónico de fieltro, la mano derecha del jeque Hamdullah! —anunció—. ¡El jeque ha escrito una carta apelando a su clemencia, suplicándole que perdone a su hermano!

—¿Usted qué opina?

—El presidente piensa que no habrá paz hasta que pongamos fin a este asunto… Pero Nimetullah Efendi es una persona razonable. Creo que debería recibirlo.

—¿Dónde está nuestro amigo del sombrero?

Era ya de madrugada cuando Sami Pachá salió de su despacho, bajó la amplia escalinata donde una débil lámpara de gas proyectaba alargadas sombras espectrales sobre la pared, encontró a Nimetullah Efendi, el segundo al mando del tarikat de los Halifiye, sentado junto a la entrada de la antigua sede de la gobernación y nueva sede ministerial, y le dijo que lo lamentaba mucho, pero que en el Minguer libre los tribunales eran independientes.

—El excelentísimo jeque no defiende los actos de Ramiz… Pero debe saber que, si lo ejecuta, los seguidores que profesan su amor al jeque dejarán de profesárselo a usted.

—El amor es un asunto del corazón… —respondió Sami Pachá midiendo bien sus palabras—. Nuestro apreciadísimo jeque Hamdullah, que gobierna sobre tantos corazones, tiene razón en esto, como la tiene en todo. Pero no olvide que ni siquiera Abdülhamit pudo impedir la muerte de Mithat Pachá. Y recuerde que, a diferencia del excelentísimo jeque, mi deber no es gobernar sobre los corazones de la gente, sino mantener a flote el barco del Estado y guiar al pueblo para que sobreviva a esta tormenta. En momentos tan terribles como los presentes, puede ser más útil asustar a la gente que intentar ganarse su corazón.

Y, como si fuera un simple escribano en vez de un primer ministro, Sami Pachá acompañó a Nimetullah Efendi y su sombrero cónico de fieltro hasta la puerta, y le dijo que

enviara sus saludos más respetuosos al jeque Hamdullah. Se disponía ya a subir la escalera cuando Mazhar Efendi le informó de que el carruaje que transportaba a los condenados acababa de salir del castillo y venía de camino hacia la plaza de la Provincia. El verdugo Şakir había llegado después de anochecer, y lo habían visto por los pasadizos bebiendo su vino con silenciosa resignación. Sami Pachá comprendió que, aunque fuera a sus dependencias y se acostara en la cama, le resultaría imposible dormir, de modo que regresó al despacho. Si al menos estuviera con Marika, podría haber bebido coñac hasta el amanecer.

Los tres condenados habían realizado sus abluciones y rezado sus últimas oraciones en la pequeña mezquita del castillo. Apostados bajo los árboles y en las entradas de las tiendas que rodeaban la plaza de la Provincia había policías y guardias enviados por Mazhar Efendi en representación del nuevo estado, y algunos funcionarios convocados por Sami Pachá para que presenciaran la ejecución y se la explicaran a la gente. La torpeza del verdugo borracho a la hora de atar las manos de los prisioneros y ponerles las camisolas blancas de ejecución (cosidas por su propia madre) fue tal que, para cuando todo estuvo preparado, ya se había hecho de día y los guardias tuvieron que cerrar las calles que daban a la plaza. Tampoco se veían carruajes después de que la peste hubiera golpeado al gremio de cocheros, y además nadie tenía asuntos tan urgentes como para necesitar uno. Las nubes oscuras y ominosas que se cernían muy bajas sobre Arkaz habían ahuyentado a la gente y, con peste o sin ella, las calles estaban completamente vacías.

Aunque Mazhar Efendi le había ordenado que Ramiz «iba el primero», el verdugo insistió con insólita obstinación en dejarlo para el final. Cuando Ramiz por fin comprendió que no iba a ser perdonado, soltó un grito sobrecogedor —«¡Zeynep!»— que ninguno de los presentes en la plaza olvidaría jamás, y luego se dejó caer del taburete sobre el que había estado luchando por mantener el equilibrio y se quedó

balanceándose en el aire. Después de retorcerse y convulsionar durante un rato, su cuerpo sin vida dejó finalmente de moverse.

58

El cadalso había sido erigido en el centro de la plaza de la Provincia. (Hoy día, este lugar acoge un parque en el que florecen rosas de Minguer de todos los colores, y muchos de los interesados en la historia reciente de la isla desconocen que hace tiempo allí se colgó a la gente y sus cadáveres fueron expuestos para que todos los vieran). Desde la torre del reloj inacabada, o incluso desde la Nueva Mezquita y la barbería de Panayot, si mirabas en línea recta a lo largo de la avenida Hamidiye flanqueada de tilos, podías ver los tres cuerpos colgando como manchas blancas en la plaza de la Provincia.

Los cadáveres con sus camisolas blancas permanecieron allí colgados durante tres días. Mientras el suave viento del sur que soplaba desde el castillo hacía girar lentamente sus cuerpos en torno a las gruesas y oleosas sogas de cáñamo atadas a sus cuellos, y agitaba los bajos de los pantalones negros que llevaban bajo sus camisolas blancas, los ciudadanos de Arkaz se quedaban realmente conmocionados al ver aquella estampa y, tal como había esperado Sami Pachá, se decían que a partir de ahora acatarían más estrictamente las restricciones de cuarentena. La única descripción que tenemos de esta escabrosa escena es la que ofrece Yannis Kisannis en su libro de memorias *Lo que he visto* . Por su relato sabemos que, aunque el pequeño Yannis no pudo ver realmente aquellas manchas blancas desde la distancia, se hicieron aún más grandes y aterradoras en su imaginación. En este libro se pueden encontrar informaciones muy valiosas, pero por desgracia también está repleto de comentarios despectivos en contra de los turcos y el islam, con abundantes alusiones a cómo había influido la herencia opresora del imperio sobre el nuevo gobierno de la isla: según el autor, lo único que sabían

hacer los otomanos para solucionar sus problemas era colgar a la gente.

En los días sin viento, la capital olía aún más intensamente a muerte, cadáveres y madreselva, y el silencio de la peste también se apoderaba de las calles, haciéndose aún más perceptible en la oscuridad de la noche. Los que estaban refugiados en el interior sus casas, esperando sin hacer nada tras las puertas cerradas, ahora hablaban solo en susurros. Ya no se oía el traqueteo de los carruajes ni el golpeteo de los cascos de los caballos, ni el sonido de las sirenas y los motores retumbando entre los picos montañosos de los barcos que arribaban y zarpaban del puerto, ni el ruido de las anclas al ser lanzadas y recogidas. Hacía ya tiempo que no se encendían las luces en los muelles y los hoteles de la zona, ni en las aceras de la avenida Estambul. Como los contrabandistas preferían realizar sus actividades clandestinas en las calas rocosas del norte de la isla, incluso los barqueros y otros buscadores de aventuras habían dejado de acercarse por el puerto. Las redadas nocturnas que se habían hecho en las casas de algunos derviches habían intimidado y asustado al resto de la gente. Después de anochecer era prácticamente imposible ver a nadie por las calles. Ya no se oía el melodioso claqueteo de los faetones, tartanas y carros al pasar sobre los puentes y girar por las esquinas de las calles empinadas. Tampoco se escuchaban las alegres charlas o las discusiones airadas de los vecinos tras las puertas que cerraban con llave al llegar la noche. De vez en cuando, podían oírse los ruidos de los niños, pero incluso su jubilosa algarabía sonaba más apagada de lo habitual. Era un silencio demasiado profundo como para achacarlo solo por la ausencia de las campanadas o las llamadas a la oración.

La única gente que podía verse por las calles después de anochecer eran los rufianes solitarios, los ladrones que merodeaban, los infractores de la cuarentena, los enfermos que escapaban de los doctores y los hospitales, y todo tipo de dementes y lunáticos, por lo que los guardias y los soldados

solían arrestar, y a veces zurrar un poco, a aquellos que encontraban deambulando de noche por la ciudad y los encerraban en los calabozos durante al menos un par de días.

El doctor Nuri no quería asustar a su esposa, así que no le había contado nada sobre los tres cuerpos que colgaban en la horca frente a la antigua sede de la gobernación. Las ventanas de las dependencias de invitados no daban a la plaza, sino que se abrían hacia el castillo, el puerto y el intenso azul del mar. Aun así, la profunda quietud que reinaba en el ambiente hacía intuir a Pakize Sultan que debía de haber ocurrido algo excepcional. Desde su habitación podía escuchar unos gemidos ebrios que rompían el habitual silencio de las noches de la peste. En una de aquellas noches de insomnio, escribió que incluso había notado la ausencia del canto del gallo que la despertaba cada mañana. Aquello sucedió dos días después de las ejecuciones. Pakize Sultan también había percibido que, incluso en los días más calmados en los que no soplaba el viento, el agua seguía lamiendo la fina arena de la playa con su sonido suave y relajante. Los otros sonidos nocturnos procedían de los cuervos, los perros y las gaviotas. Mientras estaba adormecida en mitad de la noche, Pakize Sultan, al igual que otros muchos en Arkaz, podía sentir la presencia de erizos, serpientes y ranas moviéndose en la oscuridad entre los patios y jardines.

Los años que había vivido encerrada en el harén del palacio habían enseñado a Pakize Sultan a observar detenidamente cada uno de los objetos, plantas, nubes, insectos y aves que veía. Durante los días que pasó encerrada en la sede de la gobernación de Minguer, prestó «especial» atención a un cuervo que acudía «regularmente» a su ventana. Cuando eran pequeñas, Pakize Sultan y sus hermanas solían dividir a la gente entre aquellos que «preferían las gaviotas» y aquellos que «preferían los cuervos». A Pakize Sultan le gustaban las gaviotas —admiraba su libertad y sus formas blancas y elegantes— y detestaba a los cuervos, que tal vez fueran más inteligentes, pero también eran ruidosos, insolentes

y agresivos. Pero por alguna razón le cogió cariño a aquella «criatura solemne y majestuosa» que acudía todas las noches a su ventana, y se pasaba largos ratos contemplándolo. El cuervo también solía venir mientras Pakize Sultan escribía sus cartas durante el día, y se la quedaba mirando fijamente.

A veces, las plumas de su enorme cabeza resplandecían bajo la luz del sol. No profería los broncos y desagradables graznidos de otros cuervos; la mayor parte del tiempo, permanecía en silencio. Su plumaje era de un negro intenso en algunas partes y de un tono ceniciento en otras, y sus patas de un color rosáceo oscuro eran tan feas que a veces repugnaban a Pakize Sultan. Mientras escribía sus cartas, el cuervo escudriñaba con la cabeza prácticamente inmóvil, contemplando con asombro maravillado la punta de la pluma, la tinta que se derramaba letra a letra sobre el papel y que iba dejando palabras y frases a su paso. Parecía como si el negro cuervo estuviera enamorado de Pakize Sultan. Cada vez que el doctor Nuri entraba en la habitación, la enorme y oscura ave alzaba el vuelo y desaparecía.

Pero un día no se marchó, «casi» como si quisiera que el damat doctor lo viera.

Al advertir las miradas amorosas que dirigía a su mujer, el doctor Nuri dijo fríamente:

—Ahhh, ese cuervo… ¡Es el mismo que aparece siempre en la ventana de Sami Pachá!

—¡Seguro que es otro cuervo! —replicó Pakize Sultan, en un inesperado arranque de celos.

Nuestros lectores deben saber que la princesa le contaría a su hermana el resto de la historia de este cuervo en una carta que le escribió mucho más adelante. Para entonces, Pakize Sultan debía de haber comprendido que, aunque su marido fuera ministro de aquel gobierno precario, todas las cartas que redactara serían interceptadas y leídas por otros antes de llegar a manos de su hermana.

La siguiente vez que se quedó sola en las dependencias de invitados, la hija menor de Murat V se puso un vestido sencillo, se cubrió la cabeza y salió de la habitación; bajó la amplia escalinata, caminó a lo largo de la columnata del segundo piso que rodeaba el patio interior, se detuvo ante una ventana que daba a la plaza y se asomó con la esperanza de sorprender al cuervo de Sami Pachá.

Pero, en vez del cuervo imponente y majestuoso que había esperado encontrar, vio los tres cuerpos con sus camisolas blancas colgando de las horcas en medio de la plaza, y aunque nunca en su vida había contemplado una imagen semejante, supo al momento quiénes eran esos hombres.

Al regresar a la habitación de invitados donde había permanecido encerrada durante los dos últimos meses y medio sin ser vista por casi nadie, Pakize Sultan vomitó y, por un momento, se preguntó si estaría embarazada, pero cuando cayó en la cuenta de que su cuerpo debía de haber reaccionado a la visión de la muerte en vez de a una criatura creciendo en su seno, se sentó y lloró. Más tarde comprendería que no eran solo aquellos cadáveres los que le habían causado tanta tristeza y angustia, sino también el hecho de haber estado tanto tiempo alejada de su padre, de sus hermanas, de Estambul.

—¡Debería darle vergüenza! —exclamó cuando su marido regresó a la habitación—. Están sucediendo barbaridades ahí fuera y usted me las oculta. Ni siquiera mi tío haría algo así.

—Cierto, su tío rara vez da su aprobación a las ejecuciones en ninguno de sus territorios. Incluso conmutó la sentencia de muerte de Mithat Pachá por la de cadena perpetua. Pero, curiosamente, también fue él quien lo mató cuando estaba encerrado en la fortaleza de Taif recurriendo a otros métodos.

—Prefiero vivir en Estambul con el temor constante a mi tío que permanecer aquí bajo el mandato de un gobernador capaz de permitir semejantes horrores.

—¡Señora mía! —exclamó su marido con sentido respeto —. Puedo entender que añore Estambul. Pero, aunque consigamos derrotar pronto a la peste y se levanten las restricciones de la cuarentena, me pregunto si podremos volver a Estambul cuando queramos hacerlo. Seguramente tendremos que obtener el permiso de su antiguo guardaespaldas…, el Excelentísimo nuevo presidente. La persona que manda ahora en esta isla no es ese a quien usted llama gobernador, sino el marido de Zeynep.

—Entonces marchémonos juntos de aquí. Ayúdeme a escapar.

—Sabe usted muy bien que mi sentimiento de responsabilidad me mantiene atado a esta isla y su gente — dijo el doctor Nuri—. Y sé que usted siente lo mismo. Sé que siente aprecio por los turcos y los musulmanes que viven aquí, y no solo por ellos, sino también por los rums y todos los demás, y sé que quiere ayudarlos, igual que yo. Además, aun cuando no sintiéramos una obligación moral hacia esta gente, ahora nos resultará bastante difícil regresar a Estambul. Después de todo, yo he colaborado, aunque solo sea con fines médicos y humanitarios, con un estado soberano que acaba de escindirse del glorioso Imperio otomano. Y no creo que su situación sea muy diferente. Cuando todo esto haya acabado, su tío el sultán tendrá que perdonarnos antes de pensar siquiera en la posibilidad de volver a Estambul.

Al salir a la luz los temas de la «traición a la patria» y de su desesperante impotencia ante la nueva situación, Pakize Sultan rompió a llorar. El doctor Nuri la abrazó, besó la suave piel de detrás de sus orejas, aspiró el agradable olor de sus cabellos.

Eso la hizo llorar aún más. Sacó de su bolso un pañuelo que una de las ancianas del harén de su padre había bordado primorosamente con un dibujo de flores, y enjugó las lágrimas de sus dulces mejillas y sus ojos de niña.

—Es decir que, en resumidas cuentas, nos hemos convertido en rehenes… —suspiró.

—Usted ya lo era en Estambul…

—¿Usted por qué se mete en los asuntos políticos de esta isla? Mi tío lo envió aquí para acabar con la peste, no para fundar un nuevo estado.

—Dígame, pues, ¿por qué su tío decidió enviarnos a China? ¿Y por qué decidió que usted y el mayor vinieran desde Alejandría a esta isla infestada de peste?

Ese había sido uno de sus temas favoritos de conversación desde que les notificaron que ambos serían enviados a China con el comité asesor sobre la cuarentena, y en ese momento volvieron a debatirlo procurando no herir los sentimientos del otro. Cuando el doctor Nuri comentó que la otra razón por la que su tío lo había enviado a la isla era para que encontrara al responsable de los asesinatos cometidos allí, Pakize Sultan replicó:

—¡Aquí el único asesino que hay es la persona que ha hecho colgar a esos hombres!

Tras señalarle a su mujer que quien realmente estaba detrás de esas ejecuciones era su antiguo guardaespaldas, y que Ramiz no era precisamente un santo, el doctor Nuri le recordó que su tío Abdülhamit había firmado sus primeras sentencias de muerte después de que el periodista Ali Suavi y sus hombres irrumpieran una noche en el palacio de Çırağan en un intento fallido de restituir en el trono a su padre Murat V. Pakize Sultan ni siquiera había nacido entonces. Anteriormente, ese mismo año, se había detenido a un grupo de francmasones por urdir un plan para infiltrarse a través de unos pasadizos subterráneos en el palacio de Dolmabahçe con el mismo objetivo de devolver a Murat V al poder. Tras haber anunciado con suma audacia en su periódico que al día siguiente planeaba realizar algún tipo de acción, Ali Suavi (cuyos movimientos eran estrechamente vigilados por los

espías de Abdülhamit) zarpó esa misma noche hacia el palacio de Çırağan con cientos de hombres pertrechados con armas y porras, y tras romper las defensas consiguieron llegar hasta las dependencias de Murat V, quien ya había sido informado de los planes de los rebeldes y se había vestido apropiadamente para el momento en que fuera restituido en el trono. Pero al final, los guardias de Abdülhamit respondieron con un brutal contraataque y Ali Suavi y la mayoría de sus hombres resultaron muertos. El cuerpo del periodista fue golpeado brutalmente y acribillado por las balas. Casi todos los golpistas eran balcánicos, inmigrantes pobres de Plovdiv que, al perder sus casas y sus tierras durante la guerra ruso-otomana de 1877-1878, se habían visto forzados a emigrar a Estambul. Si el padre de Pakize Sultan volvía a ocupar el trono, los otomanos declararían de nuevo la guerra a los rusos y los europeos, y cuando recuperaran todos los territorios que habían perdido por culpa de la incompetencia de Abdülhamit, los refugiados balcánicos musulmanes que llenaban las calles de Estambul podrían regresar a sus hogares.

—¡Mi pobre padre no tenía ni idea de ese golpe! —replicó Pakize Sultan—. Pero por culpa de esos golpistas encerraron a toda mi familia en el palacete donde nací yo, y endurecieron aún más las restricciones para asegurarse de que mi pobre padre y mi hermano el príncipe no pudieran ver a nadie del exterior.

En el fondo, a Pakize Sultan le ofendía que su marido criticara de esa forma a la dinastía real otomana y utilizara el mismo tono despectivo que utilizaba ella al hablar de Abdülhamit; al fin y al cabo, él había accedido a casarse con la hija de un sultán y había entrado a formar parte de la familia real, así que sintió el impulso de ponerlo en su lugar.

—¡Dado que va a resultarnos tan difícil regresar a Estambul, supongo que ya no será necesario que siga desempeñando la labor que le encomendó mi tío de encontrar al asesino de Bonkowski Pachá, ni tampoco tenemos que seguir perdiendo el tiempo con imitaciones baratas de ese tal

Sherlock Holmes! —le espetó, consiguiendo finalmente romper el corazón del doctor Nuri.

Si algo bueno salió de esta interminable discusión entre marido y mujer fue que el nuevo ministro de Cuarentenas de Minguer solicitó reunirse con el primer ministro Sami Pachá para comentarle que, a fin de ayudar a contener la epidemia, sería conveniente retirar el cadalso y los cuerpos que colgaban en la plaza.

—¿Usted cree…? —dijo Sami Pachá.

La cantidad de gente que acudía al tekke de los Halifiye para ofrecer sus condolencias al jeque Hamdullah por la muerte de su hermano era cada vez mayor. Estos piadosos creyentes, que no tenían miedo de contraer la peste, hacían cola durante largas horas delante de la puerta del tekke, y la mayoría regresaban a sus casas sin siquiera haber podido atisbar al jeque de lejos. Sami Pachá sospechaba que toda esa gente que se negaba a ir a la plaza de la Provincia para ver a los ahorcados expuestos con ánimo ejemplarizante estaba yendo al tekke en su lugar para mostrar su rechazo.

—El comandante Kâmil Pachá siempre habla, y con razón, del honor y la dignidad del pueblo minguerense, así como del respeto que merece del resto de las naciones —dijo el doctor Nuri—. Pero si continuamos exhibiendo a estos muertos ante los ojos de todo el mundo, los minguerenses serán vistos como un pueblo cruel que se regodea con la pena de muerte.

—Vaya, así que cuando hace más de un siglo los franceses ejecutaron a sus reyes, aristócratas y ricachones, a todo el mundo le pareció bien, pero si nosotros castigamos justamente a unos asesinos despreciables y unos traidores separatistas que querían sabotear la cuarentena, resulta que estamos cometiendo una gran crueldad —objetó Sami Pachá.

La respetuosa camaradería que habían entablado Sami Pachá y el doctor Nuri en los últimos dos meses y medios evitó que su desavenencia derivara en una discusión. El doctor

explicó al primer ministro que los cuervos y las gaviotas que picoteaban los cadáveres abandonados y las ratas muertas podían propagar la peste sin contraer la enfermedad. De hecho, Sami Pachá había visto en más de una ocasión a los cuervos hurgando con sus picos en los ojos, la nariz y las orejas de los ahorcados; lo que no acababa de entender era cómo aquellas aves que tenían tanto miedo de los espantapájaros podían acercarse a aquellos cuerpos muertos con tanta tranquilidad.

59

El comandante Kâmil Pachá salía a diferentes horas del día para recorrer las calles de Arkaz acompañado por sus escoltas. Aparte de esas expediciones de inspección, nunca salía del Splendid Palas y había dejado de participar en las asambleas de cuarentena celebradas en el antiguo edificio de la gobernación. Después de la reunión diaria en el cuarto de epidemiología, el doctor Nuri, también acompañado por sus escoltas, iba caminando desde la sede ministerial hasta el hotel Splendid para comentar la evolución de la epidemia con el comandante Kâmil. Dos semanas después de la declaración de Libertad e Independencia, la cifra de muertos seguía sin disminuir; si acaso, había aumentado.

Al igual que se había hecho en tiempos del gobierno otomano, el doctor Nuri y el comandante analizaban la situación sobre un mapa de la ciudad. Pero este era un mapa distinto. Habían realizado una copia del que había en el cuarto de epidemiología y lo habían extendido sobre un elegante escritorio de nogal en el despacho del comandante. Sobre la mesa también habían colocado un candelabro que habían cogido del «club» del hotel. Antes de empezar a marcar las casas donde se habían encontrado nuevas víctimas, el doctor Nuri le explicaba brevemente dónde se había agravado más la epidemia. Pero como un escribano de semblante sombrío había estado viniendo dos veces al día para comunicar al comandante las últimas y cada vez más elevadas cifras de mortalidad, en sus reuniones con el doctor Nuri el presidente no recibía ninguna información que ya no supiera, y tampoco hacía ninguna sugerencia o recomendación sobre cómo se podría contener la epidemia.

Los cónsules y los burócratas que habían estado observando los acontecimientos desde una prudente distancia

consideraron acertado que el comandante —a diferencia de lo que había hecho antes Sami Pachá— dejara la labor de luchar contra la epidemia en manos de los doctores y funcionarios de cuarentena. Pero después de aquellas reuniones, el doctor Nuri manifestaba su irritación contándole a su mujer que, mientras sus pequeños dedos recorrían el mapa señalando la avenida Hamidiye o el barrio de Germe, con lo que realmente fantaseaba el comandante era con rebautizar todas aquellas calles y lugares. Al principio había pensado en cambiar el nombre de la plaza de la Provincia por el de plaza de la Libertad, pero después de que los cuerpos de Ramiz y sus hombres hubieran sido expuestos en público para ser picoteados por los cuervos y de que la gente hubiera dejado de acercarse por el lugar, pensó en llamarla plaza de la Independencia, hasta que finalmente se decantó por el nombre de Plaza de Minguer. En cuanto a la avenida Hamidiye, el comandante quería rebautizarla como bulevar de Minguer. Rechazó categóricamente la propuesta de su asistente Mazhar Efendi de llamarla bulevar del comandante Kâmil Pachá, alegando que él era un «hombre del pueblo» y que nunca permitiría que algo así sucediera… «al menos, mientras yo viva».

Los cronistas oficiales de los primeros tiempos del estado de Minguer alardearían de las doscientas setenta y nueve calles, plazas, avenidas y puentes que el comandante rebautizó durante aquellos días y noches de la peste. También puso nombre a un sinfín de plazoletas y callejuelas angostas que nunca lo habían tenido antes de la declaración de Libertad e Independencia de la isla. El ministro de Correos Dimitris Efendi fue uno de los principales impulsores de este proyecto, insistiendo en que para garantizar un buen servicio de correos y de distribución de los paquetes era necesario que todas las vías, especialmente las más insignificantes, tuvieran una denominación oficial, una labor que los otomanos habían descuidado y que debería realizarse lo antes posible. Pero cuando primero su mujer y luego él mismo contrajeron la

peste e ingresaron en el hospital Theodoropoulos, esas actividades quedaron estancadas por un tiempo (durante el cual también se cambiaron los antiguos nombres rums de algunas calles), lo cual impulsó al comandante a crear un nuevo comité para encargarse de esa tarea. Tras la muerte de Dimitris Efendi, el comandante ordenó que se colgara una gran fotografía del ministro al lado de su propio retrato en el gran salón de entrada de la oficina de correos. El hecho de que esa fotografía, tomada por Vanyas, siga colgada en el mismo lugar ciento dieciséis años después demuestra claramente el profundo vínculo emocional que sienten los minguerenses por su historia y su identidad.

Los lectores de las cartas de Pakize Sultan podrán ver que, al contrario de lo que harían más tarde los historiadores nacionalistas, resulta un error enfatizar en exceso el supuesto «republicanismo» del comandante durante ese periodo. El comandante Kâmil vivía la gran revolución y transformación que había llevado a Minguer como una fuente de gran felicidad personal, y mientras continuaba remodelando el país para que adoptara un espíritu de modernidad y nacionalismo, explicaba a todo el mundo a su alrededor, con gran seriedad pero también bastante ingenuidad, que estaba haciendo todo aquello por su hijo (que no tenía la menor duda de que sería varón). El nombre que recibiría su hijo sería auténticamente minguerense, sin la menor influencia de ninguna otra lengua. La elección de ese nombre sería muy importante porque desempeñaría un papel crucial en la historia de Minguer incluso después de la muerte del comandante, y todos aquellos que tuvieran sentimientos nacionalistas lo tomarían como ejemplo.

De vez en cuando, el comandante subía al piso de arriba para ver a Zeynep, la persona con quien compartía todos sus sueños e ilusiones, y le preguntaba muy preocupado cómo se encontraba y si todo iba bien con el bebé. El embarazo había atemperado la ira de Zeynep contra el mundo, su piel parecía

más resplandeciente, su sonrisa más luminosa, su rostro aún más bello que antes.

Tras descartar los nombres tradicionales propuestos por el arqueólogo Selim Sahir, el comandante organizó una reunión con varios isleños conocidos por haber desarrollado un gran interés por la lengua mingueresa. Algunos eran viejos amigos de infancia de su barrio, mientras que otros eran ciudadanos que habían sido estrechamente vigilados por Mazhar Efendi durante sus tiempos como director de inteligencia, tratándolos como separatistas minguerenses e incluso amenazándolos con meterlos en la cárcel. (No había sido tan clemente con los separatistas griegos). Temiendo que, como había sucedido con anterioridad, pudieran arrestarlos y confiscar sus colecciones, esos isleños que habían recopilado a lo largo de los años conocimientos y objetos minguerenses con una pasión folclorista sincera se mostraron al principio bastante cohibidos, pero al ver el entusiasmo del comandante superaron su recelo inicial y no tardaron en proponerle nombres, palabras y posibles nomenclaturas con las que rebautizar calles y plazas. Con la ayuda de Hamdi Baba, el presidente también recogió algunas propuestas de los soldados de cuarentena, y así fue como, por primera vez en la historia de Minguer, una de sus calles recibió el nombre de un isleño todavía vivo: el del mismo Hamdi Baba.

En los días siguientes, el comandante se reunió también con herboristas musulmanes y farmacéuticos cristianos (entre ellos, Nikiforo), con pescadores rums y con los propietarios de casas de comidas y restaurantes de la isla para compilar un registro de palabras en minguerés de los nombres de hierbas medicinales y remedios curativos, peces, mariscos y variedades de moluscos, terminología náutica y pesquera, y comidas tradicionales de la región. Estas reuniones sentarían las bases para elaborar en el futuro los diccionarios minguerense, minguerense-turco y minguerense-rum —el primero de los cuales se publicaría treinta años más tarde—, así como la *Enciclopedia de Minguer* , la primera y única

enciclopedia consagrada por entero a la cultura de esta isla del Mediterráneo.

El lugar escogido para celebrar estas reuniones sobre la lengua, la historia y la cultura de Minguer fue el Club Londres, una sala situada en la planta baja del hotel donde los cónsules y periodistas solían juntarse por las noches para charlar y compartir rumores, y cuyo majestuoso pórtico trasero daba a un jardín repleto de rosas de Minguer. Otra idea que tuvo en esos días al comandante Kâmil fue que los soldados de cuarentena buscaran a jóvenes isleños que hablaran minguerense en sus casas, y hacer que se reunieran con los estudiosos de la lengua y la cultura de Minguer. Como es bien sabido entre aquellos que han intentado revivir el minguerés, el comandante también encargó a sus hombres que localizaran a las pandillas de niños huérfanos y fugados de sus casas que se habían formado durante la epidemia, a fin de estudiar el idioma que utilizaban. Los historiadores también tienen conocimiento de que otro de sus planes era hacer que los soldados de cuarentena «rescataran» a esos niños que vivían en los valles ocultos tras los picos escarpados y los pasos casi impracticables de la isla, con el fin de que su lenguaje primigenio pudiera ser preservado para la posteridad, pero el ascenso imparable de la cifra de muertos, que seguía creciendo incomprensiblemente, hizo imposible poder llevar a la práctica ese apasionante proyecto.

Durante los días más duros de la guerra de Sami Pachá y el asistente Mazhar contra los tekkes, el presidente pidió al exsecretario y nuevo ministro de Correspondencia Faik Bey que, para ayudarlo a encontrar un nombre para su hijo extraído de las antiguas leyendas y cuentos populares de Minguer, convocara dos concursos de poesía, y pidió al primer ministro que reservara una cantidad de setenta mecidiyes en concepto de premios. El primer concurso debía buscar el mejor poema sobre la libertad y la independencia de la isla, y sus versos serían musicados y convertidos en el Himno Nacional de Minguer. El poema ganador de la segunda competición sería

recitado en público durante la ceremonia que se celebraría el día en que naciera el hijo del comandante.

Por desgracia, sus encuentros con el arqueólogo y estudioso de la historia antigua de Minguer, Selim Sahir, se vieron ensombrecidos por el desprecio que sentía el joven comandante hacia los esnobs e hijos de pachá. Selim Sahir había llegado a la isla hacía dos años con su esposa francesa. Su padre y su abuelo habían sido pachás en la corte de Abdülhamit, y siempre decía cosas del tipo «yo también, como mi difunto abuelo y como mi difunto padre…». Había estudiado Derecho e Historia del Arte en Francia, trabajado en el Museo Imperial de Estambul e impartido clases en la universidad, y, en fechas recientes, los amigos de su difunto padre habían convencido al gran visir en Estambul para que le encomendara la tarea de renovar la museología otomana y llevarla al «mismo nivel que los museos nacionales de Occidente». Dicho de otro modo, formaba parte de la nueva generación de asesores culturales reclutados por Abdülhamit y el estado para conseguir que sus museos ofrecieran una imagen más moderna y europeizada de los otomanos. Al principio, Abdülhamit no había comprendido el valor de las antiguas ruinas romanas y bizantinas esparcidas por todo el imperio, e incluso regalaba piezas y objetos a sus amigos europeos cuando se lo pedían. Pero pronto los burócratas de palacio y los instruidos hijos de pachás como Selim Sahir lograron convencer al sultán de la gran importancia cultural que tenían esas piedras y artefactos.

Provisto de un permiso oficial concedido por el mismísimo Abdülhamit, Selim Sahir había llegado a la isla dos años atrás a bordo del carguero militar *Fazilet* y había empezado a realizar excavaciones en un yacimiento arqueológico que se extendía a lo largo de una de las calas al nordeste de Arkaz. Sus amigos isleños le habían sugerido esa localización. El objeto que estaba buscando era la estatua de una mujer, una escultura de un blanco níveo que supuestamente se encontraba oculta en las profundidades de una inmensa y tenebrosa cueva

a la que solo se podía acceder sumergiéndose en el agua. Su intención era encontrar esa estatua y llevarla al Museo Imperial de Estambul a fin de convertirla en una pieza célebre, tal como el director del museo Osman Hamdi Bey había hecho quince años atrás con el sarcófago que había descubierto en otra antigua cueva en Sidón, declarando de forma triunfal (y errónea) que contenía los restos mortales de Alejandro Magno. Incluso en su periodo tardío y decadente, el Imperio otomano se consideraba una gran potencia mundial, y algunos lo seguían aceptando como tal. Pero, vista la rapidez con que fracasaron los planes de nuestro arqueólogo de encontrar esa estatua, podemos concluir que «el hombre enfermo de Europa» ya no sería capaz de fundar ningún tipo de museo.

Tal vez no llegaron los fondos que Estambul había prometido, o quizá alguien dijo algo que despertó las sospechas de Abdülhamit, pero, fuera cual fuese la razón, se produjo un gran retraso en el despliegue de las grúas y el sistema de raíles necesarios para extraer la estatua sumergida en las profundidades de la cueva, y al final las actividades arqueológicas quedaron paralizadas. El gobernador, que había estado siguiendo el desarrollo de estos acontecimientos a través de su red de espías, intentó desde el primer momento llevarse bien con Sahir Bey, y asistía junto con los cónsules y los notables de la isla a las fiestas que el arqueólogo ofrecía en su villa alquilada. (Fue en una de esas fiestas donde Sami Pachá degustó por vez primera el famoso bagre de Minguer frito en aceite de oliva). Y, por el generoso salario que le transferían puntualmente cada mes a su cuenta del Banco Otomano, el gobernador también sabía que el arqueólogo trabajaba como espía para Abdülhamit.

Tras haberse enterado de todo esto por su primer ministro Sami Pachá, el comandante le invitó también a la reunión que mantuvo con el arqueólogo Sahir Bey.

—Todavía no hemos escogido un nombre para nuestro hijo, pero me gustan los nombres que ha propuesto esta vez, ¡y hemos decidido utilizarlos para las calles de nuestra ciudad! —

dijo el comandante, hablando como si fuera un *khan* que ha aprendido rápidamente que una parte importante de su trabajo consiste en recompensar a sus súbditos y regalar los oídos de aquellos que le han proporcionado un mejor servicio—. Pero lamento decirle que no estamos muy satisfechos con sus escritos sobre la historia del pueblo minguerense.

—¿En qué sentido?

—Usted ha señalado que las raíces del pueblo minguerense se remontan a la remota Asia y al mar de Aral. Pero en los cuentos e historias que solía escuchar de niño no aparece ese mar, ni tampoco se menciona a gente asiática. En estos momentos tan difíciles en que el resto del mundo ha dado la espalda a los minguerenses y los ha abandonado a su suerte para hacer frente solos a esta peste, sin nadie más en quien confiar que en ellos mismos, al menos podría habernos ahorrado esas historias de que supuestamente «vinimos a esta isla desde otro lugar».

—¡No se me había ocurrido verlo de ese modo! —repuso el arqueólogo—. Aunque mucho me temo que ese es el consenso al que han llegado los más grandes expertos franceses y alemanes en arqueología y estudios de lenguas antiguas.

—Pero en estos momentos, el pueblo minguerense no quiere oír que sus orígenes se remontan a unas tierras tan lejanas, y que antes de ellos vivían en la isla otros pueblos, y sobre todo no quiere oírlo de eruditos como usted.

—Nadie admira más sus extraordinarios logros que un servidor, *commandant* . Pero la ciencia histórica es la que es… No podemos modificar las raíces de la nación minguerense a nuestro gusto.

—Los minguerenses no son niños. Y ahora me demuestran su afecto llamándome su Comandante. ¡Este es el mayor honor de mi vida! ¡Pero usted parece mofarse de ello pronunciándolo en francés!

Por la manera en que reprendía al arqueólogo negándose a dejar pasar por alto aquel tema, Sami Pachá podía ver que el comandante estaba invadido por una ira inconmensurable dilataba este tema y amonestaba al arqueólogo, vio que la ira del comandante no tenía límites, y pensó que esa ira y su fervor nacionalista eran dos caras de una misma moneda.

—Debe tener muy claro que el tiempo de los reyes y los sultanes ha llegado a su fin —prosiguió el comandante—. ¿Qué pretende llevándose una estatua que pertenece al pueblo de Minguer para exhibirla en un museo del sultán en Estambul?

—Esa escultura sumergida es una estatua de la reina de los batanin, una de las más antiguas tribus minguerenses. Llevarla a Estambul sería una excelente oportunidad para dar a conocer al mundo la cultura de esta nación.

—Al contrario: en cuanto llegue a Estambul dirán que es de Alejandro Magno o se la atribuirán a cualquier otro pueblo. Encontrarán otra civilización que resulte más del agrado de los franceses. Además, ¿qué sentido tendría en estos momentos que la estatua de una reina minguerense se trasladara a Estambul? Lo que usted va a hacer ahora es recuperar esa estatua con los recursos de que disponemos aquí, para que podamos colocarla en lo alto de la torre del reloj. Tiene un mes para hacerlo.

60

Al comandante Kâmil le gustaba «probar» los nombres de varón que le había sugerido la gente (incluida su madre) susurrándolos tres veces a la criatura que crecía en el vientre de Zeynep. En cuanto su hijo reconociera uno de esos nombres como propio, seguro que daría una patadita o se removería en el seno de su madre. El comandante no se cansaba de contemplar la barriga embarazada de su mujer (aunque todavía no se le notaba), sus redondos y hermosos pechos y sus pezones de color de fresa, y siempre encontraba alguna excusa para «examinarla». A veces apoyaba la nariz en algún punto de la fragante piel de su mujer —por ejemplo, en el vientre— y empezaba a mover la cabeza como un pájaro que intentara desenterrar un tesoro con el pico. Zeynep se sumaba a ese divertimento infantil con otras bromas y picardías, y luego hacían el amor alegremente.

Una tarde, dos días después, el presidente subió a sus dependencias para pasar un rato con su esposa. La cifra de muertos seguía sin disminuir y se sentía muy turbado. Tratando de animar a su marido, Zeynep lo condujo hacia la cama y él se dejó llevar. La besó un poco y luego empezó a «examinar» su precioso cuerpo. Tras explorar gozosamente su espalda, su cuello y sus axilas, miró por debajo del vientre y descubrió una rojez sospechosa y ligeramente endurecida en la zona de la ingle. Normalmente solía descubrir sobre la sana y lustrosa piel de su mujer tantas picaduras de mosquitos, mordeduras de pequeños insectos y otras marcas inexplicables que desaparecían de la noche a la mañana, que seguramente no habría motivo para preocuparse, pero al ver aquella rojez el corazón le dio dos fuertes latidos, como el de alguien que intenta apartar la mirada de algo que no debería haber visto.

No se parecía en nada a las otras erupciones que le había visto antes.

Sin embargo, como Zeynep nunca salía de la habitación y en el hotel no había ratas, el comandante Kâmil se dijo que aquello no podía ser la peste. Palpó la zona endurecida con la punta del dedo, primero con suavidad, luego un poco más fuerte. Zeynep no mostró la menor reacción, por lo que concluyó que debía de ser una picadura de insecto. Si fuera un bubón de peste, le habría dolido al presionarlo. Y como no quería preocupar a su mujer con angustias innecesarias, decidió olvidarse de la erupción.

El cónsul británico George había enviado una carta solicitando una reunión con el comandante y con su viejo amigo el primer ministro Sami Pachá. Dado que el resto de los cónsules parecían haber desaparecido del mapa, Sami Pachá interpretó aquello como una buena señal. Supuso que los británicos, haciendo gala de su habitual astucia, estarían planeando anticiparse a las demás naciones y hacer algún tipo de propuesta al recién fundado estado, pero Sami Pachá no tenía la menor idea de qué podría tratarse y, tras compartir sus impresiones con el comandante, ambos dedicaron bastante tiempo a debatir los posibles asuntos sobre los que querría hablar el cónsul.

Cuál no sería su sorpresa cuando, después de tanta preparación, descubrieron que el cónsul solo había ido para decirles que el arqueólogo Selim era un hombre bienintencionado y sin maldad, que amaba profundamente la isla y a sus gentes. El cónsul George también añadió que el arqueólogo y su mujer tenían menos miedo de ser enviados como posibles infectados al área de aislamiento del castillo que de ser puestos en «cuarentena» en la Torre de la Doncella bajo la acusación de ser turcos simpatizantes de los otomanos. Selim Sahir Bey sospechaba que esas personas leales al sultán que estaban confinadas en el islote nunca serían enviadas de regreso a Estambul, sino que las utilizarían como rehenes para llevar a cabo negociaciones políticas. En esas tensas

circunstancias, no le resultaría posible recuperar la estatua de la antigua reina minguerense. Lo único que querían él y su mujer era que los dejaran vivir en paz en la isla.

—¿Es él quien le ha enviado?

—Me comentó que han estado buscando nombres minguerenses antiguos, y pensó que yo también podría hacerles algunas sugerencias.

—El cónsul es un verdadero amante de nuestra isla —intervino Sami Pachá—. Lleva muchos años recopilando todos los libros de historia que se han publicado sobre Minguer, ya que está escribiendo su propio libro sobre el tema.

—Dado que considera nuestra isla lo suficientemente importante como para escribir un libro sobre ella —repuso el comandante—, díganos, por favor, ¿cree que el verdadero hogar del pueblo minguerense se encuentra en esta isla o en otra parte?

—Los minguerenses se convirtieron en minguerenses en esta isla.

—¡Vaya! ¡Pues parece que será usted quien mejor escriba nuestra historia! —exclamó el comandante.

Pero no siguió hablando. Se había quedado mirando una extraña luz que había aparecido sobre el mar. Se hizo el silencio…

Al final, Sami Pachá lo rompió en tono impetuoso:

—Lo que el estado de Minguer quiere preguntarle al representante del gobierno británico es: ¿qué debemos hacer para que levanten este bloqueo?

—No puedo saber lo que opina mi gobierno ni el embajador en Estambul sobre la situación actual. Pero en cuanto acaben con la epidemia, se levantará el bloqueo.

—¡La epidemia no remite hagamos lo que hagamos! —gritó Sami Pachá.

—La situación ha empeorado desde que han empezado a incordiar a los tekkes como si fueran el enemigo —dijo el cónsul.

—Me rompe el corazón escuchar esas palabras de un verdadero amigo como usted. ¿Qué propone el gobierno británico que hagamos para acabar con la peste?

—Las líneas telegráficas están cortadas, hay un bloqueo marítimo y estamos en cuarentena. Desde mi posición, solo puedo especular sobre lo que podría opinar el gobierno británico.

—¿Y usted qué piensa?

—Tienen entre ustedes a una ilustre invitada —empezó George Bey en tono cauteloso—. Pakize Sultan es una figura importante de la familia real otomana. Como hija de un sultán, tiene cierto valor diplomático.

—En la tradición otomana, las descendientes de la rama femenina de la dinastía no están en absoluto vinculadas con el trono, y el pueblo nunca aceptaría que fuera de otro modo.

—Estimado comandante, ¡gracias a usted esta isla ya no es de los otomanos! —repuso George Bey, sopesando muy bien sus palabras—. ¡Y el pueblo tampoco es el mismo pueblo!

Después de que George Bey se marchara, el comandante —tomándose muy en serio las advertencias del cónsul tal como Sami Pachá siempre hacía— decidió asistir a una reunión de cuarentena y prestar atención no solo a lo que estaba ocurriendo con los tekkes, sino también a los problemas cotidianos en los suburbios de la capital sobre los que informaban los representantes de los barrios.

Vangelis Efendi, el representante del barrio de Flizvos, explicó que un «bandido» musulmán que había ocupado una de las casas vacías del vecindario había muerto dos días atrás, después de lo cual su cadáver había empezado a oler. Los soldados de cuarentena habían recibido un soplo sobre esa misma casa —que pertenecía a la familia Seferidis de

Tesalónica— solo una semana atrás, habían irrumpido en el interior forzando la puerta trasera y, después de clavetear todas las puertas y ventanas por dentro y rociarlo todo a fondo con lisol, habían vuelto a salir por donde habían entrado. Es decir, que la persona cuyo cadáver había empezado a oler desde el día anterior debía de haberse colado en la casa después de la inspección de los soldados de cuarentena. Esos individuos que ocupaban casas vacías con el pretexto de escapar de la peste suponían una seria amenaza para la autoridad del Estado, ya que a menudo utilizaban esos edificios abandonados como bases para sus actividades criminales.

Aquella era la primera reunión de cuarentena a la que asistía Apostolos Efendi —representante del barrio de Dantela, con sus altos cerros, acantilados escarpados y hermosas vistas — después de la fundación del nuevo estado, y su primera petición fue que le pagaran los sueldos atrasados de cuando la isla estaba todavía bajo control otomano. Y también dijo que quería dejar de ser representante vecinal. Dantela era un lugar muy tranquilo, alejado y ahora prácticamente vacío, y Apostolos Efendi empezaba a sufrir de soledad. Les contó que una vez había visto al diablo de la peste rondando de noche por los jardines vacíos, aunque, según Sami Pachá, lo que había visto no era el diablo de la peste, sino a los traficantes y barqueros que sacaban a la gente de la isla furtivamente. Después de que muchos de los policías y funcionarios hubieran huido, la presencia de las fuerzas del Estado era prácticamente inexistente en los barrios más pequeños y alejados. Esas zonas fuera de la ley, situadas principalmente alrededor de las grandes y lujosas mansiones de los vecindarios rums semidesiertos, atraían a todo tipo de indigentes y malhechores de los barrios musulmanes del otro lado del riachuelo. También había gente que venía del norte de la isla a la capital con el solo objetivo de cometer robos y pillajes. Entre los diversos tipos de bandas criminales que proliferaban en esas áreas, había también una pandilla de niños huérfanos de la que hablaba todo el mundo pero que muy

pocos habían visto. La novela juvenil de espíritu romántico *Mi madre está en el bosque de la noche* , escrita por el poeta nacional minguerense Salih Riza, se basa en las historias y aventuras de esos grupos de niños fugitivos durante los días de la peste, y cuando la leí a los diez años hizo que me convirtiera en una fanática nacionalista.

Por su parte, el responsable del barrio de Hrisopolitissa traía malas noticias: en los últimos dos días se habían vuelto a ver ratas muertas junto a las paredes de las calles y por los rincones de los patios. Poco a poco, estos representantes vecinales —cuya labor principal consistía en asegurarse de que se cumplieran las restricciones, revelar los lugares donde se ocultaban los enfermos de peste, señalar las casas que debían evacuarse e indicar a las cuadrillas de desinfección los edificios y calles que debían ser rociados con lisol— habían asumido también el papel de intermediarios encargados de transmitir a las autoridades las frustraciones de la gente con respecto a la cuarentena. Pero ese día el comandante reprendió a un «representante» necio e irresponsable que se había quejado de que un herrero del barrio de Kofunya había sido enviado al área de aislamiento del castillo cuando ni siquiera estaba enfermo.

—¿Y dónde estabas tú cuando se cometió ese error? —le espetó—. Tu trabajo es impedir que la gente infrinja la cuarentena, no venir aquí con críticas y quejas.

Pero si aquellos representantes no eran tan odiados por los ciudadanos se debía sobre todo a la presencia de los soldados de cuarentena, nativos de la isla a los que conocía todo el mundo y que tenían un papel más directo y destacado en la aplicación de las restricciones. Ellos eran el principal blanco de la ira de los vecinos. Desde que se había proclamado el nuevo estado, los soldados habían endurecido sus acciones, lo cual había hecho que creciera aún más el rechazo de la gente. Y el hecho de que la cifra de muertos siguiera sin disminuir también había exacerbado la ira vecinal. Lo que pensaban los residentes de estos barrios musulmanes podría resumirse del

siguiente modo: «Después de todo lo que hemos tenido que sufrir, de todo este tormento y hostigamiento, las medidas no han servido para nada».

Por su parte, el representante de los Altos Turunçlar explicó que en su barrio apenas quedaba ya gente que pudiera quejarse de los soldados de cuarentena. Las familias que vivían cerca de las fosas de incineración se habían ido marchando poco a poco de sus casas porque el olor era inaguantable. En la parte del barrio que daba al Nuevo Cementerio musulmán los vecinos estaban cada vez más intranquilos y exasperados, ya que el tumulto de los cortejos fúnebres era incesante. Pero, incluso más que el constante flujo de gente que iba y venía del cementerio, lo que más preocupaba a la gente eran los perros que acudían por las noches a excavar en las tumbas. Se peleaban furiosamente entre ellos, y a veces cogían restos humanos o ratas muertas entre sus fauces y deambulaban por el barrio propagando la enfermedad. También había empezado a circular el curioso rumor de que un barco con una vela roja vendría a salvarlos a todos. Pero en realidad no había sucedido nada inusual en el barrio, salvo la reciente muerte de un tejedor de colchas que vivía solo.

Después de que los representantes de Vavla, Germe y Çite dieran el parte de la situación en sus barrios, a los responsables encargados de aplicar las medidas de cuarentena del nuevo gobierno, e incluso al comandante mismo, les quedó muy claro que cualquier atisbo de optimismo que pudieran albergar era completamente infundado. En Vavla —en las calles que rodeaban el instituto militar, el hospital Hamidiye y la mezquita de Mehmet Pachá el Ciego—, el constante aumento en la cifra de muertos estaba perjudicando seriamente la autoridad y reputación del nuevo estado y la legitimidad de la cuarentena. De modo que, por insistencia de Sami Pachá, y con la aprobación de los doctores, se decidió que para luchar contra la enfermedad en ese barrio se desplegarían más soldados para vigilar los patios traseros de las casas, se

acordonarían varias calles de forma casi permanente y se clausurarían con maderas más gruesas y clavos más fuertes las casas vacías (no eran muchas) para impedir que entraran ladrones, bandidos y enfermos. Una de las primeras decisiones tomadas por el nuevo gobierno había sido la de quemar las casas y vertederos demasiado contaminados para poder ser desinfectados, pero había llevado una semana implantar la medida, y su aplicación despertó aún más la ira de los vecinos de esos barrios. Ahora Sami Pachá quería que el comandante emitiera más órdenes de incineración.

Mientras debatían todo esto en la sala de reuniones, el comandante miraba por la ventana hacia el edificio del Splendid Palas que asomaba entre las azoteas y deseaba poder volver cuanto antes junto a Zeynep. Solo él sabía de la existencia de aquella mancha roja en la ingle de su esposa. Si pudiera salir corriendo para estar con ella, si pudieran meterse en la cama y abrazarse y olvidarse de todo lo demás, tal vez también podría olvidarse de que aquella rojez en el cuerpo de su mujer podría ser el primer indicio de un bubón de peste.

Si Zeynep contraía la peste, lo más probable era que él también se contagiara. Y si no la cogía, tendría que vivir separado de su mujer, algo que no podría soportar bajo ningún concepto. Cuanto más pensaba en esas cosas, más difícil le resultaba centrarse en el debate sobre la cuarentena. Por lo general se irritaba con aquellos que sucumbían a la angustia y al miedo a la muerte y tomaban decisiones erróneas al enfrentarse a la peste, al igual que se había enfurecido con los soldados que se dejaban llevar por el pánico ante el ataque brutal y repentino del enemigo en el campo de batalla. Aun así, ahora se estaba comportando como ellos. Y lo que debería hacer era mantener la calma.

A pesar de la terrible magnitud de la epidemia y de la perspectiva de una muerte inminente, había un importante segmento de la población, tanto musulmana como cristiana, que seguía manteniendo el aplomo frente a la adversidad y cuyo sentido de la humanidad permanecía intacto. Mientras

que algunos solo pensaban en salvar sus propias vidas, otros muchos ponían las suyas en peligro visitando a los vecinos que habían perdido a sus seres queridos y socorriendo a los enfermos que se retorcían entre terribles dolores, e incluso había algunas almas bondadosas que trataban de confortar a los lunáticos que vagaban por las calles de Arkaz gritando: «¿Qué nos ha pasado? ¡Nos han arrojado al infierno!». Todavía quedaba mucha gente que aún no había perdido el sentimiento de comunidad, solidaridad y fraternidad.

Esos ciudadanos, de los que morían entre veinte y veinticinco cada día y que seguían visitándose unos a otros para darse el pésame, constituían una presencia significativa en la ciudad. Aunque después de la implantación de la cuarentena no salían tanto como antes, esas buenas gentes estaban muy apegadas a sus familias, sus vecinos y sus comunidades, y seguían reuniéndose con las mejores intenciones en las casas de algún difunto, en los patios de las mezquitas y en las procesiones funerarias, lo cual, tristemente, contribuía a propagar la enfermedad. A finales del mes de julio, las calles de la capital de Minguer no se veían tan desiertas como lo estaban las de Hong Kong o Bombay durante la gran tercera epidemia de peste. En alguna de sus empinadas callejuelas siempre había algún grupo de musulmanes de buen corazón yendo apresuradamente de un funeral a otro, u ofreciendo sus condolencias en alguna casa.

Por las historias que estaba escuchando, el comandante comprendió que el nuevo gobierno y los funcionarios municipales ya no contaban con ningún tipo de autoridad o respeto en el barrio de Çite. Solo en el día anterior habían fallecido seis personas en sus calles, pero en lugar de centrarse en esas muertes, el representante local quería abordar el asunto de los «papeles de permiso». Las tensiones entre los jóvenes cretenses desempleados que habían venido de Taşçılar para instalarse en el barrio y dedicarse a cometer fechorías, y los vecinos de toda la vida, gente de clase media y baja que trabajaban como cocheros, jornaleros y tenderos, no hacían

más que aumentar. Las familias más religiosas y pobres estaban convencidas de que eran aquellos jovenzuelos canallas e insolentes los que habían traído la enfermedad a sus calles, y exigían que los inmigrantes impíos fueran expulsados del barrio.

Cuando la isla estaba todavía bajo control otomano, Sami Pachá había introducido un sistema de «permisos» para tratar de solucionar ese tipo de problemas (que también se daban en otros barrios). La gente solo podía acceder a determinadas calles y zonas si contaba con un permiso especial expedido y sellado por la dirección de cuarentenas. El gobernador había ideado ese sistema con el objetivo de mantener confinados dentro de cada barrio a los inmigrantes cretenses pobres y desarraigados a fin de poder tenerlos registrados y controlados, y al principio no le salió mal la jugada. Pero el innovador plan del pachá empezó a irse al traste cuando los funcionarios de cuarentena y los receptores de esos documentos empezaron a revenderlos clandestinamente. El gobernador pachá y el doctor Nuri decidieron no intervenir porque habían visto que tanto los funcionarios como los residentes del barrio se sacaban un dinerillo adicional con ese mercado negro de papeleo y porque, aunque fuera de forma limitada, el acordonamiento sanitario se mantenía. Pero, por otro lado, la circulación descontrolada de esos documentos facilitaba también los movimientos de la gente por la ciudad. En esos momentos, el representante del barrio estaba explicando que dos poseedores de esos permisos habían muerto por la peste el día anterior, y que al cabo de unas horas sus familiares ya se los habían vendido a un chamarilero del Mercado Viejo. En teoría, cuando alguien moría por la peste sus familiares debían ser evacuados de la casa infectada y puestos en cuarentena, y sus permisos quedaban revocados de manera automática, pero en la práctica pasaban a ser rápidamente utilizados por otros. El problema más reciente, como pudo constatar el comandante a través de las nubes que enturbiaban su mente, era que, tras la proclamación del nuevo estado, algunos funcionarios habían

estado anulando los permisos antiguos —o renovándolos—, exigiendo el pago de un impuesto del nuevo gobierno para volver a expedirlos. Ante la posibilidad de poder mercadear con esos documentos, todo el mundo estaba a favor de pagar el impuesto, aunque cada vez surgían más quejas. El representante del barrio, que además era escribano de la tesorería, le explicó al comandante que, aunque con ese tipo de operaciones no se sacaba mucho dinero, algunos ya habían empezado a acumular documentos de permiso por si algún día podían sacar provecho de su venta.

61

Llegados a cierto punto, el comandante no podía pensar en otra cosa que no fuera la erupción tumescente en la ingle de su mujer. Quizá en ese mismo momento ya le hubiera subido la fiebre y estuviera sufriendo fuertes dolores de cabeza, allí sola en su habitación del hotel Splendid.

Era incapaz de ahuyentar esas terribles imágenes que discurrían vívidamente ante sus ojos. Abandonó la sede de gobierno antes de que concluyera la reunión y regresó al hotel seguido por sus escoltas. Había muy poca gente por las calles. Una mujer que llevaba un paquete en la mano y un crío tímido con una cesta se fijaron en él, pero los demás transeúntes con los que se cruzó no lo reconocieron. Solo un niño de pelo castaño claro divisó al comandante al pasar junto a su casa; llamó a alguien de dentro y su padre se unió a él en la ventana. Tenía también el pelo castaño claro. «¡Viva el comandante!», gritó el niño.

Eso llenó de alegría al mayor. Saludó al pequeño con la mano. Lo que más quería en este mundo era convertirse en el heroico comandante de ese niño de pelo castaño, salvarlo a él y a su familia de esta maldita peste. Pero si Zeynep estaba enferma, no podría hacerlo. Si lo que tenía Zeynep en la ingle resultaba ser un bubón de peste, lo más seguro es que él también cayera enfermo. Pero el comandante se encontraba perfectamente.

Los guardias y los soldados de cuarentena apostados en la entrada del Splendid Palas se pusieron firmes al verlo. Cuando subía las escaleras, el comandante Kâmil ya había decidido que no le comentaría nada a Zeynep. Se limitaría a observarla desde lejos. Si tenía la peste, presentaría otros síntomas claros, como fiebre o dolor de cabeza. Pero si en realidad no la tenía,

mencionarle la marca roja solo serviría para preocuparla en vano. El comandante ya había visto a demasiada gente llevarse por angustias y temores innecesarios. Convertían su vida, y la de aquellos que los rodeaban, en un infierno, al menos hasta que se confirmaba que no estaban enfermos. Pero al principio todo el mundo intentaba ignorar los primeros síntomas. Todos eran conscientes de que si alguno de los suyos enfermaba ellos también, como residentes de la misma casa, estarían probablemente infectados, o como mínimo serían puestos en aislamiento, por lo que a nadie le gustaba sacar a colación las primeras erupciones, dolores de cabeza o calenturas febriles hasta estar seguros de qué las causaba.

Cuando entró en la habitación, el mayor se sintió aliviado al ver a su mujer caminando de un lado para otro con gesto enojado. No era la actitud típica de alguien aquejado por la fatiga de la peste. ¿Y si le hablaba de sus temores, tal vez bromeando para quitarles importancia?

—Mi madre me dio un peine de mi tía, con perlas incrustadas… —dijo Zeynep—. Y lo puse aquí hace tres días…

—¿Cómo? ¿¡Es que tu madre vino aquí hace tres días?!

—No, yo fui a su casa —respondió Zeynep—. ¡Con los escoltas, claro!

Miró a su marido con una sonrisa tierna, como pidiéndole perdón por su pequeña infracción.

—Si la esposa del comandante no respeta la cuarentena, ¿cómo va a respetarla el pueblo? —exclamó el comandante Kâmil, y salió de la habitación.

La conmoción y la furia provocadas por el desacato de su mujer sobrepasaban con creces el miedo a la muerte. Su primera esposa Ayşe nunca se había comportado así, por lo que cuando Zeynep desobedecía sus órdenes él nunca sabía qué hacer, simplemente abandonaba la habitación y esperaba a que se le pasara el disgusto.

En el piso de abajo, un informador enviado por Sami Pachá estaba poniendo al día a Mazhar Efendi sobre las últimas noticias relacionadas con la gente que iba a expresar sus condolencias al jeque Hamdullah. Durante los tres primeros días posteriores a la ejecución de Ramiz, las autoridades se habían refrenado de dispersar a la multitud que se acercaba al tekke para presentar sus respetos, ya que no querían enojar aún más a la congregación de los Halifiye. Pero cuando empezaron a formarse largas colas delante de la entrada principal del tekke, Sami Pachá ordenó que se regularan las entradas y salidas de la calle, alegando que se trataba de una medida de cuarentena. Esto provocó que los más perseverantes trataran de colarse en el recinto por alguno de los accesos del patio trasero. Cuando se desplegaron soldados de la División de Cuarentena en todas las entradas, la gente empezó a saltar al interior por las partes más bajas de la tapia que rodeaba el jardín, o utilizaban pasadizos secretos ocultos entre las zarzas y los arbustos que solo conocían los acólitos más jóvenes. Después de esperar su turno con paciencia, muchos de los visitantes que lograban acceder al interior ni siquiera conseguían ver al jeque, y después de depositar los obsequios o alimentos que le habían llevado, se quedaban deambulando un rato por allí antes de marcharse finalmente a sus casas. De las cerca de doscientas personas que vivían en el recinto, solo Nimetullah Efendi y un grupo selecto de derviches sabían dónde estaba recluido el excelentísimo jeque. Los espías de Mazhar Efendi dedicaban grandes esfuerzos a tratar de averiguar dónde se ocultaba, ya que Sami Pachá estaba planeando sacarlo como fuera del tekke para llevarlo a algún otro lugar.

Al principio, el comandante pensó que aquello sería una «falta de respeto» innecesaria, pero después de que el informador le hablara de cómo infringían las medidas de cuarentena los simpatizantes de Ramiz, los planes de Sami Pachá ya no le parecieron tan descabellados. El espía no estaba del todo seguro, pero creía que el jeque estaba en una de las

dos casitas ocultas entre pinos y tilos y situadas en la parte del tekke que quedaba más cerca de Çite, donde se encerraban los discípulos que se querían «recluir» o que sentían que necesitaban «disciplina moral». Pero esos edificios, que por lo general estaban vacíos, en los últimos días habían estado rodeados por varios discípulos fornidos y malcarados.

La incursión se planeó minuciosamente y se llevó a cabo con éxito. Diez soldados escogidos entre los reclutas más corpulentos de la División de Cuarentena, y conocidos por su hostilidad hacia los jeques y los hocas, junto con un escuadrón de seis policías enviados por el primer ministro, se dividieron en dos grupos y utilizaron sendas escaleras para saltar por encima del muro del tekke y dirigirse sigilosamente hacia ambos edificios. Siguiendo las indicaciones de otro espía, forzaron la entrada de la primera de esas construcciones y encontraron una estancia con un sofá vacío y tres puertas. Tras la primera puerta había un derviche medio adormilado que estaba haciendo guardia; lo redujeron y arrestaron rápidamente. Cuando abrieron la segunda puerta vieron al jeque Hamdullah, tumbado en un jergón en el suelo. El tercer cuarto estaba vacío.

Siguiendo el plan previsto, un funcionario disfrazado de escribano, ataviado con levita y unos elegantes zapatos de las galerías Dafni, saludó al jeque con gran reverencia y le besó la mano. El jeque llevaba una holgada túnica blanca que le hacía parecer un espectro. Incluso su pelo y su barba parecían más blancos de lo habitual, y daba la impresión de no acabar de despertarse del todo. La luz amarillenta de la vela que iluminaba la habitación proyectaba sobre la pared desnuda una sombra inmensa, oscura, como la de un águila, que resultaba diez veces más aterradora que el hombre en sí.

El funcionario de los zapatos elegantes le comunicó al jeque Hamdullah —que seguía tratando de despertarse (o al menos eso fingía)— que habían sido enviados por el primer ministro para ponerlo a resguardo, ya que habían recibido noticias de un posible intento de asesinato. El jeque vio a los

soldados que estaban detrás del escribano. Fue entonces cuando pronunció las famosas palabras que durante muchos años se volverían en su contra:

—¿Qué está sucediendo? ¿Son esos los hombres de Su Majestad el sultán? Muéstreme el sello del sultán, o una orden imperial firmada.

Mientras el avezado funcionario le repetía respetuosamente que venían con una orden oficial, que lo trasladarían a un lugar mucho más seguro y que una vez allí le explicarían con todo detalle la situación, dos soldados de la División de Cuarentena lo tomaron por los brazos, momento en el cual el jeque pidió que le permitieran llevarse algunos objetos y libros. Recogió todo lo que consideraba indispensable: dos camisolas para dormir, varias camisas y ropa interior, sus medicinas —la mayoría de ellas preparadas en la farmacia de Nikiforo— y algunos libros sobre hurufismo que había heredado de sus abuelos, que habían sido jeques en Estambul. También pidió si podía acompañarle su asistente del sombrero cónico de fieltro, Nimetullah, pero su petición fue denegada.

La puerta más cercana del jardín trasero del tekke había sido abierta sigilosamente y, tal como había sido planeado, al otro lado los esperaba el landó blindado conducido por Zekeriya, el cochero del primer ministro. Al subir al vehículo sin ofrecer resistencia, el jeque reconoció el peculiar olor de sus asientos de piel y cayó en la cuenta de que ya había viajado antes en ese carruaje.

De un tiempo a esa parte, antes de irse a dormir, el jeque había estado revisando los escritos de Ibn Zerhani sobre las posibles causas de la peste y los métodos para protegerse contra ella. En los últimos días había leído una traducción de Ibn Zerhani del *Obscuri Libri* y repasando algunos pasajes clave de su *Exégesis* . El cerebro del jeque rebosaba de secretos hurufíes que dotaban de nuevo significado a cada vocablo, cada número y, sobre todo, cada letra del alfabeto. Cuando alguien había leído tantos de esos libros, su mente,

como estaba haciendo ahora la del jeque, empezaba a vislumbrar por su propia cuenta señales y palabras ocultas en todos los rincones del universo.

Era una tranquila noche de verano, en la que no corría ni una ligera brisa. El canto incesante de los grillos y la luz que emanaba de las incontables estrellas en el profundo y oscuro azul del cielo intensificaron el estado de embriaguez hurufí del jeque. Vida y significado, señales y objetos, oscuridad y ausencia, todo ello conformaba el universo de señales en su mente. Luz y Alma, Soledad y Belleza, Fuerza e Ilusión, componían la poesía de su corazón. Y así, la díada de Amor y Alá siguió un rastro de tinta que serpenteaba entre las estrellas, las ramas, los olores de las flores, los sonidos de las aves (búhos y cuervos) y el corretear sigiloso de los erizos en la noche azotada por la peste. Mientras el traqueteante landó avanzaba pesadamente por la calle y pasaba junto al ahora casi vacío tekke de los Kadiri y junto a los terrenos del tekke de los Rifai, el jeque se sorprendió al ver a dos centinelas apostados en mitad de la noche, haciendo guardia con antorchas en la mano, e interpretó esa imagen como una señal de la poderosa eficiencia del nuevo gobierno.

Si el nuevo régimen era realmente tan fuerte como parecía, probablemente lo trasladarían a algún otro lugar de la isla. Aunque eso tampoco solucionaría nada, ya que sus discípulos, acólitos y simpatizantes acabarían averiguando dónde se encontraba y volverían a acudir en manada ante su puerta. Pero si la isla volvía a estar bajo control otomano, y si esos bellacos que le habían secuestrado sin darle apenas explicaciones eran realmente hombres del sultán, el jeque suponía que se lo llevarían muy lejos de Minguer, que lo desterrarían a Arabia o Siirt o algún otro territorio remoto donde no podrían encontrarle. Cuando los líderes de los tekkes se convertían en un incordio, causaban muchos quebraderos de cabeza o parecían demasiado ansiosos por ejercer su influencia política, era una antigua tradición otomana separarlos de sus congregaciones y exiliarlos a tierras lejanas a las que se

tardaba seis meses en llegar. En su juventud, el jeque Hamdullah había visto cómo algunos de esos jeques que habían despertado la ira de los pachás gobernadores y los burócratas de Estambul eran arrancados de sus hogares y sus tekkes y enviados a remotas ciudades de provincias donde se veían obligados a dar clases sobre el Corán para poder ganarse un dinerillo y sobrevivir a base de pan. A veces era su orgullo el que llevaba a esos jeques, cuyo único crimen era seguir sus creencias, a cometer los errores que habían enojado a Estambul. O quizá se habían excedido en su intento por demostrarles a sus acólitos lo poderosos que eran. El jeque Hamdullah había ido con pies de plomo, especialmente durante el gobierno de Sami Pachá, para evitar que le sucediera justo eso, pero por lo visto no lo había conseguido.

El carruaje pasó por una calle desde la que se veían las tiendas de campaña y los catres que atestaban el jardín trasero del hospital Hamidiye. Luego giró a la izquierda, subió por otra cuesta, pasó junto al horno de Zofiri y torció hacia la avenida Hamidiye por la esquina donde estaba la barbería de Panayot. Las calles estaban totalmente desiertas y sumidas en la oscuridad. Turbado por la intuición de que lo enviaban al exilio, el jeque contemplaba la ciudad en la que había vivido durante los últimos diecisiete años como un lugar desolado, abandonado, terriblemente desamparado. La luz de las estrellas se derramaba sobre el castillo y las casas de piedra rosa blanquecina confiriéndoles un matiz singular y extraño. El jeque sabía que, adondefuera que lo llevaran, añoraría profundamente esa luz. Al cerrar los ojos veía en su mente alguna ciudad oriental fría y lúgubre, sin árboles y sin siquiera ventanas, algún sitio en el que nunca había estado antes como Erzurum o Van. Si lo desterraban a algún lugar tan inhóspito y remoto, lejos de las vías ferroviarias, nadie podría seguirlo hasta allí, sobre todo en tiempos de peste y cuarentena. Seguramente Nimetullah Efendi, su leal derviche del sombrero cónico de fieltro, trataría de convencer a otros fieles para que emprendieran la búsqueda de su jeque, pero cuando

inevitablemente encontrara a traidores en cada paso del camino, descubriría lo ruines y cobardes que pueden ser los seres humanos enfrentados a la derrota.

Mientras el landó avanzaba por la avenida Hamidiye y cruzaba el puente, el jeque pensó que lo llevaban a la antigua sede de la gobernación. Pero cuando el carruaje llegó a la plaza de la nueva sede ministerial, sorteando a los soldados y policías apostados allí, continuó hacia la plaza de Hrisopolitissa, pasó junto al hospital Theodoropoulos y prosiguió hacia la bahía de Flizvos. Al descender hacia la costa, el jeque respiró el olor del mar y de las algas que se colaba a través de la ventana entreabierta.

Lo mejor de vivir en esa isla y en esa ciudad era que, incluso en los peores días y en los tiempos más difíciles, no tenías que ir muy lejos para disfrutar de una vista del mar y de un rastro de su olor que serenaba el espíritu y volvía a hacer que la vida mereciera la pena. Al jeque ya empezaba a angustiarle la idea de que lo mandasen lejos de ese clima suave, cálido y temperado, desterrado a algún lugar extremadamente árido o cubierto por la nieve donde tendría que esperar la llegada del dinero que le enviaran sus discípulos por correo y vivir entre gente tan pobre que tenía que cobijarse en cuevas. Tendría que presentarse ante una nueva comunidad y una nueva tribu que no sabrían que él era un jeque respetado y querido, y se vería obligado a impartir clases sobre el Corán y dar sermones para poder sobrevivir. A medida que el landó blindado avanzaba a lo largo de la costa, el jeque Hamdullah no podía dejar de pensar en que pronto iría a recogerlo una barca para llevarlo hasta las aguas donde lo esperaba el Mahmudiye, y que así darían comienzo sus años de exilio, tal vez recibiendo el trato brusco e irreverente de los soldados otomanos que viajaban a bordo del acorazado. Mientras el carruaje bajaba por una cuesta muy empinada y de empedrado duro, el jeque escuchaba el claqueteo metálico de los cascos de los caballos y sucumbió a una extraña sensación de estupor a

medio camino entre la ensoñación y el arrepentimiento: nunca había sentido un deseo tan fuerte de poder quedarse aquí.

Y aun así, después de descender por el camino de la playa, el carruaje tampoco se detuvo en la cala de la Piedra, sino que continuó hacia el norte. Al jeque le alivió constatar que no había allí ninguna barca que fuera a llevárselo de la isla y enviarlo al exilio ordenado por Abdülhamit. Un extraño frescor llegó desde el bosque, y poco después escuchó un sonido murmurante y el canto quejumbroso de un pájaro. A la derecha del landó se podían oír las salpicaduras de las pequeñas olas que chocaban contra los acantilados rocosos y las playas arenosas. El jeque Hamdullah concluyó que por allí no había nadie, ningún movimiento, y que incluso los barqueros que se dedicaban al contrabando habían cesado sus actividades.

Contrariamente a lo que se había imaginado con horror, nadie iba a enviar al jeque a ningún rincón remoto del Imperio. Sami Pachá se había puesto en contacto con el propietario y el cocinero del hotel Constanz, situado al nordeste de Arkaz, y les había ordenado que acondicionaran aquel caserón que muy pocos conocían para el «exilio» del jeque Hamdullah. El pachá y el cónsul George solían quedar allí de vez en cuando para almorzar cuando el hotel Regard à l'Ouest cerraba por final de temporada, o simplemente por variar un poco.

Aunque el hotel había sido desinfectado a conciencia tras haber sido ocupado por intrusos y enfermos de peste, y aunque todo en aquella desvencijada mansión parecía crujir y chirriar, plagada de jinns y hadas, el jeque Hamdullah no se sintió a disgusto en aquel lugar. Estaba tan aliviado de no tener que abandonar la isla que, tras realizar sus abluciones en la pequeña habitación que le habían asignado, empezó a rezar al momento con ojos llorosos, dando una y otra vez las gracias a Alá por haber escuchado las súplicas de su humilde sirviente y permitir que se quedara en Minguer. Porque estaba seguro de que no tardaría en regresar a la tranquilidad de su querido tekke.

62

El comandante Kâmil permaneció en la sede ministerial hasta que concluyó la operación en el tekke del jeque Hamdullah. Una vez que se confirmó que el jeque había sido capturado con éxito y que ahora se encontraba retenido en el hotel Constanz, regresó al hotel Splendid caminando por las calles oscuras, seguido por sus escoltas. Mientras descendía por las empinadas cuestas escuchando el ruido de sus pasos por las aceras desiertas, volvió a experimentar el sentimiento de aprensión y tristeza que le generaba el aspecto desolado de la ciudad.

Llevaba horas sin ver a Zeynep, desde que había abandonado la habitación dando un portazo tras enterarse de que había salido del hotel sin su permiso para ir a visitar a su madre. Se había convencido de la legitimidad de su reacción diciéndose que «¡No puedo permitir que ahora me paralice el miedo a la peste, justo cuando mis actividades políticas me están permitiendo llevar a la práctica los ideales por los que tanto he luchado!». Pero también había demorado su regreso porque sabía que, si entraba en la habitación y descubría que su mujer había contraído realmente la peste, eso sería más de lo que podría soportar. Además, a lo largo del día le había estado enviando mensajes por medio de escribanos. Si Zeynep tuviera la peste, le habría resultado imposible ocultar los primeros síntomas y dolores de cabeza, y los emisarios ya se lo habrían notificado.

Así pues, el comandante se sentía optimista cuando entró en el hotel a medianoche. Pero, a medida que subía las escaleras, notó cómo su confianza empezaba a desvanecerse. No podía dejar de pensar en la tumescencia roja sobre la piel sedosa de Zeynep. ¿Qué aspecto tendría ahora? Decidió no preguntarle nada a su mujer sobre el tema.

Sami Pachá había apostado a un guardia redundante en la entrada de sus aposentos. Cuando el comandante hizo girar la llave en la cerradura y entró en la habitación, no pudo ver a su mujer. Si todo iba como debía, Zeynep ya estaría durmiendo. Pero, a la tenue luz que se filtraba por la ventana, el comandante vio que su mujer no estaba en la cama.

Cogió una vela que había allí cerca y la encendió con manos temblorosas, y cuando levantó el candelero de latón lo primero que vio fue el peine de perlas que había desaparecido, y después vislumbró a su mujer, sentada cerca de la ventana.

—Zeynep —la llamó.

Al ver que su esposa no respondía, el comandante Kâmil empezó a angustiarse, pero logró mantener la calma. El candelero que sostenía dibujaba arabescos de sombra sobre las paredes de la habitación. Se acercó a Zeynep y, al iluminar su rostro, vio que estaba pálida y triste.

—Hemos sacado al jeque Hamdullah del tekke y lo hemos escondido en un lugar fuera de la ciudad… —dijo en tono casi de disculpa.

Pero Zeynep no mostró interés alguno. ¿Acaso estaba enfadada con él por haberse marchado dando un portazo y haber estado fuera tanto tiempo? ¿O quizá estaba asustada por haberse visto sola cuando empezaba a notar que podría estar enferma?

Zeynep rompió a llorar, como una niña frágil incapaz de expresar la profunda e íntima aflicción que la atormentaba. El comandante Kâmil intentó consolarla, abrazándola, acariciándola, estrechándola entre sus brazos y susurrándole palabras dulces al oído.

Se tumbaron en la cama sin cambiarse de ropa. El comandante adoptó la postura que había aprendido durante su breve tiempo de casados y que tanto les gustaba a ambos: abrazó a su mujer desde atrás, posando sus labios contra la base de su cuello y rodeando su vientre con los brazos, allí

donde se estaba gestando su hijo. Se habían quedado muchas noches dormidos en esa postura.

El comandante exploró el cuerpo de Zeynep, su vientre, sus brazos, pero no dejó que sus manos se acercaran a la ingle donde temía que estuviera creciendo el bubón de la peste. Lo más importante era que su mujer no tenía fiebre. Pero, a diferencia de lo que solía ocurrir, no quería hacer el amor. Y, en ese momento, tampoco a él le apetecía.

Su mujer volvió a sollozar. Por alguna razón, el comandante no se atrevía a preguntarle por qué lloraba. Siguió abrazándola en silencio. ¿Significaba ese silencio su aceptación de que sucedía algo terrible?

Queriendo desesperadamente quedarse dormidos, al final se durmieron. Mucho más tarde, entre el sueño y la vigilia, oyeron unos gritos procedentes de los muelles. Pero ambos habían soñado cosas tan raras y aterradoras que supusieron que formaban parte del infierno onírico de sus mentes.

Mientras los gritos se desvanecían, el comandante sintió que podría morir de tristeza. Después de tantos años de esfuerzos, yendo de una ciudad a otra y de un frente de batalla a otro, su felicidad había durado solo dos meses y medio. ¡Qué brevedad, por Dios! Si Zeynep enfermaba, todo habría terminado. No solo morirían su mujer y el niño que llevaba en su seno, sino que probablemente también él moriría. ¡Y, por desgracia, eso podría significar también la muerte de la nación minguerense! El comandante volvió a entreoír gritos procedentes del exterior, pero las escenas que poblaban su mente eran tan funestas y aterradoras que no consiguió que esos ruidos de fuera formaran un pensamiento coherente, así que volvió a quedarse dormido. O quizá se convenció de que se había dormido.

Se despertó cuando Zeynep empezó a temblar entre sus brazos. Había visto y oído las violentas sacudidas que afectaban a los enfermos cuando comenzaban a presentar las primeras fiebres. La abrazó con todas sus fuerzas, como si

estrecharla con más firmeza pudiera detener los temblores. Aquello hacía prácticamente imposible que su mujer pudiera seguir ocultándole la enfermedad.

Entre la humareda de sus pensamientos, también encontraba momentos para sentirse furioso con su mujer; no podía creer que hubiera salido de la habitación y del hotel para ir a visitar a su madre, cuando no había ninguna necesidad de hacerlo.

Quería decirle: «Has sacrificado nuestra felicidad, la vida de nuestro hijo, el futuro de nuestra nación… ¡y todo por salir a dar una vuelta!». Pero sabía que si le decía algo así, acabarían discutiendo antes incluso de que llegaran los doctores. Y, lo más importante, en lugar de atormentarse dándole vueltas a los errores cometidos, tenía que concentrarse en lo que debían hacer a continuación. Sin embargo, el problema al que se enfrentaban era tan monstruoso que el comandante no sabía cómo pensar o reaccionar.

Su mujer volvió a llorar en silencio, llena de congoja. El mayor seguía sin atreverse a preguntarle nada. Zeynep sufrió otros dos ataques de temblores, pero su cuerpo no se notaba demasiado caliente. El comandante no sabía qué hacer: no quería salir de la cama, deseaba que la mañana nunca llegara, que la enfermedad de su mujer no empeorara, que el tiempo sencillamente se detuviera. Pero el día fue despuntando poco a poco, teñido de ese extraño resplandor entre rosa y amarillo. Los gritos e imprecaciones procedentes de los muelles también crecieron en intensidad…

La muchedumbre congregada en la zona del puerto estaba formada por derviches airados del tekke de los Halifiye. Estaban furiosos porque las autoridades habían secuestrado a su jeque, Hamdullah Efendi. Sus movimientos no habían sido premeditados, simplemente habían salido del tekke en mitad de la noche para buscar a su jeque, habían recorrido los barrios de Kadirler y Vavla, y por último habían bajado hasta los muelles. Durante su marcha no habían lanzado consignas ni

proclamas de ningún tipo, no habían rezado ni invocado el nombre de Alá. Lo único que hicieron fue caminar en silencio hacia su destino. Esos tenaces discípulos parecían marchar en plena noche con la firme determinación de encontrar a su jeque y llevarlo de vuelta a casa. Se limitaban a caminar siguiendo a la persona que tenían delante. Faltaba poco para el amanecer cuando aquella multitud que incluía a cuarenta o cincuenta acólitos de los Halifiye había salido del tekke, recorrido las calles de Vavla y bajado hasta el viejo embarcadero de Piedra; luego habían avanzado siguiendo la media luna de la bahía y a través del puerto hasta llegar al edificio de aduanas donde, al toparse con un muro formado por soldados de la División de Cuarentena en la esquina donde la avenida Hamidiye desembocaba en los muelles, habían detenido su marcha.

Aquella improvisada manifestación había sido alimentada por la furia de los discípulos del jeque Hamdullah del tekke de los Halifiye. Sin embargo, el comportamiento de la masa aquel día parecía reflejar un deseo instintivo de huir de Arkaz y de la peste, y para que el nuevo régimen y el nuevo gobierno prosperaran y se consolidaran, habría tenido sentido conducir a esa multitud hasta las puertas de la ciudad y dejarles que se marcharan si así lo deseaban. Pero a esas alturas la ciudad no estaba gobernada por la razón y la lógica, sino por la aprensión y la falta de comunicación, por lo que, acatando las órdenes directas que seguían recibiendo de la sede ministerial, los soldados de cuarentena detuvieron el avance de los airados discípulos de los Halifiye al llegar a los muelles.

Al ver que no se les permitía salir de la ciudad, los jóvenes derviches y discípulos del tekke de los Halifiye empezaron a alzar sus voces airadas. En nuestra opinión, aquel fue el inicio de la segunda fase de la Revolución de Minguer, impulsada por aquella multitud para la que la idea de «nación» se reducía al cuenco de sopa y el pedazo de pan que recibían a diario en el tekke. Esos derviches de los Halifiye —y los demás agitadores que se les sumaron por el camino— fueron los

responsables de desencadenar la atmósfera de anarquía y caos apocalíptico que estalló ese día en Arkaz. Mientras el comandante miraba por la ventana del hotel Splendid, los soldados de cuarentena dispararon al aire a modo de advertencia. Tres disparos que retumbaron por toda la ciudad.

Cuando el comandante Kâmil se apartó de la ventana y se giró hacia la cama, vio que su mujer volvía a llorar. Al ver acercarse a su marido, Zeynep se recompuso un poco, se incorporó en la cama, se levantó el camisón y le mostró el forúnculo de la ingle.

En efecto, en apenas un día el bultito ligeramente endurecido se había transformado en una especie de forúnculo. Aunque había crecido, todavía no era propiamente un bubón. Pero pronto lo sería, y su mujer se retorcería entre agónicos dolores en la cama. El comandante podía verlo ya en los ojos y la expresión de su rostro. Sabía que Zeynep no tardaría en comenzar a delirar por el dolor: la feliz vida que habían compartido en esa habitación había llegado a su fin.

¡Y qué feliz había sido esa vida! ¡Y ahora todo había terminado, todo! El comandante sabía que su propia vida también había llegado a su fin. Estaba tan seguro de ello que incluso se enorgullecía de su lucidez, de no tratar de engañarse como hacían los cobardes. Pero ese instante de realismo implacable no duró mucho.

El comandante se sentó al lado de su mujer y palpó ligeramente el forúnculo de su ingle.

—¿Te duele? —preguntó.

Aún no se había inflamado por completo y no resultaba muy molesto. Pero a lo largo del día el dolor iría en aumento hasta resultar inaguantable, y en ese momento un médico tendría que sajar el bubón para tratar de aliviar el suplicio de su mujer. Cuando ejercía de guardaespaldas del damat doctor Nuri y lo acompañaba por los hospitales de la ciudad, el mayor Kâmil había visto a muchos enfermos en ese estado, y sentía

muchísima pena mientras los observaba debatirse agónicamente con su dolor.

Zeynep volvió a recostarse en la cama. El comandante podía ver la conmoción y la frustración en su semblante, así como la sensación de arrepentimiento que debía de estar experimentando, como si todo aquello hubiera sucedido por su culpa.

—¡Tenemos que ir al hospital Theodoropoulos! —dijo el comandante—. Cuanto antes te abran y vacíen el forúnculo, mejor.

—¡No quiero ir a ningún hospital! —replicó Zeynep—. Tampoco quiero salir de esta habitación.

El comandante la rodeó entre sus brazos, sintiendo que eso era lo que esperaba de él. Permanecieron tumbados en la cama mucho tiempo, abrazándose en silencio con todas sus fuerzas. Mientras escuchaba su respiración y los latidos de su corazón, notando los movimientos internos de su cuerpo con la yema de los dedos, el comandante rememoraba completamente destrozado los dos meses y medio que habían compartido, el carácter indómito de su mujer y lo mucho que se habían reído juntos.

—¡Venga, amor mío, levántate y vamos al hospital! —dijo al cabo de un rato.

—¿No eres tú el sultán de este lugar? —respondió Zeynep —. Pues que vengan ellos.

El comandante pensó que no le faltaba razón. El tratamiento podía realizarse perfectamente en su habitación, que era la más grande del hotel. Aunque también sabía que sajar un bubón incipiente que todavía no había acabado de desarrollarse tampoco podía considerarse un tratamiento. Dado que la paciente en cuestión era la esposa del comandante, todos actuarían como si estuvieran haciendo algo muy útil, como si su intervención pudiera salvar la vida de Zeynep, pero en realidad sajar un bubón —aunque fuera pequeño y no se

hubiera endurecido del todo, o aunque estuviera muy hinchado y sobresaliera visiblemente— no servía para curar la peste y solo ayudaba a mitigar (un poco) el dolor del enfermo. Pero ni siquiera existía una certeza absoluta al respecto. El único hecho demostrable y corroborado por la experiencia era que la gran mayoría de los enfermos que desarrollaban bubones acababan muriendo. El comandante había escuchado a menudo cómo el damat doctor Nuri discutía esos asuntos con los doctores rums de la isla pasando rápidamente del turco al francés.

Pero ahora, si no quería volverse loco, lo que debía hacer era olvidarse de todo lo que había observado y aprendido escuchando a los doctores, y empezar a creer que los enfermos de peste con bubones podían curarse. Pero fuera quien fuera el médico que acudiera a tratar a su mujer, le recordaría de inmediato la normativa de cuarentena e insistiría en que debían separarse. La única manera de evitarlo sería confinarse junto a su mujer.

No obstante, también era consciente de que los rumores que empezarían a circular sobre que el comandante había contraído la peste, o sobre que lo habían confinado y puesto en aislamiento, no solo debilitarían los esfuerzos de cuarentena, sino también al nuevo gobierno. Quizá la gente no cuestionara demasiado el hecho de que la esposa del comandante no hubiera ido al hospital. Pero pronto darían rienda suelta a su escepticismo: si ni siquiera el poderoso comandante había podido evitar la peste, ¿cómo se suponía que iba a salvarlos a todos? ¿Cómo podría ser él la persona que les enseñaría su antigua lengua, los antiguos nombres minguerenses?

Al mismo tiempo, no quería que los temblores y los llantos y los quejidos desesperados empezaran antes de haber logrado convencer a Zeynep de salir de la habitación para ir al hospital. Su mujer no sabía nada sobre el calvario que atravesaban los enfermos de peste. Era su deber contarle la verdad cuanto antes.

Pero lo único que quería Zeynep era que su marido la estrechara entre sus brazos y le ofreciera la seguridad, *aquí y ahora* , de que todo iría bien. Cuando él la abrazaba, Zeynep sentía que su marido no tenía miedo de que ella le contagiara, lo cual significaba que él la amaba de verdad. Luego volvía a echarse a llorar, aterrada ante la terrible desgracia que les había caído encima.

Yacieron juntos durante un largo rato, abrazándose muy fuerte. La luz de la mañana se filtraba en la habitación a través de los postigos y entre las cortinas. El comandante observaba las partículas del polvo que flotaban en los haces luminosos, escuchando atentamente la respiración de su mujer e intentando distinguir las voces que llegaban del exterior.

El descontento general provocado por el secuestro del jeque Hamdullah iba en aumento. Los jeques de otros tekkes habían empezado a declarar su apoyo a aquella «revuelta de los derviches». No había una estructura organizada ni unos cabecillas visibles, sino que fue un movimiento espontáneo. El comandante era un nativo minguerense y conocía bien a su gente, e incluso mientras abrazaba a su mujer tratando de no sucumbir a la tristeza y el sufrimiento, podía adivinar lo que estaba sucediendo en la ciudad por los ruidos que se colaban en la habitación: los soldados más combativos de su División de Cuarentena estaban batallando contra la gente de los tekkes en las calles. Todavía no había corrido la sangre, pero en Vavla y en los muelles los soldados ya habían disparado algunos tiros de advertencia al aire… o, según algunos, directamente contra los derviches. Y mientras se producían los disturbios, el comandante permanecía tumbado en la cama abrazando a su mujer.

Al cabo de un rato, Mazhar Efendi llamó a la puerta. Al ver que el comandante no respondía, dejó una nota y marchó. El comandante era consciente de que estaba teniendo lugar algún tipo de revuelta contra la División de Cuarentena y le habría gustado salir de la habitación y liderar a sus hombres en la batalla. Pero también sabía que, en cuanto abandonara la

habitación, ya no podría seguir ocultando la enfermedad de Zeynep y los obligarían a separarse. Además, si se daba a conocer que su esposa estaba enferma, le resultaría mucho más difícil dirigir a su regimiento.

Hacia el mediodía, Zeynep vomitó dos veces seguidas y luego se desplomó sobre la cama terriblemente fatigada. El corazón le latía muy deprisa, sudaba profusamente y se sentía muy dolorida. Era consciente de que si venía algún doctor la separarían de su marido, así que cuando lo veía acercarse hacia la puerta rompía a llorar.

Por la tarde le subió mucho la fiebre y empezó a delirar. Fue entonces cuando pronunció una frase que entristeció profundamente al comandante: «¡Moriré sin haber visto Estambul!». Él le prometió una y otra vez que la llevaría allí.

—¡Iremos al palacio de Beşiktaş donde vivía cautiva Pakize Sultan, visitaremos la Sublime Puerta donde está la sede del gobierno, y te llevaré al Instituto Imperial de Bacteriología en Nişantaşı! —declaró el comandante.

Su mujer se echó a llorar de nuevo, y sí, los ojos del comandante también se llenaron de lágrimas.

Ocho horas más tarde, Zeynep moriría por la peste en la cama de su habitación del hotel Splendid. Su muerte fue incluso más rápida que la de su padre, el guardián Bayram Efendi, que había fallecido por culpa del mismo microbio noventa y cinco días antes.

63

Al principio, la revuelta de los derviches Halifiye y sus seguidores de otros tekkes rebeldes en protesta por el secuestro del jeque Hamdullah no pareció un asunto especialmente preocupante. Algunos discípulos empuñaban palos, pero la mayoría iban desarmados y, para demostrar que no tenían intención de luchar, ni siquiera habían cogido ramas sueltas por el camino. Sami Pachá no tenía duda de que a los soldados de cuarentena no les resultaría muy difícil poner a raya a esta panda de alocados.

En cambio, muchos historiadores coinciden en que la revuelta que estalló esa noche en la prisión del castillo alteraría dramáticamente el curso de la historia de Minguer. Una vez dicho esto, nosotros no compartimos la opinión de algunos cronistas de que, si el comandante hubiera dejado el lecho de su mujer enferma para acudir de inmediato a dirigir a sus tropas, los acontecimientos habrían tomado un rumbo muy distinto y se podrían haber evitado muchas muertes. Porque, para cuando el motín en la mazmorra del castillo había crecido hasta alcanzar unas proporciones inesperadas, llegando a un punto crítico que requeriría de todo el ingenio militar y político del comandante, ya era demasiado tarde y el Estado se encontraba demasiado debilitado como para poder intervenir.

Hartos del brutal tratamiento que habían recibido de los guardianes, y también de la expansión sin freno de la epidemia entre los muros de la prisión, los reclusos de la tercera galería, también llamada galería de los novicios, esperaban desde hacía un tiempo el momento adecuado para amotinarse. La atmósfera de «anarquía» que parecía haberse apoderado de las calles de la ciudad tras el secuestro del jeque Hamdullah, así como la hostilidad que los líderes de los tekkes, algunos comerciantes y los agitadores habituales estaban alentado en

contra de los soldados de cuarentena, les proporcionaron la excusa y la inspiración que habían estado esperando. La ciudad entera parecía haberse visto envuelta en un aura de catástrofe, y los furiosos convictos sintieron que había llegado el momento de pasar a la acción.

Sin embargo, lo que más había inflamado los ánimos de los reclusos fueron los sucesos posteriores a la llegada de la peste a la tercera galería diez días atrás. La única medida que había tomado la administración carcelaria había sido poner en cuarentena toda la galería. Los prisioneros ni siquiera podían salir al exterior a tomar un poco de aire y de luz del sol, lo cual no hizo más que acrecentar su rabia. En cuanto a alguno de ellos le salía un bubón de la peste, lo enviaban al hospital Hamidiye (todavía no le habían cambiado el nombre). Pero como nunca más se volvía a tener noticias de ellos, nadie quería que lo mandaran al hospital. Cada día se abrían las puertas de la galería para dejar entrar a dos bomberos que, escoltados por los guardias, rociaban con desinfectante a los atemorizados presos y hasta el último rincón de los pasillos y las celdas, pero a la mañana siguiente otros dos reclusos se despertaban con bubones en el cuerpo y los enviaban a morir al hospital Hamidiye.

Fue durante una de esas sesiones de desinfección cuando uno de los prisioneros se desplomó sobre su catre fingiendo un ataque de delirio febril provocado por la peste, y en medio de la confusión los demás reclusos consiguieron reducir a uno de los carceleros y arrebatarle las llaves. Tras una breve refriega, los demás guardianes también se rindieron. En cuestión de minutos, antes de que el alcaide de la prisión se enterara de lo que estaba sucediendo, los amotinados se habían apoderado de todo el edificio. Los efectos de la peste también contribuyeron a su fácil victoria: el número de encargados y funcionarios de la prisión se había reducido de manera considerable, ya fuera porque habían muerto o porque tenían miedo a la enfermedad. Algunos guardianes habían desertado de sus puestos de trabajo

después de que empezaran a circular los primeros rumores de que la peste se había propagado por la prisión.

Esa misma noche, los amotinados ya se habían hecho con el control de todo el castillo, aprovechándose de la mínima resistencia. En ningún momento habían planeado ni soñado algo así. De hecho, su insurrección no había sido organizada en absoluto. Pero en cuanto el alcaide vio que el edificio central de la época bizantina había caído también en manos de los rebeldes, ordenó a sus hombres que se retiraran y abandonaran la Torre Veneciana y las oficinas administrativas. A aquellos que puedan argüir que el alcaide fue excesivamente prudente o timorato, nos gustaría recordarles lo siguiente: cuando se cruzaban con alguien del que desconfiaban, que no les caía bien o que simplemente se interponía en su camino, los delincuentes de la tercera galería no se andaban con tonterías y lo golpeaban hasta machacarlo y darlo por muerto. Tres de aquellos convictos habían prendido fuego al edificio de las cocinas donde les habían torturado con la falanga y les habían marcado con tizones ardiendo. Esa misma noche hubo otros incendios por todo Arkaz. El alcaide tomó la decisión correcta cuando decidió huir de la prisión.

Pero la precipitada huida de las autoridades carcelarias también pilló por sorpresa a los intrépidos matones de la tercera galería, y los dejó con unas responsabilidades que no habían previsto. Ahora tenían el control del castillo. ¿Debían vaciar el resto de galerías? Ningún gobernador, o primer ministro, o quien estuviera al mando, sabría qué hacer ante una avalancha de presos liberados vagando por las calles. Y, por el momento, tampoco había ni rastro de las fuerzas de Sami Pachá. Algunos de los amotinados hablaron de ir a rescatar a los camaradas infectados que habían sido enviados al hospital, pero tampoco podían olvidarse del resto de los prisioneros de las galerías todavía cerradas que no paraban de vociferar como locos, gritando «¡Sacadnos de aquí!» y sacudiendo los barrotes de hierro de sus celdas. El ambiente estaba impregnado de un nuevo olor a herrumbre, moho y humo.

En las primeras horas de la mañana, todas las galerías habían sido vaciadas. El extenso recinto del castillo se convirtió en una especie de patio de recreo para los prisioneros liberados. Algunos se abrazaban llenos de júbilo y lo celebraban fraternalmente. Otros ya habían abandonado el castillo y habían puesto rumbo hacia la ciudad. Era como si la peste no existiera. Por las calles no se veían policías ni soldados de cuarentena. Podría decirse que la maquinaria del Estado, ya bastante debilitada por la muerte la esposa del comandante en el Splendid Palas, había colapsado por completo.

Al igual que había ocurrido con su padre el guardián, en sus últimos momentos de vida Zeynep pareció recuperarse un poco, dando señales de esperanza. Al ver que el color regresaba a las mejillas de su mujer, el comandante dejó de lado toda precaución y se sentó junto a ella para sentir el bebé que crecía en su vientre. La abrazó y le dijo que todo iría bien, que la cuarentena acabaría triunfando. Que si miraba por la ventana hacia el mar, hacia ese azul tan especial de Minguer, sabría lo hermosa que podía ser la vida.

Mientras Zeynep yacía agonizando, atormentada por los dolores, delirando entre la conciencia y la inconsciencia, su marido Kâmil no se separó de ella en ningún momento.

Se decidió que no habría ninguna ceremonia en el funeral de Zeynep, y que su cuerpo sería cubierto con cal y enterrado a la mañana siguiente. El comandante Kâmil no podía dejar de contemplar la expresión atónita en el rostro ceniciento de su difunta mujer, invadido por un inmenso sentimiento de culpa. Se sentó a su lado y le cogió la mano cada vez más fría, y no se movió hasta que Hadid tuvo que sacarlo a rastras de la habitación.

Todos acordaron que la muerte por peste de la mujer del comandante debía mantenerse en secreto. Así pues, la enterraron discretamente, sin ningún ritual religioso, en una tumba cavada para ella en el Nuevo Cementerio musulmán.

Aparte del habitual carruaje fúnebre, de los enterradores y de algunas gaviotas y cuervos, solo el comandante acudió al funeral. A fin de no llamar la atención, se vistió como un aldeano, con unos pantalones holgados, un fajín ancho, unos zapatos robustos de piel de vaca y un típico fez de campesino.

No sería erróneo pensar que, atormentado por el insoportable dolor de la pérdida de su mujer y su hijo nonato, el comandante optara por refugiarse en la fantasía, imaginándose a sí mismo como un arquetípico aldeano de la isla y a Zeynep como una de las heroínas campesinas de un cuento «pastoral» minguerense. Todavía nos asombra y admira pensar que, en medio de los convulsos acontecimientos que se estaban viviendo ese 27 de julio de 1901, el comandante pudiera concebir el gran dolor que estaba sufriendo como un episodio más de la mitología de Minguer.

Ese día, en la misma vena patriótica profundamente sentida y bienintencionada, el comandante hizo unas declaraciones sobre Zeynep a dos periodistas, uno rum y el otro turco. En esta «entrevista», que sería más tarde publicada en los diarios *Neo Nisi* y *Havadis-i Arkata* , cuenta que él y Zeynep se conocían desde la infancia. (En realidad, había una diferencia de catorce años entre ambos). Zeynep era una niña muy inteligente y resuelta que, a pesar de las amonestaciones de sus maestros, siempre hablaba en antiguo minguerense en la escuela y con sus amigas. El profundo vínculo entre Zeynep y Kâmil se había forjado entonces. Cuando sentían la necesidad de hablar en minguerense, se buscaban el uno al otro y, al expresarse en su lengua materna, los colores de sus almas se revelaban en todo su misterioso lirismo. Fue en el hermoso y dulce rostro de Zeynep donde el comandante descubrió la magnificencia del idioma minguerense, y ya desde entonces había empezado a pensar qué podría hacerse para que volviera a ocupar el lugar que merecía y protegerlo del agresivo influjo de otras lenguas dominantes como el francés, el rum, el árabe y el turco.

Hoy día, todos los ciudadanos de Minguer son capaces de recitar prácticamente de memoria estas palabras, que a nuestro parecer son la expresión más lírica del germen y el espíritu de la revolución y el nacionalismo minguerenses. No deja de sorprender que el comandante pudiera elaborar un discurso semejante en un día tan difícil, y justo antes del entierro de su esposa. Algunos sostienen que el asistente del comandante, Mazhar Efendi, junto con un par de escribanos con dotes literarias, modificaron y corrigieron secretamente esta declaración para que tuviera un tono más sobrecogedor. Las obras ganadoras del concurso de poesía organizado para poner letra al nuevo himno nacional, que se darían a conocer seis meses más tarde, se inspiraron claramente en este discurso «fundacional» del comandante.

El texto también incluye algunas reflexiones sobre la similitud fonética entre las palabras minguerenses para «agua», «Dios» y «yo», y sobre las sombras arrojadas por los misteriosos vínculos que conectan a los objetos con sus significados. La pintura al óleo realizada siete años más tarde por Aleksandros Satsos, en la que aparece el comandante rezando solo en el Nuevo Cementerio musulmán mientras entierran a su mujer Zeynep, sigue estando muy viva en la mente de los mingueresses, tanto como la entrevista poética que acabamos de mencionar. El gran talento del artista logra captar de forma excepcional los dilemas internos que asolaban el alma del comandante.

La pintura muestra al comandante como un hombre devastado por el dolor mientras contempla la tumba de su mujer embarazada a la que acaba de enterrar (se ven unos cuervos al fondo), pero al mismo tiempo lo retrata como una figura heroica que lucha con todas sus fuerzas para mantenerse firme, estoico y sereno por el bien del futuro de la nación. El cuadro, cuyo cromatismo dominante es un amarillo brumoso, también nos emociona gracias a su cautivadora atmósfera. Los trazos de las llamas azuladas que se alzan desde la ciudad y desde las fosas de incineración añaden dramatismo a la escena.

Pero el elemento más conmovedor es sin duda el sentimiento de «patria» y pertenencia que evocan las planicies, colinas y montañas escarpadas de Minguer, extendiéndose en lontananza.

64

Los dirigentes del nuevo estado minguerense habían estado muy ocupados tratando cuestiones elevadas como la enseñanza en las escuelas, la historia de Minguer, los nombres tradicionales o el folclore de la isla. Concentrados en sus obsesiones e intereses personales, parecían haberse replegado del mundo que los rodeaba y ser incapaces de comprender la terrible magnitud de lo que estaba ocurriendo en la ciudad. Esto también se debía al hecho de que muchos funcionarios, escribanos, espías y soldados habían dejado de acudir al trabajo y buscaban cualquier excusa para desaparecer del mapa. Dos soldados de la División de Cuarentena habían sido atacados por un grupo de jóvenes de los llamados «sectarios» mientras patrullaban por las calles de Turunçlar, y mientras que uno había logrado escapar ileso, el otro había sido apaleado brutalmente y había sufrido graves lesiones en un ojo. Este incidente causó gran indignación entre los soldados de cuarentena, que juraron vengarse. Temiendo una represalia excesiva, Sami Pachá se mostró reacio a que se movieran libremente por la ciudad.

El momento que realmente cambiaría el rumbo de la historia de Minguer se produjo cuando los presos que habían tomado el control del castillo decidieron, después de darle algunas vueltas al asunto, abrir la gran verja de hierro del área de aislamiento, la única zona del gran recinto carcelario que aún permanecía cerrada. Y, como resultado de esta decisión, fueron liberadas unas trescientas personas infectadas o sospechosas de estar contagiadas.

¿En qué pensaban los presos cuando decidieron vaciar el área de aislamiento? ¿Actuaron movidos por una lógica anarquista, simple y primitiva, diciéndose que, ya que habían liberado a todo el mundo, «también podemos soltar a estos»?

¿O tal vez pensaron que «¡ahí tenéis lo que os merecéis!», convencidos de que al liberar a toda esa gente enferma o posiblemente infectada paralizarían toda la ciudad y la epidemia se propagaría aún más deprisa? Seguramente no lo sabremos nunca (aunque hay muchas teorías al respecto). Tal vez creían lo que muchas autoridades y funcionarios también pensaban en secreto que las estrictas medidas de cuarentena no servían de mucho e incluso resultaban completamente inútiles. (Pero, en cualquier caso, la gente confinada en el área de aislamiento había sido encerrada sin una razón de peso. ¡Liberarlos era una buena acción!).

Los amotinados rompieron la cerradura de la verja del área de aislamiento, pero en ningún momento se molestaron en decirles a los de dentro «¡Sois libres!». Nadie quería asumir esa responsabilidad por miedo a contraer la peste, así que pasó un buen rato antes de que los confinados se enteraran de que podían marcharse. El área de aislamiento se fue vaciando mucho más lentamente que las celdas de la mazmorra. Pero la noticia de su liberación corrió mucho más deprisa, y a la mañana siguiente del motín en la prisión ya se había propagado por todo Arkaz. ¡Esa catástrofe nunca habría ocurrido si los guardianes y los funcionarios de cuarentena no hubieran salido huyendo!

La fuga de todos los encerrados en la mazmorra y en el área de aislamiento —es decir, en todo el castillo— alteró radicalmente la atmósfera de la ciudad. Pronto empezó a ser habitual ver a los que habían escapado del confinamiento caminando de vuelta a sus casas por las calles de detrás del castillo. Los vecinos que se cruzaban con ellos les deseaban que les fuera bien, y también a los presos fugitivos, aunque era evidente que les tenían miedo. Ni los guardias ni los funcionarios de cuarentena hacían nada por detenerlos.

Aquellos que estaban infectados y visiblemente enfermos no solían ser muy bien recibidos al llegar a sus casas. Algunos se quedaban destrozados al descubrir que sus familias se habían marchado, que sus seres queridos habían muerto, o que

sus hogares habían sido ocupados por desconocidos. A veces estallaban peleas o discusiones con esos nuevos moradores, o con sus propios parientes que habían permitido que se instalaran en sus casas. A otros ni siquiera los dejaban entrar en sus casas, por miedo a que portasen la enfermedad con ellos. Algún juicioso pariente intentaba convencerlos de que lo mejor que podían hacer era regresar al castillo y cumplir la cuarentena preceptiva. De hecho, muchos de los confinados ni siquiera abandonaron el área de aislamiento porque preveían que se encontrarían con ese tipo de problemas en sus casas y no recibirán el pan y la sopa que les daban a diario en la prisión. Esa gente se instaló inmediatamente en los mejores catres y espacios que habían quedado vacantes tras la fuga de los presos. Sin embargo, tal vez no sea del todo exacto sugerir que esas personas se quedaran en el castillo pensando en que podrían recibir un poco de pan y sopa, ya que en la última semana las cantidades de harina disponibles en los hornos y los panes que se repartían por toda la ciudad y el área de aislamiento se habían visto reducidas a la mitad.

Tal como han descrito algunos historiadores, aquellos fueron momentos de anarquía, abandono y vacío de poder, una situación caótica que se descontrolaba más y más conforme pasaban las horas. Cuando todavía no se había cumplido ni un mes de la proclamación del nuevo estado, las calles de la ciudad estaban llenas de criminales, violadores, asesinos y presos apestados, junto con otros sospechosos de estar infectados.

Este último grupo estaba formado por los que pensaban que habían sido confinados «injustamente». Y era cierto que muchos habían sido encerrados sin estar enfermos, tan solo por haberse comportado de forma insolente con los soldados de cuarentena, por negarse a obedecer a sus órdenes o por infringir flagrantemente las normas de cuarentena. Es decir, su confinamiento no respondía a razones médicas. Técnicamente tendrían que haberlos encerrado en la mazmorra, pero las autoridades sabían que el aislamiento «administrativo» podía

ser un castigo más intimidante y persuasivo, y los soldados de cuarentena pensaban que había que aplicar mano dura y dar una buena lección a aquellos irresponsables que se tomaban las prohibiciones a la ligera. Pero ahora ese mismo grupo estaba dispuesto a vengarse de los soldados de cuarentena, ya que pensaban que sus actos habían provocado que mucha gente sana acabara enfermando. No solo estaban en contra de la División de Cuarentena, sino también de los doctores, las prohibiciones y las medidas de prevención en general, bajo la influencia de los rumores que afirmaban que en realidad eran los médicos, los cristianos y los funcionarios de cuarentena los que habían traído deliberadamente la peste a la isla. Sami Pachá era consciente de que resultaría imposible apresar a esa multitud cada vez más numerosa y volver a encerrarla en las instalaciones de aislamiento.

Los que habían escapado del confinamiento no tardaron en darse cuenta del vacío de poder que imperaba en Arkaz. La gente que anteriormente se había refugiado en sus casas por miedo a la peste, la revolución y las ejecuciones ahora dejó de salir por completo al ver a los criminales y apestados que se habían fugado de la mazmorra y del área de aislamiento campando a sus anchas por las calles. Siguiendo las instrucciones de Sami Pachá, que temía por sus vidas, los soldados de cuarentena tampoco se dejaban ver por ninguna parte.

Una razón por la que los ciudadanos resentidos que salían del aislamiento consiguieron granjearse el respeto de la población fue el hecho de que ayudaron a proteger los comercios y las casas contra los amotinados y demás delincuentes que se habían fugado de la prisión. Tras escapar después del motín en el castillo, algunos de los presos más veteranos estaban decididos a ocupar las residencias de la ciudad que más les gustaban, o por lo menos instalarse en algún rincón de sus patios o jardines, envalentonados por la ausencia de policías o soldados que ayudaran a mantener el orden público. Un puñado de los rufianes más brutos e

ignorantes bajaron hasta los muelles para buscar alguna embarcación que los llevara a Esmirna, y allí se enfrentaron con los soldados de cuarentena y con algunos de los antiguos confinados en el área de aislamiento. La primera refriega seria estalló entre un par de prisioneros fugados y el tendero de un comercio situado al principio de la bajada del Asno Rebuznador, en el que se vendían higos, nueces, quesos y otros productos traídos desde los pueblos. Al ver que uno de los exconvictos se estaba comiendo los higos expuestos en el mostrador, mientras que el otro se estaba metiendo un trozo de queso en el zurrón, el tendero y su familia decidieron plantarles cara. Se notaba que eran vulgares delincuentes, y no fugitivos apestados huidos del área de aislamiento, así que no les tenían miedo. A la pelea se unieron el hermano del tendero y unos amigos suyos que, precisamente, se habían juntado para celebrar su liberación después de pasar «injustamente» cinco días en aislamiento. La reyerta entre los ladronzuelos y los airados fugitivos del confinamiento no fue más que un intercambio de golpes con varas y porras y se prolongó apenas unos minutos, pero por la ciudad no tardó en correr el rumor de que los «infectados» eran gente de fiar y protegían a los comerciantes contra aquellos despiadados criminales.

El primer ministro Sami Pachá seguía con atención el desarrollo de los acontecimientos desde el despacho que había ocupado durante los últimos cinco años, donde se reunió esa misma noche con el asistente del comandante, Mazhar Efendi, y con el damat doctor. El gobierno no contaba con soldados ni policías suficientes para proteger a la población contra los presos y los alborotadores que campaban por las calles, ni contra los fugados del confinamiento y los discípulos de los tekkes con ánimo de venganza. Después de los brutales ataques sufridos por algunos de sus compañeros, los soldados de la División de Cuarentena se habían refugiado en sus casas y más de la mitad de ellos ni siquiera se presentaban por las mañanas en la guarnición. Habían escuchado que la mujer del comandante había fallecido por la peste, lo cual sirvió para

desmoralizarlos aún más. Sami Pachá solo disponía de guardias y policías suficientes para proteger la sede ministerial y la plaza. Sus fuerzas de seguridad habían logrado expulsar a un grupo de presos violentos que habían intentado irrumpir por la fuerza en la sede para pasar la noche allí. También corrían rumores de que algunas bandas habían ocupado varias mansiones en la ciudad y que estaban planeando asaltar los edificios gubernamentales. Era imperativo restaurar la paz entre los soldados de cuarentena y la gente que había escapado del área de aislamiento del castillo, pero, por más que se devanaran los sesos, los hombres reunidos esa noche en el despacho Sami Pachá no conseguían dar con una estrategia efectiva.

A fin de garantizar la seguridad de la sede ministerial y del cuartel general del comandante en el hotel Splendid, Sami Pachá había pedido a la guarnición que enviara un pequeño escuadrón de la división árabe, un grupo de soldados que pudieran entender las órdenes y obedecerlas. Pero, por alguna razón, los refuerzos solicitados aún no habían llegado. Mazhar Efendi, que había sido el encargado de las negociaciones entre el gobierno y el ejército, había pensado que debía informar al comandante sobre la situación en las calles y sobre la creciente influencia de los fugitivos del confinamiento, a fin de pedirle consejo. Sin embargo, el comandante, destrozado por la pérdida de su mujer y su hijo, se había encerrado en su habitación del piso superior del Splendid Palas y se negaba a salir. Pero sin duda debió de enterarse de que más tarde un grupo de prisioneros fugados quemaron una casa del barrio de Kadirler, ya que la humareda generada podía verse desde todos los puntos de la ciudad. Era imperativo que en un momento tan crucial tomara cartas en el asunto y pasara a la acción. Seguramente también habría oído los gritos, chillidos y disparos esporádicos que retumbaban por las calles en mitad de la noche.

Este parece ser un momento apropiado para hacer algunas observaciones sobre el papel histórico de este individuo. Si la

esposa del comandante Kâmil no hubiera contraído la peste, ¿todos los acontecimientos que se sucedieron a raíz de ese hecho nunca habrían ocurrido y la historia habría tomado un rumbo completamente distinto? ¿O, de forma inevitable, todos esos acontecimientos que el destino había reservado para la isla de Minguer habrían ocurrido igualmente? Es difícil responder a estas preguntas. Pero es innegable que, en el clima anárquico y caótico que imperaba en la ciudad, la preocupación obsesiva del comandante por su esposa muerta y por la lengua minguerense solo sirvió para agravar esa sensación de anarquía y de caos, y, más importante aún, hizo que la gente perdiera todo atisbo de optimismo y esperanza que hubiera podido albergar tras la llegada del nuevo gobierno.

A la mañana siguiente, los que se encontraban reunidos ante el mapa de Arkaz marcaron otras treinta y dos nuevas muertes. A estas alturas era prácticamente imposible enterrar a los muertos uno por uno, pero en los barrios más periféricos todavía se llevaban a cabo funerales familiares que incumplían todas las prohibiciones. Esas procesiones funerarias que seguían tomando las calles de la ciudad desafiando las normas habían convertido la transgresión de la cuarentena en algo habitual y cotidiano.

Sami Pachá era la persona que veía más claramente que el gobierno solo podría recuperar su autoridad si el comandante salía de la habitación donde había sucumbido al duelo por la muerte de su esposa y volvía a comandar a su División de Cuarentena. Era la única solución y, si no se daban prisa, presenciarían el fin del nuevo estado. Al día siguiente, Sami Pachá, Mazhar Efendi y sus guardias subieron las escaleras hasta la tercera planta del Splendid Palas y llamaron a la puerta del comandante. La gruesa puerta de madera pintada de blanco no se abrió. Esperaron un largo rato y volvieron a llamar. Al ver que nadie abría, sacaron una carta que habían escrito de antemano resumiendo los últimos acontecimientos sociales y políticos, y subrayando la urgencia y gravedad de la situación, y la deslizaron a medias por debajo de la puerta.

Cuando regresaron al cabo de una hora, descubrieron que alguien había cogido la carta. Mazhar Efendi señaló a los demás que el pomo de la puerta parecía haberse movido, lo cual significaba que el comandante debía de estar despierto. La puerta no estaba cerrada con llave. Volvieron a llamar y esperaron un poco, y entonces pensaron que, antes de entrar, sería conveniente contar con la presencia del damat doctor Nuri para tratar de calmar al comandante, de modo que enviaron a un mensajero a la antigua gobernación para que fuera a buscarlo.

Media hora después, Sami Pachá empujó suavemente la puerta de la habitación, con el doctor Nuri a su lado.

No se oyó ninguna voz en el interior, así que finalmente Sami Pachá, el doctor Nuri y Mazhar Efendi decidieron entrar. Encontraron al comandante Kâmil sentado a un escritorio de nogal junto a uno de los ventanales de amplios postigos. El comandante se percató de que alguien había entrado, pero no se inmutó. Y, a medida que se acercaba a él, el doctor Nuri percibió que allí pasaba algo extraño.

El comandante llevaba puesto su uniforme militar y también las botas, algo totalmente innecesario en un día de verano como aquel. Por un momento, el doctor Nuri pensó que por fin había decidido salir a las calles para liderar a sus soldados en la batalla, pero se trataba justo de lo contrario: el comandante parecía incapaz de moverse, no digamos ya de luchar. Tenía la frente sudorosa y le costaba respirar.

El doctor Nuri se dio cuenta de que los seguía solo con la mirada, como si estuviera sentado en el sillón de un barbero y no pudiera girar la cabeza. Entonces los ojos del doctor se clavaron en su cuello. Un enorme y protuberante bubón sobresalía en el lado derecho del cuello del comandante.

En ese histórico momento, los tres hombres comprendieron que el fundador del nuevo estado, el héroe revolucionario, el comandante Kâmil Pachá, había contraído la peste. Y entendieron que había estado actuando así porque no quería

obligarse a reconocer que estaba enfermo, o sentía que no debía hacerlo. Sami Pachá también percibió que el comandante se negaría a hablar, como si fuera un crío malhumorado. Por su parte, el doctor Nuri recordó que algunos enfermos de peste perdían la capacidad de articular palabras y construir frases coherentes, y solo podían temblar y balbucear.

¿Qué sucedería ahora? Los tres hombres eran conscientes de que el comandante estaba pensando en el destino de la nación y la isla por encima de todo, y que, al igual que ellos, quería que su enfermedad se mantuviera en secreto. Pero el comandante solo podía pensar en lo que ocurriría durante los pocos días que le quedaban de vida. Los otros solo podían pensar angustiados en lo que ocurriría después.

65

Poco después de enseñarles silenciosamente el bubón de su cuello a los tres hombres, el comandante Kâmil Pachá cambió de postura, se levantó con dificultad de la silla de mimbre en la que estaba sentado, y, entre temblores, se desplomó sobre la cama que había compartido felizmente con su difunta esposa durante los últimos dos meses y medio.

Todavía hoy nos asombra, a todos los que queremos encontrar sentido a todos aquellos acontecimientos un siglo más tarde, que los otros tres hombres —Sami Pachá, el damat doctor Nuri y Mazhar Efendi— demostraran el valor suficiente como para regresar de inmediato a la antigua sede de la gobernación y nueva sede ministerial, y fueran capaces de pensar en otra cosa que no fuera salvar sus propias vidas y las vidas de sus mujeres e hijos. Pero Sami Pachá y Mazhar Efendi intentaban actuar como si tuvieran junto a ellos a un escuadrón de soldados, esperando sus órdenes para mantener a flote la nave del estado.

Algunos historiadores han señalado que la enfermedad del comandante Kâmil marcó el inicio de la contrarrevolución de Minguer y un retorno al orden anterior. Si entendemos la Revolución como un movimiento por la independencia y el rechazo del domino otomano, esta perspectiva es equívoca, ya que la isla prosiguió su camino hacia la independencia incluso después de que el comandante se contagiara de la peste. Pero si consideramos la Revolución como una fuerza impulsora del laicismo y la modernización, entonces esa observación tal vez sea acertada. En cualquier caso, en lo que sí estamos de acuerdo todos es en que en solo dos días quedó muy claro que, a pesar de todos los esfuerzos de los doctores y los burócratas, el nuevo gobierno iba a tener que luchar mucho para conservar el poder. La red de espías e informadores de Sami Pachá

también guardaba silencio, ya que ni siquiera ellos entendían lo que estaba pasando. La ciudad estaba sumida en el más absoluto desorden y en una ausencia total de autoridad y disciplina, lo que los occidentales llamarían el «caos» y la «anarquía». No había una sola persona en el interior de la sede ministerial que supiera realmente lo que estaba pasando de puertas afuera.

Por la tarde, el doctor Nuri y el doctor Nikos sajaron el bubón del comandante. Le pusieron una inyección para bajarle la fiebre y supervisaron cómo un enfermero lavaba su cuerpo con delicadeza para refrescarlo un poco. Procuraban no acercarse demasiado al enfermo. El doctor Nuri le contaría más adelante a su esposa que el primer día el comandante había intentado ignorar su enfermedad, como hacía todo el mundo, pero que el segundo día había empezado a comportarse como un niño. Los libros de texto de Minguer nos cuentan que, a pesar de su enfermedad, el comandante «no tuvo miedo en ningún momento», prosiguiendo sin descanso su lucha contra la epidemia y esforzándose por implantar un sistema moderno de cuarentena. En ocasiones el comandante se sumía en largos silencios, atormentado por terribles dolores de cabeza que martilleaban en su frente como un mazo, sufriendo fuertes ataques de temblores y retrayéndose totalmente del mundo. Pero otras veces parecía como si hubiera superado la fiebre y trataba de levantarse en cuanto se despertaba, comportándose como si tuviera que ir a algún sitio urgentemente.

Una hora después de que le vaciaran el bubón del cuello, el comandante logró reunir todas sus fuerzas para levantarse de la cama y acercarse al gran ventanal para contemplar la ciudad. La bahía, bañada en su peculiar resplandor azulado, rosáceo y blanco, ofrecía una estampa gloriosa. Como si la visión de ese fulgor le confirmara un conocimiento que le llegaba desde lo más alto y que llevaba sopesando desde hacía mucho tiempo, el comandante declaró entonces que la nación minguerense era la nación más noble, auténtica y elevada del

mundo, y que eso siempre sería así. Una joya siempre sería una joya, y aunque cayera en manos avariciosas, codiciosas y malignas, y aunque hubiera sido maltratada por los turcos, los rums y los italianos, nada rebajaría nunca su intrínseco valor. Quienes mejor entenderían y harían prosperar la nación de Minguer serían los propios minguerenses. Y para eso contaban con su propia lengua, el minguerés. Todo aquel que dijera «Soy minguerense» era minguerense. Durante siglos se les había prohibido decir «Soy minguerense», pero a partir de ese instante proclamar ese sentimiento, el más hermoso de todos los sentimientos, debía ser considerado algo tan sagrado como un acto de oración, cuya fuerza nunca nadie podría cuestionar.

Declaró que ese sentimiento no solo era el origen de la hermandad minguerense con el resto de la humanidad, sino también el origen de todo. La expresión en el rostro del comandante era la de un hombre que sale a las calles y camina entre su gente. Al describirle esos momentos a su esposa, el damat doctor contaría que «¡Era como si el comandante irradiara un amor, una pasión y un entusiasmo que se desbordaba por toda la ciudad!». Algún día la nación minguerense alcanzaría cimas elevadísimas y cambiaría para siempre la historia del mundo. Por desgracia, esos momentos de efervescencia lírica eran seguidos por largos periodos de una profunda fatiga, durante los cuales el comandante yacía delirando en la cama, alternando agitadamente entre el sueño y la vigilia.

Mazhar Efendi había enviado a un joven escribano a la habitación del comandante para que dejara constancia de todo lo que decía. Lo que le contó el doctor Nuri a su mujer corrobora muchas de las anotaciones del escribano. En sus últimos arranques de delirio, el comandante dijo que podía ver los acorazados del bloqueo marítimo, que era muy importante asegurarse de que su esposa no saliera nunca de la habitación, y que su hijo debía ir a una escuela minguerense donde aprendería a leer y escribir la lengua. En un momento dado, el comandante señaló una nube en el cielo que, según dijo, tenía

la misma forma que la rosa de la bandera de Minguer. Esta observación adquiriría una relevancia especial en la cultura minguerense, y especialmente en los libros de texto: la representación de las nubes tiene un papel importante en las clases de dibujo de los niños, y todos los años a principios de agosto, el día después del aniversario de la muerte del comandante, toda la isla celebra la festividad de la Nube y la Rosa.

Mientras tanto, Sami Pachá y Mazhar Efendi, conscientes de la gravedad de la situación en las calles, pensaron que podrían intentar forjar una alianza con el jeque Hamdullah, aunque solo fuera, razonaron, para evitar más muertes innecesarias. Enviaron un mensajero al hotel Constanz, pero no recibieron ninguna respuesta del jeque.

Cuando volvió a despertarse a medianoche en medio de delirios febriles, el comandante le contó al joven escribano un antiguo cuento minguerense sobre un zorro que buscaba a su pareja. Se trataba de un relato que le había contado su abuela cuando era pequeño. Esa misma noche, el comandante recordó otra narración tradicional de la isla que también le había contado su abuela. Mucho tiempo antes de que la ciudad de Arkaz existiera, un barco encalló en las rocas de la bahía y de él bajaron los antepasados de los actuales minguerenses. Les gustó tanto la isla que, en cuanto vieron sus acantilados, sus manantiales, sus bosques y su mar, decidieron que aquel sería su hogar. Por aquel entonces, los riachuelos de Minguer rebosaban de mújoles verdes y cangrejos ancestrales de manchas rojas, sus bosques estaban poblados de loros parlanchines y tigres sigilosos, y sus cielos estaban llenos de golondrinas azules y cigüeñas rosadas que emigraban a Europa durante el verano. Para todas y cada una de esas criaturas, Zeynep encontró un hogar en la isla, un nido en un árbol, una cueva donde cobijarse. Aquella chiquilla de Minguer se hizo amiga de todos los animales. Y su padre había sido secretario en la corte del sultán. El comandante le dijo al escribano que alguien debería escribir un libro sobre la amistad de Zeynep

con todos los animales en la antigua Minguer para que los niños de primaria aprendieran a leer, y luego empezó a dictarle en turco lo que acabaría convirtiéndose en el primer capítulo del *Libro de Zeynep* . Mientras hablaba, el comandante se acercó a la ventana, pidió con respiración jadeante que abrieran los postigos de las ventanas y contempló el panorama nocturno de Arkaz. Era como si los relatos de su abuela cobraran vida en las calles oscuras y silenciosas de allá abajo. La expresión del comandante pareció iluminarse con el exultante placer de mezclar sus propios recuerdos con el futuro de la isla, los mitos antiguos con los acontecimientos actuales. Y en ese momento comprendió, antes de volver a desplomarse en la cama entre agónicos dolores, que ver el presente en el pasado era lo mismo que imaginar el futuro.

A la mañana siguiente, al ser informado de que el estado del comandante había empeorado y de que la cifra diaria de muertos había ascendido a cuarenta y ocho, Sami Pachá exclamó:

—¡Ahora solo nos queda buscar refugio en Alá!

Sin embargo, al cabo de una hora decidió con Mazhar Efendi que tal vez podría resultar de ayuda hacer una visita a la Torre de la Doncella, aunque solo fuera como «último recurso». Hacia el mediodía, una pequeña embarcación de remos de la antigua oficina de gobernación —la misma que apareció al principio de nuestro libro recogiendo a Bonkowski Pachá en el Aziziye para trasladarlo de madrugada a la isla— llevó a Sami Pachá hasta la Torre de la Doncella. Debido a la convulsa situación política y al creciente número de muertos, ya no entraban ni salían barcos de Minguer —de línea regular ni de ningún otro tipo—, por lo que en el pequeño islote solo quedaba el grupo de funcionarios que habían permanecido «leales a Estambul». Sami Pachá se mostraba un tanto reticente a hablar con ellos, sobre todo por miedo a que arremetieran contra él con acusaciones de «traición a la patria». Así pues, se reunió solo con Hadi, el asistente del nuevo gobernador que había sido asesinado antes de llegar a

ocupar su cargo, y tras asegurarle que todos sus actos habían tenido como objeto salvaguardar la salud de los ciudadanos y súbditos del sultán, fue directamente al grano. Le explicó que la situación en la isla era extremadamente grave, y que estaba planteándose la posibilidad de que Hadi y los demás funcionarios turcos pudieran zarpar en un barco que los llevaría hasta Creta, desde donde podrían regresar a Estambul. Pero a cambio, añadió con sumo cuidado, el comandante solicitaba a Estambul que levantaran el bloqueo marítimo y enviaran refuerzos militares para ayudar a frenar la peste.

En sus memorias *De las islas al país* , Hadi relata con jocosa acidez que en aquel momento no sintió que aquello fuera una reunión entre dos burócratas otomanos, sino más bien entre un rehén y el corsario que está exigiendo su rescate. En cualquier caso, lo que le proponía Sami Pachá no tenía ningún sentido: aunque encontraran un barco que los llevara desde la Torre de la Doncella hasta Creta, y en el caso de que lograran esquivar el bloqueo, nadie en Estambul haría el menor caso a lo que pudieran decir unos funcionarios otomanos de Minguer, que seguramente serían vistos como posibles espías. Además, tardarían al menos una semana en llegar a Estambul. Al final, también Sami Pachá pareció percatarse de lo absurdo de su propuesta, y, tras dar apresuradamente por concluida la reunión (como si de pronto hubiera caído en la cuenta de que tenía otro asunto urgente que atender), regresó al puerto en la barca.

Mientras se acercaba a los muelles, la estampa de Arkaz le pareció insoportablemente lúgubre. No se veía a nadie por las calles, ni el menor rastro de actividad. Era un día nublado, la ciudad había adquirido un tono plomizo, parecía un lugar totalmente carente de vida. Solo dos columnas de humo azulado se alzaban hacia el cielo… ¡Nada más! El barquero remaba con aire resignado. El mar resultaba oscuro y aterrador. Por supuesto, la epidemia llegaría a su fin algún día, y la isla recobraría toda su vida, su color y su belleza. Hasta que no llegue ese momento, pensó Sami Pachá, será mejor que

no vuelva a contemplar el fúnebre panorama de esta ciudad que más parece una tumba.

Sami Pachá seguía aún en la barca cuando el comandante Kâmil Pachá, el fundador del estado de Minguer, murió de peste en su habitación de la planta superior del Splendid Palas, cuatro días después que su mujer. En el momento de su muerte, no había en la habitación nadie más que el joven escribano encargado de registrar sus últimas palabras. El doctor Nuri había estado esperando la fatídica noticia en el segundo piso del hotel.

Según las anotaciones del escribano, en sus últimas dos horas de vida el comandante Kâmil había pronunciado un total de dos mil palabras en turco y ciento veintinueve palabras en minguerense. Estas últimas, conocidas como «las palabras del comandante», han sido ampliamente reproducidas desde entonces tanto en turco como en minguerense, y han sido utilizadas en una gran variedad de contextos: en letreros en las paredes de las oficinas estatales, en carteles y sellos postales, en la enseñanza de los signos telegráficos y del alfabeto, y en obras literarias. En el primer diccionario de la lengua minguerense, esas ciento veintinueve palabras del comandante aparecen incluso con una tipografía diferente. En la actualidad, si una persona que nunca ha oído hablar minguerense visita Arkaz durante unos días, no le resultará difícil aprender esas ciento veintinueve palabras por su cuenta, ya que podrá leerlas por todos los rincones de la ciudad.

Las palabras pronunciadas por el comandante en sus últimas horas de vida son de naturaleza dispar: algunas dejan entrever una sensibilidad poética (fuego, sueño, madre); otras reflejan las emociones de un gran hombre (oscuridad, tristeza, cierre); y unas pocas (puerta, toalla, vaso) demuestran que todavía era relativamente consciente de lo que había a su alrededor.

Por lo que respecta a las menciones a los acorazados y las botas, algunos fabulistas, historiadores y políticos las han

interpretado como prueba de que durante los últimos momentos de su vida, cuando apenas le quedaban fuerzas para hablar, el fundador del Estado estaba pensando en calzarse las botas y subirse a barcas con sus soldados de cuarentena para atacar a los acorazados de las grandes potencias.

Cuando regresó al despacho con su cochero Zekeriya, que había ido a recogerlo al viejo embarcadero de Piedra, Sami Pachá encontró a sus ministros en un estado de agitación fuera de lo habitual. Tras haber dejado al comandante al cuidado del doctor Nuri, Mazhar Efendi también había acudido a la sede ministerial. Las noticias eran sorprendentes: al parecer, el jeque Hamdullah se había escapado del hotel Constanz la noche anterior.

O tal vez lo habían secuestrado (aunque eso todavía no estaba claro), pero en cualquier caso no había signos de violencia o forcejeo. ¿Era posible que el jeque se hubiera marchado tranquilamente por su cuenta? Eso era altamente improbable, y además Sami Pachá estaba seguro de que el jeque nunca haría algo así. Por el momento, esa era toda la información de que disponían. Nadie se había atribuido la responsabilidad del secuestro. Pero sus captores podrían golpear, torturar y asesinar al jeque tal como habían hecho con Bonkowski Pachá, y en ese caso toda la culpa recaería sobre el primer ministro Sami Pachá.

El otro problema al que se enfrentaban las autoridades era la creciente popularidad de una nueva banda de fugitivos del área de aislamiento que actuaban en las tiendas y zonas de comerciantes al norte de la avenida Hamidiye. Utilizando su amplia red de amigos, familiares y tenderos de la comunidad local para darse a conocer como «víctimas de la cuarentena» y para asegurarse el apoyo de los comerciantes frente a los delincuentes fugados que campaban a sus anchas por la ciudad, los casi cuarenta integrantes de la banda se habían instalado en el barrio de Hagia Triada, donde ahora también estaban propagando la enfermedad. Eran conscientes de que la División de Cuarentena no estaba en condiciones de plantarles

cara y, en su búsqueda de venganza, buscaban cualquier oportunidad para enfrentarse a los soldados. Los espías de Sami Pachá también informaron de que ese grupo estaba echando más leña al fuego al criticar no solo el aislamiento, sino también la cuarentena en general, y que habían obligado a un tendero de su pueblo a abrir su local situado detrás del edificio de aduanas, incitándole a vender todos los productos que se le antojaran.

Sami Pachá estaba pensando en que debía informar de todo esto al doctor Nuri cuando, justo antes de la puesta del sol, el doctor se presentó en su despacho para comunicarle que el comandante Kâmil había fallecido. A Sami Pachá no le pilló por sorpresa la noticia, pero tenía la esperanza de que no se produjera tan pronto.

Al enterarse de la muerte del comandante y fundador de la nación, algunos derramaron unas lágrimas sinceras. Sami Pachá sopesó la idea de ir al hotel para ver el cuerpo del difunto, pero decidió no hacerlo para evitar que se propagara la noticia. No podía dejar de pensar que, en esos momentos tan difíciles, todos esperarían que él se encargara de dirigir el nuevo estado. Y, consciente de que ese torbellino de emociones, anhelos y ambiciones no lo dejaría dormir por la noche, había enviado aviso a Marika de que iría a verla. Tomó el landó hasta la plaza de Petalis y desde allí fue andando hasta la casa de su amante por las calles desiertas y brumosas. Por el camino le sorprendió ver una bandera de Minguer (si bien pequeña) colgando en la entrada de un hotel.

Al entrar en la casa, tuvo la sensación que experimentaba siempre de estar adentrándose en una especie de sueño peligroso. Al igual que todos sus sueños favoritos, la casa de Marika era también un lugar «prohibido». En ese momento se apagó una farola cercana que había estado iluminando la calle, las paredes, los árboles y sus hojas, y con su luz desaparecieron las sombras y los recuerdos felices, dejando tras de sí una sensación de soledad y miedo que hacía que la vacuidad del mundo pareciera algo palpable.

Marika empezó a hablarle largo y tendido de cómo la peste se había extendido por toda la ciudad, y le contó que algunos vecinos habían estado escondiendo a sus muertos. Sami Pachá continuaba aún de pie y daba la impresión de que le costara concentrarse en sus palabras, algo de lo que Marika no tardó en percatarse.

—Usted también parece un cadáver… —dijo.

Sami Pachá agradeció que supiera cómo se sentía solo con mirarlo a la cara. Se sentó para descansar un poco, y luego hizo el amor con Marika deseando perderse en la pasión y olvidarse de todo lo demás, pero nada parecía aliviar las punzadas de horror y desesperación que se clavaban en su vientre.

Marika seguía tomándose en serio algunas de las imposiciones del nuevo estado.

—¡Debería retirar la prohibición de entrar en las iglesias y las mezquitas! —dijo—. De lo contrario, eso solo perjudicará a la cuarentena y también le perjudicará a usted. El pueblo le dará la espalda si se le prohíbe el acceso a sus mezquitas e iglesias.

—¿Y cuál es exactamente ese pueblo del que hablas? Aquí somos responsables de la seguridad de *todos* …, de toda la población.

—Un pueblo sin sus mezquitas, sus iglesias y sus creencias no puede ser una nación, querido pachá.

—No son las mezquitas ni las iglesias las que conforman esta nación, sino el hecho de que todos vivimos aquí. Nosotros somos la nación de esta isla.

—Pero, querido pachá, aunque la comunidad rum de la isla acabara aceptando esa idea de nación, ¿lo harán también los musulmanes? Eso habrá que verlo. Las campanas de nuestras iglesias no solo nos recuerdan que debemos rezar y que Cristo nuestro Señor nos salvará a todos; también nos confortan haciéndonos saber que hay otros muchos por toda la ciudad

que también sufren, tienen miedo y están tan desesperados como nosotros. La muerte se impone con más fuerza allí donde no hay campanas ni llamadas a la oración, pachá.

El primer ministro Sami Pachá la escuchaba con gesto sombrío. Entonces Marika procedió a contarle los últimos rumores. Habían encontrado un esqueleto decapitado en una casa repleta de jinns del barrio de Flizvos que las pandillas de chavales utilizaban como escondrijo nocturno. Las medicinas, conservas, mantas y sábanas que habían llegado en el barco de ayuda Sühandan se estaban vendiendo clandestinamente en la farmacia de Kocias y en algunas tiendas musulmanas del mercado Viejo. Un soldado de la División de Cuarentena había aceptado un soborno a cambio de ocultarles a los doctores que había encontrado a una madre y su hijo infectados de peste.

—¡Vaya, está bien saber que todavía quedan algunos soldados por las calles! —dijo Sami Pachá, y de repente se levantó y decidió regresar a la sede ministerial.

El edificio desde el que había gobernado la isla y en el que había vivido durante los últimos cinco años estaba completamente vacío. Apenas vio a un par de centinelas solitarios haciendo guardia en las escaleras y los pasillos, pero a nadie más. Prácticamente todas las luces estaban apagadas. Sami Pachá dio órdenes de que llamaran a más guardias antes de dirigirse a sus dependencias en la parte de atrás del edificio, y al cabo de media hora consiguió por fin retirarse a su dormitorio, cerrar la puerta con dos vueltas de llave, echar el cerrojo, y prepararse para pasar una noche de sueño inquieto y agitado.

66

A la mañana siguiente, Sami Pachá, el damat doctor y el doctor Nikos se reunieron delante del mapa como de costumbre y constataron que el día anterior habían muerto más de cuarenta personas. Ante el temor a posibles confrontaciones con los fugitivos del área de aislamiento o con los derviches iracundos, la División de Cuarentena había dejado de enviar a sus hombres para reforzar las medidas de aislamiento y evacuación incluso en barrios como Bayırlar y Tuzla, donde la cifra de muertos había aumentado considerablemente. Mientras tanto, Sami Pachá —cuyo instinto más primario era proteger el edificio de gobierno— se había dedicado a reclutar a cualquier soldado que viera por las calles, o incluso a cualquier hombre desocupado, para ayudar a salvaguardar la seguridad de la sede ministerial.

Algo que ha llamado especialmente la atención de los historiadores culturales es el hecho de que, incluso en aquellos críticos momentos de catástrofe y desesperación, los administradores estatales dedicaran varias horas a debatir y decidir los detalles de la tumba del fundador del estado de Minguer. Escogieron un terreno elevado en una colina de la parte alta del barrio de Turunçlar, situado entre el Nuevo Cementerio musulmán (donde se enterraba a las víctimas de la peste) y la casa donde había nacido y crecido el mayor Kâmil. Se trataba de un emplazamiento que podía verse desde cualquier punto de la ciudad y desde el castillo, así como desde los barcos que llegarían a la isla por el sur y el este. A sugerencia del anciano doctor Tasos, que era un aficionado de los estudios culturales y arqueológicos y que ese día también había acudido al edificio de gobierno, se decretó asimismo que el diseño arquitectónico del mausoleo debería mostrar

influencias de los estilos romano, bizantino, otomano y árabe. Este proyecto se haría realidad treinta y dos años más tarde.

Sami Pachá y sus funcionarios dedicaron prácticamente todo el día a buscar una manera de trasladar con discreción el cuerpo del comandante —que aún seguía en su habitación del Splendid Palas— hasta la tumba sin atraer demasiado la atención sobre la identidad del cadáver, pero vieron que sus esfuerzos serían en vano. Las calles de la ciudad estaban llenas de bandas que paraban e interrogaban a cualquiera que se cruzara en su camino, incluyendo cortejos fúnebres, campesinos que habían bajado a la ciudad para vender sus mercancías, o presos fugitivos. Aunque lograran esquivarlos, resultaría inevitable que se hicieran muchas especulaciones sobre quién era esa persona tan especial a quien se estaba enterrando en lo alto de la colina.

Lo que más exasperó a Sami Pachá y al gobierno minguerense, y también debilitó su determinación, fue una carta que había llevado Mazhar Efendi. Redactada por un escribano en nombre de los fugitivos de cuarentena, la misiva explicaba en tono respetuoso que un grupo de cuarenta y dos personas que habían sido encerradas injustamente en el área de aislamiento por los soldados de cuarentena y que ahora habían sido liberadas, solicitaba una audiencia con el primer ministro para entregarle personalmente una carta de queja que incluía una lista con los nombres de varios miembros de ese regimiento y las tropelías que habían cometido (incluyendo maltratos y corrupción). Según Mazhar Efendi, esa gente también pedía, de forma bastante arrogante, llevar a cabo un registro de la sede ministerial, ya que les habían llegado informaciones de que en el edificio se escondían algunos de los soldados que peor habían tratado a la población.

A Sami Pachá le quedó muy claro que esas exigencias eran un pretexto para infiltrarse en la sede del gobierno y provocar disturbios. Envió a Mazhar Efendi a la guarnición para pedir que les mandaran un contingente de cuarenta o cincuenta soldados, a fin de protegerse ante un posible ataque de alguna

de esas nuevas bandas. De vez en cuando miraba hacia la ventana del Splendid Palas, cuyas plantas superiores podían verse desde donde estaba, y recordaba con dolor en el alma y ojos humedecidos que el cadáver del fundador del estado de Minguer aún seguía allí. Pero para entonces ya había comprendido que sería imposible enterrar al comandante a plena luz del día sin llamar la atención, y sin arriesgarse a provocar un enfrentamiento con alguno de esos grupos que campaban a sus anchas por la ciudad. Así pues, Sami Pachá decidió, junto con el ministro de Sanidad el doctor Nikos, que sacarían el cadáver del heroico comandante de su habitación del Splendid después de medianoche, y lo enterrarían al amparo de la oscuridad ajustándose a las medidas de cuarentena.

Media hora más tarde, el primer ministro Sami Pachá, acompañado por un escribano y varios escoltas, se presentó ante la puerta de las dependencias de invitados donde se alojaban Pakize Sultan y el doctor Nuri. Entró solo y, con profundo pesar, le explicó al damat doctor, que se había acercado para recibirlo, que el comandante tendría que ser enterrado furtivamente después de medianoche sin que ni siquiera su madre pudiera estar presente. Mientras hablaba, el pachá parecía dirigirse especialmente a Pakize Sultan, que escuchaba de pie desde el otro extremo de la habitación.

—Hemos hecho todo lo posible para salvar la vida de los súbditos del excelentísimo sultán —dijo Sami Pachá—. Por desgracia, no parece que hayamos tenido demasiado éxito en nuestra empresa. En cambio, me complace informarle de que al menos hemos conseguido un humilde triunfo al lograr resolver de forma exhaustiva y satisfactoria la otra misión que le encomendó el excelentísimo sultán. Hemos identificado a los asesinos de Bonkowski Pachá y su asistente el doctor İlias. Está todo aquí…, ¡siguiendo tanto el método de Sherlock Holmes como el método turco! —añadió, dejando sobre la mesa un archivo lleno de documentos.

»Además he hecho venir a más guardias para proteger la entrada principal. Por desgracia, ya no nos quedan muchos… No me sorprendería que los prisioneros rebeldes intentaran atacar el edificio, pero no se saldrán con la suya. Cierren la puerta con dos vueltas de llave y echen el cerrojo. No olviden que ustedes están aquí como invitados de honor bajo la protección del Estado. Puede que tengamos que trasladarlos a otro lugar más seguro.

—¿Y eso por qué, estimado pachá?

—Para que no sepan dónde se encuentran… —respondió el primer ministro Sami Pachá—. Tal vez esté exagerando los riesgos, pero en cualquier caso no deben salir de sus dependencias. También pondré a un guardia en su puerta —añadió mientras salía de la habitación.

Esta sería la última vez que Pakize Sultan y el doctor Nuri verían a Sami Pachá. Aquella se convertiría en la noche más desdichada y aterradora que vivirían en la isla. Estaban profundamente afectados por las muertes de Zeynep y del mayor y, al igual que todos los que los rodeaban, comenzaban a ser conscientes de que ellos también podrían morir. Aunque la sede ministerial era probablemente el lugar más seguro de toda la isla, provisto de gran cantidad de ratoneras y veneno para protegerlos contra las ratas, incluso un experto como el doctor Nuri, que había participado en tantas conferencias internacionales sobre epidemias y cuarentenas, había empezado a temer, como solía creer la gente de antaño, que la peste podría transmitirse también a través del aire que respiraban, sin necesidad de ratas o pulgas. Y ahora se añadía también el riesgo de ser asesinados por insurgentes y presos fugados.

En la habitación les quedaban un puñado de nueces y algo de pescado salado fresco. Se lo comieron con un poco de pan traído de la guarnición. Cada vez había menos pan disponible por toda la ciudad, y esas pequeñas hogazas eran una alarmante señal de que se estaban acercando lentamente al

umbral de la hambruna. Antes de acostarse, colocaron un pequeño armario delante de la puerta para bloquearla. En sus cartas, Pakize Sultan ofrece un estremecedor relato de la atmósfera que reinaba esa noche en la isla, de sus sentimientos, del olor a moho que llegaba del puerto y del profundísimo azul del mar, y de la luz de las escasas farolas que seguían encendidas aquí y allá por toda la ciudad. Cuando describe cómo ella y su marido permanecieron abrazados toda la noche, incapaces de conciliar el sueño mientras aguzaban el oído para tratar de escuchar hasta el último ruido de la ciudad y la última ola del mar, los lectores podrán entender lo que debía de sentirse en aquellas noches de insomnio y llanto incontrolable ante el horror de la peste.

Poco después de medianoche, oyeron disparos de armas en la plaza y en la entrada del edificio. Algunos parecieron sonar muy cerca, y el estruendo retumbó por toda la plaza. Se levantaron a toda prisa de la cama, pero se movieron medio agachados por la habitación, procurando no acercarse a la ventana.

Esa noche, el enfrentamiento entre los insurgentes y las fuerzas de Sami Pachá se prolongó hasta la salida del sol. El primer ministro resistió heroicamente hasta el último momento. Murieron siete de los «camorristas» rebeldes y dos guardias del gobierno. Sami Pachá logró escapar por la puerta trasera del edificio con dos de sus hombres, antes de que la antigua sede de la gobernación provincial cayera finalmente en manos de los rebeldes.

En las primeras horas de la mañana dejaron de oírse disparos y la batalla pareció llegar a su fin; luego se escucharon algunas detonaciones más hasta que cesaron por completo. Después de unos minutos de absoluto silencio, el doctor Nuri y Pakize Sultan oyeron a gente corriendo por la plaza, pasos subiendo las escaleras y algunas conversaciones apagadas. Pero nadie llamó a la puerta. Se sentaron y esperaron, incapaces de reunir el valor para abrir la puerta y comprobar si el guardia seguía allí.

Cuando el doctor Nuri finalmente se vistió y abrió la puerta de la habitación, vio que había un nuevo guardia. Este lo apuntó torpemente con el arma, así que el doctor volvió a cerrar a toda prisa y echó el cerrojo. Luego él y su mujer se acercaron a la ventana para intentar averiguar lo que estaba pasando fuera.

Al cabo de una hora llamaron a la puerta. Eran dos escribanos a los que el doctor Nuri reconoció, algunos funcionarios y un anciano con ropajes de derviche.

El grupo condujo al damat doctor Nuri hasta un gran despacho situado en la misma planta. Se trataba de la misma estancia que nuestros lectores han conocido desde el principio de este libro como el despacho de Sami Pachá. Desde que había llegado a la isla hacía exactamente noventa y ocho días, el doctor Nuri había entrado prácticamente todas las mañanas en el cuarto de epidemiología contiguo a ese despacho para examinar el mapa de la ciudad. Y en cada una de esas ocasiones, Sami Pachá había estado allí. Pero ahora había alguien distinto sentado tras el escritorio del pachá. El doctor Nuri reconoció de inmediato al hombre que se levantó de la silla: era el «regente» Nimetullah Efendi, el del sombrero cónico de fieltro, aunque en ese momento no llevaba su gorro característico. Tras el intercambio de cortesías de rigor, el regente le explicó la situación:

—Después del enfrentamiento de la noche pasada, el gobierno ha caído y Sami Pachá ha alzado el vuelo. A partir de ahora seré yo quien ocupe humildemente el cargo de primer ministro. Pero muchos de los antiguos ministros siguen en sus puestos y continuarán ejerciendo sus tareas. El excelentísimo jeque también ha podido regresar al tekke, de forma pacífica y sin mayores consecuencias. ¡Y todo el mundo está de acuerdo en que debemos levantar la cuarentena!

El doctor Nuri comprendió entonces que el jeque Hamdullah debía de haber utilizado a una de aquellas bandas de fugitivos del área de aislamiento, así como a un variopinto

grupo formado por devotos de los tekkes, hocas y comerciantes contrarios a la cuarentena, para expulsar a los escasos guardias leales a Sami Pachá y hacerse con el control del centro de poder político de la isla. Sami Pachá había conseguido huir después del ataque, pero tarde o temprano acabarían capturándolo. Eso significaba que se había establecido un nuevo gobierno de facto.

Las mezquitas e iglesias reabrirían lo antes posible, volverían a escucharse las campanadas y llamadas a la oración, y se pondría fin a la normativa de desinfectar con cal a los muertos. Nimetullah Efendi añadió que se recuperaría de inmediato la tradición de lavar los cuerpos en las mezquitas antes de ser enterrados.

—Pero, excelencia, si hacen todo eso, ¡pronto habrá tantos muertos que resultará imposible encontrar a gente para lavar sus cuerpos! —dijo el doctor Nuri—. ¡La situación no hará más que empeorar!

El nuevo primer ministro ni siquiera se molestó en responder. Para entonces, la opinión generalizada entre los partidarios de poner fin a la cuarentena era que las medidas y prohibiciones no servían de nada, ya que las muertes no paraban de aumentar. Y la idea de que eran los propios funcionarios de cuarentena los que habían llevado la epidemia a la isla no había abandonado las mentes de la gente.

El nuevo primer ministro Nimetullah Efendi comunicó al doctor Nuri que, dado que se suspendía la cuarentena, quedaba relegado de sus funciones. Si lo deseaba, podía seguir visitando los hospitales y tratar de ayudar a los enfermos. Pero le recordó que, si algún soldado, doctor o funcionario había abusado de su influencia y autoridad, debería enfrentarse a las consecuencias de sus actos. Luego procedió a añadir con más delicadeza que tanto él como la hija del anterior sultán seguían siendo invitados oficiales del gobierno de Minguer y que seguirían contando con la protección de los escoltas. Cuando el doctor Nuri se disponía a marcharse, el regente le preguntó

si sabía dónde podría estar escondido Sami Pachá, pero el médico respondió que no tenía la menor idea.

El doctor Nuri regresó a sus aposentos y puso al corriente a Pakize Sultan sobre todo lo que había ocurrido, haciendo especial hincapié en que Nimetullah Efendi era ahora el nuevo primer ministro y en que seguirían contando con la protección del nuevo gobierno.

Poco después, consumido por la inquietud y deseando ver con sus propios ojos lo que estaba sucediendo en las calles, el doctor Nuri decidió salir de la habitación, pero los guardias de la puerta se lo impidieron. Comprendió entonces que ni siquiera le dejarían ir a los hospitales para visitar a los enfermos. En algún rincón de sus mentes, tanto marido como mujer ya habían sospechado que el nuevo gobierno los mantendría retenidos en su cuarto como rehenes. Ahora, el doctor Nuri se vería obligado a vivir también la vida de cautividad a la que Pakize Sultan había sido condenada tantos años.

Durante los siguientes dieciséis días, ninguno de los dos salió de la habitación. Así pues, para narrar los acontecimientos ocurridos durante el gobierno del derviche del sombrero cónico de fieltro Nimetullah —un periodo que algunos historiadores han denominado «la época del jeque Hamdullah»—, hemos tenido que basarnos en otras fuentes más allá de la correspondencia de Pakize Sultan.

Ni que decir tiene que el acontecimiento más relevante de la época del jeque Hamdullah fue que, a pesar de la virulencia de la peste, volvieron a abrirse las mezquitas y las iglesias, así como los tekkes y los monasterios. Ni siquiera la decisión de permitir que las tiendas, restaurantes, barberías, e incluso chamarileros y mercadillos callejeros, retomaran sus actividades comerciales, causó tantos estragos como la reapertura de las mezquitas y las iglesias. A ojos de los segmentos más desinformados y apáticos de la población, el hecho que el gobierno hubiera abierto de nuevo los lugares de

culto fue otro argumento más para convencerlos de la inutilidad de la cuarentena. La decisión también reforzó la postura de los más religiosos, fatalistas y derrotistas que creían que la única solución era refugiarse en Dios. Sin embargo, debe decirse que tradicionalmente los artesanos (de alfombras o de mimbre), chamarileros y vendedores de frutas y verduras de las ciudades del Mediterráneo oriental del siglo XIX habían sido en su mayoría rums, gente que sí solía apoyar las medidas de cuarentena. Esos comerciantes no estaban convencidos de la libertad de comercio instaurada por el jeque Hamdullah y se negaron a abrir sus establecimientos. Las principales tiendas y la mayoría de los restaurantes más conocidos de Arkaz, así como los comedores y clubes de los hoteles, también mantuvieron cerradas sus puertas.

Las barberías, tiendas y casas de comidas que sí abrieron estaban situadas en las callejuelas del centro de la ciudad y en los barrios periféricos. En realidad, esos comerciantes llevaban desde el principio de la cuarentena saltándose las normas, recurriendo a todo tipo de artimañas para eludir a los funcionarios: hacían llegar los productos a los clientes habituales directamente desde sus almacenes, o acordaban unas horas concretas con la gente para abrir las puertas traseras de sus negocios y realizar durante ese breve tiempo todas las transacciones comerciales del día. Más de la mitad de los propietarios y aprendices de estos establecimientos morirían por la peste antes de que concluyera la época del jeque Hamdullah.

Y aun así, muy pocos prestaron atención a esa terrible tragedia. Nadie propuso tomar medidas para evitar que murieran todos esos comerciantes y aprendices, porque para entonces ya nadie era consciente de lo que estaba sucediendo en realidad. Tras la abolición de la cuarentena, los funcionarios que se ocupaban de hacer el recuento de los cadáveres en los cementerios y de los carruajes fúnebres, y más importante aún, los escribanos que registraban esas cifras y marcaban las calles infectadas en el gran mapa del cuarto

epidemiológico, habían sido relegados de sus funciones. En otras palabras, ya no quedaba nadie en la isla que supiera cuánta gente moría cada día. Y a los nuevos gobernantes tampoco les interesaba saberlo…

Nimetullah Efendi, el del sombrero cónico de fieltro, constató como en los primeros diez días de su gobierno la cifra de muertos se disparaba hasta llegar a extremos inconcebibles, y la abrumadora y terrible incompatibilidad entre las demandas del excelentísimo jeque Hamdullah y la espantosa magnitud de la tragedia pareció dejarlo paralizado. Prohibir que los cadáveres se desinfectaran con cal en los cementerios y reinstaurar la obligación de lavar a los difuntos en las cámaras mortuorias de las mezquitas, con las preceptivas oraciones y rituales de rigor, aceleró la propagación de la epidemia, a lo cual también contribuyó el hecho de que la gente acudiera con total libertad a las tiendas nuevamente abiertas, que se retomaran las clases del Corán en algunas madrasas, y que los fugitivos del área de aislamiento regresaran a sus hogares.

A pesar de la supresión de la cuarentena, las calles no volvieron a llenarse de gente. De vez en cuando se veía a algunos discípulos de los tekkes que no creían en la cuarentena y no se tomaban la epidemia en serio, y a algunos campesinos que todavía se atrevían a bajar a Arkaz para intentar vender sus productos. Pero, tal como cuenta Pakize Sultan, pese al levantamiento de las prohibiciones apenas se oía el sonido de las ruedas y las campanillas de los carruajes, ni el claqueteo metálico de los cascos de sus caballos. Sí, se había suspendido la cuarentena, pero aunque volvieran a oírse las campanas y las llamadas a la oración, el silencio sepulcral que se extendía como un manto sobre el puerto, la bahía y toda la ciudad no había desaparecido. Más bien al contrario: en la quietud y el silencio de las calles, las llamadas a la oración y las campanadas se convirtieron en señales funestas que recordaban a todo el mundo la cercanía de la muerte.

El único logro destacable de la época del jeque Hamdullah fue que, con la ciudad al borde de la hambruna, el gobierno fue capaz de distribuir, de forma organizada y gratuita, seis mil hogazas diarias de pan caliente entre la población. Esto fue posible gracias a la confiscación de las reservas de harina almacenadas en secreto en la guarnición. El pan se elaboraba en el horno militar, se transportaba en uno de los carros municipales y se repartía en las plazas principales de los barrios.

El gobierno de Estambul había enviado esos sacos de harina, alubias y otras provisiones como medida de precaución por si estallaba alguna revuelta contra la guarnición a raíz del Motín del Barco de los Peregrinos, o por si sufría algún asedio o bloqueo por parte de ejércitos enemigos (y en el fondo había acabado sucediendo algo parecido), y estaba prohibido consumirlas en otras circunstancias. Pero, durante años, el jeque Hamdullah había ido a la guarnición con diferentes pretextos, sobre todo para trabar amistad con los soldados árabes que conocían y apoyaban al tekke de los Halifiye, y para tener la oportunidad de practicar su árabe y hablar en la lengua del sagrado Corán, y fue durante sus conversaciones con esos hombres como había descubierto dónde se guardaba el alijo secreto de harina y provisiones.

67

El otro gran rasgo definitorio de la época del jeque Hamdullah fue la sucesión de juicios, ejecuciones y encarcelamientos que, a todos los efectos, convirtieron aquel periodo en un régimen basado en el «terror estatal». El terror era por supuesto político, pero tenía también un componente personal.

Después de los primeros intercambios de disparos, Sami Pachá había comprendido que él era el objetivo principal del ataque y, ya de madrugada, logró escapar del edificio de la sede ministerial y esconderse en casa de Marika (hicieron el amor); sin embargo, consciente de que todo el mundo conocía aquel lugar, al cabo de un par de horas hizo que sus guardias lo condujeran a través de las callejuelas para salir de la ciudad. Los espías e informadores del asistente Mazhar aún apoyaban al antiguo gobernador, por lo que era muy improbable que el nuevo gobierno salido del tekke —que lo único que parecía saber hacer era repartir pan gratis— consiguiera dar con su paradero.

Sami Pachá se había refugiado en una pequeña granja vacía en los terrenos de Ali Talip, el patriarca de una de las familias más adineradas del lugar (donde en sus tiempos de gobernador había hecho llegar una línea de telégrafos desde Arkaz), que le tenía un gran afecto. Ahí se sentía seguro porque el terreno estaba cercado con muros de piedra, y los hombres armados de Ali Talip hacían guardia en la entrada y patrullaban por los alrededores. Allí nunca conseguirían entrar los presos fugados ni los fugitivos del aislamiento, ni tampoco los enfermos, ladrones, bandidos y buscavidas que durante aquellas noches de la peste forzaban la entrada de edificios abandonados y ruinosos, e incluso de casas donde vivía la gente. Los guardias de aquel remoto pueblo eran en su mayoría recién inmigrados de Creta, y no conocían las caras de los burócratas de Arkaz.

Este pensó que probablemente no tenían ni idea de quién era el gobernador de Minguer, es decir quién era él.

Como se sentía bastante seguro en aquel paraje, pronto empezó a salir de los terrenos de la granja para dar paseos por las colinas y montañas de Albros. Durante una de aquellas caminatas, se encontró con tres hombres de mediana edad que vivían en los montes desde que habían huido de la peste en Arkaz, y uno de ellos identificó al individuo de aspecto fatigado y algo agitado que tenían delante como el gobernador de la isla. Como no sabían nada de la declaración de Libertad e Independencia, de la fundación del nuevo estado, ni de los gobiernos del comandante o del jeque Hamdullah, los tres fugitivos de la peste se preguntaron qué podría estar haciendo el gobernador allí. Después hablarían de ese encuentro con algunos conocidos. Dos días más tarde, se lo volvieron a encontrar en otro paso montañoso de la zona con unas vistas igualmente magníficas.

A la mañana siguiente, unos policías vestidos de civil enviados desde la capital por Nimetullah, el del sombrero cónico de fieltro, arrestaron a Sami Pachá en la granja, lo llevaron de vuelta a Arkaz y lo encerraron en la celda más oscura y húmeda de la Torre Veneciana, en el lado de la mazmorra del castillo que daba al mar. Los hombres de Ali Talip no ofrecieron ningún tipo de resistencia.

Sami Pachá conocía esa celda cavernosa, infestada de cangrejos, porque en una ocasión había encerrado allí al barbudo actor de una compañía de teatro griega que había acudido a Arkaz para representar *Edipo rey* porque sospechaba que era un espía, y a la noche siguiente había ido a hacerle una visita. La oscuridad de la celda ensombrecía aún más sus pensamientos. No dejaba de culparse por haberse equivocado en todo. En vez de aceptar su destitución como gobernador de Minguer y trasladarse a la nueva provincia que se le había asignado, se había comportado como un niño malcriado y había insistido en aferrarse desvergonzadamente a su cargo, tratando de actuar como si todo siguiera igual que siempre y,

por supuesto, fracasando en el intento. Estaba claro que su rechazo a aceptar su nuevo destino había sido su mayor equivocación. ¿Por qué había cometido ese error? Mientras el resplandor azul del mar inundaba la celda, su respuesta a esta pregunta parecía ser siempre la misma: ¡porque amaba la isla de Minguer! Y al momento, la isla que tanto amaba se transformaba en su mente en Marika. Nunca había podido separar a ambas. La noche en que escapó de Arkaz, Marika se había comportado de una forma muy valiente y decidida, arriesgándose para ayudar a su Sami Pachá.

Marika era la única persona en quien Sami Pachá sentía que podía confiar, no había nadie más a quien pudiera pedir ayuda. ¿Arriesgaría el damat doctor su vida para sacar a Sami Pachá de la prisión? Quizá Pakize Sultan se compadeciera de él. Pero en la actual situación, con los jeques rabiosos ocupando el poder, el doctor y su mujer no serían más que rehenes en manos del nuevo régimen, no muy distintos a los desdichados funcionarios turcos a quienes retenían en la Torre de la Doncella. El gobernador pachá pensó que su viejo amigo el cónsul George podría ejercer cierta presión sobre el jeque Hamdullah para que lo pusieran en libertad, y decidió escribirle una carta. Pero primero tenía que encontrar papel y pluma.

Sin embargo, antes de que tuviera oportunidad de escribir nada ni alertar a alguien de que estaba encarcelado en el castillo, Sami Pachá fue llevado ante el tribunal. Ese lunes 12 de agosto, mientras la peste se extendía con gran virulencia por toda la isla, y todo el mundo se preocupaba solo por salvar la vida y era totalmente ajeno a lo que ocurría a su alrededor, el hecho de que pudiera celebrarse aquel juicio debe considerarse todo un logro del gobierno administrado por Nimetullah Efendi y supervisado por el jeque Hamdullah.

Sami Pachá no tenía ninguna duda de que el jeque Hamdullah querría castigarlo de forma ejemplar por haber colgado a su hermano Ramiz, y que para ello recurriría a los tribunales utilizando cualquier otro pretexto. Había dado por

hecho que el juicio se basaría en las acusaciones de quienes habían sido encerrados cruel e injustamente en el área de aislamiento sin estar enfermos, o en las quejas de aquellos a quienes se les habían arrebatado sus casas alegando que estaban infectadas. También podrían acusarlo de haber estado espiando para Abdülhamit, o de actuar como su sicario. Pero lo último que podía imaginar era que, tres años después de los hechos, se reabriría contra él el caso del Motín del Barco de los Peregrinos, así que, cuando entró en la sala del tribunal y tomó asiento en la silla del acusado recién barnizada, se quedó estupefacto al encontrarse cara a cara con las familias de los peregrinos que habían muerto y con los funcionarios de cuarentena de aquel entonces.

Los aldeanos de los pueblos de Nebiler y Çifteler implicados en el Motín del Barco de los Peregrinos y aliados de Ramiz y sus hombres habían recibido con gran júbilo la noticia de que el jeque Hamdullah y su regente del sombrero cónico de fieltro habían tomado el control de la isla, y al cabo de dos días, ajenos al hecho de que Arkaz estaba atravesando los días más terribles de la peste (y aunque lo hubieran sabido no les habría importado), bajaron a la capital para pedirle al primer ministro Nimetullah Efendi que reabriera el juicio que habían perdido tres años atrás contra la administración otomana, exigiendo una indemnización por las muertes de sus abuelos, padres y hermanos a manos de las fuerzas del orden de cuarentena de aquel entonces.

El juez del nuevo gobierno, cercano al tekke de los Halifiye, podría haber desestimado el caso sobre la base de que «¡El incidente ocurrió durante la época otomana y el nuevo estado no tiene jurisdicción sobre el asunto…!», pero en vez de eso aceptó reabrirlo, y como todos los gendarmes que dispararon contra los peregrinos habían sido destinados hacía tiempo a otros territorios del Imperio, el juicio había empezado —probablemente a sugerencia del jeque Hamdullah — con Sami Pachá, por aquel entonces gobernador de la

provincia, como único acusado de ser el responsable de la matanza.

Y de esta forma, todas las escenas que durante años habían atormentado a Sami Pachá en sus peores pesadillas ahora se hicieron realidad ante sus ojos: los hijos y las hijas de los peregrinos muertos que lo acusaban entre lágrimas de todo lo ocurrido. Los telegramas de Sami Pachá a Mazhar Efendi (a quien el nuevo gobierno también había encarcelado), recuperados de los archivos de este último y en los que el gobernador exhortaba a aplicar la máxima dureza contra los que intentaran escapar del barco, fueron leídos ante el tribunal. Un anciano de barba blanca se puso de pie y lo señaló con el dedo.

—Un gobernador tan ilustre como tú…, ¿es que no tienes ningún tipo de conciencia?

El padre y el hijo del pueblo de Nebiler a los que el gobernador había perseguido implacablemente como principales instigadores de la revuelta también habían acudido al juicio después de ser liberados de la cárcel, y ahora denunciaban las acciones del «cruel gobernador» en su cara. Las dos hijas, dos hijos y doce nietos y nietas de un peregrino acribillado por los gendarmes también estaban presentes en la sala del tribunal, sin tomar ningún tipo de precaución ante la epidemia. A Sami Pachá le aterraba la meticulosa escenificación con que se habían preparado todos los detalles del juicio, y empezó a perder toda esperanza. En cierto momento hasta temió que el padre y el hijo se abalanzaran sobre él y empezaran a golpearlo.

Conscientes de que el juicio tendría gran repercusión en Europa y Estambul, los nuevos dirigentes del estado de Minguer habían colocado en la sala del tribunal un estrado para el juez, así como una mesa y sillas separadas para el fiscal, los abogados, los miembros de la prensa y algunos espectadores, y habían ordenado confeccionar a toda prisa unas togas especiales para el juez y los letrados con paños de

tejido verde islámico bordados con las rosas de Minguer del mismo color que la que adornaba la bandera de la nación. (Es una lástima que, ciento dieciséis años después, estas togas de dudosa estética chillona se hayan convertido en un elemento tradicional del sistema judicial minguerense, y las sigan luciendo con gran orgullo y solemnidad todos los juristas de la isla, incluidos los miembros del Tribunal Constitucional y del Tribunal Supremo).

Sami Pachá hizo todo lo posible por refutar todos los cargos que se le imputaban empezando con la frase «Sí, en aquella época yo era el gobernador de la isla, sin embargo…», e insistiendo en que él no había dado la orden de disparar contra los peregrinos, y que no fue hasta mucho después cuando se enteró de que los gendarmes habían abierto fuego desde la colina; pero, en medio de todas las acusaciones, gritos y lágrimas, las únicas palabras con las que se quedó la gente fueron: «Yo era el gobernador», lo que en sus mentes venía a significar: «Yo soy el culpable, soy yo a quien debéis culpar».

Mientras el juicio se encaminaba rápidamente hacia su conclusión, otro hecho que acrecentó la desesperación de Sami Pachá fue la imposibilidad de defender la necesidad de poner en cuarentena el barco de los peregrinos ante un tribunal dirigido por un gobierno (algunos incluso dirían una banda) que estaba abiertamente en contra de la cuarentena. Ante esa dificultad, Sami Pachá declaró:

—¡La única razón para poner en cuarentena a los venerables peregrinos fue salvar al pueblo de Minguer de la enfermedad, y no someterme a las descaradas exigencias de las grandes potencias!

A pesar de sus palabras, la conclusión a la que llegaron los cuatro periódicos de la isla y todos sus habitantes fue que Sami Pachá era el hombre que había matado a aquellos inocentes peregrinos para que el tiránico Abdülhamit pudiera seguir gobernando tranquilamente desde el palacio de Yıldız, sin que las potencias europeas lo increparan.

Al final de las dos horas de juicio, el magistrado comunicó a Sami Pachá que había sido condenado a muerte. Aunque la parte más racional de su mente anticipaba que esa sería la decisión inevitable, otra parte era incapaz de creer lo que acababa de escuchar y se negaba a aceptar todo cuanto sucedía. En la zona inferior derecha del abdomen notó un intenso y agudísimo dolor, como si le estuvieran clavando miles de agujas, que empezó a extenderse por todo el cuerpo.

Sami Pachá comprendió entonces que no sería capaz de volver a dormir hasta que la decisión se revocara. Por un momento temió que sus ojos pudieran humedecerse, pero no asomó a ellos ni una sola lágrima y nadie se percató de su angustia.

Todavía recordaba aquel día de junio de hacía tres años, una agradable y soleada mañana de un amarillo radiante, en que contrató a ese «juez» que ahora lo estaba condenando a muerte. Afirmando estar muy versado en el conocimiento del Corán y la ley de la sharía, el hombre había conseguido el puesto gracias a la recomendación de Fehim Efendi, un *hach* muy rico y respetado que había contribuido económicamente a la instalación de nuevas líneas telegráficas; además, el gobernador había interpretado como una buena señal el hecho de que el nuevo juez fuera un asiduo del tekke de los Halifiye, ya que eso significaba que «tendrá temor de Dios, y se comportará de forma honorable». Ahora Sami Pachá era incapaz de concebir cómo ese mismo individuo anodino e insignificante había podido decidir que debía ser ejecutado. Se levantó de la silla cuando el juez lo llamó a su despacho.

El juez podía ver que el condenado a muerte lo miraba con la expresión perpleja de un hombre que no alcanza a comprender nada de lo que acontece a su alrededor.

—Excelentísimo gobernador Sami Pachá, ¡ha sido condenado a muerte! —dijo, como si quisiera consolarlo—. En otros tiempos, este tipo de sentencias serían enviadas a Estambul para ser revisadas, con la consiguiente demora. Y

Abdülhamit, cuyo corazón siempre suele ablandarse, acabaría conmutando la sentencia de muerte por una condena al destierro o a cadena perpetua, y nunca ejecutaría a nadie por temor a las presiones de los embajadores. Pero ahora vivimos en el estado soberano de Minguer y su sentencia de muerte no se remitirá a Estambul, por lo que no tendría sentido esperar un posible indulto del excelentísimo Abdülhamit.

—¿Qué me quiere decir con todo esto?

—Que esta bien podría ser su última noche sobre la tierra, gobernador pachá —respondió el juez—. Ni Estambul ni las potencias internacionales tienen autoridad para alterar las sentencias dictadas en un tribunal del estado de Minguer.

Sami Pachá se estremeció al comprender que su ejecución serviría para demostrar al mundo que a partir de ese momento ya nadie podría interferir en los asuntos del estado independiente de Minguer.

Del mismo modo que era incapaz de dar crédito a la decisión del juez, Sami Pachá era consciente de que el hormigueo provocado por las punzantes agujas en su vientre, y que se estaba extendiendo por la espalda y bajándole por las piernas, también le había paralizado la mente y el alma, que ya no podía pensar con claridad, y que su miedo se había hecho tan grande que ya no podía ver el mundo que lo rodeaba, ni tampoco escuchar ni entender lo que decía la gente. Que lo transportaran de vuelta a su celda como un animal, arrojándolo dentro de un furgón carcelario blindado sin ventanas, fue un denigrante mazazo más a su integridad. Pero lo peor de todo fue la forma en que lo miraba la gente ahora que era un «condenado a muerte», con una curiosidad inusual, aquellas miradas compasivas, como si estuvieran contemplando a una extraña criatura. La sentencia de muerte acababa de anunciarse, pero Sami Pachá tenía la sensación de que ya lo sabía todo el mundo.

Mientras el furgón carcelario cruzaba el pórtico principal del castillo y avanzaba lentamente en dirección a la Torre

Veneciana, Sami Pachá atisbó por un orificio de ventilación y vislumbró varias hileras de cuerpos delante del edificio otomano que daba al oeste, donde estaban las mejores y más grandes galerías y donde había estallado el motín. Tras contar veintiséis cadáveres con absoluta apatía, vio una hoguera en la que se estaban quemando los jergones, mantas y demás pertenencias de los presos y confinados fallecidos, y cómo el fuego envolvía todo el patio con una humareda densa, azulada y hedionda.

Como los empleados y soldados que trabajaban en las fosas de incineración habían sido despedidos de sus puestos después de que el nuevo gobierno del jeque Hamdullah levantara la cuarentena, aquellos que quisieran quemar los objetos de los muertos debían encargarse por sí mismos, tal como parecían hacer en ese momento esos funcionarios de la prisión.

Un poco más allá de las pulcras hileras de muertos que esperaban a que los recogiera un carro al anochecer, yacían varias personas todavía vivas pero claramente al borde de la muerte. Sami Pachá vio a siete u ocho de esos enfermos de peste que gemían, vomitaban y se retorcían de dolor sobre colchones, envueltos en sábanas o tumbados directamente sobre el frío suelo de piedra del castillo. Al final había sucedido lo que todos más temían: la epidemia se había extendido por toda la mazmorra y había llegado a todos los edificios del recinto. Sami Pachá sabía por experiencia que aquellos enfermos agonizantes no tardarían en morir, y que los habían bajado al patio y arrojado junto a los cadáveres para que cuando llegara el carro funerario dentro de unas horas también se los llevara.

Sami Pachá había divisado a algunos funcionarios y escoltas leales al jeque Hamdulla apostados en la entrada del complejo penitenciario del castillo. Pero no quedaba ninguno de los antiguos guardianes uniformados patrullando por el patio; todos habían huido.

El furgón carcelario se detuvo un momento porque la vía estaba bloqueada, y dos prisioneros que merodeaban por el patio se acercaron hasta situarse a escasos centímetros de Sami Pachá, discutiendo en una lengua que el pachá no logró reconocer. Cuando el carruaje volvió a ponerse en marcha, Sami Pachá pensó, y no sin razón, que, en el actual clima apocalíptico que se vivía en la isla, si aquellos dos canallas hubieran sabido que el antiguo gobernador estaba justo a su lado, tan cerca que podía notar su hedor y escuchar su respiración agitada, no habrían dudado en sacarlo a rastras del furgón y colgarlo ellos mismos antes de que los hombres del jeque Hamdullah tuvieran oportunidad de hacerlo. A medida que el carruaje se acercaba a la Torre Veneciana, Sami Pachá vio otras cuatro hileras de víctimas de la peste —dieciséis en total—, dispuestas en el suelo con el mismo y sorprendente sentido de la simetría, y constató con ánimo sombrío que era incapaz de sentir ninguna lástima por esa gente.

La condena a muerte lo había convertido en alguien completamente «egoísta». Tal vez ver que otras personas estaban muriendo no lo afligía como debería porque se le antojaba una señal de que el más allá existía realmente, y que al llegar allí no estaría solo. La fuente de su egoísmo, el único pensamiento que tenía en la mente, era: ¡sobrevivir! Cuando llegase a su celda, tenía que conseguir papel y pluma y escribirle una carta al cónsul George.

Pero nada más entrar en su celda, donde penetraba un extraño azul de mar, Sami Pachá rompió a llorar, todo su cuerpo sacudido por unos sollozos incontrolables. Al menos, lo tranquilizaba el hecho de que nadie viera en ese miserable estado. Después de llorar un rato, se tumbó sobre el montón de paja que había en un rincón y, milagrosamente, se quedó dormido durante unos diez minutos. Soñó que caminaba con su madre por el jardín trasero de la casa de su tía Atiye, y en el jardín vio margaritas, una suave luz dorada y un pozo. En su sueño iba cogido de la cálida mano de su madre, y esta le señalaba la polea del pozo. Sobre la polea había un lagarto

enorme que emitía unos ruidos extraños, pero la criatura parecía más amistosa que aterradora.

Cuando se despertó, Sami Pachá comprendió que los ruidos percusivos procedían de un gran cangrejo que había estado paseándose entre las grietas y rocas cercanas al muro de la celda que daba al mar, y entonces pensó que aquello debía de ser una señal y se sintió un poco mejor, diciéndose que después de todo no lo colgarían, que pronto lo pondrían en libertad. Si realmente fueran a ejecutarlo, no lo habrían traído a esta celda después del juicio, sino que lo habrían encerrado directamente en el calabozo de la antigua sede de la gobernación.

Según la Constitución de Minguer, cuyos artículos básicos había redactado el propio Sami Pachá, no se podía llevar a cabo ninguna ejecución sin que el primer ministro —en este caso, Nimetullah Efendi, el del sombrero cónico de fieltro— hubiera ratificado la sentencia. Y, ni que decir tiene, Nimetullah Efendi haría lo que le ordenara el jeque Hamdullah. Cuando llegara la hora de la verdad, su viejo amigo el jeque, con quien tanto había conversado de libros y poesía en sus primeros años como gobernador, mitigaría su ira y resentimiento y firmaría el indulto, y Sami Pachá saldría por su propio pie del castillo y regresaría caminando tranquilamente a sus aposentos. No se daría ninguna prisa en llegar a casa. Cuando Nimetullah Efendi fuera a verlo, le daría las gracias por el perdón y no se olvidaría de mencionar el poemario del jeque, *Aurora* . Si realmente fueran a colgarlo, no lo habrían encerrado en esta celda, y ese atento y encantador cangrejo no habría salido del mar para venir a visitarlo.

Sami Pachá también se animaba cuando pensaba en su mujer y en sus dos hijas en Estambul. Todavía estaba enojado con su esposa, cuyas interminables excusas y embustes —«Iré en el próximo barco», «Mi padre está enfermo»— lo habían dejado solo durante los últimos cinco años en Minguer, y quien estaba claro que, como hija de un pachá, se creía con

derecho a tratarlo como se le antojara; pero, por alguna razón, no podía dejar de imaginarse a su mujer y a sus dos hijas descansando ociosamente bajo el sol en la playa de Üsküdar. En esa escena, era como si Marika también estuviera en Estambul.

Después de recibir el perdón del jeque Hamdullah, Sami Pachá haría las paces con sus viejos enemigos, retomaría su amistad con los cónsules de la isla, evitaría cualquier situación problemática y se casaría con Marika, con la que llevaría una vida sencilla y tranquila en una casita blanca junto a aquel camino del barrio de Hora que bajaba sinuosamente hasta el mar, con unas vistas espectaculares en cada recodo, o quizá un poco más allá, en Dantela. ¿Por qué no había hecho todo esto antes? Ahora se arrepentía mucho de no haberse portado mejor con Marika. Una noche, después de beber unas copas de coñac, llamó a Zekeriya y llevó a Marika a dar un paseo en el landó blindado bajo la luz de la luna, una pequeña excursión que a ella le había resultado encantadora. Y aunque después ella le había pedido cada mes que salieran a pasear en el carruaje cuando la luna estaba llena, él se había negado por temor a que la gente los viera, y ahora se enfadaba consigo mismo por no haberla complacido.

De pronto, se abrió la puerta de la celda. Sami Pachá despertó de su ensoñación y se levantó para recibir al jeque Hamdullah, pero cuando vio ante él los rostros de varios funcionarios de prisiones que conocía de tiempo atrás, comprendió lo que iba a pasar.

—Me gustaría rezar mis oraciones —dijo con una serenidad que incluso le sorprendió a él mismo—. Y debo realizar mis abluciones.

Tanto la pequeña mezquita del castillo como el cuarto de oraciones de la prisión estaban cerrados por la epidemia. Mientras esperaba a que encontraran una fuente y una alfombrilla, buscaba un lugar apropiado para realizar sus oraciones y recitaba unos versos sin acordarse de ninguna sura

de principio a fin, Sami Pachá fue capaz de olvidarse de su desgracia durante un rato, aunque solo fuera porque tenía la cabeza ocupada en otros menesteres.

Después de oscurecer lo metieron dentro del mismo furgón carcelario, que ahora había vuelto para llevárselo de la torre. Mientras el vehículo avanzaba despacio por el recinto carcelario, Sami Pachá observó que el lúgubre y siniestro carro funerario ya había llegado al patio y que estaba siendo cargado con los cadáveres que había visto antes, todavía dispuestos con gran meticulosidad pero ahora completamente desnudos después de que los hubieran despojado de sus ropas para ser incineradas. En ese momento, cientos de cuervos que se habían reunido en el castaño del patio empezaron a graznar frenéticamente. Delante del antiguo edificio de los jenízaros había también cadáveres, en este caso amontonados de forma desordenada. El aire no olía a muerte, sino a hierba mojada. El alcaide de la prisión había ordenado que se quemaran los colchones, mantas y sábanas de los presos muertos, aunque ahora esta práctica no se consideraba una medida de cuarentena, sino una operación de «limpieza». Esos cuatro o cinco afortunados que ahora rondaban por el patio, charlando, descansando, cargando muertos, seguirían en este mundo, mirando el mismo cielo, cuando el sol saliera por la mañana…, pero Sami Pachá ya no estaría.

Empezó a golpear con los puños contra las paredes de madera del furgón y gritó con todas sus fuerzas, pero nadie le prestó la más mínima atención. Cuando empezaron a dolerle los nudillos, consumido por la rabia y la frustración, se desplomó sobre el suelo y lloró un poco, pero al cabo de unos minutos, reuniendo la poca voluntad que le quedaba, se levantó y atisbó por el orificio de ventilación para intentar ver las calles de la ciudad que había gobernado durante cinco años, esa ciudad que tanto amaba. Pero estaba demasiado oscuro para ver nada.

Cuando percibió el olor a tierra, hierba y algas en el aire, ese aroma tan característico de la isla, volvió a dejarse caer al

suelo con lágrimas en los ojos y empezó a rezar a Alá para que lo salvara. En ese momento estaba sinceramente arrepentido de sus actos. En su interior no quedaba ni un solo atisbo de rabia ni de orgullo, ni tampoco fantasías de redención heroica. Lo único que sentía era arrepentimiento ante su propia necedad. ¿Cuál era el error del que más se arrepentía? Una vez más, el antiguo gobernador y antiguo primer ministro Sami Pachá se lamentó por haber perdido tanto tiempo con Ramiz, por habérselo tomado todo demasiado en serio, por haber sido incapaz de aceptar su destitución. Cuando las ruedas del furgón carcelario empezaron a producir un ruido muy diferente, se dio cuenta de que estaban pasando por el puente de Hamidiye, y se levantó de un salto para volver a atisbar por el orificio de ventilación, contemplando el majestuoso castillo del que acababa de salir y comprendiendo con resignación que esa sería la última vez que vería ese glorioso edificio.

No es fácil llegar a amar u odiar a los personajes que pueblan las páginas de un libro de historia. Pero sí solemos experimentar esas emociones al leer una novela. Para evitar más angustia a aquellos de nuestros lectores que hayan llegado a sentir cierto afecto por Sami Pachá (por pocos que sean), nos abstendremos de ofrecer aquí un relato detallado de cómo permaneció en su celda de la sede de la gobernación esperando a que llegara el perdón del jeque Hamdullah o de Nimetullah Efendi, el del sombrero cónico de fieltro, y no hablaremos de la agonía que sufrió mientras escuchaba al imán que fue a consolarlo, ni de sus lúgubres y sombrías cavilaciones, ni de su miedo a la muerte.

Hasta el ultimísimo momento, Sami Pachá se aferró a la inocente e ilusa esperanza de que el jeque Hamdullah acabaría perdonándolo. Incluso después de ver al verdugo, fue capaz de convencerse por unos instantes de que todo aquello no era más que una farsa para asustarlo aún más de lo que ya estaba y hacerle creer que no iba a ser indultado.

Sami Pachá detestaba al verdugo Şakir porque era un vulgar ladrón y un borracho, y porque ejecutaba a la gente a

cambio de dinero. Sintió tanta rabia al pensar que su vida acabaría a manos de aquel tipo que pensó que se ahogaba. Con las manos ya atadas delante de él, golpeó con fuerza al verdugo en la espalda. Forcejeó a la desesperada con la intención de escapar, pero Şakir lo agarró rápidamente por el cuello.

—No pierda la dignidad, excelentísimo gobernador —le dijo—. Es lo que se espera de usted.

Sami Pachá podía sentir la presencia de aquellos canallas despreciables que habían acudido a presenciar su ejecución, ocultos entre la oscuridad al otro lado de la plaza. Se dijo que no importaba lo que esos cobardes pudieran pensar de él antes de morir. La vida y el universo eran más importantes. Logró recuperar la compostura por un momento.

Pero, a medida que se acercaba al cadalso, empezaron a fallarle las rodillas y a ser incapaz de andar, y Şakir, con su aliento que apestaba a vino, le habló con sorprendente ternura.

—Venga, querido gobernador —le dijo—. ¡Aguante, que ya queda poco!

Su voz resultó confortadora, como si le estuviera hablando a un niño pequeño. Y así fue como, con su camisola blanca de condenado a muerte y con la soga alrededor del cuello, Sami Pachá saltó valientemente al vacío gritando: «¡Madre, allá voy!». Un instante antes de morir, pasó ante sus ojos la imagen de un cuervo negrísimo de alas enormes.

68

Mientras el viento soplaba a través de la plaza (antaño llamada de la Provincia, luego de Minguer) haciendo balancearse siniestramente el cadáver de Sami Pachá con su camisola blanca, mucha gente fue a verlo: niños que no tenían miedo a la muerte ni a la epidemia, chavales que se habían escapado de sus casas, varios enemigos del pachá, nacionalistas griegos y minguerenses, y algunos de los periodistas que había enviado a prisión. Los simpatizantes más vengativos de Ramiz procedentes del pueblo de Nebiler se reunían bajo la horca para regodearse irrespetuosamente dando gracias a Alá, por lo que los policías tuvieron que amonestarlos. Tarksis Efendi, a quien Sami Pachá había encerrado durante cuatro años con la acertada sospecha, aunque sin tener pruebas concluyentes, de sacar antigüedades de contrabando de la isla, afirmó que el cadáver colgado no era el del pachá, y cuando se acercó para verificar su identidad fue expulsado por los guardias.

Los partidarios más fervorosos de Sami Pachá, entre los que se contaban Marika y los miembros más prominentes de las comunidades musulmana y rum de Arkaz, se habían encerrado en sus casas y esperaban, como paralizados, el desarrollo de los acontecimientos. Mientras tanto, había empezado a extenderse la teoría de que la peste tal vez se transmitiera también a través del aire.

Pero nada de eso frenó el impulso de lo que los historiadores han llamado «terror estatal». Al cabo de dos días bajaron el cadáver de Sami Pachá de la horca y lo enterraron en el cementerio de Narlık entre rosas de Minguer. En las primeras horas del día siguiente, cuando aún no había salido el sol, el amigo de juventud de Bonkowski Pachá, el farmacéutico Nikiforo, también fue colgado de la misma horca.

El verdugo Şakir se comportó con Nikiforo de forma mucho más brusca e insensible de lo que se había mostrado con Sami Pachá, reprendiendo al anciano farmacéutico cuando las piernas empezaron a fallarle por el miedo y respondiendo a sus súplicas con crueles comentarios de «Ahora ya es demasiado tarde, habértelo pensado antes», pero su conducta no tenía nada que ver con que en una ocasión lo hubieran expulsado de la farmacia de Nikiforo por robar (por supuesto, nadie se atrevió a llamar a la policía para acusar a un verdugo), ni con la gran cantidad de vino que había consumido la noche anterior, sino que más bien fue una consecuencia del hecho de que la mencionada oleada de «terror estatal» se había transformado poco a poco en un movimiento sistemático en contra de la población rum de la isla. Como todos los regímenes anteriores, el gobierno de Nimetullah Efendi y el jeque Hamdullah empezó a utilizar la epidemia para intimidar a los rums y expulsarlos de Minguer, y para que los que ya habían huido no pensaran en volver, y así garantizar que los musulmanes se convirtieran en la población mayoritaria de la isla. Según algunos observadores rums, esa era precisamente la razón por la cual todavía no se había reabierto la oficina de telégrafos: si se reanudaban los servicios de transporte marítimo, los rums pronto volverían a ser mayoría.

Pero el maltrato de la población rum por parte del gobierno del jeque Hamdullah no respondía solo a su voluntad de alterar la composición demográfica de la isla, sino también a un sincero y profundamente arraigado temor hacia los cristianos y los infieles. Al igual que las mezquitas y los tekkes, las iglesias y los monasterios también habían reabierto sus puertas, pero mientras que los «hospitales» provisionales instalados en los recintos musulmanes empezaron a desmontarse, los de los monasterios siguieron funcionando como tales, y los enfermos de los tekkes fueron trasladados en sus camillas y colchones hasta los verdes y espaciosos jardines monásticos. En un momento dado, el jeque Hamdullah llegó incluso a plantearse la posibilidad de un intercambio entre la

población rum de la isla y la población musulmana de Creta y Rodas. Ahora solo se contrataba a musulmanes para ocupar puestos de funcionariado (pese a que apenas quedaban fondos en las arcas estatales), y en ocasiones los turcos no nativos de la isla recibían también un trato denigrante, aunque no tanto como los rums. Y el nuevo gobierno tampoco parecía tener ninguna prisa por expulsar a los musulmanes que habían entrado en las casas vacías de los barrios rums más adinerados como Hora, Flizvos y Dantela, y se habían instalado en ellas ilegalmente.

Pero, aunque tal era el trasfondo político y social del momento, es evidente que esos no fueron los factores que provocaron la condena a muerte e inmediata ejecución del farmacéutico rum Nikiforo. Nikiforo acabó en la horca debido a las confesiones extraídas a una serie de sospechosos mediante la falanga y otros métodos de tortura tradicionales. Pakize Sultan y el doctor Nuri habían leído el dosier que Sami Pachá les había entregado antes de huir de la ciudad en su última noche como primer ministro, donde figuraban esas mismas confesiones, y habían estudiado todas las evidencias recogidas en él. Dado que tenían prohibido salir de sus dependencias de invitados, y ajenos a todos los horrores que estaban produciéndose en la ciudad, disponían de todo el tiempo del mundo para diseccionar el dosier y entregarse alegremente a todo tipo de conjeturas.

Después del asesinato por envenenamiento del doctor İlias, las autoridades detuvieron al capitán y a los ocho soldados que trabajaban en la cocina de la guarnición, y cuando ni todos los golpes de falanga, ni todo el dolor infligido ni toda la sangre derramada sirvieron para dar con una respuesta satisfactoria, se dispuso rápidamente aplicar un poco más de tortura, esta vez dirigida contra los cinco soldados que habían servido la mesa durante la ceremonia de juramento de la División de Cuarentena, así como contra el responsable cretense de aprovisionamiento de la guarnición y sus dos ayudantes de cabello claro.

Mientras el doctor Nuri recorría las farmacias y herboristerías haciendo preguntas sobre la venta de matarratas y otras actividades sospechosas con una exhaustiva minuciosidad de la que hasta el mismísimo Sherlock Holmes se habría sentido orgulloso, la fiscalía y el equipo de torturadores, siguiendo órdenes del director de inteligencia, empezaron a aplicar una segunda ronda de tortura a los mismos sospechosos y en el mismo orden, cuando de repente, antes de que llegara su turno y aterrado ante la perspectiva de ser sometido a una nueva sesión de falanga, el soldado de expresión más inocente e infantil de los ocho trabajadores de la cocina rompió a llorar y confesó que él era el culpable de todo, y a fin de convencer al fiscal de barbas blancas y a sus escribanos bigotudos de que estaba diciendo la verdad y de que era él quien había envenenado los çöreks, les enseñó cómo, mientras sus compañeros rezaban las oraciones del viernes antes de la ceremonia de juramento, él se había colado en la cocina con una bolsa de veneno y lo había mezclado con la harina. Los otros trabajadores de la cocina, a los que de vez en cuando les metían los pies en cubos llenos de agua con sal para evitar que sangraran demasiado y mancharan el suelo, y que probablemente se habrían desmayado por la agonía o quedarían tullidos de por vida si las heridas apenas cicatrizadas de las plantas de sus pies volvían a ser castigadas de nuevo con la falanga, celebraron aliviados que su compañero hubiera confesado, porque eso significaba que no tendrían que volver a pasar por semejante calvario.

Al director de inteligencia y al gobernador Sami Pachá les complació enormemente la confesión de aquel muchacho de dieciséis años, de ojos verdes y rostro angelical. Pero hasta que no averiguaran quién o quiénes le habían entregado la bolsa de arsénico a aquel joven de aspecto dulce y afable, y por qué lo habían hecho, los doctores de cuarentena seguirían corriendo el peligro de ser asesinados. Cada vez que el interrogador conocido por golpear más fuerte con su vara le hacía estas preguntas, sosteniendo una vela ante su cara en la

oscuridad, el arrepentido muchacho rompía a llorar de nuevo o fijaba sus ojos en la llama sin pronunciar palabra.

El director de inteligencia sabía por experiencia que si seguían torturándolo para obtener esas informaciones mucho más valiosas de quién le había entregado el veneno o en qué farmacia o herboristería lo había conseguido, el joven de carita inocente acabaría mintiendo, se quedaría tullido, o incluso podría morir a causa de las heridas, así que ordenó a los interrogadores que reservaran sus fuerzas hasta consultar la situación con Sami Pachá. Juntos decidieron que, antes de proseguir con el interrogatorio del muchacho y torturarlo hasta que revelara cómo y dónde había conseguido el veneno, esperarían a que las laceraciones de sus pies hubieran cicatrizado. Mientras tanto, investigarían a fondo a todos y cada uno de los familiares de aquel joven traidor e insensato, averiguarían quiénes eran sus amigos, y de ser necesario los someterían también a la falanga.

Después de leer detenidamente el dosier que les había entregado Sami Pachá, Pakize Sultan comprendió perfectamente lo que debió de pensar el exgobernador durante aquellos días, y se complació en discutir el asunto con su marido:

—Sami Pachá debió de sentirse exultante por haber descubierto al asesino del pobre doctor İlias antes que usted, y haberlo hecho siguiendo su propio método —empezó.

—Si no hubieran esperado tanto para conseguir la segunda confesión del muchacho, ¡quizá podrían haber arrestado a esa panda de conspiradores y agitadores antes de que mataran a Mecid! —objetó el doctor Nuri.

—Pero Sami Pachá no tenía ninguna prisa, y mi tío tampoco. El pachá sabía que usted estaba visitando todas esas farmacias y herboristerías y pensaba que no sería capaz de llegar a ninguna conclusión definitiva, así que aprovechó la oportunidad para darle una lección. Quería demostrarles a usted y a mi tío, tan aficionado a esas novelas de misterio que

sus sirvientes tienen que leerle cada noche, que el método de Sherlock Holmes no es aplicable en Oriente ni en ningún territorio del Imperio otomano. Supongo que mi tío no se habría tomado muy bien que un gobernador como Sami Pachá lo obligara a reconocer sus errores.

—Usted también cree que Sami Pachá siguió siendo absolutamente leal a su tío.

—No me cabe la menor duda —dijo Pakize Sultan—. Por eso nunca me he sentido del todo segura aquí, teniéndolo a solo cuatro habitaciones de distancia. No olvide que los çöreks que mataron al doctor İlias también estaban destinados a usted.

—Pero esos çöreks también le fueron ofrecidos al gobernador Sami Pachá.

—Y aun así, cuando los tuvo delante, no probó ninguno —replicó Pakize Sultan, mirando fijamente a los ojos de su marido.

A esas alturas, mientras analizaban exhaustivamente el dosier entregado por Sami Pachá, la pareja estaba disfrutando del mismo placer que obtenía Abdülhamit de la lectura de sus novelas de crímenes, y mientras aplicaban la lógica de Sherlock Holmes a las pruebas recogidas por los hombres del director de inteligencia mediante la falanga y otros métodos similares, sentían que se estaban acercando cada vez más a la verdad.

Mientras marido y mujer debatían sobre estos asuntos, Sami Pachá estaba escondido en la granja de Ali Talip cercana al pueblo de Dumanlı. A Pakize Sultan y al damat doctor también les preocupaba el exgobernador, y a menudo hablaban de él. ¿Por qué antes de escapar de Arkaz para salvar su vida, y sin ningún tiempo que perder, había decidido pasarse por su habitación para entregarles ese dosier lleno de información confidencial sobre sospechosos, declaraciones de testigos e informes sobre los interrogatorios?

—Porque Sami Pachá cree que somos espías de mi tío. Quiere que corramos a decirle a Abdülhamit: «Mire todos estos documentos. Su gobernador Sami Pachá es un hombre realmente competente. Ha hecho un excelente trabajo descubriendo a esa banda de conspiradores y capturándolos a todos de una sentada, ¡tal como usted ordenó!». Cree que tal vez así mi tío lo perdonará.

—Él es un fiel súbdito del sultán. Solo quiere que sepa que la investigación que le encargó ha concluido con éxito —añadió el doctor Nuri.

—¿Usted cree que, al identificar a esos asesinos, el gobernador pachá ha cerrado el caso satisfactoriamente?

—Sí —respondió el damat doctor Nuri con firmeza—. Lo que he leído en este dosier, todos los informes que redactaron para el gobernador, me han convencido de ello.

—A mí también…

Guardaron silencio unos instantes.

—Lo cual significa, por desgracia, que al final el método de Sherlock Holmes no ha funcionado —añadió el doctor Nuri.

—Tal vez Abdülhamit no se toma tan en serio todo este asunto de Sherlock Holmes como nos pensamos, al igual que sucede con todas esas reformas que se ha visto obligado a implantar ante las presiones occidentales. La cuestión no radica en si el sultán es europeo por imitación o por voluntad propia, sino en si la gente acepta lo que ha emulado con ganas y entusiasmo. Por tanto, le sugiero que no se tome demasiado a pecho todo este asunto.

—Pero, si se me permite la observación, yo sí creo que su tío se toma en serio el tema de Sherlock Holmes. Ha comprendido que una de las cuestiones fundamentales de estos tiempos en los que vivimos es la separación entre los individuos y sus comunidades. Al ordenar la construcción de cada gran hospital, de cada escuela, tribunal, base militar,

estación de tren y plaza, lo que quiere Abdülhamit es separar a los individuos de sus comunidades para llegar a ellos directamente, y para que tengan miedo del Estado y de sus tribunales. No de los vecinos que los rodean.

—O quizá a mi tío simplemente le guste Sherlock Holmes sin más —dijo Pakize Sultan con una sonrisa traviesa.

Una parte significativa del dosier que les había entregado Sami Pachá contenía las observaciones realizadas por el fiscal interrogador durante la investigación. Pero lo que más páginas ocupaba eran las declaraciones obtenidas de los sospechosos torturados. («¡Es imposible que el gobernador Sami Pachá se leyera de principio a fin todas estas confesiones tan angustiosas!», pensaban marido y mujer, pero el pachá había escrito notas a lápiz en los márgenes de cada una de las hojas). Un funcionario que ejercía de enlace entre el fiscal interrogador y el director de inteligencia también había redactado informes diarios para el gobernador detallando los progresos de esos interrogatorios a base de falanga y palizas. Leyendo esos documentos, quedaba perfectamente claro quién era realmente culpable y quién había sido incriminado solo por razones políticas.

Mientras esperaban a que cicatrizaran las plantas de los pies del joven de la cocina, los hombres del director de inteligencia empezaron a investigar a su familia y a sus amistades. El joven vivía con sus padres en una de aquellas chabolas construidas hacía tres años con el beneplácito de Sami Pachá en los terrenos abandonados de las colinas situadas detrás de las fosas de incineración. Entre su círculo de conocidos había muchachos fanáticos, desempleados ociosos y fundamentalistas musulmanes, en su mayoría casi tan pobres como los refugiados cretenses. También era amigo de los jóvenes rebeldes y pendencieros del barrio de Taşçılar, y su padre (que creía que habían enviado a su hijo al área de aislamiento del castillo por haber contraído la peste en la cocina de la guarnición, y por tanto no sospechaba nada) les contó a los investigadores que había hecho todo lo posible

para mantenerlo alejado de esas malas influencias, de todos esos delincuentes de los muelles, y les proporcionó una lista con los nombres de todos los que en un momento u otro habían ido a verlo a su casa.

La mayoría de los miembros de ese grupo fueron arrestados en aquellos días de la peste previos a la Revolución. Algunos eran inocentes y fueron sometidos a la falanga en vano, pero otros muchos fueron identificados como integrantes del círculo de Ramiz y como aldeanos del pueblo de Nebiler que habían acudido a Arkaz para unirse al movimiento de resistencia contra la cuarentena. Llevó más de un mes recabar todas esas pruebas. Durante ese tiempo, el director de inteligencia logró obtener numerosas confesiones bajo tortura, y confiscar telegramas, cartas y notas manuscritas en diversas redadas practicadas en varias casas, que demostraban de forma irrefutable las conexiones entre el pueblo de Nebiler y los implicados en el Motín del Barco de los Peregrinos, y probaban asimismo que Ramiz era su líder encubierto. El gobernador Sami Pachá y Mazhar Efendi abordaron todos los aspectos de este asunto, desde las cuestiones principales hasta los detalles más nimios, como si esperaran que su labor se enseñara algún día en las universidades como un ejemplo de «cómo llevar a cabo una investigación», y quizá también como si confiaran en que ese exhaustivo dosier serviría para demostrar a Abdülhamit y el Mabeyn que eran unos espléndidos burócratas.

Después de que los investigadores de Mazhar Efendi determinaran la identidad de todos y cada uno de los jóvenes fanáticos y agitadores del círculo de Ramiz, y de los indignados aldeanos que habían jurado justa venganza por el Incidente del Barco de los Peregrinos, el director de inteligencia ordenó a sus espías que controlaran todos sus movimientos, pero Sami Pachá decidió esperar para arrestar a toda la banda. (Una negligencia que acabaría costándole la vida a Mecid). Probablemente el entonces gobernador debió de pensar que encarcelar de golpe a tantas personas

pertenecientes o vinculadas a los tekkes provocaría un estallido de furia generalizada contra la cuarentena.

Algo que también ponían de manifiesto los documentos del dosier de Sami Pachá era que, como probablemente ya habrán imaginado nuestros lectores, el secuestro y asesinato de Bonkowski Pachá fue hasta cierto punto fruto del azar. Eso no significa que en aquellos días no hubiera mucha gente en Arkaz que desearía la muerte de cualquier cristiano que viniera a imponerles una cuarentena en la isla, así como también la muerte del gobernador pachá. El plan original de los conspiradores consistía en asesinar juntos a Bonkowski Pachá y a su asistente İlias envenenándolos con los çöreks. Pero cuando un devoto del tekke de los Terkapçı del pueblo de Nebiler que había sobrevivido a la tragedia del barco amotinado tres años atrás y que ese día había bajado a Arkaz se topó inesperadamente con Bonkowski Pachá por la calle y reconoció al afamado químico real por su porte y apariencia, tuvo un momento de inspiración y, tras mentirle con el pretexto de que había un enfermo de peste en su casa, condujo al pachá hasta donde estaban todos sus amigos. Los espías y funcionarios del director de inteligencia lograron identificar a todos y cada uno de los hombres que atormentaron y torturaron a Bonkowski Pachá durante sus últimas horas de vida, lo estrangularon de forma cruel y despiadada hasta morir, y luego arrojaron su cadáver en un rincón de la plaza de Hrisopolitissa.

—Pero Mazhar Efendi decidió no detenerlos todavía porque algunos de ellos estaban implicados en el complot de Ramiz para asaltar la sede de la gobernación e instaurar al nuevo gobernador. Siguiendo las órdenes de Sami Pachá, el director de inteligencia había estado siguiendo la evolución de esa maniobra sediciosa para tender una trampa a Ramiz y sus hombres a fin de pillarlos con las manos en la masa y poder condenarlos de manera irrefutable. Recuerde que el plan original del gobernador consistía en arrestar discretamente a

los asaltantes entrando por la puerta trasera del cuarto de epidemiología…

—No deja de asombrarme con su perspicacia —dijo el damat doctor, coincidiendo por completo con la deducción de su esposa—. ¡Ciertamente, es a usted a quien su tío debería haber encargado la misión de hacer de detective a lo Sherlock Holmes, y no a mí!

—¡Es que eso es justo lo que hizo! —replicó orgullosamente Pakize Sultan, haciendo gala de su agudeza de ingenio—. Por fin he comprendido por qué mi tío dispuso que yo acompañara a la delegación asesora a borde del Aziziye, y por qué luego nos envió a los dos a Minguer: porque sabía que usted solo sería capaz de resolver este misterio si contaba con la ayuda de alguien que ha leído el tipo de novelas que lee mi padre…, alguien como yo.

—Parece que, después de todo, aprecia realmente el ingenio de Su Majestad el sultán…

—Pero no debe olvidar que es también mi tío quien está detrás de todos esos crímenes que ha tratado de resolver.

—¿De verdad cree eso? —dijo el doctor Nuri—. Porque si realmente está convencida de que su tío es tan maquiavélico como dice, entonces también habrá llegado a la conclusión de que no hay ninguna esperanza de que podamos regresar a Estambul.

En ocasiones, cuando surgía el tema de Estambul, se acercaban en silencio a la ventana y miraban hacia el horizonte lejano como si esperaran atisbar algún barco procedente de la capital. El Mediterráneo estaba más agitado de lo habitual, pero la ciudad seguía tan silenciosa e inerte como una tumba.

69

—Si su tío hubiera tenido realmente la intención de asesinar a Bonkowski Pachá, le habría resultado mucho más fácil hacerlo mientras estaba todavía en Estambul. Pero, en vez de eso, lo envió a luchar contra la peste a esta isla remota y aislada, donde la situación podría descontrolarse en cualquier momento.

—¡Y eso es precisamente lo que ha sucedido! —declaró Pakize Sultan—. Porque así es como le gusta hacer las cosas a mi tío. Cuando quiere organizar un asesinato, dispone que se lleve a cabo en algún territorio lejano sobre el que no tiene control directo, para que nadie pueda culparlo de ser el responsable en la sombra. Eso fue lo que sucedió con Mithat Pachá, el más insigne y europeísta de los visires otomanos. Después de que el tribunal del palacio de Yıldız lo condenara a muerte por ser el principal artífice de la conspiración política y el golpe que provocaron el derrocamiento y la muerte de su tío el sultán Abdülaziz, a mi tío Abdülhamit no le habría costado nada firmar la orden de ejecución y disponer que lo colgaran en Estambul. Pero, como de costumbre, el muy taimado Abdülhamit, cuyo corazón es supuestamente «blando», fingiendo actuar movido por su conciencia humanitaria, conmutó la condena de muerte por una de cadena perpetua y envió a Mithat Pachá al destierro, encarcelándolo en la fortaleza de Taif, un lugar aún más infernal que la mazmorra de Minguer. Y poco después ordenó que lo asesinaran, pero en unas circunstancias tan misteriosas que a casi nadie se le ocurrió pensar que el responsable pudiera ser Abdülhamit. Y eso es exactamente lo mismo que ha hecho mi tío con Bonkowski Pachá.

—Mithat Pachá formaba parte de la conjura que derrocó a su padre para que su tío ascendiera al trono. ¿Tiene alguna

prueba concreta de que fuera Abdülhamit quien ordenó su asesinato?

—Mi tío nunca dejaría ninguna pista que pudiera rastrear alguien como Sherlock Holmes. Por eso le gusta tanto leer ese tipo de novelas. Yo creo que mi tío, como el resto de la gente, lee esas novelas de misterio para aprender la manera de cometer un asesinato sin dejar ningún rastro, y para enterarse de los nuevos métodos de investigación que se aplican en Europa. Y aunque no tengo ninguna prueba de los numerosos asesinatos perpetrados por mi tío, tengo razones más que suficientes para sospechar de él.

—Es posible que su tío considerara que la enorme popularidad entre el pueblo y el gran carisma de Mithat Pachá constituyeran una amenaza para su propio poder político.

—Permítame que le corrija, mi señor: Mithat Pachá no era tan querido por eso que usted llama el pueblo.

—Pero Bonkowski Pachá, a quien su tío tenía en gran aprecio y que llevaba tantos años al servicio del sultán, no representaba ninguna amenaza…, a diferencia de Mithat Pachá.

—Bonkowski Pachá, que en paz descanse, era un experto en venenos. Ese solo hecho ya representaba suficiente amenaza. Usted mismo me recordó que hace veinte años elaboró un tratado para mi tío sobre las plantas venenosas que crecían en el jardín del palacio de Yıldız y sobre los venenos que podían matar sin dejar rastro. Bastaría con que uno de sus informadores se inventara una acusación sin fundamento del tipo: «Bonkowski Pachá planea envenenar a Su Majestad». A veces a mi tío le llegan informes incriminatorios falsos o exagerados y, dejándose llevar por la paranoia, no tiene el menor reparo en dejar inacabadas grandes obras estatales en las que durante años se han invertido grandes cantidades de dinero y esfuerzos.

—O sea que no tiene ninguna prueba de que su tío enviara a Bonkowski Pachá a Minguer para que lo asesinaran, sino simplemente sospechas.

—¡Llevamos días discutiendo sobre lo mismo aquí encerrados! —suspiró Pakize Sultan con paciencia—. La única explicación razonable a la que hemos podido llegar es la siguiente: por algún motivo que desconocemos, mi tío decidió que debía librarse de Bonkowski Pachá… incluso deshaciéndose de él. Y seguramente los funcionarios del Mabeyn llegaron a la conclusión de que la mejor manera de hacerlo sería por medio del farmacéutico Nikiforo. Alguien de Palacio, quizá Tahsin Pachá, debió de encargarse de recordarle al sultán la vieja amistad de Nikiforo y Bonkowski, así como la campaña que su Sociedad de Farmacéuticos había emprendido contra los herboristas, y también le hablaría de la concesión que Abdülhamit les había otorgado muchos años atrás y que al final había provocado que Nikiforo se sintiera avergonzado y culpable ante Bonkowski. El trabajo de esos funcionarios es recordarle a mi tío cuáles son los temores y puntos débiles de la gente. En el dosier que nos entregó Sami Pachá hemos podido leer los telegramas encriptados que recibió Nikiforo del Mabeyn, y también los que recibió Bonkowski Pachá desde Esmirna y Estambul. Después de que estallara la Revolución, Nikiforo tal vez pensó que podría utilizar sus conversaciones con el comandante sobre el minguerense y los nombres tradicionales de hierbas, plantas y medicinas para acercarse a él e intentar atraerlo al área de interés de Abdülhamit.

—No me acaba de convencer, aunque esa parece haber sido la teoría de Mazhar Efendi.

—Si es que todo lo que hay en este dosier es la teoría de Mazhar Efendi…

Mientras leían su contenido, marido y mujer habían quedado francamente impresionados por la meticulosidad de los informes de Mazhar Efendi, su extrema minuciosidad a la

hora de categorizar y establecer relaciones cruzadas entre los distintos hechos, y la elaborada y delicada caligrafía con que lo había transcrito todo. El diligente Mazhar Efendi había elaborado también una serie de informes sobre varios asuntos que no guardaban relación alguna con los asesinatos, pero que sin duda resultaban de interés para el nuevo estado minguerense. ¿Por qué Sami Pachá había decidido incluirlos en el dosier?

Un incidente que Mazhar Efendi había investigado y registrado con todo lujo de detalles hacía referencia a algo a lo que marido y mujer ni siquiera habían prestado atención. Durante el Golpe de la Oficina de Telégrafos, ¿por qué el mayor Kâmil, futuro comandante del estado minguerense, había ordenado disparar contra el reloj Theta que colgaba en la pared del gran vestíbulo? ¿Había algún significado en el hecho de que el reloj fuera de la marca Theta? ¿Había disparado contra el símbolo de Theta (θ) porque era una letra griega, o quizá porque en su mente había alguna palabra significativa que empezara por esa letra? En otro documento también se analizaba el comportamiento del mayor cuando iba a la oficina de correos a entregar las cartas de Pakize Sultan, remarcando que siempre leía los carteles de las paredes y que parecía interesado, precisamente, en el reloj de la marca Theta.

Mientras la pareja debatía las diversas cuestiones suscitadas por el contenido del dosier de Sami Pachá, en la ciudad estaban muriendo unas cuarenta personas al día. Aquellos fueron, sin duda, los días más terribles y desgarradores que habían vivido la isla y la nación minguerense en toda su historia. Cualquier atisbo de confianza en la autoridad del Estado había desaparecido por completo, y la gente había perdido incluso su instinto natural de buscar la figura de un salvador al que pudieran seguir y olvidarse así de sus tribulaciones. Cuando se enteraron de que Sami Pachá había sido capturado y ejecutado, Pakize Sultan y el damat doctor sintieron que la situación había tocado fondo. No podían apartar de su mente la imagen de Sami Pachá colgando

de la horca, y durante varios días fueron incapaces de sonreír y se sumieron en una profunda angustia que les quitó el apetito y las ganas de hablar. El damat doctor estaba desesperado por salir de aquella habitación y ver lo que estaba pasando en la ciudad, quería saber cómo estaba actuando la gente ahora que se había levantado la cuarentena. Y cuando dos días más tarde volvió a presentarse en su ventana aquel demoniaco cuervo de mal agüero, comprendieron horrorizados que Nimetullah Efendi, el del sombrero cónico de fieltro, debía de haber hecho colgar al farmacéutico Nikiforo.

—¡Tenemos que regresar a Estambul cuanto antes, a toda costa! —le dijo Pakize Sultan a su marido. Luego lloró un rato, abrazándose a él con fuerza—. No sé si es consciente de ello, pero creo que nosotros seremos los siguientes.

—Al contrario: después de todas las salvajadas que han cometido, estarán preocupados por cómo reaccionará el resto del mundo… —dijo el doctor Nuri muy convencido—. No debe angustiarse por todos esos temores. Harán justo todo lo contrario: ¡nos tratarán incluso mejor que antes! Porque tarde o temprano no tendrán más remedio que volver a implantar la cuarentena. —El damat doctor hablaba en un tono bastante despreocupado, como si mintiera a su esposa para tranquilizarla—. No se preocupe, hablaré con los funcionarios para intentar averiguar por qué han colgado al farmacéutico Nikiforo —añadió.

El dosier del difunto gobernador Sami Pachá también les reveló que la policía secreta de la isla había encontrado respuestas para preguntas que ni siquiera se habían planteado, o sí lo habían hecho pero las habían olvidado rápidamente. Por ejemplo, según una serie de informes recibidos por el director de inteligencia, la famosa pandilla de niños turcos y rums que se habían escapado de sus casas tras perder a sus familias durante la epidemia, y que habían sobrevivido en las montañas recogiendo frutas, comiendo hierbas y pescando en los riachuelos, no era un mito, sino algo real. Aunque nadie sabía

en qué cueva se cobijaban ni en qué terrenos abandonados se habían refugiado.

El amuleto que Bonkowski Pachá cogió del cuello del cadáver del padre de Zeynep, el guardián de la prisión Bayram Efendi, había sido encontrado durante una redada en una casa del barrio de los Altos Turunçlar, donde vivían varios secuaces solteros de Ramiz. (Sabemos también que, durante la época del jeque Hamdullah, a los integrantes de esta banda se los puso en libertad, o se les permitió disimuladamente que escaparan).

En el dosier se indicaba que el farmacéutico Nikiforo ejercía desde hacía años como informador de Abdülhamit. El sultán le había entregado a Nikiforo un manual de desencriptación (como había hecho también con el director de inteligencia), por lo que al farmacéutico lo habían acusado de recibir órdenes directas de los hombres del sultán. Bajo el reinado otomano, eso habría constituido todo un honor. Pero tras la declaración de Libertad e Independencia, era algo que podía tergiversarse y utilizarse en contra de alguien, aunque no fuera necesariamente algo de lo que avergonzarse. Pakize Sultan y el damat doctor también llegaron a la conclusión de que Nikiforo no fue quien le entregó el veneno al joven ayudante de la cocina, pero sí fue quien, manteniendo en secreto su identidad, lo «adiestró» para conseguir el matarratas de varias tiendas y herboristerías. Y Pakize Sultan estaba segurísima de que quien le había dado esa idea había sido su tío Abdülhamit. (Ni ellos ni nosotros sabemos lo que confesó Nikiforo bajo tortura antes de que lo ejecutaran).

En un inesperado giro de los acontecimientos, al farmacéutico Nikiforo lo habían acusado también de insultar la bandera de Minguer, una ofensa que pareció agravar sus otros crímenes. El farmacéutico estaba muy orgulloso de haber contribuido a la creación de la bandera que el comandante Kâmil había ondeado desde el balcón de la sede de la gobernación para proclamar la Revolución minguerense al mundo. Después de que estallara la Revolución, Nikiforo

había utilizado el escaparate de su farmacia para exhibir orgullosamente las otras banderolas publicitarias que había diseñado. Huelga decir que su intención —a diferencia de lo que aseguraron erróneamente los informadores— no había sido en ningún momento burlarse de la bandera, sino todo lo contrario, ya que era un sincero defensor de la independencia de la isla y su propósito era sumarse a la celebración. Pero, en un momento en que estaban muriendo a diario entre cuarenta y cinco y cincuenta personas, los únicos que se molestaron en protestar en contra de esa cruel, injusta e infundada sentencia de muerte fueron unos pocos miembros de la comunidad rum de la isla. Estos se arrepentían todavía de su decisión de no haber huido en cuanto se anunciaron las primeras medidas de cuarentena. La mayoría se sentían más exhaustos y desalentados que nunca, y se habían encerrado aún con más determinación tras las puertas de sus casas.

Mientras el director de inteligencia resolvía finalmente el patrón y el móvil ideológico de todos estos crímenes, el comandante Kâmil murió y, antes de que se pudiera llevar a cabo ninguna acción, el jeque Hamdullah se hizo con el poder y Mazhar Efendi también fue detenido. Según las conclusiones del director de inteligencia, los agitadores que se oponían a la cuarentena y al gobierno de Sami Pachá —es decir, Ramiz y sus hombres— habían planeado asesinar al gobernador, el comandante de la guarnición, los doctores de cuarentena y demás notables de la isla envenenándolos con los çöreks durante la ceremonia de juramento. (En un primer momento, habían pensado en envenenar el café). No había ninguna evidencia que demostrara que el artífice de este osado plan fuera Abdülhamit, una acusación que no sería ni creíble ni aceptable, pero sí que estaba el hecho de que el sultán había enviado algunos telegramas encriptados al farmacéutico Nikiforo, razón por la cual él sabía mejor que nadie en qué tiendas se podía conseguir matarratas.

El incidente que cambió el curso de los acontecimientos y varió el rumbo político del país hacia la independencia fue la

impulsiva decisión de Bonkowski Pachá de salir aquel día por la puerta trasera de la oficina de correos y desbaratar los planes de todo el mundo, escabulléndose de los policías de paisano y los guardias de la gobernación que lo habían seguido, y cayendo poco después en las garras del grupo de agitadores enemigos de los rums y de la cuarentena que habían venido a Arkaz con el objetivo de vengarse del gobernador. Si realmente el objetivo de Abdülhamit había sido deshacerse del inspector jefe de sanidad sin dejar rastro de su implicación, desde luego lo había conseguido. ¡Ya ni siquiera era necesario llevar a cabo el complot de los çöreks envenenados durante la visita del gobernador a la guarnición! Pero, aunque Bonkowski Pachá hubiera muerto, los çöreks fueron envenenados, el audaz e ignominioso plan siguió adelante y el doctor İlias también fue asesinado.

Una semana antes de que estallara la Revolución de Minguer, el director de inteligencia y los fiscales públicos decidieron reanudar el interrogatorio del ayudante de cocina de rostro angelical que había envenenado los çöreks, después de ser informados de que las costras de las plantas de los pies ya se habían caído y que sus heridas habían sanado por completo. El muchacho fue entonces consciente de que no podría soportar una tortura tan brutal y decidió confesar todo lo que sabía. Dijo que nadie le había entregado la gran bolsa de polvos matarratas que había echado en la harina de los çöreks, sino que había utilizado su propio dinero para comprar pequeñas cantidades de veneno a lo largo de varios días en distintas tiendas de Arkaz. ¿Cuánto dinero había gastado, y cuáles eran esos establecimientos? ¡Todo tipo de tiendas…, desde herboristerías tradicionales hasta farmacias modernas! Y si ahora lo llevaran a esas tiendas, ¿los dependientes que le vendieron el veneno serían capaces de identificarlo? En algunos casos sí, en otros quizá no, ya que compró el veneno en cantidades tan ínfimas que probablemente los dependientes no se fijaron en esa transacción o en ese cliente y lo hubieran olvidado al momento. Había sido una táctica muy brillante

comprar el matarratas en diferentes tiendas y en pequeñas cantidades, en lugar de hacerlo todo de golpe. De ese modo se había asegurado de que nadie pudiera seguirle la pista. ¿De quién había sido la idea?

—¿Cree usted que ese joven ayudante de cocina habría leído las aventuras de Sherlock Holmes, o alguna de esas novelas francesas?

—La persona que le dio esa idea probablemente fuera alguien de la isla que sí lee ese tipo de libros. Por ejemplo, es perfectamente posible que el farmacéutico Nikiforo fuera conocedor de ese género de literatura.

—¡Mi tío es la primera persona en Estambul y en todo el Imperio otomano que lee esa clase de libros! —dijo Pakize Sultan con firmeza, en un extraño arranque de orgullo otomano que puso punto final al tema.

Al ver que el ayudante de cocina no delataba a nadie, los interrogadores decidieron volver a torturarlo con la falanga para arrancarle de la boca quién le mandó comprar el veneno. Pero a raíz de la declaración de independencia de la isla, los investigadores y funcionarios tuvieron que centrar sus esfuerzos en otros asuntos, como el ataque a la sede de la gobernación, el juicio de Ramiz y sus hombres, y el intento de asesinato contra el comandante que había ocasionado la muerte de Mecid. El atentado fallido que acabó con la vida de Mecid había reforzado la determinación de Sami Pachá de colgar a Ramiz, y pidió a los interrogadores que torturaran sin piedad al joven que había disparado contra el comandante; pero, pese a que lo dejaron prácticamente inválido, este no confesó nada, y solo pudieron averiguar, quizá no con la prontitud deseada, que su padre había sido uno de los aldeanos de Nebiler que había muerto durante el Motín del Barco de los Peregrinos, y que llevaba años alimentando una ira inconmensurable en contra de los cristianos y de la cuarentena.

La atmósfera generada por la ausencia de autoridad gubernamental, lo que se dio en conocer como «la anarquía de

la peste», había escalado hasta límites insospechados, y la cifra de muertos llegó a tales cotas que los carros que se encargaban de llevarse los cadáveres, que prácticamente se habían cuadriplicado, no daban abasto y, al no poder acabar sus rondas durante la noche, tenían que seguir con la labor de recogida después de la oración matutina. Especialmente al anochecer, los patios de todos los tekkes —incluyendo los de los Halifiye, los Rifai y los Kadiri— se llenaban de hileras de cadáveres como las que había en el patio de la prisión del castillo.

70

Cuando escuchaban el ruido producido por las ruedas de los carros de muertos traqueteando por las calles en mitad de la noche, y a sus conductores mascullando palabrotas (a veces en minguerense), Pakize Sultan y el doctor Nuri se sentían, como muchos otros en Arkaz, atrapados en un funesto callejón sin salida, y se abrazaban llenos de miedo en la cama. (Dos días antes habían acudido a recoger un cadáver a la Sede Ministerial). Tras las ejecuciones de Sami Pachá y el farmacéutico Nikiforo, morir por motivos políticos parecía algo incluso más probable que morir de peste.

El viernes 16 de agosto de 1901, un día ventoso y lluvioso, murieron un total de cincuenta personas. Mientras Pakize Sultan le escribía una carta a su hermana, llamaron a la puerta y ella pensó que sería el conserje o la criada que les había asignado el nuevo gobierno. Al ver que su marido iba a abrir, ni se levantó del escritorio. Pero al escuchar una inusual conversación entre susurros, se acercó a la puerta.

—¡Me han llamado a declarar! —dijo el doctor Nuri, con expresión abatida—. Tengo que bajar para prestar declaración ante el fiscal.

El doctor Nuri le explicó entonces que se había producido una serie de denuncias contra algunos soldados de la División de Cuarentena, acusados entre otras cosas de extorsionar a los vecinos y de enviar a muchos al área de aislamiento de manera malintencionada. Presuntamente, también los acusaban de otros delitos más graves, como raptos de jóvenes, expropiaciones ilegales, violaciones y asesinatos, pero al damat doctor no lo habían llamado para declarar sobre esas cuestiones. Según uno de los soldados acusados, la orden de evacuar una casa había venido directamente del damat doctor.

Por desgracia, al parecer no iba a tener que defenderse como médico de cuarentena, sino como simpatizante de Minguer.

—Por supuesto que debe prestar declaración, pero no diga nada que pueda enojar a esos bandidos. Está claro que no les costaría nada hacerle daño. Pero le ruego encarecidamente que no me tenga aquí esperando hecha un manojo de nervios porque quiere impartirles un sermón sobre la importancia de la ciencia y la medicina modernas… Ese tipo de cosas no le interesan a esa gente, ni tampoco quieren conocerlas. Sepa que si tarda demasiado en regresar, me convertiré en la mujer más desdichada del mundo.

—¡Eso es algo que ni siquiera puedo alcanzar a imaginar, que pudieras sentirte desdichada por mi culpa! —dijo el doctor Nuri. Cada vez admiraba más la inteligencia de su mujer, su lucidez para analizar el desarrollo de los últimos acontecimientos, y el entusiasmo con que le escribía aquellas cartas a su hermana—. ¡No me demoraré en lo más mínimo!

Pero el doctor Nuri no regresó a la habitación ese día. Al anochecer, Pakize Sultan se sentó ante el escritorio, pero fue incapaz de escribir una sola palabra. Una flecha envenenada con una mezcla de curiosidad, miedo y dolor se había clavado en el hueco entre su corazón y los pulmones, y apenas podía respirar. Escuchaba atentamente cada uno de los pasos y voces que resonaban en el interior del edificio, incluso los crujidos más insignificantes, pero por alguna razón no había ni rastro del sonido tan familiar de los zapatos de su marido. Poco después de que se pusiera el sol, las lágrimas empezaron a derramarse sobre el papel que tenía delante.

Dejándose llevar por la extraña convicción de que, si se levantaba del escritorio antes de que llegara su marido, este no volvería nunca más, Pakize Sultan permaneció sentada en la silla sin moverse hasta la medianoche.

En algún momento se quedó dormida sobre la mesa, pero sabía que no podría descansar hasta que tuviera delante a su marido junto a ella, sano y salvo. Antes de la oración matinal

del día siguiente —el momento del día en que se habían realizado las últimas ejecuciones—, abrió la puerta de la habitación y echó una ojeada al exterior. Como de costumbre, había un guardia en la entrada, uno de los soldados de Damasco que no hablaban turco. Se había quedado adormilado en su silla, reclinado contra la pared; de repente abrió los ojos y, con una expresión de desconcierto en la cara, apuntó a Pakize Sultan con el fusil. Ella retrocedió y cerró la puerta rápidamente. Volvió a sentarse al escritorio y permaneció allí como petrificada, hasta que se hizo de día en el exterior.

Finalmente se acostó, después de convencerse de que no habían montado ningún cadalso en la plaza; si lo hubieran hecho, el cuervo de mal agüero habría ido a visitarla a su ventana.

El día siguiente trajo aún más angustia, una agonía de sueños interrumpidos, llantos y pesadillas. Mientras dormitaba sobre la mesa o en la cama, veía frecuentemente al doctor Nuri en sus sueños. En una de esas ensoñaciones, su marido estaba sentado en la cubierta del Aziziye con rumbo a la China, mientras ella esperaba a que regresara al lado de su padre en Estambul.

Pero a medida que pasaban los días llenos de lágrimas, insomnio y pesadillas, su marido seguía sin regresar. Durante este tiempo, Pakize Sultan intentó varias veces salir de las dependencias de invitados para llegar hasta el antiguo despacho de Sami Pachá. Ella gritaba y chillaba cuando los guardias le impedían el paso, esperando que su voz se oyera por todo el edificio de gobierno. Gracias a Dios, no había ni rastro del cuervo del mal agüero.

Cinco días después de la desaparición del doctor Nuri, un escribano llamó a su puerta y le comunicó que debía presentarse al cabo de una hora en el despacho del primer ministro. Eso la tranquilizó un poco, ya que supuso que eso significaba que su marido seguía vivo. Dado que iba a reunirse con una gente que había utilizado la religión para hacerse con

el poder, se vistió de la forma más modesta y decorosa posible, con un pañuelo que le tapaba todo el cuello hasta la mandíbula, y otro que le cubría también la cabeza.

El conserje y la criada que todos los días le llevaban algo de pan, nueces, pescado en salazón e higos secos la acompañaron, convertidos en una especie de «séquito». El despacho del primer ministro, que se hallaba en el mismo piso que las dependencias de invitados, era el mismo que había ocupado Sami Pachá. Antes siquiera de que Pakize Sultan tuviera un momento para lamentarse por la muerte de Sami Pachá, el primer ministro Nimetullah se levantó de la silla del escritorio del exgobernador y le señaló una gran butaca situada en una esquina, pero Pakize Sultan no quiso sentarse. Se quedó de pie manteniendo la distancia, mirándolo intensamente. En un lado de la habitación había también dos escribanos jóvenes.

El primer ministro empezó a hablar, y le dijo a Pakize Sultan que era la invitada más honorable y noble del estado de Minguer, y que la isla entera se enorgullecía del hecho histórico de que la primera visita que la hija de un sultán había realizado fuera de Estambul hubiera sido a Minguer. Los minguerenses le tenían «especial» aprecio a la princesa y a su injustamente derrocado padre, el anterior sultán Murat V, por haber sufrido la implacable persecución del despótico Abdülhamit. Pero, por desgracia, la opinión que tenían los isleños de su marido era mucho menos positiva. Porque, al igual que había hecho con sus hermanas, el tiránico sultán la había separado de su padre para casarla con uno de sus funcionarios más leales, a fin de que pudiera ejercer de espía para él. So pretexto de implantar la cuarentena, el damat doctor había sembrado la discordia en la isla, exacerbando la animosidad entre la población y los soldados. En esos momentos estaba ante el tribunal, a punto de recibir su sentencia.

Pakize Sultán se estremeció.

Pero, sugirió el primer ministro, aún cabía una solución: en esos días tan difíciles y de tanto desamparo, lo último que deseaba el estado de Minguer era una confrontación con Abdülhamit. En consecuencia, el gobierno y todos los que amaban la isla habían considerado un plan que pudiera resolver todas las desavenencias de una vez por todas y que atrajera la atención de la comunidad internacional hacia la isla, que incluso podría recibir la protección de alguna potencia extranjera. Si la excelentísima Pakize Sultan accedía a esa propuesta, le prestaría un gran servicio a la nación minguerense en sus tiempos más oscuros.

—Si la contribución que se espera de mí se encuentra dentro de mis posibilidades, no vacilaré ni un segundo en hacer todo lo que pueda por esta isla.

—Su vida diaria como escoltada en las dependencias de invitados continuará igual que antes. Si lo desea, puede seguir dedicándose a escribir cartas todo el día. Y su marido el excelentísimo Damat regresará también de inmediato a sus aposentos en cuanto se haya tomado la fotografía…, si usted lo considera apropiado, por supuesto.

Entonces Nimetullah Efendi procedió a explicarle la solución que habían pensado. Si la princesa se mostraba de acuerdo, el plan consistía en arreglar un matrimonio de conveniencia entre Pakize Sultan y el jeque Hamdullah, y se harían una fotografía juntos. El propósito de todo aquello consistía en mostrar al mundo entero que la hija del anterior sultán otomano y califa del islam se había casado con el nuevo estado de Minguer. Un matrimonio entre la princesa y el excelentísimo jeque, como presidente del estado de Minguer, ayudaría a que el nuevo país fuera mucho más conocido, sobre todo si se tenían en cuenta la expansión del islam por todo el mundo, la institución del califato y la gran cantidad de musulmanes procedentes de todas partes del planeta que se reunían en masa en el Hiyaz. Por supuesto, después de este acto simbólico el jeque Hamdullah no tenía ninguna expectativa de consumación propia de un matrimonio

auténtico. Al contrario, lo que se proponía el jeque era mandar de vuelta al doctor Nuri a las dependencias de invitados junto a su mujer lo antes posible.

—¿Y qué opina de todo esto el doctor Nuri?

Aunque fuera solo un matrimonio sobre el papel, para que pudiera celebrarse la ceremonia de boda con el excelentísimo jeque era necesario que Pakize Sultan se divorciara antes del doctor Nuri. Había dos maneras de hacerlo: el damat doctor podría poner fin al matrimonio limitándose a pronunciar tres veces «¡Me divorcio!», o Pakize Sultán podía solicitar un divorcio formal en los tribunales de Minguer si a su marido lo condenaban a más de cuatro años de prisión.

—Ni siquiera sabía que el doctor Nuri estaba en prisión.

—Está a punto de ser condenado, pero el excelentísimo jeque lo perdonará con carácter inmediato, y también lo honraremos con una condecoración de primera categoría del estado de Minguer.

—Me resultará muy difícil tomar una decisión sin antes recibir una carta escrita por el doctor Nuri en la que me aconseje qué hacer sobre este asunto.

En la carta que le fue entregada ese mismo día, el doctor Nuri le explicaba a su mujer que se encontraba relativamente bien en la mazmorra del castillo (le pedía ropa interior limpia, calcetines de lana y dos camisas), y que lo mejor sería que Pakize Sultan tomara esa importante decisión por sí misma, sin verse influida por su marido. A Pakize Sultan le agradó esa respuesta, y le agradeció a su marido que no la presionara para hacer nada que no quisiera, pese a estar luchando por su vida.

Sin embargo, no era verdad que su marido estuviera tranquilo y seguro en la mazmorra. Consciente de que la peste se había extendido por todos los rincones del castillo, era indispensable sacarlo de allí cuanto antes, por lo que Pakize Sultan no pudo negociar en detalle las condiciones de la ceremonia nupcial y de la fotografía.

—¿Quién me entregará en matrimonio? —fue todo lo que pudo decir—. ¡Y quiero ser yo quien diga «Sí, quiero»!

Pakize Sultan también quiso escoger el vestido de novia que llevaría puesto. El séquito del jeque Hamdullah quería que utilizara el mismo vestido blanco que había lucido en su boda cinco meses atrás en el palacio de Yıldız en Estambul, y a la cual asistió también Abdülhamit; pero Pakize Sultan insistió en ponerse el atuendo tradicional del característico color rojo minguerense que había visto en el casamiento del mayor y Zeynep, y obligó a los otros a aceptar este requisito.

El jueves 22 de agosto, media hora después de que concluyera la oración del mediodía, el landó blindado que transportaba al jeque Hamdullah Efendi, presidente del estado de Minguer, llegó a la nueva plaza de Minguer. El primer ministro Nimetullah había desplegado guardias a lo largo de todo el recorrido desde el tekke de los Halifiye hasta la sede ministerial, y también había numerosos guardias en el interior. Habían dispuesto ratoneras por todos los rincones, debajo de las escaleras y a lo largo de las paredes.

Cuando le informaron de que el jeque había llegado, Pakize Sultan salió de la habitación, donde había estado esperando vestida con el atuendo de novia rojo y con la cabeza totalmente cubierta. La criada que había ayudado a la princesa a ponerse el sencillo y elegante vestido iba detrás de ella, también ataviada con pulcros ropajes.

Según Reşit Ekrem Adıgüç, el cronista más querido y ameno de la historia popular de Minguer, transcurrieron aproximadamente nueve minutos desde que Pakize Sultán bajó al piso inferior, posó para la fotografía y regresó a su habitación ya casada. Apenas dedicó una página a esos nueve minutos en la carta que le escribió después a su hermana, y pareció no tomarse muy en serio ni la boda ni toda la pompa que rodeó al evento. Saludó educadamente con la cabeza a los testigos, al jeque y al imán de la mezquita de Mehmet Pachá el Ciego, que ofició el casamiento, y durante el resto de la

ceremonia permaneció muy quieta con la mirada clavada en el suelo, como una niña pequeña avergonzada, y solo abrió la boca para pronunciar las palabras estrictamente necesarias.

Lo que convirtió aquel acto en algo tan extraño, desagradable e inexcusable era la diferencia de edad: el jeque Hamdullah, de setenta y dos años, era cincuenta años mayor que la novia. Por lo que respecta a la novia, esta consideraba que aquel hombre era un mero oportunista que instrumentalizaba el islam de forma perversa para alcanzar sus objetivos políticos (como solía hacer su tío de vez en cuando). Pakize Sultan detestaba profundamente al jeque por haber hecho ejecutar al gobernador Sami Pachá, al farmacéutico Nikiforo y a tantos otros, solo para consolidar su propio poder y para instaurar el terror entre los isleños.

Aun así, le sorprendió descubrir que el jeque parecía aún más viejo, ajado y «anodino» de lo que había imaginado. El jeque intentó mirarla a los ojos y sonreírle, pero ella apartó fríamente la vista. Se colocaron uno al lado del otro, un poco separados, en el lugar que les había indicado Vanyas, el fotógrafo principal escogido para la ceremonia, junto con otro reportero del *Havadis-i Arkata* , que se estaba convirtiendo en el diario oficial del nuevo estado. En las imágenes aparecen posando como si fueran una pareja de recién casados, fatigados pero felices.

Sus manos descansaban sobre unas delicadas mesitas que les habían colocado delante. Ninguno de los dos hacía amago de acercarse al otro, pero ante la insistencia jovial de los fotógrafos, el jeque Hamdullah se aproximó un poco a la princesa. Cuando los fotógrafos los animaron aún más, el jeque posó su mano sobre la de Pakize Sultan durante unos segundos, pero la retiró rápidamente. En la carta que le escribió a su hermana Hatice ese mismo día, Pakize Sultan diría que aquel gesto le había parecido repugnante.

71

Las fotografías aparecieron en primera plana de los cuatro periódicos de la isla, incluyendo la gaceta «oficial» del Estado, que sacaron ediciones especiales para la ocasión. Pakize Sultan se sentía tan avergonzada que era incapaz de mirar las imágenes. Al día siguiente de la ceremonia todavía no habían liberado a su marido, por lo que empezó a pensar que la habían engañado y se pasó todo el día encerrada en su habitación, llorando en silencio de rabia y frustración. Puede que su pobre marido ni siquiera supiera nada de lo que había sucedido. La princesa no quería que nadie viera sus lágrimas, y tampoco se sentía con ánimos de escribir ninguna carta. Y lo que más la entristecía era la idea de lo que podría pensar su padre si leyera esos periódicos.

Pero la mañana siguiente trajo consigo el amanecer de un nuevo y soleado día, y el jubiloso retorno del damat doctor Nuri, quien finalmente había recibido el indulto del jeque. El doctor Nuri reía y bromeaba como si no hubiera pasado nada. Permanecieron abrazados durante mucho rato. Pakize Sultan lloró lágrimas de felicidad. Su marido tenía el semblante pálido y parecía haber adelgazado un poco, pero había evitado la peste que estaba causando estragos en el castillo manteniéndose recluido en su celda sin acercarse demasiado a nadie.

Cerraron los postigos y se metieron en la cama solo con la ropa interior y el camisón, abrazándose con fuerza. Durante un rato, el doctor Nuri no pudo dejar de temblar, un efecto producido por la fatiga y por una mezcla de emociones: entusiasmo, miedo y felicidad. Pakize Sultan y el damat doctor no salieron de la cama en todo el día y, por primera vez, empezaron a maquinar planes para fugarse de la isla. Ahora que se había levantado la cuarentena, ya no se requerían los

servicios del damat doctor. Y lo más importante: quizá ya nadie pensaba en ellos, ni siquiera los tenía presentes. El gobierno se estaba desmoronando, y en la nueva sede ministerial solo quedaban Nimetullah Efendi, el del sombrero cónico de fieltro, y un puñado de devotos todavía leales al jeque Hamdullah. Ese grupo de cinco o seis personas se afanaban con gran diligencia para intentar mantener a flote el barco de un estado cuyo funcionamiento desconocían por completo.

Al día siguiente no acudió la criada. Las dos pequeñas hogazas de pan y los dos pescaditos secos que les dejaban en una bandeja delante de la puerta ya no bastaban para llenarlos, y sentían que empezaban a faltarles las fuerzas. Cuando poco después del mediodía se presentó ante su puerta un funcionario para comunicarles que el primer ministro Nimetullah esperaba al doctor Nuri en su despacho, pensaron que tal vez quedaba un pequeño resquicio de esperanza. Pakize Sultan se sentía más optimista ahora que había vuelto a escribirle cartas a su hermana, deseosa de explicarle lo que había vivido su marido en la mazmorra antes de que se le olvidaran los detalles.

El doctor Nuri regresó en menos de media hora, y le anunció que el jeque Hamdullah había contraído la peste y que iba a ir a visitarlo.

—¿Le ha salido algún bubón? —preguntó Pakize Sultan, y al ver la expresión del rostro de su marido entendió que así era —. No vaya a verlo, seguro que ya es demasiado tarde. ¡También lo contagiará a usted!

—Es realmente indignante que por culpa de la necedad de esta gente hayan muerto y sufrido tantas personas en vano.

—Por favor, se lo ruego, no salga. Deje que ese jeque estúpido y cruel muera retorciéndose de dolor en las garras de esa peste que él mismo ha alentado.

—No digas eso, porque lo más probable es que acabe sucediendo y después te arrepentirás. Cuando me licencié en

Medicina realicé un juramento hipocrático, y tengo la obligación ética de acudir allí donde me necesiten.

—Fue él quien ahorcó al gobernador pachá. Fue él quien ahorcó al farmacéutico Nikiforo.

—¡Y Sami Pachá había ahorcado a su hermano Ramiz! —exclamó el doctor Nuri, y salió.

Se llevó a un par de escoltas porque quería ir andando hasta el tekke de los Halifiye, pero mientras recorría la avenida Hamidiye, cuyo nombre todavía no había sido cambiado, comprendió que no había ninguna necesidad de protección: en la calle principal de Arkaz, donde incluso en el peor día de la epidemia se habría cruzado con una docena de personas, no había absolutamente nadie… y eso que todas las prohibiciones habían sido suspendidas. No quedaba ningún policía apostado delante de la oficina de correos, y vio varios cadáveres en los escalones que bajaban a la entrada inferior de la Escuela Intermedia Rum. Tal vez esa zona estuviera tan vacía por todas las ejecuciones que se habían practicado. Cuando cruzaba el puente de Hamidiye, se detuvo un momento y se apoyó en la barandilla para contemplar la ciudad. Todos los hoteles, incluidos los más importantes como el Splendid, el Majestic y el Levant, estaban cerrados. No se veía un solo carruaje por las calles, y como no había ninguna embarcación surcando las aguas de la bahía, el mar parecía de vidrio. El damat doctor había escuchado al nuevo alcaide de la prisión mencionar que el barbero Panayot y toda su familia habían muerto en apenas tres días. Se acordó de ello al ver su barbería cerrada a cal y canto. Al mirar hacia arriba desde el pie de la bajada del Asno Rebuznador, avistó un cortejo fúnebre formado por unas nueve o diez personas que subían pesadamente la colina.

—¡Excelentísimo Damat Pachá! —lo interpeló una anciana de aspecto frágil, piel pálida y pelo blanco que estaba sentada en una esquina, hablando en un turco con un fuerte acento rum, pero fluido—. ¿Qué opina la hija del sultán de todo esto?

—La hija del sultán le escribe cartas a su hermana…

—¡Pues que escriba, que escriba esa querida joven! —respondió la mujer en su turco de rica textura—. Que le cuente al mundo entero nuestro calvario. ¡Yo también soy de Estambul! —le gritó al doctor Nuri cuando este prosiguió su camino.

Incluso las zonas de la ciudad que solían estar más concurridas desprendían esa sensación de tristeza típica de los pueblos que se quedan vacíos a finales del verano o durante la temporada de cosecha. Los gatos, que habían sido los primeros en impregnarse de ese estado de ánimo, acudían presurosos a las entradas y las verjas de los patios para maullar al ver pasar al doctor Nuri. Dos perros callejeros, uno macho y el otro hembra, lo siguieron durante un rato hasta perderse entre la frondosa vegetación del patio de la gran casa adyacente al horno de Zofiri, olisqueándose entre ellos.

Cuando se acercaba a la mezquita de Mehmet Pachá el Ciego, el doctor Nuri tuvo la impresión de que toda la gente de la ciudad se había concentrado allí. Los musulmanes tenían prohibido enterrar a sus muertos hasta que no se lavaran los cuerpos en esa mezquita siguiendo el ritual islámico, y pudieran presentar un documento firmado y sellado que lo certificara. Pero ante el miedo a contraer la enfermedad en medio de las aglomeraciones que se formaban en el patio o en la cámara mortuoria, muchos habían empezado a dejar los cadáveres a un lado de las calles para que los recogiera el carro fúnebre por la noche, o los enterraban furtivamente por su cuenta allá donde podían.

El aumento de la cifra de muertos había hecho que incluso los musulmanes más conservadores e imprudentes empezaran a obedecer algunas medidas de cuarentena por voluntad propia: evitaban las muchedumbres y no salían de casa a menos que fuera estrictamente necesario. Apenas quedaban unos pocos ancianos que aún iban a la mezquita cinco veces al día, pero la asistencia a las oraciones del viernes se había reducido a más de la mitad de lo habitual. En las últimas dos semanas, las medidas impuestas por el nuevo gobierno habían

conllevado que los estragos derivados de la epidemia se duplicaran o triplicaran y, después de tantas muertes, la postura en contra de la cuarentena del jeque Hamdullah suscitaba el rechazo hasta de sus más devotos seguidores.

El jardín trasero del hospital Hamidiye estaba totalmente abarrotado de camas que llegaban hasta los muros del patio (había una distancia de cuatro o cinco metros entre cada paciente). Al otro lado de las paredes del hospital se encontraba el patio trasero del tekke de los Rifai, que estaba igual de atestado. Algunos enfermos yacían retorciéndose sobre sábanas, alfombras y esterillas, ya que no quedaban suficientes somieres o colchones. Al pasar junto a los tekkes, el doctor Nuri se asomaba por encima de las tapias y constataba que la misma escena se repetía allá donde mirara. Aquellos que más fe y confianza tenían en el jeque Hamdullah eran quienes sufrían las mayores pérdidas y horrores.

Cuando estaban llegando al tekke de los Halifiye, una ventana se abrió en el segundo piso de una casa.

—Señor doctor de cuarentena, lo has visto, ¿no? ¡Estarás contento con lo que nos has hecho! —exclamó un hombre de frente enjuta.

Al doctor Nuri no le quedó del todo claro si estaba denunciando la cuarentena en sí, o su fallida implantación en Minguer. El crítico de frente enjuta divisó entonces a los guardias que lo seguían.

—¡Los doctores como tú ya no podéis andar por estas calles sin vuestros escoltas y guardaespaldas! —le espetó.

Pero lo que ocurrió fue justo lo contrario: los dos jóvenes derviches que esperaban la llegada del doctor Nuri en la entrada del tekke de los Halifiye lo recibieron con unas reverencias exageradamente respetuosas. Si en su primera visita, dos meses atrás, aquel apacible lugar se le había antojado una especie de paraíso, ahora se había convertido en un infierno, donde reinaba el caos más absoluto. Había

cadáveres amontonados delante de los edificios, celdas y dormitorios, dispuestos para que los cargasen en el carro de los muertos y los llevasen a la cámara mortuoria. El doctor Nuri caminaba mirando al frente como si le mortificara presenciar la magnitud del enorme sufrimiento que se vivía a su alrededor. Aun así, pudo ver que todo el patio —al igual que el de los otros tekkes, si no más— estaba abarrotado de camas y enfermos tirados por el suelo.

Se abrió la puerta de un pequeño edificio cercano al muro del patio y el doctor Nuri vislumbró al jeque Hamdullah tumbado semiinconsciente sobre un colchón en el suelo. Comprendió de inmediato que su situación era muy grave y que no sobreviviría.

Seccionó el enorme bubón totalmente endurecido que le había salido en el cuello y lo vació de pus. Ni siquiera estaba seguro de si el jeque, quien hacía solo dos meses le había hablado con gran agudeza haciendo todo tipo de comentarios llenos de dobles sentidos, se había percatado de su presencia. Durante aquella primera visita, el doctor Nuri tuvo la sensación de que todos lo escrutaban, de que todos los ojos del tekke estaban posados en él. Pero ahora, aunque el paciente al que estaba tratando era el «jefe de Estado» del país, nadie parecía prestarle la menor atención. Había mucha actividad en el tekke, con gente que corría de aquí para allá e incluso se detenía a mirar al pasar por su lado, pero tuvo la impresión de que el antiguo sentimiento de hermandad espiritual había desaparecido por completo y de que ahora todos iban a lo suyo, preocupados únicamente por sus propias tribulaciones.

Por un momento, el jeque Hamdullah pareció reconocer al damat doctor.

—No he olvidado mi promesa de recitarle los versos de mi poemario *Aurora* —dijo.

Pero acto seguido sufrió una crisis de tos y de intensos sudores, y empezó a temblar e incluso a convulsionar. El doctor Nuri dio unos pasos atrás para resguardarse del

microbio. Después de recuperarse un poco, el jeque habló de nuevo, pero en vez de recitar los versos de *Aurora* , empezó a hacer lo que todo el mundo parecía estar haciendo en esos días, que era citar la sura *Al-Qiyama* (*La resurrección*), después de lo cual se volvió a desmayar.

Para regresar a la sede ministerial, le habían enviado el landó blindado. Mientras el doctor Nuri contemplaba por la ventana el lúgubre panorama del castillo bajo un manto de nubes plomizas, su mente estaba ocupada pensando en cómo podría escapar de allí con su esposa. Al llegar, se pasó por el despacho de Nimetullah Efendi —quien, por alguna razón, no había acompañado al doctor en su visita al tekke— y le dijo con toda franqueza que no había esperanza de salvación para el jeque. El primer ministro Nimetullah Efendi alzó las manos al cielo y pronunció una oración apresurada.

Al día siguiente, Pakize Sultan y su marido no salieron de la habitación. Solo podían pensar en una cosa: encontrar algún pretexto para montarse en el landó blindado y escapar al norte de la isla. Permanecerían escondidos allí durante un tiempo hasta que los contrabandistas pudieran sacarlos y llevarlos a Creta.

72

La mañana del lunes 26 de agosto, después de un prolongado episodio de terribles dolores de cabeza y delirios febriles, el jeque Hamdullah se quedó dormido. O quizá se desmayó a causa del dolor y la fatiga. Los jóvenes discípulos y los líderes de otros tekkes que esperaban llorando junto a su lecho, sin miedo a contraer la enfermedad, se aferraron a su costumbre instintiva de interpretar positivamente los hechos y pensaron que tan solo estaba descansando. De hecho, cuando se despertó poco antes de la oración del mediodía, el jeque se sintió fresco y revigorizado. Era como si hubiera resucitado, y habló animadamente con los que estaban a su alrededor, retomando su repertorio habitual de comentarios ingeniosos y recitando algunos versos que le vinieron a la cabeza. Mostró a sus asustados discípulos el bubón del cuello que le habían vaciado de pus, bromeó sobre la nueva costra que se había formado después de sajarlo, y preguntó si los barcos que rodeaban la isla todavía seguían allí.

Pero no tardó en recaer en el dolor, tan agónico que volvió a desmayarse, y murió poco después. Cuando el anciano doctor rum Tasos, que era un viejo amigo del tekke, confirmó que el jeque había muerto mientras se lavaba minuciosamente las manos con lisol, los que estaban en la habitación rompieron a llorar. Tres años antes, el jeque Hamdullah había escogido a su sucesor y convencido a los demás derviches de que esa era la mejor opción: quien lo relevaría al frente del tekke después de su muerte sería su querido regente del sombrero cónico de fieltro, en quien siempre había confiado y a quien recientemente había designado como primer ministro.

Pakize Sultan y su marido se enteraron de la muerte del jeque Hamdullah por boca del doctor Nikos, que acudió a visitarlos a la habitación esa tarde. El ministro de Sanidad,

doctor Nikos, daba la impresión de saber mucho más de lo que les contaba, y quizá, para no hablar más de la cuenta, se apresuró a marcharse. Poco después se presentó en su puerta un escribano para informarles de que el primer ministro Nimetullah deseaba ver tanto al damat doctor como a Pakize Sultan, y solicitaba que lo recibieran en sus aposentos.

Marido y mujer se miraron entre sí, preguntándose qué estaría tramando. Lo más apropiado era, por supuesto, que el primer ministro los recibiera en su despacho, en vez de ir él a verlos a sus dependencias. Pakize Sultan se vistió y se cubrió la cabeza. Cuando entraron en la estancia que solía ocupar el gobernador y que ahora era el despacho del primer ministro, ambos volvieron a verse inundados por el odio que sentían por aquel hombre, cuyas manos estaban manchadas con la sangre del gobernador Sami Pachá.

El primer ministro Nimetullah percibió ese odio, pero no le prestó atención. Los recibió ante del escritorio con corteses reverencias y les dio la noticia de que el jeque había muerto de peste, sin entrar en detalles ni adornar en exceso sus palabras. Dado que el difunto también era, aunque fuera solo sobre el papel, el marido de Pakize Sultan, el primer ministro le ofreció sus condolencias. Pero lo hizo tranquilamente, sin exagerar. De momento estaban ocultando la mala noticia a la ciudad, a los periodistas y al resto del mundo, porque la situación de los isleños y de la nación ya era de por sí bastante catastrófica, y ahora el hombre en quien habían depositado su confianza, y que había dirigido el país, también había muerto. El vacío y la frustración que generaría semejante pérdida podrían conducir a la desesperación, la anarquía y el pánico generalizado.

Así que, antes de anunciar la terrible noticia, varios notables de Minguer se habían reunido para evaluar la situación y determinar cuál sería la mejor forma de proceder. Discutieron cómo poner fin a esta calamidad interminable y tomaron importantes decisiones que pudieran servir como hoja de ruta. En nombre de la nación minguerense, el primer

ministro quería comunicar al doctor Nuri y a Pakize Sultan cuáles eran esas decisiones, y quería saber su opinión.

Pero primero Nimetullah Efendi les explicó quiénes eran los «notables de Minguer» que había mencionado: el comité estaba formado por el patriarca de la congregación rum, Konstantinos Efendi; el mismo Nimetullah Efendi; el antiguo director de inteligencia, que estaba sometido a arresto domiciliario; algunos venerables musulmanes y rums con gran influencia económica y social; dos ancianos periodistas, uno de ellos rum; Nikos Bey; unos cuantos médicos; y tres cónsules, entre ellos George Bey.

—Todo el mundo está de acuerdo en que levantar la cuarentena ha agravado enormemente la desgracia que padece la nación minguerense —dijo el primer ministro Nimetullah Efendi, empezando por el punto más crucial—. Si este desastre continúa, al final nos destruirá… y esos acorazados nos mantendrán aquí encerrados hasta que muramos todos. No quedará nada de lo que llamamos «nación minguerense». Así pues, para acabar de una vez por todas con la peste, los notables de Minguer desean que el doctor Nuri vuelva a ponerse al frente de la lucha contra la epidemia.

Mientras tanto, Hamdi Baba reconstituiría la División de Cuarentena. También sería necesario restablecer la prohibición de salir a la calle, quizá incluso declarar la ley marcial, y aplicar sanciones más duras. ¡El doctor Nuri sabía todo esto mejor que nadie!

—¡Pero ahora ya es demasiado tarde! —objetó el doctor Nuri—. Usted mismo se oponía a la cuarentena hasta hace dos días.

—No tiene sentido hablar ahora de nosotros en una situación tan crítica como esta, en un punto de inflexión tan crucial para el destino de nuestra nación —dijo el primer ministro Nimetullah Efendi—. Nos arrepentimos sinceramente de nuestros errores, y por esa razón renunciaré a mi cargo y volveré al tekke.

Señaló la butaca y el escritorio en los que no hacía mucho tiempo se había sentado el difunto gobernador Sami Pachá.

—¡Ahora será usted quien ocupe este asiento! Usted será nuestro primer ministro. Usted decidirá el destino de la nación minguerense y lo que debe hacerse para luchar contra la peste. Le aseguro que esto es lo que quiere toda la isla: rums y musulmanes, doctores y tenderos… Según el recuento oficial, ayer murieron cuarenta y ocho personas.

El damat doctor y Pakize Sultan comprendieron enseguida lo que les proponía, pero como de entrada no se lo acababan de creer, y querían tener más claras las condiciones de la propuesta, pidieron más detalles sobre el plan.

Nimetullah Efendi renunciaba a sus «deberes en la gobernación» —fueron las palabras que utilizó para referirse a su cargo de primer ministro—, que había asumido solo como administrador y regente del jeque. Su puesto lo ocuparía ahora el damat doctor, si finalmente aceptaba la propuesta. Los notables del comité también esperaban que Pakize Sultan —a quien la gente ya conocía como «la reina»— ostentara el cargo simbólico de jefa del Estado, que había quedado vacante tras la muerte del excelentísimo jeque Hamdullah.

—Del mismo modo que los notables de Minguer desean que se restablezca la cuarentena más estricta —explicó Nimetullah Efendi—, también han decidido por unanimidad que Pakize Sultan se presente ante el mundo como la auténtica reina de nuestra nación.

Según Nimetullah Efendi, solo si a Pakize Sultan se la proclamaba oficialmente como reina, la opinión pública internacional empezaría a prestar atención a lo que sucedía en Minguer, y las naciones de Europa intentarían buscar una justa solución para la convulsa situación política que se vivía en la isla. Ante la imagen de la nueva reina, y al ver su determinación, Abdülhamit podría incluso retirar el acorazado Mahmudiye, para evitar que los poderes occidentales trataran

de sacar provecho de la situación, lo cual pondría fin al bloqueo.

Después de sobreponerse a su estupefacción inicial, Pakize Sultan y su marido recibieron únicamente respuestas positivas a todas las preguntas que plantearon. La muerte del jeque también implicaba que ya no eran invitados forzosos: si lo deseaban, podían marcharse de la isla a bordo de alguna de las embarcaciones de los contrabandistas. La «reina» Pakize Sultan y el damat doctor habían vivido como cautivos durante veinticuatro días, desde la llegada al poder del jeque Hamdullah.

Al percibir las dudas de Pakize Sultan, y para subrayar la dimensión simbólica de su «reinado», Nimetullah Efendi comentó:

—¡Si lo desea, ni siquiera tendrá que salir de su habitación!

—Al contrario, señor mío: me sentaré en el trono de reina para que nadie me encierre en una habitación, y saldré a las calles siempre que me apetezca —fue la memorable respuesta de Pakize Sultan.

—¡Y para mí también será un honor ocupar este despacho! —añadió el doctor Nuri.

El derviche del sombrero cónico de fieltro no había hecho ningún cambio en aquella estancia en la que hasta hacía veinticinco días el doctor Nuri había entrado a diario para reunirse con el difunto Sami Pachá. Y, sin embargo, ahora el despacho del antiguo gobernador le parecía un lugar completamente diferente.

Nimetullah Efendi también ordenó que se llevaran una serie de sobres y cajitas, y procedió a entregarle al doctor Nuri varios sellos oficiales y algunos juegos de llaves colgando de aros plateados y dorados, que el antiguo gobernador otomano Sami Pachá había hecho confeccionar con gran entusiasmo cuando lo nombraron primer ministro del país. Por último, y

con toda la solemnidad de un burócrata otomano, el primer ministro saliente enumeró los problemas más importantes a los que se enfrentaba el nuevo estado de Minguer, empezando por la preocupante deserción de la mayoría de los funcionarios gubernamentales. En nuestra opinión, la cuestión más apremiante y pavorosa de todas era que la población se estaba acercando peligrosamente al umbral de la hambruna, tal como aparecía reflejado en un documento titulado «Alimentación y aprovisionamiento en Arkaz». Sin embargo, el anterior y el futuro primer ministro pasaron más tiempo debatiendo otros asuntos como el funeral del jeque Hamdullah, el futuro del tarikat y el tekke de los Halifiye, y los emblemas de la nueva reina.

En un momento de la reunión, Nimetullah Efendi, imaginando que todo el mundo se preguntaría el porqué de su decisión de renunciar «repentinamente» al honorable cargo de primer ministro de Minguer, explicó un sueño que había tenido una semana antes. En realidad, su verdadera intención al relatar ese sueño era dar a entender que dejaba el puesto por voluntad propia. Pero a nuestro parecer, dada la situación catastrófica en la isla y el flagrante fracaso de su administración, habría resultado muy difícil que Nimetullah Efendi pudiera permanecer en el poder. Había tomado las riendas del gobierno con el objetivo primordial de poner fin a la cuarentena. Pero al final no le quedó más remedio que aceptar que la única solución posible era restablecerla.

Hacia el final del acto de traspaso de poderes, que se prolongó apenas diez minutos, el nuevo primer ministro doctor Nuri accedió a que el antiguo primer ministro Nimetullah Efendi recibiera apoyo económico del gobierno para garantizar la preservación del tarikak y el tekke de los Halifiye, pero rechazó de manera categórica su petición de que se enterrara al jeque Hamdullah en un funeral de Estado, oficiado según el ritual en la mezquita de Mehmet Pachá el Ciego.

73

En cuanto el exprimer ministro salió del despacho, el damat doctor Nuri ordenó que prepararan el landó blindado y el carruaje de escoltas. Durante las semanas en que marido y mujer habían vivido encerrados como prisioneros dentro de las dependencias de invitados, habían recibido poquísima información sobre lo que estaba sucediendo en la ciudad, tan solo comentarios esporádicos y fragmentados. Había llegado el momento de verlo todo con sus propios ojos.

Siguiendo las indicaciones del primer ministro doctor Nuri, sentado en el interior del vehículo junto a su mujer, el cochero Zekeriya condujo primero el landó hacia el barrio de Hrisopolitissa. A la derecha, en una zona sombreada por pinos y palmeras que ascendía por una colina rocosa hacia la parte posterior del parque que había hecho construir el antiguo gobernador Sami Pachá, se fijaron en un grupo de gente sentada en el suelo sobre mantas y esterillas como si estuvieran esperando algo. También vieron una muchedumbre parecida cerca de la pendiente polvorienta y de color cobrizo que bajaba hacia la iglesia de San Antonio. Todos parecían ir vestidos del mismo modo, con vibrantes colores azules y rojos. También había algunos hombres y familias sentados y esperando a la sombra de los pinos que flanqueaban la sucia calle. El doctor Nuri supuso que debían de ser campesinos recién llegados a Arkaz.

Después de que se suspendiera la cuarentena y los isleños volvieran a tener libertad de movimiento para entrar y salir de la ciudad, muchos aldeanos que habían sobrevivido pastoreando rebaños de cabras en las montañas del norte habían decidido bajar a Arkaz. Algunos huían del estado de anarquía que se había instaurado en sus pueblos a raíz de la propagación de la peste; otros, debido a la escasez de comida y

trabajo; y otros, para vender sus nueces, quesos, higos secos y miel de pino a precios desorbitados. Durante el mandato como primer ministro del difunto Sami Pachá, una invitación que también se extendió durante el régimen de Nimetullah Efendi, se había hecho un llamamiento a los aldeanos para que bajaran a la capital a fin de cubrir los puestos vacantes del funcionariado estatal, o para trabajar como aprendices de los maestros artesanos de las tiendas del Mercado Viejo cuyos ayudantes habían huido o muerto por la peste. Gracias a la ayuda de conocidos, los individuos y familias que emprendían el viaje hasta la ciudad en busca de una vida mejor podían encontrar alojamiento al cabo de un par de días de su llegada, especialmente en los barrios cristianos, por lo que las personas a quienes habían visto cerca del parque del Levante y por las calles debían de ser gente que aún no había encontrado un lugar donde cobijarse.

Pakize Sultan vio puertas cerradas, muros que parecían a punto de desmoronarse, árboles de un verde exuberante, llanuras amarillas, y flores lilas y rosas. Todo le resultaba encantador, hermoso y fascinante. Vio una chimenea rota, a una mujer que se secaba los ojos llorosos con la punta del pañuelo de la cabeza, a un niño que huía correteando de su madre en un patio, y supo que le escribiría sobre todas esas cosas a su hermana, describiéndolas con sus propias palabras. Vio a un hombre ataviado de negro y con sombrero caminando solo con paso decidido, un par de gatos indolentes —uno negro y el otro atigrado— dormitando en un rincón, a un abuelo barbudo y a un niño sentados con las piernas cruzadas en un callejón estrecho (si no se lo hubiera dicho su marido, no se habría dado cuenta de que eran mendigos) y a un viejo que dormía en una hamaca. Vio multitud de rostros asomados a las ventanas y los miradores, que observaban con curiosidad el paso del carruaje.

El landó avanzaba lentamente por la ciudad mientras contemplaban los solares vacíos, las casas quemadas y los jardines verdes tan característicos de Minguer. Vieron a

hombres que se tambaleaban y daban bandazos como si estuvieran borrachos, a mujeres que se hablaban a gritos en rum, y a una pareja discutiendo mientras buscaban algo que habían perdido. No les quedó claro quiénes podían ser los tres jóvenes enmascarados que vieron saliendo por la parte trasera de la iglesia de Hagia Yorgi. Un jorobado aporreaba con violencia la puerta de una casa mientras alguien igualmente furioso le berreaba imprecaciones desde el piso de arriba. A medida que el landó avanzaba por las estrechas calles de la parte baja de los barrios en pendiente de Kofunya y Hora, Pakize Sultan miraba por las ventanas abiertas de las casas y veía a las familias reunidas en su interior, a hombres dormitando en los sofás dispuestos en un rincón, y registraba todos y cada uno de los espejos, jarrones, lámparas, mesas y objetos, y deseaba que el carruaje se adentrase más y más por esas callejuelas durante el resto del trayecto.

En un descampado situado entre el puente Viejo y la Escuela Intermedia Rum se toparon con uno de los mercadillos que se habían instalado en algunos barrios de Arkaz durante las últimas tres semanas, después de que volvieran a permitirse las entradas y salidas de la ciudad. Al percatarse de que su mujer miraba por la ventana con gran curiosidad, el doctor Nuri ordenó al cochero Zekeriya que parara. En cuanto se detuvo también el carruaje de escoltas que los seguía, Pakize Sultan y el damat doctor bajaron del landó, intrigados por todo lo que veían ante ellos. Había una docena de hombres de varias edades ataviados con ropas campesinas tradicionales. Dos de ellos eran padre e hijo. Los aldeanos exhibían sus mercancías sobre cajas o cestas puestas boca abajo, a modo de mesas improvisadas. Vieron quesos, nueces, higos secos, jarros de aceite de oliva, y cestos llenos de cerezas, ciruelas y fresas recién cogidas. Uno de los mercaderes vendía todo tipo de objetos: una figurilla de cerámica de un perro, una lámpara oxidada, un jarrón. Otro hombre les sonrió al pasar ante su pequeño tenderete, donde había un reloj de mesa roto, unas tenazas alargadas, dos embudos (uno grande y otro pequeño) y

un tarro que contenía unas frutas desecadas de colores rosa y naranja. Todos actuaban con mucha cautela y procuraban mantener las distancias entre ellos.

Mientras el landó avanzaba a lo largo del riachuelo de Arkaz, vieron a gente pescando con cañas desde las ventanas y balcones de sus casas cercanas a la orilla. Gracias a aquellas pandillas de niños que se habían formado durante la epidemia, los minguerenses habían descubierto que podían alimentarse también del pescado de agua dulce de la isla. El carruaje giró a la izquierda antes de llegar al puente Viejo y pasó junto a una serie de patios cercados por muros bajos. De repente, un chiquillo descalzo saltó desde los matorrales como un mono y se encaramó al guardabarros del carruaje, pegando su cara contra la ventana del lado de la reina. La reina Pakize soltó un chillido. Antes de que llegaran los escoltas, el crío ya se había perdido de vista tan ligero como una mariposa. Los vecinos de esos barrios reconocían sin duda el landó blindado de los anteriores gobernadores. Mientras el vehículo serpenteaba por los angostos callejones, sus pasajeros podían aspirar el aroma de las rosas y los tilos de los jardines, y allá por donde pasaran, les llegaban siempre los sollozos de alguien.

La avenida Hamidiye, ese lugar tan especial que era al mismo tiempo la parte más europea y más otomana de la ciudad, ahora estaba desierta. El doctor Nuri ordenó que el landó se detuviera en el puente de Hamidiye para que su esposa pudiera bajar y contemplar la vista más hermosa de la ciudad. En el cuadragésimo aniversario de la epidemia de peste, el hijo de Kiryako Efendi, el propietario de los almacenes Bazaar du Île, explicaría en una entrevista que concedió al periódico *Akropolis* cómo vio a Pakize Sultan —cuya proclamación como reina no sería anunciada hasta el día siguiente con salvas de cañón— bajar del landó blindado y contemplar el panorama de la ciudad junto su marido. Cada dos días, aquel niño bajaba desde el barrio de Dantela con una cestita de comida que su madre había preparado, y la dejaba en la ventana de la planta baja de la pequeña casa de su abuelo en

la bajada del Asno Rebuznador, ya que el anciano se había negado a abandonar su hogar.

En los alrededores de la mezquita de Mehmet Pachá el Ciego, empezaron a ver cada vez más gente por las calles. Lo primero que pensó el doctor Nuri fue: «Si en el primer mes de la epidemia prácticamente un tercio de las casas de estos barrios estaban infectadas, ¡quién sabe cómo estará la situación ahora!».

Le explicó a Pakize Sultan que la muchedumbre congregada en el patio de la mezquita eran familiares que esperaban su turno para lavar a sus muertos en cumplimiento de los preceptos islámicos. Al doctor Nuri le preocupaba mucho esta práctica, que sin duda había allanado el camino para una propagación más virulenta de la peste.

Al adentrarse en los barrios musulmanes pobres situados entre el instituto militar y el viejo embarcadero de Piedra, los vecinos se alarmaron al ver llegar el landó blindado del gobernador pachá, que hacía tiempo que no asomaba por la zona. Algunos profirieron gritos e insultos a su paso, pero los refugiados cretenses que vivían allí, siempre tan enojados, sabían que detrás venía otro carruaje lleno de guardias. Probablemente todas las casas de Vavla, Taşçılar y los alrededores del antiguo muelle estarían contaminadas ahora. Unas quince personas morían a diario en esa parte de la ciudad, y a Pakize Sultan y al damat doctor les sorprendió ver a tanta gente por las calles, caminando en grupos de dos o tres.

Mientras el landó recorría las callejuelas del barrio de Vavla, el doctor Nuri comprendió que, durante los dieciséis días que había permanecido encerrado con su mujer en las dependencias de invitados, y durante los ocho que estuvo encarcelado en la mazmorra del castillo, muchas zonas de ese Arkaz que tanto había llegado a amar habían sufrido una profunda transformación. Eran muchos los cambios que se podían percibir a simple vista: la abolición de las medidas de cuarentena, el mayor gentío por las calles, la ausencia de

niños, la multitud de rostros asomados a las ventanas, la expresión temerosa en los ojos de la gente…

Una oscura e insondable sensación de abatimiento, acompañada de una silenciosa desesperación, reinaban ahora en las calles. Durante los primeros días de la epidemia, los rums más adinerados y los musulmanes más prominentes de la ciudad reaccionaron a la implantación tardía de la cuarentena con una mezcla de enojo, orgullo e incluso indiferencia. Pero, como solía decir el difunto Sami Pachá, los que vivían en estos barrios consideraban que la peste era «culpa de los otomanos y del gobernador». Cuando se estableció la cuarentena, no solo intentaron escapar de la peste, sino también de aquel gobernador «despótico y descerebrado» que no les despertaba ninguna simpatía. Su ira se transformó también en esperanza, e incluso les dio fuerzas suficientes para intentar trazar planes de fuga y supervivencia. Pero ahora, ante el avance implacable y cruel de la peste, el doctor Nuri tenía la impresión de que ya ni de esperanza podrían alimentarse. Las relaciones personales se habían deteriorado, muchas amistades se habían resentido, y ya nadie sentía la necesidad de enterarse de lo que pasaba a su alrededor o de enfurecerse ante los nuevos rumores. A todos les bastaba y les sobraba con sus propios miedos, cicatrices y angustias, y ya nadie se preocupaba de la muerte del vecino.

Vieron ropa blanca tendida en el patio trasero del tekke de los Kadiri. Había un hombre con el torso desnudo tumbado en un rincón, aunque a simple vista no pudieron determinar si estaba enfermo o no. También vieron a algunos derviches sentados bajo un árbol o en algún lugar recogido, abstraídos en su propio mundo, rezando o meditando. Un hombre vestido con una camisola de dormir, tumbado cuidadosamente en el suelo, miraba hacia el cielo como sumido en una ensoñación, y solo comprendieron que estaba muerto cuando vieron a los que lloraban a su alrededor.

Cuando pasaron por el barrio de Çite, otra zona donde la enfermedad estaba causando estragos, Pakize Sultan se sintió profundamente conmovida al ver el estado miserable de las

calles, las casas de madera tan inclinadas que parecía que fueran a derrumbarse en cualquier momento, las baldosas, chimeneas y ventanas ruinosas, y a las madres sollozantes. Mientras el landó subía por una calle empinada y angosta de Bayırlar, vieron que un vehículo cerrado por los cuatro costados y protegido por soldados, y la muchedumbre que se agolpaba a su alrededor, les bloqueaban el paso, así que tuvieron que parar y dar media vuelta. Si el cochero Zekeriya no les hubiera dicho que se trataba del «carro del pan», nunca lo habrían adivinado. El carro del pan había sido el único éxito político del gobierno del jeque Hamdullah, y la razón principal por la que la gente no se había alzado en rebelión contra este régimen tan absurdo e inútil. Esos carros escoltados distribuían cada día por los barrios seis mil hogazas de pan elaboradas en el horno de la guarnición.

El tekke de los Güleren Bektaş i, que hacía las veces de hospital, ofrecía un aspecto realmente deplorable. En los tiempos del comandante Kâmil se expulsó del tekke a los derviches más ancianos. Algunos de los discípulos jóvenes se quedaron para ayudar a cuidar a los pacientes al tiempo que vigilaban el estado del lugar. Pero en la época del jeque Hamdullah, el tekke-hospital había sido víctima de las rivalidades que mantenían los grupos religiosos de la ciudad, y sufrió un duro castigo: sus posesiones fueron confiscadas y cada vez recibían menos ayudas, alimentos y médicos.

Al llegar al final del muro recubierto de enredaderas y mirar hacia el espacioso y exuberante jardín del tekke, Pakize Sultan quedó hechizada. La escena que tenía delante de los ojos era como la de una miniatura india que había visto en un libro antiguo de palacio: diminutas figuras de todos los tamaños y colores se agrupaban en pequeños grupos sobre el suelo de un verde brillante. El grupito más numeroso estaba formado por unos jóvenes que llevaban ropajes blancos. Los más viejos vestían en colores morados y marrones. ¿Quiénes eran los que iban de rojo? Al fondo, las pequeñas construcciones y las camas de los enfermos diseminadas hasta

llegar al muro posterior del tekke ofrecían una imagen extraña e inverosímil, y una vez más Pakize Sultan se acordó de aquella antigua miniatura.

El landó no aminoró la marcha y, antes de que la reina y el primer ministro pudieran averiguar lo que estaba sucediendo en el jardín del tekke, se adentraron por las callejuelas arboladas de Bayırlar. En los patios de las casas vieron mujeres que se abrazaban llorando, perros y niños correteando de aquí para allá, cadáveres tirados por los rincones, otras mujeres que tendían la colada, y objetos diversos como camas, mesas y grandes jarras de agua. Pakize Sultan se fijó en las flores silvestres de colores rosa y violeta que crecían en uno de los patios. Alguien había sacado también varias mesas de madera, relojes de pared de color dorado, y unos armarios blanquísimos. En otro patio vieron a gente de gesto sombrío formando pequeños grupos, y unas puertas de color nacarado y amarillo que habían sido arrancadas de sus goznes y estaban apoyadas contra unos árboles, pero antes de entender lo que pasaba allí dentro ya se habían alejado.

Cuando llegaron al tekke de los Zaim y empezaron a subir lentamente el camino empedrado y lleno de baches que bajaba desde la Cantera, haciendo que las ruedas del carruaje se sacudieran y traquetearan, observaron con asombro a una enorme bandada de cuervos posados sobre un espantapájaros de color morado. Se quedaron embelesados con el intenso rojo de las cerezas que colgaban de los árboles. Mientras recorrían las calles silenciosas y somnolientas de los Altos Turunçlar, se encontraron con uno de los carros fúnebres.

Recoger los cadáveres durante la noche en vez de hacerlo durante el día para no desmoralizar aún más a la gente era una medida que se había adoptado a finales del mandato del comandante Kâmil y que había seguido en vigor durante la época del jeque Hamdullah. Mientras que durante el gobierno del comandante solo había habido un carro, ahora (y gracias a los carpinteros de la guarnición) eran cuatro. Pero con el aumento de la cifra de muertos diarios, y con la constante

necesidad de reemplazar al equipo de conductor y tres funcionarios de recogida asignados a cada carro, que a menudo morían después de contraer la peste, o a veces desertaban o huían, ni siquiera cuatro carros bastaban para dar abasto a tanto trabajo. Muchas familias preferían ocultar a sus muertos, ya fuera porque no querían revelar que su casa estaba infectada, o tal vez por desidia, resentimiento o simple maldad. En una de las pendientes que subían hacia los Altos Turunçlar, los pasajeros del landó divisaron una humareda que se alzaba a lo lejos por detrás de un grupo de casas y árboles, pero cuando los caballos jadeantes que tiraban del carruaje llegaron a lo alto de la colina, vieron que el humo procedía de un establo y un pequeño gallinero que estaban ardiendo. En el otro extremo de la parcela, dos musulmanes con largas túnicas blancas discutían de algo con un hombre que llevaba fez y levita, aparentemente ajenos al fuego cada vez más violento, o cuando menos totalmente indiferentes. Marido y mujer contemplaron perplejos la escena, y Pakize Sultan le pidió a su marido que le dijera al cochero Zekeriya que los avisara. Pero también podían ver que aquellas tres personas en la distancia no habían reparado en la presencia del landó blindado, ni tampoco tenían intención de hacerlo. Como si estuviera atrapada en un sueño, la sensible Pakize Sultan se sintió invadida por un abrumador sentimiento de abandono.

Después, el landó pasó por las sinuosas callejuelas del barrio de Arpara y por detrás de la casa (hoy museo) donde la madre del comandante Kâmil, Satiye Hanım, vivía con un criado, cortesía del Estado. Cuando la magnífica vista desde lo alto de la bajada del Asno Rebuznador apareció enmarcada por la ventana del carruaje, la «reina» Pakize Sultan comprendió que aquel sentimiento de abandono y soledad que la inundaba procedía de la misma ciudad, del castillo de Minguer e incluso de todo el Mediterráneo oriental. La peste y la ciudad la habían dejado atemorizada, y lo único que quería era volver cuanto antes a su escritorio y describirle todas esas impresiones a su hermana. Regresaron sin dar más rodeos a la

nueva sede ministerial, antigua sede de la gobernación. En la víspera de su coronación, Pakize Sultan le escribió otra carta a Hatice.

74

Tras ser desinfectado a fondo en el hospital Theodoropoulos, el cadáver del jeque Hamdullah fue enterrado de manera apresurada al amanecer en una pequeña tumba en el recinto del tekke. Había sido excavada discretamente durante la noche, y no estaba situada en el lugar donde siempre se había enterrado a los anteriores jeques, sino en una parcela situada a la sombra de un magnífico tilo, en una sección del cementerio reservada para los más pobres y plebeyos. Mazhar Efendi, a quien en este nuevo periodo solían pedirle consejo sobre diversos asuntos, ordenó que se tomaran fotografías del proceso de desinfección con cal del cadáver, tanto para asegurarse de que quedaba un registro histórico de que había sido enterrado adecuándose a las normas de cuarentena, como para poder utilizarlas en un futuro cuando fuera necesario mantener a raya a los derviches. Las nubes oscuras cerniéndose sobre la ciudad, los colores apagados del alba y el aura misteriosa del Mediterráneo oriental son presencias tangibles en este juego de fotografías en blanco y negro. Las imágenes también transmiten la sensación de miedo y soledad ante la muerte en las garras de la peste.

Un detalle particularmente interesante de estas fotografías es el hecho de que el doctor Nikos y los dos soldados de la División de Cuarentena llevaban puestas mascarillas. El primer ministro doctor Nuri introdujo esta medida con carácter urgente después de lo que había visto la tarde anterior durante la larga expedición en el landó con su mujer. El doctor Nuri había empezado a sospechar que la peste podría haber llegado a la fase de transmisión neumónica, es decir, que podía propagarse no solo por las ratas, sino también a través de las partículas suspendidas en el aire. Creía que la causa del crecimiento exponencial de la cifra de muertos no estribaba

solo en la supresión de la cuarentena, sino que también se había producido un cambio en la forma de transmisión y en la velocidad de contagio del microbio. El antiguo director de cuarentenas, el doctor Nikos, con quien el doctor Nuri se reunió por primera vez después de veinticinco días, se mostró de acuerdo con su valoración. Y eso implicaba que la enfermedad se propagaba ahora con mayor facilidad y que, en consecuencia, resultaría casi imposible controlar su expansión.

No obstante, antes de empezar a discutir con el doctor Nikos sobre cómo volver a implantar la cuarentena en aquellas terribles circunstancias y asegurarse de que todos respetaran las medidas, el doctor Nuri intuyó que algo que podría animar a la población, aunque fuera brevemente, sería la coronación de la nueva reina.

Una hora después, se anunció la proclamación de Pakize Sultan como reina y tercera jefa del estado independiente de Minguer, acompañada de la tradicional descarga de veinticinco salvas de cañón realizadas por la brigada de artillería del sargento Sadri desde la guarnición, unas salvas que, a pesar de ser de fogueo, hicieron estremecerse la ciudad como si hubiera sufrido un terremoto. A medida que se disparaban los cañonazos, la noticia se difundió como por ensalmo por las tiendas del mercado todavía abiertas, por los mercadillos, entre los pescadores y de casa en casa. Podría afirmarse que todo el mundo estaba encantado con la noticia; todo el mundo a excepción de los seguidores del difunto jeque y los miembros del tekke de los Halifiye.

Aquellos discípulos del tekke de los Halifiye que no podían creer que su jeque hubiera muerto, ni podían soportar la idea que su líder religioso hubiera sido desinfectado con cal antes de ser enterrado, estaban dispuestos a rebelarse. El antiguo primer ministro aún no había sido instituido como nuevo jeque, pero aún conservaba cierto control sobre los devotos más jóvenes e indignados. Algunos historiadores han dedicado mucho tiempo a insistir en la inmensa rabia acumulada por esos discípulos y miembros de otros tekkes

afines, incapaces de aceptar que al jeque lo hubieran desinfectado con cal antes de enterrarlo. Incluso han sostenido que los discípulos de los Halifiye estaban instigados por las facciones otomanas y turcas que querían que estallaran revueltas y que Abdülhamit enviara a sus acorazados para bombardear la isla y su capital. No son más que exageraciones. Tal como demostrarán los hechos históricos más precisos y agradables que nos disponemos a revelar, la situación no era tan sombría como la pintan.

Mientras se disparaban desde la colina de la guarnición las salvas que anunciaban la coronación como reina de Pakize Sultan en la mañana del martes 27 de agosto, día en el cual murieron cincuenta y tres personas, el doctor Nuri salió de su despacho de primer ministro, se dirigió a la habitación de invitados del mismo piso y felicitó a su esposa besándola en las mejillas.

—Me siento muy feliz —le dijo la reina a su marido—. Pero me pregunto si mi padre se enterará de todo esto…

—¡No dudes de que esta noticia llegará pronto a todo el mundo! —respondió su marido.

Al diferencia de sus predecesores (en particular, el comandante Kâmil), ni la reina Pakize ni su consorte prestaban excesiva atención a los imponentes rangos y títulos que acababan de adquirir. El doctor Nuri le preguntó al doctor Nikos qué sería necesario para constituir un nuevo y efectivo Comité de Cuarentena. El anciano médico respondió, con un tono de voz que denotaba enojo y frustración, que no sería nada fácil restablecer el orden en la isla.

—Si el jeque Hamdullah no hubiera muerto de peste, nadie diría ahora que hay que restaurar la cuarentena y las prohibiciones, y que hay que reabrir el área de aislamiento del castillo. Y si los presuntos «ministros» del Nimetullah Efendi (ese puñado de tenderos que ni siquiera saben lo que es servir a tu país) no se hubieran visto amenazados e intimidados, el derviche nunca habría aceptado retirarse a su tekke.

Sentados uno junto al otro en un extremo de la larga mesa de la sala de reuniones, los dos doctores empezaron a designar el nuevo gabinete ministerial.

—¡Ya no somos un comité de cuarentena ordinario de una provincia otomana! —dijo el doctor Nikos—. Como es bien sabido, las cuestiones de seguridad e inteligencia son fundamentales en un estado soberano, por lo que resultará imprescindible contar con alguien como Mazhar Efendi.

—¡Entonces usted volverá a ocupar el cargo de ministro de Cuarentena! —dijo el doctor Nuri—. Y Mazhar Efendi también será nombrado ministro, y retomará sus labores de inteligencia.

El doctor Nuri pidió a los escribanos que convocaran a Mazhar Efendi a una reunión en su despacho. Tras ejercer como asistente del comandante Kâmil en los primeros días del Minguer independiente, el antiguo director de inteligencia Mazhar Efendi había sido una figura capital en las operaciones efectuadas bajo el mando del difunto Sami Pachá en contra de la creciente influencia de los tekkes, los hocas que distribuían papelitos bendecidos y otros elementos opuestos a la cuarentena. Por supuesto, la decisión última de qué tekkes se convertirían en hospitales y a qué jeques era necesario intimidar y asustar había recaído en el comandante Kâmil y el primer ministro Sami Pachá. Pero si estos estaban al corriente de lo que sucedía en esos tekkes y tarikats era gracias a los conocimientos del director de Inteligencia, a su red de espías y a los informes que redactaba con meticulosidad y regularidad extremas. Muchos de los jeques detestaban a Mazhar Efendi tanto como al difunto gobernador Sami Pachá porque sabían que él era el responsable de comunicar a los altos cargos las informaciones críticas que acabarían perjudicándolos: evacuación de tekkes, detención de derviches, reducción de sus ingresos y todo tipo de humillaciones. Y por ese motivo, después del juicio en el que habían condenado a muerte a Sami Pachá, mucha gente esperaba que Mazhar Efendi corriera la misma suerte, pero en el último momento le habían conmutado

la pena capital por la de cadena perpetua. En nuestra opinión, el hecho de que el nuevo gobierno finalmente se ablandara puede explicarse por la ingeniosa maniobra de Mazhar Efendi de utilizar documentación falsa para presentarse ante la opinión pública como nativo de Minguer. De los tres burócratas otomanos que se sumaron a Sami Pachá en la lucha por la Libertad e Independencia de la isla, rompiendo sus vínculos con Estambul, Mazhar Efendi fue el único lo suficientemente avispado como para haber adoptado esa estrategia. También influyó, sin duda, el hecho de que su mujer fuera minguerense.

Cuando el jeque Hamdullah y Nimetullah Efendi, el del sombrero cónico de fieltro, se hicieron con el poder tras la muerte del comandante Kâmil, uno de los principales objetivos del nuevo gobierno fue intimidar y reprimir a los nacionalistas griegos. Y como Mazhar Efendi era la persona que, tras años de controlar sus actividades (primero, como director de Inteligencia de Sami Pachá, luego como asistente del presidente), conocía mejor que nadie a esos agitadores, los nuevos dirigentes quisieron aprovecharse de su experiencia. Así fue como a Mazhar Efendi, que había sido sentenciado a cadena perpetua, lo sacaron de la mazmorra y lo enviaron a su casa para cumplir el resto de la condena junto a su mujer isleña y sus hijos. Sus espías no tardaron en frecuentar su casa para llevarle nuevas informaciones. Y gracias a Mazhar Efendi, a quien primero habían encarcelado y luego liberado, el gobierno del Nimetullah Efendi obtuvo importante información sobre cómo las guerrillas griegas llegaban a la isla a bordo de embarcaciones de contrabandistas, y se enteró también de que el cónsul griego, el mercero Fedonos y el joyero Maksimos estaban financiando su causa. Tras prestar estos servicios, los archivos de Mazhar Efendi —los recortes de prensa que había acumulado escrupulosamente a lo largo de los años, todos los informes de denuncia que había recibido de sus espías (siempre pagaba más por las informaciones escritas que por las orales) y clasificado en distintas categorías, así

como cientos de telegramas— se trasladaron desde su ubicación original en la antigua sede de la gobernación y nueva sede ministerial hasta su residencia. Lo que convirtió esta casa de piedra situada cerca del horno de Zofiri en una auténtica central de inteligencia era la infinidad de dosieres que Mazhar Efendi conservaba sobre cada individuo —primero, los separatistas minguerenses durante el gobierno otomano; después, los nacionalistas griegos, turcos y otomanos—, y que había recopilado y organizado según su muy idiosincrásica metodología. En años posteriores, la casa de piedra de Mazhar Efendi se convertiría en el cuartel general de la AIM (Agencia de Inteligencia de Minguer), antes de que la reconvirtieran en museo.

Mazhar Efendi estaba seguro de que cualquier nuevo gobierno, igual que el anterior, querría aprovecharse de sus conocimientos, servicios y espías. Así que cuando se enteró de que el jeque Hamdullah estaba a punto de morir, empezó a enviar cartas a los cónsules y los doctores de cuarentena explicando qué se debería hacer, en su opinión, para salvar la isla. Y cuando recibió la confirmación de la muerte del jeque (mucho antes de que empezaran a sonar las salvas que anunciaban al nuevo jefe de Estado), llegó a la conclusión de que solo era cuestión de tiempo que el actual gobierno —o, dicho más modestamente, el comité que gobernaba la isla— se desintegrara y lo sustituyera gente dispuesta a restablecer la cuarentena. Convencido de su intuición, e incapaz de quedarse mano sobre mano en casa, fue prácticamente corriendo a la sede ministerial para averiguar qué sucedía allí, o incluso para «intervenir» en el desarrollo de los acontecimientos. Según algunos, tan solo buscaba una oportunidad para colarse en su querida sala de archivos, mientras que otros afirman que su ambición era convertirse en el nuevo primer ministro. Cuando se topó con el ministro de Cuarentena doctor Nikos justo en la entrada del edificio, empezó a hablar inmediatamente de «la situación lamentable de la isla» y de «los estúpidos incompetentes» que habían provocado todo aquello, añadiendo

que estaba dispuesto a «sacrificarse» y a «aceptar su rol» para frenar la epidemia.

Al encontrarse de nuevo con aquel burócrata de aspecto ordinario que había servido al difunto Sami Pachá, el doctor Nuri recordó los horrores de las últimas semanas.

—¿Estuvimos encerrados en la mazmorra al mismo tiempo? —preguntó, buscando establecer cierto grado de camaradería.

—¡Me mandaron a casa cinco días después de la ejecución del gobernador Sami Pachá! —contestó Mazhar Efendi—. Pero nunca tuve interés en prestar mis servicios a esa gente, sino a usted y a los doctores. Ahora lo único que puede salvar a la nación minguerense es la aplicación de la cuarentena.

—Si eso es lo que piensa, sea bienvenido al Comité de Cuarentena… o, mejor dicho, ¡al Consejo de Ministros! —dijo el doctor Nuri, corrigiéndose en el acto.

—Pero aún soy un prisionero. Técnicamente, tengo prohibido salir de casa —dijo Mazhar Efendi con una humilde sonrisa. Se le daba muy bien jugar el papel de víctima entrañable.

—En breve, la reina concederá una amnistía general —dijo el doctor Nuri—. Escucharé sus propuestas sobre quiénes deberían ser liberados para ayudar a restablecer la cuarentena, detener la epidemia y asegurar el bienestar de la nación minguerense. ¡Y no olvide incluir su nombre en la lista!

En vez de enumerar los nombres de los nuevos ministros y las medidas de cuarentena que se establecieron, primero nos centraremos en la decisión más importante que se tomó aquel día: la prohibición de salir a la calle. Aunque tanto el doctor Nikos como el doctor Nuri habían llegado por separado a la conclusión de que un confinamiento general era la única solución viable para salvar la isla, también habían pensado que su aplicación resultaría prácticamente imposible, y por eso se

habían abstenido de plantearla abiertamente hasta que el nuevo ministro de Inteligencia Mazhar Efendi la sacó a colación.

—Si hoy anunciamos la reimplantación de la cuarentena y nos limitamos a acordonar algunas calles o a cerrar algunas casas, nadie acatará las prohibiciones —dijo el doctor Nuri—. Ya nadie respeta a las autoridades ni confía en el Estado y sus soldados. Los isleños han perdido toda esperanza de que esta epidemia pueda contenerse, y sienten que solo pueden confiar en ellos mismos para sobrevivir.

—Es usted muy *pessimiste* —dijo el doctor Nikos—. Si la situación es como usted la pinta, tampoco harán caso de la prohibición de salir a la calle.

—O quizá sí que obedezcan —repuso Mazhar Efendi—. Si no lo hacen, será el fin del estado de Minguer. ¡La isla se sumirá en la anarquía!

—Y entonces regresarán los otomanos, o Grecia invadirá la isla —se lamentó el doctor Nikos.

—No. Si el Estado se desmorona, serán los británicos los que se hagan con el control de la isla —dijo el doctor Nuri.

—No puede haber una nación sin estado —declaró Mazhar Efendi—. Y al final la isla volvería a ser esclava o posesión de otra gran potencia. La única solución es dar armas a los soldados árabes y ordenarles que disparen contra cualquiera que se atreva a salir de sus casas. Si el toque de queda general no se respeta, la vida en esta isla tendrá los días contados. Pensé mucho en todo esto mientras estaba encerrado.

—Usted sirvió bajo las órdenes de Sami Pachá, ¡y a él lo ahorcaron por ordenar que sus soldados dispararan contra la gente que no respetaba la cuarentena! —repuso el doctor Nikos—. Y no queremos acabar como él.

—¿Y qué otra cosa podemos hacer? No contamos con funcionarios suficientes para ir de casa en casa buscando a los enfermos, ni tampoco podemos esperar la ayuda de voluntarios. Hay tantas víctimas de la peste y tanta gente

escondiendo a sus muertos que no podríamos dar abasto… Ahora que todo el mundo va a lo suyo, ¿nos harán algún caso si nos limitamos a anunciar el restablecimiento de la cuarentena y les prohibimos que caminen en parejas por las calles?

Fue así como el nuevo gobierno acordó que la única solución posible era prohibir a la gente salir a la calle. Pero como preparar a la división árabe de la guarnición llevaría algún tiempo, no quisieron precipitarse.

La mayoría de los historiadores no mencionan la desesperación que impulsó aquel día las decisiones de los hombres que redirigieron el destino del Estado y la nación minguerenses, y ningún historiador nacionalista de hoy día quiere oír hablar siquiera del turbulento Estado de ánimo subyacente a sus acciones. Pero a nuestro parecer, si no hubiera sido por esa desesperación, y por el grado de determinación que los llevó a ordenar a los soldados que dispararan contra su propia gente, habría sido imposible hacer que la gente obedeciera la cuarentena veinticinco días después de su abolición. Y aunque tardaron otros dos días en anunciarle a la población la entrada en vigor de la nueva cuarentena y el confinamiento general mediante carteles, pregoneros y carros enviados por toda la ciudad, esta vez el retraso no se debió a ninguna negligencia, sino a un exceso de cautela.

Mientras tanto, uno de los dos periódicos de la isla que se publicaban en lengua turca, la gaceta semioficial *Havadis-i Arkata* , informó a los ciudadanos de que la reina había declarado una amnistía. Así pues, además de los ladrones, violadores y asesinos, otros muchos presos fueron liberados en medio de un ambiente de júbilo generalizado, entre ellos nacionalistas griegos encerrados en la mazmorra durante la época del jeque Hamdullah, espías otomanos, soldados de la División de Cuarentena, opositores al gobierno, gente que había intentado huir de la isla, agentes de viajes que habían vendido demasiados billetes, así como todo tipo de fanáticos y

agitadores. Con este indulto masivo, los convictos liberados llevaron hasta sus casas y familias la epidemia que se había extendido por todas las galerías de la prisión. Pero también se daría el caso contrario. Cuando un soldado de cuarentena que ya se había resignado a pudrirse de por vida en una húmeda celda de la mazmorra se encontró de repente con que había sido liberado, salió corriendo hacia su casa en el barrio de Tatlısu entre lágrimas de felicidad, solo para descubrir que su padre, su madre y dos de sus hijos habían muerto, y que su mujer había huido llevándose al tercer hijo. Todo eso se lo hizo saber la gente que ahora había ocupado su vivienda.

Aquellos intrusos, que habían llegado del pueblecito costero de Kefeli, en el noroeste de la isla, adoptaron un tono amenazante y le dijeron al soldado —ya bastante destrozado por las terribles noticias que acababa de recibir— que ahora ellos vivían allí, que no sería justo que él solo viviera en una casa tan grande en aquellos tiempos de desgracia en los que había tanta gente buscando un lugar donde cobijarse, y que lo mejor sería que se marchara e intentara encontrar a su mujer y su hijo.

En aquellos días, ese tipo de bandidaje se había convertido en algo habitual. Si el hombre al que le habían ocupado la casa no hubiera sido un soldado de cuarentena y no hubiera sido consciente de que alguien del nuevo gobierno —el ministro de Inteligencia— podría brindarle protección, probablemente no habría sabido cómo enmendar esa injusticia y habría acabado consumido por la rabia y la impotencia, incapaz de decidir si tomar justa venganza de esos canallas o irse a buscar a su mujer e hijo. Durante aquellas noches de la peste, ese constante estado de desdicha e incertidumbre que a menudo se infiltraba en los sueños de la gente —junto con el temor a los terribles dolores de cabeza, los agónicos bubones y el miedo a una muerte inminente— hacía prácticamente imposible la tarea de dormir. El ministro de Inteligencia se encargó de vengar a aquel soldado enviando a sus guardias para expulsar a los intrusos de la casa ocupada de Tatlısu y encerrándolos,

después de veinticinco días, como los primeros sospechosos de contagio en el área de aislamiento del castillo. Los patios e instalaciones de aquel lugar inhóspito, que todo aquel que los pisara sabría que no sería capaz de olvidar en su vida, habían sido limpiados y desinfectados a conciencia antes de que llegaran los nuevos ocupantes.

Consciente de que los soldados árabes no serían suficientes para tener la situación bajo control, Mazhar Efendi decidió, con la aprobación del doctor Nuri, reconstituir y movilizar una vez más a la División de Cuarentena. Durante la época del jeque Hamdullah, algunos de sus soldados habían sido acusados y sentenciados a penas de prisión por diversos motivos: por agredir a gente inocente, por encerrar de manera indiscriminada a personas que no estaban infectadas, por causar muertes evitables debido a sus conductas negligentes y, sobre todo, por abusar de su poder decidiendo mediante el cobro de sobornos a quién había que poner en cuarentena y a quién no. Los tribunales no condenaron a todos los acusados, y se consiguió diferenciar hasta cierto punto entre culpables e inocentes. Entre estos últimos se encontraba Hamdi Baba, un hombre que aún era muy querido y respetado por la gente. Después de que lo absolvieran de todos los cargos había regresado a la casa de su padre, en un pueblo rodeado por peñascos y cipreses a dos horas de Arkaz. Al principio, Hamdi Baba no quiso regresar a la ciudad para volver a ponerse al frente de la División de Cuarentena. Creía que muchos soldados se habían mostrado excesivamente estrictos, que su comportamiento había sido reprochable, y que habían perdido la confianza y el respeto de la gente. Pero entonces Mazhar Efendi le propuso que reclutase una nueva División de Cuarentena bajo el mismo nombre, y al final consiguió —mediante elogios y alabanzas y con la promesa de una nueva condecoración (la Medalla de la Reina Pakize)— tranquilizar y convencer al sargento.

Existían sustanciales diferencias de método y objetivos entre la primera y la segunda División de Cuarentena, pero

aquel era el mismo ejército glorioso que el mayor y comandante minguerense había venido para liderar desde el lejano Estambul en tiempos de dominación otomana, y cuyo papel había sido crucial en la fundación del estado de Minguer. Antes incluso de que se instaurara la prohibición de salir a la calle, Mazhar Efendi adjudicó a la nueva División de Cuarentena uno de los edificios más grandes y mejor equipados de la guarnición. Hoy día, ciento dieciséis años después, ese edificio aún se utiliza como cuartel general del Estado Mayor de Minguer.

Después de que la cuarentena fuera anunciada oficialmente, pero antes de que entrara en vigor el toque de queda general, los ciudadanos de Arkaz acudieron en masa a los improvisados mercadillos callejeros y las pocas tiendas que todavía abrían unas pocas horas al día, pagando precios exorbitantes para aprovisionarse de toda la comida que pudieran conseguir. Desde un tiempo a esa parte había mucha gente que apenas salía de sus casas y que ya había llenado con anterioridad sus despensas, pero como la epidemia se estaba prolongando tanto habían empezado a quedarse sin alimentos.

Al día siguiente, tal como se había anunciado, entró en vigor la prohibición absoluta, sin excepciones, de salir a la calle. Esa mañana, antes del amanecer, ya patrullaban por las calles de Arkaz los soldados árabes de Damasco, algo cohibidos pero severos, a quienes acompañaban aproximadamente unos cuarenta soldados de cuarentena.

Aunque había permitido que los oficiales turcoparlantes enviados a la guarnición desde Estambul regresaran a la capital, el mayor Kâmil había decidido mantener a la división árabe en la isla, como posible moneda de cambio en futuras negociaciones políticas internacionales, pero había optado por no implicarlos en las disputas políticas internas de Minguer. Por su parte, durante su mandato de veinticuatro días, el jeque Hamdullah realizó cuatro visitas a la guarnición, la primera de las cuales ya hemos narrado con anterioridad. Durante una de esas visitas, aparte de disfrutar de los placeres de conversar en

árabe y recitar el Corán, el jeque aprovechó para sustituir al anterior comandante de la guarnición por un joven e iletrado oficial minguerense que frecuentaba desde hacía muchos años el tekke de los Halifiye y al que ascendió al rango de pachá.

El restablecimiento de la cuarentena veintisiete días después de su abolición —en particular, la puesta en marcha de la nueva y estricta prohibición de salir a la calle—, y sobre todo el hecho de que los minguerenses la acatasen, supone un punto de inflexión en nuestro relato. Al igual que la mayoría de los historiadores razonables, atribuimos el éxito de esta segunda cuarentena a la elevadísima cifra de muertos (en los tres días anteriores al confinamiento general murieron ciento treinta y siete personas) y a sus efectos sobre el estado de ánimo de todos los isleños, sumidos en el terror y la desesperación. Una segunda razón está relacionada con la falta de algún jeque influyente capaz de promover actitudes irrespetuosas e «impertinentes» (en palabras del difunto Sami Pachá) contra la cuarentena, y con el hecho de que presenciar cómo el jeque Hamdullah enfermaba y moría por la peste había servido para dar una buena lección a todos los «fatalistas», escépticos e incrédulos a los que los europeos llamarían «cínicos». Por su parte, otros cronistas subrayan la importancia que tuvo la actitud inflexible mostrada tanto por la división árabe como por los soldados de cuarentena, dispuestos a disparar contra cualquiera que osara poner un pie en la calle, ya fueran niños, mujeres o ancianos.

En Bayırlar, dos críos tuvieron que salir corriendo despavoridos y volver a entrar en sus casas después de escuchar los disparos de advertencia de las fuerzas del orden. Un lunático que actuaba como si no hubiera confinamiento y que deambulaba tranquilamente por la bajada del Asno Rebuznador fue arrestado de inmediato después de un par de tiros al aire, y las paredes y los postigos de una casa de Taşçılar quedaron totalmente acribillados después de que se arrojaran piedras contra los soldados árabes desde la ventana. Más tarde, varios soldados de la División de Cuarentena

tiraron la puerta abajo, detuvieron a los tres jóvenes inmigrantes cretenses que vivían allí y los enviaron a la mazmorra del castillo. En esas tres ocasiones, el sonido de los disparos retumbó en el silencio sepulcral que había descendido sobre la ciudad desde que se había instaurado la prohibición de salir a la calle. Eso satisfizo a los nuevos dirigentes, que pensaron en esa ocasión los soldados actuarían con más firmeza y lograrían que la cuarentena, por fin, prosperara.

75

Pakize Sultan se pasó el primer día del confinamiento general yendo y viniendo de la habitación de invitados al despacho del primer ministro, a fin de controlar la evolución de la situación y constatar la «disciplinada» obediencia de la gente de Arkaz. Cuando llegaban los guardias y escribanos para informar de que, en efecto, los ciudadanos se estaban quedando en sus casas, de que en las calles solo se veían soldados árabes o de la División de Cuarentena, y de que no se habían producido incidentes serios, la reina sentía una gran alegría y entusiasmo que experimentaba de forma más emotiva que los hombres que la rodeaban, pero en vez de manifestar esos sentimientos de júbilo en el despacho de su marido, volvía a sus aposentos para expresarlos en las cartas que le escribía a su hermana.

Cuando el Estado inició la distribución diaria de pan, el carro (que al principio estaba tirado por un solo caballo) realizaba paradas en una o dos esquinas de cada barrio, y la gente hacía cola para recibir sus hogazas bajo la supervisión de los responsables vecinales y de los soldados que escoltaban el vehículo. Cada cabeza de familia recibía la cantidad de pan correspondiente en función de la cantidad de personas que vivían en su casa. Este sencillo método de distribución se había basado en que todos los vecinos de esos barrios se conocían entre ellos. Pero a medida que la peste provocaba que se evacuaran cada vez más casas y que otras fueron ocupadas por nuevos inquilinos, las peleas empezaron a ser más habituales. Muchos acudían en grupos, hostigaban a los vecinos y conseguían más hogazas de las que les correspondían. Esos comportamientos intimidatorios y agresivos eran llevados a cabo por aquellos que todavía seguían clamando venganza por la muerte de Ramiz, o que

sentían que debían castigar a los rums partidarios de Grecia y a los turcos que mantenían su lealtad a los otomanos.

Después de sufrir la humillación de ver cómo desinfectaban al jeque Hamdullah con cal antes de enterrarlo, esa panda de fanáticos religiosos y nacionalistas minguerenses afines a los tekkes no tendrían más opción que rebajar su nivel de agresividad. Pero antes de que ese cambio de actitud comenzara a notarse, la reina Pakize ideó un nuevo sistema de distribución de pan que evitaría que se produjeran situaciones de hostigamiento y trifulcas, y convenció a su marido el primer ministro y a los demás miembros del gobierno para que lo adoptaran. A partir de ese momento, siempre que fuera posible, los guardias que escoltaban los carros del pan entregarían las hogazas en cada una de las casas, dejándolas en las puertas, en los patios traseros o en las ventanas de las cocinas. La nueva División de Cuarentena ayudaría a que se pudiera repartir el pan puerta por puerta de forma más segura.

En una carta que le escribió a su hermana, la reina describe su pequeña contribución a este asunto básico con todo tipo de detalles, tal vez exagerándolo un poco, pero con absoluta seriedad. Movida por un sentido de la responsabilidad cada vez mayor hacia los isleños, desde el principio Pakize Sultan se había tomado muy en serio lo que supuestamente solo debía ser una función simbólica y representativa. Asistía también a las reuniones que se celebraban cada mañana en el cuarto epidemiológico, que se había reacondicionado con una nueva capa de pintura y tapando los agujeros de bala de las paredes y armarios. Tal vez llevaba ropajes demasiado europeos para una mujer musulmana, pero mantenía en todo momento el decoro, cubriéndose la cabeza con un pañuelo y sentándose al fondo de la estancia.

Después de que se marcharan los ministros, se quedaba a solas con su marido y empezaba a hacerle preguntas y a debatir con él las decisiones que se estaban adoptando. Los lectores que degusten sus cartas podrán constatar que, después de asumir su cargo como jefa de Estado, Pakize Sultan no solo

cuestionaba y diseccionaba detalladamente todas las decisiones políticas, sino que, tal como se estipulaba en la Constitución de Minguer, también controlaba muy de cerca las acciones de su marido el primer ministro.

Más que con el doctor Nuri, que por lo general trataba cada una de sus ideas con un sincero respeto, con quien más fricciones tenía la reina Pakize era con el ministro de Inteligencia. Dos días después de la satisfactoria implantación del confinamiento (con cincuenta y nueve y cincuenta y un muertos respectivamente), Mazhar Efendi le comentó a la reina que, si querían que los carros del pan de la guarnición pudieran entrar en cada calle e identificar las casas una por una, es decir, si querían que la distribución de pan se realizara de manera efectiva, era imprescindible marcar con números, nombres y placas todas las casas y calles de Arkaz. Todo el mundo sabía que aquel había sido un tema muy importante para el comandante Kâmil, y que asistía a todas las reuniones que celebraba el comité de nombramiento de calles en la sede ministerial para mostrarles los listados con sus poéticas sugerencias, escritas por él mismo con su pulcra y elegante caligrafía. Treinta y cinco días más tarde, algunos de los nombres de calles propuestos por el comandante Kâmil ya habían sido aceptados y adoptados por la gran mayoría de los ciudadanos, y ciento dieciséis años después, muchos de esos nombres —como la calle de la Fuente del Enano, la calle del Cadí Ciego, la calle del Lecho de León o la calle del Gato Bizco— todavía se encuentran en la ciudad de Arkaz. Sin embargo, aquel proyecto tan lírico y ambicioso, que contaba especialmente con el apoyo del funcionariado de Correos, quedó interrumpido por la muerte del comandante Kâmil, por la creciente virulencia de la epidemia y por el miedo generalizado a morir.

Mientras discutía estos asuntos, Pakize Sultan descubrió, en su nuevo papel de reina, la formidable figura política que era el ministro de Inteligencia.

—¡No sea tan indulgente con ese tipejo! —le dijo a su marido un día cuando se quedaron a solas.

—¡Nuestra misión es acabar con la epidemia! —le respondió el primer ministro a su esposa—. ¡Deja que él se ocupe de la política!

Los lectores de las cartas que la reina Pakize escribió a su hermana descubrirán que la hija de Murat V y sobrina de Abdülhamit II poseía un instinto político mucho más complejo y profundo que el de su inepto padre, que inexplicablemente se había hecho francmasón cuando era el siguiente en la línea de sucesión al trono, y que el de su marido, cuyo único criterio político parecía ser la «moderación».

A la reina le gustaba montarse cada día en el landó blindado junto a su marido para realizar salidas de reconocimiento por las calles vacías de Arkaz, una labor que consideraba muy importante. Desde el primer día, esas expediciones se convirtieron para ella en un hábito de vital importancia para evaluar la eficacia de las medidas de cuarentena. Tal como solía escribirle a su hermana, Pakize Sultan se quedaba sobrecogida contemplando las calles, las plazas y los puentes desiertos tras la implantación del confinamiento.

Era en esos momentos cuando Pakize Sultan rememoraba cómo se había sentido al vivir cautiva en el palacio de Çırağan con su padre y sus hermanas, y miraba hacia los jardines vacíos a los que no se permitía entrar a nadie. Al contemplar la desolada plaza de Hrisopolitissa, sentía como si el tiempo fluyera hacia atrás. Cuando el cochero Zekeriya conducía el landó por los muelles del puerto totalmente desierto, le asaltaba el lúgubre pensamiento de que quizá ningún barco volvería a acercarse nunca más a la isla. Un escalofrío le recorría el cuerpo cuando el carruaje avanzaba entre las casas en ruinas y los solares abandonados cercanos a la Cantera, y por primera vez sintió miedo. Cuando vio a una niñita de cinco años llorando en las solitarias calles del barrio de Tatlısu, ella

también lloró, y su marido tuvo que retenerla para que no bajara del landó para consolarla.

En las cartas de Pakize Sultan, las amargas emociones experimentadas durante esas primeras excursiones se mezclan con la alegría de ver cómo la gente acataba la prohibición de salir a la calle. A lo largo de los tres días siguientes, los ciudadanos de Arkaz continuaron quedándose en sus casas. La única excepción fue la de un grupo de derviches de los Rifai —cuyo tekke (donde todavía vivían) había sido convertido parcialmente en un pequeño hospital—, que salieron corriendo en dirección a la mezquita de Mehmet Pachá el Ciego para llevar a cabo la oración del viernes. Alertado por sus espías de los planes de los derviches, el ministro de Inteligencia envío a sus guardias, que arrestaron y encerraron en el área de aislamiento del castillo a aquellos tercos y airados acólitos, cuyas extrañas sotanas causaban verdadera impresión con su color amatista.

Para ilustrar la magnitud de la catástrofe que asolaba a la ciudad y sus habitantes, resumiremos la situación en el hospital Hamidiye el 30 de agosto, tres días después de la coronación de la reina: según nuestros cálculos, había unos ciento setenta y cinco pacientes en el hospital y en los pabellones improvisados (que no podemos llamar exactamente «hospitales») instalados en los tekkes cercanos, como los de los Rifai y los Kadiri. Los edificios principales, sus alrededores y los patios estaban atestados de colchones y tiendas de campaña. Los enfermos estaban separados por apenas un metro de distancia, a veces incluso menos. Los doctores, enfermeros y conserjes de delantal blanco se afanaban acudiendo de un paciente a otro, y el único tratamiento al que los sometían consistía en seccionar el bubón con un bisturí y limpiarlo, y ponerles una inyección para intentar bajarles la fiebre. Aunque nada de eso servía de mucho para prolongar la vida de los enfermos. En numerosas ocasiones, el doctor Nuri le había contado a la reina los heroicos y fútiles esfuerzos de aquellos médicos que corrían de

una cama a otra para aplicar el mismo «tratamiento» a cuarenta o cincuenta pacientes, procurando en todo momento protegerse la cara de los vómitos, toses y estornudos de los enfermos.

La reina se vio intensamente afectada por el sentimiento apocalíptico que provocaba el dramático contraste entre la desolación de las calles aledañas y la abigarrada muchedumbre de enfermos que abarrotaban los terrenos de colores verde y amarillo del jardín del hospital Hamidiye. Por la noche, los carros recogían a los que morían en el hospital. Cuando cinco días después de que se instaurara el confinamiento general, la cifra de víctimas experimentó un fuerte descenso (treinta y nueve muertos), el júbilo que llenó el corazón de la reina Pakize fue igual de intenso.

Al día siguiente, el landó que transportaba a la reina y al primer ministro hizo su última parada en el barrio de Flizvos. Las opulentas mansiones de la zona, donde antes de la epidemia residían las familias rums más adineradas de la isla, ahora estaban vacías y en ellas solo vivían los mayordomos que habían acogido a los familiares y conocidos de sus pueblos, los que les habían pagado para instalarse en las casas, o los bandidos que las habían ocupado a punta de fusil. Al pasar por las calles de los vecindarios rums más pobres, la reina habría pensado que estaban totalmente abandonadas de no haber vislumbrado las sombras de los vecinos asomados a las ventanas de los primeros pisos, a los niños jugando en los jardines traseros, y a los perros que seguían el paso del landó correteando alegremente a lo largo de los muros de los patios, como solían hacer en los viejos tiempos.

Fue durante ese periodo cuando la reina ordenó que se fotografiaran las plazas y calles desiertas de Arkaz. Las descripciones de la ciudad que aparecen en este libro están basadas fundamentalmente en las fotografías que tomó Vanyas a lo largo de los tres días siguientes. Al igual que le sucedía a la reina, siempre que contemplamos esas ochenta y tres imágenes en blanco y negro, lúgubres y desoladoras, en las

que solo muy de vez en cuando aparece la figura de algún vecino, se nos llenan los ojos de lágrimas.

Durante esos tres días, las cifras de muertos siguieron descendiendo de manera notable, y los funcionarios que se reunían cada mañana en el cuarto epidemiológico empezaron a creer que la cuarentena por fin estaba funcionando, y que tanto el confinamiento como el cierre de las puertas de la ciudad surtían el efecto deseado.

Otro hecho que alegró a todos los habitantes de la isla, y que hizo que aquellos que habían abogado por la coronación de Pakize Sultan como «reina» vieran cumplido su principal objetivo, fue la publicación de una noticia en el periódico *Le Figaro* , el mismo que semanas antes había sido el primero en anunciar al mundo la independencia del país. En esta ocasión, el breve artículo, cuyas fuentes eran las mismas que proporcionaron la noticia de la independencia, apareció con un poco de retraso, el domingo 8 de septiembre de 1901.

Convertida en Reina de Minguer

(Devenue Reine de Minguère)

> Tras declarar la independencia y escindirse del Estado otomano, los nacionalistas minguerenses han escogido a una princesa de la familia real otomana como reina y jefa de Estado. En una maniobra que ha pillado por sorpresa a Estambul y al resto del mundo, Pakize Sultan, la tercera hija del anterior sultán Murat V, ha sido proclamada reina de Minguer. Pakize Sultan se había casado recientemente con un doctor de cuarentena otomano enviado por Estambul para poner fin al brote de peste en la isla. Pero como la epidemia aún no se ha controlado, y las líneas de comunicación con el nuevo estado siguen interrumpidas, la isla continúa sometida al bloqueo marítimo de buques de guerra británicos, franceses y rusos.

La inclusión de la frase «que ha pillado por sorpresa a Estambul» fue una propuesta de los servicios de inteligencia británicos, que habían sido los instigadores de la redacción del artículo. El doctor Nuri deseaba reanudar cuanto antes el servicio de telegrafía en la oficina de correos, «normalizar» la situación política de la isla y mejorar las relaciones con los

países de Europa para que levantaran el bloqueo, y debatía constantemente con la reina y con los otros doctores de su gobierno acerca de cómo alcanzar estos objetivos.

Al ver que su mujer estaba muy animada por el descenso en el número de muertos, le recordó algo que repetía también a sus ministros:

—Como los cadáveres se recogen por la noche y los funerales están prohibidos, la gente no está al corriente de estas buenas noticias. Si se enteran, se alegrarán tanto como tú, pero con una diferencia importante: querrán salir a las calles en masa para celebrarlo. Si queremos acabar con la epidemia, debemos asegurarnos de que la población aún tenga miedo, y debemos perseverar con la misma intransigencia.

El doctor Nuri pudo ver, en la mirada y el ceño fruncido de su mujer «otomana», que esa advertencia no le había sentado muy bien, pero no quiso empezar una discusión. Mientras que la noticia de *Le Figaro* había sido interpretada por los notables de la isla como una luz de esperanza y una posibilidad de maniobrar políticamente a escala internacional, para Pakize Sultan había sido sobre todo una fuente de orgullo personal. Aunque era consciente —y así lo reflejaba en sus cartas— de que solo la habían hecho reina para atraer la atención de la prensa y aumentar el interés internacional hacia el nuevo gobierno, la bandera y la independencia de la isla, se tomaba su trabajo muy en serio, y consagraba gran parte de su tiempo a debatir con su marido los asuntos políticos del día y describirle a su hermana las escenas que observaba durante sus expediciones en el landó. Otra de las causas del descenso de muertos, y que no ha recibido demasiada atención por parte de los historiadores, es el hecho de que las ratas desaparecieron misteriosamente. Desde hacía una semana, las pandillas de niños callejeros habían dejado de entregar ratas muertas a las autoridades.

Fue durante esos días cuando la reina y su marido el primer ministro empezaron a visitar a algunas familias minguerenses

humildes que vivían en los barrios más alejados de la ciudad, para entregarles regalos y paquetes de comida. Esas visitas fueron una especie de prolongación de sus expediciones diarias en el landó. Los secretarios de la reina se ocupaban de localizar las viviendas que la jefa de Estado podía visitar, asegurándose de que en ellas vivieran familias que apreciaban sinceramente a la soberana y respetaban las medidas de cuarentena. Los visitantes nunca entraban en las casas. La reina, vestida al estilo europeo pero totalmente cubierta, anunciaba desde el patio que traía presentes para los niños. Los habitantes de la casa nunca salían, sino que se limitaban a saludarlos desde las ventanas. En la mayoría de los casos, la reina dejaba los regalos en el patio sin decir nada más, y agitaba la mano hacia la gente asomada a las ventanas como si fuera una niña pequeña.

Contrariamente a lo que afirman algunos detractores, no cabe duda de que esas visitas fueron efectivas y sirvieron para reconfortar a la gente. Un anciano del barrio de Taşçılar había escuchado rumores de que pronto se reanudaría el tráfico marítimo de la isla y preguntó a los visitantes al respecto. Por su parte, el tendero Mihail se había encerrado por voluntad propia en su casa claveteando la puerta desde dentro. Hasta entonces le habían dejado regularmente el pan en una cesta delante de su ventana. Pero como las normas de reparto habían cambiado, no había podido recibir sus hogazas en los últimos tres días. ¿Podría hacer algo el excelentísimo primer ministro para intentar solucionarlo? En otra ocasión, el cochero Zekeriya los llevó en el landó a la casa de Marika, la amante del difunto gobernador Sami Pachá. Le dejaron algunos çöreks y quesos en la puerta mientras la mujer los miraba desde la ventana deshecha en lágrimas. También fueron a visitar a la desconsolada madre del comandante, y más tarde enviarían a un escribano para que recopilara sus anécdotas sobre la niñez del gran libertador de la nación, que se recogerían en un libro titulado *La infancia de Kâmil* . Durante una visita a uno de los vecindarios de la parte de detrás del castillo, tras observar

cómo los admiradores de la reina transgredían las prohibiciones saltando por los patios para acercarse a ella a una distancia desde la que pudieran tocarla, el doctor Nikos se vio obligado a comentarle con franqueza al doctor Nuri que esas visitas tal vez comprometiesen la disciplina de la cuarentena. La Reina les recordó a ambos que las cifras de muertos seguían descendiendo a diario, y subrayó (y no le faltaba razón) que sus visitas a esos barrios animaban a los minguerenses a respetar la cuarentena.

La reina mandó llamar a sus aposentos a la modista más célebre de Arkaz, Eleni de la Peca, y después de examinar los bocetos y las muestras de tejidos que la mujer había traído, y tras dejar que le tomaran las medidas, encargó que le confeccionaran tres vestidos de corte europeo (aunque conservando el debido recato). Y como si fuera una reina europea, también solicitó a Vanyas que le tomara fotografías «de perfil» —sola y con su marido— para una serie de sellos que el nuevo ministro de Correos había propuesto que se imprimieran para conmemorar su coronación. Al constatar lo encantada que había quedado la reina con los retratos, el ministro de Inteligencia ordenó rápidamente que se enmarcaran veinticuatro copias de esas fotografías y se colgaran en las paredes de varios departamentos gubernamentales —como oficinas de reclutamiento, el registro de la propiedad o fundaciones de caridad estatales—, así como en los bancos que estaban todavía abiertos. Durante una de sus expediciones en el landó con su marido, la reina vio uno de esos retratos colgados en el espacioso y vacío vestíbulo del Banco Otomano (¡el futuro Minguerbank!), y más tarde le escribiría a su hermana contándole lo mucho que se habría alegrado su padre si lo hubiera visto.

Mucha gente pedía a los responsables vecinales que el landó de la reina y su esposo fuera a sus barrios. Porque pronto empezó a extenderse el singular rumor de que la peste no afectaba a aquellas casas que la reina visitaba y en las que dejaba sus obsequios y provisiones.

76

El descenso en la cifra de muertos se consolidó especialmente a partir del viernes 13 de septiembre, y en la isla empezó a asentarse una sensación generalizada de optimismo. ¿Qué fue lo que frenó la epidemia, lo que atenuó su virulencia? Los historiadores han discutido mucho acerca de esta cuestión, pero no cabe ninguna duda de que la cuarentena fue la clave de la supervivencia del estado de Minguer.

En nuestra opinión, la firmeza en la implantación de las prohibiciones hasta el punto de ordenar a los soldados que dispararan contra la gente, la muerte por peste del jeque Hamdullah, y la impresión que causó entre la población el que cada día murieran cincuenta o sesenta personas, fueron elementos que contribuyeron al éxito de la nueva cuarentena. Hay otros factores de índole natural y médica sobre los que no tenemos suficiente información, como la desaparición de las ratas o el posible debilitamiento del microbio de la peste, que muy probablemente también contribuyeron a que se llegase a esta feliz conclusión. Sin embargo, queremos centrarnos de manera particular en una de las medidas de cuarentena.

En los días inmediatamente posteriores al estallido de la epidemia, los cuerpos de todos los musulmanes muertos de peste se purificaban en la cámara de *ghusl* o lavado mortuorio de la mezquita de Mehmet Pachá el Ciego; lo hacía un hombre alto y delgado a quien llamaban el Barbero (aunque ese no fuera su oficio). Siguiendo los preceptos islámicos, el Barbero frotaba cuidadosamente todo el cuerpo y luego limpiaba los labios, los orificios nasales y el ombligo con un trozo de tela enrollado firmemente en el dedo. A continuación lavaba el cuerpo con un jabón elaborado con las olivas de la isla, y vertiendo abundante agua. Si le dabas una pequeña propina a la anciana que realizaba la misma limpieza con los cuerpos de

las mujeres, esta añadía al agua unos delicados pétalos de rosa de fragante olor. Como al principio de la epidemia el doctor Nikos enviaba a sus bomberos para que desinfectaran regularmente la cámara mortuoria, los limpiadores de cadáveres no se infectaron cuando la peste empezó a extenderse. Pero cuando comenzó a aumentar el número de muertos, tuvieron que contratar a ayudantes y aprendices para dar abasto, y también empezaron a lavar los cadáveres de forma más rápida y superficial.

El doctor Nuri, que tenía cierta experiencia al respecto a raíz de los brotes de cólera que estallaban con frecuencia en el Hiyaz y que solían provocar muchas discusiones entre los árabes locales que querían enterrar a sus muertos según la tradición y los médicos turcos, rums y franceses que representaban al Imperio otomano, al principio procuró mantenerse al margen de la cuestión. Pero al agravarse la epidemia, pensó que, antes de dejar que se eternizaran las discusiones por la incompatibilidad entre los rituales islámicos y las políticas de cuarentena, sería preferible pagarles algo de dinero extra a los encargados de lavar a los muertos para convencerlos de que realizaran su labor de forma más somera y expeditiva. El Barbero y los otros limpiadores de cadáveres ya eran conscientes del peligro mortal al que se exponían, así que dejaron de lado el cumplimiento estricto de los métodos tradicionales y empezaron a acelerar el proceso de manera considerable.

Durante un tiempo, la limpieza de los muertos consistió únicamente en verter agua hervida sobre los cadáveres sin apenas tocarlos, ya que al llegar presentaban un aspecto repugnante y maloliente, cubiertos de vómitos, flemas y bubones. Después conducían los cadáveres desnudos al patio trasero de la mezquita (por donde siempre deambulaban los gatos callejeros) y se colocaban en el suelo o sobre plataformas de piedra para que se secaran al sol. Poco después, los amortajaban. Pero en la segunda semana de la cuarentena también hubo que renunciar a la práctica de amortajar los

cuerpos. Esto sucedió en los días en que comenzaron a aparecer numerosos cadáveres abandonados en las calles, así que los muertos empezaron a ser enterrados directamente después de ser desinfectados con cal.

Sin embargo, aunque la cámara de lavado mortuorio fuera desinfectada constantemente, la muerte de uno de los aprendices (que quizá contrajo la peste en su barrio) durante los últimos días de la dominación otomana, seguida poco después, ya en los albores de la Revolución, por el fallecimiento del Barbero (a quien conocía todo el mundo en Arkaz), obligó al comandante y al doctor Nuri a prohibir por completo el lavado de los muertos. Pero en lugar de anunciar oficialmente su decisión, las autoridades se presentaron en la mezquita y cerraron la cámara de *ghusl* , algo que desató todo tipo de peleas y discusiones: los familiares de los muertos no estaban dispuestos a renunciar a sus tradiciones de manera tan repentina, ya que creían que, si se enterraba a sus seres queridos sin lavarlos ni purificarlos, se llevarían sus pecados al más allá.

Después de que Nimetullah Efendi se convirtiera en primer ministro y se disolviera el Comité de Cuarentena, se prohibió enterrar a los muertos musulmanes sin haber sido purificados antes por los limpiadores de cadáveres, que tenían que hacer previamente sus abluciones y realizar todos los ritos y rezar todas las oraciones prescritas por la ley islámica. Según nuestras estimaciones, este cambio de política supuso la muerte de más de veinte limpiadores de cadáveres. Ya en la primera semana de la época del jeque Hamdullah resultó evidente que, si no se tomaban las necesarias precauciones de cuarentena y los muertos seguían lavándose con arreglo a la tradición islámica, la enfermedad se propagaría con muchísima más velocidad. Y, después de que tres de los limpiadores enfermaran, los demás, incapaces de dar abasto a tal cantidad de trabajo, abandonaron sus puestos y huyeron de la ciudad.

Consciente de que el jeque Hamdullah le concedía mucha importancia a este asunto, Nimetullah Efendi solicitó la ayuda de muftíes y gobernadores comarcales para traer «voluntarios» a Arkaz desde otros pueblos de la isla para lavar los cadáveres. Más de la mitad de estos voluntarios —algunos de los cuales aceptaron su cometido con entusiasmo, dejándose llevar por sentimientos sinceros de hermandad, fe y altruismo— acabaron muriendo. Muy pronto empezó a extenderse por toda la isla el rumor de que el trabajo de limpiador de cadáveres era extremadamente peligroso, por lo que cada vez resultó más difícil encontrar «voluntarios» entusiastas. Después de que también murieran dos de los tres soldados que el gobierno del jeque Hamdullah había hecho venir desde la guarnición para que ayudaran en la tarea, las autoridades trataron de satisfacer la creciente demanda de limpiadores utilizando como sus nuevos «voluntarios» a individuos a quienes la policía había arrestado por las calles de los pueblos, o que consideraba simplemente sospechosa. Asimismo, un violador y un asesino que habían vuelto a ser capturados y encerrados después del motín de la prisión, y que ni siquiera sabían rezar una sola oración entre ambos, trabajaron durante un tiempo como limpiadores de cadáveres antes de morir también por la peste.

Los historiadores y los políticos han señalado, acertadamente, la tragedia de los limpiadores «voluntarios» como una demostración del extremismo y la absurdidad que caracterizaron los días en que el jeque Hamdullah y el tekke de los Halifiye estuvieron en el poder. Durante su breve mandato como primer ministro, Nimetullah Efendi, el del sombrero cónico de fieltro, también «designó» a la fuerza como limpiadores voluntarios a miembros de otros tekkes enemigos de los Halifiye que el jeque consideraba «impíos». Para algunos historiadores, la muerte de esa pobre gente, que contrajo la peste y murió como tantos otros limpiadores de cadáveres antes que ellos, no debería considerarse un accidente desafortunado fruto de la ignorancia o el azar, sino

como una matanza sistemática movida por un sentimiento de auténtica maldad.

Pero, desde nuestro punto de vista, la verdadera matanza fue la que perpetraron de manera inconsciente esos limpiadores de cadáveres «voluntarios» al propagar la peste por la ciudad y por toda la isla. Cuando regresaban a los dormitorios de los tekkes después de pasarse todo el día lavando los cuerpos de las víctimas de la peste, transmitían la enfermedad a otros discípulos. Durante un tiempo, la cifra de muertos creció de manera exponencial en los barrios en los que había mayor concentración de hermandades religiosas, o en aquellos tekkes que habían sido convertidos parcialmente en hospitales, pero nadie se atrevía a expresar abiertamente las causas evidentes de un crecimiento como ese.

En realidad, muchos de aquellos discípulos, incluso los que no creían en microbios ni en cuarentenas, eran conscientes en algún rincón recóndito de su mente de la trágica situación a la que se enfrentaban, pero, por algún misterioso motivo, seguían lavando a los muertos ajustándose estrictamente a los preceptos religiosos. Nuran Şimşek, historiador de la sanidad pública de Minguer, ha recurrido a los datos para demostrar que algunos limpiadores, especialmente los de los Rifai, debieron de introducir la enfermedad en su tekke y reinfectar a los pacientes que se estaban recuperando en el improvisado «hospital» instalado en su patio. Es muy probable que el jeque Hamdullah también se infectara del microbio que lo mató a través de algunos de aquellos fanáticos y devotos limpiadores, ya que a solo unos pasos de la austera casa de una sola habitación en el recinto de los Halifiye donde vivía (y que no parecía en absoluto la residencia de un jefe de Estado) había una pequeña construcción de piedra a la que tres de aquellos limpiadores de cadáveres —dos de ellos jovencitos, y el otro un viejo rechoncho— regresaban a dormir por las noches.

Al final de los veinticuatro días de gobierno del jeque Hamdullah y Nimetullah Efendi, era tal el estado de «anarquía de la peste» que se había apoderado de los patios de los tekkes,

los solares vacíos, las parcelas quemadas y las calles de la ciudad, que en la actualidad nos resulta imposible determinar exactamente quiénes y por dónde propagaron la enfermedad. No obstante, sabemos que, en aquellos últimos días, el crecimiento imparable de la mortalidad y la atmósfera general de desolación apocalíptica empujaron a muchos de los discípulos más jóvenes a abandonar sus tekkes y escapar de Arkaz para refugiarse en los bosques y montañas, donde sobrevivieron a base de higos y nueces.

Después de que el doctor Nuri ocupara el cargo de primer ministro, la prohibición de lavar a los muertos y la orden de desinfectar con abundante lisol los cementerios y las rutas por donde pasaban los carros mortuorios, resultaron determinantes para frenar el ritmo de la epidemia. En nuestra opinión, también fue muy importante la decisión de volver a desinfectar los cadáveres con cal antes de enterrarlos.

Aunque el gobierno no lo hubiera anunciado oficialmente, los ciudadanos de Arkaz podían percibir que la epidemia estaba remitiendo. Por toda la ciudad empezaba a respirarse cierto clima de optimismo; aun así, las prohibiciones seguían sin quebrantarse y apenas había movimiento por las calles. El 24 de septiembre, la cifra de muertos diaria descendió hasta los veinte. Nadie se mostró más eufórico ante ese dato que el propio doctor Nuri. El primer ministro convocó a su despacho al cónsul británico George.

Al igual que el resto de los cónsules, monsieur George había desaparecido del mapa durante el último periodo de gobierno porque temía posibles represalias por parte de los tekkes y tenía miedo de que lo acusaran de ser espía. Pero el doctor Nuri sabía que George Bey había formado parte del comité que decidió el futuro político de la isla ante la defunción del jeque Hamdullah y la dimisión de Nimetullah Efendi al frente del gobierno.

Como buen diplomático, lo primero que hizo el cónsul británico fue felicitar al doctor Nuri por su nombramiento

como primer ministro. Pero, como solía ocurrir cuando se enfrentaba a este tipo de situaciones después de la constitución del nuevo estado, en su gestualidad podía detectarse un cierto aire que él consideraría «irónico», y que nosotros describiríamos como «burlón». Por lo demás, su actitud dejaba claro que el cónsul se tomaba el nuevo gobierno completamente en serio.

El ministro de Inteligencia Mazhar Efendi también acudió al encuentro. Poco después, la reina entró en el despacho y tomó asiento en la penumbra de la sala. Por un momento, sintieron como si el espíritu del difunto Sami Pachá vagara por la estancia, y todos experimentaron un extraño sentimiento de culpa. Parecieron a punto de dedicarle unas palabras, pero nadie dijo nada. Se habían retirado de las paredes los mapas otomanos y la *tughra* de Abdülhamit, y en su lugar habían colocado una bandera de Minguer y el retrato del comandante Kâmil. Algunos paisajes de Estambul y de Minguer que Sami Pachá había colgado en su despacho, varias placas con edictos de la época otomana y una fotografía que mostraba la plaza de Üsküdar seguían en su sitio, dentro de sus marcos originales.

—¡La epidemia está remitiendo! —empezó el doctor Nuri, dirigiéndose al cónsul británico George Cunningham en un tono mesurado—. El estado de Minguer espera que ahora el gobierno de Su Majestad ponga fin al bloqueo naval y envíe ayuda en forma de doctores y suministros médicos.

—El bloqueo es precisamente lo que ha posibilitado la independencia de esta isla —dijo el cónsul—. Si se retiran los acorazados europeos, Abdülhamit no vacilará ni un momento en venir a castigar a los rebeldes presuntuosos que asesinaron a su nuevo gobernador y que osaron hablar de «revolución». El sultán será el primero en enviar al Mahmudiye o al Orhaniye para bombardear Arkaz con la artillería de balas de cañón Krupp con la que acaba de equipar a sus buques de guerra en Marsella.

—Y luego hará desembarcar a sus soldados en la cala de Kalar y volverá a ocupar la isla —intervino el ministro de Inteligencia, sumándose a la conversación—. ¿Cree usted que el gobierno de Su Majestad se quedará cruzado de brazos mientras Abdülhamit, el Sultán Rojo, masacra a los minguerenses?

—Según la ley internacional, la isla de Minguer aún pertenece al Imperio otomano.

—Y aun así, sus barcos de guerra siguen rodeando la isla y hunden cualquier embarcación que intente salir de ella. ¿Eso también se adecúa a la ley internacional? —En ese momento todos los presentes en la sala recordaron que debajo de su aspecto afable, benévolo y algo reservado, y sin necesidad de alzar la voz, el ministro de Inteligencia era un duro negociador.

—En efecto, se adecúa a la ley internacional, porque este bloqueo se estableció a instancias del gobierno otomano —respondió el cónsul inglés.

—Entonces, lo que debería hacer el gobierno de Su Majestad es reconocer oficialmente el estado independiente de Minguer. Que el gabinete británico encabezado por su primer ministro Gascoyne Cecil fuera el primero en hacerlo sería un gran honor para el pueblo minguerense. Si el Reino Unido reconoce el estado de Minguer, Abdülhamit nunca se atreverá a bombardear Arkaz. Pero si finalmente Estambul decide emprender una acción de este tipo, sepa que usted y los demás cónsules también sufrirán el ataque. De hecho, probablemente los cónsules serán los primeros en morir, como ya sucedió en Tesalónica.

—¡Nuestras vidas y nuestros intereses son irrelevantes! —replicó monsieur George—. Estoy dispuesto a hacer todo cuanto esté en mi mano por esta isla. Pero, al igual que todos los demás minguerenses, estoy desconectado del resto del mundo.

—Usted sabe mejor qué tipo de condiciones estaría dispuesto a aceptar el gobierno de Su Majestad, y qué debería hacer el estado de Minguer para asegurarse la protección del Reino Unido frente al Imperio otomano. Si desea pensárselo un poco, quizá podría volver dentro de un par de días y darnos una respuesta por escrito.

«¡Sabemos que se ha comunicado en secreto con su gobierno!», era el mensaje tácito que subyacía al tono empleado por el ministro de Inteligencia. Pero su insinuación no era cierta.

Los reunidos en el despacho dieron por sentado que el cónsul británico pediría algún tiempo para dar su respuesta por escrito. Pero el cónsul los sorprendió compartiendo su opinión de inmediato.

—Todos los gobiernos de Su Majestad de los últimos veinticinco años, fuera cual fuera el partido que estuviera en el poder, han observado con gran inquietud el proyecto de Abdülhamit de unir a todos los musulmanes del mundo en una alianza política y así poder desafiar la hegemonía británica. Pero, a estas alturas, diría que la mayoría de los diplomáticos de mi país han llegado a la conclusión de que la política panislamista de Abdülhamit está condenada al fracaso. Lo que están viendo es que, en vez de unir fuerzas, los musulmanes se están separando cada vez más: árabes, albaneses, kurdos, circasianos, turcos, minguerenses… La presunta unión musulmana les parece un sueño cada vez más inasequible, como si fuera un espejismo conjurado por el sultán. Por desgracia, el actual gobierno británico sigue la estela antiislamista de políticos como el difunto primer ministro liberal Gladstone. —Después de estas palabras, el cónsul George hizo una breve pausa y se dirigió a la reina—. Todo el mundo conoce el despótico comportamiento que Abdülhamit ha mostrado hacia sus hermanas, su padre y toda su familia. Su tío ha infligido el mismo trato despótico a sus opositores, los Jóvenes Turcos, los búlgaros, los serbios, los rums, los armenios y los minguerenses. Si Su Majestad la reina,

miembro de la familia real otomana, denuncia públicamente la tiranía de Abdülhamit y su política islamista, estoy seguro de que eso animaría no solo al gobierno británico, sino también a Francia y Alemania, a ofrecer su protección la isla y sus nobles gentes contra las represalias del sultán.

—Coincido con el cónsul —dijo el ministro de Inteligencia —. Pero, debido al bloqueo, nos será difícil encontrar a un periodista que pueda hacer llegar las declaraciones de la reina a Europa. Porque no podemos correr el riesgo de que sus palabras acaben en los periódicos griegos de Creta y Atenas, que probablemente las malinterpreten y tergiversen.

—Hay muchos periódicos en Londres y en París que estarían encantados de publicar todo tipo de detalles sobre la vida en cautividad de la hija de un sultán otomano con sus hermanas y su padre —dijo el cónsul George—. De hecho, la coronación de la reina ha sido noticia en los periódicos de todo el mundo.

—Pero no se hicieron eco de su matrimonio con el jeque.

—Eso fue porque la prensa internacional vio claro que se trataba de un matrimonio falso, una farsa —dijo el cónsul—. Pero estoy convencido de que Su Majestad la reina querrá expresar con absoluta sinceridad todo lo que opina sobre el comportamiento cruel y despótico de su tío Abdülhamit. Esas palabras reflejarán sus sentimientos de reprobación hacia los líderes autócratas y tiránicos, unos sentimientos cuyo precio la reina ha pagado a lo largo de toda su vida. Habrá miembros del gobierno de Robert Gascoyne Cecil que comprenderán esos sentimientos, lo cual despertará en ellos el deseo de proteger esta magnífica isla frente a las represalias de Abdülhamit.

Algunas revistas y periódicos de Estambul del periodo republicano como *Orhun* o *Tanrıda ğ ,* el tipo de publicaciones que cuarenta y dos años más tarde celebrarían con gran entusiasmo las conquistas de Hitler en los Balcanes, dedicaron algunas de sus páginas a aseverar que esta propuesta

bienintencionada del cónsul George formaba parte en realidad de una gran y maquiavélica conspiración en contra de los turcos. (Aseveraban que el Imperio otomano perdió sus territorios árabes por culpa de un espía, Lawrence de Arabia, y la pequeña isla de Minguer por culpa de las maquinaciones de otro espía, el cónsul George Bey). Pero aquella mañana del 24 de septiembre de 1901, todos los que participaron en esa histórica reunión en el despacho del primer ministro coincidieron en que permitir que una nación europea estableciera un mandato o protectorado sobre la isla ofrecería protección y seguridad contra los ataques de Abdülhamit u otras potencias extranjeras; y, con esa idea en mente, todos miraron de reojo hacia la reina para ver lo que tenía que decir al respecto.

—¡Seré yo quien decida cómo expresar mis sentimientos contra mi tío! —dijo Pakize Sultan, con esa determinación que tanto enamoraba y enorgullecía a su marido—. Pero primero debo reflexionar a fondo sobre este asunto y determinar qué sería lo mejor para el bienestar y prosperidad del pueblo minguerense.

77

Esas palabras parecieron convencer a los hombres reunidos en el despacho del primer ministro de que la reina Pakize acabaría pronunciándose en contra de Abdülhamit. Esa era la única esperanza que los miembros del nuevo gobierno tenían para asegurar el futuro político de la isla, por lo que podemos afirmar que su convicción a este respecto sirvió para reforzar incluso más la sensación de optimismo que lentamente empezaba a asentarse sobre toda la isla. Sin embargo, Pakize Sultan nunca llegaría a hablar públicamente en contra de Abdülhamit y sus políticas, ni para la prensa «extranjera» ni para los periódicos minguerenses o turcos.

—Lo único que tiene que hacer es contarle a algún periodista europeo todo lo que me ha contado a mí —le comentó en una ocasión el doctor Nuri.

—Lo que me pregunto es si hacer declaraciones de ese tipo sería digno de alguien como yo —respondió la reina. Abrió mucho los ojos, y en su rostro asomó una expresión de absoluta inocencia—. Las cosas que he hablado con mis hermanas y mi padre son mis recuerdos más íntimos y preciados. ¿Debo contárselos a todo el mundo solo porque mi tío fue tan cruel con nosotros? Ojalá pudiera saber lo que opinaría mi padre sobre todo esto.

—Ahora es usted una reina. Esto se ha convertido en un asunto político internacional.

—No me convertí en reina porque yo lo quisiera, sino para ayudar a mantener las medidas de cuarentena, acabar con la epidemia y salvar las vidas de la gente.

Entonces Pakize Sultan se echó a llorar, y mientras la abrazaba y acariciaba sus cabellos castaños, su marido le recordó que, dado que no atracaba ningún barco en la isla,

tampoco había ningún periodista a quien hacerle declaraciones.

Quienes lean las cartas que Pakize Sultan le escribió a su hermana Hatice a finales de aquel mes de septiembre descubrirán que la reina era incapaz de decidir qué podría decir sobre Abdülhamit, y se quedarán tan sorprendidos como ella al darse cuenta de que, en el fondo, los días que había vivido en el palacio de Çırağan junto a su padre y sus hermanas habían sido los más felices de su vida. Incluso después de haberse convertido en reina de Minguer, Pakize Sultan, que cuando estalló la epidemia tenía veintiún años, seguía echando mucho de menos su antigua vida en el palacio, esos días que pasaba tocando el piano con su padre, leyendo novelas, riendo y bromeando con las ancianas del harén y correteando de una estancia a otra. A veces sollozaba en silencio sin que la viera su marido.

A medida que se intensificaban esos sentimientos de añoranza y melancolía, había momentos en que la reina no tenía ganas de salir de sus aposentos, ni siquiera de levantarse de la cama. Mientras que, conforme la peste remitía, la gente empezaba a salir a las calles, y en el puerto había cada vez más movimiento de pesqueros y otras pequeñas embarcaciones (como los barcos de los soldados o el bote que iba y venía de la Torre de la Doncella, que podían atisbarse desde la ventana de las dependencias de invitados), un ajetreo que despertaba a la ciudad de su largo letargo, junto con la primera tormenta del otoño y los vientos cálidos con olor a algas procedentes del sudoeste.

En un día oscuro, nublado y lluvioso de principios de octubre, fecha en que la cifra de muertos bajó a solo once, la reina Pakize participó en una reunión especial en el cuarto de epidemiología en la que se discutió la posibilidad de relajar la prohibición de salir a la calle (el ministro de Inteligencia quería que se eliminara del todo), y contribuyó de manera sustancial a la toma de decisiones. Después de ser informada sobre casos de gente que enfermaban o incluso morían por

desnutrición, se decidió volver a abrir los mercadillos de campesinos en algunos puntos centrales de la ciudad, y permitir a la población salir a la calle durante algunas horas. Aunque la decisión retrasaría el descenso de la cifra de muertos, eso no menoscabaría el optimismo que experimentaban ahora los administradores de la isla. Los representantes de las agencias de viajes sostenían que las actividades del puerto deberían volver cuanto antes a la normalidad y empezaban a solicitar permiso para reabrir sus oficinas, anticipando que pronto se reanudaría el tráfico marítimo de la isla. Y dado que la mayoría de las compañías de viajes eran propiedad de los cónsules, el primer ministro quiso pensar que no estaba lejos el día en que los buques de las potencias internacionales se retirarían y se levantaría finalmente el bloqueo naval.

—¡Si el Reino Unido y Francia retiran ahora sus acorazados, el Mahmudiye bombardeará Arkaz antes de que se reanuden los viajes programados habituales! —advirtió el ministro de Inteligencia.

En ese momento, todo el mundo volvió a comprender que, si querían garantizar la supervivencia de la «independencia» de Minguer, las dos únicas opciones eran o bien que el bloqueo se mantuviera, o bien conseguir que la isla se convirtiera en protectorado de una de las grandes potencias.

Durante esas reuniones, Pakize Sultan trataba de pensar en qué haría su padre si estuviera en su posición. A veces se imaginaba que ella misma era su padre, algo que —tal como le escribiría a su hermana— la ayudaba a reflexionar con más discernimiento, minuciosidad y calma sobre los asuntos de Estado. Cuando se sentaba ante el escritorio, se frotaba la frente como solía hacer su padre, o fruncía el ceño, o apoyaba la cabeza en el respaldo de la silla y se quedaba contemplando el techo, abstraída en sus pensamientos. Con esa especie de ritual, Pakize Sultan tenía la sensación de que era su padre y al mismo tiempo seguía siendo ella, un proceso mental que le describió con gran seriedad a su hermana en una de sus cartas.

Marido y mujer continuaban cumpliendo diligentemente con sus visitas diarias en el landó blindado a algún barrio de la ciudad. Con la epidemia en claro retroceso, aquellas salidas se convirtieron en una especie de comedida celebración. Los ciudadanos no solo agradecían el pan, las nueces, las ciruelas secas y demás obsequios que su reina les llevaba, sino que además estaban convencidos de que aquellas visitas ayudaban a expulsar la peste de las calles.

En lugares como Turunçlar o Bayırlar, donde el difunto comandante Kâmil había sido muy querido, o barrios rums como Dantela o Petalis, cuando el landó blindado entraba en la plaza empezaban a ondear algunas banderas de Minguer, y las mujeres salían a las ventanas para ver más de cerca a la reina y levantaban en brazos a sus hijos para que ella también pudiera verlos. Según se decía, si la reina tocaba a un niño, o incluso si le sonreía o saludaba desde lejos, el pequeño sería bendecido por la buena fortuna. Pero también había otros rumores de todo tipo, como que el color granate del pañuelo con que se cubría la cabeza auguraba que la epidemia pronto llegaría a su fin y el año siguiente sería próspero; o que sus ojos siempre estaban anegados en lágrimas aunque vista de lejos pareciera estar sonriendo; o se preguntaban por qué su marido no era particularmente guapo (era cosa de Abdülhamit, siempre tan perverso).

Al final se levantó la prohibición de salir a la calle y se implantó un toque de queda marcado por la última llamada a la oración del día. Al contrario de lo que sostienen algunos, el hecho de que el toque de queda se marcara con la llamada a la oración y no con una hora específica no fue una decisión política basada en consideraciones religiosas: muchos hombres musulmanes no llevaban reloj de bolsillo, y la mayoría de los ciudadanos habían perdido la noción del tiempo después de que el damat doctor hubiera vuelto a cerrar las mezquitas (con sus llamadas a la oración) y las iglesias (con sus campanadas). Así pues, el sonido de la primera llamada a la oración que se escuchó en Arkaz después de treinta y cinco días no fue una

invitación a que los creyentes acudieran a la mezquita, sino una forma de anunciar a la gente de que a partir de ese momento debían permanecer en casa. Esa primera llamada a la oración resonó por las montañas y acantilados que rodeaban la ciudad, recordando a todo el mundo el profundo silencio en que se habían sumido durante semanas el puerto y las calles de Arkaz. Dos días más tarde, el viernes 4 de octubre, también se levantó la prohibición de acudir a las mezquitas, iglesias y demás lugares de culto.

El retorno gradual de todos esos sonidos que nadie había olvidado, pero que muchos pensaban que nunca más volverían a escuchar, contribuyó a aumentar la sensación generalizada de que, poco a poco, la vida de antes comenzaba de nuevo. Al principio, mucha gente apenas podía creer que aquello sucediera de verdad. La mayor fuente de alegría procedía del traqueteo de las ruedas, el sonido de las campanillas y el repiqueteo de los cascos de los caballos de los carruajes. Los cocheros que habían muerto durante la epidemia fueron sustituidos por nuevos conductores que trataban a sus caballos con el mismo cariño con que lo habían hecho sus predecesores, alentándolos a subir por las empinadas cuestas con palabras dulces y amistosas, y fustigándolos suavemente con sus látigos de vez en cuando. En una de sus cartas, Pakize Sultan expresó el júbilo que suponía el volver a escuchar los ruiditos («sooo, chisss, tik tik, brrrsss…») que hacían los cocheros frunciendo los labios y chasqueando la lengua.

Los chillidos y graznidos de las gaviotas, cuervos, palomas y demás aves nunca habían desaparecido, pero ahora se les sumaban los gritos de los primeros vendedores ambulantes que regresaban a las calles, la algarabía de los niños jugando fuera, y las voces de la gente que salía de sus casas para reparar una puerta o una chimenea, o para apuntalar algún muro. Pakize Sultan escuchaba los sonidos que hacían las mujeres que, preparándose para el invierno, desempolvaban las alfombras y esterillas que habían sacado por las ventanas o colgado en los

patios. Y, ya fueran rums o musulmanas, habían vuelto a cantar mientras tendían la colada.

Mientras recorrían las calles de la ciudad a bordo del landó, marido y mujer comprendieron, por los martillazos de los artesanos de cobre y los chirridos de los afiladores de cuchillos, que el mercado también estaba volviendo a la vida. Aún seguían cerradas muchas tiendas, pero algunos tenderos habían vuelto a abrir sus puestos para vender huevos, quesos, manzanas y demás productos, anunciado sus mercancías a pleno pulmón como estaban acostumbrados a hacer, como si las callejuelas del mercado Viejo estuvieran atestadas de gente. Pero lo cierto era que, aunque la cifra de fallecimientos había bajado a cinco o seis muertos diarios, la mayoría de las calles aún se veían desiertas. Después de haber presenciado tanta muerte y sufrimiento, la gente seguía sin tenerlas todas consigo.

Tres días más tarde (la cifra diaria de muertos seguía en torno a los cinco), en una tarde lluviosa con nubes negras en el cielo y relámpagos en el horizonte, el ministro de Inteligencia Mazhar Efendi llamó a la puerta del despacho del primer ministro y, tras una exagerada serie de reverencias y muestras de respeto, le recordó al doctor Nuri la declaración que se esperaba que Pakize Sultan hiciera con respecto al tiránico Abdülhamit. Explicó que, una vez que hubieran puesto fin a la epidemia, los buques de las grandes potencias se retirarían, después de dar por cumplida su misión de mantener la peste alejada de Europa. Y en cuanto eso ocurriera, los acorazados y las tropas de Abdülhamit harían acto de aparición. Aparte de las islas del Dodecaneso (entre ellas Kos, Simi o Megisti), Grecia y el Imperio otomano solían alternarse en el control de varias islas del Mediterráneo. Y mientras se producían esas alternancias de poder y cambiaban las banderas izadas sobre los castillos, los acorazados bombardeaban las ciudades y los pueblos, moría mucha gente y la población se veía sometida a un sufrimiento innecesario. Había llegado el momento de tomar una decisión.

—¡La reina está sopesando todas las posibilidades! —dijo el doctor Nuri, parándole el carro a Mazhar Efendi.

Pero antes de que amainara la lluvia, se dirigió a sus dependencias en el mismo piso y le transmitió a su mujer, que estaba escribiendo una carta, las insistentes palabras del ministro de Inteligencia.

—¡Ese hombre nos está tendiendo una trampa! —dijo Pakize Sultan en un arranque de intuición.

El doctor Nuri también había observado cómo el ministro de Inteligencia trataba de atraer a su esfera de influencia a todos los empleados gubernamentales que habían regresado a sus puestos. Los funcionarios, los soldados árabes y los miembros de la nueva División de Cuarentena apreciaban a aquel burócrata humilde y diligente, que a esas alturas ya no parecía tener el menor reparo en expresar abiertamente su disconformidad con el doctor Nuri y la reina. Por ejemplo, Mazhar Efendi quería que se reanudara el tráfico marítimo, pero se oponía a que se restableciera el servicio telegráfico, alegando que eso permitiría a Abdülhamit interferir en los asuntos internos de la isla. En su intento por permitir que se reabriera el puerto, el ministro de Inteligencia había ordenado que se relajaran algunas medidas de aislamiento y cuarentena sin siquiera consultarlo con el primer ministro. Cuando Pakize Sultan y el doctor Nuri se lo recriminaron, el hombre se refugió detrás de un exagerado despliegue de humildad y deferencia. Pero, para entonces, ninguno de los dos creía ya en su supuesta «sinceridad».

Sin embargo, también había algunas cuestiones en las que la reina y Mazhar Efendi estaban de acuerdo. Ambos sentían un sincero afecto y respeto por la memoria del fundador del Estado, el comandante Kâmil, y su mujer Zeynep. Los sentimientos del ministro de Inteligencia, sin embargo, quizá obedecían a cálculos políticos, ya que los minguerenses estaban profundamente agradecidos al comandante Kâmil por haber liberado la isla de los otomanos. Por su parte, la reina

sentía que había algo tremendamente romántico en la historia de amor de la pareja: un joven oficial otomano que se enamora de una chica tozuda y combativa que acaba de rechazar la posibilidad de convertirse en la segunda esposa de alguien, se casa con ella y, poco después, emprende una revolución. A lo largo de los más de cien años transcurridos desde aquellos hechos, la legendaria historia de amor entre Kâmil y Zeynep y todas las ficciones inventadas en torno a ella han sido instrumentalizadas por los políticos como el «cemento» que ha servido para mantener unida a la nación minguerense. Aquellos que han expresado sus reservas sobre la veracidad o el sentimentalismo excesivo de esos mitos, o que simplemente han bromeado sobre sus exageraciones, han acabado a menudo en la cárcel.

—Sin la inspiración, la determinación y el valor del comandante Kâmil, el pueblo minguerense aún sería esclavo de otras naciones —solía decir el ministro de Inteligencia—. Y quién sabe, quizá la nación entera habría olvidado lentamente su lengua y perdido su identidad hasta desaparecer por completo del mapa.

Así pues, se decidió destinar fondos del presupuesto estatal a fundar dos nuevas escuelas de primaria y de secundaria en Arkaz, donde se daría especial importancia a la enseñanza en minguerense. Los niños de esas escuelas aprenderían el minguerense a través de un texto que reescribiría de forma simplificada la historia y las leyendas de la isla —desde Homero hasta el amor entre el comandante Kâmil y Zeynep—, y que formaría la base de un libro llamado *Anaharf* (La Letra Madre). Además, en los libros de texto también se explicarían las infancias del comandante y de su mujer Zeynep, presentándolas como si fueran un cuento de hadas. El centro de primaria para niños sería bautizado como Escuela Kâmil, y el de las niñas, como Escuela Zeynep. Pero la reina subrayó que las escuelas de secundaria deberían ser mixtas, que lo mejor sería que niños y niñas compartieran las mismas aulas. Si tenemos en cuenta el momento histórico en que se propuso,

se trataba de una idea un tanto ingenua, difícilmente aplicable y demasiado «avanzada» para su tiempo, pero al menos sí acordaron que esas escuelas recibieran el nombre de Kâmil-Zeynep. Por insistencia de la reina, la escuela rum del barrio de Eyoklima, con sus paredes rosas y postigos amarillos, también sería rebautizada con ese nombre. La mayoría de las familias rums que vivían en ese frondoso y sombreado vecindario habían huido de la isla, y en sus residencias vivían ahora fugitivos de la prisión y del área de aislamiento, entre otros ocupantes.

Asimismo, se decidió hacer un collage de una imagen del comandante y Zeynep juntos, que se utilizaría para estampar la nueva serie de billetes y sellos minguerenses que se encargarían a una imprenta de París. Antes de eso, se imprimieron mil quinientas copias del retrato del comandante en las rotativas del *Havadis-i Arkata* y se distribuyeron mediante carros y hombres a caballo a todas las oficinas estatales de la isla.

La reina no quería ninguna confrontación con el sector musulmán más conservador de la isla. Pero había ciertas ofensas que no pensaba consentir.

—¿Cómo es posible que una mujer que vive en una nación libre e independiente reciba una parte menor de la herencia que los hombres? —le dijo un día a su marido—. En los tribunales se sigue aplicando una legislación islámica según la cual el testimonio de una mujer vale la mitad que el de un hombre. Eso es pura discriminación contra las mujeres.

El primer ministro doctor Nuri se mostró de acuerdo con las observaciones de la reina, y cuando se las comentó al ministro de Inteligencia, este no puso la menor objeción. Mazhar Efendi tampoco recurrió a ninguno de los argumentos que solían utilizar los hocas y los derviches de más edad, del tipo «¡Las mujeres no saben nada sobre la ley de comercio!». Dos días más tarde, el 9 de septiembre (día en que solo se registraron tres muertes), el periódico *Havadis-i Arkata* , que

ya ejercía como boletín oficial del Estado, publicó un comunicado con arreglo al cual se reconocían los nuevos derechos de las mujeres, redactados en un lenguaje jurídico bastante árido. En el diario no se hacía mención alguna al hecho de que esas «reformas» habían sido impulsadas por la reina. Fue así como por primera vez en la historia de la isla se introdujo el concepto de «laicismo», cuya legitimidad seguiría siendo objeto de debate entre los musulmanes de Minguer durante décadas

El 16 de octubre no hubo ninguna muerte por la peste en toda la isla. Mazhar Efendi, que a esas alturas acaparaba el poder real en la isla, estaba bastante nervioso, ya que eso significaba que pronto se levantaría el bloqueo naval. Allá donde fueran, en todos los barrios que visitaban a bordo del landó blindado, la reina y el primer ministro eran recibidos con un entusiasmo que rozaba el fervor. Las calles habían recuperado su gentío habitual, las tiendas volvían a estar abiertas, y los que habían escapado a los pueblos y las montañas empezaban a regresar a la capital. Las golondrinas y los estorninos —que, según escribió Pakize Sultan, también habían intuido el final de la epidemia— revoloteaban frenéticamente entre gorjeos de exultante alegría. Empezaron a estallar peleas entre los que volvían a sus casas y los que las habían ocupado en su ausencia, o entre los furiosos comerciantes cuyas tiendas habían sido saqueadas y los campesinos que se habían instalado en la ciudad durante la epidemia, y no había suficientes policías ni soldados de cuarentena para tratar siquiera de intervenir. Pero ninguno de esos problemas lograba empañar el sentimiento de felicidad que hacía aflorar la sonrisa en los rostros de la gente, que animaba a los niños a brincar por las calles y que incluso despertaba el júbilo en los ancianos que ya se veían con un pie en la tumba: habían vencido a la peste y pronto podrían retomar sus vidas de antes.

78

Para que la vida pudiera recuperar la normalidad anterior a la epidemia, era necesario, por supuesto, que se reanudara el tráfico marítimo en la isla, algo que sería imposible si no se restablecía antes el servicio de telegrafía de la oficina de correos. El 19 de octubre, el doctor Nuri estaba presidiendo una concurrida reunión para abordar este tema cuando se escuchó por todo Arkaz el sonido profundo, estridente y resonante de la sirena de un barco que se acercaba al puerto.

Algunos cónsules y ministros que estaban sentados en la gran mesa donde se realizaban las reuniones de cuarentena se incorporaron de inmediato. Dos de ellos corrieron a la ventana. Otros permanecieron sentados, tratando de divisar el barco por la ventana, cuando la sirena volvió a sonar un par de veces, de forma más prolongada.

Todos los reunidos en la gran sala contigua al despacho del difunto gobernador Sami Pachá se vieron invadidos por un nerviosismo expectante. ¿Qué barco sería ese? ¿Cómo había conseguido sortear el bloqueo? Algunos cónsules en apariencia tranquilos empezaron a charlar animadamente tratando de adivinar el nombre y la compañía del barco por el sonido de su sirena, mientras que otros hablaban con temor e inquietud sobre la llegada de enemigos invasores y la posibilidad de una matanza inminente. En esa época no sería descabellado que algunos estados imperialistas enviaran barcos con aspecto de cargueros inofensivos, pero que en realidad transportaban a despiadados asesinos armados para masacrar a la población rebelde de alguna colonia remota. Pero seguramente un barco que había anunciado su llegada con el agradable y melodioso sonido de su sirena no tendría intenciones hostiles.

Cuando la sirena retumbó entre los acantilados de Arkaz, Pakize Sultan se encontraba en la planta baja de la sede ministerial (antigua sede de la gobernación), a punto de presenciar una pelea entre los dos viejos lunáticos más famosos de la ciudad: el rum Dimitrios y Servet el Encadenado. Después de que la epidemia llegara a su fin tres días atrás, la gente había empezado a acudir al edificio gubernamental para ver a la reina, hacerle obsequios o peticiones, o tan solo para besarle la mano (algunos creían que solo la intervención de aquella joven de veintiún años había logrado expulsar definitivamente al diablo de la peste). En vez de ordenar a los guardias municipales que echaran a la gente, la reina había hecho acondicionar una polvorienta sala de archivos que daba al patio interior, amueblándola con sillas, butacas y un escritorio de nogal, a fin de transformarla en una cámara donde recibir a los ciudadanos y escuchar lo que tuvieran que decir, ya fueran alabanzas, quejas o propuestas.

La reina Pakize dedicaba dos horas del día a recibir a todo tipo de visitantes en aquella estancia en cuyas paredes colgaban un mapa de Minguer y el montaje fotográfico del comandante Kâmil y Zeynep. Escuchaba las penurias de la gente que buscaba a familiares desaparecidos durante la epidemia, que aún había no había podido echar a aquellos que habían ocupado sus casas, que exigía saber qué había sido de sus parientes encerrados en el área de aislamiento, o que pedía ayuda, dinero o trabajo. Süleyman Efendi el Gruñón quería poner fin a un interminable litigio sobre terrenos y pozos. Algunos querían enseñarle las lesiones, heridas y otras dolencias que no habían podido tratarles los médicos durante la epidemia, mientras que otros pedían permisos, barcas e incluso pasajes de barco para marcharse de la isla lo antes posible. Muchos querían volver a enviar sus telegramas cuanto antes, o que se les eximiera de pagar con recargos algún impuesto retrasado. Hubo incluso una anciana cascarrabias del barrio de Turunçlar que le pidió que la ayudara a encontrar un

buen marido para su hija. Todos parecían haber decidido que la reina era una persona sincera, altruista y de buen corazón.

Parte de la gente que hacía cola para conocer a la reina eran lo que podríamos describir como admiradores «puros y genuinos». Estos no querían pedirle nada en concreto, solo querían ver en persona a Pakize Sultan, presentar sus respetos a la reina o darle las gracias obsequiándola con nueces e higos que habían recolectado de sus jardines. La mayor de dos hermanas que habían acudido con su madre se puso como la grana al ver a la reina y fue incapaz de decir una palabra. Los dos viejos locos antes mencionados también entraban en la categoría de admiradores. Tras haberse pasado todo el verano encerrados en sus casas y subsistir gracias a la ayuda de sus hijos y nietos, finalmente habían salido de forma cautelosa al exterior, y cuando se toparon el uno con otro, en vez de empezar a pelearse como era habitual se pusieron a charlar amistosamente y acabaron riendo juntos, contentos de haber sobrevivido.

Al igual que otros muchos, aquellos dos viejos lunáticos habían ido a la antigua sede de la gobernación porque querían entregarle a Su Majestad (que tendría la edad de sus nietas) unas cestas de mimbre llenas de nueces e higos que habían recogido de sus jardines y recitarle unos poemas que habían compuesto en turco, rum y minguerense. Pero mientras hacían cola habían empezado a darse codazos y a insultarse por lo bajo en esas tres lenguas. Según algunos, esta discusión la instigaron los que tenían alrededor; según otros, la iniciaron ellos mismos porque pensaban que si se empujaban e insultaban se ganarían la simpatía de la gente, y porque en el fondo era lo único que sabían hacer.

Justo cuando los dos viejos lunáticos empezaban a intercambiarse insultos y obscenidades a viva voz —algo que sin duda incomodaría bastante a la soberana—, sonó por primera vez la sirena del barco de vapor. En palabras de la reina, los dos ancianos sonrieron «como si fueran dos críos» y levantaron la cabeza hacia el cielo azul como si les hubiera

llegado un sonido mágico. Cuando volvió a sonar por segunda y tercera vez, la reina se levantó de su asiento sin dar explicaciones a nadie, subió por la amplia escalinata alfombrada hasta su habitación seguida por los escoltas, escribanos y sirvientes que portaban las cestas de regalos, e intentó divisar el barco por la ventana.

Se trataba de una pequeña embarcación de carga y pasajeros, el Enas, con bandera cretense y de un color rojo oxidado. Muy rara vez iba por Minguer, ya que por lo general hacía la ruta Creta-Tesalónica-Esmirna. En cuanto vislumbró el barco, que a pesar de su puente de mando pequeño y achaparrado y su chimenea corta y redondeada ofrecía un aspecto decidido e imponente, Pakize Sultan volvió a sentir la profunda tristeza que solía experimentar cuando contemplaba por las ventanas del palacio de Çırağan las embarcaciones de vapor y los ferris de pasajeros que bajaban por el Bósforo dirigiéndose desde el mar Negro hacia el Mediterráneo: la vida no debería consistir en permanecer confinada en aquellas estancias palaciegas, sino en poder viajar a bordo de uno de aquellos barcos que la llevarían a otros mundos.

Pero cuando contemplaba los barcos desde las ventanas del palacio su padre había estado cerca de ella, o al menos había estado rodeada de sus pertenencias, impregnadas de su olor. La nostalgia de Estambul y de su padre se convirtió en dolor, y para intentar distraerse y tranquilizarse se sentó al escritorio y empezó a redactar una nueva carta para su hermana, en la que escribió que era plenamente consciente de su enorme responsabilidad hacia el pueblo de Minguer, y que se enorgullecía de ser tan querida por «sus gentes». A la reina le parecía muy injusto que los hombres musulmanes pudieran casarse hasta con cuatro mujeres y divorciarse de ellas cuando se les antojara, simplemente diciendo tres veces «¡Me divorcio!». En esa carta escribió que, en cuanto tuviera la oportunidad, derogaría esa práctica. Estaba segura de que su padre se sentiría muy orgulloso de ella si supiera las cosas que había hecho y las que pensaba hacer.

El cónsul británico de Creta fue quien realizó las gestiones necesarias para que la embarcación de color herrumbroso que Pakize Sultan había visto acercarse lentamente al puerto obtuviera el permiso necesario para pasar entre los acorazados de las grandes potencias. A bordo del barco llegaban más de cuarenta minguerenses, en su mayoría rums que habían huido a Creta al principio de la epidemia; tres médicos, dos de ellos musulmanes; así como una remesa tardía de colchones, tiendas de campaña y suministros sanitarios para luchar contra la peste.

Mucha gente interpretó la llegada del Enas como una señal de que la epidemia había acabado definitivamente, y dejaron todo lo que estaban haciendo para bajar al puerto con ánimo de celebración. La reina observó detenidamente desde su habitación cómo el barco de color herrumbroso echaba el ancla y cómo dos barcas partían desde los muelles para ir a su encuentro. La muchedumbre congregada en el puerto empezó a intercambiar rumores sobre la naturaleza exacta de aquella embarcación y cómo habría conseguido llegar hasta la isla, y muchos especularon con que el bloqueo quizá se hubiera levantado hacía tiempo.

No fue hasta tres horas después de que desembarcaran los primeros pasajeros cuando el primer ministro doctor Nuri logró por fin hablar con la reina, y le comunicó que el barco era «amistoso» y que había logrado llegar a la isla gracias a un acuerdo provisional entre los británicos y su tío. (Notó que la mención a su tío no despertaba ira en el rostro de Pakize Sultan, sino melancolía).

El ministro de Inteligencia no tardó en identificar la persona más importante que llegaba a bordo del barco, un jovial y narigudo periodista francés, el mismo que había hecho llegar a Europa las noticias sobre Minguer que se habían publicado en la prensa francesa y británica. El plan era que, para obtener las declaraciones solicitadas por el gobierno, ese hombre realizara una entrevista a la reina en la que hablara sobre cómo Abdülhamit había mantenido en cautividad a su

padre, sus hermanas y el resto de su familia, y por supuesto sobre cómo se había convertido en la reina de un estado soberano, algo que casi parecía una ironía del destino. *Le Figaro* y el *London Times* dedicarían mucho espacio a esa entrevista, lo cual, según el ministro de Inteligencia, ayudaría a allanar el terreno para que los británicos ayudaran a proteger a la isla contra las represalias de Abdülhamit. El cónsul George también había pedido que le recordaran a Su Majestad que no se olvidara de subrayar su desprecio hacia los movimientos islamistas y la discriminación contra las mujeres.

—Dígame, señor, ¿por qué vinimos a esta isla?

—¡Todavía no sabemos por qué su tío nos incluyó en esa delegación con rumbo a la China!

—Pero nos enviaron aquí después de que asesinaran al pobre Bonkowski Pachá, que en paz descanse, con órdenes de mi tío para acabar con la epidemia y resolver el crimen, ¿no es así? —dijo la reina, dirigiéndose a su marido en un tono ligeramente condescendiente, pero también edificante y lleno de ternura.

—Y por esa razón, tras haber cumplido nuestro objetivo por la gracia de Dios, el pueblo de esta isla la ha convertido en su reina.

—Todavía no acabo de entender por qué me han hecho reina. Pero lo que sí sé, mi señor, es que no nos enviaron aquí para arrebatarles esta isla a los otomanos y entregársela en bandeja a los ingleses. Y también sé que, si hacemos eso, ni siquiera podré soñar con regresar a Estambul y volver a ver a mis queridas hermanas y a mi pobre padre.

—En este momento, regresar no parece algo factible.

—Soy consciente de ello, señor —dijo la reina—. Pero todo lo que hemos hecho en esta isla ha tenido como objeto poner fin a la epidemia. Por ahora nos quedaremos un tiempo más. ¡Tenemos una obligación moral con esta gente que me ha abierto sus corazones y me ha convertido en su reina! Le seré

sincera: lo que menos me apetece ahora es verme con un periodista francés para contarle chismorreos sobre mi tío. Lo que quiero es que nos subamos al blindado —así era como se referían entre ellos al landó— y vayamos a Dikili, Kofunya, los Altos Turunçlar y los otros barrios para ayudar a esa gente que tanto nos necesita.

El periodista francés narigudo, cuya llegada a la isla había sido organizada vía telegráfica gracias a los esfuerzos conjuntos de Mazhar Efendi y el cónsul George, pensaba que la reina tan solo se hacía de rogar. Mientras esperaba a que Su Majestad le concediera una audiencia para la entrevista, empezó a recopilar información para otros artículos que pensaba escribir sobre la historia y los atractivos de la isla, el castillo y su famosa mazmorra, y por supuesto la epidemia de peste. Cuando se enteró de que había un grupo de funcionarios otomanos que, con el pretexto de la cuarentena, habían sido enviados a la Torre de la Doncella y que llevaban ciento trece días encerrados allí en condiciones lamentables, el periodista solicitó permiso a la reina para ir al islote y entrevistar a aquellos «turcos». La reina accedió a su petición, y además decidió que ella también iría para ver con sus propios ojos todo cuanto sucedía allí.

Dos horas después, a media tarde, Pakize Sultan y el doctor Nuri llegaron a la Torre de la Doncella en una flotilla de tres embarcaciones. Habían informado de antemano de que la reina y el primer ministro irían a realizar una visita de inspección, pero al desembarcar en el islote la única persona que acudió a recibirlos fue el funcionario rum encargado del lugar, a quien acompañaba su perro bóxer. En los ciento trece días que habían transcurrido desde la proclamación de la independencia, habían muerto más de la mitad de los sesenta funcionarios leales a Estambul y al sultán (algunos los llamaban «los turcos») procedentes de Arkaz y de otros pueblos de la isla que se negaron a colaborar con el nuevo estado de Minguer. Todos aquellos burócratas a los que durante los primeros días de «Libertad» el difunto gobernador

Sami Pachá había tratado de embaucar asegurándoles que «¡El estado de Minguer es justo!», finalmente habían rechazado las propuestas de salarios más elevados y manifestado con ingenua franqueza su deseo de volver a Estambul, algo por lo que habían pagado un precio muy alto.

Al principio, su castigo había consistido en permanecer encerrados —supuestamente por motivos de cuarentena— en aquel pequeño islote rocoso, sin posibilidad de volver a Estambul, y condenados a marchitarse bajo el sol sobre los estrechos riscos de sus acantilados. Pero a medida que llegaban más funcionarios leales a Estambul procedentes de otras partes de Minguer y la peste comenzó a propagarse, el islote se convirtió en un infierno. La única razón por la que la mitad de los reclusos lograron sobrevivir apretujados todos juntos en aquellos espacios terribles y angostos era porque la otra mitad habían muerto (arrojaban los cadáveres al mar desde un pequeño acantilado y los arrastraban las corrientes del Mediterráneo). Fue durante aquellos fatídicos días cuando los funcionarios encarcelados comprendieron que las autoridades de Minguer pensaban utilizarlos como moneda de cambio para tratar de llegar a algún acuerdo con Abdülhamit.

Algunos de los «rehenes» de la Torre de la Doncella empezaron a planear hacerse con la barca que iba y venía de Arkaz y utilizarla para escapar. Otros aseveraban que lo mejor sería no hacer nada, confiando en que tarde o temprano el acorazado otomano Mahmudiye, que formaba parte del bloqueo naval, acudiría a rescatarlos. Pero a medida que pasaban los días los reclusos seguían muriendo, asfixiados por los brutales efectos del calor, el hambre y la peste que los hacían discutir entre ellos e incluso llegar a las manos, y consumiéndose por las terribles condiciones que tenían que soportar. Muchos de los funcionarios otomanos más veteranos y leales a Abdülhamit —entre ellos el director de Fundaciones Piadosas Nizami Bey y el gobernador de distrito Rahmetullah Efendi, a quienes tanto detestaba Sami Pachá— murieron durante la primera semana del mandato del jeque Hamdullah.

La única persona que sobrevivió a aquella hecatombe sin perder la salud ni la cordura fue Hadi, el asistente del nuevo gobernador a quien habían asesinado antes de ocupar su cargo. En sus memorias, Hadi escribe sobre esta visita de la reina y su marido a la Torre de la Doncella en el mismo tono condescendiente y despectivo que emplearían los fundadores de la moderna República de Turquía al referirse a los últimos sultanes otomanos, los príncipes y los damats, y la dinastía otomana en su totalidad. En su opinión, Pakize Sultan y el doctor Nuri no eran más que un par de esnobs estirados cuya vida palaciega les había hecho perder todo contacto con la realidad, y que se habían convertido en meros peones de las potencias internacionales.

Muchos de los que habían sido desterrados a la Torre de la Doncella y murieron allí sin poder regresar a Estambul dedicaron el último aliento que les quedaba de vida a maldecir al exgobernador Sami Pachá que los había encerrado allí y había arrebatado la isla al Imperio otomano.

Como le habría sucedido a cualquier reina consciente de su responsabilidad, mientras escuchaba el relato del sufrimiento de aquellos «mártires» otomanos, Pakize Sultan se sintió invadida por un profundo sentimiento de culpa y vergüenza. Más tarde le escribiría a su hermana que, al ver a aquellos rehenes leales a Estambul, a aquellos prisioneros consumidos hasta la piel y los huesos por el hambre y la miseria, con los ojos protuberantes sobresaliendo de sus cuencas, quiso suplicarle al periodista francés que no escribiera nada sobre aquello, «¡no deshonre ni a los minguerenses ni a los turcos!». Cuando todavía no era más que un príncipe, su padre Murat V había impresionado a muchos periodistas europeos con su fluido francés. Pero Pakize Sultan se sentía bastante insegura de su dominio de la lengua. Después de haberse negado a conceder la entrevista sobre «el sultán y sus hijas cautivos en el harén» que tanto deseaba el narigudo periodista, ahora no podía prohibirle escribir también sobre «lo que había sucedido en la Torre de la Doncella y las terribles condiciones que

habían tenido que soportar los funcionarios turcos». Mientras luchaba con aquellas emociones encontradas que pugnaban en su interior, la reina guardó silencio. Comprendió que estaba atrapada entre su sentido del deber hacia la isla y su esperanza de regresar algún día a Estambul, y quizá también por eso se sentía tan avergonzada.

Mientras caminaban hacia las barcas que los llevarían de vuelta a la ciudad, la reina se giró hacia su marido el primer ministro y le dio una orden que todos los presentes pudieron escuchar:

—¡Antes de emprender el regreso, el herrumbroso barco cretense que está punto de levar anclas en las aguas de enfrente del castillo hará una parada en la Torre de la Doncella para recoger a todos los que deseen volver a sus hogares en Estambul!

79

Cuando regresaban en la barca hacia el puerto desde la Torre de la Doncella, los ojos de Pakize Sultan buscaron y hallaron la ventana de la habitación de invitados de la sede ministerial, antigua sede de la gobernación, desde donde había escrito sus cartas. En ese momento, sintió como si se estuviera observando desde fuera, percatándose de cuán angosta y limitada había sido su visión del mundo durante los últimos ciento setenta y seis días (había llevado la cuenta).

Sin embargo, lo más sorprendente fue darse cuenta *entonces* , allí sentada en la barca, de que los escarpados acantilados de la isla y el monumental Monte Blanco habían estado allí, justo detrás de ella, todo ese tiempo. ¡Era imposible que una persona no sintiera el influjo ante la proximidad de una presencia tan colosal, aunque no pudiera verla! La reina empezó a preguntarse cuál podría haber sido el efecto de ese Monte Blanco sobre sus cartas, cuando de pronto se vio sobrecogida por la visión de esa misma montaña reflejada sobre el tranquilo espejo de las aguas del mar. Al igual que el día en que había llegado a la isla, podía ver las rocas del fondo marino, los veloces y espinosos peces del tamaño de un pulgar, los cangrejos vetustos y contemplativos, y los matojos de algas azules y verdes en forma de estrella.

De vuelta en las dependencias de invitados, Pakize Sultan no conseguía deshacerse del sentimiento de tristeza melancólica que la inundaba. Cuando una hora más tarde el barco cretense de tinte herrumbroso echaba anclas cerca de la Torre de la Doncella para recoger a los burócratas otomanos, su marido el primer ministro entró en la habitación. Juntos trataron de avistar a lo lejos cómo los últimos funcionarios otomanos, exhaustos y destrozados, se preparaban para regresar a Estambul mientras cargaban en el barco cretense sus

maltrechos bultos y maletas con las escasas pertenencias que les quedaban.

—¡El Imperio otomano pierde otro territorio, y sus funcionarios se retiran también de la isla! —observó el doctor Nuri con frialdad—. ¿Le habría gustado estar en ese barco de vuelta a Estambul?

—Mientras mi tío siga ocupando el trono, será difícil que podamos regresar a Estambul.

Fue así como la cuestión de la «traición a la patria», que los perturbaría y atormentaría hasta el final de sus vidas, adoptó una nueva y más benigna forma bajo la denominación de la «posibilidad de regresar a Estambul».

—¡Sin duda, Estambul apreciará que usted haya permitido que esos pobres hombres puedan volver a sus hogares! —dijo el doctor Nuri—. Pero los enemigos locales de Abdülhamit y del Estado otomano la criticarán por haber tomado esa decisión.

—Cuando dice Estambul se refiere a mi tío… —precisó la reina—. ¡No estamos liberando a esos funcionarios apresados como rehenes porque queramos congraciarnos con mi tío o con las grandes potencias! ¡Lo hacemos porque, después de todas las injusticias que han sufrido, es una cuestión de humanidad enviar a esos valientes y leales súbditos otomanos de vuelta con sus familias! Gracias a súbditos fieles y abnegados como ellos, el Estado otomano que fundaron mis antepasados ha podido perdurar durante seiscientos años.

La contundencia de esas palabras hizo que guardaran silencio durante un rato. En la distancia, en las aguas cercanas a la Torre de la Doncella, ya habían embarcado todos los pasajeros, y el navío cretense hizo sonar su sirena tres veces, tal como había hecho a su llegada. El doctor Nuri vio como la añoranza de Estambul anegaba de lágrimas los ojos de la reina, y quiso confortarla.

—Aunque pudiéramos regresar a Estambul, allí nos convertiríamos en prisioneros de su tío, como todos los demás —le dijo—. Pero aquí seguimos siendo la reina y su primer ministro, y podemos continuar prestando servicio a esta hermosa isla y su noble gente.

—¡Pero en cuanto se acabe la epidemia, también se acabará el bloqueo! —objetó la reina—. Me pregunto qué sucederá entonces. —Y como para evitar pensar en la respuesta a su propia pregunta, propuso hacer lo que más le apetecía en ese momento—: ¡Subamos al blindado y vayamos a dar una vuelta por las calles de Dantela y Flizvos!

Tal vez la reina intuyera que aquella sería una de sus últimas salidas en el landó con su marido, porque en las cartas que escribiría durante ese periodo hablaba de los niños que jugaban al escondite en los jardines de exuberante verdor de Hora; del delicado encaje del trazado de las calles de Germe; del agua potable de Tatlısu, más blanda que la de los manantiales de Beykoz y Çırçır cerca de Estambul. También escribió sobre la espectacular vista que se contemplaba desde el terreno escogido para construir el mausoleo del comandante en Turunçlar; de los gatos que se rascaban las pulgas tumbados al sol en las empinadas escaleras que descendían desde el barrio de Kadirler hasta el mar; de los jarrones con rosas que adornaban las coloridas mesas de los cafés, restaurantes y pastelerías que se desparramaban sobre las aceras de la avenida Estambul; y de los mújoles y las caballas que veían desde la ventana al pasar con el landó junto a las aguas tranquilas del puerto, describiendo todas esas imágenes deliciosas y encantadoras como si quisiera asegurarse de que no las olvidaría jamás.

En su edición del 15 de noviembre, el periódico *Havadis-i Arkata* , que estaba bajo control del Ministerio de Inteligencia, publicó un artículo que ocupaba la mitad de la primera plana, y en el que se hablaba de esas excursiones en landó de la reina y el primer ministro. El texto elogiaba a la valiente reina, que cada día acudía a las casas de la gente para llevarles regalos y

escuchar sus problemas, algo que había hecho incluso en los días más peligrosos de la epidemia. El tono del artículo mostraba admiración y respeto, pero hacia el final empezaba a destilar cierto desencanto: durante una de sus visitas al barrio de Arpara, mientras la reina repartía sus regalos y paquetes de galletas saladas y pescado seco, unos niños se habían acercado a ella porque tenían muchas ganas de conocerla, pero la soberana no había podido hablar con ellos porque no sabía minguerense. Peor aún: una mujer había depositado en el regazo de su amada reina a su pequeña hija de ojos azules para que le acariciara un poco el pelo, y tras explicarle entre sollozos que todavía estaba esperando la compensación por los daños causados a su casa después de que su marido muriera durante la epidemia, y tras decirle que se había quedado sola en el mundo y que no tenía a nadie más a quien recurrir que a su reina, la pobre mujer se quedó destrozada al darse cuenta de que la soberana no había entendido absolutamente nada de lo que acababa de decirle porque le había hablado en minguerense. El artículo concluía diciendo que la reina tenía un gran corazón, pero que, como era comprensible, la gente se entristecía al darse cuenta de que, pese a todo el cariño que le profesaban, no sabía hablar la lengua del pueblo, y que quizá eso podría explicar por qué en las últimas semanas la reina se había limitado a visitar los barrios donde se hablaba mayoritariamente turco, rum e incluso francés; en otras palabras, los barrios más ricos.

Mientras le leía el artículo a su mujer en el despacho del primer ministro, el doctor Nuri no pudo ocultar su malestar e indignación, y sugirió que detrás de todo aquello estaba el ministro de Inteligencia. Pero la reina, con su ingenuidad y optimismo característicos, le dijo a su marido que se trataba de una crítica razonable y constructiva, y que a partir de ese momento lo más conveniente sería visitar los barrios más pobres donde la gente hablaba minguerense.

Al día siguiente cambiaron sus planes (informando con antelación a los escoltas y los fotógrafos) y fueron al barrio de

Kadirler. Aquella visita fue todo un éxito, gracias a los convincentes esfuerzos de la reina por emplear unas cuantas palabras en el viejo minguerense que había aprendido a toda prisa, y a las encantadoras gracias de un par de chiquillos del barrio que hicieron reír a todo el mundo con sus imitaciones de un carro de caballos y su cochero que andaban por allí cerca (emulando también los ruidos que hacían).

Pero solo un día después, cuando acababan de bajar del landó en Turunçlar, dos jóvenes lograron abrirse paso entre la muchedumbre que se había agolpado para recibir a la reina y gritaron «¡Minguer es de los minguerenses!» de forma que los periodistas pudieran escucharlo bien, y luego salieron corriendo. Más tarde, al ver lo abatida que parecía la reina mientras repartía con aire desganado los obsequios que había llevado, las mujeres del barrio quisieron confortar a la hija del anterior sultán diciéndole que no hiciera caso a esos mequetrefes, pero la soberana no pudo evitar tomarse aquello en serio y en un largo pasaje le explicó a su hermana Hatice con todo detalle que esos muchachos habían sido injustos con ella: después de convertirse en reina, había dedicado una hora cada día a memorizar veinte palabras del viejo minguerense. Ella era una gran defensora de la historia de amor entre el comandante y Zeynep y sus ideales exaltados. Además, el hecho de que hubiera nacido en Estambul y no estuviera totalmente familiarizada con la historia de la isla, su cultura y las características y afinidades políticas de sus diversos clanes y comunidades debería considerarse un punto a su favor, no al contrario. Precisamente porque su linaje era «diferente del de los demás», podía mantener una posición equidistante ante la gente y tomar las decisiones más apropiadas y *objectives* en cada circunstancia. Sus ancestros habían convertido al Estado otomano en el imperio más grande y poderoso del mundo gracias a las diferencias —¡no a las similitudes!— entre los distintos pueblos y comunidades sobre los que gobernaban.

—Querida Pakize —le dijo en una ocasión su marido el primer ministro—, tal vez esa sea también la razón por la que

el Imperio otomano está perdiendo ahora todas sus islas y territorios uno tras otro: porque tus ancestros son totalmente diferentes de las poblaciones sobre las que gobiernan, y pertenecen a una nación distinta de las de esas gentes que viven bajo su dominio.

Dos días más tarde apareció otro artículo, en esta ocasión en el diario rum *Neo Nisi* y firmado por el periodista Manolis, donde se retomaban algunas de las ideas críticas expuestas hacia el final del texto publicado en el *Havadis-i Arkata* cuatro días antes: «Como demostró nuestro gran comandante —afirmaba el artículo—, el pueblo minguerense está más que capacitado para gobernarse por sí mismo y, a diferencia de esas colonias míseras y diminutas de Asia y el Lejano Oriente, en Minguer no hacen falta gobernantes que ni siquiera hablan la lengua del pueblo, ni ninguna "hija de sultán", sobre todo si su padre recibe órdenes de la trama internacional de los francmasones». En el artículo de Manolis también se mencionaba la gran popularidad de la reina entre los isleños, pero que tampoco se debería exagerar la fascinación que suscitaba Pakize Sultan, ya que «la hija de un sultán que ha vivido durante años encarcelada como una esclava» despertaría la curiosidad de la gente en cualquier parte del mundo. Lo más importante era recordar lo siguiente: «El mundo otomano, donde las mujeres son confinadas en harenes como si fueran pájaros enjaulados y tratadas por sus hombres como esclavas o cuando menos como ornamentos decorativos, y donde todos sus súbditos están sometidos a la voluntad de Abdülhamit, nunca podrá servir de modelo para el deslumbrante futuro de la nación minguerense, porque por fin, después de tanto tiempo, ¡el pueblo minguerense y las mujeres minguerenses son libres!».

—¡Ese Manolis nos está insultando tanto a mí como a mi querido padre! —dijo Pakize Sultan—. Le ruego que le pare los pies. Yo no soy ni un pájaro enjaulado en un harén ni la esclava de nadie, soy la reina. No consentiré que nadie más lea este artículo.

—Créame, señora mía: si ordenara el secuestro de ese diario, que de hecho solo leen cuatro gatos, se armaría un revuelo aún mayor y no se hablaría de otra cosa en toda la isla. Está claro que esto ha sido escrito a instancias de Mazhar Efendi, ya que nadie se alegraría tanto como él.

—¡Yo soy la reina de este país, y quien me otorgó el título fue su pueblo! —dijo Pakize Sultan—. Pero si mis órdenes no son escuchadas, no permaneceré ni un día más en el cargo.

—Lo primero que deberías hacer es escuchar las órdenes de tu marido y acatar su voluntad, ¡así lo dicta el islam! —respondió el doctor Nuri sonriendo.

A Pakize Sultan la enfureció ver a su marido con esa sonrisilla burlona en la cara, bromeando mientras denigraban a su esposa. Pero lo que realmente la desquiciaba era ver que ni siquiera podía conseguir que su marido atendiera sus órdenes. La discusión se prolongó hasta la noche y acabaron muy enfadados y sin hablarse, razón por la cual no fueron a visitar ningún barrio durante un par de días. De todos modos, la mayoría de los asuntos gubernamentales estaban en manos del ministro de Inteligencia. El tercer día, finalmente, la reina propuso que al día siguiente fueran a recorrer las encantadoras calles frente al mar en el tranquilo y seguro barrio de Dantela. Escribanos, funcionarios, guardias y periodistas fueron debidamente informados.

Pero a la mañana siguiente, cuando se disponían a subir al landó blindado, el ministro de Inteligencia Mazhar Efendi los detuvo diciéndoles que les había llegado un aviso de un posible atentado con bomba. Lo más prudente sería cancelar provisionalmente esas excursiones por la ciudad, sin importar el barrio que hubieran decidido visitar.

Después que Mazhar Efendi se marchara, la reina le dijo a su marido que no se creía a ese hombre cuya única ambición era escalar posiciones, y que no tenían ninguna obligación de hacer lo que les decía.

—¡Mi señora, yo también he pensado mucho sobre este particular! —dijo el doctor Nuri—. Si nos enfrentáramos a alguna situación peligrosa o de extrema gravedad, Dios no lo quiera, tendríamos de nuestro lado a una parte de la población civil, pero por lo que respecta a tropas armadas, creo que como mucho podríamos contar con el apoyo de unos cuarenta o cincuenta aguerridos soldados. Sin embargo, con apenas un gesto el ministro de Inteligencia tendría a su disposición a todo un ejército: la División de Cuarentena, los guardias municipales y los soldados de la guarnición, además de los reservistas y los nuevos reclutas.

—Es decir, que volvemos a ser prisioneros, ¿no es así? —suspiró Pakize Sultan.

—Mucho me temo que sí. Pero no debe olvidar que aún es la reina de Minguer y que, mientras eso siga así, el mundo entero la reconocerá poco a poco como la jefa de este estado soberano. Ya ha pasado a la historia como la persona que fue capaz de acabar con la espantosa epidemia de peste de Minguer antes de que extendiera a Europa. ¡Y los europeos deberían estarle agradecidos por ello!

Pakize Sultan comprendió con pesar que aquellos días de libertad en los que podía salir de su habitación cuando quisiera, caminar por las calles a su antojo y recorrer en el landó los barrios de la ciudad observando a la gente, las casas y todo lo que hubiera que ver habían llegado a su fin. No tardaron en colocar guardias ante la puerta de las dependencias de invitados, igual que en tiempos del jeque Hamdullah. Esta vez, sin embargo, había seis o siete centinelas apostados en la entrada. Y, a diferencia de sus predecesores, cuando la reina o el primer ministro intentaban salir de la habitación no les apuntaban nerviosamente con sus armas, sino que se limitaban a ponerse firmes y a bloquearles el paso con sus cuerpos. Era más que evidente que quienes gobernaban la isla en realidad eran Mazhar Efendi y los otros ministros.

Estuvieron doce días sin salir de sus dependencias. Como durante este tiempo la reina no vio nada nuevo de lo que pudiera hablar, apenas le escribió a su hermana. Pero su mente y su espíritu estaban con las gentes de la isla y con sus vidas en los barrios más alejados. En una carta que tardó cinco días en terminar le escribió a Hatice que de un tiempo a esa parte había empezado a sentir mucha curiosidad por las novelas de misterio que su tío Abdülhamit leía desde hacía años. ¿No podría su marido, que tiempo atrás le había leído novelas al sultán desde detrás de una mampara, recomendarle algunos títulos y autores?

Allí encerrados en sus dependencias, hablaban constantemente sobre cómo podrían regresar algún día a Estambul, pero no daban con ninguna solución que no fuera esperar que el tío de Pakize Sultan los perdonara. Mientras tanto, los periódicos minguerenses continuaban publicando artículos despectivos y denigratorios sobre la reina (las palabras y expresiones más utilizadas eran «cortesana», «otomana», «del harén», «jaula», «prisionera», «turca», «colonia» e «hija de un francmasón»).

El 5 de diciembre, un mes y medio después del final de la epidemia, el ministro de Inteligencia Mazhar Efendi se presentó a última hora de la tarde en las dependencias de invitados para informarles de algo que consideraba una «situación urgente»: al parecer, las grandes potencias, que se disponían a levantar el bloqueo, habían llegado a un acuerdo con Abdülhamit… Existía la posibilidad de que las tropas de los buques francés y británico desembarcaran en Arkaz esa misma noche. Por supuesto, ningún miembro del gobierno quería que sus ilustres invitados cayeran víctimas de algún tipo de confrontación internacional. Por esa razón, en cuanto empezara a anochecer los enviarían a un lugar secreto al norte de Arkaz, cuya ubicación ni siquiera se les revelaría a ellos y que las potencias extranjeras no conocían y nunca podrían localizar.

Primero el landó blindado, seguido por el carruaje de escoltas, los llevaría a Andin, donde subirían a una barca que los trasladaría a su nuevo destino en la isla. Tenían dos horas para recoger todas sus pertenencias y personarse en la entrada de la sede ministerial.

Más adelante, Pakize Sultan le escribiría a su hermana que no tardaron ni una hora en estar listos para partir. Se habían sentido aterrorizados. Al principio habían temido que los capturasen los británicos —o los franceses—, pero al ver que no había señales de una actividad inusual, ni tampoco una mayor presencia de soldados delante de la sede ministerial ni en las calles de Arkaz, concluyeron que la amenaza había sido exagerada. El landó conducido por el cochero Zekeriya avanzó sin ninguna prisa hacia la cala de la Piedra y, amparado en la oscuridad de la noche, siguió hacia el norte bordeando la costa oriental de la isla.

El camino lleno de baches bajaba y subía por las colinas, acercándose y alejándose de la playa y serpenteando entre viñedos. Por la ventana oyeron el susurro de los árboles, el murmullo rumoroso de una fuente, los suaves ruiditos de un erizo moviéndose entre la vegetación. De pronto asomó entre las nubes una luna llena de color plateado, y tuvieron la sensación de no hallarse ya en este mundo, sino en otro universo diferente y misterioso situado por encima de las negras nubes.

Una cala apareció ante ellos. La luna se reflejaba con su centelleo argentado sobre la superficie del mar en calma. El landó se detuvo y, por un momento, escucharon el silencio infinito del mundo.

Algunos escoltas y remeros que viajaban en el carruaje de atrás emergieron de la oscura noche para ayudar a la reina y el primer ministro. Utilizaron el pequeño peldaño del muelle para montarse en una barca que estaba en el borde rocoso de la cala impregnada del olor a algas y caracolas, y tras surcar durante un rato el suave oleaje subieron a otra embarcación algo

mayor que los esperaba mar adentro con su equipaje a bordo. En esta segunda barca vislumbraron, a pesar de la oscuridad, la figura del secretario del ministro de Inteligencia Mazhar Efendi, sentado entre los remeros que aguardaban su llegada.

Mientras la barca se adentraba en mar abierto, el secretario señaló hacia la impenetrable negrura y les anunció que el Aziziye había llegado antes de que oscureciera y que había echado anclas por allí.

Sí, lo habían oído bien, había dicho «Aziziye». El mismo Aziziye que los había llevado a Minguer en vez de a la China, el último lugar donde habían visto a Bonkowski Pachá. Se quedaron mirando el uno al otro en silencio, atrapados en un estado de confusión onírica entre el miedo, la curiosidad y la expectación. Tal como lo describiría Pakize Sultan en una carta, en ese momento ambos volvieron a sentirse como niños, siendo llevados a algún sitio sin que nadie les preguntara si querían ir o no.

Poco después, la oscura silueta del Aziziye se materializó bajo la luz de la luna. La barca cogió velocidad hasta llegar a la plataforma dispuesta al pie de la blanca escalerilla que colgaba del barco.

Por unos momentos, debido a la sombra arrojada por el navío, todo quedó sepultado en la oscuridad más absoluta. Luego el doctor Nuri vislumbró cómo subían sus baúles hacia la cubierta. Cuando Pakize Sultan se disponía a poner el pie en el primer peldaño de la escalerilla, el secretario del ministro de Inteligencia se puso en pie sobre la barca que se balanceaba sobre las olas y se dirigió a ellos con gesto ceremonioso.

—¡Excelentísima reina! ¡Excelentísimo primer ministro! —empezó—. El Aziziye reanudará su ruta desde Alejandría, donde quedó interrumpida para traerlos aquí, y continuará su viaje hasta la China. —Cuando la luz de la luna los iluminó fugazmente, el secretario se despidió inclinándose en una respetuosa reverencia—. ¡La nación de Minguer está en deuda

con ustedes! —añadió, mirando más hacia la reina que al doctor Nuri.

Con estas últimas y gratificantes palabras, la reina subió por la escalerilla y embarcó en el Aziziye. El mismo capitán ruso de porte solemne acudió a recibirlos, sonriendo. Todas las luces de los camarotes y del gran salón donde habían cenado con Bonkowski Pachá estaban encendidas, como para recordarles que aquel lugar era otro mundo en sí mismo. Mientras Pakize Sultan y su marido se instalaban en la misma suite revestida en caoba con el espejo de marco dorado y su olor a cuero y polvo donde habían pasado tantas horas felices, el barco empezó a moverse. Pakize Sultan dejó lo que estaba haciendo y se apresuró a subir a cubierta. Quería contemplar el «incomparable» paisaje de Minguer, el mismo panorama que a lo largo del siglo XX se recomendaría a todos los lectores de guías turísticas del Levante.

Mientras el Aziziye navegaba en paralelo a las montañas Eldost que se extendían de norte a sur de la isla, Pakize Sultan pudo ver sus afilados picos volcánicos. Entonces las nubes ocultaron la luna y todo quedó sumido en la oscuridad. Pakize Sultan estaba pensando con amarga tristeza en que nunca más volvería a ver la isla de Minguer cuando de pronto divisó el pálido haz luminoso del Faro Árabe parpadeando a lo lejos. Justo en ese momento la luna salió de detrás de las nubes y pudo ver las torres puntiagudas del castillo y el espléndido Monte Blanco que se alzaba detrás. Pero fue solo un momento, porque la luna no tardó en desaparecer de nuevo. Pakize Sultan se quedó contemplando con ojos llorosos la oscuridad, con la esperanza de volver a ver Minguer una última vez, antes de regresar finalmente a su camarote.

AÑOS DESPUÉS

Los lectores más perspicaces habrán notado que, más que por cualquier otro personaje, en las páginas de este libro he mostrado una afinidad especial por Pakize Sultan y el doctor Nuri. Yo soy la nieta de una de sus hijas. Obtuve mi doctorado por la Universidad de Cambridge centrándome precisamente en la historia de las islas de Creta y Minguer en la segunda mitad del siglo XIX , así que tiene todo el sentido que me hayan pedido editar la correspondencia de Pakize Sultan para su publicación.

Después de un viaje tempestuoso que duró veinte días, mi bisabuela, la reina Pakize Sultan, y mi bisabuelo, el doctor Nuri, llegaron finalmente a China con un retraso de seis meses, primero al puerto de Tianjín y luego a Pekín.

Durante ese tiempo, la guerra de los Bóxers —la razón por la que se enviaba la delegación asesora otomana— había concluido con la victoria de las grandes potencias. Los ejércitos ocupantes, con contingentes de varias naciones, aplastaron a las tropas y al pueblo chinos con gran brutalidad, saqueando la ciudad de Pekín durante días. Los rebeldes chinos, incluidos los musulmanes chinos, que un año antes habían matado a cristianos por las calles, ahora fueron exterminados en masa por los franceses, los rusos y los alemanes. (En la tribuna de la opinión pública internacional, Tolstói fue el único escritor occidental que se pronunció en contra de aquella cruel matanza y de la ferocidad de los ejércitos ocupantes a los que Abdülhamit había dado su apoyo simbólico. «El más grande de todos los novelistas», en palabras de Virginia Woolf, reprobó las acciones del zar ruso y del káiser alemán Guillermo, acusándolos de genocidio, y defendió a los insurgentes chinos). Después de que el káiser Guillermo II, vencedor de la sangrienta contienda, se hubiera

cobrado su venganza, las fuerzas aliadas que habían masacrado salvajemente a la población invitaron a los mulás de la delegación asesora a realizar una serie de conferencias para los musulmanes chinos sobre historia y cultura islámicas, en particular sobre el papel del pacifismo en el islam.

Conscientes de lo ocurrido en la isla de Minguer, de la reacción de Abdülhamit y de la posibilidad de que al regresar a Estambul Pakize Sultan y su marido doctor fueran acusados de «traición a la patria», los británicos se aseguraron de que esos dos ilustres personajes que se habían incorporado de manera tardía a la delegación asesora no se juntaran demasiado con los otros delegados otomanos, que mientras tanto ya preparaban su regreso a Estambul. Invitaron al doctor Nuri a dar varias conferencias sobre el islam y la cuarentena en varias regiones chinas con población musulmana. Las vibrantes cartas que escribió Pakize Sultan desde Yunnan, Gansú y Sinkiang están repletas de observaciones que hoy día resultarán de gran interés para los historiadores de la cultura del Extremo Oriente.

Los doctores británicos y franceses que se habían enterado de las charlas del doctor Nuri y que lo recordaban de los congresos internacionales a los que habían asistido, lo invitaron a trabajar con ellos en Hong Kong. En aquella época, los laboratorios y hospitales establecidos por los británicos en esas colonias eran las instituciones más importantes e innovadoras en la guerra contra la peste, tanto en el desarrollo de los métodos de cuarentena como en el avance de los estudios bacteriológicos. Alexandre Yersin —que en 1901 se encontraba en Indochina trabajando para el Instituto Pasteur de París con el objetivo de producir un suero que pudiera utilizarse como vacuna (no lo conseguiría)— había descubierto siete años antes, en 1894, el microbio de la peste —que recibiría el nombre de *Yersinia pestis* en su honor—, pero no lo había hecho en los hospitales ingleses de Hong Kong (a los que no podía acceder porque era ciudadano francés), sino en otra ubicación. El microbio de la peste que

hizo estragos en Minguer en 1901 llevaba muchos años, desde su irrupción en 1894, matando a cientos de miles de personas en China. Muchos de los problemas a los que se enfrentó el damat doctor al empezar a trabajar en el hospital Tung Wah eran muy parecidos a los que había tenido que afrontar en los hospitales Theodoropoulos y Hamidiye, causados sobre todo por la ignorancia de la gente (muchos chinos no querían ver ni de lejos ese hospital, aunque estuvieran gravemente enfermos, por el mero hecho de tratarse de una institución británica), pero también había muchas diferencias, en especial a la hora de entender y adoptar las medidas de cuarentena.

La pareja alquiló un apartamento en un edificio del distrito hongkonés de Victoria, donde residían la mayoría de los británicos y europeos, emplazado en lo alto de una colina con unas magníficas vistas al mar que a Pakize Sultán le recordaron a las vistas del Bósforo que se disfrutaban desde el barrio de Çamlıca, tal como mencionaría en la primera carta que escribió desde allí. Y aunque al principio Pakize Sultan había considerado aquella residencia como algo «provisional» antes de regresar a Estambul, al final vivirían allí durante veinticinco años.

La única persona de Minguer con la que el doctor Nuri siguió en contacto fue el antiguo director de cuarentena y actual ministro de Sanidad, el doctor Nikos de la barbita de chivo, a quien había conocido nueve años antes durante un brote de piojos en la guarnición otomana de Sinope. Gracias a un telegrama enviado por Nikos, se enteraron de que durante un tiempo la noticia de la marcha de la reina y del primer ministro se les había ocultado tanto a la población de la isla como al resto del mundo. Probablemente tardaron en hacerlo público porque tenían la esperanza de obtener algún tipo de protección de los británicos.

El 6 de diciembre, veinticinco salvas de cañón disparadas por el sargento de artillería Sadri anunciaron como nuevo presidente de Minguer al antiguo director del Servicio de Inteligencia, Mazhar Efendi. Al mediodía siguiente, cerca de

siete mil personas se congregaron en la plaza de Minguer, antes conocida como plaza de la Provincia, para asistir a la ceremonia política mejor organizada de toda la historia de la isla. La muchedumbre jubilosa presenció cómo desfilaban ante el nuevo presidente estudiantes de instituto ondeando banderitas, tenderos varios y los solemnes soldados de la División de Cuarentena, mientras que un grupo de jóvenes aldeanas procedentes de los pueblos montañosos del norte ofrecieron un espectáculo folclórico de música y danza ataviadas con trajes tradicionales. El presidente Mazhar salió al balcón y anunció que la República tenía que ser una forma de vida basada en la Libertad, y que todos los congregados ese día en la plaza de Minguer deberían hacer todo lo posible para preservarla.

En aquellos años, la proclamación de una república tras el derrocamiento de un rey o una reina mediante un golpe organizado por militares y burócratas era algo bastante habitual, pero lo realmente inusual era que esos cambios de régimen se produjeran de forma tranquila y sin apenas derramamiento de sangre. Los historiadores minguerenses de inclinación nacionalista y «marxista» han querido dotar de cierto dramatismo a la transición calificándola como de «¡revolución democrática burguesa!». Pero nosotros querríamos apuntar que, desde luego, el periodo del presidente Mazhar no fue exactamente «democrático».

El exministro de Inteligencia y nuevo presidente Mazhar se dedicó con sincero entusiasmo a seguir implantando las reformas nacionalistas emprendidas por el difunto comandante Kâmil, el fundador del Estado. Ya en el primer mes de su gobierno, creó un comité formado por el arqueólogo Selim Sahir y por profesores de institutos rums y musulmanes de la isla para que establecieran el alfabeto minguerense, que pronto empezaría a enseñarse en todas las escuelas. Se decidió que los documentos oficiales transcritos en ese alfabeto recibirían tratamiento prioritario en todas las oficinas gubernamentales (algo que, en la práctica, resultaría muy difícil de conseguir).

Cuando un recién nacido recibía uno de aquellos nombres minguerenses que tanto le gustaban al comandante, en el Registro Civil se le expedía la partida de nacimiento con carácter inmediato; en cambio, si el nombre era de raíces turcas o rums, los padres encontraban muchas más trabas. El presidente Mazhar ordenó que los rótulos de todas las tiendas se reescribieran con el nuevo alfabeto. Esas medidas no quitaron demasiado el sueño a los estados occidentales ni a Grecia, pero esta sí que denunció las duras acciones emprendidas por el presidente Mazhar en contra de los nacionalistas rums y griegos. En cuestión de pocos meses, unos cuarenta «intelectuales» importantes de la comunidad rum, así como doce de los pocos musulmanes instruidos que hablaban turco en sus casas y tenían sus propias bibliotecas, fueron encerrados en la mazmorra del castillo acusados de separatismo.

En paralelo a esos esfuerzos de «minguerización», miles de retratos del comandante Kâmil y de Zeynep inundaron todos los rincones del país. El encuentro entre el mayor y Zeynep, su historia de amor, y cómo consiguieron finalmente casarse a pesar de los múltiples obstáculos que encontraron en su camino, y todo ello gracias al poder del idioma minguerense, se convirtieron en la base de la enseñanza en todas las escuelas primarias y secundarias de la isla. También se hicieron muy populares publicaciones como el *Alfabeto minguerense* y el *Libro de lectura de Zey nep* . En todo este proceso de reformas culturales y políticas, el presidente Mazhar nunca intentó borrar de la memoria popular el recuerdo de Pakize Sultan como reina, más bien al contrario: los libros de texto de historia concedían a la reina Pakize una modesta y respetuosa posición. Hasta el día de hoy, los minguerenses se enorgullecen de que la hija de un sultán fuera su «reina» —por muy breve que fuera su reinado— y desempeñara un importante papel en el movimiento de Libertad e Independencia de la isla.

Un tiempo después de haber sido derrocada mediante un golpe como el que había depuesto a su padre, Pakize Sultan se sentó a su escritorio con magníficas vistas de Hong Kong y empezó a escribirle una carta llena de amarga tristeza a su hermana Hatice. Tras señalar que su padre Murat V había sido sultán durante noventa y tres días, mientras que su reinado había durado ciento un días (del 27 de agosto al 5 de diciembre de 1901), Pakize Sultan le contó a su hermana que a menudo se preguntaba si su padre estaría al corriente de todo lo sucedido, añadiendo también que los añoraba muchísimo. Debería sentirse «muy afortunada» por estar en Hong Kong, donde podía vivir como quisiera y caminar por las calles de la ciudad con total libertad, pero echaba tanto de menos a sus hermanas, su padre y Estambul que por desgracia no podía ser feliz, y solo podía mitigar su melancolía escribiendo esas cartas.

Un año después, Pakize Sultan llegaría a sentirse incluso más sola en Hong Kong a raíz de un escándalo en el que se vio envuelta su hermana. Allá en Estambul, Hatice había mantenido una aventura romántica con Mehmed Kemalettin Pachá, el atractivo marido de Naime Sultan, la hija favorita de Abdülhamit (es decir, su prima). Cuando las cartas de amor que se lanzaban por encima del muro del jardín cayeron en manos de Abdülhamit, el sultán ordenó que el joven y apuesto damat Kemalettin Pachá (quien, por cierto, era el hijo de Gazi Osman Pachá, el gran héroe de la guerra ruso-turca de 1877-1878) se separara de inmediato de su hija Naime y lo desterró a Bursa, despojándolo además de su rango. (Como estos hechos tuvieron también bastante trascendencia política, la noticia llegó incluso al *New York Times* y el novelista Pierre Loti también escribió sobre ello). Por aquel entonces, Estambul era un lugar más limitado que en la actualidad, y los rumores sobre la rivalidad amorosa entre Hatice Sultan y su prima Naime Sultan (a la que las habladurías más perversas solían describir como «fea» o «jorobada»), las dos hijas de sultanes que vivían en mansiones vecinas en Ortaköy,

corrieron como la pólvora por toda la ciudad. Por supuesto, un arresto domiciliario en Bursa era una pena menor si se compara con las condiciones que tuvo que soportar Mithat Pachá en la fortaleza de Taif, o con una condena en las mazmorras de Minguer o Sinope. El sultán no quiso castigar a Hatice Sultan, por quien siempre había tenido un cariño especial desde que era pequeña, pero durante un tiempo la sometió a una estrecha vigilancia, razón por la cual le resultó prácticamente imposible seguir enviando y recibiendo cartas.

En Hong Kong, Pakize Sultan se enteró de ese «escándalo» pero no a través de su hermana Hatice, sino por otras fuentes. Después de la fundación de la República de Turquía, los periódicos de Estambul escribirían que fue la propia Hatice Sultan quien hizo llegar las cartas de amor a Abdülhamit con la única finalidad de fastidiarle y vengar así a su padre. Durante ese periodo circuló también otra teoría según la cual Hatice Sultan habría estado comprando matarratas y pasándoselo al personal de cocina de la mansión vecina, unos inmigrantes de Rumelia, con la intención de envenenar a su prima Naime y poder así casarse con su marido. Sin duda, los rumores que circularon al producirse los hechos debieron de recordarle al sultán Abdülhamit que era posible utilizar arsénico para envenenar a alguien «sin dejar rastro».

A esas alturas, Pakize Sultan era muy consciente de que solo podría regresar a Estambul si su tío la perdonaba. Pero, tal como le escribiría a Hatice un tiempo después, existía una diferencia fundamental entre ambas hermanas: cuando nació Hatice Sultan acababa de fallecer la queridísima primogénita de Abdülhamit, Ulviye Sultan (murió en un trágico accidente prendiéndose fuego mientras jugaba con unas cerillas, un invento reciente de la época), y como todavía no había ocupado el trono, Abdülhamit se consoló jugando con la hija recién nacida de su hermano, Hatice. Pero Pakize Sultan había nacido cuando su padre ya estaba confinado en el palacio de Çırağan, así que su tío Abdülhamit no la había conocido de

pequeña y nunca la había sentado en su regazo ni había jugado con ella como había hecho con Hatice.

En agosto de 1904, Pakize Sultan se enteró por una carta de su hermana de que su padre había fallecido. Esa terrible noticia le provocó una inmensa tristeza: se pasó varios meses recordando con nostalgia el olor de su padre, su afición a leer libros, la expresión concentrada de su rostro mientras tocaba el piano y componía sus piezas. Si el profundo estado de melancolía en que se sumió fue una de las razones por las que Pakize Sultan le envió tan pocas cartas a su hermana en los dos años siguientes («Estambul ya nunca será el mismo Estambul sin nuestro querido padre», le escribió en una ocasión), la otra razón fue sin duda el nacimiento de su hija Melike (mi abuela) en 1906, que la mantuvo muy ocupada. Debido a la disminución en el volumen de su correspondencia, para narrar los hechos ocurridos en los siguientes años recurriremos principalmente a archivos documentales y memorias.

Pero primero me gustaría dedicar algunas palabras al funeral del pobre Murat V.

Probablemente no haya un episodio más triste y conmovedor en este libro que el funeral del padre de Pakize Sultan, que murió después de haber vivido sus últimos veintiocho años en cautividad. Y dado que se trata de uno de mis antepasados (el padre de mi bisabuela), ruego que se me permita adoptar un tono más propio de una novelista sentimental que de una historiadora objetiva. La infortunada vida de Murat V y su efímero e infructuoso sultanato provocaron una demora de treinta y dos años en la aplicación de las reformas parlamentarias, constitucionales, occidentalizadoras y liberales que los burócratas y estadistas habían intentado introducir para garantizar la supervivencia del Imperio otomano; y cuando esas nuevas libertades finalmente pudieron adoptarse, ya era demasiado tarde y el daño ya estaba hecho. El padre reformista de Murat, el sultán Abdülmejit, había querido que fuera él quien le sucediera en el

trono en vez de su tío Abdülaziz, y había depositado muchas esperanzas en su hijo, del cual se decía que era «desafortunado», haciendo que estudiara francés y que recibiera clases de música de los pachás italianos Lombardi y Guatelli. Pero, según cuenta una señora del harén cuyas memorias hemos consultado, cuando tenía catorce años Murat Efendi sufrió una gravísima enfermedad que le afectó seriamente a la mente y la memoria, y aunque finalmente se recuperó, su cabeza nunca llegó a estar del todo libre de problemas.

El doctor napolitano Capoleone, llegado expresamente desde Europa para tratar su enfermedad (y también para establecer algunas relaciones políticas encubiertas), le recomendó que tomara vino y coñac, de modo que se ordenó instalar una «bodeguita» en la mansión de Kurbağalıdere donde vivía el joven príncipe. A partir de ese momento, Murat Efendi seguiría bebiendo alcohol durante el resto de su vida. A las fiestas y veladas musicales que organizaba en su mansión de Kurbağalıdere acudían poetas, periodistas y escritores partidarios de las libertades y las reformas constitucionalistas y parlamentarias, gente como Şinasi, Ziya Pachá o Namık Kemal. En Londres, durante aquel viaje que ya hemos explicado en el que temió haber sido envenenado, trabó «amistad» con el príncipe Eduardo, y cuando este le invitó a besar la mano de la reina Victoria, Murat lo hizo sin mostrar temor alguno a lo que pudiera decir su tío. El joven príncipe otomano escribió cartas expresando su deseo de cooperar con Napoleón III y otros personajes importantes a quienes había conocido en su viaje por Europa. Murat Efendi creía que las «naciones» europeas habían derrotado a sus reyes, y que estos se habían visto obligados a dar un paso atrás. Los sultanes otomanos deberían hacer lo mismo. Pero cuando, de repente, él mismo fue proclamado sultán, todo aquello que más adelante convertiría a su hermano pequeño Abdülhamit en una persona tan recelosa y aprensiva —conspiraciones, intentonas golpistas, y el recuerdo del asesinato de su tío Abdülaziz—

provocó que Murad enloqueciera. En consecuencia, los burócratas decidieron por unanimidad que había que derrocarlo. En el palacio de Yıldız, donde Abdülhamit lo mantuvo prisionero al principio, se zambulló totalmente vestido en el estanque del jardín. En otra ocasión intentó fugarse saltando por una ventana. Años después intentaría convencer a los doctores de que había recuperado la cordura y buscaría alguna manera de recuperar el trono, pero sus ambiciones y sus fallidos intentos de fuga solo sirvieron para endurecer las condiciones de su cautiverio, que al final se prolongó durante veintiocho años. A veces, en mitad de la noche, irrumpían en su habitación señores y pachás enviados desde Yıldız con antorchas en la mano para comprobar que se trataba efectivamente de «él», y luego se retiraban con exageradas reverencias explicándole que habían acudido para comprobar que estuviera en el palacio porque Abdülhamit había recibido informaciones de que habían visto a Murat V rondando por Beyoğlu. Sumido en la paranoia, el depuesto sultán cambiaba constantemente de dormitorio. Pero si tenemos en cuenta que en todo momento lo rodeaban sesenta o setenta concubinas esclavas que se desvivían por ganarse sus afectos, no es nada fácil que «nosotros los modernos» (como diría Henry James) podamos intentar siquiera comprender a aquel hombre, mucho menos sentir lástima por él. En sus últimos años de vida, la diabetes había empeorado, y también se vio consumido por las repercusiones del escándalo amoroso de su hija Hatice —que nunca se llegó a creer del todo—, y por los intermediarios que Abdülhamit le enviaba constantemente para preguntarle «¿Y ahora qué deberíamos hacer con hija?». (Nunca harían nada). La muerte de Murat V se anunció mediante un breve comunicado en la prensa, tal como había ordenado Abdülhamit. Una gran multitud se congregó sobre el puente de Galata y las calles de Sirkeci para asistir a su funeral, pero no se les permitió acercarse a la Nueva Mezquita. El cuerpo del anterior sultán fue transportado desde Çırağan en el barco de vapor Nahit, y enterrado apresuradamente junto a su madre, a la que solía ir a visitar

todas las mañanas para presentarle sus respetos y hablar de política, y que siempre le había llamado «¡mi león!». Como habían circulado tantos rumores de que en realidad Murat V no había muerto, de que después de ser enterrado sería exhumado y llevado furtivamente a Europa para que recuperase el trono, Abdülhamit —que había ordenado a todos sus ministros asistir al funeral— envió también a su propio asistente «personal» a la ceremonia. Este asistente, «cuyo nombre sería recordado por siempre jamás con odio», se acercó con paso insolente al cadáver, lo agarró del pelo y tiró con todas sus fuerzas hasta que acabó convencido de que el viejo sultán estaba realmente muerto.

El tercer viernes de 1905, una potente bomba colocada en un coche aparcado cerca de la ruta que siempre tomaba Abdülhamit para acudir a las oraciones del viernes en el palacio de Yıldız explotó con un estruendo infernal que retumbó por todo Estambul e incluso se oyó al otro lado del Bósforo. El sultán se había demorado un poco para hablar con el jeque al-Islam, que le había hecho una pregunta, y gracias a ello el paso de la comitiva se retrasó y Abdülhamit salió ileso de la explosión. La metralla de la bomba que salió disparada en todas direcciones mató a veintiséis personas e hirió a muchas más, incluyendo a diplomáticos y curiosos que iban cada viernes a ver al sultán. El conductor del coche donde habían colocado la bomba y la metralla también murió en la explosión.

Los policías y los torturadores de Abdülhamit no tardaron ni una semana en averiguar que detrás del intento de asesinato estaba un grupo de insurgentes armenios separatistas que habían sido formados por expertos en la fabricación de explosivos en Francia y Bulgaria. Los funcionarios torturadores que realizaban la investigación también identificaron rápidamente como cabecilla al anarquista y aventurero belga Edward Joris, que había ocultado las bombas en su casa. Este anarquista romántico, que durante el día trabajaba en la primera tienda abierta en Estambul de las

máquinas de coser Singer, en la calle principal de Beyoğlu, y que había ideado exitosas estrategias de venta para llevar aquellas máquinas hasta los pueblos de montaña más remotos del Imperio otomano, fue condenado a muerte, pero debido a las presiones ejercidas por la corona belga la ejecución no se llevó a cabo. Después de pasar dos años en prisión, obtuvo el indulto de Abdülhamit y regresó a Europa, donde se dedicó a realizar actividades de espionaje.

Durante la composición de las páginas finales de nuestro libro, a menudo hemos tenido la impresión de que muchos de los acontecimientos políticos más relevantes que tuvieron lugar en el Imperio otomano después de 1901 presentan rasgos e influencias de lo ocurrido durante la Revolución de Minguer. Quizá se deba a que nos hemos sumergido de tal manera en la rica historia de nuestra pequeña isla que hemos empezado a percibir su presencia allá donde miráramos.

Después de que los buques del Reino Unido, Francia y Rusia que rodeaban la isla levaran anclas y se marcharan, y dado que ninguna nación había reconocido oficialmente el estado independiente de Minguer, Abdülhamit podría haber seguido el ejemplo de los británicos en Alejandría y enviar al acorazado Mahmudiye para bombardear la guarnición, la sede ministerial y toda la ciudad de Arkaz; aun así, no lo hizo. Sobre el papel, Minguer aún era una provincia otomana, y antes de que alguna potencia extranjera —por ejemplo, los franceses— pudiera plantearse desplegar sus tropas en la isla, tendría que llegar antes a un pacto con los británicos, arriesgándose a entablar un conflicto armado con el Imperio otomano. Pero ni a Abdülhamit ni a la flota otomana les apetecía bombardear la isla, enviar a sus soldados e instalar a un nuevo gobernador. Cualquier tipo de resistencia que hubieran encontrado el ejército y la armada otomanos podría haber sido utilizado por las grandes potencias como un pretexto (como lo había sido la peste) para invadir Minguer, o para que los británicos ocuparan la isla como ya habían hecho

en Chipre, alegando que debían proteger a la población cristiana.

Después de que se levantara el bloqueo, la astuta política internacional del presidente Mazhar, y su voluntad de mantener buenas relaciones con los estados vecinos, incluyendo el otomano, resultaron determinantes para preservar la «independencia» de la isla. También fueron muy importantes las «reformas» que introdujo el presidente para transformar la División de Cuarentena en un ejército moderno. Se impuso un servicio militar obligatorio de dos años a todos los ciudadanos de la isla y, en apenas cuatro años, el regimiento contaba ya con dos mil quinientos nuevos soldados. Formado por personas que hablaban minguerense en sus casas, así como por musulmanes y rums que habían demostrado su lealtad al nuevo estado, la base espiritual de este nuevo ejército se sustentaba sobre la fuerza poética del nacionalismo minguerense impulsado por el comandante Kâmil, más tarde difundido con gran creatividad por toda la isla gracias a los esfuerzos de Mazhar Efendi.

El 28 de junio, la fecha en que el mayor salió al balcón de la sede de la gobernación e inició la Revolución de Minguer, fue escogido como el Día de la Independencia (y declarado también jornada festiva). Las celebraciones anuales empezaban con los soldados de la División de Cuarentena desfilando cuesta abajo desde la guarnición hasta la plaza de Minguer, portando las tradicionales gorras planas de los trabajadores de correos y las sacas al hombro, y entonando el himno *El Comandante ha llegado* y otras marchas minguerenses de reciente composición. Durante una hora, la totalidad del ejército de Minguer desfilaba frente al balcón desde donde el presidente Mazhar permanecía sentado (en una butaca bien protegida de patas altas) observando el avance de las tropas. A esto le seguía la exhibición realizada por los estudiantes de instituto, que todos los asistentes aguardaban con gran júbilo y expectación (y que incluso los periódicos occidentales describían con curiosidad y entusiasmo), y que

los antropólogos de hoy día consideran no solo un elemento esencial de las celebraciones del Día de la Independencia, sino también de la identidad nacional de Minguer.

La representación empezaba con ciento veintinueve estudiantes de instituto entrando en la plaza, cada uno de ellos portando una gran tela blanca en la que había bordada en grandes letras una palabra en minguerense. Eran las ciento veintinueve palabras que el padre de la nación, el inmortal comandante Kâmil, pronunció en su lecho de muerte en la habitación del hotel Splendid y que anotó el escribano que estaba con él. En cuanto los chicos y chicas vestidos con el uniforme estudiantil ocupaban sus posiciones en la explanada, recibían una gran ovación, seguida de un silencio expectante. ¿Qué maravillosas frases compondrían los estudiantes, cuáles de las prodigiosas últimas palabras del comandante, esas expresiones («Minguer es mi paraíso y es tu alma», «Minguer es de los minguerenses», «¡Mi corazón siempre será de Minguer!») pronunciadas como versos poéticos descendiendo directamente de lo más alto, se les recordarían ese año a la multitud congregada? Mientras se movían rápidamente por la plaza, cambiando sus posiciones para componer las frases con las palabras que portaban, los jóvenes estudiantes eran jaleados por el público mientras el presidente, sentado en el balcón con su esposa, los contemplaba con los ojos humedecidos por la emoción. Mientras tanto, más de doscientas personas (ciento cincuenta rums y sesenta musulmanes) que por desgracia no habían abrazado ese espíritu nacionalista y republicano, y que se empecinaban en mantener sus lazos con Grecia o con el Imperio otomano, permanecían encerradas en un «campo de adoctrinamiento» cerca de Andin. Otros habían decidido que, en vez de someterse a esa experiencia, preferían trabajar en la construcción de caminos y puentes. El presidente Mazhar había gravado con elevados impuestos a los ciudadanos adinerados (en su mayoría rums) que, tras haber huido a Atenas y Esmirna después de la revolución, todavía no habían

regresado, mientras que a los ricos que se habían quedado en la isla pero aún desafiaban al gobierno manteniendo su dinero en bancos de Atenas y Esmirna los obligaron a trabajar durante un tiempo en la construcción de carreteras… hasta que la publicación en la prensa griega y europea de varios artículos sobre los «¡trabajos forzados en Minguer!» llevó a que se renunciara a esa política.

Durante esa época, por una de esas extrañas casualidades de la vida, Arthur Conan Doyle, el creador de Sherlock Holmes, se casó por segunda vez y fue de luna de miel a Egipto, las islas griegas y Estambul, lugares donde se sucedieron muchos de los acontecimientos narrados en nuestro libro. En la capital otomana, Abdülhamit lo condecoró con la orden de Mecidiye, mientras que a su mujer se le concedió una distinción menor. El almirante inglés Henry Woods (también conocido como Woods Pachá), quien durante un tiempo sirvió como edecán del sultán, escribiría más adelante en sus memorias que había presenciado la ceremonia de condecoración en la que Abdülhamit conoció por fin al gran escritor a quien admiraba tan profundamente, pero esto no es cierto. Cuando informaron al sultán de que Conan Doyle insistía mucho en visitar el palacio de Yıldız, el aprensivo monarca tuvo miedo de que el autor quisiera ambientar allí su siguiente novela de Sherlock Holmes; y aunque sí se entregaron las condecoraciones, Abdülhamit canceló la ceremonia en el último momento poniendo como excusa que estaban en el mes del ramadán.

Durante los días de la peste, Pakize Sultan podía llegar a escribir hasta tres o cuatro largas cartas a la semana, pero en 1907 solo le envió dos desde Hong Kong a su hermana Hatice, y solo una en 1908, año en el que nació su segundo hijo, Süleyman. Tenían una doncella en casa, y un criado que hablaba inglés y se ocupaba de hacer recados y gestiones, pero con dos niños pequeños que enfermaban constantemente, Pakize Sultan perdió bastante el contacto con el mundo exterior. En una de esas cartas escribió que el doctor Nuri

realizaba visitas ocasionales de inspección en los barrios periféricos, pero que en Hong Kong la epidemia estaba en remisión y que morían muchas menos personas que hacía tres o cuatro años.

Un asunto que se menciona en las tres cartas de esos dos años es el interés y la determinación de Pakize Sultan por devorar las novelas y narraciones de misterio incluidas en las listas de «favoritas de Abdülhamit» que le enviaba su hermana (empezando por las historias de Sherlock Holmes), y que sacaba prestadas de la biblioteca británica de Hong Kong. En su carta de 1908 no le cuenta a su hermana el porqué de esa actitud, pero era algo que había hablado a menudo con el doctor Nuri (quería averiguar cómo el asesino del doctor İlias había conseguido comprar tanta cantidad de veneno en las herboristerías y farmacias sin despertar sospechas). ¿Por qué no se lo comentó a su hermana? Probablemente porque Hatice se había reconciliado con su tío Abdülhamit: el sultán no solo la había perdonado, sino que además se aseguró de que la invitaran a las fiestas y eventos de palacio para dejar claro ante la sociedad que su sobrina había sido la víctima de todo aquel escándalo. Pakize Sultan podría haber intentado aprovecharse de ese reacercamiento entre Hatice y el sultán después de la muerte de su padre, pero en ningún momento le escribió a su hermana pidiéndole que actuara como mediadora para obtener un perdón oficial que los exculpara a ella y a su marido del cargo de «traición a la patria». Quizá pensara que su hermana Hatice no era tan íntima de Abdülhamit como para pedirle algo así; otra posibilidad era que, aunque su tío los «perdonara», sentía que nunca podría confiar del todo en él, y que ese indulto sería también una traición a la memoria de su padre.

Pakize Sultan se enteró a través de la prensa británica de Hong Kong de la restauración de la Constitución por parte de Abdülhamit, la reapertura de la Cámara de Diputados, el Levantamiento del 31 de marzo, y la entrada en Estambul del Ejército de Acción procedente de Tesalónica para derrocar a su

tío (Abdülhamit) y sustituirlo por su hermano pequeño Mehmet Reşad. Ni a ella ni a su marido les costó visualizar a las turbas furiosas y organizadas que salían de las mezquitas de Estambul para matar en las calles a los escritores occidentalistas, reformistas y defensores de la libertad; los enfrentamientos armados con cañones y ametralladoras entre el Ejército de Acción de Tesalónica y los soldados de los barracones de Maçka (situados cerca de los laboratorios de bacteriología de Nişantaşı) y de Taksim; a los tres cabecillas de los rebeldes «fanáticos de la sharía» vestidos con las camisolas blancas de ejecución y colgados en los modernos cadalsos en forma de trípode en la siempre concurrida plaza de Eminönü, donde durante tres días los dejarían balancearse al viento para que sirvieran de ejemplo para todos los ciudadanos de Estambul; y los cánticos de «libertad, igualdad y fraternidad» y demás eslóganes exigiendo «justicia» que resonaban por toda la ciudad.

La introducción de las nuevas libertades, el derrocamiento de Abdülhamit y la amnistía concedida a los presos políticos habían hecho que la idea de «regresar a Estambul» fuera una posibilidad cada vez más concebible. Si volvieran a Estambul, ¿tendrían problemas por lo que había ocurrido en Minguer? En aquellos días, los funcionarios del Imperio otomano —en rápido desmoronamiento y fuertemente endeudado— se hallaban sumidos en un estado de gran incertidumbre. Un amigo de Estambul al que el doctor Nuri había enviado cartas y telegramas para intentar encontrar respuesta a esa pregunta y para intentar averiguar qué estaba sucediendo en realidad entre bambalinas, había hecho indagaciones a través de un amigo suyo del Ministerio de Justicia, quien le aconsejó que tal vez lo mejor sería que la pareja volviera «sin decirle nada a nadie», ya que si hacían demasiadas preguntas y removían demasiado el asunto de su posible regreso algunos secretarios y jefes de departamentos podrían verlo como una oportunidad para exigirles grandes sobornos, o tal vez considerarían que

marido y mujer se estaban incriminándose a sí mismos absurdamente y se querrían aprovechar de ellos.

Pero a ninguno de los dos se les pasó por la cabeza la posibilidad de regresar a Estambul de forma precipitada. Sí, Pakize Sultan tenía propiedades en Estambul (entre ellas la mansión a orillas del Bósforo que había sido su regalo de bodas), y el doctor Nuri tenía su asignación mensual como yerno imperial y su salario de funcionario esperándolo en las arcas de la tesorería, así como otras fuentes de ingresos; pero, por otra parte, existía la posibilidad muy real de que sus enemigos y detractores no se hubieran olvidado del tema de la «traición a la patria». Si algún día decidían regresar a Estambul, podrían reclamar todo aquello que les pertenecía por derecho. Pero, mientras tanto, el brillante doctor Nuri se ganaba muy bien la vida en Hong Kong gracias al buen estipendio que recibía de la administración colonial británica, y gracias también a su trabajo como asesor médico y de cuarentena en los hospitales. Además, la idea de subir a un barco con su hija de tres años y su hijo irascible y belicoso de un año para emprender una travesía que duraría semanas (¡sin contar con que los podrían someter a cuarentena en algunos puertos!) era más de lo que podían soportar.

Puede que no lo expresara por escrito en sus cartas, pero mi intuición me lleva a pensar que Pakize Sultan estaba muy feliz con su matrimonio, con sus ruidosos hijos y con la vida que llevaban en aquella casa que olía siempre a comida, vapor y heces de críos. En Estambul habría acabado como todos los demás miembros de la dinastía, marchitándose como una rosa en un rincón, llevando una vida aparentemente más glamurosa pero mucho menos vibrante. Hacía tiempo que Pakize Sultan había entendido que su marido no era como los demás príncipes y yernos imperiales, y que nunca podría ser feliz si su vida consistiera solo en asistir a actos y recepciones (esas fiestas organizadas para recaudar fondos para instituciones benéficas y de salud pública). De hecho, ambos estaban satisfechos con la resguardada «vida burguesa» que llevaban

en Hong Kong, una vida alejada de los focos y la gente y con criados que atendían sus necesidades, y aunque en Estambul se hubiera proclamado la libertad y Abdülhamit ya no estuviera en el trono, no sentían que fuera suficientemente seguro como para regresar.

En las once breves cartas que le escribió a su hermana en el periodo de cinco años entre 1909 y 1913, Pakize Sultan siempre le explicaba prácticamente lo mismo: que ella y los niños estaban bien en Hong Kong, que su marido trabajaba mucho, y que pasaba el tiempo ocupándose de la casa y leyendo novelas. Y por las preguntas que le hacía en sus cartas, podemos suponer que Pakize Sultan no estaba al corriente de lo que sucedía en Estambul y en Arkaz.

Así pues, recurriremos a otras fuentes para repasar brevemente algunos de los acontecimientos que ocurrieron en Estambul y en Arkaz durante esos cinco años.

La historia de los últimos diez años del Imperio otomano es también la historia de la rápida y vertiginosa pérdida de control de todos los territorios, países e islas que aparecían en el mapa imperial colgado en el gran salón del Aziziye.

En los días posteriores a la caída de Abdülhamit, la palabra que estaba en boca de todo el mundo en Estambul era «Libertad». Tras la llegada de las nuevas «libertades», lo primero que hizo la hermana de Pakize Sultan fue pagar una sustancial «compensación» económica para divorciarse del marido con quien la había casado su tío (y que, a petición de su cuñada Pakize Sultan, había estado preparando listas de todas las novelas de misterio que Abdülhamit había leído). Cincuenta años más tarde, el escritor conservador Nahid Sırrı Örik escribiría una serie de artículos en la revista *Tarih Dünyası* (*El Mundo de la Historia*) sobre el hijo y las hijas de Murat V (exceptuando a Pakize Sultan), en los que aseguraba —basándose en los rumores que circularon es su momento sobre la vida en palacio y que también había escuchado de su

propio padre— que la «Libertad» que tanto habían ansiado no les sirvió de mucho a los vástagos del difunto sultán.

Örik escribe que, tras ser liberado después de veintiocho años de encarcelamiento en el mismo palacete, el príncipe Mehmet Selahattin se paseó durante días por las calles, ferris, muelles y puentes de Estambul, presentándose a todos los transeúntes con los que se cruzaba, entre ellos un jovencito Nahid Sırrı, que por entonces tenía trece años. La principal preocupación del príncipe era cómo escribir y producir una obra teatral sobre las injusticias que había tenido que sufrir su depuesto padre. Pero Nahid Sırrı Örik, que tenía gran afición por los rumores más malintencionados, sugiere que el medio loco pero extraordinariamente inteligente y cultivado príncipe se acercó al sultán Mehmed Reşad para exigirle unos ingresos «heredados» que se le debían a su difunto padre Murat V (sin darle la parte correspondiente a sus hermanas), pero que ni siquiera su tío Reşad, también relativamente lelo, se lo tomó en serio.

La nueva era de «Libertad» se notó especialmente en la gran riqueza y variedad de libros, revistas y periódicos que empezaron a publicarse. Fue así como los ciudadanos de Estambul descubrieron que algunas de las novelas francesas que habían comprado y leído durante la época de «tiranía» de hecho habían sido traducidas para el deleite de Abdülhamit. Fue a partir de entonces cuando empezó a ponerse la nota «Traducido para Abdülhamit» bajo los títulos de algunos de esos libros, aunque esa práctica se difundiría ampliamente después de la fundación de la República de Turquía.

Desde nuestro punto de vista, hay tres explicaciones para la pregunta —también muy importante para el propósito de nuestro libro— de por qué esas novelas seguían publicándose en su versión censurada «incluso en la era de la Libertad»: 1) pereza; 2) el hecho de que en los años transcurridos muchos de los antiguos traductores habían dejado de trabajar y los manuscritos originales de sus traducciones se habían perdido, y 3) que los temas que tanto habían disgustado a Abdülhamit,

como las críticas contra el islam y los turcos, seguían resultando igual de incómodos para los gobernantes de la nueva era de la «Libertad». Añadiremos también que la costumbre de matar a escritores y periodistas por las calles con el respaldo tácito del Estado —una tradición que todavía perdura después de más de cien años— se inició durante el nuevo régimen de «Libertad».

El desmoronamiento del imperio se vio precipitado por la intervención de Italia, que, tras llegar a un pacto con los británicos y los franceses, declaró la guerra a los otomanos en 1911 para tomar el control de Libia (¡aunque, en realidad, el nuevo gobierno habría estado tan dispuesto como Abdülhamit a retirar su bandera y entregar Libia a los italianos sin plantar batalla!). Como parte de su estrategia militar, la armada italiana —que debía de ser siete u ocho veces más poderosa que la flota imperial— invadió más de veinte islas otomanas de todas las formas y tamaños, incluyendo Rodas. Debido a que los turcos administraban esos territorios, el regimiento que más resistencia ofreció contra los invasores en todas las islas del Dodecaneso (que los turcos llamaban las «Doce Islas») fue la división otomana estacionada en Rodas. Mientras tanto, en Minguer, el astuto presidente Mazhar jugó bien sus cartas y consiguió —sin verse inmiscuido en el conflicto— sellar un nuevo tratado que garantizaría la independencia de la isla.

Los rums, que constituían la inmensa mayoría de la población en todas las islas ocupadas por los italianos, no pusieron ninguna objeción a la nueva situación, ya que preferían ser gobernados por los italianos antes que por el decadente Imperio otomano, que había sido incapaz de imponer la ley y el orden y que, once años después de las reformas del Tanzimat, seguía buscando todo tipo de pretextos (como el pago de una tasa a los no musulmanes que querían evitar el servicio militar obligatorio) para gravar con más impuestos a la población cristiana. Como se encontraba demasiado al este, la pequeña isla de Megisti no había sido invadida, pero su población (constituida en un 98 por ciento

por rums) cursó una petición formal invitando a la flota italiana a la isla y declarando su deseo de anexionarse a Italia.

La guerra, que fue la primera contienda en la historia en la que se produjeron bombardeos aéreos, fue ganada rápidamente por el Reino de Italia. En el Tratado de Ouchy que se firmaría después, Libia pasó a ser territorio italiano. Por lo que respectaba a las islas ocupadas por los italianos, quizá les serían devueltas a los otomanos después de las guerras de los Balcanes. Porque, mientras tanto, al ver cómo se desmoronaba el imperio y con qué facilidad eran derrotados sus ejércitos, los países balcánicos —tras acordar previamente quién se quedaría con qué territorios— habían declarado la guerra a Estambul. Esto reavivó el conflicto siempre presente entre Grecia y el Imperio otomano. Tras la dura derrota sufrida en la guerra turco-italiana (conocida en los libros de historia turcos como guerra de Tripolitania), los burócratas del gobierno estaban tan seguros de que volverían a ser derrotados en la guerra de los Balcanes que lo más probable era que todas las islas otomanas acabaran formando parte de Grecia. Por esa razón, tal vez lo mejor fuera que esas islas se quedaran por ahora en manos de los italianos, con el convencimiento de que algún día les serían devueltas. Así pues, con la retirada definitiva de las divisiones otomanas de Libia, Estambul dio a entender a los italianos que sus soldados podían permanecer en las doce islas.

Por esa misma época, en septiembre de 1912, el presidente Mazhar firmó un pacto «secreto» con Italia conocido como el Acuerdo de La Canea. En el transcurso de los treinta y un años que se mantuvo en el poder, el presidente recurriría a penas de prisión, campos de trabajo y otros métodos similares para subyugar a los liberales de la isla, sus facciones proturcas y progriegas y otras voces disidentes, y también crearía un ejército poderoso. Dos veces al año, se plantaba en el balcón de la sede ministerial, antigua sede de la gobernación, y saludaba a todos y cada uno de los soldados de su ejército, sin importar el tiempo que tardaran en desfilar. Fotografías,

pinturas y estatuas del comandante y Zeynep adornaban todos los rincones la isla, cuya imagen aparecía también en boletos de lotería y billetes de banco, en cajas de zapatos y en etiquetas de bebidas alcohólicas, en paquetes de higos secos y en paradas de carruajes.

Mientras se dirigía a Creta a bordo del único buque de la armada minguerense para firmar el acuerdo con los italianos (que contaba también con el beneplácito de los británicos), el presidente Mazhar anunciaba a todos los que estaban a su alrededor que, después de once años, la independencia de la nación iba a ser finalmente reconocida por el resto del mundo… Su fiel mano derecha, Hadid, había movido cielo y tierra para convencer a todos los isleños —especialmente a los minguerenses «auténticos» que hablaban la lengua ancestral en sus casas— de que ese tratado era la mejor opción para garantizar el futuro de la isla.

Fue así como en octubre de 1912 Italia reconoció formalmente la independencia de Minguer. En realidad, se trataba de una independencia a medias, ya que la bandera italiana también ondearía junto a la minguerense en el balcón la antigua sede de la gobernación. Ahora el principal trabajo del presidente Mazhar consistiría en silenciar las voces de los nacionalistas minguerenses que se oponían a la presencia de la bandera italiana, pero tampoco eran demasiados. La mayoría de los ciudadanos se sentían sencillamente aliviados sabiendo que los otomanos no enviarían a sus acorazados a bombardear la isla.

Cuando el conflicto en los Balcanes acabó con una nueva derrota, el Comité de Unión y Progreso dio un golpe de estado para derrocar al gobierno que había perdido la guerra. Muchos aspectos de ese incidente, conocido popularmente como el Asalto a la Sublime Puerta, recuerdan a la historia de Arkaz y al periodo de los llamados «gobiernos de cuarentena». Un grupo de soldados armados irrumpió en una reunión gubernamental a plena luz del día, mató a uno de los ministros y obligó al gobierno a dimitir. El principal artífice de ese

golpe, el «Héroe de la Libertad» Enver Bey, sería ascendido rápidamente al rango de pachá y se casaría con una nieta del sultán Abdülmecit, Naciye Sultan.

Cinco meses más tarde, Mahmut Şevket Pachá, el comandante del Ejército de Acción que había derrocado a Abdülhamit y que los golpistas habían colocado al frente del nuevo gobierno, fue asesinado a tiros en la calle Divanyolu de Estambul mientras estaba parado entre el tráfico en su carruaje descapotado. El vehículo acribillado por las balas, que no tenía ningún tipo de blindaje, se exhibe actualmente en el Museo Militar de Harbiye, junto a las armas de los asesinos que fueron capturados y colgados, y el novelista Orhan Pamuk, gran aficionado a la historia, me comentó en una ocasión que, en los años ochenta, durante una época en que vivía en una casa en Nişantaşı que estaba a cinco minutos a pie del museo, lo visitaba de forma obsesiva una vez a la semana.

En el otoño de 1913, un alto cargo de la administración británica en Hong Kong concertó un encuentro con el doctor Nuri y fue a verlo al Hospital Tung Wah. El doctor Nuri había supuesto que aquel funcionario colonial de cabello castaño claro y ojos verdes querría comentarle alguna cuestión relacionada con la cuarentena o con los problemas del alcantarillado en Hong Kong, pero en vez de eso se encontró discutiendo con él sobre las consecuencias del final de la guerra en los Balcanes, un asunto que había leído en los periódicos locales.

El Imperio otomano acababa de perder sus últimas posesiones en los Balcanes, unos territorios sobre los que había ejercido su soberanía durante los últimos cuatrocientos años. Por su parte, los albaneses también habían iniciado una rebelión nacionalista. El movimiento independentista albanés no estaba tan preocupado por expulsar a los otomanos como por repeler a las grandes potencias que tratarían de ocupar su lugar en cuanto se marcharan. Finalmente, los países europeos habían acabado accediendo a la fundación de un estado albanés «independiente», que en el fondo estaría gobernado

por ellos mismos. (Todo el mundo estaba de acuerdo en que el Imperio otomano había llegado a su fin, pero la cuestión ahora era cómo se repartirían sus territorios, grandes o pequeños, entre las demás naciones). También habían decidido que Albania sería gobernada por una comisión constituida por representantes de seis países, y que el jefe del estado sería un príncipe escogido por las grandes potencias.

—Pero todos quieren que su príncipe gobierne Albania —dijo el funcionario británico con un tono quejumbroso.

Había incluso algunos albaneses que pensaban que la mejor «protección» que podrían conseguir sería la de los británicos, y esperaban que se eligiera al príncipe Arturo, hijo de la reina Victoria, duque de Connaught y gobernador general de Canadá. Los alemanes estaban pensando en alguien de la dinastía de los Hohenzollern. También se hablaba de un príncipe rumano, así como un pachá del Jedivato de Egipto que estaba utilizando documentos falsos para asegurar que era de origen albanés.

Para entonces el doctor Nuri ya había intuido hacia dónde se encaminaba la conversación, pero aun así adoptó un gesto solemne y le preguntó por qué le contaba todo aquello.

El funcionario prosiguió con su explicación. El ministro de Asuntos Exteriores otomano, Noradunkyan, había sugerido a los británicos que, teniendo en cuenta que el 80 por ciento de la población de Albania era musulmana, el príncipe escogido para gobernar el país debería pertenecer a la dinastía otomana. Los príncipes que estaban en los primeros puestos de la línea de sucesión, y que todavía tenían esperanzas de convertirse en sultanes algún día, habían rechazado la propuesta del partido gobernante, el Comité de Unión y Progreso, de convertirse en soberanos de Albania. Pero incluso los príncipes más necios e indolentes, sin posibilidad alguna de acceder al trono (entre ellos el príncipe Burhanettin Efendi, el compositor e hijo amadísimo de Abdülhamit, del que hemos hablado anteriormente), habían hecho ascos a la idea de convertirse en

príncipes de Albania, probablemente porque los otros también habían rechazado el ofrecimiento. Por esa razón habían empezado a considerar para el cargo a ilustres pachás otomanos de orígenes albaneses. El funcionario colonial de ojos verdes guardó silencio unos segundos, y a continuación le confesó que en realidad el Reino Unido no tenía demasiado interés en Albania. Pero si el príncipe elegido tenía que ser un distinguido musulmán digno de esa encantadora nueva nación, y que además contara con la aprobación de Occidente, el gobierno británico había pensado proponer como candidatos a Pakize Sultan y el doctor Nuri, y no a alguno de aquellos mediocres principillos. Además, si aceptaban la propuesta, el Principado de Albania se libraría también del problema de las enfermedades infecciosas.

El doctor Nuri repitió lo que le había dicho doce años atrás al cónsul británico George en Minguer, señalando con la misma seriedad de entonces que la hija de un sultán —es decir, una descendiente femenina de la dinastía otomana— nunca podría ostentar ningún tipo de autoridad política en un país musulmán.

El funcionario británico le respondió que Pakize Sultan había realizado una excelente labor como reina en Minguer, y que el Ministerio de Asuntos Exteriores británico no tenía ninguna duda de que se ganaría el cariño del pueblo albanés.

—Minguer fue un caso muy especial… —dijo el damat doctor—. Queríamos apoyar los esfuerzos de la cuarentena contra la peste.

En ese momento el alto funcionario quiso dejar claro que no les estaba haciendo ningún ofrecimiento formal, y que para que el gobierno británico pudiera plantear su propuesta de manera oficial, el doctor Nuri y Pakize Sultan debían mostrar claramente que estaban interesados en ir a Albania.

La última carta que Pakize Sultan le escribió a su hermana, y que se incluye en la correspondencia que ha llegado a nuestras manos, aborda precisamente este tema, así que nos

detendremos un momento a analizar su tono y su contenido. Leyendo la epístola resulta evidente que al principio Pakize Sultan se tomó la propuesta en serio, y que discutió largo y tendido la idea de convertirse en princesa de Albania —aunque también bromeó al respecto— con su marido y sus hijos. ¿Qué pensaba Hatice de todo esto? En nuestra opinión, la pregunta que le hizo a su hermana era tanto un acto de jactancia, sino más bien un intento de averiguar «qué diría Estambul» si algo así llegara a ocurrir. En esta última carta, Pakize Sultan también comentaba que no hablaba albanés y que no quería cometer el mismo error que había cometido en Minguer. Pese a todo, un día Pakize Sultan se tomó la molestia de ir a la biblioteca y consultar la edición de 1911 de la *Enciclopedia Británica* que acababa de llegar de Nueva York, y que dedicaba dos breves entradas al país: en la primera decía que Albania no era una isla, que su terreno era montañoso, y que —según Estrabón, el geógrafo e historiador de la Grecia antigua— sus gentes eran altas, fuertes y honestas; y, en la segunda entrada, leyó con cierta emoción que Albania formaba parte del «Imperio Turco». Su hija Melike, que por entonces tenía siete años, recordaría muchos años después cómo su madre solía bromear sobre convertirse en princesa de Albania mientras se afanaba con las tareas domésticas y se quejaba de la holgazanería de la criada. En cualquier caso, antes de que pudieran tomar siquiera una decisión se enteraron por los periódicos de que un príncipe alemán (Guillermo de Wied) había sido escogido como nuevo jefe de Estado de Albania. (Solo seis meses después sería derrocado tras una revuelta y un golpe llevados a cabo por los musulmanes). Así pues, tampoco perdieron demasiado tiempo dándole vueltas a esa fantasiosa idea.

No sabemos con certeza por qué Pakize Sultan dejó de escribirle a su hermana. Suponemos que, por alguna razón, se distanció de Hatice, que durante ese tiempo se había vuelto a casar, vivía en su antigua mansión junto al Bósforo con su nuevo marido y había dado a luz a dos niños muy seguidos.

También es posible que una o dos de las cartas que Pakize Sultan le enviaba de forma cada vez más esporádica se perdieran por el camino antes de llegar a manos de Hatice Sultan.

Cuando al año siguiente estalló la Primera Guerra Mundial, conocida en Estambul como *Umumi Harp* (el «conflicto universal»), la pareja se encontraba en territorio enemigo, en Hong Kong, con dos niños pequeños. Suponemos que, después de diez años viviendo allí, ya habrían conseguido el pasaporte británico. La administración colonial británica hizo todo lo posible para que sus apreciados invitados otomanos se sintieran tranquilos y seguros.

Durante la guerra, Pakize Sultan, el doctor Nuri y sus hijos permanecieron en Hong Kong y perdieron todo contacto con el círculo palaciego de Estambul. No podemos saber hasta qué punto se sentían prisioneros de los británicos o de sus propios miedos y sentimientos de culpa, pero en cualquier caso, después de que las potencias extranjeras ocuparan Estambul tras el armisticio, no querían arriesgarse a que los vieran como colaboradores de los británicos. (Así era como los ciudadanos de Estambul llegaron a ver a la otra hermana de Pakize, Fehime Sultan, después de que empezara a dar fiestas en su mansión del Bósforo para los oficiales del ejército británico ocupante). Sin embargo, por las mentes de ambos siempre rondaba la posibilidad de reclamar sus asignaciones acumuladas y su antigua residencia de Ortaköy: es decir, la idea de regresar a Estambul.

En noviembre de 1918, los acorazados de las fuerzas aliadas británicas, francesas, italianas y griegas que habían ganado la Primera Guerra Mundial entraron en Estambul y echaron anclas frente a los palacios del Bósforo. Así pues, con la caída de Estambul, los seiscientos años de historia del Imperio otomano —que había menguado progresivamente a medida que perdía sus islas y territorios— habían llegado a su final definitivo. El Centurion, el gigantesco acorazado de la armada británica, ancló enfrente del palacio de Çırağan donde

Pakize Sultan había residido durante buena parte de su vida. A menudo me preguntaba, cuando leía los libros de texto escolares turcos, si solo era una coincidencia que en las fotografías que mostraban los días más oscuros de la población musulmana de Estambul el cielo apareciera siempre cubierto de nubes negras. Con los acorazados de las grandes potencias anclados frente a su ventana, el último sultán otomano era ahora un prisionero en su propio palacio, como lo había sido su hermano Murat V. Cuando Mustafá Kemal expulsó a las tropas griegas de Anatolia occidental en 1922, el último sultán también abandonó su palacio y la ciudad de Estambul a bordo de un acorazado británico.

En marzo de 1924, después de la proclamación de la República de Turquía en Ankara en 1923 y la abolición del califato unos meses después, los miembros de la familia real otomana fueron desterrados del país. En solo de tres días, ciento cincuenta y seis personas del círculo más cercano al trono que habían disfrutado del opulento y fabuloso mundo palaciego en el que había habitado también Pakize Sultan fueron desarraigadas de sus vidas estambulitas y enviadas en tren al exilio en algún lugar desconocido de Occidente. A esos ciento cincuenta y seis miembros del entorno otomano también los obligaron a vender con carácter inmediato todos los bienes y propiedades que tenían en Turquía, y se les prohibió cruzar todas las fronteras turcas, ni siquiera de paso. Como Pakize Sultan y el damat doctor Nuri también formaban parte de ese exclusivo grupo de notables desterrados, se vieron de pronto despojados de su ciudadanía turca y de la posibilidad de regresar a Estambul. Tras habérseles prohibido cruzar las fronteras de Turquía, los miembros de la dinastía real otomana no tenían claro cuándo podrían volver.

Hatice Sultan, que en el último año de la guerra se había separado de su segundo marido, no se marchó a Francia, como la mayoría de los miembros de la dinastía. Cogió a sus dos hijos y las cartas de su hermana pequeña y se marchó a Beirut. Allí pudo subsistir durante muchos años gracias a la pensión

que recibía de su segundo marido. Cuando este se vio implicado en problemas legales por contrabando de objetos antiguos, esta fuente de ingresos se interrumpió y, aunque Hatice Sultan pasó unos años muy difíciles y sin dinero en Beirut con sus dos hijos, por alguna razón no volvió a contactar con Pakize Sultan.

En nuestra opinión, hay dos razones que explican por qué dos años después Pakize Sultan y su familia decidieron de pronto abandonar Hong Kong para trasladarse a Francia. La primera es que se identificaban y de hecho empatizaban con aquellos ciento cincuenta y seis miembros de la familia real otomana desterrados, a los que se habían unido también unas quinientas o seiscientas personas del círculo dinástico que se habían exiliado voluntariamente. La otra razón es que esperaban encontrar un buen marido para su hija Melike (mi abuela) entre los príncipes enviados al exilio.

Ya que no existe correspondencia escrita por Pakize Sultan sobre este tema, pasaremos de puntillas sobre la vida de la familia posterior al traslado de Hong Kong a Francia (en verano de 1926), porque apenas es relevante para la historia de Minguer. El padre de mi abuela, el damat doctor Nuri, encontró trabajo en un hospital de Marsella, ciudad donde más adelante abriría su propia consulta médica. Esto les permitió mantenerse a una prudente distancia del círculo dinástico otomano, que se había asentado en su mayoría en los alrededores de Niza, y de los rumores que circulaban en ese ambiente. También los mantuvo alejados de los espías del consulado turco que se había abierto en Niza con el único objetivo de controlar los movimientos de los exiliados y averiguar si estaban metidos en asuntos políticos. El marido que encontraron para mi abuela Melike era un príncipe de la estirpe de Abdülhamit, pero de baja categoría.

Mi madre, nacida en 1928, fue la única hija de aquel matrimonio gris e infeliz. Para escapar del asfixiante ambiente familiar de Marsella, lleno de alcohol y peleas, aquella nieta de sultán hizo lo que solían hacer la mayoría de las mujeres de

la dinastía otomana y, después de la Segunda Guerra Mundial, recurrió al método del matrimonio concertado con un hombre rico musulmán… ¡cuando solo tenía dieciocho años! Mi padre era el hijo de un acomodado comerciante árabe (iraquí) establecido en Londres y una mujer de raíces escocesas. Pensó que si se casaba con una «princesa otomana» sería bien visto en los círculos sociales de la clase media-alta londinense donde intentaba introducirse. Seis meses después de su matrimonio concertado, por el cual recibió una gran cantidad de obsequios y joyas, mi madre decidió regresar a la casa familiar en Marsella. Pero un tiempo después, mi padre fue a Marsella y convenció a mi madre para que regresara con él a Londres.

Durante aquellos años tempestuosos, mi madre empezó a sentir cierta «curiosidad por Minguer», o, como diría más adelante, «un apego». Cuando era pequeña, había escuchado a su abuela Pakize Sultan describir la isla como si fuera un lugar salido de cuento de hadas, y hablar en tono nostálgico pero también medio en broma de la época en que había sido reina. Sin embargo, mi abuela Melike nunca mostró mucho interés por Minguer. Según ella, su antepasado más ilustre no era su madre, sino su abuelo el sultán otomano Murat V, descendiente de una dinastía de seiscientos años. Mi abuela Melike solía decir que, si hubiera podido separarse de su marido, habría regresado a Estambul después de 1952. Fue en ese año cuando el gobierno turco decidió que las mujeres en su situación podían obtener un permiso para volver al país.

La «fascinación por Minguer» de mi madre también se vio alimentada por su anhelo de escapar del círculo de los exiliados otomanos de Niza y de la camarilla «del Medio Oriente» del Londres de mi padre. Quería encontrar un lugar donde poder vivir con su marido alejada de todo aquello. Otra de las razones fue que, en 1947, el estado independiente de Minguer fue reconocido oficialmente por las Naciones Unidas, y aparecía con frecuencia en las páginas de sociedad de los periódicos y en suplementos infantiles que dedicaron mucho

espacio a la historia de uno de los países más pequeños del mundo. Aquellos encantadores reportajes también tuvieron gran influencia sobre mi «nacionalismo» minguerense.

Tras el final del dominio otomano en Minguer, la bandera otomana que ondeaba en la antigua sede de la gobernación fue reemplazada entre 1901 y 1912 por la bandera minguerense; entre 1912 y 1943, por la minguerense y la italiana; entre 1943 y 1945, por la alemana; entre 1945 y 1947, por la británica; y finalmente, después de 1947, de nuevo por la bandera minguerense diseñada originalmente por el pintor Osgan. (En abril de 1915, junto con más de dos mil intelectuales armenios que vivían en Estambul, nuestro pintor fue secuestrado una noche de su casa, con el pretexto de una medida de emergencia en tiempos de guerra ordenada por el primer ministro y «Héroe de la Libertad» Talat Pachá, y nunca más se supo de él).

Sin embargo, la alternancia de todas esas banderas sobre la isla no supuso cambios sustanciales en las vidas cotidianas de los ciudadanos, ni tampoco grandes transformaciones culturales, ya que durante el medio siglo transcurrido entre 1901 y 1952, el presidente Mazhar (1901-1932), el presidente Hadid (1932-1943) y los demás presuntos «presidentes», medio presidentes y gobernadores que los siguieron, perseveraron —en colaboración con los italianos y los alemanes— en la implantación de la misma política exhaustiva de «minguerización», prohibiendo enseñar en las escuelas la historia otomana y griega de la isla, enviando a campos de trabajo a un gran número de valientes disidentes turcos y rums y «minguerizando» todos los aspectos de la isla. Hemos analizado este periodo con minuciosidad —y un gran coste personal— en nuestro libro *La minguerización y sus consecuencias* , que durante veinte años estuvo prohibido en la isla y que después sería publicado con varios fragmentos censurados.

En verano de 1947, dos años antes de que yo naciera, mi madre y mi padre, que llevaban un tiempo separados, se

reencontraron en Marsella. Al final, mi madre consiguió convencer a mi padre para irse a vivir a Minguer, aunque fuera solo una temporada. (Gracias a la perseverancia de mi madre, soy minguerense de nacimiento). Antes de que acabara el verano, llegaron a Arkaz vía Creta y se alojaron en la misma habitación de hotel donde —según las historias que me contó mi madre y las cartas que escribió mi bisabuela— el comandante y Zeynep habían muerto por la peste cuarenta y seis años antes. Una placa en la entrada del Splendid Palas informaba de que el fundador del país residía en ese hotel el día en que proclamó la Libertad e Independencia del país; y en la sala de reuniones del segundo piso había expuestas una serie de fotografías tomadas aquel día por Vanyas y por el fotógrafo anónimo del *Havadis-i Arkata* , así como el escritorio que utilizaba Mazhar Efendi cuando ejercía de asistente del comandante.

Mi padre compró para mi madre una gran casa con vistas a la playa en el barrio de Filizler (antiguamente Flizvos), y recuerdo que en los años cincuenta, aburrida de estar en casa todo el día, mi madre me llevaba en las tardes de verano a la heladería Roma del Splendid Palas. A veces nos sentábamos en una mesa del patio para tomar el fresco bajo la sombra de los tilos. Y al final de aquellas salidas, después de habernos acabado los helados y de que mi madre me hubiera limpiado las manos con un pañuelo, a menudo le insistía para que me llevara al pequeño museo del segundo piso, que nunca me cansaba de visitar. (El interés por los museos es una afición que comparto con el escritor Pamuk).

Aquellas fotografías del día de la revolución, de la gente reunida en el balcón proclamando la independencia del país, me causaban una gran fascinación, al igual que el juego de plumas y tintero del comandante, cuyo retrato había visto colgado por todo Arkaz. Quizá ya por entonces intuía en mi corazón de niña las misteriosas y profundas relaciones que existen entre la historia y los objetos, entre las naciones y la literatura.

Yo nací en Minguer, e incluso en las largas temporadas que he pasado lejos de la isla, nunca desapareció de mis sueños y mi imaginación. Si acaso, mis recuerdos se hicieron más intensos por la distancia. Después de nuestras visitas a la heladería del Splendid, a veces regresábamos a casa caminando por la avenida del Comandante Kâmil (antigua avenida Hamidiye), mirando los escaparates y haciendo algunas compras. En ocasiones girábamos por la avenida Estambul y paseábamos bajo la fresca sombra de sus pórticos, pasando junto a la juguetería Londres, la librería Isla y el Minguerbank, hasta llegar al mar.

Esta segunda ruta me gustaba más, porque siempre me permitía disfrutar de unos minutos examinando los barcos amarrados en los muelles y anclados en el mar, leyendo y reflexionando sobre sus nombres, y cuando llegaba la hora de volver a casa siempre tomábamos un faetón. A veces me alejaba un poco de la cafetería situada junto al nuevo embarcadero e intentaba tocar el agua con la mano, y mi madre me reñía diciendo: «¡Cuidado, que te mojarás los zapatos!». Toda mi ropa, los zapatos, los calcetines, la chaqueta y la falda que llevaba a la escuela era de buena confección e importada de Europa. Incluso antes de empezar la escuela, ya había notado que mi madre prestaba más cuidado y atención que otras madres a mi forma de vestir, y también percibía que eso tenía que ver con una visión idealizada y romántica de su pasado otomano.

Al igual que ahora, de pequeña me encantaba pasear entre la muchedumbre de los muelles, sentir el ajetreo de los que corrían para coger el ferri y la alegría de los recién llegados al salir del edificio de aduanas, y percibir la sombra del Monte Blanco extendiéndose por toda la bahía; y como les sucedía a todos los niños minguerenses, me daba miedo el castillo e imaginaba que estaba poblado por bandidos, asesinos y todo tipo de seres horribles. Y al igual que la mayoría de los minguerenses que solo pueden pensar en el castillo como un lugar siniestro y tenebroso, solo he estado una vez en su

interior, y de forma muy breve. Más que el castillo en sí, me gustaba ver su imagen reflejada sobre las aguas calmadas de la bahía.

Puede que mi madre disfrutara comportándose como una princesa otomana, pero cuando subíamos al faetón para regresar a casa siempre le preguntaba en minguerense al conductor «cuánto es» hasta Filizler (y eso que todos los cocheros sabían hablar aunque solo fuera un poco de turco). Si el precio le parecía aceptable, no hacía ningún comentario, pero si lo consideraba excesivo, le señalaba al conductor la lista de tarifas escrita en minguerense, y aunque algunos se ponían impertinentes y empezaban a discutir, la mayoría aceptaban el precio de inmediato. En aquella época aún no habían llegado las masas de turistas que, a partir de los años noventa, convertirían los veranos en Arkaz en un auténtico infierno, así que los cocheros todavía no se habían vuelto tan «estirados» (en palabras de mi madre); y a la gran mayoría de los isleños de entonces les gustaba —aunque no lo expresaran tan abiertamente como lo estoy haciendo yo ahora— el fuerte olor de los excrementos de los caballos, sobre todo en los alrededores de las paradas, e incluso lo añoraban un poco cuando estaban lejos de la isla. Pero en 2008, y a pesar de ser una gran atracción para los turistas, el gobierno prohibió los carruajes de caballos en Arkaz, alegando que era muy difícil limpiar la suciedad que dejaban y que cada vez había más cocheros indisciplinados y maleducados.

En casa, mi madre y yo hablábamos en turco. Mis padres hablaban inglés entre ellos, pero la mayor parte del tiempo mi padre estaba fuera, en Londres o en alguna otra parte. Con el portero, el jardinero y los criados de la casa hablábamos en minguerense (salvo con uno que solo hablaba turco). En el transcurso de nuestra estancia en la isla, mi madre había conseguido aprender por su cuenta el minguerense (la misma lengua de la que su abuela no había oído una sola palabra cuando llegó a Arkaz) y, aunque yo también sabía hablarlo un poco por haberlo oído en casa o fuera (sobre todo en las

tiendas), mi madre quiso asegurarse de que aprendía a hablarlo correctamente, y cuando tenía cuatro años me compró el *Alfabeto minguerense* y el *Libro de lectura de Zeynep* , me enseñó a leer y escribir con ellos y me ayudó con el vocabulario minguerense.

Finalmente, cuando tenía cinco años empecé a pasar tiempo con una niña de mi edad llamada Rina, que hablaba muy bien el minguerense y que contaba con la aprobación de mi madre (es decir, era de buena familia). Pero esos planes de aprender la lengua de forma oral se vieron interrumpidos cuando Rina empezó a preguntarme cosas como de qué trabajaba mi padre, si era un espía, cuál era su escritorio y si los cajones estaban cerrados con llave, algo que, como es comprensible, inquietó bastante a mi madre. Mi padre había abierto una gran tienda de electrodomésticos, muebles y tejidos en la avenida Estambul (fue él quien trajo las primeras neveras británicas a la isla), y después de incontables horas de trámites burocráticos en diversas oficinas estatales, consiguió fundar una compañía mercantil para la exportación de agua de rosas, pero como ninguna de esas actividades empresariales tuvo mucho éxito (y tal vez porque, después de todo, era un ciudadano británico que había llegado a la isla después de que se marcharan las tropas británicas), a menudo se sospechaba que pudiera ser un espía.

Aprovecho la oportunidad para mencionar que, ante la insistencia de mi madre, en la tienda de electrodomésticos de mi padre también se vendía el libro sobre la historia de Minguer escrito por el cónsul George y publicado finalmente en 1932, aunque, aparte de algún turista ocasional, nadie parecía interesarse demasiado por esa magnífica obra, una esforzada labor que reflejaba su verdadero amor por la isla. Durante sesenta años, el libro sobre Minguer de George Cunningham, *Mingherian History: From Antiquity to the Present* (que contribuyó en parte a mi deseo de ser historiadora), fue saqueado sin ningún tipo de pudor por parte de historiadores minguerenses y propagandistas estatales, la

mayoría de los cuales ni siquiera se dignaba a mencionar la fuente. Después de haber sido salvajemente depredado durante seis décadas con el calculado objetivo de forjar un sentimiento de identidad nacional (basándose en aspectos como la indumentaria, la comida, la historia y la topografía), durante los siguientes quince años esta obra elegante, objetiva y didáctica fue menospreciada por una nueva generación de intelectuales minguerenses que la tachaban de ser un panfleto «orientalista» en el sentido peyorativo acuñado por Edward Said, mientras que su autor —que de forma tan decisiva había contribuido a la preservación de la cultura minguerense— también fue acusado de colaborar con la causa del imperialismo británico y albergar todo tipo de prejuicios exóticos. Si, en algún momento de aquellos caóticos y confusos años de guerra que siguieron a la publicación de su libro, no se hubieran sacado y enviado a Inglaterra a bordo de un acorazado británico todos los objetos que atestaban su casa —artefactos arqueológicos, estatuillas, rocas de Minguer, fósiles, copas, paisajes al óleo, acuarelas, caracolas, mapas y libros—, se habrían perdido como ocurrió con tantas colecciones similares y casas históricas por toda la isla, y en vez de encontrarse perfectamente conservados en el British Museum, todos esos vestigios de la cultura minguerense habrían desaparecido a la postre. En la actualidad, la hermosa casa donde vivieron monsieur George y su esposa minguerense acoge una franquicia de una cadena internacional de restaurantes de pollo frito, mientras que el pequeño jardín botánico donde había reunido una gran diversidad de plantas autóctonas es ahora un aparcamiento.

Antes de empezar a ir a la escuela primaria en 1956, aprendí a hablar minguerense jugando con los niños en la arena de la playa de Flizvos (a la que no se le había cambiado el nombre), que se encontraba al final del camino que bajaba desde nuestra casa. En Minguer, la temporada de baño abarcaba desde finales de abril hasta finales de octubre —coincidiendo con los meses de la peste—, y una de las

actividades favoritas de mi madre consistía en bajar a la playa con su recatado y elegante bañador negro de una pieza y, como si fuera una estrella de cine o una adinerada dama europea, tumbarse sobre una toalla extendida sobre la arena bajo una sombrilla y pasarse largas horas leyendo las viejas revistas de cine que mi padre le enviaba desde Londres (íbamos juntas a la oficina de correos a recoger los paquetes). Su elegante capazo de paja contenía una crema solar Nivea que de vez en cuando sacaba y se aplicaba delicadamente, unas gafas de sol que nunca se ponía y un gorrito de baño de color rosa pálido que, cuando horas más tarde se decidía finalmente a meterse en el agua, se colocaba recogiéndose meticulosamente el cabello para no arruinar el peinado que le había hecho su peluquero Flatros.

En el faetón de regreso a casa desde el puerto, mi madre dejaba en el asiento de enfrente las bolsas que llevaba, y yo me sentaba a su lado y esperaba a que me rodeara los hombros con el brazo, recordándoselo si se olvidaba de hacerlo. Cuando el carruaje ascendía por la suave pendiente de la avenida Estambul, a veces mi madre partía por la mitad una de las galletas que había comprado en la tienda de Zofiri y nos la comíamos juntas mientras observábamos a los transeúntes caminando por las aceras, los quioscos de prensa y la gente que curioseaba delante de las agencias de viajes y charlaba en las cafeterías. Una de las razones por las que me gusta tanto Minguer es que se trata de la clase de lugar en el que dos mujeres musulmanas pueden subirse solas a un carruaje y comer galletas tranquilamente sin tener que preocuparse de lo que pueda decir la gente.

Cuando el faetón llegaba a lo alto de la pendiente, girábamos a la derecha y entrábamos en la avenida del Comandante Kâmil, antiguamente de Hamidiye, flanqueada por pinos y palmeras y por una sucesión de edificios gubernamentales que se extendían hasta llegar a la sede oficial del gobierno. Y siempre nos asegurábamos de mirar hacia otro lado cuando pasábamos por delante del Ministerio de Justicia

de Minguer y la Oficina del Registro Catastral, donde en sus primeros años en la isla mis padres habían perdido tanto tiempo y energía tramitando papeles, solo para sufrir una decepción tras otra. En este punto probablemente debería señalar lo siguiente: el amor que mi madre sentía por Minguer era sincero y genuino, pero también había una realidad mucho más agria y pragmática en los asuntos relacionados con las propiedades y el dinero.

Mis padres estaban en posesión de una serie de documentos, algunos con mapas y títulos adjuntos, que certificaban que mi bisabuelo el doctor Nuri y mi bisabuela Pakize Sultan eran propietarios de una serie de grandes extensiones de tierra que les habían sido adjudicadas cuando él había sido ministro de Cuarentena y primer ministro, y cuando ella había sido reina de la isla durante tres meses y medio. Algunas de esas escrituras estaban firmadas por el propio comandante y eran «regalos» que había entregado después de fundar el nuevo estado (a la manera en que hacían los sultanes cuando accedían al trono), mientras que otras eran certificados oficiales que llevaban el sello del Estado y la firma de la reina Pakize, redactados por los administradores del nuevo gobierno en pago por los servicios prestados durante su reinado y en reconocimiento de sus derechos como soberana. Como aquellos documentos estaban firmados por el padre de la nación y llevaban estampado uno de los primeros sellos oficiales del Estado, los burócratas, jefes de departamentos, jueces y ministros de Minguer siempre los examinaban con gran reverencia y nunca se les pasaba por la cabeza cuestionar su validez y autenticidad.

Sin embargo, para que mi madre (y varios tíos, sobrinos y parientes lejanos que, confiando en ella, le habían otorgado poderes notariales) pudiera pasar a convertirse en propietaria de esas tierras, poder venderlas o instalarse en ellas si lo deseaba, era necesario que un juez ratificara la legitimidad de esos documentos históricos, el fallo del juez debía ser enviado en forma de orden judicial a las distintas oficinas del registro

de la propiedad que tenían jurisdicción sobre cada uno de esos terrenos, las respuestas recibidas de esos departamentos locales tenían que ser revisadas y evaluadas (en la mayoría de los casos, en el tiempo transcurrido las tierras habían sido registradas a nombre de otras personas), después había que notificar a cada uno de los nuevos propietarios que ella era la propietaria legítima de cada una de esas tierras, y por último había que presentar una denuncia formal ante el tribunal más cercano de Minguer.

Los propietarios locales, que habían tenido que bregar con bandas y maleantes para hacerse con aquellas tierras cuarenta años antes, que habían obtenido legalmente sus títulos de propiedad durante alguno de los programas políticos de planificación promovidos por el Estado, y que habían revitalizado la zona con las casas que habían construido para sus familias, no estaban dispuestos a aceptar que aquellas tierras no fueran suyas, sino que supuestamente pertenecían a un puñado de personas (que ni siquiera hablaban minguerense) que las recibieron como regalo del Gran Comandante durante los tiempos de la fundación del Estado, así que pelearon con uñas y dientes en los tribunales y los litigios se alargaron interminablemente. Además, antes siquiera de que pudieran presentarse esas demandas, los portadores de esos documentos históricos (a veces llamados «títulos de bonificación» o «licencias») tenían que demostrar que eran los herederos legítimos de la persona cuyo nombre aparecía en ellos, y eso no podía hacerse a través de los tribunales de los países en los que vivían, sino solo a través de sus embajadas en Minguer (un proceso inevitablemente largo y tortuoso) o presentándose en persona en los tribunales de la isla. En una ocasión, en Niza, mi tío abuelo el príncipe Süleyman Efendi —que había dedicado mucho tiempo a reflexionar sobre este tema y que había «malgastado» mucho dinero dando de comer a abogados para que lidiaran con estos asuntos en los tribunales de Estambul— le dijo a mi abuela que «¡En la República de Turquía, prohibir a los miembros de la familia real otomana

regresar al país ha hecho que les sea mucho más fácil confiscar discretamente todos sus bienes y propiedades!», un argumento que más adelante mi abuela le comentaría a mi madre. «Pero en Minguer, todos los otomanos salvo nuestra madre Pakize Sultan ya han sido expulsados. Así que probablemente se han olvidado de que deberían prohibir a otra persona regresar a la isla: ¡tú! ¡Deberías aprovecharte de eso!».

Cincuenta años después de la Revolución de Minguer, la cuestión de cómo podrían «aprovecharse» de esa situación era un tema sobre el que mis padres hablaban y discutían durante horas cuando él venía a la isla. Esas discusiones, sobre las que yo era demasiado pequeña para entender nada y que solían acabar en fuertes peleas entre mis padres, me provocaban tanta tristeza y angustia que no presté ninguna atención al asunto de «esas propiedades» hasta mucho después, cuando ya tenía treinta años. Todavía maldigo en ocasiones el día en que me interesé por la cuestión de las propiedades familiares, y desearía no haberme metido nunca en ese asunto. Porque eso hizo que aquellos que no comprendían mi pasión sincera por la historia y la cultura de Minguer, ni mi profundo amor por la isla, acabaran acusándome de que mi razón principal para visitar Arkaz tan a menudo era intentar reclamar la propiedad de esas tierras.

Tras haber decidido no entrar en polémicas de carácter personal en este libro, ahora debo hablar del que ha sido uno de los episodios más tristes y dolorosos de mi vida. Durante veinte años, entre 1984 y 2005, se me prohibió la entrada en Minguer. Un día, la embajada de Minguer en Londres decidió no renovar mi pasaporte minguerense al que «automáticamente» tenía derecho por nacimiento. Esa misma embajada de Londres rechazó también la solicitud de visado que hice mediante mi pasaporte británico, y que poseo gracias a mi padre; y la embajada de Minguer en París también rechazó la solicitud que hice con mi pasaporte francés, y que poseo gracias a la ciudadanía de mi madre. Durante veinte años, el hecho de no poder ver la isla y respirar su aire, de no

poder ir a sus playas en verano con mis hijos y mi marido, de no poder pasear por las callejuelas de Arkaz y, por supuesto, de no poder consultar los archivos estatales de Minguer, me provocaría una gran angustia y aflicción. Algunos amigos míos que saben cómo funcionan estas cosas —es decir, que tienen contactos con el servicio de inteligencia de Minguer— me comentaron que me estaban castigando por el libro que había escrito, por haber firmado algunos manifiestos contra el régimen militar que se hizo con el poder en la isla durante los años ochenta, por criticar el encarcelamiento indiscriminado de intelectuales, izquierdistas y miembros de tarikats, y por haber publicado una serie de artículos sobre la historia de la mazmorra del castillo de Minguer que supuestamente insultaban al pueblo minguerense. Pero aquellos que conocen en profundidad los entresijos del estado de Minguer, y que van más allá de la policía política, me dijeron con total franqueza que la auténtica razón por la que se me prohibía entrar en el país tenía que ver con la herencia de mi bisabuela; en otras palabras, todo era cuestión de tierras y dinero.

He conocido a muchos académicos extranjeros centrados en historia otomana que se habían pasado años consultando de forma paciente y meticulosa los archivos estatales para investigar las masacres de las poblaciones armenias, rums y kurdas por parte del Imperio y otros temas igualmente incómodos, o que habían demostrado que algunas de las campañas nacionalistas del pasado no habían sido en realidad como nos las habían contado, y he visto la angustia que experimentaban cuando, de repente, los permisos gracias a los cuales habían podido trabajar en los archivos de Estambul quedaban revocados de manera misteriosa. Pero, aunque he sido testigo de cómo el estado turco castigaba cruelmente a muchos de mis valientes y honorables colegas en su afán por descubrir la verdad, no pude evitar experimentar un desgarrador sentimiento de soledad y culpabilidad cuando el estado minguerense me infligió el mismo castigo durante veinte años.

En 2008, cuando se presentó la candidatura de Minguer para entrar a formar parte de la Unión Europea, al Estado empezó a resultarle más difícil silenciar a sus opositores: no solo a figuras moderadas como yo, sino sobre todo a los disidentes más beligerantes a quienes había encarcelado, los militantes de izquierdas y todos aquellos que hubieran objetado contra la criminal confiscación de los bienes de las fundaciones benéficas turcas y rums. Cuando finalmente pude conseguir un nuevo pasaporte minguerense —gracias a varias cartas de protesta que envié a la Unión Europea y a la intercesión de algunos de los ministros minguerenses más «liberales» a cuyas familias conocía (en mi país, tener contactos en las altas esferas siempre da mejores resultados que apelar a los derechos humanos), subí al primer avión que salía hacia Arkaz, pero en el momento en que puse un pie fuera del aeropuerto Comandante Kâmil comprendí que el servicio secreto iba a controlar todos mis movimientos. Después de 2005, cuando empecé a escribir el prefacio que más tarde se convertiría en este libro, solía alojarme en casas de amigos o en hoteles de Minguer, y a menudo descubría que alguien había estado rebuscando en mis maletas y posesiones mientras me encontraba fuera. Lo que más me indignaba y afligía no eran las abiertas referencias a mi presunta labor como «espía» para Turquía o el Reino Unido (por parte de mi padre) que constantemente aparecían en la prensa de un país que aspiraba a formar parte de la Unión Europea, sino el hecho de que, en cuanto salíamos en verano de excursión por la isla, solo bastaba una copita de vino de Arkaz para que esos mismos amigos minguerenses a los que acogía en mi casa cuando iban a Londres, París o Boston (donde soy profesora) empezaran a repetir esas mismas acusaciones y a hacer bromas de mal gusto al respecto.

Recuerdo cuando, en una conferencia académica, estaba quejándome de esas bromas burdas y mezquinas que solían hacerme mis amigos minguerenses y un profesor holandés de

«historia del Levante y el Oriente Medio» hizo gala de su cinismo cuando mencionó lo siguiente:

—¡Qué gran injusticia! Si sus amigos la conocieran bien, sabrían que no hay una nacionalista minguerense más acérrima que usted.

Todavía hoy me arrepiento de no haber podido dar la réplica que se merecía a aquel profesor orientalista que sin duda creía estar haciendo una gracia. Pero, si se me permite, me gustaría hacer una rápida digresión para recordarles a él y a mis amigos minguerenses, así como a los lectores de este libro, un hecho relevante: en las primeras décadas del siglo XXI , cuando la era de los imperios y colonias tradicionales ha quedado atrás hace ya mucho tiempo, el término «nacionalista» se ha convertido en una etiqueta que suele emplearse para prestigiar el comportamiento de aquellos que tienden a estar de acuerdo con todo lo que dice el gobierno, cuyo único objetivo es ganarse el favor de los que están en el poder y no tienen el coraje para posicionarse contra la autoridad. Pero en la época de nuestro reverenciado «mayor» comandante Kâmil, «nacionalista» era un epíteto honorable que recibían aquellos patriotas valientes y heroicos que se rebelaban contra las administraciones coloniales y no dudaban en lanzarse a pecho descubierto y ondeando su bandera al encuentro de las implacables armas de los invasores.

Otra consecuencia de mi destierro de la isla durante veinte años fue que, justo cuando estaban alcanzando la edad de empezar a hablar, mis dos maravillosos y robustos hijos no pudieron pasar tiempo en la isla, por lo que, lejos de sentar las bases para poder hablar un minguerense fluido, ni siquiera pudieron aprender una sola palabra de ese mágico idioma. Cada vez que les insistía en que «¡Deberíais aprender vuestra lengua materna!» o intentaba enseñarles algo de minguerense, me recordaban que nadie más en nuestra familia (aparte de mi madre y yo) hablaba minguerense, ni siquiera la reina, y que incluso yo misma solo hablaba en turco con mi abuela,

añadiendo con una sonrisilla que su lengua materna era el inglés o, si acaso el turco. Que mis hijos se rieran e incluso mofaran de mi amor por Minguer, y el hecho de que su padre siempre se pusiera de su parte, fueron algunos de los motivos —tal como le expliqué a mi abogado— por los que nuestro matrimonio acabó en divorcio.

Ya que estamos abordando el asunto del «nacionalismo y la lengua», aprovecho para hablar de otro de los días más tristes de mi vida. Cuando, en el año 2012, un partido clasificatorio para la Eurocopa de fútbol de la UEFA celebrado en Estambul que enfrentaba a la selección nacional de Minguer —cuya población aún no había alcanzado el medio millón— y a la de Turquía, acabó con un (posiblemente) dudoso penalti que le dio la victoria por 0-1 a Minguer en el tiempo de descuento y supuso la eliminación de Turquía, esa sensación que siempre he experimentado de tener el corazón dividido entre mi amado turco y mi amado minguerense se convirtió en una auténtica agonía. Los ultras turcos más radicales se dedicaron a arrasar todos los locales minguerenses que encontraban a su paso, incluyendo restaurantes, panaderías en las que se elaboraban çöreks (como el que se utilizó para envenenar al doctor İlias) y todos los establecimientos que llevaran la palabra «Minguer» en sus letreros, destruyendo escaparates, saqueando las tiendas e incluso prendiéndoles fuego. Durante el resto de esa semana evité a los periodistas y me refugié en mi casa, y decidí, como estoy haciendo ahora, que lo mejor era olvidarse de todo aquello.

Mientras preparaba la edición de las cartas de Pakize Sultan, a menudo me preguntaba qué pensarían aquellas gentes que vivían en Arkaz en 1901, tratando de sobrevivir a la peste y a la violencia política, si pudieran ver el Arkaz que mi madre y yo habíamos conocido en los años cincuenta. Imagino que habrían estado encantados con las banderas minguerenses que ondeaban por todas partes, con las imponentes estatuas del comandante y Zeynep colocadas en las cinco ubicaciones más concurridas de la ciudad, y con el magnífico mausoleo que se

acabó de construir en 1933 y que siempre contemplábamos respetuosamente cada vez que pasábamos con el faetón por el nuevo puente del Comandante Kâmil (antiguo puente de Hamidiye). Probablemente se habrían quedado impresionados al ver el nuevo embarcadero, hecho con piedra de Minguer, donde ahora podían atracar los grandes barcos, y el imponente espigón del puerto; el hospital Zeynep-Kâmil, con su moderno equipamiento; el enorme Edificio de la Radio, construido en el estilo tradicional de las casas de madera minguerenses pero utilizando hormigón y piedra de Minguer; el complejo de edificios de la Universidad Comandante Kâmil; la pequeña y encantadora Ópera de Arkaz; y el Museo de Arqueología de Minguer. Pero sospecho que no les harían demasiada gracia los chillones anuncios de agua de rosas y los grandes rótulos de los hoteles, con enormes letras iluminadas con tubos de neón azul y rosa, colocados sobre los tejados para captar la atención de los viajeros que llegaban en barco; los altísimos bloques de pisos que se alzaban en las colinas que daban al mar y a lo largo de la avenida del Comandante Kâmil; y el hotel Minguer-Park, que recordaba a una gigantesca caja de hormigón blanco.

Concluida mucho tiempo después de la Revolución de Minguer, la torre del reloj que había empezado a construirse para celebrar el vigesimoquinto aniversario de la llegada al trono de Abdülhamit no acabó coronándose con un reloj, sino con la estatua de la diosa Mina que el arqueólogo Selim Sahir finalmente consiguió extraer de la cueva (y que, como guardaba un gran parecido con la esposa del Comandante, durante un tiempo se planteó si bautizar como Estatua de Zeynep). Por algún motivo, después de la ocupación italiana, la gente empezó a llamar a la torre Memorial de Minguer, nombre que todavía hoy conserva.

En los años cincuenta, cuando regresábamos a casa en el faetón, el impresionante mausoleo del comandante Kâmil se alzaba a nuestra izquierda como una presencia tangible que dominaba toda la ciudad, aunque ni mi madre ni yo hacíamos

comentarios al respecto, ni en el carruaje ni cuando llegábamos a casa. Pero en la Escuela Primaria Kâmil-Zeynep, a la que empecé a asistir en 1956 (y que también estaba en la ruta del faetón), se mencionaba constantemente al comandante y su imagen estaba presente en todas las aulas, colgando en las paredes e impresa en nuestros libros de texto.

Antes de empezar la escuela, yo ya había memorizado las ciento veintinueve palabras en minguerense pronunciadas por el comandante Kâmil en su lecho de muerte, y todas las frases que podían componerse con ellas. Así pues, durante aquel primer curso aprendí rápidamente a pronunciar y leer las letras del alfabeto minguerense. Al final de aquel primer año, y gracias también a un pequeño diccionario que me había comprado mi madre, había aprendido otras doscientas cincuenta palabras nuevas que nunca les había escuchado ni a Rina ni a los otros niños con los que jugaba en la playa. Pero más de la mitad de mis compañeros seguían bregando para intentar descifrar el alfabeto.

En otoño de 1957, ya en segundo curso, el maestro se dio cuenta de que mi dominio del vocabulario, sobre todo en minguerense, era mucho más avanzado que el del resto de los niños, así que hizo que me sentara en primera fila y dejó que me entretuviera con mi pequeño diccionario (aún no se había publicado una versión más completa) si me aburría durante las clases. Cuando una mañana la inspectora escolar se presentó sin avisar para su visita anual de rigor, el maestro me hizo salir a la pizarra y me preguntó cuáles eran las últimas palabras que había aprendido. Recité algunas palabras del viejo minguerense y expliqué lo que significaban: oscuridad, gacela, monte helado, gárgola, zapatos y fútil. Creo que ni el maestro ni la inspectora del pelo teñido de rubio conocían algunos de aquellos vocablos.

Pero cuando la inspectora me pidió que elaborara una oración con algunas de esas palabras, me quedé paralizada. Lo único que alcanzaba a visualizar era el entusiasmo de aquellos estudiantes de instituto que durante las celebraciones del Día

de la Independencia corrían de aquí para allá por la plaza y se juntaban para formar las distintas frases. Miré avergonzada las fotografías de Zeynep y el comandante Kâmil que colgaban sobre la pizarra. ¡Qué jóvenes y guapos eran! Ellos habían hablado en minguerense en aquella cocina oscura, y así habían salvado a la lengua y a la nación de caer en el olvido. Y mientras les agradecía que hubieran salvado al pueblo minguerense, yo me consumía por la vergüenza.

Pero, por desgracia, no podía pensar en minguerense, y siempre había soñado en turco. (Esa es la razón por la que he escrito este libro en turco). Al ver que empezaba a balbucear, la inspectora se giró hacia el maestro y le dijo: «¿Por qué no lo intenta usted?», y aunque el hombre empezó a construir una frase en minguerés, al ver que no era capaz de completarla guardó silencio. Miró a la inspectora con la esperanza de que pudiera acabar la frase, pero esta también acabó titubeando y no lo consiguió.

Pero eso no desanimó a la inspectora, que empezó a hacerme preguntas: «¿Quién fue el segundo presidente de Minguer?». «¡El jeque Hamdullah!». «¿Cuál fue la primera palabra que Zeynep y Kâmil recordaron en la cocina?». «*Akva* … ¡Agua!». «¿Cuándo se declaró la Libertad e Independencia de la isla?». «El 28 de junio de 1901». «¿Quién pintó el cuadro del landó blindado recorriendo las calles vacías aquella noche?». «El pintor Tacettin. ¡Pero fue el pueblo minguerense el que primero visualizó esa imagen…!». La inspectora se quedó tan impresionada por esa respuesta que me pidió que acercara y me dio un beso en la frente.

—Hija mía —dijo con una voz llena de emoción—, si nuestro gran comandante Kâmil y Zeynep pudieran verte ahora, se sentirían tan agradecidos y orgullosos de ti, y sabrían que el minguerense y la nación minguerense están más vivos que nunca.

(No había ninguna intención despectiva en la manera en que se había referido a Zeynep; en los años cincuenta, los

minguerenses siempre llamaban a la mujer del comandante solo por su nombre, como si fuera la heroína de alguna leyenda mítica).

La inspectora había dicho aquello mientras contemplaba las fotografías del comandante y su mujer que presidían todas las aulas de Minguer. Cuando bajó la vista para volver a mirarme, añadió:

—¡Y qué orgullosa se habría sentido también la reina Pakize de esta pequeña minguerense!

Entonces me di cuenta de que, al igual que la mayoría de la gente de la isla, la inspectora pensaba que mi bisabuela la reina Pakize estaba muerta, y que tampoco tenía ni idea de que yo era la hija de su nieta.

En casa, mi madre sonreía mientras le contaba lo sucedido, y al final dijo:

—¡No le digas a nadie de la escuela que tu abuelita Pakize vive en Francia!

Aunque durante años no concedí demasiada importancia a esa enigmática directriz de mi madre, fue otro de los muchos misterios de mi infancia y juventud que nunca acabé de resolver por más vueltas que les diera. No fue hasta mi regreso a partir de 2005 cuando comprendí que detrás de aquellos enigmas «metafísicos» debían de subyacer aprensiones y temores de carácter político, sobre todo cuando descubrí que, cada vez que visitaba la isla, al menos una vez todas mis maletas, bolsas, documentos y archivos eran registrados burdamente (dejándolo todo medio revuelto, como si quisieran que, cuando volviera a mi habitación, supiera lo que habían hecho). En los años posteriores a 2005, incluso después de mi renuncia definitiva a convertir los antiguos certificados de bonificación en escrituras y de haber dejado de reclamar la propiedad de las tierras que pertenecían por derecho propio a los herederos de la reina, por desgracia esos registros continuaron y siguieron desapareciendo documentos de mi

escritorio y de mis bolsas. Estoy convencida de que muchas de las páginas del libro que ahora tenéis en las manos debieron de ser leídas antes por agentes de la Agencia de Inteligencia de Minguer (AIM), fundada por el presidente Mazhar en los inicios de su carrera política.

Un día, a finales de 1958, el maestro llamó a mi madre a la escuela para comentarle que yo era una estudiante muy inteligente y dotada, y le planteó la conveniencia de que me enviaran a algún país europeo para proseguir con mis estudios. Mi madre, que quería que yo fuera una auténtica minguerense de los pies a la cabeza, al principio prefirió no hablarle a mi padre de la recomendación del maestro. Pero en el fondo ella también estaba de acuerdo en que yo debería estudiar fuera de la isla. Así pues, al final decidieron que, en vez de ir a Londres, lo mejor sería que mi madre y yo fuéramos a vivir con mi abuela en Niza, para completar allí la primaria y así aprender francés. (El inglés era un idioma que ya dominaba más o menos porque mis padres lo hablaban en casa). Fue por aquel entonces cuando en las conversaciones entre mis padres no solo empezó a asomar el nombre de mi abuela Melike, sino también los de mi bisabuela Pakize (a la cual se referían como «abuelita», o a veces, con respeto y afecto, como «la reina») y su marido el doctor Nuri.

Mi padre, que siempre había sido una persona muy sociable y extrovertida, escribió por aquellos días a la reina y el doctor para decirles que su bisnieta era «una minguerense de la que se sentirían muy orgullosos». Un día nos llegó un sobre desde Marsella con siete postales que mostraban imágenes de cómo era la isla a principios de siglo. La abuelita Pakize le había enviado como regalo a su pequeña minguerense esas postales que se había llevado consigo cuando se marchó de la isla. Años más tarde, descubriría que también le había enviado muchas como aquellas a su hermana Hatice. Ese año, fui a cada uno de los lugares que aparecían en las postales y usé una sencilla cámara que me había comprado mi padre para tomar fotografías en blanco y negro del aspecto

que ofrecían a finales de 1958, y luego fui a revelarlas a Foto Vanyas.

Pero, antes siquiera de que pudiera enviar las fotografías, mi padre, siempre tan ingenioso y desprendido, vio la oportunidad de organizar un encuentro familiar en Ginebra, una idea que agradó a todos. La Organización Mundial de la Salud iba a concederle a mi bisabuelo el doctor Nuri, que llevaba veinticinco años jubilado, una Medalla al Servicio Distinguido. Mientras la reina y el doctor Nuri estaban alojados en Ginebra, cuidados por mi abuela Melike, yo estaría allí con ellos. Mi padre había reservado dos habitaciones con espléndidas vistas en el hotel Beau Rivage, donde nos quedaríamos una semana.

Ese agosto de 1959, Ginebra me pareció una ciudad mágica. Y, como la mayoría de las parejas que discuten constantemente, se separan y luego hacen las paces, mi padre y mi madre desaparecieron rápidamente del mapa después de comprobar que me dejaban en buenas manos, aunque su ausencia tampoco me preocupó demasiado porque mi abuela Melike Sultan parecía muy dispuesta a pasárselo bien conmigo. Tras la muerte cinco años atrás en un accidente de avión de su marido el príncipe Sait Efendi (mi abuelo), estaba deseando que mi madre y yo nos instalásemos en Niza para poder tenernos más cerca.

Por las mañanas, mi abuela Melike Sultan y yo nos sentábamos en nuestra habitación del hotel hasta las nueve, esperando el momento en que el gran chorro de la famosa fuente de Ginebra (que apagaban por la noche) saliera disparado hacia el cielo, y luego salíamos a dar largos paseos. Mi abuela tenía el cabello castaño claro y se lo recogía en un moño con un pasador plateado, y a diferencia de mi madre, siempre llevaba puestas las gafas de sol. A veces tomábamos el tranvía para cruzar el puente hasta el otro lado de la ciudad, y, cogidas de la mano, dábamos vueltas por los mercados y los grandes almacenes. Me parecía que mi abuela siempre estaba comparando precios o buscando algo. De vez en cuando nos

sentábamos en un café, o dábamos de comer miguitas de pan a los cisnes blancos del lago, o nos quedábamos mirando las formas más extrañas e incluso feas de las embarcaciones que surcaban las aguas, o matábamos el tiempo deambulando por algún parque. Recuerdo que mi abuela intentaba sonsacarme información de mis padres, preguntándome sobre todo por qué discutían tanto y con qué motivos. En varias ocasiones me hablaba de su infancia en la exótica y lejana ciudad de Hong Kong, como si quisiera trazar un paralelismo con mi vida en Minguer. Un día fuimos a una sesión matinal de cine y vimos una película «apropiada» para mi edad (*Mon Oncle* , de Jacques Tati). En otra ocasión hicimos un lento recorrido en barco por las aguas del lago Léman. Ya desde el primer día sabía que mi abuela Melike estaba haciendo tiempo hasta que su padre y su madre estuvieran listos para recibirnos.

De no haber sido por las aproximadamente veinte horas (según mis cálculos) que pasé esa semana con mi bisabuela la reina Pakize y con mi bisabuelo el damat doctor Nuri, dudo que hubiera reunido las fuerzas necesarias para transformar el «Prólogo a la edición de las cartas» que estaba preparando en el libro que los lectores están a punto de acabar de leer.

Ambos me recibieron con una gran sonrisa. Se alojaban en una habitación igual que la nuestra (con la misma vista del Mont Blanc y la fuente) situada dos plantas más abajo, pero la suya estaba impregnada de un olor a jabón y colonia completamente diferente. Al momento me di cuenta, incluso con mi ingenua mente infantil, de que eran unas personas mucho más alegres y felices que mi abuela, y que ello se debía al profundo sentimiento de amistad y confianza que habían compartido durante tantos años.

—Mamá —dijo mi abuela, dirigiéndose a mi bisabuela la reina—, ¡Mîna ha traído un regalo de Minguer!

—¿De veras? ¡No tendría que haberse molestado! A ver qué es, enséñanos qué les has traído a tu bisabuelo y tu bisabuela.

Me vi invadida por una extraña timidez, y aunque en breve se disiparía, me sentí como si estuviera en un sueño en el que me había tragado la lengua y no podía hablar.

—¡La niña ha hecho fotografías de las estampas de pueblo que aparecen en las postales que ustedes le enviaron!

Escuchar a mi abuela Melike —que nunca había estado en Minguer ni había mostrado ningún interés por la isla— referirse a las vistas de Arkaz como «estampas de pueblo» me entristeció profundamente, y sus palabras también causaron gran confusión en la reina y el doctor. Dirigiéndose a ellos de usted, mi abuela trató de explicarles lo que mostraban las fotografías.

—Ah, la pequeña minguerense, ¡qué simpática! —dijo el doctor Nuri.

Mi bisabuelo tenía muchas arrugas y la piel blanquísima. Estaba sentado en una butaca colocada delante de la ventana, y sus ojos miraban fijamente hacia los picos nevados del Mont Blanc. De vez en cuando se giraba hacia nosotras, pero la mayor parte del tiempo apenas movía la cabeza, como si le hubiera dado un tirón en el cuello.

Al final reuní el coraje suficiente para entregarle mi regalo a la reina. Aún me mostraba muy tímida, como un diplomático cohibido. Pakize Sultan cogió el sobre de mi mano, lo dejó en una mesa de al lado, y después me atrajo hacia ella, me besó en ambas mejillas, y me sentó en su regazo estrechándome con fuerza contra su pecho. Tenía ochenta años y se la veía delicada y frágil, pero sus brazos y su pecho eran fuertes y sólidos.

—¿Y yo qué? —dijo el doctor Nuri poco después.

Mientras bajaba de las rodillas de la reina para ir junto a él, me acordé de que me había olvidado de besar la mano a mis bisabuelos, algo en lo que mi madre había insistido una y otra vez. Pero ellos tampoco parecían comportarse como si esperaran que lo hiciera. El rostro del doctor Nuri estaba tan

arrugado, y sus orejas peludas eran tan grandes que me asusté un poco cuando me acercaba a él, pero enseguida me sentí igual de tranquila y segura en el refugio de sus brazos.

Al ver que me sentía a gusto con ellos, la abuela Melike salió de la habitación y me dejó a solas con ellos. Ahora relataré las cosas de las que hablé esa semana con la reina Pakize y el damat doctor Nuri no en orden cronológico, sino tal como las recuerdo después de tantos años, agrupadas por temas:

Yo. A través de nuestras conversaciones, pudieron conocerme mejor: ¿Estaba contenta con mi vida? (¡Sí!) ¿Tenía amigos? (Sí). ¿En qué idioma hablaba con ellos? (En turco, lo cual era cierto; y en minguerense, lo cual no era tan cierto). ¿Sabía nadar? (Sí). ¿Cómo había aprendido a hacer fotografías? (Me enseñó mi padre). ¿De dónde había sacado la cámara? (Me la trajo mi padre de Londres). De mi respuesta a esta última pregunta, y a otras que siguieron, comprendieron que, aunque mi padre era un adinerado hombre de negocios londinense, yo nunca había estado en Londres, y guardaron silencio un momento. ¿Era esa una realidad de la que yo era consciente pero a la que había preferido no prestar atención porque me resultaba incómoda, o fue en ese momento cuando caí en la cuenta de que mi padre evitaba pasar tiempo con mi madre y conmigo?

Postales y fotografías. Salvo el día en que el doctor Nuri asistió a la ceremonia de condecoración, pasamos la mayor parte del tiempo mirando las postales y las fotografías y hablando de ellas. Yo me sentaba en medio del sofá situado a los pies de la gran cama, la reina y el primer ministro se sentaban cada uno a mi lado, y extendíamos las postales y las fotografías sobre un cojín colocado en mi regazo para poder examinarlas juntos. Disfrutaban especialmente de aquellas imágenes al estilo de la *Vue générale de la baie* , que mostraban una amplia panorámica de la ciudad desde el antiguo puente de Hamidiye y que les traían recuerdos del viejo Arkaz que tanto habían amado. «¿Te acuerdas de esto?»,

se preguntaban de vez en cuando, señalando un edificio o un puente, y de pronto todos aquellos recuerdos volvían a su mente, aunque al parecer la memoria del doctor Nuri se había deteriorado bastante. Un día le decía que la enorme edificación que le mostraba era el Edificio de la Radio, y al día siguiente volvía a preguntarme por él, y se quedaba tan impresionado por mi respuesta como si la escuchara por primera vez. En solo dos días, ya habíamos revisado todos los edificios que aparecían en las fotografías que había tomado. De vez en cuando me quedaba mirando la enorme y huesuda mano del doctor Nuri, su piel arrugada y cuarteada, llena de lunares y manchas, y pensaba en lo extraña e incluso monstruosa que me parecía. Lo más sorprendente de todo sucedió cuando un día la reina le dijo al doctor Nuri: «¡Mire! Los pulgares de la minguerense son como los suyos». Y, después de decirlo, yo también empecé a encontrar el parecido. Cuando iba a su habitación, dedicábamos un rato a mirar las fotografías, pero también hablábamos de otras cosas. Un día, después de haber acabado de examinar las imágenes, la reina se giró hacia mí con una expresión de lo más gentil y afectuosa, y me dijo:

—Nuestra pequeña minguerense, queremos darle las gracias por haber tomado estas fotografías y habérnoslas traído. ¡Nosotros también tenemos un regalo! —añadió, mirando a su marido.

—¡Todavía no está acabado, no está listo! —respondió el doctor Nuri.

El minguerense y la escuela. Algo que les interesaba mucho saber era hasta qué punto la enseñanza en las escuelas era «auténticamente» en minguerense. Era cierto que algunos de los libros de texto estaban en minguerense. Pero también fui sincera y les dije que la mayoría de los periódicos y libros que se publicaban en la isla estaban en turco o en griego. Tal vez la idea que se había hecho la inspectora del pelo teñido de rubio sobre lo avanzada que estaba la enseñanza del minguerense en mi escuela, y los optimistas informes que redactaba para sus superiores, no obedeciera del todo a la

realidad. Esa fue la sensación que tuve mientras hablaba del tema con mis bisabuelos. Pero la reina Pakize podía ver que su pequeña minguerense era una auténtica patriota, y se cuidó mucho de no herir mis sentimientos. Yo también procuré no herir los suyos y le conté que en los libros de texto de primaria se hablaba de la reina con gran respeto, diciendo que era la hija de un sultán otomano y la tercera jefa de Estado de la nación minguerense, y explicando todo lo que había hecho durante los terribles días de la peste para ayudar a los pobres. Pero la realidad era que los libros escolares no hablaban de nada de eso, y que todos los isleños pensaban que había muerto.

Libros y *El conde de Montecristo* . Hubo una pregunta, como la de «¿Tienes amigos?», que nunca olvidaré durante el resto de mi vida:

—¿Lees libros? —me preguntó el doctor Nuri.

Al principio pensé que se refería a si ya sabía leer, si lo hacía con fluidez, y el tipo de cosas que leíamos en clase. Pero cuando, por mi respuesta, comprendieron que todavía no había descubierto los placeres de la lectura, pude ver por la expresión de sus rostros que sintieron lástima por mí (como cuando se enteraron de que mi padre nunca me había llevado a Londres). El doctor Nuri me contó que lo que más le gustaba a mi bisabuela, como cuando era pequeña, era quedarse en casa leyendo novelas todo el día en lugar de salir a la calle.

—Señor mío, mucho me temo que esto que dice no es cierto, a mí también me gusta dar paseos —repuso Pakize Sultan.

El doctor Nuri notó que su mujer se había ofendido un poco y, en su afán por descubrirle a la pequeña minguerense las virtudes de la lectura, me mostró un grueso y maltrecho libro de bolsillo que reposaba en la mesilla de noche de mi bisabuela: ¡*El conde de Montecristo* !

—¿Lo conoces?

El nombre del autor me resultó familiar, y les dije que el invierno anterior habían estrenado *Los tres mosqueteros* en el cine Majestic de Arkaz, pero que mi madre había ido a verla y dictaminó que no era apropiada para una niña de mi edad. Cuando a mi madre le gustaba una película y consideraba que era adecuada para mí, no le importaba repetir y me llevaba al cine a verla.

—¡Leyendo *El conde de Montecristo* , Pakize Sultan logró resolver, años después, el misterio de un crimen ordenado por su tío Abdülhamit en Arkaz! —dijo el doctor Nuri.

—¡No exagere, señor! —objetó la reina—. Lo mío es solo una suposición.

—¡Pues no me cabe ninguna duda que su suposición es cierta! —replicó el doctor Nuri, girando con dificultad la cabeza hacia su mujer y dirigiéndole una tierna sonrisa.

Muchos años después, cuando preparaba la edición de sus cartas, me sentí orgullosa y exultante al constatar que la hipótesis de Pakize Sultan iba muy bien encaminada. Pero antes tuve que recorrer muchas librerías de viejo en Estambul para encontrar la traducción al turco en seis volúmenes de *El conde de Montecristo* , publicada en alfabeto árabe tres años después del derrocamiento de Abdülhamit. En el capítulo 52 de ese libro (que se publicó en francés por primera vez cuando Abdülhamit tenía solo dos años), llamado «Toxicología», Alejandro Dumas reflexiona a través de su protagonista acerca de cómo utilizar matarratas para matar a alguien sin dejar rastro, e incluso establece comparaciones entre Oriente y Occidente. La novela también sostiene que, para no despertar sospechas, el asesino debe conseguir el veneno comprándolo en muchas tiendas o herboristerías, no solo en una. (¡Aunque, por supuesto, eso también incrementa el número de farmacéuticos y tenderos que al final pueden testificar contra él!)

Cuando hojeé con avidez las gruesas, amarillentas y fragantes páginas del tercer volumen de la edición de *El conde*

de Montecristo publicada en 1912 por la Imprenta Bedrosyan, y descubrí que faltaba el capítulo 52, me inundó una renovada admiración por mi querida bisabuela, y sentí que todos los años que había dedicado a preparar la edición de sus cartas habían merecido la pena.

El volumen ni siquiera contenía una nota que dijera: «Este capítulo ha sido eliminado». Fue así como la etiqueta promocional que aparecía al principio de la novela para indicar que había sido traducida para Abdülhamit se convirtió, en mi mente, en una prueba irrefutable de la cual el mismísimo Sherlock Holmes se habría sentido orgulloso. Recuerdo cómo se me aceleró el corazón de felicidad y entusiasmo.

Pero yo no sabía nada de esa historia aquel día en Ginebra, hace ya casi sesenta años, así que lo único que se me ocurrió decir fue:

—¡El otro día, cuando estaba paseando con la abuela, vimos el nombre de Abdülhamit en el escaparate de un relojero!

—¿Ha escuchado eso, señor?

—¿Dónde visteis el nombre de Abdülhamit? —preguntó el doctor Nuri, con curiosidad indisimulable.

Aquella conversación tuvo lugar en nuestro último día. Pero para comprender mejor lo que se habló aquel memorable día, debo abordar antes otro tema.

Emisiones de televisión en directo.

—¡Hace mucho calor fuera! —decía Pakize Sultan para justificar el hecho de que nunca salieran del hotel—. ¡Y el doctor Nuri no está para dar paseos!

Hacia el final de aquella semana, mi bisabuelo (que moriría ocho meses después) bajaba todas las tardes al vestíbulo del hotel, salvo el último domingo, para ver las regatas que retransmitían en la televisión en blanco y negro. La competición tenía lugar entre dos puentes, donde las

turbulentas aguas del río Ródano desembocaban en el lago Léman. Los espectadores se congregaban sobre aquellos dos puentes para contemplar con expectante emoción cómo los remeros luchaban contra las poderosas corrientes y cómo caían al agua cuando sus barcas volcaban. Cuando, por las mañanas, cruzábamos el primero de esos puentes con mi abuela Melike, nos deteníamos unos minutos para observar a los deportistas.

Pero lo que me resultaba más divertido, e incluso percibía como una experiencia metafísica, era ver cómo, después de haber cruzado el puente, esas mismas imágenes se retransmitían en directo por las televisiones de los cafés, que siempre estaban encendidas. Yo solo deseaba saludar a las cámaras con la mano para que mis bisabuelos pudieran verme en la televisión en tiempo real. Pero aún carecía de las palabras necesarias para expresar ese anhelo infantil y, en cualquier caso, tampoco habrían comprendido mi deseo de querer saludarlos de esa forma. Además, no tenía ganas de decirles que la televisión todavía no había llegado a Arkaz.

Así pues, aquella última tarde en Ginebra, mientras abría muy emocionada el regalo que me entregó mi bisabuelo en la habitación del hotel, mi mente se sentía inundada por los ricos e insondables vínculos que existían entre realidad y proyección.

Dentro del paquete había una especie de libro (tan grueso como el que tenéis ahora entre las manos), y, al abrir la cubierta, descubrí entusiasmada que se trataba de uno de aquellos desplegables que tanto gustan a los niños, y que se transformó ante mis ojos en una cuidadosa reproducción tridimensional de Arkaz. ¡Qué cosa tan preciosa, tan extraordinaria y real! Tenía ante mí la ciudad donde había pasado toda mi vida, recreada con delicada precisión en aquella fantástica obra de papel y cartón recortados.

Pero al momento caí en la cuenta de que aquella no era la ciudad de mi infancia, sino el Arkaz de 1901. No había ni rastro de los nuevos bloques de pisos, los hoteles de hormigón

ni los «ministerios». Pero todo lo demás estaba en su sitio, plasmado con gran realismo y minuciosidad. Aun así, había cierta cualidad en aquel maravilloso paisaje —en las nubes blancas y esponjosas del cielo, en el rojo de sus tejados y el verde de los árboles, y en las torres puntiagudas del castillo— que te hacía sentir que aquel era tu hogar y, al mismo tiempo, un lugar salido de un cuento de hadas.

Nunca me he separado de este fabuloso regalo del doctor Nuri. La novela que estáis acabando de leer la escribí con un ojo puesto constantemente en este fantástico libro desplegable. Y para aquellos que consideren que eso ha hecho que mi libro recuerde demasiado a un cuento de hadas, me gustaría señalar otra de mis grandes fuentes de inspiración al escribir esta novela: las ochenta y tres fotografías en blanco y negro de las calles sombrías y prácticamente desiertas de Arkaz que la reina encargó al fotógrafo Vanyas a principios de septiembre de 1901, y cuyo influjo subyace en el corazón mismo del «realismo» de este libro. Y solo cuando se formalizó la candidatura de Minguer para ingresar en la Unión Europa en 2008, y después de que mi amiga de la infancia Rina empezara a trabajar en el Ministerio de Cultura, se me volvió a permitir el acceso a los archivos estatales, cuyas puertas habían permanecido cerradas para mí durante décadas.

En la habitación del hotel, mi bisabuela le señaló a su marido el castillo que se alzaba sobre el Arkaz de cartón. Por aquel entonces, el castillo —cuya sombra aún se cierne sobre mí hoy día, y donde empezó la historia de la ciudad y de toda la isla— era un lugar que veía prácticamente a diario, así que me inquietó no entender del todo por qué el doctor y la reina hablaban de él con tanto entusiasmo.

Solo cuando leí las cartas de Pakize Sultan muchos años después, comprendí finalmente de qué hablaban aquel día, y qué estaban rememorando. Pakize Sultan le mostró a su marido la plaza de Hrisopolitissa, el sitio donde estaba la tienda del farmacéutico Nikiforo, y el lugar donde se encontró el cadáver de Bonkowski Pachá. Los tekkes de los Halifiye,

los Rifai y los Güleren, que se han mencionado en este libro, también habían sido recreados en el paisaje de cartón con minucioso detallismo, hasta los árboles que crecían en sus patios.

—¿Alguna vez has estado en este tekke? —preguntó la reina, mirándome.

Esos lugares ocultos tras sus muros no tenían ningún interés para mi madre, y por aquel entonces yo ni siquiera era consciente de su existencia, así que no me avergonzó responder:

—¡No, nunca he ido!

Siguieron hablando mientras examinaban las reproducciones perfectamente ubicadas de la bajada del Asno Rebuznador, el puente de Hamidiye, la guarnición y los edificios de aduanas. A veces, mis padres hablaban entre ellos en un extraño inglés susurrado para que no entendiera lo que estaban diciendo, algo que siempre me ponía muy triste porque temía que volviera a estallar otra de sus peleas. En ese momento experimenté el mismo sentimiento de temor y soledad, y fui a sentarme al lado del doctor Nuri.

La reina había colocado el paisaje de cartón sobre la mesilla de café delante de su marido. Como habían estado hablando del Splendid Palas, les dije que ese hotel no era de los mejores de Minguer (me limitaba a repetir lo que decía siempre mi madre), pero que los helados más deliciosos eran los de la heladería Roma del Splendid, y también mencioné el pequeño museo dedicado al comandante que había en la segunda planta.

Nunca habían oído hablar de ese museo. Me hicieron muchas preguntas al respecto, y me pidieron que les describiera detalladamente la exposición. Aprovechando que la conversación había derivado hacia nuestro Heroico Comandante, un tema que yo conocía muy bien, les enseñé la casa donde había nacido y crecido el Gran Libertador y donde

se encontraba el verdadero Museo del Comandante. Entonces les conté todas las cosas que había visto allí.

Al ver lo impresionados que parecían ante mis conocimientos sobre la vida del comandante, les hablé también sobre su mausoleo, adonde íbamos de excursión con la escuela (unas visitas vigiladas por inspectores) dos veces al año, y que no aparecía ni en las postales ni en el paisaje de cartón. Les conté que el año anterior había escrito una redacción sobre el mausoleo consultando la *Enciclopedia de Minguer* , y les recité dos poemas de Büyük Aşkan: «Oh, Comandante, Gran Comandante» y «Soy minguerense».

—¡Tú, a la primera oportunidad que tengas, vete a Estambul! —dijo el doctor Nuri por alguna razón.

—¡No le diga estas cosas! —repuso la Reina—. No sea tan aguafiestas, no ve que la pequeña minguerense es una estudiante excelente, se lo sabe todo.

Me puse muy contenta al escuchar sus elogiosas palabras. También ayudaba el que estuviéramos hablando del Gran Comandante, el tema que yo mejor conocía.

—¡Si no hubiera sido por nuestro Gran Comandante, aún seríamos esclavos de los griegos, de los turcos, y quizá incluso de los italianos! —dije—. El comandante proclamó la libertad e independencia de Minguer y nos elevó al nivel de las grandes naciones civilizadas.

—¡Muy bien! —dijo Pakize Sultan—. Y ahora enséñanos dónde lo hizo.

De repente me sentí muy cohibida, como me había ocurrido delante de la inspectora de cabello rubio. Ni siquiera estaba segura de lo que me estaba pidiendo.

—Mira, imaginémonos que estamos en el balcón de la sede de la gobernación —dijo mi bisabuela—. ¿Qué hizo aquí el comandante?

Cuando finalmente entendí lo que me preguntaba, me dejé llevar por el entusiasmo porque me sabía la respuesta de memoria.

—¡Abajo en la plaza había miles de personas, minguerenses de todas las edades, que habían acudido valientemente desde los rincones más remotos de la isla! —recité—. Y el comandante les dijo: «¡Viva Minguer!».

Pero estaba tan emocionada que se me olvidaron algunas de las palabras del comandante, aquellas palabras que aparecían citadas en todos los libros de texto.

—Y también… —seguí balbuceando un poco—. Llevaba en la mano una bandera de Minguer que habían cosido unas jóvenes campesinas.

—¡Bebe un poco de agua, mi pequeña minguerense! —dijo mi bisabuela. Me pasó un vaso de agua que había sobre la mesilla de café y cogió el pequeño tapete de debajo, sosteniéndolo como si fuera una bandera—. Tal vez, si salimos al balcón, te sentirás más inspirada y lo recordarás mejor.

Después de que mi bisabuela besara las mejillas de su pequeña minguerense, me sentí más tranquila y feliz. Y, por supuesto, recordé todo lo que había dicho el comandante, aquellas palabras inmortales que había leído miles de veces.

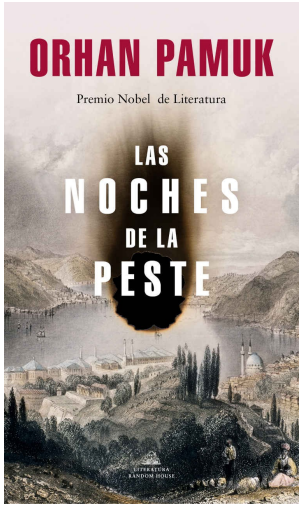
Salimos al balcón de la habitación del hotel, cuya puerta permanecía siempre abierta, con mi bisabuela la reina Pakize sosteniendo la bandera en la mano. E imbuidas por la misma profunda e inquebrantable convicción con que estoy escribiendo ahora estas palabras, ondeamos nuestra bandera al viento y gritamos juntas:

—¡Viva Minguer! ¡Vivan los minguerenses! ¡Viva la Libertad!

2016-2021

La nueva novela del Premio Nobel de literatura.

Amor, intriga y lucha en una historia sobre las pandemias y las revoluciones del pasado.



Abril de 1901. Un barco se dirige hacia la isla de Minguer, la perla del Mediterráneo oriental. A bordo se encuentran la princesa Pakize Sultan, sobrina del sultán Abdülhamit II, y su reciente esposo, el doctor Nuri, pero también un misterioso pasajero que viaja de incógnito: el célebre inspector jefe de sanidad del Imperio otomano, encargado de confirmar los rumores de peste que han llegado hasta el continente. En las animadas calles de la capital portuaria nadie puede imaginar la amenaza, ni la revolución que está a punto de fraguarse.

Desde nuestros días, una historiadora nos invita a asomarnos a los meses más turbadores que cambiaron el rumbo histórico de esta isla otomana, marcada por el frágil equilibrio entre cristianos y musulmanes, en un relato que combina historia, literatura y leyenda.

En esta nueva obra del Nobel, destinada a convertirse en uno de los grandes clásicos sobre plagas, Pamuk indaga en las pandemias del pasado. *Las noches de la peste* es la historia de supervivencia y lucha de unos protagonistas que lidian con las prohibiciones de la cuarentena y la inestabilidad política: un apasionante relato épico de atmósfera asfixiante donde la insurrección y el asesinato conviven con las ansias de libertad, el amor y los actos heroicos.

La crítica ha dicho:

«Promueve la idea de que siempre debemos interrogar al pasado, pero nunca negarlo o enterrarlo».

Financial Times

Sobre el autor y su anterior obra se ha dicho:

«Borges, Eco o Italo Calvino son el punto de referencia de este autor que bebe de las aguas hipnóticas y duales de una ciudad permanentemente escorada entre dos orillas, Oriente y Occidente».

ABC Cultura

«La obra de Pamuk es un mosaico complejo que le ha valido para ser una de las voces más autorizadas en el panorama narrativo internacional».

El País Semanal

«[Orhan Pamuk] se ha ganado el derecho a ser comparado con Jorge Luis Borges e Italo Calvino, quienes presiden esta novela como ángeles de la guarda… Un narrador con tanto coraje y chispa narrativa como Scheherazade».

The New York Times Book Review

Sobre *Estambul* se dijo:

«Estambul es un libro escrito por un hombre enamorado de su ciudad».

ALBERTO MANGUEL

Sobre *Una sensación extraña* se dijo:

«Pamuk nos guía por un relato que, recorriendo varias décadas de pérdida, es, a su vez, un retrato casi antropológico de la obsesión, la clase social y las ideas sobre Oriente y Occidente».

The New York Times

«Pamuk reveló un gran talento narrativo desde el primer momento y su visión de Turquía, lejos de estereotipos, nos muestra la esencia de un país que ha forjado su identidad combinando tradición y modernidad».

El Cultural

Sobre *La mujer del pelo rojo* se dijo:

«Una emotiva historia de amor, una ambiciosa caja de resonancia de mitos milenarios y un perspicaz retrato de Turquía, con sus vicios y sus virtudes».

RAFAEL NARBONA , *El Cultural de El Mundo*

«Promueve la creencia de que siempre debemos interrogar al pasado, pero nunca negarlo o enterrarlo».

Financial Times

Orhan Pamuk nació en Estambul, Turquía, en 1952. Premio Nobel de Literatura 2006, realizó estudios de arquitectura y periodismo, y ha pasado largas temporadas en Estados Unidos, en las universidades de Iowa y Columbia.

Es autor de las novelas *Cevdet Bey e hijos* , *La casa del silencio* , *El castillo blanco* , *El libro negro* , *La vida nueva* , *Me llamo Rojo* , *Nieve* , *El museo de la inocencia* , *Una sensación extraña* y *La mujer del pelo rojo* , así como de los volúmenes de no ficción *Estambul. Ciudad y recuerdos* y *La maleta de mi padre* , y de la colección de ensayos *Otros colores* .

Su éxito mundial se desencadenó a partir de los elogios que John Updike dedicó a la novela *El castillo blanco* . Desde entonces ha obtenido numerosos reconocimientos internacionales: el premio al Mejor Libro Extranjero en Francia, el Grinzane Cavour en Italia y el premio internacional IMPAC de Irlanda, los tres por *Me llamo Rojo* . En 2005 recibió el Premio de la Paz de los libreros alemanes. Con la publicación de *Nieve* , novela por la que en 2006 fue galardonado con el Prix Médicis Étranger, Orhan Pamuk pasó a ser objetivo predilecto de los ataques de la prensa nacionalista turca. Tras la obtención del Nobel de Literatura en 2006, su proyección internacional se consolidó definitivamente, y sus libros han sido traducidos a más de cuarenta idiomas.

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro.»

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **Penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

Penguinlibros.club

Penguin Random House Grupo Editorial

Penguinlibros

Título original: *Veba Geceleri*

Edición en formato digital: abril de 2022

© 2021, Orhan Pamuk

Reservados todos los derechos

© 2022, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

© 2022, Xavier Gaillard y Miguel Ángel Romero, por la traducción

Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial / Nora Grosse

Fotografía de portada: © Getty Images

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*.
El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento,
promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición
autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir
ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los
autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a
CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita
reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-397-3831-2

Composición digital: La Nueva Edimac, S. L.

Facebook: penguinebooks

Facebook: LitRandomHouse

Twitter: @LitRandomHouse

Instagram: @litrandomhouse

Youtube: PenguinLibros

Spotify: PenguinLibros

[*] Traducción de Gala Arias Rubio (Penguin Clásicos, Barcelona, 2004).

Índice

Las noches de la peste

Introducción

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Capítulo 30

Capítulo 31

Capítulo 32

Capítulo 33

Capítulo 34

Capítulo 35

Capítulo 36

Capítulo 37

Capítulo 38

Capítulo 39

Capítulo 40

Capítulo 41

Capítulo 42

Capítulo 43

Capítulo 44

Capítulo 45

Capítulo 46

Capítulo 47

Capítulo 48

Capítulo 49

Capítulo 50

Capítulo 51

Capítulo 52

Capítulo 53

Capítulo 54

Capítulo 55

Capítulo 56

Capítulo 57

Capítulo 58

Capítulo 59

Capítulo 60

Capítulo 61

Capítulo 62

Capítulo 63

Capítulo 64

Capítulo 65

Capítulo 66

Capítulo 67

Capítulo 68

Capítulo 69

Capítulo 70

Capítulo 71

Capítulo 72

Capítulo 73

Capítulo 74

Capítulo 75

Capítulo 76

Capítulo 77

Capítulo 78

Capítulo 79

Años después

Sobre este libro

Sobre Orhan Pamuk

Créditos

Nota